

El Vizconde de Bragelonne

Por

Alexandre Dumas

Capítulo I

La carta

En el mes de mayo del año 1660, a las nueve de la mañana, cuando el sol ya bastante alto empezaba a secar el rocío en el antiguo castillo de Blois, una cabalgata compuesta de tres hombres y tres pajes entró por él puente de la ciudad, sin causar más efecto que un movimiento de manos a la cabeza para saludar, y otro de lenguas para expresar esta idea en francés correcto.

—Aquí está Monsieur, que vuelve de la caza.

Y a esto se redujo todo.

Sin embargo, mientras los caballos subían por la áspera cuesta que desde el río conduce al castillo varios hombres del pueblo se acercaron al último caballo, que llevaba pendientes del arzón de la silla diversas aves cogidas del pico.

A su vista, los curiosos manifestaron con ruda franqueza, su desdén por tan insignificante caza, y después de perorar sobre las desventajas de la caza de volatería, volvieron a sus tareas. Solamente uno de estos, curiosos, obeso y mofletudo, adolescente y de buen humor, preguntó por qué Monsieur, que podía divertirse tanto, gracias a sus pingües rentas, conformábase con tan mísero pasatiempo.

—¿No sabes —le dijeron— que la principal diversión de Monsieur es aburrirse?

El alegre joven se encogió de hombros, como diciendo: «Entonces, más quiero ser Juanón que príncipe».

Y volvieron a su trabajo.

Mientras tanto, proseguía, Monsieur su marcha, con aire tan melancólico, y tan majestuoso a la vez, que, ciertamente, hubiera causado la admiración de los que le vieran, si le viera alguien; mas los habitantes de Blois no perdonaban a Monsieur que hubiera elegido esta ciudad tan alegre para fastidiarse a sus anchas, y siempre que veían al augusto aburrido, esquivaban su vista, o metían la cabeza en el interior de sus aposentos, como, para substraerse a la influencia de su largo y pálido rostro, de sus ojos adormecidos y de su lánguido cuerpo. De modo, que el digno príncipe estaba casi seguro de encontrar desiertas las calles por donde pasaba.

Esto era una irreverencia muy censurable por parte de los habitantes de Blois, porque Monsieur era, después del rey, y aun tal vez antes del rey, el más

alto señor del reino. En efecto, Dios, que había concedido a Luis XIV, reinante a la sazón, la ventura de ser hijo de Luis XIII había otorgado a Monsieur el honor de ser hijo de Enrique IV. No era, por tanto, o al menos no debía ser motivo sino de orgullo, para, la ciudad de Blois, esta preferencia dada por Gastón de Orléans, que tenía su corte en el antiguo castillo de los Estados.

Pero estaba escrito, en el destino de este gran príncipe, no excitar más que medianamente, en todas partes donde se hallaba, la atención y la admiración del pueblo: Monsieur había tomado el partido de acostumbrarse a ello.

Quizá esto era lo que le daba su aspecto de tranquilo aburrimiento. Monsieur había estado muy ocupado en su vida. Imposible es hacer cortar la cabeza a una docena de sus mejores amigos, sin que esto haga algún ruido, y como desde el advenimiento de Mazarino no se había cortado la cabeza a nadie; Monsieur no tenía qué hacer y se fastidiaba.

Era, pues, muy melancólica la vida del pobre príncipe; después de su cacería matutina en las orillas del Beuvron, o en los bosques de Cheverny, Monsieur pasaba el Loira, iba desayunarse a Chambord, con apetito o sin él, y la ciudad de Blois no volvía a hablar hasta da cacería próxima de su soberano, señor y dueño.

Esto era el aburrimiento extramuros; en cuanto al fastidio interior, daremos una ligera idea de él al lector, si quiere seguir con nosotros la cabalgata y subir hasta el suntuoso pórtico del castillo de los Estados.

Monsieur montaba un caballo de poca alzada, enjaezado con ancha silla de terciopelo rojo de Flandes y estribos en forma de borcegués; el jubón de Monsieur, hecho de terciopelo carmesí, y la capa, que era del mismo color, confundíanse con el jaez del caballo; y solamente por este conjunto rojizo era por lo que podía conocerse al príncipe entre sus dos compañeros, vestidos uno de color violeta y otro de verde. El de la izquierda era el escudero; el de la derecha, el montero mayor.

Uno de los pajes llevaba dos gerifaltes sobre una percha y el otro una corneta, en la que soplaba con flojedad a veinte pasos del castillo. Todo lo que rodeaba a este príncipe perezoso hacía con pureza lo que él hubiera hecho del mismo modo.

A esta señal, ocho guardias que paseaban al sol en el patio, corrieron a tomar sus alabardas, y Monsieur hizo su entrada en el castillo.

Cuando desapareció, a través de las profundidades del pórtico, algunos pilluelos que habían subido al castillo detrás de la cabalgata, mostrándose mutuamente las aves cazadas; se dispersaron, comentando lo que acababan de ver; luego que desaparecieron, la calle, la plaza y el patio quedaron desiertos.

Monsieur se apeó del caballo sin pronunciar palabra; pasó a su habitación, donde le mudó de vestido su ayuda de cámara, y como Madame no hubiese todavía enviado a tomar las órdenes para el desayuno. Monsieur se tendió sobre una poltrona, y se durmió de tan buena gana como si hubieran sido las once de la noche.

Los ocho guardias, que comprendieron estaba terminado su servicio por el resto del día, se acostaron al sol sobre sus bancos de piedra, los palafreneros desaparecieron con sus caballos en las cuadras, y a excepción de algunos pájaros, que se picoteaban unos a otros con chillidos agudos en la espesura de las alhelies, hubiérase dicho que todos dormían en el castillo del mismo modo que Monsieur.

De pronto, en medio de este silencio tan dulce, resonó una risotada nerviosa que hizo abrir un ojo a algunos de los alabarderos que hacían la siesta.

Esta carcajada salía de la ventana del castillo, visitada en aquel instante por el sol, que la conglobaba en uno de esos grandes ángulos que dibujaban mirando al mediodía, sobre los patios, los perfiles de las chimeneas.

El balconcillo de hierro cincelado, que sobresalía más allá de esta ventana, estaba adornado con un tiesto de flores rojas, otro de primaveras, y un rosal, cuyo follaje, de un verde encantador, estaba salpicado de capullos rojos, precursores de rosas.

En la habitación a que daba luz esta ventana, distinguíase una mesa cuadrada, revestida de antigua tapicería con muchas flores de Haarlem; sobre esta mesa había una redomita de piedra, en la cual estaban sumergidos algunos lirios; y, a cada extremo de dicha mesa, una joven.

La actitud de estas dos jóvenes era particular; se las hubiera tomado por dos pensionistas escapadas del convento. Una de ellas, con los codos apoyados en la mesa y una pluma en la mano, trazaba caracteres sobre una hoja de papel de Holanda; la otra, arrodillada sobre una silla, lo que le permitía adelantar la cabeza y el busto por encima del espaldar hasta la mitad de la mesa, miraba a su compañera cómo vacilaba al escribir. De aquí provenían los gritos y las risas, uno de las cuales, más ruidosa que las otras, había espantado a los pájaros que saltaban en los alhelies y turbado el sueño de los guardias de Monsieur.

La que iba apoyada sobre la silla, la más ruidosa, la más risueña; era una linda muchacha de diecinueve a veinte años, morena, de cabellos negros y ojos encantadores, que ardían baja unas cejas vigorosamente trazadas, con unos dientes que resplandecían como perlas entre labios de coral.

Todos sus movimientos parecían el resultado de un gesto; su vida no era

vivir, sino saltar.

La otra, la que escribía, miraba a su bulliciosa compañera con ojos azules y límpidas como el cielo de aquel día. Sus cabellos, de un rubio ceniciento, peinados con delicado gusto, caían en trenzas sedosas sobre sus nacaradas mejillas; posaba sobre el papel una mano delicada, pero cuya delgadez denunciaba su juventud. A cada risotada de su amiga, alzaba como despechada sus blancos hombros, de una forma poética y suave, mas a los cuales faltaba esa elegancia de vigor y de modelo que también se deseaba ver en sus brazos y manos.

—¡Montalais! ¡Montalais! —exclamó por fin con voz dulce y cariñosa como un cántico—. Reís demasiado fuerte, como un hombre, y no solamente os notarán los señores guardias, sino que tampoco oiréis la campanilla de Madame, cuando llame.

La joven, llamada Montalais, no cesó de reír ni de gesticular por esta amonestación, y contestó:

—No decís lo que pensáis, querida Luisa; sabéis que los señores guardias, cómo vos los llamáis; empezas ahora su sueño, y que ni un cañón los despertaría; sabéis también que la campanilla, de Madame se oye desde el puente de Blois, y que, por consiguiente, la oiré cuando mi obligación me llame a su cuarto. Lo que os molesta, hija mía, es que yo me ría cuando escribís; lo que teméis es que la señora de Saint-Rémy, vuestra madre, suba aquí, como hace a veces cuando reímos estrepitosamente; que nos sorprenda, y que vea esa enorme hoja de papel, en la cual, después de un cuarto de hora, no habéis trazado más que estas palabras: «Caballero Raúl». Tenéis razón, amada Luisa, porque después de esas palabras, caballero Raúl, se pueden poner tantas otras, tan significativas y tan incendiarias, que la señora de Saint-Rémy, vuestra madre, tendría derecho para arrojar fuego y llamas. ¡Eh! ¿No es esto? ¡Hablad!

Y Montalais, aumentó sus risas y provocaciones turbulentas.

La joven rubia se enfureció de repente; desgarró el papel en que estaban escritas las palabras Caballero Raúl con hermosa letra, y, arrugándolo entre sus nerviosos dedos lo arrojó por la ventana.

—¡Hola, hola! —dijo la señorita de Montalais—. ¡Cómo se enoja nuestro corderito, nuestro niño Jesús, nuestra paloma...! No tengáis miedo, Luisa; la señora de Saint-Rémy no vendrá, y si viniera, ya sabéis que tengo el oído muy fino. Además, ¿qué cosa más natural que escribir a un antiguo amigo que data de doce años, sobre todo, cuando se empieza la carta con las palabras Caballero Raúl?

—Está bien, no le escribiré —dijo la joven.

—¡Ah...! ¡Ya está Montalais bien castigada! —exclamó, sin dejar de reír, la morenita burlona—. Vamos, vamos, otro pliego de papel, y concluiremos pronto nuestra correspondencia. ¡Bien! ¡Ahora sí que suena la campanilla! ¡Tanto peor! Madame pasará la mañana sin su primera camarista.

En efecto, la campanilla; anunciaba que Madame había concluido su tocado y esperaba a Monsieur, que le daba la mano en el salón para pasar al comedor.

Hecha esta formalidad con grande ceremonia, los dos esposos almorzaban y se separaban hasta la hora de comer, fijada invariablemente a las dos de la tarde.

El sonido de la campanilla hizo abrir en la repostería, a la izquierda del patio, una puerta por la cual desfilaron dos maestresalas, seguidos de ocho marmitones con una parihuela cargada de manjares cubierta con tapaderas de plata.

Uno de estos maestresalas, el que parecía el primero en título, tocó en silencio con su varita a uno de los guardias que roncaba sobre un banco, y llevó su bondad al extremo de poner en manos de aquel hombre, muerto de sueño, la alabarda que estaba arrimada a la pared y a su lado; después de lo cual, el soldado, sin preguntar una palabra, escoltó hacia el comedor la comida de Monsieur, precedida de un paje y los dos maestresalas.

Por todas partes por donde pasaba la comida de Monsieur, precedida de un paje y los dos maestresalas.

Por todas partes por donde pasaba la comida, los guardias acompañábanla con sus armas.

La señorita de Montalais y su amiga habían seguido con la vista, desde su ventana, el pormenor de este ceremonial, al cual, sin embargo, debían estar habituadas, pero miraban con cierta curiosidad para asegurarse de que no serían molestadas. Así es que, cuando pasaron marmitones, guardias, pajes y maestresalas, volvieron a su mesa, y el sol que antes iluminó un instante sus rostros encantadores, ahora sólo alumbraba los lirios, las primaveras y el rosal.

—¡Bah! —dijo Montalais, ocupando su asiento.

—Madame almorzará bien sin mí.

—¡Oh! Seréis castigada; Montalais —contestó la otra joven sentándose muy despacio.

—¿Castigada? ¡Ah! Sí, es decir, privada del paseo. ¡Eso es lo que yo deseo, ser castigada! Salir en el gran coche colgada a una portezuela; volver a la izquierda, torcer a la derecha por caminos cubiertos de surcos, por donde se adelanta una legua en dos horas, y después, volver derecho por el ala del

castillo donde está la ventana de María de Médicis, para que Madame diga como acostumbra: «¡Quién creyera que por ese sitio se salvó la reina María! ¡Cuarenta y siete pies de altura! ¡La madre de dos príncipes y de tres Princesas!». Si esto es una diversión, Luisa, deseo ser castigada todos los días, sobre todo si mi castigo consiste en quedarme con vos y escribir cartas tan interesantes como las que escribimos.

—¡Montalais! ¡Montalais! Hay deberes que es menester cumplir.

—De esto podéis hablar muy cómodamente, querida, vos, a quien dejan libre. Vos sois la única que recoge todas las ventajas, sin tener ninguna obligación; vos, que sois más dama de honor de Madame que yo misma, porque pone de rechazo en vos todos sus afectos; de modo que entráis en esta triste casa, como los pájaros en este patio, respirando el aire, jugueteando con las flores y picoteando los granos sin tener que hacer el menor servicio, ni sufrir el menor aburrimiento. ¡Y sois vos quien me habla de deberes! En verdad, bella perezosa, ¿cuáles son vuestros deberes sino escribir a ese hermoso Raúl? Y como no le escribís, resulta; según creo, que también vos abandonáis un poco vuestras obligaciones.

Luisa asumió grave aspecto, apoyó la barba en una mano, y, con aire ingenuo:

—¡Echadme en cara mi bienestar! —exclamó—. Vos tenéis un porvenir; sois de la Corte, y si el rey se casa llamará a su lado a Monsieur. ¡Veréis espléndidas fiestas, y también al rey, que, según dicen, es tan hermoso!

—Y, además, veré a Raúl, que está al lado del príncipe —repuso con malignidad Montalais.

—¡Pobre Raúl! —dijo Luisa suspirando.

—Éste es el momento de escribirle, querida mía: vamos, volvamos a comenzar ese famoso Caballero Raúl que estaba al principio del papel desgarrado.

Entonces le entregó la pluma, y, con una deliciosa sonrisa, dio valor a su mano, que trazó vivamente las palabras indicadas.

—¿Y ahora? —dijo Luisa.

—Ahora, escribid lo que pensáis —respondió Montalais.

—¿Estáis cierta de que yo pienso algo?

—En alguno pensáis.

—¿Eso creéis, Montalais?

—Luisa, Luisa, vuestros ojos azules son profundos como el mar que vi en

Boulogne el año pasado. No, me engaño, el mar es pérfido; vuestros ojos son profundos como el azul que vemos allá arriba, sobre nuestras cabezas.

Pues bien, una vez que tan claro leéis en mis ojos, decidme lo que pienso.

—En primer lugar, no pensáis en el caballero Raúl, sino en mi querido Raúl.

—¡Oh!

—No os ruboricéis por tan poca cosa. Mi querido Raúl, decimos, me rogáis que os escriba a París; donde os retiene el servicio del príncipe. Como es preciso que os aburráis ahí para buscar distracciones con el recuerdo de una provinciana...

Luisa se levantó de repente.

—No, Montalais —replicó sonriéndose—, no; no pienso ni una palabra de todo eso. Mirad, esto es lo que pienso.

Tomó atrevidamente la pluma, y trazó con pulso firme las palabras siguientes:

Habría sido muy desgraciada, si vuestras obstinadas instancias para lograr de mi un recuerdo, hubiesen sido menos vivas. Todo me habla aquí de nuestros primeros años, tan dulce como rápidamente transcurridos, que nunca reemplazarán otros su encanto en mi corazón.

Montalais, que minaba correr la pluma y que leía, mientras que su amiga iba escribiendo, la interrumpió palmoteando:

—¡Sea enhorabuena! —dijo—. Aquí sí que hay sinceridad, corazón, estilo; demostrad a esos parisienses, querida mía, que Blois es la ciudad donde mejor se habla.

—Sabe que Blois ha sido para mí el cielo.

—Eso es lo que yo quería decir, y que habláis como un ángel.

—Termino, Montalais.

Y la joven continuó en efecto:

—Decís que pensáis en mí caballero Raúl; os doy las gracias; mas esto no puede sorprenderme, pues sé muy bien cuántas veces han latido juntos nuestros corazones.

—¡Oh! —exclamó Montalais—. Tened cuidado, corderita mía, mirad que hay lobos allá.

Iba a contestar Luisa cuando resonó el galope de un caballo bajo el pórtico del castillo.

—¿Qué sucede? —dijo Montalais acercándose a la ventana—. ¡Un hermoso caballero, a fe!

—¡Oh Raúl! —murmuró Luisa, que había hecho el mismo movimiento que su amiga, y que, poniéndose pálida, cayó palpitante cerca de la carta sin terminar.

—¡Éste sí que es un amante listo! —exclamó Montalais—. Y que llega a tiempo.

—Retiraos, os lo ruego —murmuró Luisa.

—¡Bah! ¡Si no me conoce! Permitidme saber lo que le trae aquí.

Capítulo II

El mensajero

Tenía razón la señorita de Montalais: el caballero merecía llamar la atención.

Joven, de unos veinticuatro años y de hermosa estatura, llevaba con delgada gracia el traje militar de la época. Sus largas botas encerraban un pie que no hubiera desdeñado la señorita de Montalais, si se hubiese transformado en hombre. Con una de sus manos, delicadas y nerviosas, detuvo su caballo en medio del patio, y con la otra alzó el sombrero de largas plumas que sombreaban su fisonomía, grave y sincera a la vez.

Al ruido del caballo despertaron los guardias y pusieron en pie. El joven dejó que uno de ellos se aproximara hasta el arzón de la silla, e inclinándose hacia él dijo con voz clara, que fue oída perfectamente desde la ventana en que se recataban ambas jóvenes:

—Un mensaje para Su Alteza Real.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó el guardia—. ¡Oficial, un mensajero! Pero este excelente soldado sabía muy bien que no parecería ningún oficial, porque el único que podía aparecer permanecía en lo último del castillo, en una habitación pequeña que daba a los jardines.

Así es que se apresuró a añadir:

—Caballero, el oficial está de ronda; pero en su ausencia debe avisarse al señor de Saint-Rémy, mayordomo del Palacio.

—¡El señor de Saint-Rémy! —repitió el caballero ruborizándose.

—¿Le conocéis?

—¡Oh! Sí... Os ruego le aviséis al punto, para que mi visita sea anunciada lo más pronto posible a Su Alteza.

—Parece que el asunto es urgente —dijo el guardia como si hablase consigo mismo, pero en realidad con la esperanza de obtener una contestación.

El mensajero hizo un signo afirmativo de cabeza.

—Entonces —añadió el guardia—, yo mismo voy a buscar al mayordomo de Palacio.

El joven, entretanto, echó pie a tierra, y mientras los otros soldados advertían todos los movimientos del caballo del mensajero, el guardia volvió atrás diciendo:

—Dispensad, caballero, mas decidme vuestro nombre, si gustáis.

—Vizconde de Bragelonne, de parte de Su Alteza el señor príncipe de Condé.

El soldado hizo un reverente saludo, y, como si el nombre del vencedor de Rocroy y de Lens le hubiese dado alas, subió ligero la calera para penetrar en las antecámaras.

No había tenido tiempo siquiera el señor de Bragelonne de atar su caballo a los barrotes de hierro de la escalinata, cuando llegó desalentado el señor de Saint-Rémy, sosteniendo su abultado vientre con una de sus manos, mientras que con la otra hendía el aire, como un pescador las olas con su remo.

¡Ah, señor vizconde; vos en Blois! —murmuró—. ¡Esto es una maravilla! ¡Buenos días, caballero Raúl, buenos días!

—Mil respetos, señor de Saint-Rémy.

—La señora de La Vallière, quiero decir que la señora de Saint-Rémy va a tener un gran placer en veros. Pero venid, Su Alteza Real está almorzando. ¿Hemos de interrumpirle? ¿Es grave el asunto?

—Sí y no, señor de Saint-Rémy. Con todo, un momento de tardanza podría producir alguna desazón a Su Alteza Real.

—Si es así, quebrantemos la consigna, señor vizconde. Venid; Monsieur está hoy de un humor delicioso. Además, nos daréis noticias, ¿no es cierto?

—Grandes, señor de Saint-Rémy.

—¿Y buenas; presumo?

—¡Óptimas!

—Pues entonces, venid pronto, muy pronto —exclamó el buen hombre que se arreglaba caminando.

Raúl siguióle, sombrero en mano; algo asustado del ruido solemne que hacían las espuelas sobre el tillado de las inmensas salas.

En el momento de desaparecer en el interior del palacio, volvió a oírse en la ventana del patio un cuchicheo animado que demostraba la emoción de las jóvenes; pronto debieron tomar alguna resolución, porque una de las dos cabezas desapareció: la del pelo negro; la otra permaneció detrás del balcón oculta entre las flores y mirando con atención, por los recortes de las ramas la escalinata por la que el señor de Bragelonne hizo su entrada en el palacio.

Mientras tanto proseguía su camino el objeto de tanta curiosidad, siguiendo las huellas del mayordomo de Palacio. El rumor de pasos acelerados, el olor de vinos y viandas, y el ruido de cristales y de vajilla le dieron a entender que llegaba al fin de su carrera.

Pajes, criados y oficiales, reunidos en la sala que precedía al comedor, acogieron al recién llegado con la proverbial cortesía de este país; algunos conocían a Raúl, y casi todos sabían que llegaba de París. Podría decirse que su entrada suspendió por un instante el servicio.

El hecho es, que un paje que echaba de beber a Su Alteza, al oír las espuelas en la cámara vecina, se volvió como un niño, sin notar que continuaba vertiendo, no en el vaso del príncipe, sino en los manteles.

Madame, que no estaba preocupada como su glorioso marido, notó la distracción del paje.

—¡Muy bien! —dijo ella.

—¡Muy bien! —repitió Monsieur.

El señor de Saint-Rémy, que asomaba la cabeza por la puerta, aprovechó el momento.

—¿Por qué molestarme? —dijo Gastón acercándose el enorme trozo de uno de los más enormes salmones que hayan remontado el Loira para dejarse pescar entre Paimbœuf y Saint-Nazaire.

—Es que viene un mensajero de París. ¡Oh! Pero después del almuerzo de monseñor tenemos tiempo.

—¿De París...? —exclamó el príncipe dejando caer su tenedor—. ¿Y de parte de quién viene ese mensajero?

—De parte del príncipe —apresuróse a decir el mayordomo.

Sabemos ya que así era como se llamaba al príncipe de Condé.

—¿Un mensajero del príncipe? —dijo Gastón con inquietud que no se ocultó a ninguno de los presentes, y que en consecuencia redobló la general curiosidad.

Monsieur se creyó quizá trasladado a los tiempos de aquellas bienaventuradas conspiraciones, en las cuales producía inquietud el ruido de las puertas, en que toda epístola podía contener un secreto de Estado, y todo mensaje servir a una intriga sombría y complicada: Tal vez también el gran nombre del príncipe se desplegaba bajo las bóvedas de Blois con las proporciones de un fantasma.

Monseñor echó atrás su asiento.

—¿Digo al mensajero que espere? preguntó, el señor de Saint-Rémy.

Una mirada de Madame animó a Gastón, que replicó:

—No, al contrario, hacédle entrar al instante. A propósito, ¿quién es él?

—Un caballero de este país; el señor vizconde de Bragelonne.

—¡Ah! ¡Muy, bien! Que entre, Saint-Rémy.

Y cuando hubo dicho estas palabras, con su acostumbrada gravedad, Monsieur miró de tal manera a la gente de su servicio, que todos, servidores, oficiales y escuderos, dejaron la servilleta y el cuchillo, e hicieron hacia la segunda cámara una retirada tan rápida como desordenada.

Este pequeño ejército abrióse en dos filas cuándo Raúl de Bragelonne, precedido del señor de Saint-Rémy, entró en el comedor.

El breve momento de soledad que había proporcionado esta retirada, permitió a Monsieur tomar un aspecto diplomático. No se movió de su postura, y esperó a que el mayordomo colocara al mensajero frente a él. Raúl se detuvo a la mitad de la mesa, de modo que se encontrase entre Monsieur y Madame. Desde éste sitio hizo un saludo muy reverente para Monsieur; otro muy elegante para Madame, y esperó a que Monsieur le dirigiese la palabra.

El príncipe, por su parte, esperaba a que las puertas estuviesen bien cerradas; no quería volver la cabeza para asegurarse de ello, lo cual no hubiera sido oportuno; pero escuchaba con toda su alma el ruido de la cerradura, que le prometía, por lo menos, una apariencia de secreto.

Cuando estuvo cerrada la puerta, Monsieur levantó los ojos, miró al vizconde de Bragelonne y le dijo:

—Según parece llegáis de París, caballero.

—En este instante, monseñor.

—¿Cómo se encuentra el rey?

—Su Majestad goza de perfecta salud.

—¿Y mi cuñada?

—Su Majestad, la reina madre, sigue padeciendo del pecho. No obstante, hace un mes que está mejor.

—¿Me han dicha que venís de parte del príncipe? Seguramente, se engañan.

—No, monseñor. El señor príncipe me ha encargado que ponga en manos de Vuestra Alteza, esta carta, y espere la contestación.

Raúl se había conmovido algo con esta acogida fría y meticulosa; su voz había descendido insensiblemente hasta el diapasón de la del príncipe, de modo que ambos hablaban casi en voz baja. El príncipe olvidó que él era la causa de este misterio y tuvo miedo.

Recibió con ojos extraviados la epístola del príncipe de Condé, rompió el sobre como si hubiera abierto un paquete sospechoso, y para que nadie pudiese notar el efecto de su rostro se volvió de espaldas.

Madame siguió con una ansiedad casi igual a la del príncipe todos los movimientos de su augusto esposo.

Raúl, impasible y algo desembarazado por la preocupación de sus huéspedes, miró desde su puesto por la ventana, abierta ante él, el jardín y las estatuas que lo adornaban.

—¡Ah! —exclamó de pronto Monsieur con una sonrisa radiante—. He aquí una sorpresa agradable y una deliciosa carta del príncipe de Condé. Tomad, señora.

La mesa era bastante ancha para, que el brazo del príncipe pudiese alcanzar la mano de la princesa: Raúl se apresuró a ser su intermediario, y lo hizo con tanta gracia que admiró a la princesa, valiendo un cumplimiento adulador al vizconde.

—Sin duda sabréis el contenido de esta carta preguntó Gastón a Raúl.

—Sí, monseñor; el príncipe me dio primero verbalmente el mensaje, mas después reflexionó S.A. y tomó la pluma.

—Es una hermosa letra —repuso Madame—, pero yo no puedo leer.

—¿Queréis leer a Madame, señor de Bragelonne? —dijo el duque.

—Sí, leed, os lo suplico, caballero.

Raúl comenzó la lectura, a la cual prestó Monsieur toda atención.

La carta estaba escrita en estos términos:

Monseñor: El rey marcha hacia la frontera, y ya sabéis que está para celebrarse el matrimonio de S.M. El rey me ha hecho el honor de nombrarme su mariscal aposentador para este viaje, y como yo sé cuan intensa será la alegría que tendrá. S.M. en pasar un día en Blois, me atrevo a pedir a V.A.R. permiso para señalar con mi lápiz el castillo que habita. Pero si lo imprevisto de esta demanda pudiera causar alguna molestia a V.A.R., os suplico me lo digáis por el mensajero que os envío, que es un gentilhomme de mi casa, el señor vizconde de Bragelonne. Mi itinerario está pendiente de la decisión de V.A.R., y en vez de seguir por Blois indicaré a Vendome o Romorantin. Me atrevo a esperar que V.A.R. acogerá mi petición como una prueba de mi consideración sin límites y de mi deseo de serle grato.

—Nada tan honroso para nosotros —contestó Madame, que había consultado más de una vez durante la lectura las miradas de su esposo—. ¡El rey aquí! —exclamó quizá algo más alto de lo necesario para que el secreto permaneciese guardado.

—Caballero —dijo a su vez Su Alteza, tomando la palabra—, daréis las gracias al príncipe de Condé, y le manifestaréis todo mi reconocimiento por el placer que me proporciona.

Raúl se inclinó.

—¿Qué día llega Su Majestad? —prosiguió el príncipe.

—Según todas las probabilidades, esta noche.

—Pues entonces, ¿cómo se sabría mi respuesta, en caso de ser negativa?

—Yo tenía el encargo de volver apresuradamente a Beaugency para dar la contraorden al correo, quien volviendo también atrás la daría al príncipe.

—¿Conque Su Majestad está en Orléans?

—Más cerca, monseñor; Su Majestad debe haber llegado a Meung en este momento.

—¿Le acompaña la Corte?

—Si, monseñor.

—A propósito: me olvidaba pedir os noticias del señor cardenal.

—Su Eminencia parece gozar de buena salud.

—Sin duda, le acompañarán sus sobrinas.

—No, Monsieur; Su Eminencia ha mandado a las señoritas Mancini marchar a Bourges; seguirán por la orilla izquierda del Loira, mientras la Corte viene por la derecha.

—¡Cómo! ¿La señorita María Mancini abandona de ese modo la Corte? — preguntó Monsieur, cuya reserva empezaba a debilitarse.

—Sin duda —contestó discretamente Raúl.

Una sonrisa fugitiva, vestigio imperceptible de su antiguo talento de ruidosas intrigas, ilumino las mejillas del príncipe.

—Gracias; señor de Bragelonne —dijo entonces Monsieur—; quizá no queráis dar al príncipe la comisión, que desearía encargáros, y es que su mensajero me ha sido muy agradable; pero yo mismo se lo diré.

Raúl inclinóse para dar las gracias a Monsieur por el honor que le hacía.

Monsieur hizo una seña a Madame, que dio un golpe en el timbre que había a su derecha.

Al instante entró el señor de Saint-Rémy, y la cámara se llenó de gente.

Señores —dijo el príncipe—, Su Majestad me hace el honor de venir a pasar un día en Blois; cuento con que el rey, mi sobrino, no tendrá que arrepentirse del honor que me hace.

—¡Viva el rey! —exclamaran con entusiasmo frenético todos los oficiales de servicio, y el señor de Saint-Rémy antes que nadie.

Gastón bajó la cabeza tristemente; toda su vida había tenido que oír, o más bien, que sufrir ese grito de ¡viva el rey! que pasaba por encima de él. Ya hacía algún tiempo que no lo escuchaba, habían descansado sus oídos, y ahora una monarquía más joven, más viva y más brillante, surgía delante de él como una nueva y dolorosa provocación.

Madame conoció los sufrimientos de aquel corazón tímido y sombrío, y se levantó de la mesa; Monsieur la imitó maquinalmente; y todos los servidores, con rumor de colmena, rodearan a Raúl para hacerle preguntas.

Madame observó este movimiento y llamó al señor de Saint-Rémy.

—Esta no es hora de charlas, sino de trabajar —dijo con acento de ama de gobierno que se enoja.

El señor de Saint-Rémy se apresuró a romper el círculo formado por los oficiales que rodeaban a Raúl, de suerte que éste pudo salir a la antecámara.

—Que se cuide a ese caballero —repuso Madame dirigiéndose al señor, de Saint-Rémy.

El buen hombre corrió al instante detrás de Raúl.

—Madame nos ruega que refresquéis aquí —dijo—; además, hay para vos otro alojamiento en el castillo.

—Gracias, señor de Saint-Rémy —contestó Bragelonne—; ya sabéis cuánto tardo en ir a ofrecer mis deberes al señor conde, mi padre.

—Es verdad, caballero Raúl; os suplico que, a la vez, le presentéis mis respetos.

Raúl se despidió del caballero y continuó su camino.

Al pasar por el porche llevando de la brida su caballo, una vocecita llamóle desde el fondo de una avenida oscura.

—¡Caballero Raúl! —dijo la voz.

El joven volvióse, sorprendido, y vio una muchacha morena que apoyando un dedo en sus labios le tendía la mano.

Esta joven le era desconocida.

Capítulo III

La entrevista

Raúl se adelantó hacia la joven que lo llamaba, y le dijo:

—¿Y el caballo, señora?

—¡Y eso os apura! Salid; en el primer patio hay un cobertizo; atad en él vuestro caballo y venid al instante.

—Obedezco; señora.

Raúl no tardó en hacer lo que le habían mandado, y al volver vio en la obscuridad a su misteriosa conductora, que le aguardaba en los primeros peldaños de una escalera de caracol.

—¿Sois bastante valiente para seguirme, señor caballero errante? —preguntó la joven riéndose de la duda que había manifestado Raúl. Éste respondió siguiendo la oscura escalera. Así subieron tres pisos, él detrás de ella, y tocando con sus manos una ropa de seda que rozaba por las paredes de la escalera. Cada vez que Raúl daba un taba un chito severo y le tendía una mano suave y perfumada.

—Se subiría así hasta la torre del castillo, sin curarse del cansancio en falso, su conductora le sugirió —dijo Raúl.

—Lo cual significa, caballero, que estáis muy fatigado y muy inquieto; pero tranquilizaos, ya hemos llegado.

La joven empujó una puerta, y al instante, sin transición alguna, llenóse de

un torrente de luz la escalera.

La joven; marchaba, él la seguía; ella entró en una cámara, Raúl también.

Al momento oyó dar un grito se volvió a dos pasos, con las manos juntas y los ojos cerrados; a aquella hermosa joven rubia, de ojos azules y de blancos hombros, que al conocerle le había llamado Raúl.

La vio y advirtió tanto amor y tanta felicidad en la expresión de sus ojos, que se dejó caer en medio de la sala murmurando el nombre de Luisa.

—¡Ah! ¡Montalais! ¡Montalais! —exclamó ésta suspirando—. Es un gran pecado engañar de este modo.

—¡Yo! ¿Yo os he engañado?

—Sí, me dijisteis que ibais a adquirir noticias, y hacéis subir aquí al caballero.

—Eso era preciso. De otro modo, ¿cómo había de recibir la carta que le escribáis?

Y señaló con el dedo la carta que aún estaba sobre la mesa. Raúl se adelantó para cogerla; pero Luisa, más rápida, aunque con una vacilación física muy notable, alargó la mano para detenerle. Raúl encontró aquella mano tibia temblorosa, la estrechó entre las suyas y la aproximó respetuosamente a sus labios, que depositó en ella más bien un soplo que un beso.

Entretanto la señorita de Montalais había tomado la carta; y después de haberla doblado con cuidado en tres dobleces como hacen las mujeres; la deslizó en su pecho.

—No tengáis miedo Luisa —dijo—; este caballero no vendrá a cogerla de aquí, pues el difunto monarca Luis XIII no cogía los billetes en el corsé de la señorita de Hautefort.

Raúl se ruborizó al ver la sonrisa de las dos jóvenes, y no notó que la mano de Luisa permanecía aún entre las suyas.

—¡Bueno! —dijo Montalais—. Ya me habéis perdonado, Luisa, por haberos traído al señor, y vos caballero, me debéis amar por haberme seguido, para ver a esta señorita. Ahora, pues, que la paz está hecha, charlaremos como antiguas amigas. Presentadme, Luisa, al señor de Bragelonne.

—Señor vizconde —dijo Luisa con su graciosa sonrisa—, tengo el honor de presentaros a la señorita Aura de Montalais, dama de honor de Su Alteza Real Madame, y además mi mejor amiga.

Raúl saludó ceremoniosamente.

—¿Y a mí, Luisa —preguntó éste—, no me presentáis también a esta

señorita?

—¡Oh! ¡Ella os conoce! ¡Lo conoce todo!

Estas palabras hicieron reír a Montalais y suspirar de dicha a Raúl, que las había interpretado de este modo: ella conoce todo nuestro amor.

—Ya están hechos los cumplimientos, señor vizconde —dijo Montalais—, sentaos aquí y decidnos muy pronto la noticia que nos traéis corriendo de ese modo.

—Eso ya no es un secreto, señorita; el rey, al ir a Poitiers, se detiene en Blois a fin de ver a Su Alteza Real.

—¡El rey aquí! —exclamó Montalais palmoteando—. ¡Vamos a ver a la Corte! ¿Concebís eso, Luisa? ¡La verdadera corte de París! ¡Oh Dios santo! Pero ¿cuándo será eso, caballero?

—Tal vez hoy, señorita; pero de seguro mañana.

Montalais hizo un ademán de despecho.

—¡No hay tiempo para prevenirse, ni para prepararse un traje! ¡Vamos a parecernos a los retratos del tiempo de Enrique IV! ¡Ah; señor, qué mala nueva habéis traído!

—Señoritas, siempre estáis hermosas.

—Sí, siempre estaremos hermosas, porque la naturaleza nos ha criado pasaderas; mas estaremos en ridículo, porque la moda nos habrá olvidado. ¡Ah, ridículas! ¿A mí me han de ver ridícula?

—¿Quiénes? —dijo cándidamente Luisa.

—¿Quiénes? ¡Qué singular sois, querida...! ¿Es una pregunta la que me hacéis? Han de ver, quiere decir todo el mundo, quiere decir los cortesanos, los señores, el rey.

—Perdonad, mi buena amiga, pero como todo el mundo está acostumbrado aquí a vernos tales como somos...

—No lo niego, mas esto va a cambiar, y nosotras estaremos en ridículo, aun para Blois; porque junto a nosotras van a verse las modas de París, y al instante se echará de ver que estamos a la moda de Blois... ¡Esto desespera!

—Tranquilizaos, señorita.

—¡Ah! ¡Basta! Corriente, tanto peor para los que no me encuentren a su gusto —dijo filosóficamente Montalais.

—Esos serán muy descontentadizos —respondió Raúl, fiel a su sistema de galantería.

—Gracias, señor vizconde. ¿Decíamos que el rey viene a Blois?

—Con toda la Corte.

—¿Y vendrán las señoritas Mancini?

—No, ciertamente.

—Como dicen que el rey no puede estar sin la señorita María...

—Pues será menester que se conforme. Así lo quiere el señor cardenal, y ha desterrado a sus sobrinas a Bourges.

—¡Hipócrita!

—¡Silencio! —murmuró Luisa poniendo un dedo sobre sus rosados labios.

—¡Bah! Nadie puede oírme. Digo que el viejo Mazarino es un hipócrita, que trata de hacer a su sobrina reina de Francia.

—No, señorita, por el contrario; el señor cardenal hace casar a su Majestad con la infanta María Teresa.

Montalais miró de frente a Raúl, y le dijo:

—¿Y lo creéis vosotros, los parisienses? Somos más poderosos que vosotros en Blois.

—Señorita, si el rey sale de Poitiers y parte para España, y si se firman los artículos del contrato de matrimonio entre don Luis de Haro y Su Eminencia, bien comprenderéis que éstos no son, ya juegos de niño.

—¡Ya! Pero creo que el rey es el rey.

—Sin duda, señorita, pero el cardenal es el cardenal.

—¿No es un hombre el rey? ¿No ama a María Mancini?

—La idolatra.

—Pues bien, se casará con ella; tendremos guerra con España; Mazarino, gastará algunos millones que tiene guardados; nuestros caballeros harán heroicidades peleando contra los fieros castellanos; muchos volverán coronados de laureles, y nosotras los coronaremos de mirto. Así concibo yo la política.

—Sois una loca, Montalais —repuso Luisa—, y cada exageración os atrae como la luz a las mariposas.

—Luisa, sois de tal manera razonable, que no amaréis nunca.

—¡Oh! —dijo Luisa—. ¡Comprended, Montalais! La reina madre desea casar a su hijo con la infanta: ¿queréis que el rey desobedezca a su madre? ¿Es digno de un corazón real, como el suyo, dar malos ejemplos? Cuando los

padres prohíben el amor, hay que renunciar a él.

Y Luisa respiró; Raúl bajó los ojos; Montalais se echó a reír.

—Yo no tengo padres —dijo de pronto.

—Sin duda, tendréis noticias de la salud del señor conde de la Fère —dijo Luisa después de ese suspiro, que tantos dolores había manifestado en su elocuente expansión.

—No señorita —contestó Raúl—, aún no he hecho visita a mi padre, pues iba a su casa cuando la señorita de Montalais tuvo a bien detenerme; espero que el señor conde esté bueno; no habréis oído decir nada en contrario, ¿es cierto?

—Nada, caballero, nada, ¡gracias a Dios!

Reinó aquí un silencio, durante el cual dos almas preocupadas por la misma idea se comprendieron perfectamente, aun si la asistencia de una sola, mirada.

—¡Ay! ¡Dios, mío! Alguien sube —exclamó de pronto Montalais.

—¿Quién será? —dijo Luisa levantándose muy sobresaltada.

—Señoritas, yo estorbo mucho, y sin duda he sido muy imprudente —observó Raúl.

—Es un andar pesado —dijo Luisa.

—¡Ay! Si es sólo el señor Malicorne —replicó Montalais—, no nos movamos.

Luisa y Raúl miráronse para preguntarse quién era ese señor Malicorne.

—No os sobresaltéis —prosiguió Montalais—, no es celoso.

—Pero, señorita —murmuró Raúl.

—Comprendo... Pues bien, es tan discreto como yo.

—¡Dios santo! —exclamó Luisa, que había puesto el oído en la puerta entreabierta—. ¡Son los pasos de mi madre!

—¡La señora de Saint-Rémy! ¿Dónde me ocultó? —dijo Raúl, asiéndose al vestido de Montalais, que parecía haber perdido la cabeza.

—Sí —dijo ésta—, sí, oigo, crujir los chapines. ¡Es vuestra excelente madre...! Señor vizconde, es bien lamentable que la ventana de sobre un empedrado y esté a cincuenta pies de altura.

Raúl miró abajo con ojos extraviados, y Luisa le cogió de un brazo y le detuvo.

—¡Ah! ¡Soy una loca! —dijo Montalais—. ¿No está aquí el armario de trajes de ceremonia? Verdaderamente, parece hecho para esto.

Ya era tiempo; la señora de Saint-Rémy subía más aprisa que de costumbre, y llegó en el momento mismo en que Montalais, como en las escenas de sorpresa, cerraba el armario apoyando su cuerpo en la puerta.

—¡Ay! —exclamó la señora de Saint-Rémy—. ¿Vos aquí, Luisa?

—Sí, señora —respondió ésta, más pálida que si hubiese sido convicta de un crimen.

—¡Bueno! ¡Bueno!

—Sentaos, señora —dijo Montalais ofreciendo el sillón a la de Saint-Rémy, y colocándole de suerte que diese la espalda al armario.

—Gracias, señorita Aura, gracias venid pronto hija mía, vamos.

—¿Dónde deseáis que vaya, señora?

—¿Dónde? A la habitación, es preciso preparar vuestro tocado.

—¿Cómo? —dijo Montalais simulando sorpresa; pues temía que Luisa cometiese alguna indiscreción.

—¿Conque no sabéis las noticias? —preguntó la señora de Saint-Rémy.

—¿Qué noticias, señora? ¿Queréis que dos jóvenes sepan algo desde este palomar?

—¡Qué...! ¿No habéis visto a nadie...?

—¡Señora, habláis de un modo misterioso y nos hacéis quemar a fuego lento! —exclamo Montalais; que espantada de ver a Luisa cada vez más pálida, no sabía a qué santo encomendarse.

Pero acentuó en su compañera una mirada elocuente, una de esas miradas que darían inteligencia a un muro. Luisa señalaba a su amiga el sombrero de Raúl que permanecía sobre la mesa.

Adelantóse Montalais, y cogiéndole con la mano izquierda, lo pasó detrás de sí a la derecha y lo ocultó sin dejar de hablar.

—Pues bien —dijo la señora de Saint-Rémy—, acaba de llegar un correo que nos anuncia la próxima llegada del rey. Conque, señoritas, se trata de estar hermosas.

—¡Pronto! ¡Pronto! —exclamó Montalais—, seguid a vuestra señora madre, Luisa, y dejadme arreglar mi traje de ceremonia.

Luisa levantóse, su madre la tomó de la mano y la condujo hacia la

escalera.

—Venid —dijo.

Y añadió en voz baja:

—Cuando yo os mando que no subáis al cuarto de Montalais, ¿por qué no obedecéis?

—Señora, es mi amiga. Además, acababa de venir.

—¿No ha hecho ocultar a nadie delante de vos?

—¡Señora!

—Os digo que he visto un sombrero de hombre; el de ese perillán.

—¡Señora! —exclamó Luisa.

—¡De ese haragán de Malicorne! Una doncella frecuentar de ese modo... ¡ah!

Y sus voces perdiéronse en las profundidades de la escalera.

Montalais no había perdido ni palabra de este diálogo, que el eco le enviaba como un embudo. Encogíase de hombros, y viendo a Raúl fuera de su escondite, que también había escuchado.

—¡Pobre Montalais! —dijo ¡Víctima de la amistad...! ¡Pobre Malicorne! ¡Víctima del amor! Detúvose mirando el aspecto tragicómico de Raúl, que estaba asombrado de haber sorprendido en un día tantos secretos.

—¡Oh! Señorita —dijo— ¿cómo podré pagar tantas bondades?

—Algún día ajustaremos cuentas —repuso—; por el momento; salid pronto, señor de Bragelonne, porque la señora de Saint-Rémy no es muy indulgente y alguna indiscreción por su parte podría traer aquí una visita domiciliaria enojosa para todos. ¡Adiós!

—Pero Luisa... ¿Cómo saber...?

—¡Andad! ¡Andad...!

El rey Luis XI supo muy bien lo que hacía cuando inventó el correo.

—¡Ah! —exclamó Raúl.

—¿Y no estoy yo aquí que valgo por todos, los correos del reino? ¡Pronto! ¡A caballo, y que si la señora de Saint-Rémy sube a echarme un sermón de moral, que ya no os encuentre aquí!

—Todo se lo diré a mi padre; ¿no es verdad? —murmuró Raúl.

—¡Los reñirá! ¡Ah, vizconde! Ya se ve que venís de la Corte; sois miedoso

como el rey. ¡Vaya! ¡Aquí, en Blois, nos pasamos muy bien sin el consentimiento de papá. Preguntádselo a Malicorne!

Y al pronunciar estas palabras, la joven puso a Raúl en la puerta empujándole por los hombros; éste se deslizó a lo largo del porche, montó a caballo, y partió a todo escape como si llevara detrás a los ocho guardias de Monsieur.

Capítulo IV

Padre e hijo

Raúl continuó, sin detenerse, el camino de Blois a la casa en que vivía el Conde de la Fère.

El lector nos dispensará una retratada descripción. Ya en otros tiempos hemos penetrado allí juntos y la conoce.

Sólo que, desde la última vez que la cogimos, los muros se han obscurecido algo por razón de la intemperie; los árboles han crecido, y algunos que antes extendían apenas sus flexibles ramas por entre las desigualdades del suelo, acopados ahora y espesos, extienden su ramaje arenado de vegetación; ofreciendo al viajero flores y frutos.

Raúl distinguió desde lejos el caballete del tejado; las dos torrecillas desde las que se divisaba su casa solariega, y vio también entre los olmos su palomar, a los pichones que revoloteaban alrededor del cono de ladrillos, como los recuerdos alrededor de un alma tranquila.

Cuándo se acercó más, oyó él ruido de las garruchas que rechinaban bajo el peso de los macizos cubos; y le pareció también oír el melancólico gemido del agua que vuelve a caer en el pozo, ruido triste, monótono, solemne; que hiere el oído del niño y del poeta, soñadores; que los ingleses llaman splash, los poetas árabes gasgachau, y que nosotros los franceses, que bien quisiéramos ser poetas, no podemos traducir más que con una perífrasis: le bruit de l'eau tombant ches l'eau.

Hacía más de un año que no iba Raúl a ver a su padre. Todo ese tiempo lo había pasado al lado del príncipe de Condé.

Este gran señor, después de las antiguas parcialidades del tiempo de la Fronda, se había reconciliado con la Corte de una manera franca y solemne: Mientras había durado la división entre el rey y el príncipe, éste; pues se aficionó al de Bragelonne, le había ofrecido cuantas ventajas pueden seducir a un joven en el principio de su carrera porque siguiese su partida.

El conde de la Fère, siempre fiel a sus principios de realismo, explicados un día bajo las bóvedas de San Dionisio, hablase negando siempre en nombre de su hijo a todos los ofrecimientos. Hizo más en lugar de seguir al Condé en su rebelión, siguió al de Turena, combatiendo incesantemente por el rey igualmente cuando Turena parece construido del agua cayendo en el agua.

Pareció abandonar la causa real, le abandonó también para ponerse de parte del de Condé, como antes lo hiciera del de Turena. Resultó de esta línea de conducta, que Raúl, tan joven como era, tenía inscritas más de diez victorias en su hoja de servicios, y ninguna derrota de que tuviera que sonrojarse su conciencia.

Así, pues; Raúl, según lo había querido su padre; sirvió constantemente la fortuna de Luis XIV, no obstante todas las oscilaciones endémicas y casi inevitables en tiempos tan azarosos.

El de Condé, vuelto a la gracia real, usó del privilegio de amnistía, pidiendo entre otras cosas la vuelta de Raúl a su servicio. El conde de La Fère, que comprendió el estado de las cosas con su talento perspicaz, se lo mandó inmediatamente.

Un año había transcurrido después, de esta ausencia del padre y el hijo; algunas cartas habían dulcificado en parte los rigores de la ausencia. Ya hemos observado que Raúl, dejaba en Louis otro amor que el filial y afectuoso entre padres e hijos.

Mas hemos de hacerle justicia; a no haber sido por la casualidad y la señorita de Montalais, dos demonios tentadores, Raúl hubiese partido sin detenerse a ver a su padre, así que ejecutó el mensaje; aun cuando llevase en el corazón el amante recuerdo de su querida Luisa.

La primera parte del camino iba preocupado con el recuerdo de la entrevista que acababa de tener con su amada; la segunda, con el pensamiento del amigo amado a quien tardaba en abrazar.

Encontró abierta la puerta del jardín Y se metió por ella con su caballo, atropellando las filas y cuadros, y atrayendo sobre sí la ira de un viejo, vestido con capotillo de color violeta y gorro viejo de terciopelo en la cabeza.

El buen viejo estaba escardando una calle de rosales enanos y margaritas, y no podía tolerar que se destruyese con el casco de un caballo el piso de sus calles de arena cernida.

Aventuró el principio de un juramento contra el recién llegado; pero volviendo éste la cabeza, la escena cambió en un momento. Apenas le hubo conocido, cuando incorporándose echó a correr en dirección de la casa, dando gritos, que eran en él el paroxismo de una alegría Inca.

Raúl llegó hasta las cuadras, dio su caballo a un lacayo joven, y subió las escaleras con una alegría que hubiera regocijado el corazón de su padre.

Atravesó la antecámara, el corredor y el salón sin encontrar a nadie; por último, habiendo alegado, a la puerta del gabinete del conde de Fère, llamó impaciente a su padre, y sin escuchar apenas la voz grave de éste, que le contestó al punto que entrase, se halló dentro de la habitación.

El conde permanecía sentado junto a una mesa cubierta de libros y papeles: Su continente era siempre el de un noble y bien portado caballero, pero, el tiempo había dado a su nobleza y hermosura un carácter más imponente y distinguido: frente sin arrugas, blanca cabellera, ojos vivos bajo un cerco de cejas perfecto, bigote fino y apenas encanecido, marcando unos labios delgados que no parecían haber sentido la contracción de las pasiones; cuerpo derecho y delgado, mano descarnada: tal era el caballero cuyas nobles hazañas habían merecido el aplauso de mil personas ilustres, bajo el nombre de Athos. Cuando llegó Raúl ocupábase en corregir las páginas de un cuaderno manuscrito, todo él redactado de su puño y lenta.

Raúl se lanzó en brazos de su padre con tanta precipitación, que el conde no tuvo ni tiempo ni fuerza suficientes para dominar la emoción que le embargaba.

—¡Vos aquí, vos aquí, Raúl! —exclamó—. ¿Es posible?

—¡Oh padre mío! ¡Cuánto me alegra de volveros ver!

—¿No me contestáis, vizconde? ¿Habéis obtenido licencia para venir a Blois, o ha ocurrido en París alguna desgracia?

—A Dios gracias, señor —respondió Raúl, serenándose—, no ha ocurrido nada malo; el rey se casa, como tuve el honor de anunciaros en mi última carta, y marcha a España. Su Majestad pasará por Blois.

—¿Para ver a Monsieur?

—Sí, señor conde. El príncipe me ha mandado delante para que la venida del rey no le cogiese de improviso, o más bien deseando parecerle agradable.

—¿Habéis visitado a Monsieur? —preguntó vivamente el conde.

—He tenido ese honor.

—¿En el castillo?

—Sí, padre mío —contestó Raúl bajando los ojos, porque sin duda había sentido en la interrogación del conde algún otro sentido que una simple curiosidad.

—En verdad que tengo el honor de complimentar por ello.

Raúl inclinóse en señal de agradecimiento.

—¿No habéis visto en Blois otra persona?

—Señor, he visto, a Su Alteza Real Madame.

—Está bien. No es de Madame de quien yo hablo.

Raúl ruborizóse como un niño y no contestó una sola palabra.

—¿No me entendéis, señor vizconde? —insistió el conde con indulgente severidad.

—Os entiendo perfectamente, señor; y si preparo una respuesta, no es que trate de disculparme con una mentira.

—Bien, sé que no acostumbráis a mentir: Por eso me admiro de que tardéis en darme una respuesta categórica: sí o no.

—No, puedo contestaros sino; comprendiéndoois bien; y si os he entendido bien, vais a recibir de mal talante mis primeras palabras. Sin duda os desagrada, señor conde, que haya visto.

—A la señorita de La Vallière; ¿no es así?

—Bien sé que es de ella de quien queréis hablar, señor conde —dijo Raúl con indecible dulzura.

—Y yo os pregunto si la habéis visto.

—Señor, ignoraba cuando entré en el castillo que se hallaba en él la señorita de La Vallière; pero cuando me volvía, después de concluir mi encargo, la casualidad nos ha puesto en presencia uno del otro: He tenido el honor de ofrecerle mis respetos.

—¿Y cómo se llama la casualidad que os haya reunido a la señorita de La Vallière?

—La señorita de Montalais.

—¿Quién es esa señorita de Montalais?

—Una joven que no conocía, y a quien nunca había visto, la camarista de Madame.

—Señor vizconde, no continuaré mi interrogatorio, del cual me hago cargo por haber durado demasiado. Os tenía recomendado que huyeseis lo posible a la señorita de La Vallière y que no la vieseis sin mi permiso. ¡Bien sé que me habéis dicho la verdad y que habéis dado ni un solo paso para acercaros a ella! La casualidad sola me ha engañado, y yo no tengo de qué reconveniros. Me contentaré, por tanto, con lo que ya os he dicho acerca de esa señorita. Dios es testigo, rige que nada tengo que decir de ella; pero no entra en mis designios

que frecuentéis su casa. Os ruego otra vez, mi querido Raúl, que lo tengáis entendido.

A estas: palabras, se hubiera dicho, que se turbaban los ojos límpidos y puros de Raúl.

—Ahora, amigo mío —prosiguió el conde con su dulce sonrisa y su voz habitual—, hablemos de otra cosa. ¿Volvéis quizá a vuestra obligación?

—No, señor, nada tengo que hacer sino permanecer hoy a vuestro lado. Felizmente, no me ha impuesto el príncipe más deber que éste, que tan de acuerdo está con mi deseo.

—¿Está bien el rey?

—Perfectamente.

—¿Y el príncipe?

—Como siempre, señor.

El conde se olvidaba de Mazarino, siguiendo su antigua costumbre.

—Bien, Raúl, ya que hoy me pertenecéis, también, por mi, parte os dedicaré todo el día. Abrazadme... otra vez, otra vez estáis en vuestra casa, vizconde... ¡Ah! ¡Aquí está nuestro vicio Grimaud! Venid, Grimaud, el señor vizconde desea abrazaros también.

El anciano no se lo hizo repetir; y corrió con los brazos abiertos. Raúl le ahorró la mitad del camino.

—¿Queréis, Raúl, que vayamos ahora al jardín? Os enseñaré el nuevo alojamiento que he mandado preparar para vos cuando vengáis con licencia; y mientras miramos los plantíos de este invierno y dos caballos de regalo que he cambiado, me daréis noticias de nuestros amigos de París.

El conde cerró su manuscrito; tomó el brazo del joven y pasó con él al jardín.

Grimaud miró tristemente salir a Raúl, cuya cabeza casi tocaba al marco de la puerta, y acariciando su blanca barba dejó caer esta profunda palabra: «¡Crecido!».

Capítulo V

Cropoli, Cropole y un notable pintor desconocido

En tanto que el conde de la Fère visita con Raúl los nuevos edificios que

había mandado construir, y los caballos que había cambiado, el lector me permitirá que volvamos de nuevo a la ciudad de Blois y que asistamos a la no común actividad que la agitaba.

En las hosterías, principalmente, era donde más se hacían sentir las consecuencias de la noticia llevada por Raúl.

En efecto, el rey y la Corte en Blois, es decir, cien caballeros, y otros tantos criados, ¿dónde se metería toda esa gente? ¿Dónde se alojarían todos los caballeros de los contornos, que quizá llegarían en dos o tres horas, tan pronto como la noticia se fuese ensanchando, a la manera de esas circunferencias concéntricas que causa la caída de una piedra lanzada en las aguas de un lago tranquilo?

Blois, tan apacible como lo hemos visto por la mañana, como el lago más tranquilo del mundo, se llena de repente de tumulto y de temor a la noticia de la regia llegada.

Los criados de Palacio, bajo la inspección de los oficiales, iban a la ciudad en busca de provisiones, y diez correos a caballo galopaban hacia las reservas de Chambord a fin de traer la caza, a las pesquerías del Beuvron por el pescado, y a los huertos de Cheverny por las Piores y por las frutas.

Sacábanse del guardamuebles las valiosas tapicerías y las arañas con sus grandes cadenas doradas; un ejército de pobres barría los patios y lavaba los pavimentos de piedra, al paso que sus mujeres destruían los prados del Loira recogiendo sus capas de verdura y sus flores.

La ciudad toda; para no permanecer extraña a este gran lío, hacía su toilette con gran azacaneo de escobas, cepillos y agua.

Los arroyos de la ciudad alta, hinchados con estos incesantes lavatorios, se convertían en ríos en la parte baja de la ciudad, y preciso es decir que hasta el fangoso empedrado se adiamantaba a los rayos benéficos del sol.

Por último, se preparaban músicas, las gavetas se vaciaban, los mercaderes acaparaban cintas y lazos de espadas, y las tenderas hacían provisión de pan, carne y especias. Hasta un buen número de vecinos, cuyas casas se hallaban provistas como para sostener un sitio no teniendo ya de qué ocuparse, se ponían sus trajes de fiesta y se dirigían a la puerta de la ciudad para ser dos primeros en anunciar o ver el séquito. Sabían muy bien que el monarca no llegaría hasta la noche; y tal vez, hasta el día siguiente, pero ¿qué es esperar, sino una especie de locura? Y la locura, ¿qué es sino exceso de esperanza?

En la ciudad baja y a unos cien pasos del castillo de Los Estados, en cierta calle bastante hermosa que se llamaba entonces calle Vieja, y que, en efecto, debía ser muy vieja, alzábase un respetable edificio de poca elevación y de

caballete puntiagudo, provisto de tres ventanas que daban a la calle en el primer piso, de dos en el segundo, y de una pequeña claraboya en el tercero.

Había una tradición, según la cual, esta casa fue habitada, en tiempo de Enrique III, por un consejero de los Estados, que la reina Catalina había ido, según unos a visitar, según otros, a estrangular. Después de muerto el consejero por estrangulación o naturalmente, pues esto no hace al caso, la casa fue vendida, luego abandonada, y por último, aislada de las otras casas de la calle. Sólo a mediados del reinado de Luis XIII, cierto italiano llamado Crópoli, escapado de las cocinas del mariscal de Ancre, había ido a establecerse en esta casa. En ella fundó una pequeña hostería, donde se servían unos macarrones de tal modo refinados, que la gente iba a comer a ella de muchas leguas a la redonda.

Lo ilustre de esta casa procedía de que la reina María de Médicis, prisionera en el castillo de los Estados, había mandado a buscarlos una vez.

Y eso aconteció, precisamente, el mismo día en que escapó por la famosa ventana. El plato de macarrones había quedado sobre la mesa, desflorado solamente por la boca real.

Este doble favor, de una estrangulación y de un plato de macarrones, había sugerido al pobre Crópoli la idea de nombrar a su hostería con un título pomposo.

Mas su cualidad de italiano no era una recomendación en aquellos tiempos; su poca fortuna, cuidadosamente guardada, no quería ponerse demasiado en evidencia.

Cuando se vio próximo a morir, lo cual aconteció en 1643, después de la muerte del Rey Luis XIII, llamó a su hijo, joven marmitón de las más bellas esperanzas, y con las lágrimas en los ojos le rogó que guardase bien el secreto de los macarrones, que afrancesase su nombre, que se casase con una francesa, y, en fin, que cuando el horizonte político se desembarazase de las nubes que le cubrían, se hiciese fraguar por el herrero vecino una magnífica muestra, en la cual un famoso pintor, que él indicó, dibujaría dos retratos de reina, con esta leyenda: LOS MÉDICIS.

El bueno de Crópoli, después de tales recomendaciones, sólo tuvo fuerza para indicar a su joven sucesor una chimenea, en cuya campana había escondido mil luises de diez francos, y expiró.

Crópoli hijo, que era hombre de energía, soportó esta pérdida con resignación y el lucro sin insolencia. Primero comenzó por acostumar al público a hacer pronunciar tan imperceptiblemente la i final de su nombre, que, ayudándole la general complacencia, no se llamó sino Cropole, nombre puramente francés.

Enseguida, casóse con una francesita de quien se había enamorado, y a cuyos padres arrancó una dote razonable, mostrándoles lo que había en la chimenea.

Terminados estos dos negocios, ocupóse en buscar al pintor que debía pintar la muestra, al cual encontró bien pronto.

Era éste un viejo italiano, émulo de los Rafael y de los Correggio, pero émulo desdichado. Decía él que era de la escuela veneciana, sin duda porque le gustaban mucho los colorines: Sus obras, de las cuales jamás vendió una; lastimaban la vista a cien pasos y disgustaban tanto a los vecinos, que concluyó por no hacer nada.

Siempre se alababa de haber pintado una sala de baño, para la señora mariscala de Ancre, y se quejaba de que la tal sala se hubiese quemado cuando el desastre del mariscal.

Crópoli, en su calidad de compatriota, era indulgente para con Pittrino.

—Este era el nombre del artista. Tal vez había visto las famosas pinturas de la sala de baño. Siempre tuvo tal deferencia al famoso Pittrino, que, finalmente, se lo llevó a su casa.

Reconocido Pittrino y alimentado de macarrones, aprendió a propagar la reputación de este manjar nacional; y ya en tiempo de su fundador había prestado, por medio de su lengua infatigable, grandes servicios a la casa Crópoli.

Cuando iba envejeciendo se unió al hijo como al padre, y poco a poco se convirtió en una especie de vigilante de una casa donde su probidad, su sobriedad reconocida, su castidad proverbial y otras mil virtudes que juzgamos inútil enumerar aquí, le dieron plaza, eterna en el hogar con derecho de inspección sobre los criados.

Por otra parte, él era quien probaba los macarrones para conservar el gusto puro de la antigua tradición, y preciso es decir que no perdonaba ni un grano de pimienta de más, ni un átomo de queso de menos. Su gozo fue inmenso el día en que, llamado a compartir el secreto de Crópoli, hijo, fue encargado de pintar la muestra famosa.

Se le vio revolver con entusiasmo en una antigua caja, donde halló unos pinceles un tanto roídos por los ratones, pero todavía servibles, colores casi desecados en sus vejigas, aceite de linaza en una botella, Y en paleta que en otro tiempo había pertenecido a Bronzino, dios de la pintura, según decía en su entusiasmo siempre juvenil el artista ultramontano.

Pittrino estaba preocupado con la alegría de una rehabilitación. Hizo lo que había hecho Rafael; cambió de escuela y pintó a la manera de Albano dos

diosas más bien que dos reinas. Estas ilustres damas estaban de tal manera graciosas en la muestra, ofrecían a las sorprendidas miradas tal conjunto de blanco y rosa, resultado admirable del cambio de escuela de Pittrino, y afectaban posiciones de sirenas tan anacreónticas, fue el regidor primero, cuando fue admitido a ver esta obra maestra en la sala de Cropole, confesó inmediatamente que aquellas damas eran demasiado hermosas y estaban dotadas de un encanto harto incitante para figurar como enseña a la vista de los transeúntes.

—Su Alteza Real Monsieur dijo que viene muchas veces a la ciudad, no quedaría muy contento al ver a su ilustre madre tan ligera de ropa y os enviaría a un calabozo, porque este glorioso príncipe no es muy tierno de corazón que digamos. Borrada, pues, ambas sirenas o la leyenda, sin lo cual os prohíbo la exhibición de la muestra. Esto está en vuestro interés, maese Cropole, y también en el vuestro, señor Pittrino.

Esto no tenía más contestación que dar las gracias al regidor por su atención, y así lo hizo Cropole. Pero Pittrino quedó mudo y decaído.

Conocía muy bien lo que iba a pasar.

Apenas había salido el regidor, cuando Cropole se cruzó de brazos. Veamos, maestro —dijo—, ¿qué hacemos?

—Vamos a quitar la leyenda —contestó con tristeza Pittrino—. Aquí tengo un negro de marfil excelente; es cosa que se hace en una hora y reemplazaremos a los Médicis con las Ninfas o las Sirenas, como mejor os plazca.

—Nada de eso —repuso Cropole; así no se cumpliría la voluntad de mi padre.

—Vuestro padre se refería a las figuras —dijo Pittrino.

—Se refería a la leyenda —replicó Cropole.

—La prueba de que se refería a las figuras es que mandó que fuesen parecidas, como lo son en efecto —repuso Pittrino.

—Sí, pero si no lo hubieran sido, nadie las reconocería sin la leyenda.

Hoy mismo, que esas personas célebres vane borrando de la memoria de los habitantes de Blois, ¿quién conocería a Catalina y a María, sin estas palabras: LOS MÉDICIS?

—Pero, señor, ¿y mis figuras? —preguntó Pittrino desesperado, porque sentía que Cropole tenía razón—. Yo no quiero perder el fruto de mi trabajo.

—Tampoco yo deseo ir a la cárcel.

—Borremos los Médicis —dijo Pittrino suplicante.

—No —replicó Cropole—. Se me ocurre una idea sublime. Aparecerán vuestra pintura y mi leyenda... ¿Médicis no quiere significar médico en italiana?

—Sí, en plural.

—Iréis, pues, a mandar al herrero que haga otra plancha para muestra; pintaréis en ella seis médicos y pondréis debajo: «LOS MÉDICIS»... lo que hace un juego de palabras muy agradable.

—¡Seis médicos! ¡Imposible! ¿Y la composición? —exclamó Pittrino. ¿Eso os asusta?

—Pues así ha de ser, lo quiero, es preciso, mis macarrones lo exigen.

Esta razón no tenía réplica, y Pittrino obedeció.

Compuso la muestra de los seis médicos con la leyenda, que el regidor aplaudió.

La muestra tuvo un gran éxito. Lo que prueba que el pueblo nunca es muy artista, según decía Pittrino.

Cropole, para indemnizar a su pintor de cámara, colgó en su alcoba las ninfas de la muestra desechada, lo cual hacía ruborizar a su mujer cuando las miraba al desnudarse por las noches.

Así fue cómo la casa de que hablamos tuvo su muestra, y cómo hubo en Blois una hostería de este nombre; teniendo por propietario a maese Cropole, y por pintor de cámara al maestro Pittrino.

Capítulo VI

El desconocido

Fundada y recomendada de esta suerte por la muestra; la hostería de maese Cropole, marchaba prósperamente.

No era una gran fortuna lo que se proponía Cropole, pero confiaba con fundamento duplicar los mil luises de oro que le dejó su padre, sacar otros tantos de la venta de la casa, y vivir holgado e independiente como cualquier vecino de la ciudad.

Cropole era muy aficionado al lucro, y acogió con mucha alegría la noticia de la llegada de Luis XIV.

Él, su esposa, Pittrino y dos marmitones, echaron mano a todos los habitantes del palomar, del corral y de las conejeras, de suerte que en los patios de la hostería de los Médicis se oían tantos gritos y cacareos, como nunca se oyeron en otro tiempo en Roma.

Por lo pronto sólo había un viajero en casa de Cropole.

Era éste un hombre que no tenía treinta años, alto, hermoso y austero, o más bien melancólico en todos sus gestos y miradas.

Vestía traje de terciopelo negro con guarniciones de azabache, y un cuello, blanco y sencillo, como el de los más severos puritanos, hacía resaltar el color mate y delicado de su garganta juvenil; un bigote que apenas cubría su labio movable y desdeñoso.

Hablaba a las personas mirándolas de frente y sin afectación, pero también sin timidez, de manera que el brillo de sus ojos azules se hacía de tal manera insoportable; que más de una mirada se bajaba ante la suya, como sucede a la espada más débil en singular combate.

En aquel tiempo en que los hombres criados todos iguales por Dios; se dividían, gracias a las preocupaciones, en dos castas distintas, el noble y el pechero, como se dividen verdaderamente las dos razas negra y blanca, en aquel tiempo, decimos, el hombre cuyo retrato vamos a bosquejar, no podía pasar sino por caballero, y de la mejor raza. Bastaba para esto ver sus afiladas y blancas manos, cuyos músculos y venas transparentábanse bajo la piel al menor movimiento, y cuyas, falanges enrojecían a la menor crispación.

Aquel caballero llegó solo a la casa de Cropole. Se había apoderado, sin vacilar y aun sin reflexionar, del departamento más importante que el posadero había indicado, con propósito de rapacidad muy humilde según unos, y muy loable según otros; si admiten que Cropole fue fisonomista y conocía a la gente a primera vista.

Este departamento era el que formaba toda la fachada de la vieja casa: un gran salón iluminado por dos ventanas en el primer piso, un cuartito y otro encima.

Apenas tocó el caballero la comida que le sirvieron en su cuarto; sólo había dicho dos palabras a su huésped pura prevenirle de que llegaría un viejo llamado Parry, y para encargarle que lo dejaran subir.

Después guardó un silencio tan profundo, que casi se ofendió Cropole, pues gustaba mucho de las gentes de buena compañía.

En fin; el caballero se había levantado muy temprano el día que comienza esta historia, y asomado a la ventana de su salón, apoyado en el alféizar, miraba tristemente a entrambos lados de la calle, acechando sin duda la

llegada del viajero de que había hablado a su huésped.

De este modo vio pasar el escaso acompañamiento de Monsieur cuando volvía de caza, y saboreaba, después nuevamente la profunda tranquilidad de la ciudad, absorto como permanecía en sus meditaciones. De pronto, la multitud de pobres que iban a los prados, los correos que salían, las personas que fregaban el suelo, los proveedores de la casa real, los habladores mancebos de las tiendas, los carretones en movimiento, y los pajes que estaban de servicio, todo este tumulto y baraúnda, le sorprendieron sin duda, pero sin que perdiera nada de la majestad impasible y suprema que da al águila y al león esa mirada suprema, y despreciativa en medio de los gritos y algazara de los cazadores o de los curiosos.

Luego, los alaridos de las víctimas degolladas en el corral, los pasos apresurados de la señora Cropole en la escalera de madera, tan estrecho y sonora, y los saltos que al andar daba Pittrino, que había estado fumando a la puerta con la flema de un holandés, todo esto produjo en el viajero un principio de sorpresa y agitación.

Al tiempo que se levantaba, a fin de informarse, se abrió la puerta de la sala.

El desconocido creyó que sin duda le conducían el viajero que impaciente esperaba, y dio con precipitación tres pasos hacia la puerta que se abría. Pero en lugar de la cara que esperaba ver, fue maese Cropole quien apareció, y en pos de él, en la penumbra de la escalera, el semblante bastante gracioso, pero trivial por la curiosidad, de la señora Cropole, que echó una mirada furtiva al hermoso caballero y desapareció.

Cropole se adelantó alegre, con el gorro en la mano; y más bien encorvado que inclinado.

El desconocido le interrogó con un gesto sin decir una palabra.

—Caballero —dijo Cropole—, venía a preguntar cómo... deberé llamar a vuestra señoría, si señor conde o señor marqués...

—Decid caballero y hablad al momento —respondió el desconocido con acento altanero que no admitía ni discusión ni réplica.

—Venía, pues, a enterarme de cómo habéis pasado la noche, y si el caballero tiene intención de conservar este aposento.

—Caballero, es que ha sucedido un incidente con el cual no habíamos contado.

—¿Cuál?

—S.M. Luis XIV entra hoy en nuestra ciudad y descansará en ella un día, o

quizá dos.

Una viva sorpresa apareció en el rostro del desconocido.

—¡El rey de Francia viene a Blois!

—Está en camino, caballero. Entonces, razón de más para que yo me quede —dijo el desconocido.

—Muy bien, señor, ¿mas os quedáis con toda la habitación? No os comprendo. ¿Por qué he de tener, hoy menos que ayer? Porque, señor, vuestra señoría me permitirá decirle que no debí, cuándo ayer escogisteis esta habitación, fijar un precio cualquiera que hubiese hecho creer a vuestra señoría que yo prejuizaba sus recursos..., al paso que hoya.

El desconocido se ruborizó, pues al instante le ocurrió la idea de que sospechaban que fuera pobre y que le insultaban por ello.

—Al paso que hoy —repuso fríamente— ¿prejuizáis?

—Caballero, soy hombre honrado, gracias a Dios, y posadero, y con todo y como aparezco, hay en mi sangre noble. ¡Mi padre era servidor y oficial del difunto señor mariscal de Ancre, que en gloria esté!

—Yo no os contradigo sobre este particular; sólo deseo saber, y saber pronto, qué se reducen vuestras preguntas.

—Sois demasiado razonable, caballero, para conocer que la ciudad es pequeña, que la Corte va a invadirla, que las casas se llenarán de gente, y que, por consiguiente, los alquileres van a adquirir un valor considerable.

El desconocido se ruborizó otra vez.

—Poned las condiciones —díjole. Lo hago con escrúpulo, caballero, porque busco una ganancia honesta, y porque deseo hacer mi negocio sin ser descortés ni grosero con nadie.

Y como el aposento que ocupáis es grande y estáis solo.

—Eso es cuenta mía.

—¡Oh! ¡Verdaderamente; yo no despido al caballero!

La sangre fluyó a las venas del desconocido; y lanzó sobre el pobre Cropole, descendiente de un oficial del señor mariscal de Ancre, una mirada que le hubiera hecho entrar bajo la campana de la famosa chimenea, si Cropole no hubiera estado clavado en su sitio por tratarse de sus intereses.

—¿Deseáis que me vaya? —dijo—. Explicaos, pero pronto señor.

—Señor, no me habéis comprendido; esto que hago es muy delicado, pero yo me expresé mal, o quizá como sois extranjero, lo cual reconozco en el

acento... En efecto, el desconocido hablaba con esa dificultad que es el principal carácter de la acentuación inglesa, aun entre los hombres de esta nación que hablan más correctamente el francés.

—Como sois extranjero, repito, quizá seáis vos quien no penetre todo el sentido de mi razonamiento. Yo pretendo que el caballero podría dejar una o dos de las tres piezas que ocupa, lo cual disminuiría bastante el alquiler y tranquilizaría mi conciencia, pues es duro aumentar extraordinariamente el precio de las habitaciones, cuando se tiene el honor de evaluarlas en un precio equitativo.

—¿Cuánto es el alquiler desde ayer?

—Señor, un luis con la manutención y el cuidado del caballo.

—Está bien. ¿Y el de hoy?

—¡Ah! ¡He ahí la dificultad! Hoy es el día de la llegada del rey, si la Corte viene a dormir aquí se cuenta el día de alquiler. Resulta, que tres cuartos a dos luses cada uno; son seis luses. Dos luses, caballero, no son nada; pero seis luses son mucho.

El desconocido; de rojo que se le había visto, convirtiéndose en pálido, y sacó con valor heroico; una bolsa bordada de armas que ocultó cuidadosamente en el hueco de la mano. La tal bolsa era tan flaca, tan floja; tan hueca, que no escapó a los ojos de Cropole.

El desconocido vació la bolsa en su mano; sólo contenía dos luses dobles, que componían seis; como el hostelero le pidió.

Sin embargo, eran siete los que Cropole había exigido; y miró al desconocido como para decirle: ¿No más?

—Falta un luis, ¿no es eso, señor posadero?

—Sí, señor, más...

El desconocido metió la mano en el bolsillo de su gabán y sacó una cartera pequeña, una llave de oro y algunas monedas de plata.

Con estas monedas compuso el total de un luis.

—Gracias, caballero —dijo Cropole—. Ahora me resta saber si pensáis habitar todavía mañana este departamento, en cuyo caso os lo conservaré; mas si el caballero no piensa en eso lo prometeré a las gentes de Su Majestad que van a venir.

—Eso es razonable —dijo el desconocido después de un largo silencio—; pero como ya no tengo más dinero, según habéis podido ver, como, a pesar de eso, deseo conservar este departamento, es necesario que vendáis este

diamante en la ciudad, o que lo guardéis en prenda.

Cropole examinó tanto tiempo el diamante que el desconocido se apresuró a decir:

—Prefiero que lo vendáis, porque vale trescientos doblones. Un judío, ¿vive algún judío en Blois? os dará por él doscientos, ciento cincuenta tal vez; tomad lo que os diere, aunque no os ofrezca más que el precio de vuestro alquiler. ¡Corred!

—¡Oh! Caballero —exclamó Cropole avergonzado de la inferioridad que le echaba en cara el desconocido, por ese abandono tan noble y tan desinteresado, y también por su inalterable paciencia a tantas mezquindades y sospechas.

—¡Ah! caballero, me parece que no se robará en Blois, como vos parecéis creer, y valiendo el diamante lo que decís...

El desconocido lanzó nuevamente a Cropole una de sus miradas.

—Yo no entiendo de eso, compañero, creedme —exclamó éste.

—Pero los joyeros sí entienden; preguntadles —dijo el desconocido.

—Ahora, creo que nuestras cuentas están terminadas, ¿no es verdad?

—Sí, señor, y tengo un gran sentimiento porque temo haberos ofendido.

—De ninguna manera —replicó el desconocido con la majestad de quien todo lo puede.

—Ha de haber parecido llevar más de lo equitativo a un noble viajero... Poneos en el caso, señor, de la necesidad.

—No hablemos más de eso, os digo, y hacedme el favor de dejarme solo.

Cropole inclinóse profundamente y salió con aire extraviado, que anunciaba en él un corazón excelente y un verdadero remordimiento.

El desconocido fue a cerrar la puerta, y miró cuando estuvo solo el fondo de la bolsa de donde había tomado un saquito de seda donde estaba el diamante, su único recurso.

También interrogó el vacío de sus bolsillos, miró los papeles de su cartera, y se persuadió de la absoluta desnudez en que iba a encontrarse.

Entonces levantó los ojos al cielo con un movimiento sublime de calma y de desesperación, enjugó con sus manos alguna gota de sudor que humedecía su noble frente, y descansó sobre la tierra aquella mirada, llena un momento antes de majestad divina.

La tempestad acababa de pasar lejos de sí; quizá había orado en el fondo

de su alma.

Volvió a acercarse y a tomar su sitio en la ventana, y allí permaneció inmóvil, muerto, hasta el momento en que, comenzando el cielo a oscurecerse, brillaron las primeras antorchas, dando la señal de la iluminación a todas las ventanas y balcones.

Capítulo VII

Parry

Mientras el desconocido miraba con interés estas luces y prestaba atención a tales movimientos, maese Cropole entró en su habitación con dos criados que prepararon la mesa.

El extranjero no prestó a ninguno de ellos la menor atención. Entonces Cropole, aproximándose a su huésped, le deslizó al oído estas palabras con el más profundo respeto:

—Caballero, el diamante ha sido apreciado.

—¡Ah! —murmuró el viajero—. ¿Y en cuánto?

—Señor, el joyero de Su Alteza Real da por él doscientos ochenta doblones de oro.

—¿Los tenéis?

—He creído que debía tomarlos, caballero; no obstante, he puesto por condiciones de venta que si queríais conservar vuestro diamante hasta que tuvieseis fondos... el diamante os sería devuelto.

—Nada de eso. Os he dicho que lo vendáis.

—Entonces, he obedecido, o algo menos, puesto que sin haberlo vendido definitivamente he tomado el dinero.

—Cobraos —repuso el desconocido.

—Lo haré, caballero, ya que lo exigís tan imperiosamente.

Una melancólica sonrisa plegó los labios del caballero.

—Poned el dinero sobre ese cofre —dijo volviendo la espalda al mismo tiempo que le indicaba el mueble con un ademán.

Cropole colocó en él un saco bastante repleto, de cuyo contenido sacó el precio de su alquiler.

—Ahora, caballero —dijo—, no me daréis el disgusto de no cenar... Ya habéis rehusado la comida, lo cual es ultrajante para la casa de Los Médicis. Ya veis, la cena está servida, y aun me atrevo a añadir que tiene buena cara y buen sabor.

El desconocido pidió un vaso de vino; cortó un pedazo de pan, y no, se separó de la ventana ni para comer ni para beber.

Al poco rato oyóse un estrepitoso ruido de timbales y trompetas; los gritos que se alzaban a lo lejos y un confuso rumor aturdió la parte alta de la ciudad; el primer ruido distinto que hirió los oídos del extranjero, fue el andar de los caballos que se aproximaban.

—¡El rey! —exclamó Cropole, que se alejó de su huésped y de sus ideas de delicadeza para satisfacer su curiosidad. Con Cropole tropezaron y confundieron en la escalera la señora Cropole, Pittrino, los ayudantes y los marmitones.

—El séquito avanzaba lentamente, iluminado por centenares de antorchas, ya desde la calle, ya desde las ventanas.

Después de una compañía de mosqueteros y de un cuerpo compacto de caballeros, venía la litera del cardenal Mazarino, arrastrada como una carroza por cuatro caballos negros.

Detrás de ella marchaban los pajes y las gentes del cardenal.

A continuación iba la carroza de la reina madre, con sus damas de honor a las portezuelas y sus caballeros montados a los lados.

El rey aparecía detrás, montado en un admirable caballo de raza sajona de largas crines.

El joven príncipe mostraba, saludando a algunas ventanas, de donde salían las más vivas aclamaciones, su noble y gracioso rostro iluminado por ras antorchas de sus pajes.

A los lados del rey, pero dos pasos más atrás, el príncipe de Condé, el señor Dangeau y otros veinte cortesanos, seguidos de sus gentes y bagajes cerraban la marcha verdaderamente triunfal.

Esta pompa era de ordenanza militar.

Tan sólo algunos viejos cortesanos llevaban el vestido de viaje; todos los demás vestían el traje de guerra. Muchos de ellos se veían con el alzacuello y colete, como en la época de Enrique IV y de Luis XIII.

Cuando el rey pasó par delante del desconocido, que se había inclinado sobre el alféizar para ver mejor, y que había ocultado la cara al apoyarse sobre los brazos, sintió hincharse y desbordar su corazón de amargos celos.

Embriagábale el ruido de las trompetas, las aclamaciones populares ensordecíanle, y por un momento dejó abandonada su razón en medio de aquel torrente de luces; de tumulto y de brillantes imágenes.

—¡Él es rey! —exclamó con tal acento de desesperación y de angustia, que debió llegar a los pies del trono de Dios.

Y, antes de que volviera de su sueño sombrío, se desvanecieron todo aquel ruido y todo aquel esplendor. Sólo quedaron algunas voces discordes y roncacas que gritaban de vez en cuando. «¡Viva el rey!».

También quedaron las seis luminarias que tenían los habitantes de la hostería Los Médicis, es decir: dos por Cropole, dos por Pittrino y una por cada marmitón.

Cropole no cesaba de repetir:

—¡No hay duda que es el rey, y que se parece a su difunto padre, en lo hermoso! —decía Pittrino.

—¡Y que tiene un aspecto orgulloso! —añadía la señora Cropole, ya en promiscuidad de comentarios con los vecinos y vecinas.

Cropole alimentaba estos propósitos con sus observaciones personales, sin notar que un anciano a pie, pero que arrastraba de la brida a un caballito irlandés, trataba de penetrar por el grupo de mujeres Y de hombres que estaban estacionados ante su casa.

Pero en este momento oyóse en la ventana la voz del extranjero:

—Buscad el modo, señor posadero, de que se pueda entrar en vuestra casa.

Entonces se volvió Cropole, distinguió al anciano y le hizo abrir paso.

Cerróse la ventana.

Pittrino mostró el camino al recién venido, que entró sin pronunciar una palabra.

El extranjero le esperaba en el descanso de la escalera, abrió sus brazos al viejo y le llevó a una silla; pero éste se resistió.

—¡Oh! ¡No, no, milord! —dijo—; ¡sentarme en vuestra presencia! ¡Jamás!

—Parry —dijo el caballero—, os lo suplico... vos que venís de Inglaterra ¡de tan lejos!

¡Ah! No es a vuestra edad cuando deben sufrirse fatigas semejantes a las de mi servicio. Reposad...

—Ante todo, milord, tengo que daros una respuesta.

—Parry... por Dios, no me digas nada... porque si la noticia hubiese sido buena; no comenzarías tu frase de ese modo. Das un rodeo, y eso quiere decir, que la noticia es mala.

—Milord —replicó el viejo—, no os alarméis tan pronto.

—Pienso que no se ha perdido todo. Lo que se necesita es voluntad y perseverancia, y especialmente resignación.

—Parry —contestó el joven—, aquí he venido solo, atravesando mil peligros; ¿crees en mi voluntad? He meditado este viaje por espacio de diez años, a pesar de todos los consejos y de todos los obstáculos: ¿crees en mi perseverancia? Esta misma noche he vendido el diamante, el diamante de mi padre, porque ya no tenía con qué pagar mi cuarto; y me iba a echar el posadero.

Parry hizo un gesto de disgusto, al cual respondió el joven con un apretón de manos y una sonrisa.

—Todavía tengo doscientos setenta y cuatro doblones, y me considero rico; yo no me apuro, Parry, ¿crees en mi resignación?

El viejo levantó al cielo sus temblorosas manos.

—Veamos —dijo el extranjero—, no me ocultes nada. ¿Qué ha pasado?

—Mi relación será corta; pero en nombre del cielo, ¡no tembléis así!

—Es de impaciencia, Parry; veamos: ¿qué te ha dicho el general?

—Primero, el general no quiso recibirme. Luego amigos al otro lado del Estrecho, a quienes sólo falta un jefe y una bandera, cuando me vean, cuando vean la bandera de Francia, se aliarán a mí, porque comprenderán que tengo vuestro apoyo. Los colores del uniforme francés valdrán a mi lado el millón que nos haya denegado el señor Mazarino (porque sabía muy bien que yo negaría este millón). Venceré con estos quinientos caballeros, y todo el honor será vuestro. Esto es lo que ha manifestado, poco más o menos, ¿no es verdad? Envolviendo estas palabras en metáforas resplandecientes y en imágenes pomposas, porque todos son habladores en la familia. Su padre habló hasta en el patíbulo.

El sudor de la vergüenza corría por la frente del rey sintiendo que no correspondía a su dignidad oír insultar de ese modo a su hermano; pero, aún no sabía tener voluntad, sobre todo frente a aquél, ante quien todos se habían doblegado, hasta su misma madre.

Al fin hizo un esfuerzo.

—Pero, señor cardenal, no son quinientos hombres, sino doscientos.

—Ya veis que había adivinado lo que pedía.

—Nunca he negado que tuvieseis una mirada profunda, y por esto mismo he pensado que no negaría a mi hermano Carlos una cosa tan sencilla y tan fácil de conceder como la que os pido en su nombre, señor cardenal, o más leen en el mío.

—Majestad —dijo el cardenal—, treinta años hace que me ocupo de la política; primero, en unión, del señor cardenal Richelieu, y luego solo. Esta política no ha sido siempre muy honrada, menester es confesarlo, pero jamás descabellada. Bien; pues la que en este momento me propone Vuestra Majestad, es deshonrosa y torpe a la par.

—¡Deshonrosa!

—Majestad, habéis hecho un tratado con Cromwell.

—Sí, en ese mismo tratado, Cromwell ha firmado por encima de mí.

—¿Y por qué firmasteis tan abajo?

—El señor Cromwell encontró un buen sitio, y lo tomó; ésa era su costumbre. Pero vuelvo a Cromwell.

—Tenéis un tratado con él, es decir, con Inglaterra, porque cuando firmasteis ese tratado Cromwell era Inglaterra.

—Cromwell ha fallecido.

—¿Eso creéis, Majestad?

—Sin duda, pues que le ha sucedido Ricardo, que también ha abdicado.

—¡Esto es precisamente! Ricardo ha heredado a la muerte de Cromwell, e Inglaterra a la abdicación de Ricardo. El tratado formaba parte de la herencia, ya en manos de Ricardo, ya en las de Inglaterra. El tratado es, pues, válido, tanto como nunca lo haya sido. ¿Por qué habíais de eludirlo, Majestad? ¿Qué ha cambiado en él? Carlos II desea hoy lo que hace diez años rehusamos nosotros; pero éste es un caso previsto. Vuestra Majestad es aliado de Inglaterra, y no de Carlos H. Deshonroso es, sin duda, bajo el punto de vista de la familia, haber firmado un tratado con un hombre que ha hecho cortar la cabeza al cuñado del rey, vuestro padre, y haber contratado una alianza con un Parlamento testafarro, convengo en que esto es deshonroso, pero no torpe desde el punto de vista político, puesto que gracias a ese tratado he salvado a Vuestra Majestad, menos todavía, de los peligros de una guerra exterior, que la Fronda...

—¿Os acordáis bien de la Fronda? —El rey bajó la cabeza—. Que la Fronda hubiera complicado fatalmente. De esta manera, prueba a Vuestra Majestad que, cambiar ahora de camino, sin prevenir a nuestros aliados, sería

a la vez torpe y deshonesto. Haríamos la guerra que todo el mundo hace en mi familia: mi madre vive de la caridad pública, mi hermana pide para mi madre, y en alguna parte tengo también hermanos que mendigan para sí. Yo, el primogénito, voy a hacer lo que todos ellos, ¡voy a pedir limosna!

Y diciendo estas palabras; que interrumpió bruscamente con risa nerviosa y terrible, el joven se ciñó la espada, tomó su sombrero, hízose atar a la espalda un manto negro que le había servido durante el viaje, y estrechando las manos del viejo que le miraba con ansiedad:

—Mi buen Parry —dijo—, haz que te preparen fuego, bebe, come, duerme, sé dichoso, seamos muy felices, mi fiel y único amigo. ¡Somos ricos como reyes!

Dio una puñada al saco de los doblones, que cayó pesadamente por tierra, y púsose a reír de aquella manera triste que tanto había asombrado a Parry; y mientras que toda la casa gritaba; cantaba y se preparaba para recibir e instalar a los viajeros precedidos por sus lacayos, se deslizó a la calle, donde el viejo, desde la ventana, le perdió de vista al cabo de un breve instante.

Capítulo VIII

Cómo era Su Majestad Luis XIV a los veintidós años

Ya hemos visto, por la descripción hecha, que la entrada de Luis XIV en la ciudad de Blois fue ruidosa y brillante. De modo que la joven majestad pareció muy satisfecha.

Al llegar bajo el porche del castillo de los Estados, halló el rey rodeado de sus guardias y de sus caballeros a Su Alteza Real el duque, Gastón de Orléans, cuya fisonomía, de suyo bastante majestuosa, había tomado, de la solemne circunstancia en que se encontraba, nuevo lustre y nueva dignidad.

Por su parte, Madame, adornada con sus grandes vestidos de ceremonia, esperaba en un balcón interior la entrada de su sobrino. Todas las ventanas del antiguo castillo, tan solitario y tan triste en los días ordinarios, estaban resplandecientes de damas y de antorchas.

Al ruido de los tambores, de las trompetas y de los vivas, franqueó el joven monarca el umbral de este castillo, donde Enrique III, setenta y dos años antes, había llamado en su auxilio al asesinato y la traición, para, sostener en su cabeza y en sus manos una corona que ya se estacaba de su frente para caer en otra familia.

Todos los ojos, después de haber admirado al joven monarca, tan hermoso

y tan noble, buscaban a ese otro rey de Francia, más rey en otro tiempo que el primero, y tan viejo, tan pálido y encorvado, que llamaban el cardenal Mazarino.

Luis estaba dotado entonces de todos esos dones naturales que confluyen un caballero perfecto: sus miradas eran dulces y brillantes, y sus ojos de un azulado puro. Pero los más inteligentes fisonomistas, esos profundizadores del alma, al fijar en él sus miradas, si fuera dado a un súbdito sostener la mirada del rey, jamás hubiera podido hallar el fondo de ese abismo de dulzura. Y era que los ojos del rey se parecían a la inmensa profundidad de las bóvedas celestes, o a las más aterradoras y casi tan sublimes que el Mediterráneo abre bajo la quilla de los navíos en un espléndido día de verano; ¡espejo gigantesco donde el cielo quiere reflejar unas veces sus estrellas, otras sus tempestades!

Era el rey de corta estatura, pues apenas medía cinco pies y dos pulgadas, pero su juventud hacía esconder el defecto, cubierto además por una gran nobleza en todos sus movimientos, y por cierta ligereza en los ejercicios corporales.

Esto era ser rey, y mucho más que rey en aquella época de respeto y adhesión tradicionales, pero como hasta entonces lo habían mostrado muy poco y siempre humildemente al pueblo, y como aquellos a quienes se mostraba siempre veían a su lado a su madre, mujer de elevada estatura, y al señor cardenal, hombre de hermosa presencia, muchos lo encontraban muy poco rey para decir: «El rey es menos grande que el cardenal».

Sea lo que quiera estas observaciones físicas que se hacían, sobre todo en la capital, el príncipe fue acogido como un dios por los habitantes de Blois, y casi como un rey por su tío y su tía, Monsieur y Madame, habitantes del castillo.

Sin embargo, menester es decir, que cuando vio en la sala de recepción, sillones de una misma altura para él, su madre, el cardenal, su tío y su tía, disposición hábilmente por la forma circular de la asamblea, Luis XIV enrojeció de ira, y miró en derredor suyo para cerciorarse, por la fisonomía de los concurrentes, si tal humillación le había sido preparada mas, como nada vio en el rostro impasible del cardenal, nada en el de su madre, nada en el de los concurrentes, se resignó y tomó asiento, teniendo cuidado de hacerlo antes que todos.

Los caballeros y las, damas fueron presentados a sus Majestades y al cardenal.

El rey notó que él y su madre apenas conocían los nombres de los que les presentaban, mientras que el cardenal, por el contrario, con una memoria y presencia de espíritu admirables, nunca dejaba de hablar a cada uno de ellos de

sus tierras, de sus abuelos o de sus hijos, de los cuales nombraba algunos, lo que encantaba a estos dignos hidalgos, y les confirmaba en la idea de que sólo es realmente rey el que conoce a sus súbditos, por la misma razón de que el sol no tiene rival, porque sólo el sol calienta e ilumina.

El estudio del rey, comenzado hacía tiempo sin que él lo advirtiese, continuaba en medio de aquella fiesta, y miraba atentamente, para tratar de investigar alguna cosa en su fisonomía, los rostros que a primera vista habíanle parecido más insignificantes y triviales.

Sirvióse un refrigerio, que el rey, sin atreverse a reclamar de la hospitalidad de su tío, lo aguardaba con impaciencia. Así es que esta vez se le hicieron todos los honores debidos a no a su rango, al menos a su apetito.

El cardenal se contentó con humedecer los labios en un caldo servido en taza de oro. El ministro omnipotente que había robado a la reina madre su regencia y al rey su autoridad, no había podido robar a la naturaleza un estómago privilegiado.

Ana de Austria, padeciendo ya el cáncer de que debía morir seis u ocho años más tarde, tampoco comía más que el señor cardenal.

En cuanto a Monsieur, aturdido aún por el gran acontecimiento que se realizaba en su vida provincial, también dejaba de comer.

Tan sólo Madame, como verdadera lorenese, hacía tercio al rey, de suerte que Luis XIV, que, a no ser por ella hubiera comido casi sólo, quedó contento, primero de su tía y luego del señor de Saint-Rémy, su mayordomo mayor, que se había distinguido verdaderamente.

Concluido el refresco, después de un signo de aprobación de Mazarino, se levantó el rey, e invitado por su tía se puso a recorrer las filas de la asamblea.

Entonces notaron las damas (hay ciertas cosas para las cuales las mujeres son tan buenas observadoras en Blois como en París) que Luis XIV tenía la mirada viva y atrevida, lo cual prometía a los atractivos de buena ley un apreciador distinguido. Los hombres, observaron por su parte que el príncipe era orgulloso y altanero, y que le placía hacer bajar los ojos a los que le miraban por mucho tiempo o muy fijamente, lo cual parecía presagiar la aparición de un amo.

Su Majestad había ya pasado la tercera parte de su revista o pocos cientos, cuando llegó a sus oídos una palabra que pronunció Su Eminencia, que conversaba con Monsieur.

Esta palabra era un nombre de mujer.

Apenas la oyó Luis XIV cuando ya no oyó ni escuchó cosa otra ninguna, y despreciando el arco del círculo que esperaba su visita, sólo se ocupó en

concluir prontamente la extremidad de la curva.

El príncipe, como buen cortesano, se informaba de la salud de las sobrinas de Su Eminencia. En efecto, cinco o seis años antes habían llegado de Italia tres sobrinas del cardenal, Hortensia, Olimpia y María Mancini.

Monsieur informábase, pues, de la salud de las sobrinas del cardenal; sentía, decía él, no tener el honor de recibirlas al mismo tiempo que su tío; ciertamente que habrían crecido en belleza y gracias, según prometían hacerlo la última vez que Monsieur las vio.

Lo que había llamado la atención del rey era cierto contraste en la voz de los interlocutores. La voz del príncipe era tranquila y natural cuando hablaba, mientras que la de Mazarino saltó, para responderle, tono y medio por encima del diapasón de costumbre.

Hubiérase dicho que quería que su voz fuese a herir al extremo de las salas un oído que se apartaba demasiado.

—Monseñor —replicó—, las señoritas Mancini tienen todavía que terminar su educación, cumplir con sus deberes y adquirir una posición. La permanencia en una corte joven y brillante las disipa un poco.

Su Majestad sonrió tristemente al oír este epíteto. Verdad que la Corte era joven, pero la avaricia del cardenal había puesto en ella buen orden para que no fuese brillante.

—No tendréis, sin embargo, la intención —respondió el príncipe de encerrarlas en un claustro o de hacerlas campesinas.

—Nada de eso —repuso el cardenal, esforzando su pronunciación italiana de manera que de dulce y suave que era, se convirtió en aguda e ingrata; nada de eso. Tengo intención de casarlas, y lo mejor que me sea posible.

—No faltarán partidos, señor cardenal —contestó Monsieur con una honradez de mercader noble.

—Así lo espero, Monsieur; y tanto mas, cuanto que Dios les ha dado a la vez gracia, instrucción y belleza.

Durante esta conversación, Su Majestad, conducido por Madame, concluía, como hemos dicho, el círculo de las presentaciones.

—La señorita Arnoux —decía la princesa presentando al rey una rubia, gruesa, de veintidós años, que en la fiesta de una aldea se la hubiera tomado por una campesina vestida de domingo—; la señorita Arnoux, hija de mi profesor de música.

El rey sonrió; Madame jamás había podido producir cuatro notas exactas en la viola o en el clavicordio.

—La señorita Aura de Montalais —prosiguió Madame—, joven de calidad y buena servidora.

Esta vez no era el rey quien sonreía sino la joven presentada; por, primera vez en su vida oíase dar por Madame que, generalmente, no la mimaba, tan honrosa calificación.

También Montalais, nuestra antigua conocida, hizo a Luis una profunda reverencia, y esto, tanto por respeto como por necesidad, pues se trataba de ocultar ciertas contracciones de sus risueños labios, que Su Majestad hubiera podido atribuir no a su verdadero motivo.

Justamente, fue en este momento cuando el rey escuchó la palabra que le hizo saltar.

—¿Y cómo se llama la tercera? —preguntaba Monsieur.

—María, monseñor —contestaba el cardenal.

Sin duda, había en esta palabra algún poder mágico, porque, como ya hemos dicho, Su Majestad se estremeció al escucharla, y llevando a Madame hacia la mitad del círculo, como si hubiera querido hacerle confidencialmente alguna pregunta, pero realmente para aproximarse al cardenal.

—Señora tía —dijo riéndose y a media voz—, mi maestro de Geografía no me había enseñado que Blois estuviese a tan prodigiosa distancia de París.

—¿Cómo es eso, sobrino? —dijo Madame.

—En verdad que parece que las modas necesitan muchos años para salvar esa distancia: ¡Ved esas señoritas!

—¡Y qué!

—Algunas son hermosas.

—No digáis eso muy alto, señor sobrino, que las volveréis locas.

—Esperad, mi querida tía —dijo el, rey sonriéndose—, porque la segunda parte de mi frase debe servir de correctivo a la primera. Pues bien, querida tía, algunas parecen viejas, y otras feas, gracias a sus modas de diez años atrás.

—Majestad, Blois no dista, sin embargo, más que cinco jornadas de París.

—¡Pues! —dijo el rey—. Eso es, dos años de atraso por jornada.

—¡Ah! ¿Eso halláis? Es raro; yo misma no me había apercibido de ello.

—Mirad, tía —dijo el rey acercándose siempre a Mazarino, con pretexto de escoger un buen punto de observación; mirad al lado de esos perifollos envejecidos y de esos tocados presuntuosos ese sencillo vestido blanco. Seguramente será una de las doncellas de honor de mi madre, aunque yo no la

conozco. ¡Ved qué talla tan delicada! ¡Qué ademán tan gracioso! Esa sí que es una mujer, al paso que las otras no son más que vestidos.

—Querido sobrino —repuso Madame riendo—, permitidme os diga que por esta vez ha fallado vuestra ciencia vaticinadora. La persona que elogiáis de ese modo no es de París, sino de Blois.

—¡Ah, tía! —replicó el rey con aire de incertidumbre.

—Acercaos, Luisa —dijo Madame.

Y la joven que ya conocemos con este nombre, se acercó tímida, ruborizada y casi encorvada, bajo el peso de la regia mirada.

—La señorita Luisa Francisca de la Beaume Le Blanc, hija del marqués de La Vallière —dijo Madame.

La joven se inclinó con tanta gracia, en medio de la timidez profunda que le inspiraba la presencia del rey, que éste perdió al mirarla algunas palabras de la conversación del cardenal y del príncipe.

—Hijastra —continuó Madame— del señor de Saint-Rémy, mi mayordomo mayor, el que ha presidido la confección de ese adobo trufado que tan bien ha parecido a Vuestra Majestad.

No había gracia, ni belleza, ni juventud que pudiese resistir a tal presentación. El rey sonrió. Que las palabras de Madame fuesen burla o necedad, siempre eran la inmolación inexorable de todo lo que Luis acababa de encontrar encantador y poético en la joven.

La señorita de La Vallière, para Madame, y de rechazo para el rey, no era momentáneamente más que la hijastra de un hombre que tenía gran talento para los pavos trufados.

Pero así son los príncipes. Los dioses eran también lo mismo en el Olimpo: Diana y Venus debían maltratar bastante a la hermosa Alcínoa y a la pobre, cuando por distracción se descendía a hablar, entre el néctar y la ambrosía, de bellezas mortales en la mesa de Júpiter:

Afortunadamente, estaba Luisa; tan inclinada, que ni oyó las palabras de Madame, ni vio la sonrisa del rey. En efecto, si la pobre niña, de tan buen gusto que sólo ella pensó vestirse de blanco entre todas sus amigas; si su corazón de paloma, tan fácilmente accesible a todos los dolores, hubiese sido herido por las crueles palabras de Madame y por la egoísta y fría sonrisa de Su Majestad, sin duda que hubiera muerto de repente.

Y la misma Montalais, la joven de ideas ingeniosas, no habría intentado volverla a la vida, pues el ridículo todo lo mata, aun la misma belleza.

Mas, por fortuna, como hemos dicho, Luisa, cuyos oídos zumbaban y

cuyos ojos permanecían medio velados, nada vio, nada oyó, y el rey, que sólo atendía a las conversaciones del cardenal y de su tío, se apresuró a volver a unirse a ellos.

Precisamente; llegó en el momento en qué Mazarino terminaba diciendo:

—María, lo mismo que sus hermanas, parte en este momento para Bourges. Les hago seguir la orilla del Loira contraria a la que nosotros hemos remontado, y si calculo bien su marcha, según las órdenes que he dado, mañana estarán a la altura de Blois.

Estas palabras fueron dichas con aquel tacto, aquella medida y aquella seguridad de tono y de intención que hacían del signor Giulio Mazarino el primer comediante del mundo.

Resultó de aquí que fueron derechas al corazón del rey, y que el cardenal, volviéndose al simple ruido de los pasos de Su Majestad, que se acercaba, viera el efecto inmediato de ellas en el rostro de su discípulo, efecto que un ligero rubor manifestó a los ojos de Su Eminencia... Pero ¿qué era descubrir semejante secreto para aquél cuya astucia engañaba hacía veinte años a todos los diplomáticos europeos?

Una vez dichas estas palabras, pareció que el joven rey había recibido en el corazón un dardo envenenado. Echó una mirada incierta y débil por toda la asamblea, y más de veinte veces preguntó con vista a la reina madre, quien entregada al placer de conversar con su cuñada, y contenida además por las miradas de Mazarino, pareció no entender todas las súplicas que se leían en las miradas de su hijo.

Desde este momento; música, flores, luces y belleza, todo hízose odioso e insípido para Luis XIV. Después de haberse mordido, cien veces los labios, estirado los brazos y las piernas como el niño bien educado, que sin atreverse a bostezar agota todas las maneras de atestiguar su fastidio, y después de haber implorado de nuevo inútilmente a la madre y al ministro, volvió desesperado los ojos hacia la puerta, esto es, hacia la libertad. En el marco de esta puerta vio recostada y destacándose con vigor una cabeza arrogante y morena tostada, de nariz aguileña, de mirada dura, pero brillante; de cabellos grises y largos, y de bigote negro, verdadero tipo de belleza militar, cuyo alzacuello, más resplandeciente que un espejo, quebraba todos los rayos luminosos que iban a concentrarse en él, devolviéndolos en reflejos. Este oficial llevaba el sombrero gris de pluma roja en la cabeza, prueba de que le llamaba a aquel lugar su servicio, no el placer. Si hubiera estado llamado por su gusto; si hubiera sido cortesano en vez de soldado, habría tenido en la mano su sombrero:

Lo que probaba mejor aún que este oficial se hallaba de servicio y que

desempeñaba un cargo al cual estaba, acostumbrado, es que contemplaba con los brazos cruzados, con notable indiferencia y suprema apatía, las alegrías o aburrimientos de esta fiesta: Parecía sobre todo, como un filósofo, y todos los soldados viejos son filósofos, comprender infinitamente mejor los fastidios que los placeres; mas de los unos sacaba su partido; sabiéndose pasar muy bien sin los otros.

Recostado, como hemos dicho, en el marco de la puerta, los ojos del rey se encontraron por casualidad con los suyos.

No era la vez primera, a lo que parecía, que los ojos del oficial hallaban a aquéllos, de los cuales sabía a fondo el pensamiento, porque tan pronto como fijó su mirada en el rostro de Luis XIV, y hubo leído en su rostro lo que pasaba en su corazón, es decir, el fastidio que le oprimía y la tímida resolución de marcharse que se agitaba en el fondo de su alma, comprendió que era menester hacer servicio al rey sin que él lo pidiese, y aun casi a pesar suyo, y arrogante, cual si estuviese mandando la caballería en un día de batalla.

—¡La guardia del rey! —gritó con voz potente y sonora.

A estas palabras, que hicieron el efecto de un trueno dominado, orquesta, los cantos y el rumor de pasos y de gente, el cardenal y la reina madre miraron con sorpresa al rey.

Luis XIV, pálido, pero resuelto, sostenido como estaba por esa intuición de su propio pensamiento que había hallado en la inteligencia del oficial de mosqueteros, y que acababa de manifestarse por la orden dada, se levantó de su sillón y dio un paso hacia la puerta.

—¿Os vais, hijo mío? —preguntó la reina, mientras Mazarino se contentaba con interrogar con su mirada, que hubiera podido parecer dulce, a no ser tan penetrante.

—Sí, señora —respondió Su Majestad—; me siento cansado, y además quisiera escribir esta noche.

Vagó una sonrisa por los labios del ministro, que con un movimiento de cabeza pareció dar permiso al rey.

Monsieur y Madame apresuráronse entonces a dar disposiciones a los oficiales que se presentaron.

Luis saludó, atravesó la sala y llegó a la puerta.

Una fila de veinte mosqueteros esperaba en ella a Su Majestad. Al extremo de esta fila permanecía el oficial, impassible, con la espada desnuda en la mano.

El rey pasó, y toda la gente se empinó sobre la punta de los pies para verle

todavía.

Diez mosqueteros, marchando por entre la muchedumbre que llenaba las antecámaras, abrían camino para que el rey pasase.

Los otros diez rodeaban al rey y a Monsieur, que había querido acompañar a Su Majestad.

Las gentes del servicio seguían detrás.

Este pequeño acompañamiento escoltó al rey hasta el departamento que le estaba destinado, que era el ocupado por Enrique III durante su residencia en el castillo de los Estados.

Monsieur había dado sus órdenes. Los mosqueteros, dirigidos por su oficial, entraron en la estrecha galería que comunica paralelamente una de las alas del castillo con la otra.

La galería constaba de una pequeña antesala cuadrada, sombría aun en los días más hermosos.

Monsieur detuvo a Su Majestad.

—Majestad —le dijo—, vais pasando por el mismo sitio en que el duque de Guisa recibió la primera puñalada.

Luis, muy ignorante en cuestiones de historia, conocía el hecho, pero sin saber los lugares ni los pormenores.

—¡Ah! —dijo el rey, estremeciéndose.

Y se detuvo.

Todo el mundo se detuvo también, delante y en pos de él.

—El duque —continuó Gastón—, estaba casi en el mismo sitio en que yo estoy, y marchaba en la dirección que lleva Vuestra Majestad; el señor de Loignes hallábase en el sitio en que se encuentra en este momento vuestro teniente de mosqueteros; el señor de Saint-Maline y los emisarios del rey, detrás y alrededor de él. Así fue como le hirieron.

El rey se volvió hacia donde estaba el oficial, y vio una especie de nube que pasaba sobre su fisonomía atrevida y marcial.

—Sí, por la espalda —dijo el teniente con gesto desdeñoso.

Y procuro echar a andar, como si estuviese molesto entre aquellos muros visitados en otro tiempo por la traición.

Pero su majestad, que parecía más propicio a saber que a preguntar, también pareció dispuesto a pasear aún una mirada por aquel sitio fúnebre.

Gastón conoció el deseo de su sobrino.

—Ved, Majestad —dijo tomando una antorcha de manos del señor de Saint-Rémy—; en este sitio vino a caer, pues aquí había un lecho, cuyas cortinas rompió al agarrarse a ellas.

—¿Por qué parece que han cavado el pavimento de este sitio? —preguntó Luis.

—Porque por este sitio corrió la sangre —respondió Gastón—, que penetró profundamente la madera, y sólo a fuerza de roscarla es como se ha podido lograr hacerla desaparecer. Y todavía —añadió Gas, aproximando la antorcha al lugar designado— ese tinte rojizo ha resistido todas las pruebas hechas para borrarla.

Luis XIV alzó la frente. Tal vez pensaba en la huella sangrienta que le enseñaron cierta vez en el Louvre, y que lo mismo que ésta de Blois había sido motivada cierto día por el rey su padre con la sangre de Concini.

—¡Vamos! —dijo.

Al instante pusiéronse en marcha; la emoción, sin duda, había dado a la voz del joven príncipe, un tono de mando al cual no estaba acostumbrado.

Llegaron al aposento reservado a Su Majestad, y al cual se comunicaba, no sólo por la galería, que acabamos de recorrer, sino también por una escalera que daba al patio.

—Ruego a Vuestra Majestad —dijo Gastón— tenga a bien aceptar este departamento, aunque indigno de recibirle.

—Tío mío —contestó el príncipe—, os doy las gracias por vuestra cordial hospitalidad.

Gastón abrazó a su sobrino, y, salió.

De los veinte mosqueteros que habían seguido al rey, diez acompañaron a Monsieur a las salas de recibo, aun no desocupadas a pesar de la salida de Su Majestad.

Los restantes fueron apostados por el oficial, que exploró por sí mismo en cinco minutos todas las localidades, con ese golpe de vista frío y seguro que no da siempre la costumbre, pues el de que hablamos pertenecía al genio.

Cuando todos estuvieron colocados, escogió para su cuartel general la antecámara, en la cual encontró un gran sillón, una lámpara, vino y pan seco. Atizó la lámpara, bebió medio vaso de vino, plegó sus labios con sonrisa henchida de expresión; instalóse en el gran sillón y dispúsose a dormir.

Capítulo IX

El desconocido de la hostería «Los Médicis» revela su incógnito

Este oficial, que dormía o que se preparaba a dormir, era el encargado, sin embargo, y a pesar de su aire distraído, de una grave responsabilidad.

Teniente de mosqueteros de Su Majestad, mandaba la compañía llegada de París, que constaba de ciento veinte hombres pero, a excepción de los veinte de que hemos hablado, los otros cien estaban ocupados en custodiar a la reina, y, sobre todo, al señor cardenal.

Julio Mazarino economizaba los gastos de viaje de sus guardias, y en consecuencia usaba de los del rey con la mayor largueza pues tomaba cincuenta de ellos para su persona; particularidad que no hubiese dejado de parecer extraña para cualquiera poco acostumbrado a los usos de esta corte.

Lo que no hubiese dejado mucho más de parecer, si no extraño, extraordinario al menos, es que la parte del castillo destinada al señor cardenal, estuviera iluminada. Allí montaban la guardia mosqueteros en todas las puertas, y no dejaban entrar a nadie sino a los correos que, hasta de viaje, siempre acompañaban al cardenal para su correspondencia.

Veinte hombres estaban do servicio en el departamento de la reina madre, y descansaban treinta a fin de relevar al día siguiente a sus compañeros.

En la: parte que habitaba el rey, por el contrario, sólo había silencio, soledad y obscuridad. Cerradas las puertas, no existía la menor apariencia de monarquía, y poco a poco se habían retirado todas las gentes de servicio. El príncipe había enviado a interrogar si Su Majestad necesitaba de sus oficiales, y a un no del teniente de mosqueteros, que tenía la costumbre de preguntar y responder él propio, todo comenzó a dormir como en la casa de un ciudadano.

Y, sin embargo, había que oír desde la parte del edificio habitada por el joven rey, las músicas de la fiesta, y ver las ventanas ricamente iluminadas del gran salón.

Diez, minutos después de su instalación, Su Majestad pudo conocer, por cierto movimiento más marcado que el que acompañó a su salida de la sala, la que hacía el cardenal, a su vez, caminando al lecho con nutrida escolta de damas y caballeros.

Para distinguir, todo este movimiento, sólo tenía que mirar por la ventana, cuyos postigos no se habían cerrado.

Su Eminencia atravesó el patio conducido por Monsieur en persona, que le

alumbraba con una antorcha; enseguida pasó la reina madre, a quien Madame daba el brazo familiarmente, cuchicheando las dos como antiguas amigas.

Todo desfiló detrás de estas dos parejas, damas, pajes y oficiales; las dos antorchas iluminaron todo el patio como un incendio de movibles reflejos, y luego el ruido de los pasos y de las voces fue perdiéndose en los pisos superiores del castillo.

Entonces nadie pensó ya en el rey, que; de codos en la ventana, había visto tristemente pasar todas aquellas luces, y oído alegarse todo aquel ruido; a nadie se veía si no es a ese desconocido de la hostería Los Médicis, que hemos visto salir envuelto en su capa.

Había subido al castillo y llegado a rondar con su rostro melancólico los alrededores del, pacano, que aún circundaba el pueblo, y advirtiendo que nadie guardaba la puerta principal ni el patio, por cuanto los soldados de Monsieur fraternizaban con los soldados reales, es decir, echaban unos cuantos tragos a discreción, o mas bien a indiscreción, el desconocido penetró por entre la muchedumbre, atravesó el patio, y llegó por último al descansillo de la escalera que con lucía a las habitaciones del cardenal.

Lo que, según todas las probabilidades, hacía que se dirigiese a este lugar, era el brillar de las antorchas, y el aire atareado de los pajes y de la demás servidumbre.

—Lotas a lo mejor fue detenido por una evolución de mosquete y el grito de un centinela.

—¿Dónde vais, amigo? —preguntóle el soldado.

—Al cuarto del rey —respondió con tranquilidad y orgullo el desconocido.

El soldado llamó a un oficial de Su Eminencia, quien, con el tono de un portero de oficina, cuando, dirige la palabra a algún pretendiente, dejó escapar estas palabras:

—La escalera de enfrente.

Y sin cuidarse más del desconocido, volvió el oficial a su interrumpida conversación.

El extranjero, sin responder palabra, se dirigió a la escalera indicada.

Por aquel sitio no había ni ruido ni luces.

Sólo reinaba la obscuridad, en medio de la cual veíase pasear a un centinela semejante a una sombra, y el silencio, que permitía oír el ruido de sus pasos, acompañado del resonar de las espuelas sobre las losas:

Ese soldado era uno de los veinte mosqueteros al servicio del rey, que

hacía la guardia con la frialdad y la conciencia de una estatua.

—¿Quién vive? —gritó.

—Amigo —respondió el desconocido.

—¿Qué queréis? —Hablar al rey.

—¡Oh! Señor mío, eso no es posible.

—¿Y por qué?

—Por qué el rey está acostado. ¿Acostado ya?

—Sí.

—No importa, es preciso que le hable.

—Y yo os digo que eso no es posible. No obstante...

—¡Marchaos!

—¿Es ésa la consigna?

—No tengo que daros explicaciones. ¡Atrás! —Y esta vez acompañó el soldado a sus palabras un gesto amenazador; pero el desconocido se movió menos que si los pies hubieran echado raíces.

—Señor mosquetero —dijo—, ¿sois hidalgo?

—Tengo ese honor.

—Pues bien, yo también lo soy, y entre hidalgos debe haber algunas consideraciones.

El centinela bajó su arma, vencido por la dignidad con que estas palabras habían sido dichas.

—Hablad, caballero, y si me pedís una cosa que esté en mis atribuciones...

—Gracias... ¿Tenéis un oficial, no es verdad?

—Sí, señor, nuestro teniente.

—Pues bien, desearía hablarle.

—¡Ah! Eso es distinto. Pasad caballero.

El desconocido saludó al soldado de una manera distinguida, y subió la escalera, mientras el grito: «¡Teniente, una visita!», transmitido de centinela en centinela, le precedía e interrumpía el primer sueño del oficial.

El teniente, frotándose los ojos y arreglando su capa, se adelantó tres pasos hacia el extranjero.

—¿Qué puede hacerse en vuestro obsequio? —preguntó.

—¿Sois el oficial de guardia, teniente de mosqueteros?

—Tengo ese honor —contestó el oficial:

—Caballero, es absolutamente preciso que yo hable al rey.

El teniente miró atentamente al desconocido, y en aquella mirada, tan rápida como fue, vio todo lo que quería ver, esto es, una distinción nobilísima bajo vestido ordinario.

—Yo no creo que seáis un loco —replicó—, y por el contrario, caballero, me parece que tenéis condición, de saber que no se entra así como así en el cuarto del rey sin su consentimiento.

—Consentiré en ello, señor.

—Caballero, permitidme que lo dude: el rey ha entrado aquí hace un cuarto de hora, y en este instante debe estar a punto de desnudarse. Además, la consigna está dada.

—Cuando sepa quién soy yo —contestó el desconocido alzando la cabeza—, levantará la consigna. El oficial estaba cada vez más subyugado.

—Si yo consintiese en anunciaros, ¿puedo al menos saber a quién anunciaría; caballero?

—Anunciaríais a Su Majestad Carlos II, rey de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda.

El oficial estremeciéndose, retrocedió, y pudo advertirse sobre su pálido rostro una de las más punzantes emociones que un hombre de energía haya podido sofocar en el fondo de su corazón.

—¡Oh! Sí, Majestad; en efecto —exclamó—, debía haberos reconocido.

—¿Habéis visto mi retrato?

—No, Majestad.

—Entonces, ¿cómo ibais a reconocerme, no conociendo mi retrato ni mi persona?

—Vi a Su Majestad, el rey vuestro padre, en un momento horrible.

—El día.

—Sí.

Una nube sombría pasó por la frente del príncipe: Luego, apartándola con la mano.

—¿Veis ahora alguna dificultad anunciarme? —dijo.

—Perdonadme, Majestad —contestó el oficial—; no podía adivinar que se

ocultase un rey bajo tan sencillo exterior; y, sin embargo, tenía el honor de decir ahora mismo a Vuestra Majestad que había visto al rey Carlos el más, perdón; vuelo a prevenir a Su Majestad.

Y volviendo atrás inmediatamente:

—¿Vuestra Majestad desea sin duda el secreto para esta entrevista? preguntó.

—No lo exijo, mas si es posible guardarlo...

—Es posible, Majestad, porque puedo excusarme de avisar al gentilhombre de guardia; mas para esto es menester que Vuestra Majestad acceda a entregarme su espada.

—Es verdad. Olvidaba que nadie penetra armado en el cuarto del rey de Francia.

—Vuestra Majestad será una excepción, si quiere, pero entonces pondré a cubierto mi responsabilidad avisando al gentilhombre del rey.

—Tomad mi espada, caballero. ¿Queréis ahora anunciarme al rey?

—Al instante, Majestad.

El oficial corrió a llamar a la puerta de comunicación, que le abrió el ayuda de cámara.

—¡Su Majestad el rey de Inglaterra! —dijo el oficial suavemente.

—¡Su Majestad el rey de Inglaterra! —repitió el ayuda de cámara. A estas palabras, un gentilhombre abrió la puerta, y vióse a Luis XIV sin sombrero ni espada, con el jubón abierto, adelantarse, dando pruebas de la más viva sorpresa.

—¡Vos, hermano mío! ¡Vos en Blois! —exclamó Luis XIV despidiendo con un gesto al gentilhombre y al ayuda de cámara, que pasaron a una pieza próxima.

—Señor —respondió Carlos II—, iba a París con esperanza de ver a vuestra Majestad, cuando la fama me hizo: saber vuestra próxima llegada a esta ciudad. Entonces prolongue aquí mi estancia por tener algo muy importante que comunicaros.

—¿Es adecuado este gabinete, hermano mío?

—Excelente, señor, porque creo que no pueden oírnos.

—He despedido a mi gentilhombre y a mi servidor, que están en la cámara próxima. Aquí, detrás de este tabique, hay un gabinete solitario que da a la antecámara, y en éste no habréis visto más que, un oficial; ¿no es verdad?

—Cierto.

—¡Pues bien, hablad, hermano mío!, escucho.

—¡Comienzo, señor, y quiera Vuestra Majestad tener lástima de las desdichas que afligen a nuestra casa!

El rey de Francia se sonrojó, y acertó su sillón; al del rey de Inglaterra:

—Señor —dijo Carlos II—, no necesito preguntar a Vuestra Majestad si conoce los pormenores de mi deplorable historia.

Luis XIV se sonrojó aún más que la vez primera, y luego, poniendo su mano sobre la del rey de Inglaterra:

—Hermano mío —dijo—, vergonzoso es decirlo; pero rara vez habla el cardenal de política delante de mí. Hay más, en otro tiempo me hacía leer por Laporte, mi ayuda de cámara, libros de historia; pero ha hecho que cesen estas lecturas, y me ha quitado a Laporte; de modo que suplico a mi hermano Carlos que me refiera todas estas cosas como a un hombre que nada sabe.

—Pues bien; señor; tomando las cosas desde más arriba, tendré una probabilidad más de conmover el corazón de Vuestra Majestad.

—Hablad, hermano querido, hablad.

—Vos sabéis, Majestad, que llamado en 1650 a Edimburgo, durante la expedición de Cromwell en Irlanda, fui coronado en Stone. Un año más tarde, herido Cromwell en una de las provincias que —había usurpado, se volvió sobre nosotros; Encontrarle era mi objeto; salir de Escocia mi deseo.

—Sin embargo —replicó el rey—, Escocia es casi vuestra tierra natal, hermano mío...

—Sí; pero os escoceses eran para mí unos compatriotas tiranos, Majestad; me habían obligado a renegar de la religión de mis padres; habían ahorcado a lord Montrose, mi más fiel servidor, y como el pobre mártir, a quien se había hecho un favor matándolo, había pedido que su cuerpo fuera hecho tantos pedazos cómo ciudades había en Escocia, para que por todas partes se encontrasen testimonios de su fidelidad, yo no podía salir de una ciudad ni ir a otra, sin pasar sobre algún trozo de aquel cuerpo que había trabajado, combatido y respirado por mí. Atravesé, pues, por medio de una marcha atrevida, el ejército de Cromwell, y entré en Inglaterra. El protector se puso en persecución de esta fuga rara, que tenía una corona por objeto. Si yo hubiera podido llegar a Londres antes que él, sin duda hubiese sido mío el premio de la carrera, pero me alcanzó en Worcester. El genio de Inglaterra ya no estaba en nosotros, sino en él, Majestad; el 3 de septiembre de 1651, aniversario de esa otra acción de Dúnbar, tan fatal a los escoceses, fui vencido. Dos mil hombres cayeron en derredor, mío antes de que yo pensase retroceder un paso. Por

último; fue necesario huir. Desde, entonces, mi historia convirtiéndose en novela. Perseguido con encarnizamiento, me corté el cabello y me disfracé de leñador. Un día pasado entre las ramas de una encina dio a este árbol el nombre de enema real, que lleva aún mis aventuras en el condado de Stafford; de donde salí llevando a la grupa a la hija de mi huésped, son todavía el cuento de todas las viejas y suministrarán tema para una balada. Algún día escribiré todo eso, Majestad, para instrucción de los monarcas mis hermanos. Contaré cómo al llegar a casa de míster Norton encontré a un capellán de la Corte que miraba jugar a los bolos, y a un antiguo servidor que me nombro llorando, y que a poco me mata con su fidelidad, como otro lo hubiera hecho con su traición. En fin, contaré mis terrores, sí, mis terrores, cuando en casa del coronel Windham, un mariscal que visitaba nuestros caballos confesó que habían sido herrados en el Norte.

—Es particular —murmuró Luis XIV—, ignoraba todo eso. Sólo sabía vuestro embarque en Brighelmsted, y vuestro desembarco en Normandía.

¡Oh! —dijo Carlos—. Si permitís, ¡Dios santo!, que los reyes ignoren de ese modo la historia los unos de los otros, ¡cómo queréis que se socorran entre sí!

—Pero, decidme, hermano, ¿cómo habiendo sido tan cruelmente recibido en Inglaterra, esperáis aún algo de ese desgraciado país y de ése pueblo rebelde?

—¡Oh Majestad! Desde la acción de Worcester todas las cosas de allá han cambiado bastante. Cromwell, ha muerto después de haber firmado con Francia un tratado, en el cual ha escrito su nombre encima del vuestro. Murió el 3 de septiembre de 1658, nuevo aniversario de las acciones de Worcester y de Dúnbar.

—Su hijo le ha sucedido.

—Pero ciertos hombres, Majestad, tienen familia y no herederos. La herencia de Cromwell era muy pesada para Ricardo. Ricardo que no era ni republicano ni realista; Ricardo, que dejaba que sus guardias se comiesen su comida, y a sus generales gobernar la República; Ricardo ha abdicado el protectorado, el 22 de abril de 1659. Hace poco más de un año. Desde entonces Inglaterra no es más que un garito; donde cada cual juega a los dados la corona de mi padre. Los dos jugadores más encarnizados son Lamber y Monk. Pues bien, Majestad, yo desearía mezclarme en esa partida, cuya puesta es arrojada sobre mi manto real. Majestad, un millón para corromper a uno de esos jugadores. Para hacerme de él un aliado, o doscientos de vuestros caballeros para echarlos de mi palacio de White Hall, como Jesús arrojó a los mercaderes del templo.

—Luego —repuso Luis XIV— venís a solicitarme...

—Vuestro auxilio; es decir, lo que no solamente los reyes se deben entre sí, sino lo que los cristianos se deben unos a otros, vuestro auxilio, Majestad, en dinero o en hombres; vuestro auxilio; y dentro de un mes, bien o ponga Lambert a Monk, bien; Monk a Lambert, habré reconquistado la herencia paterna, sin haber costado una guinea a mi país ni una gota de sangre a mis súbditos, que cansados ya de revolución, de protectorado y de república, sólo piden ir vacilantes a caer y dormirse en la monarquía; vuestro auxilio, señas, y deberé más a Vuestra Majestad que a mi padre. ¡Desgraciado padre, que tan raramente ha pagado la ruina de nuestra casa! Ya veis, señor, si soy desgraciado y si estaré desesperado para que yo acuse a mi padre.

Y la sangre subió al semblante pálido de Carlos II, que permaneció un instante con la cabeza entre las manos, y como ciego por aquella sangre que parecía rebelarse contra la blasfemia filial.

El rey no era menos desgraciado que su hermano; agitábase en su sillón y no encontraba una palabra que responder.

Al fin, Carlos II, a quien diez años más daban una fuerza superior para dominar sus emociones, encontró primero el uso de la palabra.

—Señor —dijo—, espero vuestra respuesta como un condenado su sentencia. ¿He de vivir? ¿He de morir?

—Hermano —contestó el príncipe francés a Carlos II— ¡me pedís un millón a mí, que jamás he poseído la cuarta parte de esa cantidad! ¡Yo no tengo nada! Yo no soy más rey de Francia que vos de Inglaterra. Soy un hombre, una cifra vestida de terciopelo y nada más. Estoy sobre un trono visible: he aquí mi única ventana. ¡No tengo nada, no puedo nada!

—¡Es verdad! —exclamó Carlos II.

—Hermano —dijo Luis bajando la voz—; yo he sufrido miserias que no hubiera soportado el más infeliz de mis caballeros. Si mi pobre Laporte estuviera a mi lado, él os diría que he dormido en sábanas desgarradas, por entre cuyos jirones pasaban mis piernas; él os diría que después, cuándo pedí mis carrozas, me trajeron unos coches viejos y casi inservibles; él os diría que cuando yo pedía la comida iban a informarse a las cocinas del cardenal si había que darle de comer al rey. Y hoy mismo; hoy mismo todavía, que cuento veintidós años; hoy que he llegado a la edad de las grandes mayorías reales, hoy que debería tener la llave del Tesoro, la dirección de la política, la supremacía de la paz y de la guerra, dirigid una mirada en derredor mío y mirad lo que me dejan; ved este abandono, este desdén, este silencio, mientras que allí; mirad allá abajo ese tropel, esas luces; esos homenajes. ¡Allí, allí es donde está el verdadero rey de Francia, hermano mío!

—¿El cuarto del cardenal?

—El cuarto del cardenal, sí.

—Luego, estoy condenado, Majestad.

Luis no respondió.

—Condenado; sí, porque jamás solicitaré nada de quien habría dejado morir de frío y de hambre a mi madre y a mi hermana; es decir, a la hija y a la nieta de Enrique IV, si el señor de Retz y el Parlamento no les hubieran enviado pan y leña.

—¡Morir! —murmuró Luis XIV.

—Pues bien —continuó el rey de Inglaterra—; el infeliz Carlos II, ese nieto de Enrique IV, como vos, Majestad, no teniendo ni Parlamento ni cardenal de Retz, morirá de hambre, como no faltó mucho para que muriesen su hermana y su madre.

Luis frunció el entrecejo y oprimió violentamente el encaje de sus bocamangas.

Esta inmovilidad y atonía, sirviendo de máscara a una emoción tan visible, conmovieron al rey Carlos; que tomó la mano del joven.

—Gracias —exclamó—, hermano mío, me habéis escuchado, que era cuanto podía exigir de vos en la situación en que os halláis.

—Señor —dijo de pronto Luis XIV levantando la cabeza—, me habéis dicho que necesitáis un millón o doscientos caballeros.

—Un millón me bastará, Majestad.

—No es mucho.

—Para un solo hambre es mucho: menos caras se han pagado muchas veces las convicciones.

—Decís doscientos caballeros, que es algo más de una compañía, ¿y eso es todo?

—Majestad; hay en nuestra familia una tradición: cuatro hombres, cuatro caballeros franceses, partidarios de mi padre, estuvieron a punto de salvarle, juzgado por un Parlamento, guardado por un ejército y rodeado por una nación.

—Por tanto, si yo os proporciono un millón o doscientos caballeros, ¿quedaréis satisfecho y me tendréis por un buen hermano?

—Os tendré por mi salvador; y si llego a subir al trono de mi padre, Inglaterra, por lo menos mientras yo reine, una hermana de Francia, como vos

lo habéis sido para mí.

—Pues bien, hermano —dijo Luis incorporándose—, lo que vacilabais en pedir voy a pedirlo yo mismo. Lo que jamás he querido hacer por mi propia cuenta, lo haré por la vuestra. ¡Iré a buscar al rey de Francia, al otro, al rico, al poderoso, y pediré yo mismo ese millón o esos doscientos caballeros... y veremos!

—¡Oh! —exclamó Carlos—. Sois un amigo noble; ¡un corazón creado por Dios! ¡Me libertáis, hermano mío; y cuando tengáis necesidad de la vida que me dais, pedídmela!

—¡Silencio, hermano, silencio! —dijo en voz baja Luis—. ¡Cuidad que no os oigan!

Aún no hemos concluido. ¡Pedir dinero a Mazarino! ¡Eso es mucho más que atravesar el bosque encantado donde cada árbol encierra un diablo; eso es más que ir a conquistar un mundo!

—Mas, no obstante, cuando vos pedís.

—Ya os he dicho que nunca he pedido —respondió Luis con orgullo que hizo palidecer, al rey de Inglaterra.

Y como éste, semejante a un hombre herido, hiciese un movimiento de retirada:

—Perdón, hermano —murmuró—, yo no tengo una madre y una hermana que padezcan. Mi trono está duro y desnudo, pero estoy bien sentado en él... Perdón, hermano, no me hagáis un cargo por esa palabra que es propia de un egoísta. Ya la recogeré con sacrificio. Voy en busca del señor cardenal; os ruego que me esperéis; vuelvo al momento.

Capítulo X

Las cuentas de Mazarino

En tanto que el rey se dirigía rápidamente hacia el ala del castillo ocupada por el cardenal, acompasado solamente de su ayuda de cámara, él oficial de mosqueteros, respirando como hombre obligado a contener mucho tiempo el aliento, salía del reducido gabinete de que ya hemos hecho mención; y que el rey creía solitario. Este gabinete formaba en otro tiempo parte de la cámara y sólo estaba separado de ella, por un delgado tabique. De aquí resultaba que tal separación, cuyo único objeto era que nada se viese, permitía al oído menos indiscreto oír lo que pasaba en ella.

No había, por tanto, duda de que el teniente de mosqueteros hubiese oído lo que pasara en el cuarto del Rey.

Prevenido por las últimas palabras de Su Majestad, salió de él a tiempo de saludarle a su paso, y para acompañarle con la vista hasta que desapareció en el corredor.

Luego, y cuando el monarca hubo desaparecido, movió la cabeza de un modo que le, era peculiar, y con voz a la, cual cuarenta años pasados fuera de la Gascuña, no habían podido hacer perder su tono:

—¡Triste servicio! —dijo—. ¡Triste amo!

Y, pronunciadas estas palabras, volvió a su sillón, extendió las piernas y cerró los ojos como hombre que duerme o medita.

Durante este corto monólogo, y mientras el rey, atravesando los Vastos corredores del antiguo castillo, se encaminaba al cuarto del señor cardenal, verificábase en éste una escena de otro género.

Mazarino se había acostado algo atormentado por la gota. Mazarino era hombre de orden que utilizaba hasta el dolor, hacía de la velada sirviente humilde de su trabajo. Por esto se había hecho llevar por Bernouin, su ayuda de cámara, un pupitre de viaje, a fin de poder escribir sobre la misma cama.

Pero la gota no es enemigo que se deje convencer tan fácilmente, y a cada movimiento suyo el dolor sordo se convertía en agudo.

—¿No se halla aquí Brienne? —preguntó a Bernouin.

—No, monseñor —replicó el ayuda de cámara—. El señor de Brienne se ha ido a acostar con licencia vuestra. Pero si lo desea Vuestra Eminencia, puede despertársele.

—No, no vale la pena. Veamos, no obstante. ¡Malditos números! Y el cardenal cerró los ojos contando con los dedos.

—¡Oh! ¡Números! —dijo Bernouin—. ¡Bueno! ¡Si Su Eminencia se enreda en esos cálculos, le prometo para mañana la más hermosa jaqueca! Y con esto, y que el señor Guenaud no está aquí.

—Tienes razón, Bernouin. ¡Pues bien! Tú vas a reemplazar a Brienne, amigo mío. En verdad, debí traer conmigo al señor Colbert. Ese joven va bien, Bernouin, muy bien. ¡Es sujeto ordenado!

—Yo no sé —dijo el ayuda de cámara—, pero; lo que es a mí, no me gusta ni pizca la cara de vuestro joven.

—¡Bueno, Bernouin! Para nada se necesita tu parecer, ponte aquí, coge la pluma y escribe.

—Aquí esta, monseñor. ¿Qué he de escribir?

—Aquí a continuación de esas dos líneas ya trazadas.

—Está bien.

—Escribe. Setecientas sesenta mil libras.

—Ya está.

—En Lyon.

El cardenal parecía dudar.

—En Lyon —repitió Bernouin.

—Tres millones novecientas mil libras.

—Bien, monseñor:

—En Burdeos, siete millones.

—Siete —repitió Bernouin.

—¿Siete? —dijo el cardenal de buen humor—. ¡Siete! Tú comprendes, Bernouin —añadió al momento—, que todo esto es dinero que hay que gastar.

—Monseñor, poco me importa que esos millones sean para guardarlos o para gastarlos, puesto que no son para mí:

—Esos millones son de Su Majestad. Todo lo que cuento es dinero del rey... Con que decíamos... Siempre me interrumpes.

—Siete millones, en Burdeos.

—¡Ah! Sí, es cierto. Cuatro sobre Madrid. Ya te explicaré para qué es todo este dinero, Bernouin pues todo el mundo da en la tontería de creerme millonario. Pero un ministro no tiene nada suyo. Vamos sigue. Entradas generales, siete millones. Propiedades, nueve ¿Has escrito, Bernouin?

—Sí monseñor.

—Bolsa, seiscientas mil libras; valores diversos, dos millones... ¡Ah! Se me olvidaba: mobiliario de los distintos castillos...

—¿Es preciso añadir de la Corona? —preguntó Bernouin.

—No, no; es inútil. Eso se sobre entiende. ¿Está ya, Bernouin?

—Sí, monseñor.

—¿Cómo has puesto las cifras?

—Unas debajo de otras.

—Suma.

—Treinta y nueve millones, doscientas sesenta libras.

—¡Ah! —exclamó el cardenal con violenta expresión de despecho—. ¡Aún no hay cuarenta millones!

Bernouin volvió a sumar.

—No, monseñor, todavía faltan setecientas cuarenta libras.

Mazarino pidió la cuenta y la revisó atentamente.

—Es igual —dijo Bernouin—, treinta y nueve millones doscientas sesenta mil libras es un crecido caudal.

—¡Ah! Bernouin, esto es lo que yo quisiera que tuviese el rey.

—Vuestra Eminencia me decía que este dinero era de su Majestad.

—Sin duda, pero muy claro y muy líquido. Estos treinta y nueve millones están comprometidos y mucho más.

Bernouin sonrió a su modo: es decir, como quien no cree sino lo que quiere creer, preparando al mismo tiempo la bebida que tomaba por las noches el cardenal, mulléndole las almohadas.

—¡Oh! —murmuró Mazarino cuando se ausentó el ayuda de cámara—. ¡Todavía no salen los cuarenta millones! Pues es preciso que llegue a esa suma. Mas, ¡quién sabe si tendré tiempo! Mucho voy decayendo y no llegaré a ellos. No obstante, ¿quién sabe si encontraré dos o tres millones en los bolsillos de nuestros buenos amigos los españoles? Ahora han descubierto el Perú, ¡y qué diablos!, aún debe quedarles algo.

Cuando hablaba así, ocupado de sus números y sin pensar ya en la gota, animado por una preocupación que en el cardenal era la más poderosa de todas las preocupaciones, Bernouin precipitóse en la cámara lleno de azoramiento.

—¿Qué? —preguntó el cardenal—. ¿Qué hay?

—¡El rey, señor, el rey!

—¡Cómo el rey! —dijo Mazarino, ocultando rápidamente su papel—. ¿El rey a estas horas? Le creía acostado hace mucho tiempo. ¿Pues que pasa?

Luis XIV pudo oír estas últimas palabras y ver el rostro azorado del cardenal, incorporándose en el lecho, porque en aquel momento penetraba en la cámara.

—No hay nada, señor cardenal, o al menos nada que pueda alarmaros; una comunicación importante que tengo necesidad de haceros esta misma noche y nada más.

Al instante, pensó Mazarino en aquella atención tan marcada que Su

Majestad había prestado a sus palabras respecto a la señorita Mancini, y le pareció que tal comunicación debía dimanar de su fuente. Serenóse, y en el acto asumió su más encantador aspecto, cambió de fisonomía, de lo que el joven rey se alegró en extremo y cuando el rey se hubo sentado:

—Majestad —dijo el cardenal—, verdad es que debería escucharos de pie; pero la violencia de mi mal...

—Nada de cumplidos entre nosotros, querido señor cardenal —dijo Luis afectuosamente—; yo soy vuestro discípulo y no el rey, bien lo sabéis; y, sobre todo, esta noche, ya que recurro a vos como un pretendiente muy humilde y deseoso de ser bien acogido.

Mazarino, viendo el rubor del rey, se confirmó en su primera idea; esto es, que había un pensamiento de amor bajo todas aquellas hermosas palabras. Pero una vez se engañaba el astuto político, por hábil que fuese: aquel rubor no lo producía los pudibundos entusiasmos de una pasión juvenil, sino la dolorosa contracción del orgullo real.

Mazarino, como buen tío, dispúsose a facilitar la confianza.

—Habla —dijo—; y, puesto que Vuestra Majestad quiere olvidarse de que soy un súbdito, para llamarme su maestro y preceptor, protesto a Vuestra Majestad todos mis sentimientos afectuosos.

—Gracias, señor cardenal —contestó el rey—; además, es muy poca lo que tengo que pedir.

—Tanto peor —respondió el cardenal—. Quisiera que Vuestra Majestad me pidiese algo importante, y hasta sacrificio... Pero, sea lo que fuere lo que solicitéis, estoy dispuesto a tranquilizar vuestro corazón concediéndolo.

—Pues bien, he aquí de lo que se trata —dijo el rey con fuertes latidos de corazón—: acabo de recibir la visita de mi hermano el rey de Inglaterra.

Mazarino saltó en la cama como si le hubieran puesto en contacto con la botella de Leyle o la pila de Volta, al mismo tiempo que un disgusto manifiesto iluminaba su rostro con el brillo de cólera, que Luis XIV, por poco diplomático que fuese, conoció muy bien que el ministro había esperado oír otra cosa.

—¡Carlos II! —exclamó Mazarino con voz ronca—. ¿Habéis recibido su visita?

—Del rey Carlos II —repuso Luis XIV dando con afectación al nieto de Enrique IV, el título que Mazarino olvidaba conceder—. Sí, señor cardenal; ese desdichado príncipe me ha conmovido contándome sus desgracias. Su dolor es grande, señor cardenal, y a mí mismo me ha parecido insoportable, a mí, que he visto disputar mi trono, que me he visto precisado en días de

conmoción a abandonar mi capital; a mí que conozco el mal de dejar sin apoyo a un hermano desposeído y fugitivo.

¡Ah! —dijo disgustado el cardenal—. ¿Por qué no ha tenido, como vos, Majestad, un Julio Mazarino a su lado? Su corona se habría conservado intacta.

—Sé todo lo que mi casa debe a Vuestra Eminencia —replicó fríamente el rey, y creed que, por mi parte, jamás lo olvidaré. Y precisamente porque mi hermano el rey de Inglaterra no ha tenido a su lado el genio poderoso que me ha librado, por eso digo, quisiera yo conciliar el auxilio de se mismo genio, y suplicar a vuestro brazo que se extendiese sobre su cabeza, bien seguro, señor cardenal, de que vuestra mano, con sólo tocarle, podría devolver a su frente la corona que cayó al pie del cadalso de su padre.

—Majestad —replicó Mazarino—, os doy las gracias por la opinión que me tenéis; pero nada tenemos que hacer nosotros en Inglaterra, con aquellos diablos que reniegan de Dios y cortan la cabeza a sus reyes. Es muy peligroso tocarlos desde que se han bañado en la sangre real. Jamás me ha convenido su política, y al rechazo.

—De este modo podéis ayudarnos sustituyéndola con otra.

—¿Cuál?

—La restauración de Carlos II, por ejemplo.

—¡Dios santo! —exclamó Mazarino—. ¿Contará, por ventura, el pobre señor; con la realización de esa quimera?

—Sí —replicó el rey, asustado de las dificultades, que parecía prever en este proyecto el ojo seguro de su ministro—; sólo pide para eso un millón.

—Nada más un milloncejo, ¿eh? —dijo irónicamente Su Eminencia, esforzando su acento italiano—. Un milloncejo, ¿eh? ¡Familia de mendigos! ¡Bah!

—Cardenal —dijo el rey alzando la cabeza—, esa familia de mendigos es una rama de mi propia familia.

—¿Sois vos bastante rico para dar millones a otros, Majestad? ¿Tenéis millones?

—¡Oh! —repuso Luis XIV con supremo dolor que procuró, sin embargo, ocultar a fuerza de voluntad, para que no apareciese en su semblante—: ¡Oh! Sí, señor cardenal; sé que soy pobre; pero, al fin, bien vale la corona de Francia un millón, y para hacer una acción buena empeñaré, si preciso fuese, mi corona/, Yo encontraré judíos que me prestarán muy bien un millón.

—De modo, Majestad, ¿que decís tener necesidad de un millón? —

preguntó Mazarino.

—Sí, señor, lo digo.

—Mucho os engañáis, pues tenéis necesidad de mucho más. ¡Bernouin! Vais a ver de cuánto más tenéis necesidad. ¡Bernouin!

—¿Qué es eso, cardenal? —dijo el rey—. ¿Vais a consultar a un lacayo sobre mis asuntos?

—¡Bernouin! —dijo otra vez el cardenal, haciendo como que no notaba la humillación del joven príncipe—; acércate aquí y dime qué cantidad te pedía hace poco, amigo mío.

—¡Cardenal, cardenal, no me habéis oído! —dijo Luis, pálido de cólera.

—No os enfadéis; trato de poner en claro los negocios de Vuestra Majestad. Todo el mundo lo sabe en Francia: mis libros están muy claros. ¿Qué te decía yo que hiciese hace poco, Bernouin?

—Vuestra Eminencia me decía que le hiciese una suma.

—Y la has hecho, ¿no es verdad?

—Sí, monseñor.

—¿Para demostrar la suma que Su Majestad necesitaba en este momento? ¿Note decía esto? Sé franco amigo mío.

—Eso me decía Vuestra Eminencia.

—Pues bien, ¿qué cantidad necesitaba yo?

—Cuarenta y cinco millones, según creo.

—¿Y que suma encontrábamos reuniendo todos nuestros recursos? —Treinta y nueve millones, doscientas sesenta mil libras.

—Bien, Bernouin, eso es todo lo que quería saber. Déjanos ahora —dijo el cardenal, fijando su brillante mirada en el joven rey, mudo de estupor.

—Mas, sin embargo... —balbuceó el rey.

—¡Ah! Dudáis todavía —dijo el cardenal—. Pues bien, aquí está la prueba de lo que digo:

Y Mazarino tomó de bajo la almohada un papel cubierto de cifras, que presentó al rey, quien volvió la vista; tan profundo era su dolor.

—Así, como es un millón lo que queréis, y ese millón no está puesto, es claro que Vuestra Majestad tiene necesidad de más de cuarenta y cinco millones. Pues bien, no hay judíos en el mundo que presten semejante suma, ni aun sobre la corona de Francia.

Luis, crispando sus puños echó atrás su sillón.

—Bien —dijo—; mi hermano el rey de Inglaterra se morirá de hambre.

—Majestad —contestó con el mismo tono Mazarino—, recordad el proverbio que os enseñó en este caso como expresión de la más sana política: «Alégrate de ser pobre cuando tu vecino es pobre también».

El rey meditó unos momentos, derramando al mismo tiempo una mirada curiosa sobre el papel, que en el mismo punto desapareció bajo la almohada.

—Entonces —dijo—, ¿hay imposibilidad en hacer justicia a mi solicitud de dinero, señor cardenal?

—Absoluta, Majestad.

—Pensad en que esto me proporcionará más tarde un adversario, si sube al trono sin mi auxilio.

—Si Vuestra majestad no teme más que eso, puede tranquilizarse —dijo con viveza el cardenal.

—Bueno, no insisto más —dijo el rey.

—¿He llegado a convencerlos? —preguntó el cardenal poniendo su mano sobre la del rey.

—Perfectamente.

—Solicitud cualquiera otra cosa, seré feliz en concederla, habiéndoo rehusado ésta.

—¿Cualquiera otra cosa?

—¡Sin duda! ¿No estoy absolutamente a disposición de Vuestra Majestad? ¡Hola!

¡Bernouin, antorchas; guardias para Su Majestad! Su Majestad vuelve a su aposento.

—Aún no, cardenal, y puesto que ponéis vuestra buena voluntad a mi disposición, voy a usar de ella.

—¿Para vos? —preguntó el cardenal, esperando que por fin iba a tratarse de su sobrina.

—No, señor, no es para mí, sino para mi hermano Carlos también.

Obscurecióse el semblante de Mazarino, y murmuró algunas palabras que el rey no pudo entender.

Capítulo XI

La política del señor Mazarino

En vez de aquella especie de duda con que un cuarto de hora antes se había acercado el rey, al cardenal, podía leerse ahora en sus ojos aquella voluntad contra la cual puede lucharse, y que podrá destruirse quizá por su propia impotencia, pero que al menos conserva como una llaga en el fondo del corazón el recuerdo de su derrota.

—Esta vez, cardenal, se trata de una cosa más fácil de encontrar que un millón.

—¿Tal creéis, Majestad? —dijo Su Eminencia mirando al rey con aquella mirada astuta, que leía en lo más profundo de los corazones.

—Sí, lo creo, y cuando sepáis el fin de mi demanda...

—¿Y creéis que no lo sé, Majestad?

—¿Sabéis lo que me resta decir? Oíd las propias palabras del rey Carlos...

—¡Oh! ¡Veamos!

—Oíd: «Y si ese avaro, si ese pícaro italiano», ha dicho el... ¡Señor cardenal...!

—Este es el sentido, si no las palabras. ¡Dios santo! No le quiero mal por esto. Cada uno ve con sus pasiones. Repito que ha dicho: «Y si ese pícaro italiano os niega el millón que le pedimos, si nos vemos precisados, faltos de dinero, a renunciar a la diplomacia, entonces le pediremos quinientos caballeros».

El rey experimentó un movimiento de agitación, Su Eminencia no se había equivocado más que en el número de hombres.

—¿No es cierto, Majestad, que es así? —dijo el ministro con acento triunfante.

Enseguida añadió:

—El rey Carlos ha dicho: «Tengo amigos al otro lado del Estrecho, a quienes sólo falta un jefe y una bandera de Francia, se aliarán a mí, porque comprenderán que tengo vuestro apoyo. Los olores del uniforme francés valdrán a mi lado el millón que nos haya denegado el señor Mazarino (porque sabía muy bien que yo negaría este millón). Venceré con estos quinientos caballeros, y todo el honor será vuestro». Esto es lo que ha manifestado, poco más o menos, ¿no es verdad? Envolviendo estas palabras en metáforas

resplandecientes y en imágenes pomposas, porque todos son habladores en la familia. Su padre habló hasta en el patíbulo.

El sudor de la vergüenza corría por la frente del rey, sintiendo que no correspondía a su dignidad oír insultar de ese modo a su hermano; pero, aún no sabía tener voluntad, sobre todo frente aquél, ante quien todos se habían doblegado, hasta su misma madre.

Al fin hizo un esfuerzo.

—Pero, señor cardenal, no son quinientos hombres, sino doscientos.

—Ya veis que había adivinado lo que pedía.

—Nunca he negado que tuvieses una mirada profunda, y por esto mismo he pensado que no negaríais a mi hermano Carlos una cosa tan sencilla y tan fácil de conceder como la que os pido en su nombre, señor cardenal, o más bien en el mío.

—Majestad —dijo el cardenal—, treinta años hace que ocupo de la política; primero, en unión del señor cardenal Richelieu, y luego solo. Esta política no ha sido siempre muy horada, menester es confesarla, pero jamás descabellada. Bien; pues la que en este momento me propone Vuestra Majestad, es deshonrosa y torpe a la par.

—¡Deshonrosa!

—Majestad, habéis hecho un tratado con Cromwell.

—Sí, en este mismo tratado, Cromwell ha firmado por encima de mí.

—¿Y por qué firmasteis tan abajo? El señor Cromwell encontró un buen sitio, y lo tomó; ésa era su costumbre. Pero vuelvo a Cromwell. Tenéis un tratado con él, es decir, con Inglaterra, porque cuando firmasteis ese tratado Cromwell era Inglaterra.

—Cromwell ha fallecido.

—¿Eso creéis Majestad?

—Sin duda, pues le ha sucedido Ricardo, quién ha abdicado.

—¡Esto es precisamente! Ricardo ha heredado a la muerte de Cromwell, e Inglaterra a la abdicación de Ricardo. El tratado forma parte de la herencia, ya en manos de Ricardo, ya en las de Inglaterra. El tratado es, pues, válido, tanto como nunca lo haya sido. ¿Por qué habíais de eludirlo, Majestad? ¿Qué ha cambiado en él? Carlos II desea hoy lo que hace diez años rehusamos nosotros; pero éste es un caso previsto. Vuestra Majestad es aliado de Inglaterra, y no de Carlos II. Deshonoroso es, sin duda, bajo el punto de vista de la familia, haber firmado un tratado con un con un hombre que ha hecho cortar

la cabeza al cuñado del rey, vuestro padre, y haber contratado una alianza con un Parlamento testafarro, convengo en que esto es deshonesto, pero no torpe desde el punto de vista político, puesto que gracias a ese tratado he salvado a Vuestra Majestad, menos todavía, de los peligros de una guerra exterior, que la Fronda... ¿os acordáis bien de la Fronda? —El rey bajó la cabeza—. Pero la Fronda hubiera complicado fatalmente. De esta manera, prueba a Vuestra Majestad que, cambiar ahora de camino, sin prevenir a nuestros aliados, sería torpe y deshonesto. Haríamos la guerra teniendo el error de nuestra parte; lo haríamos, mereciendo que nos la hiciesen, y tendríamos el aspecto de tenerla, provocándola al mismo tiempo; porque un permiso concedido a quinientos hombres, a doscientos, a cincuenta, a diez, siempre es un permiso. ¡Un francés es la nación; un uniforme es el ejército! Suponed, pongo por ejemplo que, tarde o temprano, tengáis guerra con Holanda, la cual, ciertamente, sucederá tarde o temprano, o con España, que sucederá, quizá si no se realiza vuestro matrimonio. (Mazarino miró profundamente al rey), y hay mil causas, que pueden hacer que no se realice; ahora bien, ¿aprobaríais que Inglaterra enviase a las Provincias Unidas, o a la Infanta, un regimiento, una compañía, ni aun una partida de caballeros ingleses? ¿Juzgaríais esto en los límites de lo honroso y de su tratado de alianza?

Luis escuchaba y le parecía extraño que Mazarino invocase la buena fe; él, autor de muchas supercherías políticas que se llamaban mazarinas.

—Pero al fin —dijo el rey—, sin autorización manifiesta, yo no puedo impedir que caballeros de mi Estado pasen a Inglaterra, si tal es su voluntad.

—Debéis obligarles a volver, Majestad, o al menos protestar contra su presencia como enemigos en un país aliado.

—Pero, finalmente, veamos; vos, señor cardenal, vos, un genio tan profundo, busquemos un medio de proteger a ese pobre rey sin comprometernos.

—Eso es lo que yo no quiero, mi querida Majestad —dijo Mazarino—. Aunque Inglaterra obrase según mis deseos, no secundaría mejor mis designios; desde aquí he de dirigir la política de Inglaterra, mejor que desde otra parte. Gobernada como hoy se la gobierna, Inglaterra es para Europa un nido eterno de pleitos. Holanda protege a Carlos II; dejad que obre Holanda. Se enfadarán, se batirán, ellas son las dos únicas naciones marítimas: dejad que se destruyan mutuamente sus marinas, y nosotros construiremos la nuestra con los restos de esos navíos cuando tengamos dinero para comprar clavos.

—¡Oh! Todo esto que me decís es pobre y mezquino, señor cardenal.

—Sí, pero cierto; confesadlo, Majestad. Hay más; concedo por un momento la posibilidad de faltar a vuestra palabra y de eludir el tratado;

muchas veces se ve que falta a la palabra o se elude un tratado; pero es cuando se tiene gran empeño o cuando por todas partes se encuentran estorbos en el contrato. Pues bueno, Vuestra Majestad autorizaría el compromiso que os pide, y Francia, o su bandera, que es lo mismo, pasaría el Estrecho y combatiría; pero Francia sería derrotada.

—¿Por qué?

—¡Pues a fe que es un hábil general Su Majestad Carlos II, y que la jornada de Worcester nos da excelentes garantías!

—Ya no tendrán ningún choque, con Cromwell, señor cardenal.

—Sí, pero los tendrá con Monk, que es mucho más peligroso. Aquel intrépido fabricante de cerveza de que hablábamos era un inspirado que tenía momentos de exaltación y de expansiones, durante las cuales abríanse como un tonel demasiado lleno; entonces se escapaban por sus hendiduras algunas gotas de pensamiento, y por muestra se conocía el pensamiento entero; así Cromwell nos ha dejado penetrar más de diez veces en su alma, cuando más de diez veces en su alma, cuando más se la creía envuelta en triple capa de bronce, como dice Horacio. Pero ¡Monk! ¡Majestad! El cielo os guarde de tratar jamás de política con el señor Monk. Él es quien en el espacio de un año ha vuelto grises mis cabellos. Monk no es un inspirado, por desgracia; es un político que no se ubre, sino que se concentra. Hace diez años que tiene los ojos fijos sobre un objeto, y nadie ha podido saber, cuál sea. Todas las mañanas, como lo aconsejaba Luis XI, quema su gorro de dormir. Así es, que el día en que este plan, lenta y solitariamente madurado, estalle, estallará con todas las condiciones de éxito que acompañan siempre a lo inesperado. Ese es Monk, Majestad, de quien tal vez no hayáis oído hablar jamás, cuyo mismo nombre no conocíais, quizá, antes que vuestro hermano Carlos, que sabe muy bien lo que es: él, lo pronunciase en vuestra presencia; esto es, una maravilla, de profundidad y de tenacidad, las dos únicas cosas en que se embotan la imaginación y el valor. Yo he tenido, imaginación. Puedo envanecerme en ello, ya que me lo echan en cara. Con estas dos cualidades he hecho una carrera brillante, puesto que de hijo de un pescador de Piscina he llegado a ser primer ministro del rey de Francia, y que con tal cualidad, bien, lo sabe Vuestra Majestad, he prestado; algunos servicios al trono. Pues bien, si yo hubiera encontrado a Monk en mi camino, en lugar de encontrar al señor de Beaufort, al señor de Retz o al príncipe, estaríamos perdidos. Comprometeos de una manera ligera, y caeréis en las garras de ese soldado político. El casco de Monk es un cofre de hierro, cuyo fondo contiene sus pensamientos, y del cual nadie tiene la llave. Así es que me inclino ante su presencia, yo que sólo tengo un birrete de terciopelo.

—¿Y qué pensáis que quiere Monk?

—Si lo supiera; Majestad, no os diría que desconfiaseis de él, porque yo sería el más fuerte; pero con él tengo miedo de adivinar, ¡de adivinar! ¿Comprendéis esta palabra?

—Pues si creo haber adivinado, me fijaré en una idea, y a pesar mío, perseveraré en esa idea. Desde que ese hombre está en el poder de Inglaterra, yo soy como aquellos malditos de Dante a quienes Satanás ha retorcido el cuello, que marchan adelante, mirando hacia atrás: veo por el lado de Madrid, pero no pierdo de vista a Londres. Adivinar con ese demonio de hombres engañarse, y engañarse es perderse. Dios me libre de intentar nunca adivinar lo que desea: me limito, y esto es bastante, a espiar lo que hace. Yo creo (¿entendéis la intención de las palabras yo creo? Yo creo, con respecto a Monk, no comprometo a nada); yo creo que tiene buenamente ganas de suceder a Cromwell; Carlos II le ha hecho ya proposiciones por medio de diez personas, y se ha contentado con despedirlas, sin decirles otra cosa que «Marchaos u os hago ahorcar» ¡Este hombre es un sepulcro! En este momento manifestóse Monk muy adicto al Parlamento; pero a mí no me engaña esa adhesión; Monk no quiere ser asesinado, pues un asesinato lo detendría en medio de su obra, y es menester que su obra se lleve a término. Así es que creo, pero no creáis en lo que yo creo, Majestad; digo creo por costumbre; creo que Monk contempla al Parlamento hasta el día en que lo destruya. Os, piden espadas, pero es para luchar contra Monk. Dios nos guarde de batirnos contra Monk, Majestad, porque Monk nos vencerá, y vencidos por él, ¡no me consolaría en mi vida! Yo diría que Monk había previsto esta victoria diez años antes. Por Dios, Majestad, por la amistad que os tengo, ya que no por la consideración que os debo, que Carlos II permanezca quieto. Vuestra Majestad le asignará aquí una corta renta, y le dará uno de sus castillos. ¡Ah! Pero, esperad. ¡No me acordaba del tratado, de ese famoso convenio de que hablábamos hace poco! ¡Vuestra Majestad no tiene ni aun el derecho de darle un castillo!

—¿Cómo?

—Sí, sí; Su Majestad se ha comprometido a no dar hospitalidad al rey, y aun a hacerle salir de Francia. ¡Por eso le hicimos salir, y sin embargo vuelve! Supongo que haréis entender a vuestro hermano que no puede permanecer entre nosotros, que esto es imposible, que nos compromete, o yo mismo...

—¡Basta! —murmuró Luis XIV levantándose—: Que me neguéis un millón está en vuestro derecho; vuestros millones son vuestros que me neguéis doscientos caballeros también está en vuestro derecho, porque sois primer ministro, y tenéis la responsabilidad de la paz y la guerra; pero que pretendáis impedirme, a mí, el rey, que dé hospitalidad al nieto de Enrique IV, a mi primo hermano, al amigo de mi infancia... Aquí se detiene vuestro poder, aquí da principio mi voluntad.

—Majestad —dijo el cardenal—, encantado de verse libre a tan poco precio, y que por otra parte sólo había combatido con tanto ardor para llegar a esto, siempre me doblegaré ante la voluntad de mi rey; conserve, pues, a su lado o en uno de sus castillos al rey de Inglaterra que Mazarino lo sepa, mas que el ministro lo ignore.

—Buenas noches —dijo Luis XIV—; me voy desesperado.

—Pero convencido, que es lo necesario, Majestad —repuso Mazarino.

El rey no contestó, y se retiró pensativo y convencido, no de todo lo que le había dicho Mazarino, sino al contrario, de algo que se había guardado muy bien de decirle, y que era, la necesidad de estudiar seriamente sus asuntos y los de Europa, porque los veía, difíciles y oscuros.

Luis encontró al rey de Inglaterra sentado en el mismo sitio en que lo había dejado.

Al verle levantóse el príncipe inglés; pero al primer golpe de vista vio la desesperación escrita con letras sombrías sobre la frente de: su primo.

Entonces, tomó la palabra él primero, como para facilitar a Luis la penosa confesión que tenía que hacerle:

—Sea lo que fuere —dijo—, nunca olvidaré toda la bondad, toda la amistad de que me habéis dado prueba.

—¡Ah! —replicó sordamente Luis—. ¡Buena voluntad estéril, hermano mío!

Carlos II púsose extremadamente pálido, pasó una mano fría por su frente, y luchó unos instantes contra un desvanecimiento que le hizo vacilar.

—Comprendo —dijo por fin—, ¡no hay esperanza!

Luis tomó la mano de Carlos II.

—Esperad; hermano mío, no os precipitéis; todo puede cambiar; las decisiones extremas son las que arruinan las causas; añadid, os suplico, un año de prueba más a los que ya habéis sufrido. No hay ocasión ni oportunidad para decidiros a obrar en este instante más bien que en otro; quedaos conmigo, hermano, qué yo os daré una de mis residencias, la que más os agrade habitar, unido a vos; tendremos fijos los ojos en los acontecimientos y los prepararemos juntos. ¡Vamos, hermano, ánimo!

Carlos II retiró su mano de la del rey, y, retrocediendo para saludar con más ceremonia:

—Gracias, Majestad —repuso—, ya que he suplicado sin éxito al mas grande de la tierra, voy ahora a pedir un milagro a Dios.

Y salió, sin querer escuchar más, la frente alta, la mano trémula, con una contracción de tristeza en su noble semblante, y aquella sombría profundidad de mirada que, no encontrando esperanza en el mundo de los hombres, parece ir más allá a pedirla en mundos desconocidos.

Viéndole pasar lívido, el oficial de mosqueteros se inclinó casi de rodillas para saludarle.

Y enseguida tornó una antorcha, llamó a dos mosqueteros y bajó con el desdichado rey la desierta escalera, teniendo en la mano izquierda su sombrero, cuya pluma barría los peldaños de ella.

Cuando llegó a la puerta, preguntó al rey por qué lado se dirigía, a fin de enviar allí mosqueteros.

—Caballero —respondió Carlos II a media voz—, vos que conocisteis a mi padre, decidme, ¿habéis tal vez rezado por él? Si así es, no me olvidéis tampoco en vuestras oraciones. Ahora me voy solo, y os suplico que no me acompañéis, y que tampoco me hagáis acompañar más lejos.

El oficial inclinóse y envió a los mosqueteros al interior del palacio.

Pero él permaneció un instante bajo el porche, para ver a Carlos II alejarse y perderse en la sombra de la tortuosa calle.

—A éste, como en otro tiempo a su padre —dijo—, Athos, si estuviera aquí, diría con razón:

—¡Salud a la majestad caída! Luego subió la escalera.

—¡Ah! ¡Qué villano servicio hago! —decía a cada escalón—. ¡Ah! ¡Miserable amo! ¡Esta vida no es tolerable, y ya es tiempo de que yo tome un partido...! ¡Más generosidad, más energía! —prosiguió—. Vamos, el maestro ha conseguido su objeto, y el discípulo está muerto para siempre. ¡Pardiez! No consentiré en ello. Vamos, vosotros —continuó entrando en la antecámara—, ¿qué hacéis aquí mirándome así? Apagad esas luces y marchaos a vuestros puestos. ¡Ah! ¿Me guardáis? Sí, veláis por mí, ¿no es verdad, buenas gentes? ¡Valientes necios! Yo no soy el duque de Guisa, y no se me asesinará en el pasillo. Además —añadió en voz baja—, ésa sería una resolución, y ya no se toman resoluciones desde la muerte del señor cardenal de Richelieu. ¡Ah! ¡Aquél sí que era un hombre! ¡Ya lo tengo decidido! ¡Desde mañana ahorco la casaca!

Pero, mudando de consejo:

—No —dijo—, todavía tengo que hacer una prueba suprema, y la haré; pero juro que ésta será la última, ¡vive Dios!

No había terminado de hablar, cuando salió una voz de la cámara del rey.

—¡Señor teniente! —dijo la voz.

—Aquí estoy —respondió.

—El rey desea hablaros.

—Vamos —dijo el teniente—, tal vez sea para lo que yo pienso.

Y entró en la habitación del rey.

Capítulo XII

El rey y el teniente

Cuando el rey vio a su lado al oficial, despidió al gentilhombre y al ayuda de cámara.

—¿Quién está mañana de servicio, caballero? —preguntó entonces.

—Yo, Majestad.

—¿Cómo, vos también?

—Siempre yo.

—¿Y por qué, caballero?

—Cuando los mosqueteros salimos de viaje cubrimos todos los puestos de la guardia de Vuestra Majestad; es decir, el vuestro, el de la reina madre y el del señor cardenal, que toma prestado al rey la mejor parte, o sea, la parte más numerosa de su guardia real.

—Pero ¿y los descansos?

—No hay descansos más que para veinte o treinta hombres, de ciento veinte. En el Louvre es distinto; si yo estuviera en el Louvre, confiaría en mi sargento; pero, en marcha, no se sabe lo que puede suceder; además, me place hacer mis asuntos por mí mismo.

—Así, ¿estáis de guardia todos los días?

—Y todas las noches, Majestad.

—Caballero, yo no puedo sufrir eso, y deseo que descanséis.

—Está bien, Majestad, pero yo no quiero.

—¿Cómo? —murmuró, el rey, que no comprendió al pronto el sentido de esta respuesta.

—Digo que no quiero exponerme a una falta. Si el demonio ha de jugarme

una mala partida, como conoce al hombre con quien tiene que habérselas, escogerá el momento en que yo no esté aquí. Mi obligación, ante todo, y la paz de mi conciencia.

—Pero en este oficio, señor, os mataréis.

—¡Bah! Hace ya treinta y cinco años qué ejerzo este oficio, y soy el hombre de Francia y de Navarra que goza de mejor salud. Por lo demás, Majestad, no os preocupéis de mí. Esto me parecería, muy extraño, en atención a que no estoy habituado a ello.

El rey cortó de repente la conversación con una nueva pregunta.

—¿Luego estaréis aquí mañana?

—Como ahora, Majestad.

El rey dio entonces unas vueltas por la cámara, siendo fácil conocer que ardía en deseos de hablar, pero que le contenía cierto temor.

El teniente, de pie, inmóvil, con el sombrero en la mano y el puño en la cadera, contemplaba aquellas evoluciones, y a la vez murmuraba mordiéndose el bigote.

—No tiene resolución para nada; palabra de honor. Apostemos a que no habla.

El rey seguía andando, y fijaba alguna que otra vez una mirada en el teniente.

—Es su mismo padre en persona —continuó, éste en su secreto monólogo—; es, al propio tiempo, orgulloso, avaro y tímido. ¡Mal haya un amo así!

Luis dejó de andar.

—¡Teniente! —gritó.

—Aquí estoy, Majestad.

—¿Por qué habéis gritado esta noche, allá en la sala de recepción; «La guardia de Su Majestad»?

—Porque me disteis esa orden, Majestad.

—¿Yo?

—Vos mismo.

—En verdad no dije una palabra de eso.

—Majestad, una orden se da con un signo, con un gesto, con una mirada, tan franca y claramente como con la palabra, Un servidor que solo tuviera oídos, no sería más que la mitad de un buen servidor.

—Así, son muy penetrantes vuestros ojos.

—¿Por qué?

—Porque ven lo que no existe.

—En efecto, Majestad, mis ojos son buenos, aunque, hayan servido mucho y por largo tiempo a su dueño; de modo que siempre que tienen que ver algo, nunca desperdician la ocasión. Esta noche, pues, han visto que Vuestra Majestad miraba con súplicas elocuentes, primero a Su Eminencia, luego a Su Majestad la reina madre, y por fin, a la puerta por donde se salía; y han notado también todo lo que acabo de decir, que han visto a los labios de Vuestra Majestad pronunciar estas palabras: «¿Quién me sacará de aquí?».

—¡Caballero!

—O cuando menos esto, Majestad: «¡Mis mosqueteros!». Entonces, no vacilé. Esa mirada era para mí; la palabra era para mí; y grité: «¡Los mosqueteros del rey!». Y esto es tan cierto, que no sólo no me ha reprendido Vuestra Majestad, sino que me ha dado la razón marchándose al instante.

El rey volvióse de espaldas para sonreírse, y después de algunos segundos fijó sus limpios ojos en aquella fisonomía tan inteligente, tan audaz y firme, que podía decirse el perfil enérgico y fiero del águila enfrente del sola.

—Bien está —dijo después de un corto silencio, durante el cual pretendió, aunque en vano, hacer bajar los ojos a su oficial.

Pero viendo éste que el rey no decía ya nada, giró sobre sus talones y dio tres pasos para irse, murmurando:

¡No hablará, pardiez, no hablará!

—Gracias, caballero —dijo entonces el rey.

—En verdad —continuó el teniente—, no hubiera faltado más que ser reprendido por ser menos tonto que otros.

Y se encaminó hacia la puerta, haciendo sonar militarmente sus espuelas.

Mas al llegar al umbral conoció que el deseo del rey le impelía hacia atrás, y se volvió.

—¿Vuestra Majestad, tiene algo más que mandarme? —preguntó con acento imposible de describir, pero que sin parecer provocar la confianza regia, contenía una franqueza tan persuasiva, que el rey contestó al instante:

—Sí tal, señor, aproximaos. ¡Vamos! —murmuró el oficial—. ¡Ya cae!

—Escuchadme.

—No pierdo ni una palabra, Majestad.

—Montaréis a caballo a eso de las cuatro y media de la mañana, y me prepararéis otro caballo para mí.

—¿De las cuadras de Vuestra Majestad?

—No, de uno de vuestros mosqueteros.

—Está bien, Majestad. ¿Nada más?

—Y me acompañaréis.

—¿Sólo?

—Sí.

—¿Vendré a buscar a Vuestra Majestad, o le esperaré?

—Me esperaréis.

—¿Dónde, Majestad?

—En la puerta menor del parque. El teniente se inclinó, comprendiendo que el rey había dicho cuanto tenía que decir.

Efectivamente, el rey lo despidió con ademán muy amistoso.

El oficial salió de la cámara del rey y volvió a colocarse filosóficamente en su silla, donde lejos de dormir, como pudiera creerse en vista de la hora avanzada de la noche, se puso a reflexionar más profundamente que nunca.

El resultado de estas reflexiones no fue tan triste como habían sido los precedentes.

—¡Vamos! Ya ha empezado —dijo—. El amor le conduce y él marcha. El rey es nulo en su casa, pero el hombre puede que valga algo. Además, ya veremos mañana... ¡Oh! —exclamó de pronto levantándose—. ¡He aquí una idea gigantesca, pardiez! ¡Tal vez mi fortuna esté por fin en esta idea!

Después de esta exclamación, el oficial se levantó y midió a pasos largos, con las manos en los bolsillos de su casaca, la inmensa antecámara que le servía de alojamiento.

La bujía llameaba con fuerza al esfuerzo de una brisa fresca que introducía por las rendijas de la puerta y las hendiduras de la ventana, y cortaba la sala diagonalmente. Proyectaba una luz rojiza y desigual; unas veces radiante, otras amortiguada; y se veía andar por la pared la sombra del teniente, cortada en silueta, cómo una figura de Callot, con la espada en espetón y el fieltro empenachado.

—O yo me equivoco —murmuraba—, o Mazarino tiende un lazo al enamorado joven; Mazarino ha dado esta noche una cita y una dirección tan complaciente como hubiese podido darla el mismo señor Dangeau. Yo he oído

y conozco el valor de las palabras. «Mañana por la mañana», ha dicho, «pasarán a la altura del puente de Blois». ¡Vive Dios! ¡Esto es claro, y sobre todo para un enamorado! Por eso ha sido ese embarazo, ese vacilar, y esa orden. «Señor teniente de mis mosqueteros, a caballo a las cuatro de la mañana». Lo cual es tan claro como si me hubiera dicho: «Señor teniente de mis mosqueteros, mañana a las cuatro en el puente de Blois, ¿comprendéis?». Aquí hay, pues, un secreto de Estado, que yo, miserable de mí, poseo a estas horas. ¿Y por qué lo poseo? Porque tengo buenos oídos, como decía hace poco Su Majestad. ¡Dicen que ama apasionadamente a esa muñequita de Italia! ¡Dicen que se ha echado a los pies de su madre para pedirle casarse con ella! ¡Dicen que la reina ha consultado con la corte de Roma, por no saber si sería válido ese matrimonio hecho contra su voluntad! ¡Oh! ¡Si yo tuviese ahora veinticinco años...! ¡Oh! ¡Si tuviese aquí a mi lado aquéllos a quienes no tengo! ¡Oh! ¡Si yo despreciase tan profundamente a todo el mundo, yo enredaría al cardenal con la reina madre, a Francia con España, y haría una reina a mi manera! ¡Pero, bah!

—Ese miserable italiano, ese pícaro, ese avaro que acaba de negar un millón al rey de Inglaterra, no me daría tal vez cien doblones por la noticia que le llevase. ¡Oh! ¡Ya caigo en niñerías y me embrutezco! ¡Mazarino dar hilada! ¡Ja, ja, ja!

Y el oficial echóse a reír formidablemente.

—Durmamos —dijo, durmamos, y muy pronto; tengo el espíritu cansado de esta noche, y mañana percibiré más claro que hoy.

Y a esta recomendación, hecha a sí propio, se envolvió en la capa, mofándose de su regio vecino.

Cinco minutos después dormía con los puños cerrados y los labios entreabiertos, dejando escapar, no su secreto, sino un ronquido armonioso que se extendía cómodamente bajo la majestuosa bóveda de la antecámara.

Capítulo XIII

María Mancini

No bien iluminaba el sol con sus primeros rayos los grandes bosques del parque y las altas atalayas del castillo, cuando el joven rey, despierto hacía más de dos horas por el insomnio del amor, abrió por sí mismo el postigo de la ventana, y echó una mirada curiosa por los patios del palacio dormido.

Vio que era ya, la hora señalada, pues el gran reloj del patio señalaba las

cuatro y cuarto no quiso despertar a su ayuda de cámara, que dormía profundamente a cierta distancia, y vistióse solo; pero el criado, creyendo haber faltado a su deber, se acercó al rey, que le envió a su dormitorio, recomendándole el más profundo silencio.

Entonces bajó la escalera, salió por una puerta lateral y percibió a lo largo del muro del parque un jinete que tenía de la brida otro caballo.

No podía conocerse a este jinete, envuelto en su capa y, cubierto el rostro con el sombrero.

En cuanto al caballo, ensillado como el de un aldeano rico, no ofrecía nada notable; ni aun para el ojo más experto.

El rey se acercó a tomar la rienda de este caballo, y el oficial le sostuvo el estribo sin desmontar, pidiendo, al mismo tiempo, con voz discreta las órdenes, de Su Majestad.

—Seguidme, contestó Luis XIV.

El oficial puso su caballo al trote detrás del de su señor, y, de este modo bajaron hacia el puente.

Cuando estuvieron en la orilla del Loira.

—Caballero —dijo el monarca, vais a hacerme el favor de picar adelante hasta que diviséis una carroza, en cuyo caso retrocederéis para decírmelo; yo espero aquí.

—¿Se dignará Vuestra Majestad darme algunos pormenores sobre la carroza que llevo encargo de descubrir?

—Una carroza en la que veréis dos señoras, y tal vez también su comitiva —dijo el rey.

—Majestad, no quisiera equivocarme: ¿hay además algún otro signo por el cual pueda reconocer esa carroza?

—Probablemente, llevará las armas del señor cardenal.

—Está bien, Majestad —replicó el oficial, enteramente impuesto en el objeto de su reconocimiento.

Entonces puso su caballo al trote, picando en la dirección indicada por el rey. Mas apenas hubo andado quinientos pasos, cuando vio detrás de un montículo, primero cuatro mulas y después una pesada carroza.

En pos de esta carroza venía otra. No fue necesario más que una ojeada para asegurarse de que aquéllos eran los carruajes que habían ido a buscar.

Al momento volvió grupas, y acercándose al rey:

—Majestad —dijo ahí están las carrozas. La primera, en efecto, con dos señoras y sus mujeres de servicio; la segunda lleva algunos criados; provisiones y equipajes.

—Bien, bien —respondió el rey con voz muy conmovida—. Os ruego que vayáis a decir a esas damas que un caballero de la Corte desea presentarles sus respetos solamente a ellas.

El oficial partió al galope.

—¡Pardiez! —iba diciendo al correr—. He aquí un empleo nuevo y honroso, ¡por Cristo! Me quejaba de no ser nada y soy el confidente del rey. ¡Un mosquetero! ¡Voy a reventar de orgullo!

Aproximóse a la carroza y desempeñó su comisión como mensajero elegante y entendido.

Dos damas iban, en efecto, en la carroza; la una de extraordinaria hermosura, aunque algo delgada; la otra menos favorecida por la naturaleza pero más viva, más graciosa, y reuniendo en los ligeros pliegues de su frente todas las pruebas de una voluntad decidida.

—Sus ojos vivos y penetrantes hablaban más elocuentemente que todas las frases amorosas corrientes de aquellos tiempos de galantería.

A ésta fue a la que se dirigió D'Artagnan sin engañarse, aunque, como ya hemos dicho, la otra fuese quizá más bonita.

—Señoras —dijo—, soy el teniente de los mosqueteros, y en el camino hay un caballero que os aguarda y que desea presentaros sus respetos.

A estas palabras, cuyo efecto, seguía curiosamente la dama de los ojos negros, dio un grito de alegría, se inclinó fuera de la portezuela, y, viendo correr al caballero, tendió los brazos gritando:

—¡Ah! ¡Mi querida Majestad! Y las lágrimas saltaron de sus ojos.

El cochero detuvo las mulas, las mujeres de servicio levantáronse confusas en el interior de la carroza, y la segunda dama esbozó una reverencia, terminada por la más irónica sonrisa que la envidia haya podido dibujar en labios de mujer.

—¡María! ¡Querida María! exclamó, el monarca estrechando entre sus manos la mano de la dama de los ojos negros.

Y abriendo él mismo la pesada portezuela, la atrajo fuera de la carroza con tanto ardor, que se halló en sus brazos antes de tocar tierra.

El teniente, desde el otro lado de la carroza, veía y oía sin ser notado. El rey ofreció su brazo a la señorita Mancini e hizo seña a los cocheros y a los

lacayos de que continuasen su camino.

Serían las seis poco más o menos; el camino era fresco y delicioso; grandes árboles, con sus follajes todavía cuajados de dorado fruto, dejaban filtrar el rocío de la mañana suspendido como diamantes líquidos en sus movibles ramas; la hierba se extendía al pie de las hayas, las golondrinas describían su curso entre el cielo y el agua, y una brisa, perfumada por los bosques en su florecencia, corría a lo largo de este camino y rizaba la sabana de agua del silencioso río. Todas estas bellezas del día, todos estos perfumes de las plantas, todas estas aspiraciones de la tierra hacia el cielo embriagaban a los dos enamorados, que marchaban apoyado el uno en el otro, con los ojos en los ojos, las manos en las manos, y que retardando el paso por un mutuo deseo, no osaban hablar de tantas cosas como tenían que decirse.

El oficial advirtió que el caballo abandonado erraba acá y allá e inquietaba a la señorita Mancini. Fingió un pretexto para acercarse y detener al caballo, y, andando a pie entre las dos cabalgaduras que conducía del diestro, no perdió ni una palabra ni un gesto de los dos amantes. La señorita Mancini fue la que comenzó.

—¡Ah! ¡Mi querida Majestad! —exclamó—. ¿Con que me abandonáis?

—No —respondió el rey—; bien lo sabéis, María.

—Sin embargo, ¡tanto me habían dicho que cuando nos separásemos ya no os volveríais a acordar de mí!

—Querida Marta, ¿es ahora cuando advertís que estamos rodeados de gentes interesadas en engañarnos?

—¡Al fin, Majestad, ese viaje, esa alianza con España! ¡Os casan!

Luis bajó la cabeza.

Al mismo tiempo el oficial pudo observar lucir al sol las miradas de María Mancini, brillando como una daga sacada de la vaina.

—¿Y no habéis hecho nada por nuestro amor? —exclamó la joven después de un instante de silencio.

—¡Ah, señorita! ¿Cómo podéis creer eso? ¡Me he arrojado a los pies de mi madre, he pedido, he suplicado, he dicho que toda mi dicha consistía en vos; he amenazado!

—¿Y qué? —preguntó vivamente María.

—¡Y qué! La reina madre ha escrito a la corte de Roma, y se le ha dicho que una unión entre nosotros no tendría ningún valor y que sería disuelta por el Padre Santo. En fin, viendo que no había esperanza para nosotros, he pedido que se demore, cuando menos, mi matrimonio con la infanta.

—Lo cual no impide que estéis en camino para ir en su busca.

—¡Qué queréis! A mis peticiones, a mis ruegos, a mis lágrimas se ha respondido con la razón de Estado.

—¿Y qué?

—¡Y qué! ¿Qué queréis hacer, señorita, cuando tantas voluntades se unen contra mí?

Esta vez fue María quien bajó la cabeza.

—Entonces, será necesario que os diga adiós para siempre —dijo ella—. Vos sabéis que me destierran, que me sepultan; sabéis que hacen más aún; sabéis que a mí también me casan.

Luis se puso pálido y llevóse una mano al corazón.

—Yo también he sido muy perseguida, y hubiera cedido si sólo se hubiese tratado de mi vida; mas he creído que se trataba de la vuestra, querida Majestad, y he combatido para conservar vuestro bien.

—¡Oh, sí! ¡Mi bien! ¡Mi amor! murmuró el rey, quizá con más galantería que pasión.

—El cardenal hubiera cedido —dijo María—, si os hubierais dirigido a él insistiendo.

¡El cardenal llamar, al rey de Francia sobrino! ¿Comprendéis, Majestad? Todo lo hubiera hecho por esto, aun la guerra misma; Su Eminencia; seguro de gobernar solo, bajo el doble pretexto de que él había educado al rey y él había dado su sobrina, hubiera combatido contra todas las voluntades y destruido todos los obstáculos. ¡Oh! Majestad, Majestad, os respondo de ello. Soy mujer y veo claro en todo lo que es amor.

Estas palabras produjeron en el rey una impresión singular. Hubiérase dicho que en lugar de exaltar su pasión la enfriaban; acortó el paso y dijo con precipitación:

—¡Qué queréis, señorita! Todo se ha frustrado.

—Excepto vuestra voluntad, ¿no es verdad, mi querida Majestad?

—¡Ah! —dijo el rey ruborizándose—. ¿Tengo yo acaso voluntad?

—¡Oh! —murmuró dolorosamente la señorita Mancini herida por estas palabras.

—El rey no tiene más voluntad que la que le dicta la lírica, la que le impone la razón Estado.

—¡Oh! ¡Eso es qué no sentís amor! Si me amaseis, tendríais voluntad.

Pronunciando estas palabras, María alzó los ojos sobre su amante, a quien vio pálido y más confundido que en desterrado que va a dejar para siempre la tierra donde nació.

—Acusadme —murmuró el rey—; pero no me digáis que no os amo. Un largo silencio siguió a estas palabras, que el monarca había pronunciado con un sentimiento verdadero y profundo.

—Yo no puedo pensar —prosiguió María, intentando el último esfuerzo—, que mañana, pasado mañana, ya no os veré más; no puedo pensar en ir a terminar mis tristes días lejos de París, que los labios de un viejo, dé un desconocido, toquen esa mano que tenéis entre las vuestras; no, no puedo pensar en eso sin, que se desespere mi corazón.

Y María Mancini se deshizo en lágrimas.

El rey, enternecido por su parte, llevóse el pañuelo a los labios y sofocó un sollozo.

—Mirad —dijo María—, los carruajes se han parado, mi hermana me espera, la hora es suprema, lo que vais a decir quedará decidido para siempre. ¡Oh, Majestad! ¿Estáis dispuesto a que os pierda? ¿Queréis, pues, Luis, que aquélla a quien habéis dicho «os amo» pertenezca a otro que a su rey, a su señor, a su amante? ¡Oh! ¡Ánimo, Luis! ¡Una palabra, una sola palabra! Decid: «Yo quiero», y toda mi vida quedará encadenada a la vuestra y todo mi corazón os pertenecerá para siempre.

Nada contestó el rey.

—María le miró entonces, como Dido miró a Eneas en los Campos Elíseos, desdeñosa y airada.

—¡Adiós, pues, dijo adiós la vida, adiós el amor...!

Y dio un paso para retirarse.

El rey la retuvo, le asió una mano, que llevó a sus labios, y arrastrándole la desesperación por el partido que parecía haber tomado interiormente, dejó caer sobre aquella linda mano una lágrima ardiente de sentimiento que hizo estremecer a María, como si efectivamente esa lágrima la hubiese quemado.

Vio los ojos húmedos del monarca; su frente pálida, sus labios convulsos, y exclamó con acento imposible de describir:

—¡Oh! ¡Sois rey, lloráis, y yo me voy!

Por toda contestación, el rey ocultó su rostro en el pañuelo.

El oficial dio una especie de rugido que espantó a los dos caballos. Emocionada la señorita Mancini dejó al rey y subió precipitadamente a la

carroza, gritando al cochero:

—¡Partid, partid pronto!

El cochero obedeció fustigando a las mulas, y la pesada carroza conmovióse sobre sus ejes chillones, mientras el rey de Francia, solo y abatido, no se atrevía a mirar ni adelante ni atrás.

Capítulo XIV

Su Majestad y el teniente patentizan su respectiva memoria

Cuando el rey, lo mismo que todos los amantes del mundo, hubo mirado por mucho tiempo y atentamente cómo desaparecía en el horizonte la carroza que llevaba a su amada; cuando se hubo vuelto y revuelto cien veces hacia el mismo sitio, y cuando, por fin, hubo podido calmar un tanto la agitación de su pecho y de su alma, se acordó de que no estaba solo.

El oficial continuaba teniendo el caballo de la brida, sin perder toda esperanza de que el rey volviese de su resolución.

Aún había el recurso de montar a caballo y correr al lado de la carroza; nada se habría perdido por aguardar.

Pero la imaginación del teniente de mosqueteros era demasiado brillante y rica dejó atrás la del rey, que se guardó bien de llevarse a tal exceso de lujo.

Contentóse con acercarse al oficial, a quien dijo con doliente voz:

—Vamos... hemos terminado... a caballo.

El oficial imitó su manera, su angustia, y cabalgó lenta y tristemente sobre su montura; el rey picó delante y el teniente le siguió.

Guando llegaron al puente, Luis volvióse por última vez. El oficial, paciente como un dios que tiene la eternidad delante y detrás de sí, espero aún que volviese a la energía, pero todo fue en vano. El rey llegó a la calle que conducía al castillo y entró en él cuando daban las siete.

Habiendo penetrado en el castillo el rey, y habiendo el mosquetero visto muy bien, él que todo lo veía, levantarse en la ventana del cardenal un pliegue de la tapicería, exhaló un profundo suspiro, cómo quien se ve libre de los más opresores lazos, y dijo a media voz:

—No hay duda que esto ha terminado.

El rey llamó a su gentilhombre.

—No recibiré a nadie antes de las dos, ¿entendéis, caballero? Majestad — observó el gentilhombre—, hay, sin embargo, alguien que solicita pasar.

—¿Quién?

—Vuestro teniente de mosqueteros.

—¿El que me ha acompañado?

—Sí, Majestad.

—¡Ah! —dijo el rey—. Vaya, qué pase.

El oficial entró.

El rey hizo una seña, a la cual salieron el gentilhombre y el ayuda de cámara.

Luis siguiólos con los ojos hasta que cerraron la puerta, y cuando volvieron a caer las tapicerías que la cubrían:

—Me recordáis con vuestra presencia, caballero —dijo el monarca—, lo que había olvidado encargaros, es decir, la discreción más absoluta.

—¡Oh! ¿Por qué se toma Vuestra Majestad el trabajo de hacerme tal recomendación? Bien se ve que no me conocéis.

—Sí, señor, es verdad; sé que sois discreto, mas como no había prescrito nada.

El oficial se inclinó.

—¿No tiene más que decirme Vuestra Majestad?

—No, caballero, y podéis retiraros.

—¿Alcanzaré el permiso de no hacerlo antes de haber hablado al rey, Majestad?

—¿Qué tenéis que decirme? Explicaos.

—Algo, Majestad, de ninguna importancia para vos, pero que me interesa considerablemente a mí. Perdonadme que os detenga. A no ser por la urgencia y por la necesidad, jamás lo hubiese hecho y habría desaparecido, mudo y pequeño como he sido siempre.

—¿Cómo desaparecido? No os comprendo.

—En una palabra —dijo el oficial—, vengo a solicitar mi licencia a Vuestra Majestad.

El rey hizo un movimiento de sorpresa, pero el oficial no se movió más que si hubiese sido una estatua.

—¡Vuestra licencia! ¿Y por cuánto tiempo?

—Para siempre, Majestad.

—¡Cómo! ¿Dejaréis mi servicio, caballero? —preguntó Luis con un movimiento que descubría algo más que la sorpresa.

—Majestad, tengo ese pesar.

—No puede ser.

—Sí, Majestad; me voy cargando de años; ya hace treinta y cuatro o treinta y cinco que llevo la armadura, y mis pobres hombros están muy cansados; veo que es necesario ceder el puesto a los jóvenes. Yo no soy del moderno siglo, no; todavía tengo un pie en el antiguo, de lo cual resulta que todo es extraño a mis ojos, que todo me sorprende y aturde. Por esto tengo el honor de pedir mi licencia a Vuestra Majestad.

—Caballero —dijo el rey mirando al oficial, que llevaba la casaca con aire que hubiese dado envidia a un joven—; vos sois más fuerte y más vigoroso que yo.

—¡Oh! —respondió el oficial con sonrisa de falsa modestia—. Vuestra Majestad me dice eso porque aún tengo la presencia bastante buena y el pie bastante firme; porque voy bien a caballo, y porque mis bigotes aún son negros; pero, todo es vanidad de vanidades, ilusiones, humo. Verdad es que aún tengo el aspecto joven, pero soy viejo, y estoy seguro que antes de seis meses estaré cascado, gotoso, inútil. Así, pues, Majestad...

—Caballero —interrumpió el rey—; recordad vuestra palabra de ayer; en ese mismo sitio en que os encontráis, me decíais que estabais dotado de la mejor salud que había en Francia, que os era desconocido el cansancio, que no os molestaba pasar noches y días en vuestro puesto. Me habéis dicho todo eso, ¿sí o no? Apelad a vuestros recuerdos, caballero.

El oficial exhaló un suspiro.

—Majestad —dijo—, la vejez es vanidosa, y hay que perdonar a los viejos que hagan su elogio, ya que nadie se ocupa de ellos. Es posible que dijera eso, mas el hecho es, Majestad, que estoy muy cansado y pido mi retiro.

—Señor —añadió el rey dando un paso hacia el oficial con un gesto lleno de fineza—, veo que no me dais la razón verdadera; queréis dejar mi servicio, es cierto, pero me disfrazáis el motivo de esa retirada.

—Bien lo podáis creer, Majestad.

—Creo lo que veo, caballero; veo un hombre enérgico, lleno de presencia de espíritu, el mejor soldado de Francia tal vez, y nada del mundo me persuadirá que tenéis necesidad de descanso.

—¡Ah, Majestad! —dijo el teniente con amargura—. ¡Cuántos elogios! ¡En verdad que Vuestra Majestad me confunde! ¡Enérgico, vigoroso, entendido, valiente, el mejor, soldado del ejército! Pero, señor, Vuestra Majestad exagera mi escaso mérito hasta tal extremo, que por muy buena opinión que tenga de mí, no me conozco según esa pintura. Si yo fuese bastante vano para creer solamente en la mitad de las palabras de Vuestra Majestad, me miraría como hombre indispensable, y diría que un servidor, cuando reúne tantas y tan brillantes cualidades, es un tesoro sin precio. Debo decir, señor, que toda mi vida, excepto hoy, he sido juzgado, en grado inferior a lo que valía. Pero repito que Vuestra Majestad exagera.

El rey frunció el entrecejo, porque veía una sonrisa irónica y amarga en el fondo de las palabras del oficial.

—Vamos caballero —dijo—; tratemos francamente la cuestión: ¿Es que no os agrada mi servicio, decid? Nada de rodeos, respondedme categóricamente. Lo quiero.

El oficial, que hacía algunos instantes que arrollaba entre las manos su sombrero con aire bastante embarazado, levantó la cabeza a estas palabras.

—Majestad —respondió—, esas expresiones me dan algo más de confianza. A una pregunta hecha con tanta franqueza, responderé también francamente. Decir verdad es una cosa muy buena, tanto por el placer que se siente en calmar su corazón, como a causa de la rareza del hecho. Diré, pues, la verdad a mi rey, suplicándole al mismo tiempo que excuse la franqueza de un antiguo soldado.

El rey miró a su oficial con viva inquietud, que se manifestó por la agitación de su cara.

—Ea, pues, hablad —dijo—, porque estoy impaciente por escuchar las verdades que tenéis que decirme.

El oficial tiró su sombrero sobre una mesa, y su rostro, ya tan inteligente y tan marcial, tomó de repente un extraño carácter de solemnidad y grandeza.

—Señor —dijo—, dejo el servicio de Vuestra Majestad porque estoy descontento. Todo criado, en estos tiempos, puede acercarse con respeto a su amo, como yo hago ahora, darle el empleo de su trabajo, devolverle los instrumentos o útiles que ha puesto en sus manos, presentarle las cuentas de los fondos que le ha confiado y decirle: «Mi jornada ha terminado; pagadme, os lo ruego, y separémonos».

—¡Caballero, caballero! —exclamó el rey encendido de cólera.

—¡Ah, Majestad! —dijo el oficial, doblando un momento la rodilla—. Jamás ningún servidor, fue más respetuoso que yo ante Vuestra Majestad, más

me habéis mandado que diga la verdad. Ahora, pues, que he comenzado a decirla, es menester que brille, aun cuando me mandéis callarla.

Había impresa tal resolución en los contraídos músculos del oficial, que Luis XIV no tuvo necesidad de decirle que continuara; prosiguió, pues, mientras el rey lo miraba con curiosidad mezclada de admiración:

—Majestad, hace treinta y cinco años, como decía antes, que sirvo a la casa de Francia; pocas personas han gastado tantas espadas como yo en ese servicio, ¡y cuidado que las espadas de que hablo eran excelentes, Majestad! Yo era niño, ignorante en todas las cosas, excepto del valor cuando el rey vuestro padre, descubrió en mí un hombre. Yo era un hombre, Majestad; cuando el cardenal Richelieu, que conocía muy bien las cosas, adivinó en mí un enemigo. La historia de esta enemistad de la hormiga y el león pudisteis leerla desde la primera hasta la última línea en los archivos secretos de vuestra familia. Si alguna vez os da la gana, leedla, Majestad, pues bien vale la pena, y yo soy quien lo afirma.

En ella leeréis que el león cansado, fatigado y jadeante, pidió gracia por último, y preciso es hacerle esta justicia, también la hizo, ¡Oh! ¡Aquél fue un tiempo sembrado de batallas, como una epopeya del Tasso o del Ariosto! Las maravillas de ese tiempo, que el nuestro se negaría a creer, fueron para nosotros cosa de juego. Durante cinco años fui un héroe todos los días, por lo menos según me han dicho personas de mérito; ¡y es muy largo, creedme, Majestad, un heroísmo de cinco años! Sin embargo, lo creó, porque me lo han dicho esas gentes que eran buenos apreciadores. Llamábanse señor de Richelieu, señor de Buckingham, señor de Beaufort, señor de Retz, ¡rudo genio también éste en la guerra de las calles! En fin, el monarca Luis XIII, y aun la reina vuestra augusta madre, que un día tuvo la bondad de decirme: ¡Gracias! Yo no sé qué servicio tuve el honor de prestarle. Dispensadme, que pase tan apresuradamente; pero ya he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad que esto que cuento ahora es la historia.

El rey mordióse los labios y se sentó con violencia en un sillón.

—Disgusto a Vuestra Majestad —dijo el teniente—. ¡Ved lo que es la verdad! Una compañera dura, llena de hierros que hiere a quien toca, y algunas veces a quien la dice.

—No, caballero —respondió el rey yo os he invitado a hablar; hablad, por tanto.

—Después del servicio del rey y del cardenal, el servicio de la regencia, Majestad; también me he batido mucho en la Fronda; mucho menos, sin embargo, que la primera vez.

Los hombres empezaban a disminuir de estatura. También he conducido a

los mosqueteros de Vuestra Majestad en ciertas ocasiones peligrosas, que han quedado en la orden del día de la compañía. ¡Qué bella suerte era entonces la mía! Era yo el íntimo del señor Mazarino: «¡Teniente por aquí! ¡Teniente por allá! ¡Teniente a la derecha! ¡Teniente a la izquierda!».

No se daba un cuarto en Francia sin que vuestro humilde servidor no fuera el encargado de distribuirlo; pero bien pronto no se contentó con Francia el señor cardenal, y me envió a Inglaterra por cuenta del señor Cromwell; otro caballero que no era lerdo, señor, respondo de ello. Tuve la honra de conocerle y pude apreciarlo. Mucho me habían prometido con respecto a esta misión, pero como hice algo muy distinto a lo que me encargaron hacer, fui pagado generosamente, pues se me nombró últimamente capitán de mosqueteros, es decir, el cargo más envidiado de la Corte, el que marcha delante de los mariscales de Francia; esto era justicia, porque quien dice capitán de mosqueteros, dice la flor y nata del soldado, el rey de los valientes.

—Capitán, caballero —replicó el rey—, seguramente os equivocáis; es teniente lo que queréis decir.

—No, Majestad, yo jamás me equivoco; refiérase Vuestra Majestad a mí sobre este punto: el señor cardenal me dio el diploma.

—¿Y qué?

—Pero el señor Mazarino, y Vuestra Majestad lo sabe mejor que nadie, no da muchas veces, y aun algunas, vuelve a recibir lo que da; así es que me lo quitó cuando se hizo la paz y no tuvo ya necesidad de mí. Ciertamente que yo no era digno de reemplazar al señor de Tréville, de ilustre memoria; mas al fin se me había prometido, se me había dado, y las cosas debieron quedar aquí.

—¿Y esto es lo que os tiene descontento, caballero? Pues bien, tomaré informes; yo soy amante de la justicia, y vuestra reclamación, aunque hecha militarmente, no me desagrade.

—¡Oh! —exclamó el oficial—. Vuestra Majestad ha comprendido mal; no pido nada.

—Ese es un exceso de delicadeza, caballero; pero yo quiero cuidar de vuestros asuntos, y más tarde...

—¡Oh! ¡Majestad, qué palabra! ¡Más tarde! Ya hace treinta años que conozco esa palabra llena de bondad, que ha sido pronunciada por tan insignes personajes, y que a su vez acaba de pronunciar vuestra boca. ¡Más tarde! Así es como he recibido veinte heridas y llegado a la edad de cincuenta y cuatro años sin tener nunca un luis en mi bolsa; y sin haber encontrado nunca un protector en mi camino, ¡yo que he protegido a tantas personas! Así que cambio de fórmula, Majestad, y, cuando me dicen: «Más toma del», respondo: «enseguida». Lo que yo solicito es el descanso. Bien puede concedérsese,

porque nada costará a nadie.

—No esperaba yo ese lenguaje, caballero, particularmente de parte de un hombre que siempre ha vivido al lado de los grandes. Olvidáis que estáis hablando al rey, a un caballero que es de tan buena casa como vos, supongo; cuando digo más tarde, está hecho.

—No lo dudo, Majestad; mas ved aquí el fin de esta terrible verdad que tenía que deciros: aun cuando viese sobre esta mesa el bastón de mariscal, la espada de condestable, la corona de Polonia, en vez de ese más tarde, os juro, señor, que también diría al instante. ¡Oh!, Dispensadme; soy del país de vuestro abuelo Enrique IV, y no hablo muchas veces, pero cuando hablo lo manifiesto todo.

—A lo que parece, no os incita el porvenir de mi reinado —dijo Luis con altanería.

—¡Olvido para todo! —exclamó el oficial con nobleza—. El amo ha olvidado al servidor, y ahora, el servidor se ve reducido a olvidar a su amo. Vivo en un tiempo desgraciado, señor; veo a la juventud llena de cobardía; la veo tímida y despojada, cuando debería ser rica y poderosa. Anoche, por ejemplo, abrí la puerta del rey de Francia a un rey de Inglaterra, del que yo, miserable; hubiese salvado al padre si Dios no se hubiera declarado en contra mía. ¡Dios, que inspiraba a su elegido, Cromwell! Abrí, digo, esa puerta, es decir, el palacio de un hermano a un hermano, y he visto, ¡esto me apena el corazón!, y he visto al ministro de este rey arrojar al proscrito y humillar a su amo, condenando a la miseria a otro rey, su igual; en fin, he visto a mi príncipe, que es joven, hermoso y valiente, que tiene el valor en el corazón y el rayo en los ojos; le he visto temblar ante un cura que se ríe de él detrás de las cortinas de su alcoba, donde dirige en su lecho todo el oro de la Francia, que esconde enseguida en cofres desconocidos. Sí, comprendo vuestra mirada, Majestad. Soy atrevido hasta el extremo; ¡pero, qué queréis! Soy un viejo, y digo a vos, qué sois mi rey, cosas que haría volver a entrar en la garganta de quien las pronunciase delante de mí. Finalmente, me habéis mandado descubrir ante vos el fondo de mi corazón, y derramo a los pies de Vuestra Majestad la bilis que he depositado durante treinta años, como derramaría toda mi sangre si Vuestra Majestad me lo ordenase.

El rey enjugó, sin decir una palabra, el sudor frío y abundante que fluía de sus sienes.

El minuto de silencio que siguió a esta vehemente salida, representó para el que había hablado y para el que había escuchado siglos de padecimientos.

—Caballero —dijo al fin el rey—, habéis pronunciado la palabra olvido: yo no he oído más que esa palabra ya que sólo responderá. Otros han podido

ser olvidadizos; pero yo no lo soy, y la prueba es que me acuerdo que cierto día de conmoción, que un día en que el pueblo furioso, furioso y mugidor como la mar, invadía el Palacio Real; que un día, en fin, que yo fingía dormir en mi lecho, un solo hombre, con la espada desnuda y escondido detrás de mi cabecera, velaba por mi vida, dispuesto a arriesgar la suya por mí, como ya la había arriesgado por mi familia. Aquel caballero; a quien yo preguntaba entonces su nombre, ¿no era el señor de D'Artagnan?

—Vuestra Majestad tiene buena memoria —respondió fríamente el oficial.

—Considerad ahora, señor —prosiguió el rey—, si tengo tales recuerdos de la infancia, los que puedo conservar en la edad de la razón.

—Vuestra Majestad ha sido ricamente dotado por Dios —dijo el oficial en igual tono.

—Veamos, señor de D'Artagnan —continuó Luis con una agitación febril—, ¿no seréis tan sufrido como yo? ¿No haréis lo que yo hago?

—¿Y qué hacéis, Majestad?

—Esperar.

—Vuestra Majestad puede hacerlo porque es joven, mas yo, señor, ¡ya no tengo tiempo para esperar! La vejez está a mi puerta y la muerte la sigue mirando hasta el fondo de mi casa. Vuestra Majestad comienza la vida, y está lleno de esperanza para el porvenir; pero, yo, estoy al otro lado del horizonte, y nos encontraremos tan lejos el uno del otro, que jamás tendré tiempo de esperar que Vuestra Majestad llegue hasta mí.

El rey dio una vuelta por la cámara; siempre enjugándose aquel sudor que hubiera espantado a los médicos, si éstos hubiesen podido ver al rey en semejante estado.

—Está bien, señor —dijo entonces Luis XIV con voz seca—. ¿Deseáis vuestro retiro?

Lo tendréis. ¿Me presentáis vuestra dimisión del grado de teniente de mosqueteros?

—La pongo muy humildemente a los pies de Vuestra Majestad.

—Basta. Decretaré vuestra pensión.

—Quedaré obligado a Vuestra Majestad.

—Caballero —dijo el rey haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo—, creo que perdéis un excelente amo.

—Estoy seguro de ello, Majestad.

—¿Encontraréis uno semejante?

—¡Oh! Vuestra Majestad es único en el mundo; no tomaré servicio por ningún, rey de la tierra, ni tendré más amo que yo.

—¿Eso decís?

—Lo prometo a Vuestra Majestad.

—Recojo esa palabra, caballero.

D'Artagnan se inclinó.

—Y ya sabéis que tengo buena memoria —prosiguió el rey.

—Sí, Majestad, aunque deseo que esa memoria os falte ahora, para que olvidéis las miserias que me he visto precisado a manifestar. Su Majestad está a tal altura sobre los pobres y los pequeños, que así lo espero.

—Mi Majestad, caballero, hará lo que el sol, que todo lo ve, grandes y chicos, ricos y miserables, dando brillo a uno; calor a otros, y a todos la vida. Adiós, señor de D'Artagnan, adiós, sois libre.

Y Luis, dando un ronco sollozo que se perdió en su garganta, pasó rápidamente a la cámara inmediata.

D'Artagnan tomó su sombrero de la mesa en que lo había arrojado, y salió.

Capítulo XV

El proscrito

Aún no había bajado del todo la escalera D'Artagnan, cuando el rey llamó a su gentilhombre.

—Tengo un encargo que daros, caballero —dijo.

—A las órdenes de Vuestra Majestad.

—Esperad.

Y el joven rey púsose a escribir la carta siguiente, que le costó más de un suspiro, aunque al mismo tiempo brillaba en sus ojos algo semejante al sentimiento del triunfo.

Señor cardenal:

Merced a vuestros consejos y a vuestra firmeza, he sabido vencer y domar una debilidad impropia de un rey. Habéis preparado demasiado hábilmente mi destino para que la gratitud no me detenga en el momento de destruir vuestra

obra. He comprendido que no tenía razón en querer desviar mi vida del camino que le habéis trazado. Ciertamente, hubiera sido una desgracia, para Francia y para mi familia, que se rompiese la unión entre mi ministro y yo.

Esto es, no obstante, lo que a no dudar hubiera acontecido de hacer esposa mía a vuestra sobrina. Comprendo muy bien mi destino, y de hoy más, nada opondré a su cumplimiento. Estoy, pues, dispuesto a casarme con la infanta María Teresa, y desde este momento podéis fijar la apertura de las conferencias.

Vuestro afectísimo,

LUIS.

El rey leyó la carta, y la selló por sí mismo.

—Esta carta para el señor cardenal —dijo.

Salió el gentilhombre. A la puerta del cuarto de Mazarino encontró a Bernouin que esperaba con ansiedad.

—¿Qué pasa? —preguntó el ayuda de cámara del ministro.

—Una carta para el cardenal —dijo el gentilhombre.

—¡Una carta! ¡Ah! Ya la esperábamos nosotros después del viaje de esta mañana.

—¡Ah! Sabíais que el rey...

—En calidad de primer ministro, está en los deberes de nuestro cargo saberlo todo. ¿Y Su Majestad pide, ruega, según presumo?

—Yo no sé, pero ha suspirado muchas veces mientras la escribía.

—Sí, sí, sí, sabemos lo que quiere decir eso. Se suspira de dicha como de pena, señor.

—Sin embargo, el rey no tenía aspecto de muy contento cuando volvió de su viaje.

—No lo habréis visto bien. Además, tampoco habéis visto al rey seno a la vuelta, pues que únicamente le acompañaba su teniente de guardias. Pero yo tenía el telescopio de Su. Eminencia, y miraba mientras él descansaba. Estoy cierto de que los dos lloraban.

—¡Y qué! ¿Lloraban también de felicidad?

—No, pero sí de amor, y se juraban mil ternezas que Su Majestad sólo pide cumplir. Esta carta es un principio de ejecución.

—¿Y qué piensa Su Eminencia de este amor, que no es un secreto para

nadie?

Bernouin cogió el brazo al mensajero de Luis, y al tiempo que subía la escalera:

—Confidencialmente —le dijo a media voz—, Su Eminencia espera buen éxito del asunto. Sé muy bien que tendremos guerra con España. Pero ¡bah!, la guerra contendrá a la nobleza. Su Eminencia, por otro lado, dotará regimiento, y aún más que regimiento, a su sobrina. Habrá dinero, fiestas y balazos, y todo el mundo estará contento.

—Bien, bien; pero me parece —dijo el gentilhombre encogiéndose de hombros— que esta carta es demasiado ligera para contener todo eso.

—Amigo —contestó Bernouin—, estoy seguro de lo que digo: todo me lo ha contado él señor de D'Artagnan.

—¡Bueno! ¿Y qué ha dicho? Veamos.

—Me he acercado a él —para adquirir noticias de parte del cardenal, se entiende, sin descubrir nuestros designios, porque el señor de D'Artagnan es un sabueso muy fino.

—«Apreciable Bernouin —me respondió—, el rey está loco enamorado de la señorita Mancini. Esto es todo lo que puedo decir».

¡Cómo! —le pregunté yo—. ¿Suponéis que eso llegue a tal punto que sea capaz de adelantarse a los intentos de Su Eminencia?

«¡Ah! No me preguntéis, yo creo al rey es capaz de todo. Tiene una cabeza de hierro, y lo que quiere, lo quiere tenazmente. Si le ha venido en talante casarse con la señorita Mancini, se casará». Enseguida me dejó, se fue a las cuadras tomó un caballo que ensilló él mismo, cabalgó y salió como si lo llevase el demonio.

—De suerte, que creéis... —Creo que el señor teniente de los guardias sabía algo más que no quería decir.

—Así, pues, el señor de D'Artagnan, en vuestra opinión...

—Corre, según todas las probabilidades, al lado de las desterradas, para dar los pasos útiles al éxito del amor de Su Majestad. Charlando de este modo negaron ambos confidentes a la puerta del cuarto del cardenal. Su Eminencia no tenía ya gota y paseaba impaciente por la cámara, escuchando por las puertas y mirando por las ventanas.

Bernouin entró seguido del gentilhombre, que tenía orden del rey de poner la carta en propias manos del cardenal. Mazarino cogió la carta; pero, antes de abrirla, compuso una sonrisa de circunstancias, aire cómodo para velar las emociones de cualquier género que fuesen. De esta forma, cualquiera que

fuese la impresión que recibiera de la carta, ningún reflejo de ella se manifestó en su semblante.

—Muy bien —dijo después de haber leído y releído la carta—; magnífico, caballero; anunciad al rey que le doy las gracias por su obediencia a los deseos de la reina madre, y que voy a hacer todo lo necesaria para que se cumpla su voluntad.

El gentilhombre salió. Apenas se cerró la puerta, Su Eminencia, que no tenía máscara para Bernouin; se arrancó aquélla con que momentáneamente se había cubierto el rostro, y con expresión más sombría:

—Llamad al señor de Brienne —ordenó.

El secretario entró cinco minutos después.

—Acabo de hacer un buen servicio a la monarquía —le dijo Mazarino—, el mayor que le he prestado en mi vida. Llevaréis esta carta que da fe de ello al cuarto de Su Majestad la reina madre, y cuando ésta os la devuelva, la pondréis en el cartón B, lleno de documentos y de piezas relativas a mis servicios.

Brienne salió, y tomó esta! carta tan importante estaba abierta, no dejó de leerla por el camino. Esto sin contar con que Bernouin, que estaba bien con todo el mundo, se aproximó lo bastante al secretario para poder leer por encima de su hombro. La noticia se extendió por el castillo con tanta rapidez, que Mazarino temió un momento que llegase a oídos de la reina antes que el señor de Brienne pusiese en sus manos la carta de Luis XIV: Un momento después estaban dadas todas las órdenes para la marcha, y el príncipe de Condé, habiendo ido a visitar al rey a la hora de levantarse, inscribió en su registro la ciudad de Poitiers como lugar de morada y descanso para Sus Majestades.

De este modo desanudábase en algunos instantes una intriga que había ocupado sordamente a todas las diplomacias de Europa. Y, sin embargo, sólo había tenido por resultado positivo hacer perder a un pobre teniente de mosqueteros su carrera y su fortuna. Verdad es que, en cambio, ganaba su libertad.

Pronto sabremos cómo el señor de D'Artagnan se sirvió de ella. De momento, si el lector nos lo permite volvamos a la hostería Los Médicis, una de cuyas ventanas se abría en el instante de darse las órdenes en el castillo para la marcha del rey.

Esta ventana que se abría, pertenecía a una de las habitaciones de Carlos. El infeliz príncipe había pasado la noche en insomnio, con la cabeza entre las manos y apoyados los codos sobre la mesa. Parry, entretanto, achacoso y viejo,

se había dormido en un rincón, cansado de cuerpo y de espíritu. ¡Singular destino del fiel servidor, que veía comenzar de nuevo en la segunda generación la terrible serie de desgracias que pesara sobre la primera! Cuando Carlos II hubo considerado extensamente la nueva derrota que acababa de sufrir; cuando hubo comprendido bien el aislamiento completo en que había caído, viendo escapar su nueva esperanza, fue acometido de vértigo y cayó pesado en el ancho sillón en que estaba sentado.

Entonces Dios tuvo piedad del infortunado príncipe y le envió el sueño, hermano inocente de la muerte.

Así durmió hasta las seis y media, esto es, cuando el sol resplandecía ya en su habitación, y cuando Parry, inmóvil por el temor de despertarle, consideraba con dolor profundo los ojos del joven enrojecidos por el insomnio, y sus mejillas ya pálidas, por los sufrimientos y privaciones.

Por último, el ruido de algunos carros, que bajaban hacia el Loira, despertó a Carlos. Se incorporó, miró en derredor suyo como hombre que todo lo ha olvidado, vio a Parry, estrechóle la mano y le mandó que pagase los gastos a maese Cropole. Maese Cropole, forzado a arreglar sus cuentas con Parry, se condujo, fuerza es decirlo, como persona de bien sólo hizo su advertencia acostumbrada, es decir, que los dos viajeros no habían comido, lo cual tenía la doble desventaja de ser humillante para su cocina y de obligarle a pedir el precio de una comida no empleada, y no obstante, pedida. Parry no encontró nada que decir y pagó.

—Espero —dijo el rey— que no habrá sucedido lo mismo con los caballos. Yo no veo en vuestra cuenta que hayan comido y sería una desgracia para viajeros que, como nosotros, tienen que hacer una larga jornada, encontrar debilitados los caballos.

A esta duda, maese Cropole tomó su aire, de majestad; y contestó que el establo de Los Médicis no era menos hospitalario que su comedor.

El rey montó a caballo, su antiguo servidor hizo otro tanto, y ambos tomaron el camino de París sin haber encontrado a casi nadie durante su tránsito por las calles y barrios de la ciudad.

Este golpe era para el príncipe tanto más terrible cuanto que era un nuevo destierro. Los desgraciados se adhieren a las menores esperanzas como los aventureros alas mayores felicidades, y cuando es necesario abandonar el lugar donde esas esperanzas han acariciado el corazón, experimenta el mortal disgusto que siente el desterrado cuando pone el pie en el barco que debe conducirle a su destierro. Esto consiste, aparentemente, en que el corazón, herido ya tantas veces, padece mucho al golpe más insignificante; que considera como un bien la ausencia momentánea del mal, que no es otra cosa

que la ausencia del dolor, que, en fin, en los más terribles infortunios, el cielo derrama la esperanza, como aquella gota de agua que el rico malo demandaba a Lázaro.

La esperanza de Carlos II no había sido más que una fugitiva alegría, al verse bien acogido por su hermano Luis. Entonces aquella esperanza había tomado cuerpo y convirtiéndose en realidad; pero, luego, de repente, la negativa del cardenal había hecho descender la realidad ficticia al estado de sueño. La promesa de Luis XIV, tan pronto destruida, no había sido más que una irrisión. Irrisión como su corona, como su cetro y como sus compañeros; como todo lo que había rodeado su regia infancia y abandonado su juventud proscrita. ¡Irrisión! Todo era irrisión para Carlos II, excepto ese reposo frío y negro que le prometía la muerte.

Estas eran las ideas del infortunado príncipe cuando, inclinado sobre su caballo, cuyas riendas, había abandonado, marchaba bajo el sol caliente y dulce del mes de mayo, en el cual la cruel misantropía del desterrado añadía un insulto más a su dolor.

Capítulo XVI

Remember!

Cierto jinete que pasaba rápidamente por el camino subiendo hacia Blois, de donde había salido una media hora antes, poco más o menos, cruzóse con los dos viajeros, saludándolos al pasar. Apenas puso el rey la atención en aquel joven, porque el tal jinete de que hablamos era un joven de veinticinco a veintiséis años, el cual volvía de vez en cuando y hacía demostraciones de amistad a un hombre que estaba de pie ante la verja de una casa, bella, blanca y roja, esto es, de piedra y ladrillo y con el techo de pizarra, situada a la izquierda del camino que llevaba el príncipe.

Este hombre, viejo, alto y cenceño, de blancos cabellos (hablamos del que permanecía junto a la verja); este hombre correspondía a las señas que le hacía el joven, con otros signos de despedida, tan tiernos como los hubiese hecho un padre. El joven concluyó por desaparecer en el primer recodo del camino, adornado de hermosos árboles, y el viejo se disponía ya para volver a casa, cuando llamaron su atención los dos viajeros que pasaban entonces por enfrente de la verja.

Ya hemos dicho que el rey marchaba con la cabeza inclinada, los brazos caídos, y dejando ir al paso y casi a su capricho el caballo que montaba. Parry en pos de él y para dejarse penetrar mejor por la tibia influencia del sol, se

había quitado el sombrero y paseaba sus miradas a derecha e izquierda del camino. Sus miradas topáronse con las de aquel viejo recostado en la verja, el cual, como si presenciase algún extraño espectáculo, prorrumpió en una exclamación y dio un paso hacia ambos viajeros.

Inmediatamente, pasaron los ojos desde Parry al rey, sobre el cual se fijaron un instante. Por rápido que fuese este examen, no dejó de reflejarse al momento y de manera visible en el semblante del anciano; porque apenas hubo reconocido al más joven de los viajeros, juntó primero las manos con respetuosa sorpresa y, alzando el sombrero de su cabeza, saludó tan profundamente que hubiérase dicho que se arrodillaba.

Por muy distraído, o más bien, por muy sumido que fuese el rey en sus reflexiones, aquella demostración no pudo menos de extrañarle.

¡Deteniendo Carlos su caballo y volviéndose a Parry!

—Dios mío —murmuró Parry—, ¿quién es ese hombre que me saluda de ese modo? ¿Me conocerá por ventura?

Parry, muy emocionado y pálido, había conducido su caballo hacia la verja.

—¡Ah, señor! —dijo deteniéndose de repente a cinco o seis pasos de distancia del anciano que proseguía de rodillas—. Me veis así tan asombrado, porque me parece que reconozco a este buen hombre. ¡Ah, sí! Es el mismo. ¿Permite Vuestra Majestad que le hable? ¿Por qué no?

—¿Sois vos, señor Grimaud? —preguntó Parry.

—Sí, yo soy —dijo el anciano levantándose, mas sin perder nada de su referente actitud.

—Señor —dijo entonces Parry—, no me había engañado, este hombre es el servidor del conde de la Fère, si os acordáis, es aquel dignísimo caballero de quien tantas veces he hablado a Vuestra Majestad, y cuyo recuerdo debe haber quedado, no sólo en su memoria, sino también en su corazón.

—¿Es quien asistió al rey mi padre en sus últimos instantes? —preguntó Carlos.

Y se estremeció visiblemente a este recuerdo.

—Justamente, señor.

—¡Ah! —exclamó Carlos.

Y dirigiéndose enseguida a Grimaud, cuyos ojos, vivos e inteligentes, parecían buscar y adivinar su pensamiento, le preguntó:

—Amigo mío, vuestro amo el conde de la Fère, ¿habita en estas cercanías?

—Aquí —respondió Grimaud señalando con el brazo extendido hacia atrás la verja de la casa blanca y roja.

—¿Y está en casa ahora el señor conde?

—Al fondo, bajo los castaños.

—Parry —dijo el rey—, no quiero perder esta ocasión tan propicia para mí de dar las gracias al caballero a quien mi casa debe tan raro ejemplo de generosidad y de sacrificio. Tened mi caballo, amigo mío, os lo suplico.

Y, poniendo la brida en manos de Grimaud, entró el rey solo en casa de Athos, como un igual en casa de su igual. Carlos comprendió aquella explicación tan concisa de Grimaud: «al fondo, bajo los castaños»; dejó, pues, la casa a la izquierda, y marchó recto hacía la avenida designada. La cosa era fácil; la cima de aquellos grandes árboles, cubiertos de hojas y de flores, sobrepujaba a la de todos los demás.

Al llegar a los rombos, unas veces luminosos, y otras, sombríos, que manchaban el suelo de esta calle de árboles, conforme a los caprichos de sus bóvedas más o menos frondosas; el príncipe distinguió a un caballero que se paseaba con los brazos en la espalda y que parecía sumido en tranquila reflexión. Sin duda alguna Carlos habíase imaginado muchas veces cómo era aquel caballero, porque sin vacilar lo más mínimo se fue derecho a él. Al ruido de sus pasos, el conde de la Fère levantó la cabeza, y viendo un desconocido de aspecto noble y elegante que se acercaba, levantó su sombrero de la cabeza y aguardó. A los pocos pasos de distancia, Carlos II se quitó el suyo, y como para responder a la muda interrogación:

—Señor conde —dijo—, vengo a cumplir con vos un deber. Hace mucho tiempo que tengo que expresaros mi reconocimiento profundo. Yo soy Carlos II, hijo de Carlos Estuardo, que reinó en Inglaterra y murió en el cadalso.

Al oír este nombre ilustre, Athos sintió correr frío por sus venas; mas a la vista de aquel joven príncipe, de pie y descubierto en su presencia, dos lágrimas vinieron a turbar el límpido azul de sus hermosos ojos.

Inclinóse respetuosamente; pero el príncipe le tomó la mano.

—Mirad si soy desdichado, señor conde —dijo Carlos—; ha sido menester que la casualidad me acerque a vos. ¡Ay! En lugar de tener a mi lado a las personas a quienes amo, me veo reducido a conservar sus servicios en mi corazón, y sus nombres en mi memoria, de tal modo, que a no ser por vuestro criado, que ha reconocido al mío, hubiera pasado por delante de vuestra puerta como por delante de la de un extraño.

—Es verdad —dijo Athos contestando con la voz a la primera parte de la frase del príncipe y con un saludo a la segunda—; es verdad; malos días ha

alcanzado Vuestra Majestad.

—Y los más malos, ¡ay! —respondió Carlos— están tal vez todavía por venir.

Esperemos; Majestad.

—¡Conde, conde! —continuó Carlos moviendo la cabeza—, he esperado hasta ayer noche, y os juro que esto era de buen cristiano.

Athos miró al rey como para preguntarle.

—La historia es fácil de contar —dijo Carlos II—; proscrito, despojado, desdeñado, me resolví, a pesar de todas mis repugnancias, a tentar por última vez la suerte. ¿No está escrito allá arriba que para nuestra familia toda ventura y desventura vendrá eternamente de Francia? Algo sabéis de esto, señor conde, vos, que sois uno de los franceses a quienes mi desdichado padre encontró al pie del cadalso el día de su muerte, después de haberlos encontrado a su derecha los días de batalla.

—Majestad —dijo humildemente Athos—, no estaba solo, y mis compañeros y yo cumplimos en aquella circunstancia con nuestro deber de caballeros y nada más. Pero Vuestra Majestad iba a hacerme el honor de referir...

—Es cierto. Yo tenía la protección... Perdonad que vacile, conde, mas, para un Estuardo, bien comprenderéis esto vos, que comprendéis todas las cosas: la palabra es dura de pronunciar. Tenía, digo, la protección de mi Primo el estatúder de Holanda; mas, sin la intervención, o al menos la autorización de Francia, el estatúder no quiere tomar la iniciativa. He venido a solicitar esta autorización al rey de Francia, y me la ha negado.

—¿El rey os la ha negado, señor? —Oh!, no; debo hacer justicia a mi hermano Luis; sino el señor Mazarino.

Athos mordióse los labios.

—¿Creéis tal vez que debía esperarme esa negativa? —dijo el rey, que había notado aquel movimiento.

—Ese era efectivamente mi pensamiento, señor —replicó respetuosamente el conde—; yo conozco muy a fondo a esa italiana.

—Entonces, me decidí a llevar las cosas al último extremo y saber al instante la última palabra de mi destino, y dije a mi hermano Luis, que, para no comprometer ni a Francia ni a Holanda, tentaría la suerte por mí mismo en persona, como ya lo he hecho, con doscientos caballeros si quería dármelos, o un millón si quería prestármelo.

—¿Y qué, señor?

—¡Qué...! En este instante siento una cosa extraña, que sin duda es la satisfacción de la desesperación. Hay en ciertas almas, y acabo de conocer que la mía es de este número, una satisfacción real en la seguridad de que todo está perdido, y que por fin ha llegado la hora de sucumbir.

—¡Oh! Espero —dijo Athos—, que Vuestra Majestad no ha llegado aún a tal extremo.

—Paga decirme eso, señor conde, y para pretender reanimar la esperanza de mi corazón, es preciso que no hayáis comprendido bien lo que acabo de deciros. He venido a Blois, conde, a fin de pedir a mi hermano Luis la limosna de un millón, con el cual tenía la esperanza de restablecer, mis asuntos; y mi hermano Luis me lo ha negado. Ya veis cómo todo está perdido.

—Vuestra Majestad me permitirá que le responda con un parecer contrario:

—¡Cómo! ¿Me conceptuáis un talento tan vulgar que no sepa comprender mi posición?

—Señor, siempre he visto que en las posiciones desesperadas es cuando estallan de repente los grandes cambios de fortuna.

—Gracias, conde; es muy consolador encontrar corazones como el vuestro; es decir; bastante confiados en Dios y en la monarquía, para no desconfiar nunca de una fortuna regia por muy bajo que haya caído. Desgraciadamente, vuestras palabras, querido conde, son como esos remedios que se llaman soberanos, y qué, sin embargo, no pudiendo curar más que las llagas curables, estréllanse contra la muerte. Gracias por vuestra perseverancia en consolarme, conde; gracias por vuestro recuerdo; Pero ya sé a qué atenerme en este pinto. Nada me salvará ya. Estoy tan persuadido de ello, amigo; mío, que tomaba el camino del destierro con mi viejo Parry, y volvía a saborear mis punzantes dolores en ese mísero retiro que me ofrece Holanda. ¡Allí, creedme, conde, todo terminará muy pronto, pues vendrá la muerte a Pasos acelerados, tantas veces llamada por este cuerpo que roe al alma, y por esta alma que aspira a los cielos!

—Vuestra Majestad tiene madre, una hermana y hermanos; Vuestra Majestad es el jefe de la familia y debe pedir al cielo una larga vida, en vez de una próxima muerte. Vuestra Majestad está proscrito y fugitivo; pero tiene un derecho, y debe aspirar a los combates y a los peligros, y no al descanso del cielo.

—Conde —dijo Carlos II con una sonrisa de indefinible angustia—: ¿habéis oído decir jamás que un rey haya reconquistado su reino con un servidor de la edad de Parry, y trescientos escudos que ese servidor tiene en su bolsa?

—No, señor; pero he oído decir, y más de una vez, que un monarca destronado ha reconquistado su monarquía con voluntad enérgica, perseverancia, amigos, y un millón de francos hábilmente empleados.

—¿Entonces no me habéis comprendido? Ese millón lo he pedido a mi hermano Luis, y no lo he conseguido.

—Señor —dijo Athos—, ¿me concede Vuestra Majestad unos momentos todavía, para escuchar lo que me resta por decir?

Carlos II miró fijamente a Athos.

—De buen grado, caballero —dijo.

—Entonces, voy a enseñar a Vuestra Majestad el camino —repuso el conde dirigiéndose hacia la casa. Y condujo al monarca a su gabinete, donde le hizo sentar.

—Señor —le dijo—, ahora poco me ha dicho Vuestra Majestad, que en el estado en que se hallan las cosas en Inglaterra le bastaría un millón para reconquistar su trono.

—Para intentarlo al menos, y para morir como rey si no lo alcanzaba.

—Pues bien, señor, tenga a bien Vuestra Majestad escuchar lo que me resta por decir, según la promesa que me ha hecho.

Carlos dio su asentimiento, Athos se fue derecho a la puerta, cuyo cerrojo corrió, después de haber mirado si alguna persona escuchaba en los alrededores.

—Señor —dijo volviéndose—, Vuestra Majestad ha tenido a bien acordarse que yo asistí al muy noble y desgraciado Carlos I, cuando sus verdugos le conducían desde Saint-James a White Hall.

—Sí, me he acordado, y nunca me olvidaré.

—Historia fúnebre de amargo recuerdo es ésta para un hijo que sin duda se la ha hecho ya contar muchas veces; mas, sin embargo, debo volver a contárosla sin omitir detalle.

—Hablad, caballero.

—Cuando el rey vuestro padre subió al patíbulo, mejor dicho, cuando pasó desde su cámara al patíbulo alzado fuera de su ventana, todo estaba preparado para su fuga. El verdugo habíase alejado, un agujero estaba practicado en el pavimento de su habitación, y yo mismo estaba debajo del fúnebre tablado, que de pronto oí cruzar bajo sus pasos...

—Parry me ha contado esos terribles detalles, señor.

Athos se inclinó y continuó:

—He aquí lo que no ha podido contaros, porque lo que sigue sucedió entre Dios, vuestro padre y yo, y jamás hice esta revelación, ni aun a mis más íntimos amigos: «Apártate, dijo la augusta víctima al verdugo enmascarado, déjame por un instante, pues ya sé que te pertenezco; mas ten cuidado de no herirme hasta que yo dé la señal, porque deseo hacer libremente mis oraciones».

—Perdonadme —dijo, Carlos II palideciendo—, pero vos, conde, que sabéis tantos pormenores de este funesto acontecimiento, pormenores que, como decíais ahora mismo, no han sido revelados a nadie, ¿sabéis el nombre de ese verdugo infernal, de ese cobarde que ocultó, su rostro para asesinar impunemente a un...?

Athos también palideció ligeramente.

—¿Su nombre? —dijo—. Sí, lo sé, pero no puedo manifestarlo.

—¿Y qué ha sido de él...? Porque nadie en Inglaterra ha conocido su destino.

—Ha muerto.

—Pero ¿no en su lecho, no de una muerte natural y dulce; no de la muerte de los hombres honrados?

—Ha muerto de muerte violenta en una noche terrible, entre la cólera de los hombres y la tempestad de Dios. Su cuerpo, herido de una puñalada, rodó por las profundidades del Océano. ¡Dios perdone a su matador!

—Entonces, adelante —dijo Carlos II, que comprendió que el conde no quería decir más.

—El rey de Inglaterra, después de haber hablado, como he dicho, al verdugo enmascarado, añadió: «No me herirás, óyelo bien, hasta que yo extienda los brazos diciendo: ¡Remember!».

—En efecto —dijo Carlos con voz sorda—, sé que esa fue la última palabra que pronunció mi desdichado padre. Pero ¿con qué objeto y para quién?

—Para el caballero francés que estaba debajo del cadalso.

—¿Para vos, señor?

—Sí, Majestad; cada una de las palabras que entonces pronunció encima de las tablas del patíbulo, cubiertas con un paño negro, resuenan todavía en mis oídos. El rey puso entonces una rodilla en tierra: «Conde de la Fère», dijo, «¿estáis ahí?». «Sí, Majestad», contesté yo. Entonces se inclinó el rey.

También Carlos II, palpitante de interés y de ardiente dolor, se inclinó hacia Athos para recoger una a una, las palabras que dijese el conde. Su cabeza tocaba con la de Athos.

—Entonces —continuó el conde—, se inclinó el rey. «Conde de la Fère, dijo, no he podido ser salvado por vos; no debía serlo. Ahora, oíd, aunque tenga que cometer un sacrilegio. Sí, he hablado a los hombres; sí, he hablado a Dios, y os he hablado a vos el último. Para sostener una causa que creía sagrada, he perdido el trono de mis padres y gastado la herencia de mis hijos».

Carlos II ocultó la cara entre las manos, y una lágrima ardiente se deslizó por entre sus dedos blancos y delgados.

—«Me queda un millón en oro, prosiguió el rey, que enterré en los subterráneos del castillo de Newcastle en el momento en que, salí de esta ciudad».

Carlos levantó la cabeza con expresión de dolorosa alegría, que hubiera arrancado sollozos a cualquiera que conociese su inmenso infortunio.

—¡Un millón! —exclamó—. ¡Oh, conde!

—«Vos sólo sabéis que existe este dinero, y haréis uso de él cuando creáis que es tiempo para el mayor bien de mi hijo primogénito. Y ahora, conde de la Fère, decidme adiós». «¡Adiós, adiós, Majestad!», grité yo.

Carlos II se incorporó, y fue a apoyar su ardiente frente en la ventana.

—Entonces fue —continuó Athos— cuando el rey dijo la palabra Remember, dirigida a mí. Ya, veis, señor, que me he acordado.

El rey no pudo resistir a su emoción. Athos advirtió el movimiento de sus hombros, que ondulaban convulsivamente, y oyó los sollozos que al pasar desgarraban su pecho. El mismo guardó silencio, sofocado por el cúmulo de recuerdos que había despertado en aquella regia cabeza.

Carlos II, con violento esfuerzo, se alejó de la ventana devorando sus lágrimas, y volvió a sentarle al lado de Athos.

—Señor —dijo éste—, hasta hoy había creído que aún no había llegado el momento de emplear ese último recurso; pero con los ojos fijos en Inglaterra conocía que se acercaba. Mañana iba a informarme en qué sitio del mundo estaba Vuestra Majestad, para ir en su busca; Vuestra Majestad viene a mí, y esto es una indicación de que el cielo está con nosotros.

—Señor —dijo Carlos con voz aún más alterada por la emoción—, sois para mí lo que hubiera sido un ángel enviado por Dios: sois mi salvador, salida de la tumba misma de mi padre; mas, creedme, después de diez años que las guerras civiles han agitado a mi país, destruyendo a los hombres y socavando

el suelo, no es probable que haya quedado oro en las entrañas de mi tierra, como no ha quedado amor en los corazones de mis súbditos.

—Señor, el lugar en que Su Majestad sepultó el millón lo conozco perfectamente, y estoy seguro que nadie ha podido descubrirlo. Además, el castillo de Newcastle ¿está acaso enteramente arruinado? ¿Lo han demolido, piedra por piedra, y desarraigado del suelo hasta la última fibra?

—No, aún está en pie; pero en este momento lo ocupa y está acampado en él el general Monk. Ya lo veis, el único lugar donde me espera un auxilio, o donde poseo un recurso está invadido por mis enemigos.

—El general Monk, Majestad, no puede haber descubierto el tesoro de que os hablo.

—Sí; pero ¿he de ir a entregarme a Monk para recobrar ese tesoro? ¡Ah! Ya lo veis, conde; es preciso acabar con el destino, pues me echa por tierra cada vez que me levanto. ¿Qué debo hacer, con Parry por único servidor, con Parry, a quien Monk ya ha arrojado de su presencia? No, no, conde, aceptemos este último golpe.

—Lo que Vuestra Majestad no puede hacer, lo que Parry no puede hacer, ¿suponéis que yo pueda conseguirlo?

—¡Vos, conde! ¿Iríais vos?

—Si así place a Vuestra Majestad —dijo Athos saludando al rey—, sí, iré señor.

—¡Vos tan feliz aquí, conde!

—Jamás soy dichoso, señor, cuando me queda un deber que cumplir, y es un deber supremo que me ha legado vuestro padre velar por vuestra fortuna y hacer uso regio de su dinero. Hágame Vuestra Majestad una indicación y parto a su lado.

—¡Ah, caballero, caballero! —dijo Carlos olvidando toda etiqueta real y arrojándose al cuello de Athos—. Me demostráis que existe un Dios en los cielos, y que este Dios envía a veces mensajeros a los desgraciados que gimen en la tierra Athos, muy conmovido por el entusiasmo del joven príncipe, le dio las gracias con respeto profundo; y se acercó a la ventana Grimaud —dijo—, mis caballos.

—¡Cómo! ¿Así, de pronto? —dijo el rey—. ¡Ah! Señor, sois, en verdad; un hombre maravilloso.

—Señor —dijo Athos—; no, para mí no hay nada más apremiante que el servicio de Vuestra Majestad. Por otra parte —añadió sonriendo—, es una costumbre contraída hace mucho tiempo al servicio de la reina, vuestra tía, y

del monarca, vuestro padre. ¿Cómo había de perderla precisamente en el momento en que se trata del servicio de Vuestra Majestad?

—¡Qué hombre! —murmuró el rey.

Y añadió, tras un instante de reflexión:

—No, conde, yo no puedo exponeros a semejantes privaciones. No tengo nada para recompensar semejantes servicios.

—¡Bah! —dijo Athos riendo—. Vuestra Majestad se burla, porque tiene un millón.

—¡Ah, que yo fuese rico siquiera en la mitad de esa suma, señor! Ya hubiera levantado un regimiento. Pero a Dios gracias, aún me quedan algunos rollos de oro y algunos diamantes de familia. Espero que Vuestra Majestad se dignara partirlos con un servidor decidido.

—Con un amigo, conde, mas con la condición de que este amigo partirá conmigo más tarde.

—Señor —dijo Athos abriendo una cajita, de la que sacó el oro y las alhajas, ved cómo ahora somos bastante ricos. Felizmente, seremos cuatro contra los ladrones. La alegría hizo afluir la sangre a las pálidas mejillas de Carlos II. Enseguida vio aproximarse al peristilo dos caballos de Athos conducidos por Grimaud, que ya estaba calzado para el camino.

—Blaisois, esta carta para el vizconde de Bragelonne. Para todo el mundo he ido a París. Os ruego cuidéis de la casa, Blaisois.

Éste se inclinó, abrazó a Grimaud y cerró la ventana.

Capítulo XVII

Búscase a Aramis y sólo se encuentra a Bazin

No habían pasado dos horas desde la marcha del amo de la casa; quien a la vista de Blaisois había tomado el camino de París cuando un jinete montado en un buen caballo pío paróse delante de la verja, y un ¡hola! sonoro llamó a los palafreneros que aún hacían corro con los jardineros alrededor de Blaisois, historiador ordinario de la gente de librea del castillo. Este ¡hola!, conocido, indudablemente, de maese Blaisois, le hizo volver la cabeza, y exclamar:

—¡Señor de D'Artagnan...! ¡Corred pronto vosotros, y abridle la puerta!

Un grupo de ocho mocetones corrió a la verja, la cual fue abierta como si hubiera sido de plumas, y todos se deshacían en cumplimientos porque sabían

la acogida que el amo solía hacer a este amigo.

—¡Ah! —dijo sonriente D'Artagnan, que se balanceaba sobre el estribo para saltar en tierra—. ¿Dónde está ese querido conde?

—¡Ay, señor, cuánta es vuestra desgracia —exclamó Blaisois—, y cuál será también la pena del señor conde, nuestro amo, cuando sepa vuestra llegada! Por una casualidad, acaba de marchar hace dos horas.

D'Artagnan no se apuró por tan poca cosa.

—Bueno —dijo—, veo que siempre hablas con la mayor corrección del mundo; vaya, me darás una lección de gramática y de buen lenguaje; mientras espero el regreso de tu amo.

—Imposible, señor —dijo Blaisois—, tendríais que aguardar mucho tiempo.

—¿No volverá hoy?

—Ni mañana, señor, ni pasado mañana; el señor conde ha salido para hacer un viaje.

—¡Un viaje! —dijo D'Artagnan asombrado.

—¿Me cuentas un cuento?

—Señor, es la pura verdad. El conde me ha hecho el honor de confiarme la casa, añadiendo con su voz de autoridad y de dulzura: «Dirás que he ido a París».

—Entonces, bueno —exclamó D'Artagnan—, puesto que camina hacia París; ya tengo todo lo que deseaba saber; por allí debiste comenzar, tonto... ¿Lleva dos horas de delantera?

—Sí, señor.

—Pronto le habré alcanzado. ¿Va solo?

—No, señor.

—¿Quién va con él?

Un caballero a quien desconozco; un anciano y el señor Grimaud.

—Todos juntos no correrán tanto como yo... Me voy.

—¿Queréis escucharme un momento? —dijo Blaisois apoyándose blandamente en las riendas del caballo:

—Sí; procura ser breve.

—Pues bien, señor, esa palabra de París me parece una añagaza.

—¡Oh! —dijo D'Artagnan—. ¿Una añagaza?

—Sí, señor, y juraría que el señor conde no va a París.

—¿Qué te hace creer eso?

—Lo siguiente: el señor Grimaud sabe siempre dónde va nuestro amo, y me tenía prometido que la primera vez que fuera a París llevaría consigo algún dinero para mi mujer.

—¡Ah! ¿Tienes mujer?

—Tenía una de esta tierra; pero el amo la encontraba picotera y yo la he enviado a París; esto es incómodo a veces; pero muy agradable en otras.

—Entiendo, pero termina: ¿no crees que él conde vaya a París?

—No, señor, porque entonces el señor Grimaud hubiera faltado a su palabra, lo cual es imposible. Lo cual es imposible —repitió D'Artagnan, porque estaba convencido del todo—. Vaya, buen Blaisois, gracias.

Blaisois se inclinó.

—Vamos, tú sabes que no soy curioso... He de tratar precisamente con tu amo... No quieres por una palabrita siquiera... tú, que hablas tan bien, hacedme comprender. Una sílaba sola... y yo adivinaré lo demás.

—Mi palabra, señor, que no puedo... Ignoro el objeto del viaje de mi amo... En cuanto a escuchar por las puertas, es cosa que me repugna, y además está prohibido aquí.

—Amigo —dijo D'Artagnan—, mal principio es éste para mí; pero no importa. ¿Sabes al menos cuándo volverá el conde?

—Lo mismo, señor, que su destino.

—Vamos; Blaisois, investiga. ¿Dudáis sin duda de mi sinceridad? ¡Ah! Me disgustáis mucho; señor.

¡Lleve el diablo tu dorada lengua! —exclamó D'Artagnan—. ¡Más vale un palurdo con decir una sola palabra! ¡Adiós!

—Señor, tengo el honor de ofreceros mis respetos.

—¡Galopín! —murmuró D'Artagnan—. Sí, el tuno es insoportable. Echó la última ojeada a la casa, volvió bridas al caballo, y partió como hombre que nada tiene en su alma de enfadoso o embarazado.

Cuando llegó al extremo del muro, y cuando nadie podía verle.

—Vamos a cuentas —dijo respirando bruscamente—. ¿Athos se halla en casa...? No... Todos esos haraganes que he visto cruzados de brazos en el

patio hubieran estado trabajando si el amo pudiera verlos. ¡Athos de viaje...! ¡Es incomprensible! ¡Bah! Esto es un misterio del diablo... Y luego, no... no es éste el hombre que necesito. No, necesito una inteligencia astuta y paciente. Mi asunto está en Melun, en cierta vicaría que yo conozco. ¡Cuarenta y cinco leguas! ¡Cuatro días y medio! Vamos, es necesario y soy libre. Traguemos la distancia.

Y puso su caballo al trote, dirigiéndose hacia París. Al cuarto día llegaba a Melun.

D'Artagnan tenía por costumbre no preguntar nunca a nadie el camino que debía llevar o sus señas. Para esta clase de datos, a menos de un error muy grave, se fiaba en su perspicacia nunca desmentida, en una experiencia de treinta años, y en una gran costumbre de leer en la fisonomía de las cosas lo mismo que en las de los hombres.

D'Artagnan encontró al instante la vicaría, casa encantadora, de yeso barnizado y ladrillos rojos, con cepas vírgenes que enredábanse a lo largo de unas estacas, y una cruz de piedra esculpida, clavada en la cúspide del tejado. Dula sala baja de esta casa salía un ruido; o más bien un murmullo de voces, cómo el canto de los pajarillos cuando la nidada acaba de salir a luz. Una de estas voces pronunciaba distintamente las letras del alfabeto. Otra voz, estropajosa y aflautada a la vez, sermoneaba a los bulliciosos y corregía las faltas del lector.

D'Artagnan reconoció esta voz, y como estaba abierta la ventana de la sala baja, se inclinó sin desmontarse del caballo bajo los pámpanos y briznas doradas de la vid, y dijo:

—Bazin, querido Bazin, buenos días.

Un hombre de baja estatura, gordo, de aplastado rostro, con cráneo de cabellos grises, recortados en forma de tonsura, cubierta la cabeza con un solideo de terciopelo verde, se levantó en el instante en que oyó a D'Artagnan. No se levantó hablando más exactamente, sino saltó. Bazin saltó efectivamente, dejando caer la silla baja en que estaba sentado, a la cual quisieron levantar los chicos con más ruidosas y agitadas, batallas que las de los griegos, cuando quisieron arrebatar a los troyanos el cuerpo de Patroclo; Bazin hizo más que saltar, puesto que dejó caer la cartilla y la palmeta que tenía en las manos.

—¡Vos! —dijo—: ¡Vos, señor de D'Artagnan!

—Sí, yo. ¿Dónde está Aramis..., el caballero de Herblay...; no, tampoco, el señor vicario general?

—¡Ah! Señor —dijo Bazin con dignidad—, monseñor está en su diócesis.

—¿Cómo? —exclamó D'Artagnan. Bazin repitió su frase.

—¡Cómo es eso! ¿Aramis tiene diócesis?

—Sí, señor. ¿Cómo no? ¿Luego es obispo?

—Pero ¿de dónde salís —dijo Bazin con bastante irreverencia—, que ignoráis esto?

—Amigo Bazin; nosotros, los paganos, nosotros, las gentes de armas, sabemos muy bien que un hombre sea coronel, general, o mariscal de Francia, pero que sea obispo, arzobispo o papa... ¡el demonio me lleve si la noticia llega a nosotros antes que las tres cuartas partes de la tierra hayan hecho su agosto de ella!

¡Chito! ¡Chito! —dijo Bazin con ojos tamaños—. No me echéis a perder a estos muchachos, a quienes trato de inculcar buenos principios.

Los niños, en efecto, habían hecho corto alrededor de D'Artagnan, admirando su caballo, su larga espada, sus espuelas y su aire marcial: Sobre todo, admiraban su robusta voz, de suerte que, cuando acentuó su peculiar juramento, toda la escuela gritó: «¡el demonio me lleve!», tal estrépito horrible de risas y pataleo que colmó de gusto al mosquetero e hizo perder la cabeza al viejo pedagogo.

—¡A callar! —gritó—. ¡Silencio, chiquillos! No habéis hecho más que llegar, señor de D'Artagnan, y todos mis buenos principios volaron... En fin, como de costumbre, siempre está el desorden con vos... ¡Babel ha parecido! ¡Ah! ¡Buen Dios! ¡Los endemoniados!

Y el digno Bazin aplicaba a derecha e izquierda cachetes que redoblaban los gritos de los escolares, haciéndoles variar de naturaleza.

—Por lo menos —dijo—, ya no pervertiréis aquí a nadie.

—¿Eso crees? —dijo D'Artagnan con sonrisa que produjo escalofrío en Bazin.

—Es capaz de ello —murmuró, ¿Dónde está la diócesis de tu amo?

Monseñor Renato es obispo de Vannes.

—¿Quién le ha hecho obispo?

—El señor superintendente, nuestro vecino.

—¿El señor Fouquet?

—Sí, señor.

—¿Por lo tanto, Aramis está bien con él?

—Monseñor predicaba todos los domingos en casa del señor superintendente en Vaux, y después charlaban juntos.

—¡Ah!

—Y Su Eminencia trabajaba muchas veces sus homilías, no, quiero decir, sus sermones, con el señor superintendente.

—¡Bah! Pues, qué, ¿predica en verso ese dignísimo obispo? ¡Señor, no os moféis de las cosas religiosas, por el amor de Dios! Bueno, Bazin, bueno. De suerte que Aramis está en Vannes.

—En Vannes, en Bretaña. Eres un socarrón, Bazin: eso no es cierto.

—Señor, mirad: las habitaciones de la vicaría están vacías. Tienes razón —dijo D'Artagnan examinando la casa; cuyo aspecto anunciaba la soledad.

—Pero Su Eminencia ha debido escribiros su promoción.

—¿De cuándo data?

—De ha un mes.

—¡Oh! Entonces no hay tiempo perdido. Aramis puede no haber tenido aún necesidad de mí. Pero, veamos, Bazin, ¿por qué no has seguido a tu pastor?

—Señor, no puedo, tengo obligaciones.

—¿Tu alfabeto?

—Mis penitentes.

—¿Cómo? ¿Tú confiesas? ¿Eres tal vez sacerdote?

—Como lo decís. ¡Tengo tanta vocación!

—Pero ¿y las órdenes?

—¡Oh! —dijo Bazin con aplomo—. Ahora que Su Eminencia es obispo tendré al instante las órdenes; cuando menos las dispensas. Y se frotó las manos.

—Indudablemente —dijo para sí D'Artagnan—. No hay medio de sacar a esta gente de su tema. Hazme servir, Bazin.

—Al instante, señor.

—Un pollo, una taza de caldo y una botella de vino:

—Hoy es viernes, día de vigilia —observó Bazin.

—Yo tengo dispensa —dijo D'Artagnan.

Bazin lo miró con aire receloso.

—¡Hola! Señor camándulas, ¿por quién me tomas? —exclamó el mosquetero—. Si tú, que eres el criado, aguardas dispensas para cometer un crimen; ¿no tendré yo amigo del obispo, dispensa para comer según los deseos de mi estómago? Bazin sé bondadoso conmigo, o por Cristo que me quejo al rey y no confesarás jamás. Ya sabes que el nombramiento de los obispos corresponde al rey. Yo tengo al rey de mi parte, y soy el más fuerte.

Bazin sonrió hipócritamente.

—¡Oh! Pero nosotros tenemos a señor superintendente —dijo.

—¿Luego te burlas del rey? —le preguntó D'Artagnan.

—Nada —replicó Bazin.

—Su sonrisa era bastante elocuente.

—Mi comida —dijo D'Artagnan—, que ya es tarde.

Bazin mandó al mayor de sus escolares que fuese a avisar a la cocinera. Entretanto observaba D'Artagnan la vicaría.

—¡Bah! —dijo desdeñosamente—. Monseñor alojaba aquí bastante oral a Su Ilustrísima.

—Tenemos el palacio de Vaux —dijo Bazin.

—Que vale tal vez tanto como el Louvre —replico D'Artagnan chanceándose.

—Que vale más —respondió Bazin con la mayor sangre fría del mundo.

—¡Ah! —murmuró D'Artagnan. Quizá iba a prolongar la discusión y a sostener la supremacía del Louvre, cuando advirtió que su caballo permanecía atado a los barrotes de una puerta.

—¡Pardiez! —dijo—. Haz que cuiden de mi caballo. Tu amo, el obispo, no tiene otro igual en su caballeriza.

Bazin echó una mirada oblicua al caballo y respondió:

—El superintendente le ha dado cuatro de sus cuadras; y uno solo de esos cuatro vale otros cuatro como el vuestro.

La sangre subió al rostro de D'Artagnan. Levantó la mano y contempló sobre la cabeza de Bazin el sitio en que iba a caer su puro. Pero pasó al instante su ira; la reflexión vino y se contentó con decir:

—¡Diantre! Bien he hecho en dejar el servicio del rey. Dime, Bazin, ¿cuántos mosqueteros tiene el superintendente?

—Con su dinero tendrá todos los del reino —contestó Bazin— cerrando el

libro y despidiendo a los escolares a disciplinazos.

—¡Diantre, diantre! —dijo otra vez D'Artagnan.

Y como le anunciaron que estaba servida la mesa, siguió a la cocinera que le introdujo en el comedor.

D'Artagnan se sentó a la mesa y atacó con valor al pollo.

—Creo —dijo hincando el diente en el ave que le habían servido y que visiblemente habían olvidado engrasar—, creo yo que he hecho real en no haber ido al momento en busca de la comida a casa de ese señor, pues a lo qué parece debe ser poderoso el tal superintendente. En verdad que no sabemos nada nosotros allá en la Corte, y los rayos del sol nos impiden divisar grandes estrellas que son también soles, aunque un poco más apartados de nuestra tierra; única diferencia que existe.

Como D'Artagnan gustaba mucho, por placer y por costumbre, de hacer charlas a la gente sobre las cosas que le interesaban, se despachó a su gusto con maese Bazin. Pero fuera del elogio fatigante e hiperbólico del señor superintendente de Hacienda, Bazin, que por su parte estaba prevenido, no contestó más que simplezas a la curiosidad de D'Artagnan; lo cual hizo que éste, de bastante mal humor, pidiese ir a acostarse en cuanto acabó de comer.

D'Artagnan fue introducido por Bazin en un aposento bastante mediano, donde encontró una cama bastante mala, pero el mosquetero no era delicado. Le habían dicho que Aramis se había llevado las llaves de su aposento; y como sabía que Aramis era hombre ordenado y que, generalmente; tenía muchas cosas que ocultar en su habitación, no le sorprendió nada la noticia. Así es que, aun cuando le hubiera parecido mucho más dura, atacó a la cama tan bravamente como había atacado al pollo, y como sentía tan buen sueño como buen apetito, no tardó en dormirse que el que gastara en chupar el último hueso del asado.

Desde que ya no prestaba servicio a nadie, D'Artagnan se había prometido tener el sueño tan pesado como ligero fue en otro tiempo; pero de tan buena fe, que aunque D'Artagnan quisiera cumplir con su promesa religiosamente, despertóse a media noche por el gran ruido de una carroza y de lacayos a caballo. Una iluminación repentina invadió las paredes de la sala, y saltó del lecho en camisa corriendo a la ventana.

—¿Será que regresa el rey por ventura? —pensó restregándose los ojos—. Porque a la verdad, esta comitiva sólo puede pertenecer a una persona real.

—¡Viva el señor superintendente! prorrumpió, o más bien vociferó desde una ventana del piso baja, una voz que reconoció como la de Bazin, que al gritar agitaba con una mano un pañuelo y sostenía una lamparilla en la otra.

D'Artagnan divisó entonces una cosa, como una brillante forma humana, que se inclinaba en la portezuela de la carroza; al mismo tiempo, grandes carcajadas, de risa suscitada, sin duda, por la rara figura de Bazin; y que, salían del mismo carruaje, dejaban como un rastro de alegría por donde pasaba el séquito.

—Bien he debido conocer que no es ésta Su Majestad; no se ríe nadie de tan buena gana croando el rey pasa.

—¡Eh, Bazin! —gritó a su vecino, que sacaba las tres cuartas partes del cuerpo fuera de la ventana para ver por más tiempo a la carroza—. ¡Es! ¿Qué es eso?

—Es el señor Fouquet —dijo Bazin con a aire protector.

—¿Y toda esta gente?

—Es la corte del señor Fouquet.

—¡Oh! —dijo D'Artagnan—. ¿Qué pensaría el señor Mazarino, si oyese esto?

Y volvió a acostarse muy pensativo, preguntándose cómo era que Aramis fuera siempre protegido por el más poderoso del reino.

—¿Será que tiene más habilidad que yo, o que yo soy más tonto que, el? ¡Bah!

Esta era la palabra con cuyo auxilio D'Artagnan, hecho un sabio, terminaba cada pensamiento y cada período de su estilo. En otro tiempo decía ¡pardiez!, lo cual era un espolazo; pero ahora, ya había madurado, y murmuraba ese ¡bah! filosófico que sirve de brida a todas las pasiones.

Capítulo XVIII

D'Artagnan busca a Porthos y sólo haya a Mosquetón

Cuando D'Artagnan estuvo bastante persuadido de que la ausencia del señor vicario general era positiva, y de que no podía encontrar a su amigo ni en Melun ni en sus cercanías, dejó a Bazin sin disgusto, dirigió, una ojeada burlesca al magnífico castillo de Vaux, que comenzaba a brillar con aquel esplendor que causó su ruina, y pellizcándose los labios como quien está lleno de desconfianza y de sospechas, aguijoneó a su caballo pío diciendo:

—Vamos, vamos, no es aquí, si no en Pierrefonds, donde encontraré el hombre mejor y el mejor cofre. No necesito más que esto, puesto que ya tengo

la idea.

Haremos gracia al lector de los incidentes prosaicos del viaje de D'Artagnan, que llegó a Pierrefonds en la mañana del tercer día. D'Artagnan llegaba por el camino de Nanteuil-le-Hardouin y Crécy, y divisó desde lejos el castillo de Luis de Orléans que, convertido en propiedad de la Corona, estaba guardado por un anciano conserje. Era una de esas grandiosas fortalezas de la Edad Media, con murallas de veinte pies de espesor y torres de cien pies de altura.

D'Artagnan costeo esas murallas, midió con la vista sus torres y bajó al valle. Desde lejos dominaba el castillo de Porthos, situado a orillas de un inmenso estanque, y lindando con un hermoso bosque. Es el mismo que ya hemos tenido el gusto de describir a nuestros lectores, por lo cual nos contentaremos con indicarlo. Lo primero que distinguió D'Artagnan después de los hermosos árboles; después del sol de mayo que doraba los verdes ribazos, y después de los magníficos árboles.

Los pinos que se extendían hacia el Compiègne, fue una enorme caja con ruedas, conducida por dos lacayos y arrastrada por otros dos. En esta caja encontrábase una cosa inmensa, verde y dorada, que medía, conforme iba arrastrando, las risueñas alamedas del parque. Aquella cosa imprecisable no representaba absolutamente nada; desde muy cerca era un tonel cubierto de paño verde galoneado; desde más cerca aún era un hombre extremadamente obeso, cuya extremidad inferior llenaba toda la caja; y todavía desde más cerca, este hombre era Mosquetón, Mosquetón, blanco de cabellos y rojo de cara, como Pulcinella.

—¡Pardiez! —exclamó D'Artagnan—. ¡Este es el señor Mosquetón!

—¡Ah...! —gritó el hombre gordo—. ¡Ah! ¡Qué suerte! ¡Qué alegría! ¡El señor de D'Artagnan...! ¡Parad, tunos!

Estas últimas palabras iban dirigidas a los lacayos que le conducían.

La caja paró, y los lacayos, con precisión puramente militar, se quitaron a un tiempo sus sombreros galoneados y se alinearon detrás de la caja.

—¡Oh, señor dé D'Artagnan! —exclamó Mosquetón—. ¡Que no pueda yo abrazaros, las rodillas! Pero, como veis, me he vuelto impotente.

—¡Diantre! Amigo Mosquetón, es la edad.

—¡No, señor, no es la edad; son los achaques, las penas!

—¡Las penas, Mosquetón! —murmuró D'Artagnan dando vuelta a la caja—. ¿Estáis loco, querido amigo? A Dios gracias, os conserváis como una encina de trescientos años.

—¡Ah! Las piernas, señor, ¡las piernas! —dijo el buen servidor.

—¿Cómo las piernas?

—Sí, ya no quieren llevarme.

—¡Ingratas! Sin embargo, bien las alimentáis, Mosquetón, según parece.

—¡Ay, sí! Nada tienen que echarme en cara sobre ese punto —dijo Mosquetón con un suspiro—; siempre hice cuanto pude por mi cuerpo; no soy egoísta.

Y suspiró de nuevo.

—¡Es que Mosquetón desea también ser barón, y por eso suspira de esa suerte! —observó D'Artagnan.

—Dios santo —dijo Mosquetón substrayéndose a una distracción penosa—; Dios mío, ¡monseñor será muy feliz cuando vea que os habéis acordado de él!

—¡Buen Porthos! —dijo D'Artagnan—. ¡Ardo en deseos de abrazarlo!

—¡Oh! —dijo Mosquetón enternecido—: Yo se lo escribiré de seguro, señor.

—¡Cómo! —exclamó D'Artagnan—. ¿Tú se lo escribirás?

—Hoy mismo, sin tardanza. ¿Luego no está aquí?

—No, señor.

—Pero ¿se halla cerca o lejos? ¿Lo sé yo, señor? —dijo Mosquetón.

—¡Diantre! —exclamó el mosquetero, dando una patada—: ¡Estoy de desgracia! ¡Porthos tan casero!

—No hay hombre más sedentario que monseñor, raro...

—Pero ¿qué?

—Cuando os acosa un amigo... ¡Un amigo! sin duda; ése digno señor de Herblay.

—¿Es Aramis quien ha inducido a Porthos?

—He aquí cómo ha pasado la cosa, señor de D'Artagnan: el señor de Herblay escribió a monseñor...

—¿Es cierto?

—¡Una carta, señor, una carta tan apremiante, que todo lo ha puesto aquí a sangre y fuego!

—Relátame eso, querido amigo —dijo D'Artagnan—, pero primero haz

que se retiren un poco estos señores.

Mosquetón pronunció un «¡largo, tunantes!» tan fuerte, que hubiera bastado el soplo, sin las palabras, para hacer evaporar a los cuatro lacayos. D'Artagnan se sentó sobre las parihuelas y abrió los oídos.

Mosquetón prosiguió:

—Monseñor recibió, pues, una carta del señor vicario general Herblay, hará unos ocho o nueve días, el día de los placeres campestres; sí, esto es, el miércoles.

—¿Cómo es eso? —dijo D'Artagnan. ¿El día de los placeres campestres?

—Sí, señor, tenemos tantos placeres de que gozar en este delicioso país, que nos vemos abrumados con ellos, y tanto, que nos han obligado a distribuirlos.

—¡Cómo! ¡Reconozco el orden de Porthos! No se me hubiese ocurrido a mí esa idea; verdad es que yo no estoy abrumado de placeres.

—Nosotros lo estamos —repuso Mosquetón.

—¿Y cómo habéis arreglado eso? Sepamos preguntó D'Artagnan.

—Es cosa un poco larga, señor.

—No importa, porque tenemos tiempo; además, habláis tan bien, mi querido. Mosquetón, que verdaderamente es un placer escucharos.

—Es cierto —dijo Mosquetón con gesto de satisfacción, originado evidentemente por la justicia que se le hacía—; verdad es, que he alcanzado grandes progresos en compañía de monseñor.

—Aguardo esa distribución de placeres, Mosquetón, y con impaciencia quiero saber si he llegado en buen día.

—¡Oh! Señor de D'Artagnan —dijo tristemente Mosquetón—, desde que monseñor se ha marchado; volaron todos los placeres.

—Pues bien, amigo Mosquetón, reunid vuestros recuerdos.

—¿Por qué día queréis que comencemos?

—¡Diantre! comienza por el domingo, que es día del Señor.

—¿El domingo?

—Sí.

—Domingo, gozos religiosos: monseñor va a misa; reparte el pan bendito y manda a su limosnero que le lea discursos e instrucciones.

Esto no es muy divertido, mas estamos aguardando un fraile carmelita de

París que desbancará a nuestro limosnero, y que habla muy bien; según dicen; él nos despertará, porque el actual limosnero siempre nos duerme. Lunes, placeres mundanos.

—¡Ah, ah! —dijo D'Artagnan—. ¿Cómo entiendes eso, Mosquetón? Veamos esos placeres mundanos, veamos.

—Señor, el lunes estamos en el mundo; recibimos, pagamos visitas, se toca el laúd, se baila, se hacen versos con pie forzado, y finalmente se quema un poco de incienso en honor de las damas. ¡Diablo! Ésta es la suprema galantería —dijo el mosquetero; que tuvo necesidad de llamar en su ayuda todo el vigor de sus músculos mastoides para comprimir unas enormes ganas de reír.

—Martes, placeres sabios.

—Bien —dijo D'Artagnan—. ¿Y cuáles son? Referídmelos, querido Mosquetón.

Monseñor ha comprado una esfera que ya os enseñaré; y que llena todo el perímetro de la torre grande, menos una galería que ha hecho edificar por encima de la esfera. Ésta tiene unos hilos de latón a los cuales están pegados el sol y la luna, todo esto da vueltas y es muy bonito. Monseñor me enseña los mares y las tierras lejanas, a los cuales no pensamos ir jamás. Es algo lleno de interés.

—Lleno de interés, eso es —repitió D'Artagnan. ¿Y el miércoles?

—Placeres campestres; ya he tenido el honor de manifestároslo caballero: nos entretenemos en mirar los carneros y las cabras de monseñor; hacemos bailar a las pastoras con zampoñas y gaitas, como está escrito en un libro que monseñor posee en su biblioteca y que se llama Églogas. Su autor ha muerto hace poco más de una mesa.

—¿Quizá él señor Racan? —dijo D'Artagnan.

—Eso es, el señor Racan. Mas, no es esto sólo. Pescamos con caña en el canalillo, y después, comemos coronados de flores. Éste es el miércoles.

—¡Diantre! —dijo D'Artagnan—. No está mal repartido el miércoles. Y el jueves, ¿qué queda para ese pobre jueves?

—No es tan desgraciado, señor —dijo Mosquetón sonriendo—. El jueves, placeres olímpicos. ¡Ah! ¡Señor, esto es magnífico! Hacemos venir a los vasallos jóvenes de monseñor; y hacemos que arrojen el disco, luchan y corran: Monseñor arroja el disco como nadie. Y cuando aplica un puñetazo, ¡oh qué desgracia!

—¡Cómo qué desgracia!

—Sí, señor; ha sido preciso renunciar a la lucha del cesto. Monseñor abría

cabezas, rompía quijadas y hundía pechos. Este juego es encantador, pero nadie deseaba jugar con él.

—Conque el puño...

—¡Oh! Señor, más sólido que nunca. Monseñor flojea un poco de las piernas, él mismo lo conoce; pero todo se le ha refugiado en los brazos, de modo que...

—De modo que tumba a los bueyes como en otro tiempo.

—Más todavía que eso, señor, derriba los muros. Últimamente, después de haber comido en casa de uno de sus arrendadores (ya sabéis cuán popular y bueno es monseñor), después de comer, digo, gastó la broma de dar un puñetazo en la pared; ésta se abrió, el techo derrumbóse, y hubo tres hombres y una vieja asfixiados.

—¡Buen Dios! Mosquetón, ¿y tu amo?

—¡Oh! Monseñor tuvo la cabeza un poco desollada, pero le lavamos con agua que nos dan los frailes.

—¿Mas en el puño nada? —Nada, nada.

—¡Malditos los placeres olímpicos!

—Deben costar demasiado caros, porque al fin las viudas y los huérfanos...

—Se les da una pensión, señor; la décima parte de las rentas de monseñor están afectas a esto.

—Pasemos al viernes —dijo D'Artagnan.

—El viernes; placeres nobles y guerreros. Cazamos, tiramos a las armas, levantamos halcones y domamos caballos. El sábado, por fin, es día de placeres espirituales; enriquecemos nuestra inteligencia, miramos los cuadros y las estatuas de monseñor, y aun escribimos y trazamos planos. También disparamos los cañones de Su Excelencia.

—¡Trazáis planos! ¡Disparáis cañones!

—Sí, señor.

—Amigo mío —dijo D'Artagnan—, el señor Du Vallon posee el talento más delicado y amable que yo conozca pero creo que habéis olvidado una clase de placeres.

—¿Cuáles son? —preguntó Mosquetón con ansiedad.

—Los placeres materiales.

—Mosquetón ruborizóse.

—¿Qué entendéis por eso, señor? —preguntó bajando los ojos.

—Entiendo la mesa, el buen vino y la noche ocupada en evoluciones de botellas.

—¡Ah! Señor, esos placeres no se cuentan, pues los practicamos todos los días.

—Perdóname, valiente Mosquetón —repuso D'Artagnan—, pero de tal modo he estado absorto con los encantos de tu relato, que he olvidado el fin principal de nuestra conversación, esto es, saber lo que el señor vicario general Herblay ha podido escribir a tu amo.

—Es cierto, señor —dijo Mosquetón—; los placeres nos han distraído. Pues, bien, he aquí la cosa en realidad.

—Ya escucho, amigo Mosquetón.

—El miércoles...

—¿El día de los placeres campestres?

—Sí, Llega una carta y la recibe de mis manos. Yo había conocido la letra.

—¿Y qué?

—Monseñor la leyó, y exclamó: «¡Pronto, mis caballos, mis armas!».

—¡Ay, Dios mío! —dijo D'Artagnan—. ¿Algún duelo aún?

—No, señor, sólo decía estas palabras: «Querido Porthos; en marcha al instante si queréis llegar antes del equinoccio. Os espero».

—¡Pardiez! —dijo D'Artagnan pensativo—. La cosa era urgente, a lo que parece.

—Ya lo creo. De suerte —continuó Mosquetón— que monseñor salió aquel mismo día con su secretario para procurar llegar a tiempo.

—¿Y habrá llegado a tiempo?

—Así lo espero. Monseñor, que a veces jura como sabéis, repetía sin cesar: «¡Trueno de Dios! ¿Quién es ese demonio de equinoccio? No importa; será necesario, que el tuno vaya muy bien montado si llega antes que yo».

—¿Y supones tú que Porthos llegará primero? —preguntó D'Artagnan.

—Estoy seguro de ello. Ese equinoccio, por rico que sea, no tiene ciertamente tan buenos caballos como monseñor.

D'Artagnan contuvo las ganas de reír; porque la brevedad de la carta de Aramis le daba mucho que pensar. Siguió a Mosquetón, o mejor dicho al

carricoche de Mosquetón hasta el castillo, y se sentó a una mesa suntuosa, donde se le hicieron honores como a un rey. Pero nada más pudo sacar de Mosquetón: el fiel servidor lloraba a sus anchas, y ahí acababa todo.

D'Artagnan, después de haber pasado la noche en una cama excelente, pensó mucho en el sentido de la carta de Aramis, inquietándose por las relaciones del equinoccio con los asuntos de Porthos, pues no comprendía nada a no ser que se tratase de algún amorío del obispo, que tuviera necesidad de que los días fuesen iguales a las noches. D'Artagnan salió de Pierrefonds como había salido de Melun y de la casa del conde de la Fère; pero no sin una tristeza que en buena ley pudiera pasar por uno de los más negros humores de D'Artagnan. Con la cabeza inclinada y la mirada fija dejaba colgar sus piernas a los flancos del caballo, y murmuraba para sí con aquella vaga distracción que alguna vez se remonta a la más sublime elocuencia.

—¡Ya no tengo amigos, ni porvenir, ni nada! ¡Mis fuerzas se han roto como el lazo de nuestra amistad pasada! ¡Ah! La vejez llega fría, inexorable, y envuelve en su fúnebre crespón todo lo que brillaba, todo lo que embalsamaba mi juventud; después pone este grato peso sobre sus hombros, y lo lleva con todo lo demás a ese golfo insondado de la muerte.

Un frío estremecimiento oprimió el corazón del gascón, tan valiente y fuerte contra todas las desgracias de la vida, y por espacio de algunos momentos las nubes le parecieron negruzcas y la tierra resbaladiza y helada como la de un cementerio.

—¿Dónde voy? —se preguntó—. ¿Qué quiero hacer...? Sólo... absolutamente solo, sin familia, sin amigos... ¡Bah! de pronto.

Y espoleó a su caballo, que partió al galope, caminando así más de dos leguas.

—A París —dijo D'Artagnan.

Y al día siguiente llegó a París. Había empleado en el viaje diez días.

Capítulo XIX

Relátase lo que D'Artagnan iba a realizar en París

El teniente apeóse enfrente de una tienda de la calle de los Lombardos, que tenía por muestra El pilón de Oro. Un hombre de buen aspecto que llevaba un mandil blanco y acariciaba sus bigotes grises con una mano robusta, exhaló al verle un grito de alegría.

—¡Ah! ¿Caballero —dijo—, sois vos?

—Buenos días, Planchet —respondió D'Artagnan encorvándose para poder entrar.

—Pronto —gritó Planchet— uno de vosotros para el caballo del señor D'Artagnan, otro para arreglar su habitación, y otro para la comida.

—Gracias, Planchet, buenos días, muchachos —dijo D'Artagnan a los solícitos mozos.

—¿Me permitiréis que despache este café, esta miel y estas pasas cocidas? —preguntó Planchet. Son para el señor superintendente.

—Despacha pronto.

—Es cuestión de un instante y luego comemos.

—Procura que comamos solos —dijo D'Artagnan—; he de hablarte. Planchet miró a su antiguo amo de manera significativa.

—¡Oh! Tranquilízate, no se trata de nada desagradable —observó D'Artagnan.

—¡Tanto mejor!

Y Planchet respiró, mientras D'Artagnan se sentaba muy tranquilamente en la tienda sobre un fardo de mercancías y observaba el interior del establecimiento. La tienda estaba muy bien provista y en ella se respiraba un perfume de jengibre, canela y pimienta molida que hizo estornudar a D'Artagnan.

Los mozos, satisfechos de ver de cerca a un hombre de guerra tan famoso, a un teniente de mosqueteros que vivía al lado del rey, se pusieron a trabajar con ardor musitado y a servir a los parroquianos con un desdén que fue advertido por todos.

Planchet guardaba el dinero en el cajón y hacía sus cuentas, dirigiendo a la vez algunas palabras a su amo. Planchet hablaba poco con los compradores y les trataba con esa familiaridad altanera del vendedor rico, que sirve a todo el mundo, pero que no tiene consideración a nadie, lo cual observó D'Artagnan, con placer que analizaremos más tarde. Vio poco a poco avanzar la noche, y al fin le condujo Planchet a una habitación del primer piso, donde les esperaba una mesa bien servida entre los sacos y las cajas.

D'Artagnan aprovechóse del momento de espera para considerar el rostro de Planchet, a quien no había visto hacía un año. El inteligente Planchet había echado vientre, pero no se le habían inflado los carrillos. Su penetrante mirada aún jugaba con facilidad en sus profundas órbitas, y la obesidad, que nivela todas las prominencias características del semblante humano, aún no había

tocado ni a sus salientes pómulos, indicio de astucia, y de codicia, ni a su barba aguda, muestra infalible de finura y perseverancia. Planchet estaba con tanta majestad en su comedor como en su tienda; y presentó a su amo una comida frugal, mas toda parisiense; D'Artagnan encontró muy de su gusto que el abacero hubiera sacado de detrás de los haces de leña una botella de vino de Anjou, que durante toda su vida había sido su vino favorito.

—En otro tiempo, señor —dijo Planchet con sonrisa llena de honradez—, era yo quien se os bebía vuestro vino; ahora tengo el honor de que os bebáis el mío.

—Y gracias a Dios, amigo Planchet, lo beberé por mucho tiempo, según creo, porque al presente soy libre.

—¡Libre! ¿Estáis con licencia, señor?

—¡Ilimitada!

Planchet estupefacto preguntó.

—Sí, voy a descansar.

—¿Y el rey? —exclamó Planchet, que no podía creer que el rey pudiera pasarse sin los servicios de un hombre como D'Artagnan.

—El rey buscará fortuna en otra parte... Pero nosotros hemos comido bien, tú estás predispuesto a las ocurrencias, y me excitas para que te haga confianzas; abre, pues los oídos.

—Abro.

Y Planchet, con cierta sonrisa, más franca que maligna, destapó una botella de vino blanco.

—Déjame sólo con mi razón.

—¡Oh! Cuando perdáis la cabeza, señor...

—Ahora, mi cabeza es mía, y pretendo llevarla mejor que nunca. Hablemos primero de finanzas... ¿Cómo va nuestro dinero?

—A las mil maravillas, señor. Las veinte mil libras que de vos he recibido, siguen dedicadas a mi comercio, donde producen un nueve por ciento. Os doy siete y gano dos.

—¿Y continuas contento?

—Encantado. ¿Me traéis más?

—Algo mejor... Pero ¿necesitas de ellas?

—¡Oh! Nada de eso. Ahora, todos me quieren confiar; extendiendo mis

negocios.

—Ese era tu proyecto.

—Hago algo de banca... compro mercancías a mis cofrades necesitados, y presto dinero a los que se ven apurados para los desembolsos.

—¿Sin usura...?

—¡Ah! Señor, la semana pasada he tenido dos citas en el Boulevard por causa de esa palabra que acabáis de pronunciar.

—¿Cómo?

—Vais a ver: tratábase de un préstamo... El deudor me dio en prenda algún azúcar terciado con la condición de que lo vendería, si el reembolso no se verificaba en determinada época: Yo presto mil libras, él no las paga, yo vendo el azúcar en mil trescientas libras, él lo sabe y reclama cien escudos. Claro que los niego, pretextando que no había podido venderlo sino en novecientas libras. Díjome que yo era un usurero, y yo le supliqué que me repitiese esa palabra detrás del Boulevard. El hombre era un antiguo guardia, fue y le pasé con vuestro acero el muslo izquierdo.

—¡Pardiez, qué banca! —dijo D'Artagnan.

—Por encima de un trece por ciento me bato —replicó Planchet—; es mi carácter.

—No tomes más de doce —dijo D'Artagnan—, y llama a lo restante prima y corretaje.

—Tenéis razón, señor. ¿Y vuestro asunto?

—¡Ah! Planchet, es muy largo y difícil de narrar.

—Hablad, pues.

D'Artagnan acaricióse el bigote, como embarazado por la confidencia que tenía que hacer, y como desconfiando del confidente.

—¿Es una imposición de dinero? —dijo Planchet.

—¡Oh! Sí.

—¿Y de mucho producto?

—Un buen producto; cuatrocientos por ciento, Planchet.

Planchet dio un puñetazo en la mesa con tanta fuerza, que las botellas saltaron como si hubiesen sentido miedo.

—¡Dios! ¿Es posible...?

—Creo que dará más —dijo fríamente D'Artagnan—; pero, en fin, prefiero

decir menos.

—¡Ah! ¡Diablo! —dijo Planchet aproximándose—. Pero, señor, ¡eso es seductor...! ¿Puede ponerse mucho dinero?

—Veinte mil libras cada uno, Planchet.

—Ese es todo vuestro interés, señor. ¿Y por cuánto tiempo?

—Por un mes.

—¿Y cuánto nos producirá?

—Cincuenta mil libras a cada uno; cuenta.

—¡Eso es monstruoso...! ¿Será preciso batirse bien por una ganancia como ésa?

—En efecto; no es cosa de batirse mal dijo D'Artagnan con la misma tranquilidad; pero esta vez, Planchet, somos dos, y yo recibo los golpes para mí solo.

—Señor, yo no consentiría.

—Planchet; tú no puedes estar allí, pues tendrías que dejar tu comercio.

—¿No se hace el negocio en París?

—No.

—¿En el extranjero? En Inglaterra.

—País de especulación, es verdad —dijo Planchet—. País que conozco mucho... ¿Qué clase de negocio es, señor?

—Una restauración.

—¿De monumentos?

—Sí, restauramos a White Hall.

—Eso es importante; ¿y suponéis que en un mes?

—Me encargo de ello.

—Entonces, no hay más que hablar; eso es cosa mía... No obstante, te consultaré con mucho gusto.

—Mucha honra es ésa; pero entiendo poco de arquitectura.

—Te equivocas... Eres un buen arquitecto, tan bueno como yo; para el asunto de que se trata.

—Gracias.

—Confieso que he intentado ofrecer el negocio a esos señores; pero no

estaban en sus casas. Esto me ha contrariado, porque no hay nadie, ni más atrevidos, ni más resueltos.

—¿Conque la cosa es grave?

—¡Oh! Sí, Planchet, sí...

—Ardo por conocer detalles, señor.

—Cierra las puertas.

Planchet las cerró con doble vuelta.

—Y abre la ventana —añadió D'Artagnan—, para que el ruido de los carros y transeúntes ensordezca al que intente escucharnos.

Hecho lo cual, D'Artagnan bebió del vaso de vino, y dijo:

—Planchet, tengo una idea.

—¡Oh! Señor, qué bien, os conozco en esto —respondió el abacero con gran emoción.

Capítulo XX

Se forma sociedad en «El pilón de oro» para explotar la idea del señor D'Artagnan

Después de un instante de silencio, durante el cual D'Artagnan pareció recoger, no una, sino todas sus ideas, dijo.

—Es imposible, amigo Planchet, que no hayas oído hablar de Su Majestad Carlos I, rey de Inglaterra.

—Sí, señor, y recuerdo que vos de fuisteis a Francia para ayudarle, faltando poco para que os arrastrase en su caída.

—Veo que tienes buena memoria.

—Por mala que la tuviese no lo hubiera olvidado. Cuando Grimaud, que, como sabéis, no habla nunca, se decide a relatar cómo cayó la cabeza del rey Carlos, cómo navegasteis la mitad de la noche en un barco lleno de pólvora, y cómo apareció sobre las aguas el cadáver de Mordaunt, con un puñal clavado en el pecho, no es cosa de olvidarlo.

—Sin embargo, hay algunos que lo olvidan.

—No se lo habrán oído referir a Grimaud.

—Pues bien, ya que te acuerdas, tanto mejor, así no tendré que recordarte

sino que Carlos I tenía un hijo.

—Dos; sin que esto sea contradeciros —replicó Planchet— porque, yo he visto en París al segundo, al señor duque de York; un día que iba al palacio real, y me dijeron quién era. Respecto al primogénito, sólo le conozco de nombre.

—A ese hijo primogénito; que antes se llamaba el príncipe de Gales; y ahora Carlos II, rey de Inglaterra es al que vamos a parar.

—Rey sin reino; señor —dijo Planchet.

—Justamente, y puedes añadir, príncipe desdichado, más desgraciado que un hombre del pueblo, perdido en el barrio más miserable de París.

Planchet hizo un gesto, lleno de esa compasión indiferente que se concede a los extraños.

Por otra parte, no veía en aquella disertación, político sentimental, ningún indicio de la idea mercantil de D'Artagnan, y ésta era la que preocupaba a Planchet. El mosquetero, habituado a conocer los hombres y las cosas; comprendió a su antiguo criado.

—Prosigamos nuestro, asunto —dijo—. Ese joven príncipe de Gales, monarca sin reino, como tú dices muy bien, me ha interesado mucho. Le he visto mendigar el auxilio de Mazarino, que es un pícaro, y el de Luis XIV, que es un niño, y me ha parecido a mí; que conozco bien estas cosas, que su mirada inteligente y la nobleza de su aspecto, eran dignas de un hombre de corazón y de un rey.

Planchet aprobó tácitamente; pero sin traslucir adónde iba a parar su amo, que prosiguió.

—Mira, pues, el razonamiento que he hecho y fíjate bien, porque llegamos a la conclusión.

—Estoy atento.

—Los reyes no abundan tanto en la tierra que los pueblos los encuentren dondequiera que los necesitan. Así es que a mi juicio, ese rey sin reino es una semilla reservada que debe florecer en una estación cualquiera; siempre que una mano diestra y vigorosa la siembre como es debido, escogiendo el suelo, el cielo y el tiempo.

Planchet, sin comprender, asentía con la cabeza.

—¡Pobre semilla de rey! dije para mí —continuó D'Artagnan—. Y como estaba enternecido, temí pensar alguna necedad, y por eso he querido consultarte.

Planchet se puso encarnado de orgullo y de placer.

—¡Pobre semilla de rey! Yo te recojo y voy a sembrarte en buen terreno.

—¡Ay, Dios santo! —dijo Planchet, mirando fijamente a su amo como si dudase del estado de su razón.

—¿Qué hay? —preguntó D'Artagnan—. ¿Qué te sucede?

—Nada.

—Como has dicho: «¡Ay, Dios santo!».

—Sí...

—¿Ibas ya comprendiendo? Declaro; señor, que tengo miedo...

—¿De comprender?

—Sí. De comprender que yo quiero volver a su trono al rey Carlos II.

Planchet dio un salto en la silla.

—¡Ah! —dijo admirado—. ¿Eso es lo que llamáis una restauración?

—Así se llama.

—Sin duda, ¿habéis reflexionado...?

—¿En qué?

—En lo que hay allá.

—¿Dónde?

—En Inglaterra.

—¿Y qué hay?

—En primer lugar, señor, os pido perdón si me mezclo en estas cosas que no tienen nada que ver con mi comercio; pero, puesto que me proponéis un negocio... ¿No es así?

—Magnífico, Planchet.

—Entonces, tengo derecho a discutirlo.

—Discute.

—Pues bien, con vuestro permiso, os manifestaré que allí hay, primero los Parlamentos.

—Bien.

—Después, el ejército.

—¿Qué más?

—La nación.

—¿Has terminado?

—La nación que ha consentido la caída y la muerte del rey difunto, padre de Carlos II. Esto no puede negarse.

—Discurres como un necio, amigo Planchet —dijo D'Artagnan—. La nación... la nación está cansada de esos señores que llevan nombres bárbaros y cantan salmos. Cantar por cantar, he observado que las naciones prefieren cualquier cosa al canto llano. Acuérdate de la Fronda. ¿Se cantaba, entonces? Pues aquéllos eran los buenos tiempos.

—No tanto; estuve a punto de ser ahorcado.

—Pero no lo has sido.

—Es verdad.

—Y de entonces data tu fortuna.

—Efectivamente.

—Luego no tienes nada que decir.

—Sí; vuelvo al ejército y a los Parlamentos.

—He dicho que tomaba prestadas veinte mil libras al señor Planchet, y que, yo ponía otras veinte mil por mi parte con esas cuarenta mil libras levanto un ejército.

Planchet juntó las manos, veía serio a D'Artagnan y creyó de buena fe que había perdido el juicio.

—¡Un ejército! ¡Ah, señor! —exclamó con su sonrisa más graciosa por miedo de irritar a aquel loco y ponerle furioso. Un ejército... ¿de cuántos hombres?

—De cuarenta.

—Cuarenta contra cuarenta mil, son pocos. Vos sólo valéis por mil hombres, señor de D'Artagnan, lo sé muy bien; pero ¿dónde encontraréis otros treinta y nueve hombres que valgan tanto como vos? O en caso de encontrarlos, ¿quién os proporcionará dinero para pagarles?

—Malo, Planchet. ¡Ah! Te haces cortesano.

—No, señor, digo lo que siento, y por eso precisamente digo que tengo miedo de la primera batalla campal que deis con vuestros cuarenta hombres.

—Así es que no daré batallas campales, amigo Planchet —dijo el gascón riéndose. Tenemos muy bellos ejemplos en la antigüedad de retiradas y de

marchas sabias, que consistían en evitar al enemigo en lugar de esperarle. Tú debes de saber esto, Planchet, tú que has mandado a los parisienses el día que debieron batirse contra los mosqueteros, y que tan bien calculaste las marchas y contramarchas, que no abandonaste la Plaza Real.

Planchet echóse a reír.

—De seguro —respondió—, que si vuestros cuarenta hombres se ocultan siempre y no son torpes, pueden esperar no ser batidos; pero, en fin, os proponéis algún resultado.

—¿Puedes dudarlo? Atiende cuál es, según mi parecer, el procedimiento que debe emplearse para restaurar prontamente en su trono a Su Majestad Carlos II.

—¡Bueno! —contestó Planchet redoblando su atención—. Veamos ese procedimiento; pero antes creo que olvidamos algo.

—¿Qué?

—Hemos puesto aparte la nación, que quiere mejor cantar cualquier cosa antes que salmos, y el ejército que no combatiremos; pero quedan los Parlamentos que no cantan nada.

—Y que tampoco se baten. ¿Cómo, Planchet, un hombre cómo tú, se apura por una caterva de parlanchines que se llaman rabadillas y descarnados? Los Parlamentos no me apesadumbran, Planchet.

—Puesto que no os apesadumbran, señor, pasemos a otro asunto.

—Sí, y llegaremos al resultado. ¿Te acuerdas de Cromwell, Planchet?

—Mucho he oído hablar de él, señor.

—Era un guerrero astuto:

—Y un terrible comilón, principalmente.

—¿Cómo es eso?

—Sí, de un solo golpe se ha tragado a Inglaterra.

—Pues bien, Planchet, si la víspera del día en que se tragó a Inglaterra, alguno se hubiese tragado al señor Cromwell.

—¡Oh! Señor, uno de los primeros axiomas de las matemáticas es que el continente debe ser mayor que el contenido.

—¡Bien! Ese es nuestro negocio, Planchet.

—Pero el señor Cromwell ha muerto, y su continente es ahora la tumba.

—Amigo Planchet, veo con gusto que no sólo te has hecho matemático;

sino también filósofo.

—Señor, en mi comercio de especias utilizo mucho papel impreso, y eso me instruye.

—¡Muy bien! En ese caso sabrás, porque no habrás aprendido las matemáticas y la filosofía sin un poco de historia, que después de un Cromwell tan grande ha venido otro muy pequeño.

—Sí, éste llámase Ricardo, y ha hecho lo que vos, señor de D'Artagnan; ha presentado su dimisión.

—¡Bien! Después del grande que ha muerto; después del pequeño, que ha presentado su dimisión, ha venido un tercero se llama señor Monk, general muy hábil, aun cuando no se ha batido jamás, es un diplomático muy inteligente, aun cuando no ha hablado nunca, y aunque, antes de decir buenos días, lo medita doce horas y acaba por decir buenas noches; lo cual hace gritar: «¡milagro!», en atención a que acierta.

—Muy fuerte es eso, efectivamente —dijo Planchet—, pero yo conozco a otro hombre político que se parece mucho a éste.

—El señor Mazarino, ¿no es cierto?

—El mismo.

—Tienes razón, Planchet; sólo que Mazarino no aspira al trono de Francia, esto lo cambia todo, ¿no es cierto? Pues bien, ese señor Monk, que tiene frita a Inglaterra entera, y que abre ya la boca para tragársela; ese señor Monk, que dice a las gentes de Carlos II y a Carlos II mismo: Necio, vos...

—No conozco el inglés —dijo Planchet.

—Sí, pero yo lo sé —dijo D'Artagnan—. Necio significa: No os conozco. Este Señor Monk, el hombre importante de Inglaterra; cuando se la haya tragado...

—¿Qué? —prosiguió Planchet.

—¿Qué, amigo mío? Iré allá, y con mis cuarenta hombres lo robo, lo enfardo y lo traigo a Francia, donde dos partidos se presentan ante mis ojos.

—¡Y los míos! —repuso Planchet trasportado de entusiasmo.

—Lo metemos en una jaula y lo enseñamos por dinero.

—Bueno, Planchet; ése que acabas de encontrar es un tercer partido, en el cual no había yo pensado.

—¿Lo consideráis bueno?

—Cierto que sí, pero creo mejores los reíos.

—Entonces, veamos los vuestros. Primero lo pongo a rescate.

—¿En cuánto?

—Diantre, un hombre como éste bien vale cien, mil escudos.

—¡Oh! Sí.

—Ya ves; primero lo pongo a rescate por cien mil escudos.

—Qué bien...

—O bien, y lo que es mejor aún, lo entrego al rey Carlos, quien no teniendo ya ni general del ejército que temer, ni diplomático que enseñar, se restaurará por sí mismo, y una vez restaurado me dará los cien mil escudos consabidos. Esta es la idea que he tenido. ¿Qué te parece, Planchet?

—¡Magnífica, señor! —exclamó Planchet temblando de emoción—. ¿Y cómo se os ha ocurrido tal idea?

—Se me ocurrió cierta mañana a orillas del Loira, mientras Luis XIV, nuestro muy amado rey, lloriqueaba sobre las manos de la señorita Mancini.

—Señor, os aseguro que la idea es admirable. Pero...

—¡Ah! ¿Tenemos un pero?

—Permitidme. Pero esa idea tiene algo de la piel de ese magnífico oso que debíamos vender, pero al cual es necesario coger vivo, así es, que, para pescar a Monk, habrá sarracina.

—Sin duda; pero yo levanto tu ejército.

—Sí, sí, comprendo, ¡diantre!, un golpe de mano. ¡Oh! Entonces, triunfaréis, señor, porque nadie os iguala en esas empresas.

—Tengo suerte en ellas, verdad es —dijo D'Artagnan, con orgullosa sencillez; ya comprendes que si para esto tuviese yo a mi querido Athos, a mi valiente Porthos y a mi astuto Aramis, el negocio estaba terminado, pero, según parece, se han perdido, y nadie sabe dónde encontrarlos. Daré, pues, el golpe yo solo. ¿Encuentras ahora el negocio ventajoso?

—¡Demasiado, demasiado!

—¿Por qué dices eso?

—Porque las buenas cosas no llegan nunca a ese punto.

—Esta es infalible, Planchet, y la prueba, es que yo me ocupo de ella. Para ti será un lucro bastante bonito, y para mí un golpe bastante interesante. Se dirá: «ved cuál fue la vejez del señor de D'Artagnan». Y tendré un lugar en las historias, y aun en la Historia, Planchet; estoy ansioso de gloria.

—Señor —repuso Planchet—; cuando pienso que es aquí, en mi casa, en medio de mi azúcar, de mis pasas y de mi canela, donde se madura ese proyecto gigantesco, me parece que mi tienda es un palacio.

—Ten cuidado, Planchet; si transpira el menor ruido, hay Bastilla para nosotros dos; ten cuidado, amigo mío, porque lo que fraguamos aquí es un complot; el señor Monk es aliado de Mazarino; ¡ten cuidado!

—Señor, cuando se ha tenido la honra de haberos pertenecido, no se tiene miedo, y cuando se tiene la ventaja de estar ligado a vos por intereses, se calla uno.

—Muy bien, eso es cosa tuya, más bien que mía, en atención a que en ocho días estaré ya en Inglaterra.

—Marchad, señor, cuanto antes mejor.

—¿Luego el dinero está corriente?

—Mañana lo estará; mañana lo recibiréis de mi mano. ¿Queréis oro o plata?

—Oro es más cómodo. Pero ¿cómo arreglaremos eso? Veamos. ¡Oh Dios mío!, de la manera más sencilla: me dais un recibo, y basta.

—No, en estas cosas es preciso orden.

—Esa es también mi opinión... pero tratando con vos, señor de D'Artagnan...

—¿Y si me muero allí? ¿Y si me mata una bala de mosquete? ¿Y si reviento por haber bebido cerveza?

—Señor, os suplico que me creáis que en tal caso estaré de tal suerte afligido con vuestra muerte, que no pensaré ni pizca en el dinero.

—Gracias, Planchet, pero esto no es del caso. Vamos a liara como dos pasantes de procurador, a redactar un convenio, una especie de nota, que podrá llamarse acta de sociedad.

—Con mucho gusto, señor.

—Bien sé que es difícil redactar eso, pero probaremos.

—Ensayemos.

Planchet fue por una pluma, tinta y papel.

D'Artagnan tomó la pluma, mojóla en la tinta, y escribió:

Entre el señor de D'Artagnan, ex teniente de mosqueteros de Su Majestad, habitante en la actualidad en la calle de Tinquetonne, hostería «La Cabrita», y

el señor Planchet, habitante en la calle de los Lombardos, tienda «El Pílon de Oro».

Ha sido convenido lo que sigue:

«Se establece una sociedad con el capital de cuarenta mil libras con objeto de explotar una idea aportada por el señor de D'Artagnan. El señor Planchet, que conoce esta idea y que la aprueba absolutamente, pondrá veinte mil libras en manos del señor de D'Artagnan. Y no exigirá ni el reembolso ni el interés hasta que el señor de D'Artagnan regrese de un viaje que va a hacer a Inglaterra. El señor de D'Artagnan, por su parte, se compromete a poner veinte mil libras, que juntará a las otras veinte mil ya apartadas por el señor Planchet. Y usará de la mencionada suma cuarenta mil libras como mejor le parezca, comprometiéndose, sin embargo, a lo que sé anuncia a continuación. El día en que el señor de D'Artagnan haya restablecido por cualquier medio a Su Majestad el rey Carlos II en el trono de Inglaterra, pondrá en manos del señor Planchet la cantidad de...».

—La cantidad de ciento cincuenta mil libras —dijo ingenuamente Planchet, viendo que D'Artagnan se detenía.

—¡Ah; diablo! No —dijo D'Artagnan—, la partición no puede hacerse a medias, pues no sería justo.

—Sin embargo, señor, cada uno de nosotros pone la mitad —observó tímidamente Planchet.

—Sí, pero escucha la cláusula, Planchet, y si no la encuentras equitativa de todo punto, cuando esté escrita la borraremos.

Y D'Artagnan escribió:

«Sin embargo, como el señor D'Artagnan aporta a la sociedad, además del capital de veinte mil libras, su tiempo, su idea, su industria y su pellejo, cosas que aprecia mucho, sobre todo, esta última, tomará para sí de las trescientas mil libras, doscientas mil, con las que ascenderá su ganancia a las dos terceras partes».

—Muy bien —dijo Planchet.

—¿No es esto justo? —preguntó D'Artagnan.

—Absolutamente justo, señor.

—¿Estarás contento con cien mil libras?

—¡Diantre, ya lo creo! ¡Cien mil libras por veinte mil!

—Y en un mes; entiéndelo bien.

—Señor —dijo generosamente Planchet—, os doy seis semanas.

—Gracias —contestó cortés el mosquetero.

Después de lo cual, los dos socios volvieron a leer la escritura.

—Corriente, señor —dijo Planchet—, ni el difunto señor Coquenard, el primer esposo de la señora baronesa Du Vallon, lo hubiera hecho mejor.

—¿Es justo? Entonces, firmemos. Y ambos pusieron su firma. De esta manera —dijo D'Artagnan—, no quedaré obligado a nadie.

—Mas yo quedaré obligado a vos —dijo Planchet.

—No, amigo Planchet, porque puedo dejar por allá el pellejo, y todo lo perderías entonces... ¡A propósito, pardiez! Esto me hace pensar en lo principal: una cláusula indispensable. Voy a escribirla:

«Caso que el señor de D'Artagnan sucumbiese, en la empresa, la liquidación se da por hecha, y el señor Planchet, desde ahora, da carta de pago y finiquito, a la sombra del señor de D'Artagnan de las veinte mil libras aportadas por él a la susodicha sociedad».

Esta última cláusula hizo fruncir el entrecejo a Planchet, pero cuando vio la mirada brillante, la mano musculosa y los robustos lomos de su consocio, tomó ánimo, y sin sentimiento alguno añadió un rasgo a su firma. D'Artagnan hizo lo propio. Así fue redactada la primera escritura de sociedad conocida. Tal vez se ha abusado después un poco de la forma y, de la esencia.

—Ahora —observó Planchet llenando el último vaso de vino de Anjou a D'Artagnan—, marchaos a dormir, mi querido amo.

—No —repuso D'Artagnan—, porque ahora queda por hacer lo más difícil, y voy a pensar en ello.

—¡Bah! —dijo Planchet—. Tengo una confianza tan ilimitada en vos, señor de D'Artagnan, que no daría mis cien mil libras por noventa mil.

—Y el diablo me lleve —dijo D'Artagnan—, si no creo que tendríais razón.

—Dicho esto, D'Artagnan tomó una luz, subió a su cuarto, y se acostó.

Capítulo XXI

Prepárase D'Artagnan a viajar por cuenta de la casa «Planchet y Compañía»

D'Artagnan meditó tanto toda la noche, que por la mañana ya estaba su

plan resuelto.

—¡Eso es! —dijo sentándose en la cama, apoyado un codo sobre la rodilla—. ¡Eso es! Buscaré cuarenta hombres a toda prueba, reclutados entre gente algo comprometida, pero habituada a la disciplina; les prometeré quinientas libras al mes, si vuelven; nada si no vuelven, o la mitad para sus parientes. Respecto a comida y alojamiento, esto concierne a los ingleses, que tienen bueyes en los pastos, tocino en el saladero, gallinas en los corrales y trigo en los graneros. Me presentaré al general Monk con este cuerno de ejército, le parecerá bien, tendré su confianza y abusaré de ella lo más pronto posible.

Pero, sin ir más lejos, D'Artagnan movió la cabeza interrumpiéndose.

—No —dijo—, no me atrevería a contar esto a Athos; el medio es poco honroso. Es preciso usar de violencia, necesariamente, sin comprometer para nada mi fidelidad. Con cuarenta hombres recorreré la campiña como partidario; pero si encuentro, no digo cuarenta mil ingleses, como decía Planchet, sino simplemente cuatrocientos, seré derrotado, en atención a que de mis cuarenta guerreros habrá diez por lo menos que se dejarán matar por brutos. No es posible tener cuarenta hombres leales; no existen. Preciso será contentarse con treinta. Con diez hombres menos, tendré derecho a evitar un encuentro a mano armada por el escaso número de mi gente, y si el encuentro se realiza, siempre mi elección será más cierta sobre treinta hombres que sobre cuarenta. Además, economizo cinco mil francos; es decir, la octava parte de mi capital, lo cual vale algo. Eso dicho, tendré, por tanto, treinta hombres. Los dividiré en tres secciones y recorreremos el país con la consigna de reunirnos en un momento dado; de esta manera de diez en diez no damos la menor sospecha y pasamos desapercibidos. Sí, sí, treinta, es buen número, pues tiene tres decenas: ¡tres! Número divino. Y la verdad, una compañía de treinta hombres, cuando esté reunida, siempre tendrá algo de imponente... ¡Ah! ¡Infeliz de mí! —continuó D'Artagnan—. Se necesitan treinta caballos, y esto es ruinoso. ¿Dónde diablos tenía la cabeza cuando olvidaba los caballos? Sin embargo, no se puede ni soñar dar un golpe semejante sin caballos. Pues bien, sea; haremos ese sacrificio, a no ser que los tomemos en el país, que tampoco son malos, por otra parte. ¡Diantre! También se me olvidaba, tres pelotones exigen tres comandantes, y ésa es la dificultad; de los tres comandantes, ya tengo uno, que soy yo; sí, pero los otros dos costarán ellos solos tanto dinero como el resto de la tropa. No, decididamente no será menester más que un capitán. Pero, entonces, reduciré mi tropa a veinte hombres. Bien sé que veinte hombres es poco, pero puesto que con treinta hombres estaba resuelto a evitar los encuentros, lo haré ahora mucho mejor con veinte. Veinte es cuenta redonda; y además reduce a veinte el número de caballos, lo cual es muy muy digno de consideración; y así, con un buen teniente... ¡Diantre! ¡Esto sí que es paciencia y cálculo! Iba a embarcarme con cuarenta hombres; y he aquí que ya

me reduzco a veinte para as misma empresa. Diez mil libras de ahorro de un solo golpe y más seguridades, es una buena cosa. Veamos ahora; ya sólo se trata de encontrar ese teniente; encontrémosle; pues, y luego... Esto no es fácil; yo lo necesito valiente y bueno, un segundo yo. Sí, esto es, pero un teniente tendrá mi secreto, y como este secreto vale un millón, y yo no pagaré a mi hombre más que mil libras, o mil quinientas todo lo más, mi hombre venderá el secreto a Monk. Nada de teniente, ¡cáscaras! Por otra parte, aunque este hombre fuese mudo como un discípulo de Pitágoras, tendría sin duda alguna en la compañía algún soldado de confianza, de quien haría su sargento, y el sargento penetraría el secreto del teniente, dado caso que éste fuese hombre de bien y no quisiera venderlo. Entonces, el sargento, menos probo y ambicioso, lo dará todo por cincuenta mil libras. ¡Vamos, vamos! ¡Esto es imposible! ¡Decididamente, es imposible el tal teniente! Entonces, nada de pelotones; yo no puedo dividir mi tropa en dos, y obrar sobre dos puntos a un tiempo sin tener otro yo, que... Mas, ¿a qué viene obrar sobre dos puntos, puesto que sólo tenemos un hombre que agarrar? ¿A qué debilitar un cuerpo, poniendo la derecha aquí, la izquierda allá? un sólo cuerpo, ¡diantre! ¡Sólo y mandado por D'Artagnan, eso es! Pero veinte hombres marchando en un pelotón son sospechosos para todo el mundo; es necesario que no vean marchar juntos veinte jinetes, pues se les destaca una compañía que pide el santo y seña, la cual, viendo el embarazo que hay para darlo, fusila a D'Artagnan y a sus hombres como si fuesen conejos. Reduzcamos, pues, a diez hombres, de este modo obro sencillamente y con unidad; así me veré obligado a tener prudencia, lo cual es la mitad de lo necesario; para conseguir un negocio de la naturaleza del que emprendo; mucha gente quizá me hubiera conducido a alguna locura. Diez caballos no es nada difícil de comprar o de robar. ¡Oh! Excelente idea. ¡Qué tranquilidad tan perfecta hace circular por mis venas! De este modo no habrá dudas, ni santo y seña, ni peligros. Diez hombres son diez criados. Diez hombres que conducen diez caballos, cargados de mercancías cualesquiera, son tolerados y bien recibidos en cualquier parte. Diez hombres viajando por cuenta de la casa «Planchet y Compañía de Francia». No hay más que decir. Estos diez hombres, vestidos como traficantes, tienen un magnífico cuchillo de caza, un buen mosquete a la grupa de su caballo y una buena pistola en la pistolera. Jamás se dejan molestar, porque ellos no llevan malas intenciones. En el fondo quizá sean un poco contrabandistas, pero ¿qué importa?

El contrabando no es como la poligamia, un caso que merezca la horca. Lo peor que podía acontcernos es que confisquen nuestras mercancías. ¡Bonito negocio las tales mercancías! Vamos, vamos, es un plan soberbio. Diez hombres solamente; diez hombres que engancharé para mi servicio, diez hombres que serán tan decididos como cuarenta, que me costarán como cuatro, y a quienes, para mayor seguridad, no abriré la boca sobre mis

designios y sólo les diré: «amigos míos, hay un golpe que dar». De esta manera, muy perverso será Satanás para que me juegue una de sus malas pasadas. ¡Quince mil libras economizadas de veinte mil! Soberbio.

Así, animado por su industrioso cálculo, D'Artagnan fijóse en este plan, resuelto a no variarlo en nada. Ya tenía una lista, suministrada por su inmensa memoria, diez hombres m ilustres entre los perseguidores de aventuras, maltratados por la fortuna o inquietados por la justicia. Después de esto se incorporó D'Artagnan poniéndose al instante en movimiento, advirtiendo a Planchet que no le esperase para el desayuno, ni tal vez para la comida. Día y medio ocupados en correr algunos chiribitiles de París le bastaron para su recolección, y sin comunicar a sus aventureros entre sí, había coligado, coleccionado, reunido en menos de treinta horas un encantador conjunto de malas caras; que hablaban un francés menos correcto que el inglés de que iban a servirse.

Eran éstos, por punto general, soldados cuyo mérito había podido apreciar D'Artagnan en distintas ocasiones, y a quienes la embriaguez, las estocadas desgraciadas, las ganancias inesperadas en el juego, o las reformas económicas del señor Mazarino, habían obligado a buscar la sombra y la soledad, estos dos grandes consuelos; para las almas comprimidas y magulladas.

En sus fisonomías y en sus trajes llevaban las señales de las penas del corazón que habían padecido. Algunos tenían el rostro descarnado, y todos ellos los vestidos despedazados. D'Artagnan socorrió lo más apremiante de estas miserias fraternales con una sabia distribución de los escudos de la sociedad; y luego, habiendo cuidado de que estos escudos se emplearan en el embellecimiento físico de la compañía, dio, alta a sus reclutas para el norte de Francia, entre Berghes y Saint Omer. De plazo les había dado seis días, y D'Artagnan conocía perfectamente la buena voluntad, el excelente humor y la probidad relativa de estos ilustres reclutas, para estar cierto de que ni uno solo faltaría al llamamiento.

Dadas tales órdenes y citas fue a despedirse de Planchet, que le pidió noticias de su ejército; pero D'Artagnan no juzgó a propósito darle parte de la reducción que había hecho en su personal, temiendo despertar con esa confesión la desconfianza de su asociado. Planchet se regocijó mucho al saber que ya estaba levantado todo el ejército, y que él se encontraba como una especie de rey, que desde su trono mostrador mantenía a sueldo un ejército destinado a guerrear contra la pérfida: Albión, esta enemiga de todos los corazones verdaderamente franceses.

Planchet contó, pues, en seductores luses dobles, veinte mil libras por su parte personal, y otras veinte mil, siempre en hermosos luses dobles, por la parte de D'Artagnan. Éste metió veinte mil libras en un saco, pesando cada

saco en cada una de sus manos.

—Este dinero es muy embarazoso, querido Planchet —dijo—. ¿Sabes que esto pesa más de treinta libras?

—¡Bah! Eso lo llevará vuestro caballo como una pluma.

D'Artagnan movió la cabeza.

—No me digas esas cosas, Planchet; un caballo sobrecargado con treinta libras, además del portamanteo y del jinete, no pasa tan fácilmente un río, ni salta con tanta ligereza un murallón o un foso, y por tanto ni caballo ni caballero. Verdad es que tú no sabes esto, Planchet, pues toda tu vida has servido en infantería.

—Entonces, señor, ¿qué hacemos?

—Escucha —dijo D'Artagnan—, pagaré mi ejército cuando vuelva a sus hogares. Quédate con mi mitad de veinte, mil libras, que puedes hacer valer mientras yo esté fuera.

—¿Y mi mitad? —preguntó Planchet.

—Me la llevo.

—Vuestra confianza me honra —dijo Planchet—, pero ¿y si no volvéis?

—Eso es posible; aunque el negocio sea poco verosímil. Entonces, Planchet, para el caso de que no regrese, dame una pluma y haré mi testamento.

D'Artagnan escribió una sola hoja.

Yo, D'Artagnan, poseo veinte mil libras economizadas sueldo a sueldo en treinta años que he estado al servicio del rey de Francia. De ellas doy cinco mil a Athos, cinco mil a Porthos, cinco mil a Aramis, para que se las den en mi nombre y en los suyos a mi amigo, el joven Raúl, vizconde de Bragelonne. Y las cinco mil restantes se las doy a Planchet, para que distribuya con menos disgusto las otras quince libras a mis amigos.

Para que conste, firmo las presentes.

D'ARTAGNAN.

Planchet: parecía estar muy deseoso de saber lo que había escrito
D'Artagnan:

—Lee, Planchet —le dijo el mosquetero.

Cuando llegó a las últimas líneas, se asomaron las lágrimas a los ojos de Planchet.

—¿Creéis que sin esto no hubiera dado el dinero? En este caso, no quiero vuestras cinco mil libras. D'Artagnan sonrió.

—Acepta, Planchet acepta; y de esta manera sólo perderás quince mil libras, en vez de veinte mil, y no te dará la tentación de hacer afrenta a la firma de tu amo y amigo, buscando un medio para no perder nada.

¡Tan bien, conocía D'Artagnan el corazón de los hombres y de los abaceros!

Los que han llamado loco a don Quijote porque marchaba sólo con Sancho a la conquista de un imperio, y los que han llamado loco a Sancho porque marchaba con su amo a la conquista del susodicho imperio, éstos, decimos, no hubieran formado ciertamente otro juicio sobre D'Artagnan y Planchet.

No obstante, él primero pasaba por un espíritu sutil entre los más finos talentos de la corte de Francia. Y en cuanto al segundo, había adquirido reputación de ser uno de los más aventajados cerebros entre los tenderos de la calle de los Lombardos, y por tanto de París, y con justicia de Francia.

Así es que, no considerando a estos dos hombres sino desde el punto de vista de todos los hombres, y los medios con cuyo auxilio contaban para reponer a un rey en su trono sino comparativamente a los otros medios, el más torpe caletre del país en que los caletres sean mas torpes se hubiese rebelado contra la presunción del teniente y la estupidez de su consocio.

Felizmente, D'Artagnan no era hombre para oír chismes que se divulgasen en derredor suyo, ni los comentarios que se hiciesen sobre su persona, pues había adoptado esta divisa: Hagamos y callemos; Planchet, por su parte, había prohijado ésta: Ruede la bola y no digamos nada. De aquí resultaba que, según la costumbre de todos los talentos superiores, estos dos hombres se congratulaban intrapectus de tener razón contra todo el mundo.

Para empezar, D'Artagnan se puso en camino con el tiempo más hermoso del mundo, sin nubes en el cielo; sin nubes en el alma, alegre y fuerte, tranquilo y decidido, lleno de resolución, y por tanto llevando consigo una dosis décuple de ese fluido poderoso que los sacudimientos del alma hacen saltar de los nervios y dan a la máquina humana una fuerza e influencia, de la cual, según todas las probabilidades, los siglos futuras podrán darse más cuenta, aritméticamente considerada, que la que nos damos en el día. Así, pues tomó, como en tiempos pasados, el camino fecundo en aventuras que le había conducido a Boulogne, y que recorría por cuarta vez. Al mismo tiempo que caminaba, casi pudo reconocer las huellas de sus pasos sobre las puertas de las posadas; su memoria, siempre viva, resucitaba ahora aquella juventud que, treinta años después, no había desmentido ni su gran corazón ni su puño de acero.

¡Qué naturaleza tan rica la de ese hombre! Tenía todas las pasiones, todos los defectos, todas las debilidades, pero el espíritu de contradicción familiar a su inteligencia, cambiaba todas esas imperfecciones en cualidades correspondientes. D'Artagnan, gracias a su imaginación, errante sin cesar, tenía miedo a una sombra, y avergonzado de haber tenido miedo, marchaba hacia ella, y entonces; hacía extraordinario por su bravura, si el peligro era real. Así es que todo era emociones en él. Amaba mucho la sociedad de otro, pero jamás se fastidiaba de la suya, y más de una vez, si se hubiera podido estudiarlo cuando permanecía solo, se le habría visto reírse de cuentecillos que se refería a sí propio, o de, imágenes burlescas que se creaba, justamente cinco minutos antes del momento en que debía comenzar el fastidio.

Esta vez quizá no estuvo D'Artagnan tan jovial como si hubiera tenido la perspectiva de encontrar buenos amigos en Calais, en lugar de los diez genizaros que hallaría; pero, sin embargo, la tristeza no le visitó más que una vez por jornada, de modo que fueron cinco visitas poco más o menos las que recibió de esta sombría deidad antes de vislumbrar el mar de Boulogne; además, las visitas fueron breves.

Pero una vez aquí, D'Artagnan se sintió cerca de la acción y desapareció todo sentimiento, a excepción de la confianza. De Boulogne siguió la costa hasta Calais.

Calais era la cita general, habiendo indicado a cada uno de sus enganchados la hostería *Él Gran Monarca*, donde la vida no era cara, donde los marineros condimentaban su rancho, y donde los hombres de armas encontraban cama, mesa, comida, y todas las dulzuras de la vida por treinta sueldos diarios.

D'Artagnan proponíase encontrarlos en flagrante delito de vida errante, y juzgar por la primera apariencia, debía contar con ellos como buenos compañeros.

A las cuatro y media de aquella misma tarde llegó a Calais, y se encaminó a la hostería *El Gran Monarca*.

Capítulo XXII

Los soldados de D'Artagnan

La hostería «*El Gran Monarca*» se encontraba situada en una calle paralela al puerto, sin dar al mismo; angulosas callejuelas cortaban las dos grandes líneas rectas del puerto y de la calle. Por estas callejuelas se desembocaba de la calle al puerto.

D'Artagnan llegó al puerto, dirigióse por una de estas calles y cayó inopinadamente ante la hostería El Gran Monarca.

El momento era bien escogido, y pudo recordar a nuestro hombre su presentación en la hostería El Molinero Franco, en Meung. Algunos marineros que acababan de jugar a los dados, habían armado pendencia y se amenazaban con furor. El posadero, la posadera y dos criados, vigilaban con ansiedad el corro de estos malos jugadores, en cuyo centro amenazaba estallar la guerra, erizada de hachas y cuchillos.

Entretanto proseguía el juego. Un banco de piedra estaba ocupado por dos hombres, que de este modo parecían vigilar a la puerta; cuatro mesas en el fondo de la sala común, estaban ocupadas por otros ocho individuos, y ni los hombres del banco, ni losa de las mesas tomaban parte en la pendencia ni en el juego. D'Artagnan reconoció a sus diez hombres en estos espectadores tan fríos e indiferentes.

La pendencia iba creciendo. Toda pasión tiene, como el mar, su marea que afluye y refluye. Un marinero, llegado al paroxismo de su pasión, echó al suelo la mesa y el dinero que sobre ella había, al instante todo el personal de la hostería se arrojó sobre las puertas y un crecido número de monedas blancas fueron recogidas por personas que se ocultaron; mientras los marineros se despedazaban mutuamente.

Solamente los dos hombres del banco y los ocho del interior, por más que pareciesen en un todo indiferentes entre sí, sólo, decimos, estos diez hombres parecía que estaban convenidos para permanecer impassibles en medio de los gritos, del furor y del ruido del dinero. Dos de ellos solamente se limitaron a rechazar con el pie a los combatientes que iban hasta debajo de su mesa.

Otros dos sacaron las manos de los bolsillos, pero sin tomar parte en la baraúnda, y otros dos, en fin, subieron sobre la mesa que ocupaban, como hacen para evitar ser sumergidas las personas, sorprendidas por una avenida de agua.

—¡Ea! —dijo interiormente D'Artagnan, que no había perdido ninguna de las circunstancias que acabamos de relatar—. ¡Bonita colección! Circunspectos, tranquilos, habituados al ruido, hechos a los golpes.

—¡Pardiez! Buena mano he tenido.

De repente fijó su atención en un punto de la sala.

Los dos hombres que habían dado con el pie a los combatientes, fueron insultados atrozmente por los marineros que acababan de reconciliarse.

Uno de ellos, medio embriagado de cólera y completamente de cerveza, se llegó al más pequeño de aquellos otros a interrogarle con qué derecho había

tocado con su pie a criaturas de Dios que no eran perros, y al hacer esta interpelación, puso, para hacerla más directa, su fuerte puño en la nariz del recluta de D'Artagnan.

Aquel hombre se puso pálido, sin poderse apreciar si la causa era el miedo o la cólera. Viendo lo cual el marinero dedujo que era por temor, y levantó el puño con la intención bien manifiesta de dejarlo caer sobre la cabeza del individuo; mas sin que se moviese el hombre amenazado, descargó tan fuerte puñetazo en el estómago del marinero, que lo hizo rodar hasta el fin de la sala con espantosos gritos.

—Al instante, hostigados todos los compañeros del vencido por el espíritu de cuerpo, cayeron sobre el vencedor.

Este último, con la misma sangre fría de que ya había dado prueba, y sin cometer la indiscreción de tocar a sus armas, empuñó un jarro de cerveza con el tapón de estaño, y tumbó a dos o tres de sus agresores; mas luego, como iba a sucumbir al mayor número, los otros siete silenciosos del interior, como no habían chistado siquiera, conocieron que se trataba de su causa y acudieron en su socorro.

Al mismo tiempo los dos indiferentes de la puerta volvieron la cara con un fruncimiento de cejas que indicaba su intención bien marcada de acometer al enemigo por la espalda, si el tal enemigo no cesaba en su agresión.

El posadero, sus criados y dos guardias de la ronda nocturna que pasaban, y que por curiosidad penetraron en la sala, fueron envueltos en la pelea y en los puñetazos.

Los parisienses descargaban como cíclopes, y con una uniformidad y táctica que era un primor; al fin, obligados a tocar en retirada ante el número, tomaron su atrincheramiento al otro lado de la gran mesa, que cuatro de ellos levantaron de común acuerdo, mientras los otros dos se armaban cada uno de un banco; de modo que, sirviéndose de aquellos útiles como de un gigantesco ariete, echaron por tierra de un solo golpe a ocho marineros, sobre cuyas cabezas habían hecho jugar su monstruosa catapulta.

Ya se hallaba el suelo escombrado de heridos y la sala llena de gritos y de polvo, cuando D'Artagnan, satisfecho de la prueba, adelantóse con la espada en la mano, e hiriendo con el pomo sobre todas las cabezas que encontró erguidas, pronunció un ¡hola! vigoroso, que al instante puso término a la lucha. Entonces, hubo una gran retirada del centro a la circunferencia y D'Artagnan se encontró solo y dominador.

—¿Qué sucede? —preguntó enseguida a la reunión con el tono majestuoso de Neptuno pronunciando el quos ego.

Al momento, y al primer acento de esta voz, para continuar la metáfora virgiliana, los reclutas del señor de D'Artagnan, reconociendo cada cual a su soberano señor, recogieron a un tiempo su cólera y sus banquetazos.

Los marineros, por su parte, viendo aquella larga espada desnuda, aquel aire marcial y aquel brazo ágil que llagaba al socorro de sus enemigos, en la persona de un hombre que parecía habituado al mando, recogieron al momento sus méritos.

Los parisienses se enjugaron la frente e hicieron una reverencia a su jefe.

D'Artagnan fue felicitado por el posadero de El Gran Monarca, a quien recibió como hombre que sabe que no se le ofrece nada de más, y declaró enseguida que mientras esperaba la comida iba a pasearse al puerto.

Al instante comprendieron el llamamiento los enganchados, y cada cual tomó su sombrero, cepilló su traje y siguió a D'Artagnan.

Pero éste, al mismo tiempo que examinaba todo, se guardó muy bien de detenerse; dirigióse a la playa y los diez hombres, asombrados de verse a la pista unos de otros, e inquietos de llevar a derecha, izquierda y detrás de sí a compañeros con los cuales no contaban, le siguieron echándose unos a otros terribles miradas.

Allá y en lo más retirado de la playa se volvió D'Artagnan hacia ellos, sonriendo al verlos tan separados; y haciéndoles un signo pacífico con la mano:

—¡Eh! ¡Aquí, señores! —dijo—. No nos devoremos; estáis hechos para vivir juntos; para entenderos en todas las cosas, y no para devoraros los unos a los otros.

Entonces terminaron las sospechas; los hombres respiraron, como si los sacaran de un ataúd, y se examinaron unos a otros con complacencia. Después de este examen fijaron los ojos en su jefe, quien conociendo de tiempos atrás el difícil arte de hablar a hombres de este temple, les pronunció el discurso siguiente, acentuado con energía completamente gascona:

—Señores: ya sabéis quién soy yo. Os he enganchado conociéndoos por intrépidos y queriendo asociaros a una expedición gloriosa. Figuraos que trabajando conmigo trabajáis por el rey únicamente, os prevengo que si dejáis escapar alguna cosa de esta suposición, me veré obligado a romperos al momento la cabeza de la manera que me sea más cómoda. No ignoráis, señores, que los secretos de Estado son como un mortal veneno; mientras este veneno esté en su redoma; y la redoma bien cerrada, a nadie perjudica; pero fuera de la redoma, mata. Ahora, acercaos a mí, y sabréis de este secreto lo que de él puedo deciros.

Todos se acercaron con un movimiento de curiosidad.

—Acercaos —continuó D'Artagnan—, y que el pájaro que pase por encima de nuestras cabezas, el conejo que corra en la ribera y el pez que salte fuera del agua no puedan escucharnos. Se trata de saber y de contar luego al señor superintendente de Hacienda cuánto daño causa a los comerciantes franceses el contrabando inglés. Entraremos por todas partes y lo veremos todo. Nosotros somos unos pobres pescadores picardos, arrojados a la costa por una borrasca, y venderemos pescado, ni más ni menos que como verdaderos pescadores. Pero puede acontecer que adivinen quiénes somos y nos molesten, en cuyo caso es urgente que estemos en estado de defendernos. Por eso os he escogido como a gente inteligente y de valor. Llevaremos nueva vida y no correremos gran peligro, en atención a que tenemos detrás un protector poderoso, gracias al cual no hay dificultad posible. Una sola cosa me contraría; pero confío en que, después de una corta explicación, me sacaréis del aprieto. Esta cosa que me contraría es llevar conmigo una tripulación de pescadores necios; que nos estorbarán enormemente, mientras que, si por ventura, hubiese entre vosotros gente que conociera el mar...

—¡Oh! Aquí estoy yo —murmuró uno de los reclutas de D'Artagnan—; he sido prisionero de los piratas de Túnez durante tres años y conozco las maniobras como un almirante:

—¡Ya veis —observó D'Artagnan—, qué cosa tan admirable es la casualidad!

D'Artagnan pronunció estas palabras con indefinible acento de fingida buena fe; porque D'Artagnan sabía bien que esta víctima de los piratas era un antiguo corsario, y lo había enganchado con conocimiento de causa. Pero D'Artagnan jamás decía más de lo que tenía precisión de decir, para dejar a las gentes en la duda. Se pagó, pues, de la explicación, y acogió el efecto sin parecer curarse de la causa.

—Y yo —repuso otro de los reclutas—, tengo casualmente un tío que dirige los trabajos del puerto de la Rochela, y siendo muy niño jugaba en las embarcaciones; de modo que sé manejar el remo y la vela, y desafío a que lo haga mejor el primer marinero ponentino.

Éste no mentía más que el otro: había remado seis años en las galeras de Su Majestad.

Otros dos fueron más sinceros, y confesaron ingenuamente que habían servido en un buque como soldados penados, de lo cual no se ruborizaban. D'Artagnan se encontró, pues, jefe de seis hombres aguerridos y de cuatro marineros, teniendo a un mismo tiempo ejército de tierra y mar, lo cual hubiera llevado al colmo el orgullo de Planchet, si Planchet hubiese conocido

estos detalles.

Ya sólo se trataba de la orden general, y D'Artagnan la dio muy precisa. Intimó a sus hombres que estuvieran dispuestos a salir para La Haya, siguiendo los unos el litoral que llega hasta Breskens, y los otros el camino que conduce a Amberes.

Calculando las marchas, fue dada la cita para después de quince días en la plaza, principal de La Haya.

D'Artagnan recomendó a sus hombres que se emparejasen, como mejor lo entendiesen, por simpatía, de dos en dos; y él mismo eligió entre los rostros menos patibularios dos guardias que había conocido en otro tiempo, y cuyas únicas faltas eran ser jugadores y borrachos. Estos hombres no perdieron toda idea de civilización, y bajo vestidos aseados hubieran vuelto a latir sus corazones. D'Artagnan, para no dar celos a los otros, les hizo marchar delante; y conservando a sus dos favoritos los vistió con sus propios atavíos y salió con ellos.

A éstos, a quienes parecía honrar con una confianza absoluta, fue a quienes D'Artagnan hizo una falsa confidencia, destinada a garantizarles el buen éxito de la expedición. Confesóles que se trataba, no ya de ver los perjuicios que el contrabando inglés podía causar al comercio francés, sino al contrario, los daños que el contrabando francés podía hacer al comercio inglés. Estos hombres parecieron convencidos, y lo estaban, en efecto. D'Artagnan hallábase persuadido de que al primer exceso, y cuando estuviesen muertos de embriaguez, uno de los dos divulgaría este secreto capital a la compañía. Su plan le parecía infalible. Quince días después de lo que acabamos de presenciar en Calais, todo el ejército se hallaba reunido en La Haya.

Entonces vio D'Artagnan que todos sus hombres, con una inteligencia notable, se habían disfrazado de marineros más o menos derrotados por la mar:

D'Artagnan les dejó dormir en un chiribitil de Newkerke Street, y él se alojó en el gran canal.

Supo que el rey de Inglaterra se había acercado a su aliado Guillermo II de Nassau, estatúder de Holanda. Entonces supo también que la negativa de Luis XIV había disminuido un paco la protección que hasta entonces se le concediera, y que en consecuencia había ido a confinarse en una casita de la aldea de Scheveningen, situada en la playa a orillas del mar, a una legua corta de La Haya.

Allí, según se decía, el desgraciado proscrito se consolaba de su destierro, mirando con la tristeza particular a los príncipes de su raza, aquella mar inmensa del Norte que le separaba de su Inglaterra, como en otro tiempo había

separado a María Estuardo de Francia. Allí, detrás de algunos árboles del magnífico bosque de Scheveningen y sobre la fina arena donde crecían los dorados arbustos de la playa, Carlos II vegetaba como ellos, más desgraciado que ellos, porque existía con la vida del pensamiento, y esperaba y desesperaba al propio tiempo.

D'Artagnan se adelantó una vez hasta Scheveningen para asegurarse de lo que se contaba con respecto al príncipe. Vio, efectivamente, a Carlos II, pensativo y solo, salir por una pequeña puerta que daba al bosque y pasearse por la ribera, al sol poniente, sin llamar siquiera la atención de los pescadores, quienes al avanzar la noche sacaban sus barcos sobre la arena de la playa; como los antiguos marinos del archipiélago.

D'Artagnan conoció al rey; a quien vio fijar su mirada sombría sobre la inmensa extensión de las aguas, y absorber en su pálido semblante los rojizos rayos del sol, cortado ya por la negra línea del horizonte. Luego entró Carlos II en la casa aislada, siempre solo, siempre lento y triste, y distrayéndose en hacer crujir bajo sus pasos la movediza arena.

Aquella misma noche alquiló D'Artagnan por mil libras una barca de pescadores que valía cuatro mil; aquéllas mil las pagó en el acto, y depositó las otras tres mil en casa del burgomaestre: Después de lo cual, embarcó, sin que nadie lo viese y en la obscuridad de la noche, a los seis hambres que formaban su ejército terrestre; y al subir la marea, a eso de las tres de la mañana, ganó la alta mar maniobrando ostensiblemente con los cuatro hombres y descansando en la ciencia de su galeote, como si hubiese sido el primer piloto del puerto.

Capítulo XXIII

Donde el autor se ve obligado, aunque a pesar suyo, a hacer un poco de historia

Mientras los reyes y los hombres se ocupaban de este modo de Inglaterra, que se gobernaba sola, y que, necesario es decirlo en su elogio, jamás había estado peor gobernada, un hambre sobre quien Dios había fijado su mirada y puesto su dedo, un hambre predestinado a escribir su nombre con letras de oro en el libro de la historia, proseguía a la faz del mundo una obra llena de misterio y de audacia. Iba, y nadie sabía adónde quería ir, pues no sólo Inglaterra, sino también Francia y Europa veíanle marchar con paso firme y erguida la cabeza.

Monk acababa de declararse por la libertad del Rump Parliament, esto es,

del Parlamento Rabadilla, como entonces se le llamaba; Parlamento al que el general Lambert, imitando a Cromwell, del cual había sido lugarteniente, concluía de bloquear tan estrechamente, para obligarle a hacer su voluntad, que ningún miembro durante el bloqueo había podido salir de él, y sólo uno, Pedro Wentworth, había logrado entrar.

Lambert y Monk: todo se resumía en estos, dos hombres, representantes el primero del despotismo militar, y el segundo del republicanismo puro. Estos dos hombres eran los únicos representantes de esta revolución en la que Carlos I perdió su corona, y después a la vida. Lambert no disimulaba sus miras, que se dirigían a establecer un gobierno puramente militar, y a constituirse en jefe de este gobierno. Monk, decían unos, republicano intransigente, quería mantener el rump parliament, representación visible, aunque degenerada, de la república. Monk, diestro, ambicioso, lo hacían otros, deseaba convertir este Parlamento, al que parecía, proteger, en sólido escalón para subir al trono que Cromwell había dejado vacío, mas sobre el cual no se había decidido a sentarse. Y Lambert, persiguiendo al Parlamento, y Monk, declarándose por él, se habían manifestado adversarios uno de otro.

De esta manera, Monk y Lambert habían pensado antes de todo en adquirir cada cual un ejército; Monk en Escocia, donde permanecían los presbiterianos y los realistas, es decir, los descontentos; Lambert en Londres, donde se hallaba como siempre la más ruda oposición contra el poder que delante de sus ojos tenía.

Monk había pacificado a Escocia, donde se había formado un ejército y creado un asilo. Sabía que aún no había llegado la hora señalada por el Señor para un gran cambio, así es que su espada parecía pegada a la vaina. Inexpugnable en su feroz y monstruosa Escocia, general absoluto, rey de un ejército de once mil soldados veteranos, que mas de una vez había conducido a la victoria; tan bien o mejor instruido de los negocios de Londres como el mismo Lambert, que tenía guarnición en la City; tal era la posición de Monk cuando se pronunció por el Parlamento a cien leguas de distancia de Londres. Lambert por el contrario, como ya hemos dicho, habitaba la capital, el centro de todas sus operaciones, dónde reunía en derredor suyo a todos sus amigos y a todo el pueblo bajo, eternamente inclinado a amar a los adversarios del poder constituido.

En Londres supo Lambert el apoyo que desde las fronteras de Escocia prestaba Monk al Parlamento. Conoció que no había tiempo que perder, y que el Tweed no estaba tan separado del Támesis como para que un ejército no pudiese saltar de una orilla a otra, principalmente si estaba bien mandado. Además, sabía que, a medida que, penetrasen en Inglaterra los soldados de Monk, formarían en el camino esa bola de nieve, emblema del globo de la fortuna, que no es para el ambicioso más que un escalón siempre ascendente

para llevarle a su fin. Reunió, pues, su ejército, formidable a la vez por su composición y por su número; y corrió al encuentro de Monk, quien semejante a un marino discreto que boga en medio de escollos, se adelantó a cortas jornadas, arrogante, escuchando el ruido y husmeando el aire que venía de Londres.

Los dos ejércitos divisáronse a la altura de Newcastle. Lambert llegó primero y acampó en la misma ciudad.

Monk, hizo alto donde estaba, y estableció su cuartel general en Coldstream, sobre el Tweed.

La vista de Lambert propagó la alegría en el ejército de Monk, mientras que, por el contrario, la vista de Monk infundió el desorden en el de Lambert. Hubiérase creído que estos intrépidos batalladores, que tanto ruido habían hecho en las calles de Londres, se habían puesto en marcha con la esperanza de no hallar a nadie, y que ahora, viendo que habían encontrado un ejército, y que este ejército enarbolaba delante de ellos, no sólo un estandarte, sino también una causa y un principio, hubiérase creído, decimos, que estos intrépidos batalladores se habían puesto a reflexionar que ellos eran menos buenos republicanos que los soldados de Monk, puesto que éstos sostenían al Parlamento, mientras que Lambert no sostenía a nadie, ni aun a sí mismo.

En cuanto a Monk, si hubo de reflexionar, o si reflexionó, eso debió ser muy tristemente, porque la historia cuenta, y esta púdica señora no miente nunca, como es sabido, que el día de su llegada a Coldstream se buscó un carnero inútilmente por toda la ciudad.

Si Monk hubiese mandado un ejército inglés ya hubiera tenido bastante con esto para que todo él desertara. Mas no sucede lo mismo a los escoceses que a los ingleses, a quienes esa carne fluida que se llama sangre es de toda necesidad. Los escoceses, raza humilde y sobria, viven de una poca cebada molida entre dos piedras, desleída con agua de la fuente, y cocida sobre una losa enrojecida.

Los escoceses, después de hecha la distribución de cebada; no se apesadumbraron porque hubiese o no carne en Coldstream.

Monk, no familiarizado con las tortas de cebada, tenía hambre, y su Estado Mayor, no menos hambriento que él, miraba con ansiedad a derecha e izquierda para saber lo que se preparaba de comida.

Sus exploradores encontraron la ciudad desierta y los almacenes vacíos; y no había que contar en Coldstream ni con carniceros ni con panaderos. Así es que no encontraron ni el menor trozo de pan para la mesa del general.

A medida que se sucedían estas noticias, tan poco tranquilizadoras unas

como otras, viendo Monk el espanto y el decaimiento en todos los semblantes, afirmó que no tenía hambre. Además, comerían a la mañana siguiente, pues Lambert estaba allí con probable intención de dar la batalla, y, por tanto, de entregar sus provisiones si era forzado en Newcastle, o para librar del hambre definitivamente a los soldados de Monk si salía vencedor.

Este consuelo no fue eficaz sino para un escaso número, lo cual importaba muy poco a Monk, porque Monk era muy absoluto, bajo apariencia de la más perfecta dulzura.

Cada cual se vio precisado a quedar satisfecho, o a demostrarlo por lo menos. Monk, tan hambriento como su tropa, pero afectando la mayor indiferencia por ese carnero, ausente, cortó un pedazo de tabaco de media pulgada, de manos de un sargento que formaba parte de su séquito, y comenzó a masticar el referido fragmento, asegurando a sus oficiales que el hambre era una quimera, y que además se tenía hambre con tal de que se tuviese algo que poner entre los dientes.

Esta chanzoneta satisfizo a algunos de aquellos que habían resistido a la primera deducción que Monk sacó de la vecindad de Lambert: el número de los pertinaces disminuyó, la guaria se instaló, las patrullas comenzaron, y el general continuó su frugal desayuno en la tienda abierta.

Entre su campo y el de su enemigo se alzaba una antigua abadía, cuyas ruinas apenas existen hoy, pero que entonces permanecían en pie, y se llamaba la abadía de Newcastle. Estaba construida sobre un vasto terreno, independiente a un tiempo de la llanura y de la ribera porque casi era un pantano alimentado por las lluvias. No obstante, en medio de estos charcos, cubiertos de grandes hierbas, juncos y cañas, veíanse sobresalir terrenos sólidos, consagrados en otro tiempo a huerta, parque y jardín, y a otras dependencias de la abadía, parecida a una de esas grandes arañas de mar, cuyo cuerno es redondo, mientras que sus patas salen de esta circunferencia en distintas direcciones.

Monk hizo guardar la huerta como el lugar más propio para las sorpresas, y mucho más allá de la abadía veíanse los fuegos del general enemigo; pero entre éstos y aquélla, corría el Tweed desarrollando sus luminosas escamas bajo la densa sombra de las grandes encinas.

Monk conocía perfectamente esta posición, pues Newcastle y sus cercanías le sirvieron más de una vez de cuartel general. Sabía perfectamente que durante el día era posible que su enemigo fuese a intentar una escaramuza en las ruinas, pero que se guardaría de aventurarse a ello por la noche. Así es que, se encontraba en seguridad.

De este modo pudieron verle sus soldados, después de lo que él llamaba

fastuosamente su comida, esto es, del ejercicio de masticación antes referido, dormir sentado en una silla de junco, como después hizo Napoleón en la víspera de la acción de Austerlitz, la mitad a la luz de una lámpara, y la otra mitad a los reflejos de la luna, que comenzaba a remontarse a los cielos.

Lo cual quiere decir que eran las nueve y media de la noche, poco más o menos.

De pronto sacudió esta especie de medio sueño, fingido quizá, porque vio un pelotón de soldados que, corriendo con alegres gritos, acababan de pisar a las varetas de la tienda de Monk, zumbando desde este sitio para despertarle.

No era preciso un ruido tan grande. El general abrió los ojos.

—¿Qué, hijos míos, qué sucede? —preguntó el general.

—¡General! —gritaron muchas voces—. Comeréis hoy.

—He comido, señores —respondió tranquilamente éste—, y estaba haciendo la digestión, como habéis visto. Pero, pensad y decidme lo que os trae aquí.

—General una buena noticia.

—¡Bah! ¿Dijo Lambert que nos batiremos mañana?

—No, pero hemos apresado una barca de pescadores que conducía pesca al campamento de Newcastle.

—Y habéis hecho mal, amigos míos. Esos señores de Londres son delicados, y hacen ahora el primer servicio; vais a ponerlos de muy mal humor esta noche, y mañana serán inexorables. Creedme, sería de muy buen gusto enviar al señor Lambert esos pescados y esos pescadores, a menos que...

El general reflexionó algunos segundos.

—Decidme, si gustáis —continuó—, ¿quiénes son esos pescadores?

—Marineros picardos que pescaban en las costas de Francia u Holanda, y a quienes un tempestuoso viento ha arrojado a las nuestras.

—¿Alguno de ellos habla en nuestra lengua?

—El jefe ha dicho unas palabras en inglés.

A medida que le daban tales explicaciones, despertábase la desconfianza del general.

—Está bien —dijo—, quiero ver a esos hombres; traédmelos.

Salió un oficial, para ir en busca de ellos.

—¿Cuántos son —añadió Monk—, y qué clase de buque tripulan?

—Son diez o doce, mi general, y montan una especie de quechemarín, como ellos llaman, de construcción holandesa, según parece.

—¿Y decís que llevaban pescado al campamento de Lambert?

—Sí, general, y aun parece que han hecho buena pesca.

—Bien, lo veremos ahora —dijo Monk.

En aquel mismo momento volvía el oficial conduciendo al jefe de los pescadores, hombre de unos cincuenta y cinco años, poco más o menos, de buena presencia. Su estatura era mediana, y vestía jubón de lana basta y gorro calado hasta las cejas; llevaba un cuchillo ceñido a la cintura, y andaba con esa vacilación propia de los marineros, que no sabiendo nunca, gracias al movimiento de sus barcos, si ponen el pie en firme o en vago, dan a sus pasos una fijeza tan segura, como si se tratase de clavar una estaca.

Con una mirada penetrante contempló Monk largo tiempo al pescador, que comenzó a sonreírse de esa manera, mitad picaresca y mitad necia; particular a nuestros campesinos.

—¿Hablas inglés? —le preguntó Monk en— correcto francés.

—¡Ah! Muy mal, milord —respondió el pescador.

Esta contestación fue hecha más bien con la acentuación viva de las gentes de más allá del Loira, que con el acento un poco tardo de las comarcas del Oeste y del Norte de Francia.

—Pero lo hablas —insistió Monk, para estudiar otra vez este acento.

—Nosotros, la gente de mar —respondió el pescador—, hablamos algo todas las lenguas.

—¿Conque eres marinero pescador?

—Sí, milord, pescador, y aun famoso pescador. He pescado un labro que pesa treinta libras por lo menos, más de cincuenta mújoles y una multitud de pescadillas que están riquísimas en una fritura.

—Creo que tú has hecho más pesca en el golfo de Gascuña que en el canal de la Mancha —dijo Monk sonriendo:

—En efecto, soy del Mediodía, pero ¿esto impide que uno sea excelente pescador?

—No, y te compró tu pesca. Ahora, di con franqueza: ¿a quién la destinabas?

Milord, no os ocultaré que iba a Newcastle, siguiendo toda la costa, cuando un pelotón de jinetes que subía la orilla en sentido contrario hizo señas a mi

barca de que volviese atrás hasta el campamento de Vuestro Honor, so pena de una descarga de mosquetería. Como yo no estaba armado en guerra —repuso el pescador sonriendo—, obedecí.

—¿Y por qué ibas al campo de Lambert y no al mío?

—Milord, seré sincero, si lo permite vuestra señoría.

—Sí; y; si es preciso, te lo mando.

—Pues bien, milord: iba al campo del señor Lambert, porque esos señores de la ciudad pagan bien, mientras que vosotros, los escoceses, puritanos, presbiterianos, o como queráis llamaros, coméis poco y no pagáis mejor.

—¿Y por qué siendo del Mediodía, vienes a pescar a estas costas?

—Porque he hecho la necesidad de casarme en Picardía.

—Bien, pero la Picardía no es Inglaterra.

—Milord, el hombre pone el buque en la mar pero el cielo y el viento hacen lo que falta y conducen al buque donde les acomoda.

—¿Luego no teñáis intención de abordar a nuestra playa?

—Nunca.

—¿Y qué ruta llevabas?

—Volvíamos de Ostende, cuando de repente se levantó viento recio de Mediodía, que nos hizo torcer, el rumbo; entonces, conociendo que era inútil luchar contra él, enfilamos en su dirección, y ha sido necesario, para no perder la pesca que era buena, ir a venderla al puerto más cercano de Inglaterra; y como este puerto más cercano era Newcastle y la ocasión propicia, se decían, pues había exceso de población en el campo, y exceso de población en la ciudad, porque uno y otra estaban llenos de caballeros muy ricos y muy hambrientos, me dirigí hacia Newcastle.

—¿Y dónde se hallan tus campaneros?

—¡Oh! Mis compañeros se han quedado a bordo; porque son marineros sin instrucción ninguna.

—Y tú... —dijo Monk.

—¡Ah!: Yo —dijo el patrón riendo—, he corrido mucho con mi padre, y sé cómo se dice un sueldo, un doblón, un luis y un luis doble en todos los idiomas de Europa; así es que mi tripulación me escucha como un oráculo, y me obedece como a un almirante.

—¿De modo que fuiste tú quien escogió al señor Lambert como el mejor parroquiano o comprador?

—Cierto que sí, milord, y sed franco: ¿me había equivocado?

—Eso ya lo veras más tarde.

—En todo caso, milord, si hay culpa, mía es, y no hay por qué molestar a mis camaradas.

—Vaya un tunante con talento pensó Monk.

Después de unos minutos de silencio, empleados en examinar al pescador, le preguntó el general:

—Me has dicho que vienes de Ostende.

—Sí, milord, en línea recta.

—Entonces, habrás oído hablar de los asuntos actuales, porque no dudo que se ocupan mucho de ellos en Francia y en Holanda. ¿Qué hace ahora, ese que se llama rey de Inglaterra?

—¡Oh! Milord —exclamó el pescador con expansiva franqueza—, he ahí una pregunta magnífica, y a nadie os habéis podido dirigir mejor que a mí; porque, en verdad, puedo daros una respuesta famosa. Figuraos, milord, que al arribar a Ostende para vender allí las pocas sardas que habíamos pescado, vi al ex rey, que se paseaba por las dunas, esperando los caballos que debían conducirlo a La Haya, es un hombre muy pálido, de cabellos negros y el semblante algo duro. Tenía todo el aspecto de no estar bueno, y creo que el aire de Holanda no le es provechoso.

Monk seguía con gran atención las palabras rápidas y llenas de colorido del pescador, dichas en una lengua que no era la suya; pero ya hemos dicho que Monk la hablaba con facilidad. El pescador, por su parte, empleaba algunas veces una palabra francesa, otras una inglesa, y a veces otra que no pertenecía a ninguna lengua y que era gascona. Pero sus ojos hablaban por él y tan elocuentemente, que bien podía perderse una palabra de su boca, mas no la menor intención de sus ojos.

El general parecía cada vez más satisfecho de su examen.

—Tú habrás oído decir, que ese ex rey, como tú le llamas, se dirigía a La Haya con algún objeto.

—¡Oh! Sí —dijo el pescador—, he oído decir eso.

—¿Y con qué objeto?

—Siempre el mismo —dijo el pescador—; ¿no tiene la idea fija de volver a Inglaterra?

—Es cierto —dijo Monk pensativo.

—Sin contar —añadió el pescador— con que el estatúder... ya sabéis, Guillermo II...

—¿Qué?

—Le auxiliará con todo su poder.

—¡Ah! ¿Tú has oído decir eso?

—No, pero así lo creo.

—Según parece, estás fuerte en política —observó Monk.

—¡Oh! Nosotros los marineros, milord, que tenemos la costumbre de estudiar el agua y el aire, es decir las dos cosas más movibles del mundo, es muy extraño que nos equivoquemos acerca de lo demás.

—Veamos —dijo Monk cambiando de conversación—, dicen que nos vas a dar de comer opíparamente.

—Haré lo que pueda, milord.

—¿En cuánto nos vendes tu pesca?

—Buen necio sería si le pusiera precio.

—¿Y por qué?

—Porque, mi pesca os pertenece.

—¿Con qué derecho?

—Con el del más fuerte.

—Pero mi intención es pagártela.

—Eso es muy generoso, milord.

—Entonces, ¿qué es lo que pides?

—Yo pido irme.

—¿Dónde? ¿Al campo del general Lambert?

—¡Yo! —murmuró el pescador—. ¿Y por qué había de ir a Newcastle, cuando ya no tengo pescado?

—En todo caso, óyeme.

—Oigo.

—Un consejo.

—¡Cómo! ¿Milord quiere pagarme y darme además un buen consejo? ¡Milord me favorece demasiado!

Monk miró fijamente al pescador sobre el cuál parecía conservar alguna sospecha.

—Sí, deseo pagarte y darte un consejo, porque ambas cosas tienen relación. De modo que si vas al campo del general Lambert...

El pescador hizo cierto movimiento de cabeza y de hombros, que significaba:

—Si es así no le contrariemos.

—No atraveses el pantano prosiguió Monk; llevarás dinero, y encontrarás emboscadas de escoceses que he apostado allí. Son gente poco tratable, que comprende mal la lengua que hablas, aunque parezca componerse de tres idiomas, y que podrían quitarte lo que te hubiese dado, y al volver a tu país no dejarías de decir que el general tiene dos manos, una escocesa y otra inglesa, y que tal vez quita con la mano escocesa lo que da con la mano inglesa.

—¡Oh! General, yo iré donde queráis, estad tranquilo —dijo el pescador con un temor muy expresivo para no ser exagerado—. Yo no pido más que permanecer aquí, si queréis que me quede.

—Te creo —dijo Monk—; mas, sin embargo, no puedo conservarte en mi tienda.

—No tengo tal pretensión, milord, y únicamente deseo que vuestra señoría me indique dónde desea que esté. No os molestéis; una noche se pasa muy pronto.

—Pues voy a hacerte llevar a tu barca.

—Como le plazca a vuestra señoría. Y si quiere hacerme conducir por un carpintero, le quedaré agradecido altamente.

—¿Cómo es eso?

—Porque esos señores de vuestro ejército al hacer remontar la orilla a mi barca con el cable de que tiraban los caballos, la han destrozado un poco con las rocas de la ribera, de suerte que por lo menos tengo dos pies de agua en mi cala, milord.

—Un motivo más para que cuides de tu barco.

—Milord, estoy a vuestras órdenes —dijo el pescador—. Voy a descargar mis canastas donde queráis; luego me pagaréis, si os place, y me volveréis a ver si la cosa os conviene.

Ya veis que yo me acomodo fácilmente.

—Vamos, vamos, eres un buen diablo —dijo Monk, cuya mirada escrutadora no había podido hallar una sola sombra en la limpidez de los ojos

del pescador.

—¡Hola!

Digby, un ayudante de campo se presentó.

—Conduciréis a este buen hombre y a sus camaradas a las tiendas de las cantinas, delante de los pantanos; así, estarán cerca de su barca y no se acostarán en agua esta noche. ¿Qué sucede Spithead?

Spithead era el sargento a quien Monk había tomado un pedazo de tabaco para comer.

Spithead, al pasar a la tienda del general sin ser llamado, motivaba aquella pregunta.

—Milord —dijo—, un caballero francés se ha presentado en las avanzadas, y solicita hablar a Vuestro Honor.

Mas, aunque la conversación fuese en esta lengua, el pescador hizo un ligero movimiento, que Monk, ocupado con el sargento, no notó.

—¿Y quién es ese caballero? —preguntó Monk.

—Milord —respondió Spithead—, me lo ha, dicho; pero esos nombres franceses son tan difíciles de pronunciar para un gazonero escocés, que no he podido retenerlo. Por lo demás, ese caballero, según me han manifestado los centinelas, es el mismo que se presentó ayer, y que Vuestro Honor no quiso recibir.

—Es cierto, tenía consejo de oficiales.

—¿Decidís algo respecto a ese caballero?

—Que le conduzcan aquí.

—¿Será menester tomar precauciones?

—¿Cuáles?

—Vendarle los ojos, por ejemplo.

—¿Para qué? Sólo verá lo que yo deseo que vea, esto es, que tenga en derredor mío once mil valientes deseando morir en honor del parlamento de Escocia e Inglaterra.

—¿Y este hombre, milord? —dijo Spithead mostrando al pescador, que durante el diálogo había permanecido en pie e inmóvil, como hombre que ve, pero que no entiende.

—¡Ah! Es verdad —dijo Monk. Y volviéndose hacia el vendedor de pescado, le dijo:

—Hasta más ver, querido; ya te he buscado una cama. Digby, condúcelo. No temas nada, que al instante se te enviará tu dinero.

—Gracias, milord —dijo el pescador.

Y, tras saludar, salió seguido de Digby.

A cien pasos de la tienda encontró a sus compañeros, que cuchicheaban con una locuacidad no exenta, al parecer, de inquietud. Pero les hizo una seña que los calmó.

—¡Hola! Vosotros —dijo el patrón—, venid acá, Su Señoría, el general Monk, tiene la generosidad de pagarnos nuestro pescado, y la amabilidad de darnos hospitalidad esta noche.

Los pescadores se unieron a su jefe, y conducidos por Digby se encaminaron hacia las cantinas, lugar que se, les había destinado, según sabernos.

Al marchar hacia este punto, los pescadores pasaron en la obscuridad junto al soldado que conducía al caballero francés, a caballo y embozado en la capa, lo cual hizo que el patrón no pudiese verle, por grande que fuera su curiosidad. En cuanto al caballero, ignorando que tan cerca tuviera compatriotas, no paró la atención en la pequeña caravana.

El ayudante instaló a sus huéspedes en una tienda bastante capaz, de donde fue desalojada una cantinera irlandesa que fue a acostarse con sus hijos donde la suerte la deparó. Una buena fogata ardía delante de esta tienda, y extendía su resplandor purpúreo sobre los húmedos matorrales del pantano, que rizaba una brisa bastante fresca. Hecha la instalación, el ayudante de campo dio las buenas noches a los marineros, haciéndoles observar que desde el umbral de la tienda veíanse las jarcias de la barca que se balanceaba sobre el Tweed, prueba patente de que aún no se había ido a pique. Este espectáculo pareció alegrar infinitamente al jefe de los pescadores.

Capítulo XXIV

Un tesoro

El caballero francés que Spithead anunciara a Monk, y que tan bien envuelto en su capa había pasado al lado del pescador que salía de la tienda del general cinco minutos antes de que él entrase, atravesó los diferentes puestos sin dirigir siquiera la vista en derredor suyo, temeroso de parecer indiscreto. Según las órdenes dadas, fue conducido a la tienda del general, en cuya antecámara le dejaron solo aguardando a Monk, que no tardó en

presentarse más tiempo que el necesario para escuchar el informe de su gente y estudiar por el tabique de lienzo el rostro del que pedía una entrevista.

Sin duda el informe de los que habían acompañado al gentilhomme francés hablaba de la discreción con que se condujo; porque la primera impresión que sintió el extranjero de la acogida que se le hacía por parte del general, fue más favorable de lo que debía esperarse en semejante momento, y de parte de un hombre tan suspicaz. Monk, por su parte, según su costumbre, cuando se halló en presencia del extranjero, fijó en él sus penetrantes miradas, que el extranjero sostuvo sin dificultad ni embarazo. Después de algunos segundos, el general le hizo una seña con la mano y con la cabeza en demostración evidente de que aguardaba.

—Milord —dijo el gentilhomme en correcto inglés—, he pedido una entrevista a Vuestro Honor, para un asunto importante.

—Caballero —contestó Monk en francés—, muy puramente habláis nuestra lengua para un hijo del continente. Os pido perdón, porque sin duda es indiscreta la pregunta: ¿habláis el francés con igual pureza?

—Nada tiene de extraño, milord, que hable inglés con bastante familiaridad, porque en mi juventud viví en Inglaterra, y después he hecho a ella dos viajes.

Estas palabras fueron dichas en francés y con tal pureza de lenguaje que denunciaba no solo a un francés, sino también a un francés de las cercanías de Tours.

—¿Y en qué parte de Inglaterra habéis vivido, caballero?

—Durante mi juventud en Londres, milord; luego, hacia el año 1635, hice un viaje de placer a Escocia, y por último, en 1648, habité algún tiempo en Newcastle, particularmente en el convento, cuyos jardines se encuentran ocupados por vuestro ejército.

—Dispensadme, caballero, pero... ya comprenderéis estas preguntas, ¿no es cierto?

—Me sorprendería, milord, que no se me hicieran.

—Ahora, caballero, ¿qué puedo hacer en vuestro servicio y qué deseáis de mí?

—Helo aquí, milord; pero ¿estamos solos?

—Sí, solos, caballero, a excepción del destacamento que nos guarda. Y diciendo estas palabras, separó Monk el lienzo de la tienda, y demostró al caballero que el centinela permanecía a diez pasos de distancia, y que al primer llamamiento podía acudir gente en un segundo.

—En ese caso, milord —dijo el caballero con tono tan tranquilo como si desde mucho tiempo estuviese ligado por la amistad con su interlocutor—, estoy completamente decidido a hablar a Vuestro Honor, porque sé que sois hombre honrado. Por lo demás, la comunicación que voy a haceros os demostrará la estimación que os tengo.

Sorprendido Monk de este lenguaje que establecía entre él y el caballero francés la igualdad, por lo menos, alzó su penetrante mirada sobre el extranjero, y con una ironía sensible tan sólo por la inflexión de voz, pues no se movió siquiera un músculo de su fisonomía.

—Os doy las gracias, señor —dijo—; pero, si gustáis, decidme primeramente quién sois.

—Ya he manifestado mi nombre, al sargento de vuestra guardia, milord.

—Perdonadle, caballero, es escocés y ha tenido dificultad en retenerlo.

—Me llamo conde de la Fère repuso Athos.

—¿El conde de la Fère? —dijo Monk como queriendo recordar alguna cosa—. Dispensad, caballero, pero me parece que ésta es la vez primera que oigo ese nombre. ¿Desempeñáis algún cargo en la corte de Francia?

—Ninguno. Soy un simple gentilhombre.

—¿Alguna dignidad?

—El rey Carlos I me hizo caballero de la Jarretiera, y la reina Ana de Austria me concedió el cordón del Espíritu Santo. Estas son mis únicas dignidades, señor.

—¡La Jarretiera! ¡Espíritu Santo! ¿Sois caballero de estas dos órdenes, señor?

—Sí.

—¿Y por qué os fue concedido tal favor?

—Por servicios prestados a Sus Majestades...

Monk miró asombrado a este hombre, que parecía tan sencillo y tan grande al mismo tiempo. Luego, como si hubiera renunciado a penetrar este misterio de sencillez y de grandeza, sobre el cual el extranjero no parecía estar dispuesto a dar más explicaciones, dijo:

—¿Sois vos quien se presentó ayer en las avanzadas?

—Y a quien despidieron; sí, mi lord.

—Muchos, capitanes no permiten entrar a nadie en su campo, y sobre todo, en la víspera de una batalla probable; pero yo difiero de mis colegas, y no me

gusta dejar a nadie detrás de mí. Todo consejo es bueno para mí; todo peligro me lo envía el cielo, y yo lo peso en mi mano con la energía que me ha dado. Así es que ayer fuisteis despedido a causa del Consejo que yo estaba celebrando. Mas hoy que estoy libre podéis hablar.

—Milord, habéis hecho tanto mejor en recibirme; cuanto que para nada se trata ni de la batalla que vais a dar al general Lambert, ni tampoco de vuestro campamento; y la prueba es que yo he vuelto la cabeza a otro lado para no ver vuestros hombres, y cerrado los ojos para no contar vuestras tiendas. No, milord, yo vengo a hablaros para asuntos míos.

—Hablad pues, caballero —dijo el general.

—Hace poco —continuó Athos—, tenía el honor de deciros que he habitado mucho tiempo en Newcastle; esto era en tiempo de Su Majestad Carlos I y cuando el difunto rey fue entregado al señor Cromwell por los escoceses.

—Ya lo sé —dijo fríamente Monk—. En aquel tiempo tenía yo una crecida suma de dinero en oro, y la víspera de la batalla, por presentimiento tal vez de las cosas que iban a suceder al otro día, la escondí en la cueva del convento de Newcastle, y en la torre cuya cúspide argentada por la luna divisáis desde este sitio. Allí, pues, ha sido enterrado mi tesoro, y venía a suplicar a Vuestro Honor me permita que lo retire antes que, dirigiéndose tal vez la batalla hacia este sitio, una ruina o cualquier otro ardid de guerra destruya el edificio y sepulte mi oro, o lo ponga de manifiesto de tal manera que los soldados se apoderen de él.

Monk conocía a los hombres, y vio en el rostro de éste toda la energía, toda la justicia y toda la circunspección posibles; no podía atribuir sino a una confianza magnánima la revelación del gentilhombre francés, de la cual mostróse profundamente conmovido.

—En efecto, caballero —dijo—, que habéis augurado bien de mí. Pero ¿esa cantidad vale la pena de que os expongáis? ¿Creéis que esté todavía en el lugar que la dejasteis?

—Sí está, señor, no lo dudéis.

—Eso es responder a una pregunta, pero no a la otra... Os he preguntado si la cantidad era tan crecida que mereciese exponeros así.

—Sí, milord, es realmente crecida, porque es un millón que enterré en dos barriles.

—¡Un millón! —murmuró Monk, a quien esta vez miró Athos fija y largamente.

Monk lo notó y volvió a su desconfianza.

—Este es un hombre —dijo para sí— que me tiende un lazo. De suerte, caballero —repuso—, ¿que queréis retirar esa cantidad?

—Si gustáis, milord. ¿Cuándo?

—Esta misma noche, a causa de las circunstancias que os he explicado.

—Pero, caballero —repuso Monk—, el general Lambert está tan cerca de la abadía donde tenéis que buscarlo como yo. ¿Por qué, pues, no os habéis dirigido a él?

—Porque, milord, cuando se obra en circunstancias semejantes es menester consultar al instante antes que todo; pues bien, el general Lambert no me inspira la confianza que vos me inspiráis.

—Bien, caballero. Haré de modo que encontréis vuestro dinero, si es que todavía está allí, porque, en fin, puede ser que no esté. Desde 1648 han transcurrido doce años, y con ellos muchos acontecimientos.

Monk insistía en este punto para ver si el caballero francés se aprovechaba de la escapatoria que le, proporcionaba; pero Athos no pestañeó siquiera.

—Os confieso milord —dijo con firmeza—, que mi convicción con respecto al sitio de los dos barriles es que no han cambiado de lugar ni de dueño.

Esta respuesta quitó a Monk una sospecha, pero le sugirió otra. Sin duda, aquel francés era un emisario enviado para inducir acometer alguna falta al protector del Parlamento: el oro no era más que añagaza, con cuyo auxilio se pretendía, quizá, excitar la codicia del general. Aquel oro no debía existir. Así es que Monk trataba de sorprender en flagrante delito de mentira y de astucia al caballero francés, y de sacar del mal paso en que sus enemigos trataban de comprometerlo un triunfo para su reputación. Y decidido sobre lo que debía hacer.

—Caballero —dijo a Athos—, espero me haréis el honor de compartir conmigo la comida.

—Sí, milord —respondió Athos inclinándose—, ya que me hacéis una honra de que me considero digno por la simpatía que me inclina hacia vos.

—Es tanto más de agradecer que aceptéis con esa franqueza, cuanto que mis cocineros son escasos y poco ejercitados, y mis proveedores han vuelto esta noche con las manos vacías; de modo que a no ser por un pescador de vuestra patria, que han hecho entrar en mi campamento, el general Monk se acostaría sin cenar esta noche. De modo que sólo tengo pescado fresco, según me ha dicho, el vendedor.

—Milord, acepto, principalmente por tener el honor de pasar unos

instantes más con vos.

Hecho este cambio de cumplimientos, durante el cual nada, había perdido el general de su circunspección, fue servida la comida, o lo que debía hacer sus veces, sobre una mesa de abeto. Monk hizo seña al conde de la Fère de que se sentase a ella, y tomó asiento enfrente de él; un solo plato llenó de pescado cocido, presentado a los dos distinguidos convidados, prometía más a los estómagos hambrientos que a los paladares delicados. En tanto, es decir, comiendo el pescado rociado con cerveza, Monk hizo que le narrase los últimos sucesos de la Fronda, la reconciliación del señor de Conde con el rey y el matrimonio probable de Su Majestad con la infanta María Teresa; pero evitó, como evitaba también Athos, toda alusión a los intereses políticos que unían, o más bien que desunían, en aquel momento, a Inglaterra, Francia y Holanda. El general se convenció en esta conversación de una cosa que ya había observado desde el principio: que trataba con un hombre de alta distinción.

Este no podía ser un asesino, y repugnaba a Monk suponerle un espía, pero había en Athos tanta finura y firmeza al mismo tiempo, que Monk creyó ver en él un conspirador.

Cuando se levantaron de la mesa le preguntó Monk:

—¿De modo que creéis en vuestro tesoro?

—Sí, milord.

—¿De veras?

—Ciertísimo.

—¿Y creéis encontrarle en el mismo sitio en que fue enterrado?

—A la primera investigación —respondió Athos.

—Pues bien —dijo Monk—; yo os acompañaré por curiosidad. Y es tanto más necesario que os acompañe, cuanto que hallaréis las mayores dificultades en circular por el campamento sin mí o uno de mis ayudantes.

—General, yo no consentiría que os incomodaseis, si en efecto no tuviera necesidad de vuestra compañía; Pero como reconozco que esa compañía, me es, no sólo honrosa, sino también necesaria, la acepto.

—¿Queréis que llevemos alguna gente? —preguntó Monk a Athos.

—Creo que es inútil, general, si vos mismo no veis precisión en ello. Dos hombres y un caballo bastarán para transportar los dos barriales a la falúa que me ha traído, pero será necesario minar, cavar, remover la tierra, partir piedras, y no contaréis con hacer ese trabajo vos mismo, ¿no es verdad?

—General, no es preciso ni minar ni cavar. El tesoro está sepultado en la bóveda de los sepulcros del convento, debajo de una piedra sellada con una anilla grande de hierro. Allí están colocados los dos barriles cubiertos con una capa de yeso, en la misma forma de un ataúd. Hay, además, una inscripción que debe servirme para reconocer la piedra; y como no quiero en un asunto de tanta delicadeza y confianza guardar secretos a Vuestro Honor, os diré esta inscripción:

Hic jacet venerabilis Petrus Guilielmus Scott, Canon, Honorab. Conventus Novi Castelli. Obiit quarta et decima.

Feb. ann. Dom. MCCVIII.

Requiescat in pace.

Monk no perdía palabra, pues estaba admirado, ya de la duplicidad maravillosa de este hombre y de la manera superior con que representaba su papel, y a la buena fe con que presentaba su petición, tratándose de un millón aventurado contra una puñalada en medio de un ejército que hubiera considerado el robo como una restitución.

—Está bien —dijo—, os acompaño y considero tan maravillosa la aventura, que yo mismo quiero llevar la antorcha que nos alumbre.

Diciendo estas palabras, se ciñó la espada y púsose una pistola en el cinto, descubriendo, con este movimiento que hizo entreabrir su jubón, los finos anillos de una cota de malla, destinada a ponerle a cubierto de la primera puñalada de un asesino.

Hecho lo cual, puso en su mano izquierda un dirk escocés, y volviéndose hacia Athos:

—¿Estáis dispuesto, caballero? —preguntó—. Yo ya lo estoy.

Athos, al contrario de lo que Monk acababa de hacer, puso su puñal sobre la mesa, desabrochó el cinturón de su espada, que puso, al lado del puñal y, abriendo sin afectación alguna los broches de su jubón, como para buscar su pañuelo, enseñó debajo de su fina camisa de batista el pecho desnudo y sin armas ofensivas ni defensivas.

—He aquí un hombre extraño —dijo Monk para sí—, no lleva arma ninguna. Sin duda me prepara una emboscada.

—General —dijo Athos como si hubiese adivinado el pensamiento de Monk—, deseáis que vayamos solos, está muy bien; pero un gran capitán no debe jamás exponerse con temeridad; es de noche, y el paso del pantano puede ofrecer peligros, haced que os acompañen.

—Es verdad —dijo.

Y llamando Digby, apareció el ayudante de campo.

—Cincuenta hombres armados espada y mosquete —dijo.

Y miró a Athos.

—A muy poco —dijo éste— si hay peligro, y demasiado si no le hay.

—Iré solo —dijo el general Monk de pronto—. Digby, no necesito a nadie. Vamos, señor.

Capítulo XXV

El pantano

Athos y Monk atravesaron desde el campamento en dirección al Tweed aquella parte del terreno que Digby había hecho salvar a los pescadores, desde el Tweed al campamento. El aspecto de este sitio, el aspecto de los cambios que en él habían realizado los hombres, era el más a propósito para el mayor efecto sobre una imaginación delicada y viva como la de Athos. Athos sólo miraba a estos desolados lugares; Monk no miraba más que a Athos; a Athos, que clavando unas veces los ojos en el cielo, otras en la tierra, investigaba, pensaba y suspiraba.

Digby, a quien la última orden del general, y principalmente el acento con que la había dado, le conmovió al principio, siguió unos veinte pasos a dos nocturnos paseantes; mas habiéndose vuelto el general, como sorprendido de que no se cumpliesen sus órdenes, el ayudante de campo comprendió que era indiscreto y volvió a su tienda.

Supuso que el general quería hacer de incógnito en su campo una de esas revistas de vigilancia que todo buen capitán no deja de hacer la víspera de un trance decisivo; en este caso se explicaba la presencia de Athos, como un inferior se explica lo que es misterioso por parte de su jefe. Athos podía ser, y, aun debía serlo a los ojos de Digby, un espía cuyas noticias iban a ilustrar al general.

Después de diez minutos de marcha o poco menos entre las tiendas y los puestos avanzados, entró Monk en una calzada estrecha que dividíase en tres brazos. La de la izquierda conducía al río, la de en medio a la abadía de Newcastle sobre el pantano, y la de la derecha atravesaba las primeras líneas del campamento de Monk, esto es, las más inmediatas al ejército de Lambert.

Al otro lado del río había un puesto avanzado que pertenecía al ejército de Monk, que vigilaba al enemigo y que se componía de ciento cincuenta

escoceses. Habían pasado el Tweed a nado, y en caso de ataque debían repararlo del mismo modo dando la alarma, mas como no había puente en este sitio, y como los soldados de Lambert no eran tan prontos en arrojarse al agua como los de Monk, éste no parecía sentir gran sobresalto por esta parte.

Del lado de acá del río, y a quinientos pasos poco más o menos del antiguo convento, tenían los pescadores su vivienda en medio de un hormiguero de tiendas pequeñas levantadas por los soldados de los clanes vecinos que tenían consigo a sus esposas y a sus hijos.

Toda esta confusión ofrecía, a los rayos de la luna un golpe de vista sorprendente. La penumbra hacía más agradables sus detalles, y la luz adulatoria, que tan sólo se fija en la parte bella de las cosas, hacía resplandecer el punto todavía intacto de los mohosos arcabuces, y la parte más blanca de cualquier pedazo de lienzo.

Monk llegó, por tanto, con Athos, atravesando este paisaje sombrío iluminado por dos luces, la argentada de la luna y la rojiza de los moribundos fuegos, a la encrucijada que hemos mencionado. Allí se detuvo, y dirigiéndose a su compañero:

—Caballero —dijo—, ¿conocéis el camino?

—General, si no me equivoco, la calzada de en medio conduce recta a la abadía.

—Eso es; pero tendremos necesidad de luz para guiarnos en el subterráneo.

Monk se volvió.

—¡Ah! Digby nos ha seguido, según parece —dijo—; tanto mejor, porque nos proporcionará lo que necesitamos.

—En efecto, general, allá abajo hay un hombre que camina detrás de nosotros hace algún tiempo.

—¡Digby! —exclamó Monk—. ¡Digby! Venid acá.

Pero en lugar de obedecer, la sombra hizo un movimiento de sorpresa; y, retrocediendo en vez de avanzar, se agachó y desapareció por la camada de guijo y arena de la izquierda, dirigiéndose hacia el alojamiento que se había dado a los pescadores.

—Parece que no es Digby —dijo Monk.

Ambos habían seguido con la vista a la sombra que se había desvanecido; mas no era cosa tan rara el que un hombre rondase a las once de la noche por un campamento donde estaban acostados diez o doce mil; para que Athos y Monk se sobresaltasen por aquella desaparición.

—Ya que necesitamos un farol, una linterna o una luz cualquiera para ver dónde ponemos los pies, busquemos ese farol —dijo Monk.

—El primer soldado que encontremos nos alumbrará, general.

—No —dijo Monk, para ver si había alguna connivencia entre el conde de la Fère y los pescadores—. No, desearía más bien a alguno de esos marineros franceses que han llegado esta noche a venderme su pesca. Se marchan mañana y guardarán mejor el secreto; en tanto que si se esparce el rumor en el ejército escocés, de que se buscan tesoros en la abadía de Newcastle, mis highlanders creerán que hay un millón debajo de cada losa, y no dejarán piedra sobre piedra en el edificio.

—Haced lo que queráis, general —dijo Athos con tono de voz tan natural, qué demostraba que pescador o soldado todo le era igual, y que no daba preferencia a ninguno.

Aproximóse Monk a la calzada, detrás de la cual había desaparecido aquel a quién había tomado por Digby, y encontró una patrulla que dando vuelta a las tiendas caminaba hacia el cuartel general; fue detenida con su compañero, dijo el santo y seña, y siguió su camino. Un soldado que despertó, al ruido, se levantó para ver lo que pasaba.

—Preguntadle dónde se hallan los pescadores —dijo Monk a Athos—, pues si hago yo la pregunta me conocerá.

Athos acercóse al soldado, quien le indicó la tienda, adonde se dirigió con Monk.

Parecióle al general que en el momento en que a ella se acercaba, una sombra, igual a la que ya había visto, deslizábase en la tienda; pero al aproximarse más reconoció que se había engañado, porque todo el mundo dormía allí confundido, y sólo se veían piernas y brazos entrelazados:

Temiendo Athos que se le supusiera en connivencia con alguno de sus compañeros, se quedó fuera de la tienda.

—¡Hola! —dijo Monk en francés—. Despertad.

Dos o tres dormilones se incorporaron.

—Necesito un hombre que me alumbre —continuó Monk, y montaraces de Escocia.

Todo el mundo hizo un movimiento, ya incorporándose, ya levantándose del todo. El jefe se había levantado el primero.

—Vuestro honor puede contar con nosotros —dijo con voz que hizo temblar a Athos—. ¿Dónde se habrá de ir?

—Ya lo veréis. ¡Un farol! ¡Vamos, pronto!

—¿Desea Vuestro Honor que sea yo mismo quien le acompañe?

—Tía o cualquier otro; lo que deseo es que uno me alumbre.

—Es extraño —pensó Athos—. ¡Qué voz tan extraña la de ese pescador!

—¡Eh! ¡Vosotros, fuego! —gritó el pescador—. ¡Vamos!

Y dirigiéndose al que tenía más cerca de sus compañeros, le dijo en voz baja:

—Alumbra tú, Menneville, y está dispuesto a todo.

Un pescador hizo saltar chispas de una piedra, cogió un trozo de yesca, y con el auxilio de una pajuela encendió una linterna. La luz alumbró de pronto toda la tienda.

—¿Estáis dispuesto, caballero? —dijo Monk a Athos, que volvió el rostro para no exponerlo a la claridad de la luz.

—¡Sí, general! —; respondió.

—¡Ah! ¡El caballero francés! —dijo en voz muy baja el jefe de los pescadores—. ¡Diantre! ¡Buena idea he tenido en encargarte la comisión, Menneville, pues podría conocerme a mí! ¡Alumbra, alumbra!

Estas palabras fueron dichas en el fondo de la tienda y en voz tan baja que Monk no pudo oír ni una sílaba, a más de que hablaba con Athos.

Menneville preparábase en todo este tiempo, o más bien, recibía las órdenes de su jefe.

—¿Vamos? —dijo Monk.

—Aquí estoy, general —repuso el pescador.

Monk, Athos y el pescador salieron de la tienda.

—¡Es imposible! —murmuró Athos—. ¡Estoy soñando!

—Ve delante por la calzada de en medio y estira las piernas —dijo Monk al pescador.

Aunque habían andado veinte pasos, cuando la misma sombra que, al parecer había entrado en la tienda, salía de ella arrastrándose hasta los pilotes, y, protegida por la especie de parapeto colocado en, los alrededores de la calzada, observaba la marcha del general.

Los tres desaparecieron en la bruma, caminando hacia Newcastle, cuyas piedras ya se distinguían blancas como sepulcros.

Después de haber descansado algunos segados bajo el pórtico, penetraron

en el interior. La puerta había sido rota a hachazos: Una guardia de cuatro hombres dormía tranquilamente en una hondonada, en la certeza de que el ataque no podía verificarse por aquella parte.

—¿No os estorbarán estos hombres? preguntó Monk a Athos.

—Al contrario, señor; ayudarán a conducir los barriles, si Vuestro Honor lo permite.

—Tenéis razón.

Por más dormida que estuviera la guardia, se despertó a los primeros pasos de los visitantes por entre los espinos y hierbas que invadían el pórtico. Dio Monk el santo y seña y entró en el interior del convento, siempre precedido de su farol. Iba detrás, vigilando hasta el menor movimiento de Athos, con el puñal desnudo debajo de la manga y resuelto a sepultarle en el costado del caballero al primer gesto sospechoso que le viese hacer. Pero Athos atravesó las salas y los patios con paso firme.

No había puertas ni ventanas en este edificio. Aquéllas habían sido quemadas, algunas en su mismo sino, y, sus trozos aun estaban agrietados por la acción del fuego, que se había apagado solo, impotente sin duda para penetrar hasta lo último en aquellas macizas juntas de encina unidas con clavos de hierro. En cuanto a las ventanas, todos los vidrios estaban rotos, y veíanse huir por los agujeros los pájaros nocturnos que espantaba la luz del farol. Algunos gigantescos murciélagos empezaron a trazar en derredor de los dos importunos sus vastos y silenciosos círculos, mientras que en la luz extendida sobre las altas paredes de piedra se veían vacilar sus sombras. Este espectáculo era tranquilizador para razonadores y Monk dedujo que no había ningún hombre en el convento, puesto que aún estaban en él los animales feroces y huían a su aproximación.

Después de haber franqueado los escombros y arrancado alguna que otra hiedra que estaba como de guardián de la soledad, llegó Athos a las bóvedas situadas debajo del salón, pero cuya entrada daba a la capilla. Allí se detuvo.

—Ya hemos llegado, General —murmuró.

—¿Es esta la losa?

—Sí.

—Efectivamente, reconozco la anilla; pero está empotrada en tierra.

—Será necesario una palanca.

—Eso es fácil de encontrar. Mirando en derredor suyo, Athos y Monk vieron un pequeño fresno de tres pulgadas de diámetro, que había arraigado en un ángulo del muro, subiendo hasta una ventana cegada por las ramas.

—¿Tienes un cuchillo? —preguntó Monk al pescador.

—Sí, señor.

—Pues corta ese árbol.

El pescador obedeció, pero no sin que su machete quedara mellado. Guando estuvo cortado el fresno y en forma de palanca, los tres hombres penetraron en el subterráneo.

—Permanece aquí —dijo Monk al pescador designándole un rincón de la cueva—; tenemos que desenterrar pólvora y sería peligroso el farol.

El hombre retrocedió con una especie de terror y se colocó en el sitio que le habían designado, mientras Monk y Athos daban vuelta a una columna, a cuyo pie, por un respiradero, penetraba un rayo de luna reflejado precisamente por la piedra que el conde de la Fère venía a buscar desde tan lejos.

—Ya estamos aquí —dijo Athos, indicando al general la inscripción latina.

—Sí —dijo Monk.

Pero, como si todavía quisiese dejar al francés un medio evasivo:

—¿No notáis —prosiguió— que ya han penetrado en esta cueva y que han sido rotas muchas estatuas?

—Milord, seguramente habréis oído decir que el respeto religioso de vuestros escoceses quiere que las estatuas de los muertos guarden los objetos preciosos que han podido poseer durante su vida. De modo que los soldados han debido pensar que bajo el pedestal de las estatuas que adornaban a la mayor parte de estos sepulcros se ocultaran tesoros, y por eso han destruido los pedestales. Pero la tumba del venerable canónigo, en la cual tenemos que hacer, no se distingue por ningún monumento; es sencilla, y ha estado protegida por el miedo supersticioso, que siempre han tenido vuestros puritanos al sacrilegio; ni siquiera se ha desprendido un trozo de mampostería.

—Es cierto —dijo Monk. Athos tomó la palanca.

—¿Queréis que os ayude? —dijo Monk.

—Gracias, milord; no quiero que Vuestro Honor ponga mano en una obra de la que tal vez no querría tomar la responsabilidad si conociese sus consecuencias probables.

Monk alzó la cabeza.

—¿Qué decís, caballero? —preguntó.

—Quiero decir... Pero ese hombre.

—Esperad —dijo Monk—; entiendo lo que teméis, y voy a hacer una

prueba.

Entonces se volvió hacia el pescador, cuyo perfil se veía iluminado por el farol.

—Come here, friend! —dijo con acento de mando.

El pescador no se movió.

—Está bien —continuo—, no sabe inglés. Habladme, pues, inglés, si queréis, caballero.

—Milord —respondió Athos—, muchas veces he visto en circunstancias a hombres que han tenido sobre sí mismos el poder de no responder una pregunta hecha en lengua que comprendían. Quizá el pescador sea más listo de lo que creemos. Os suplico que lo despedáis.

—No hay duda —pensó Monk que desea tenerme solo en esta cueva. No importa, sigamos hasta el fin; un hombre vale tanto como otro, y, estamos solos...

—Amigo mío —dijo Monk al pescador—, sube esa escalera que acabamos de bajar, y cuida de que nadie venga a interrumpirnos.

El pescador hizo un ademán para obedecer.

—Déjate ahí el farol —dijo Monk—, porque denunciaría tu presencia y podría valerte algún mosquetazo extraviado.

El pescador pareció apreciar el consejo, pues dejó el farol en el suelo y desapareció bajo la bóveda de la escalera.

Monk cogió el farol y lo puso al pie de la columna.

—Vamos —dijo—, ¿con que hay dinero oculto en ese sepulcro?

—Sí, milord y dentro de cinco minutos no dudaréis de ello.

Al mismo tiempo descargó Athos un golpe violento sobre la tapa del sepulcro de yeso, que se rajó presentando una grieta a la punta de la palanca. Athos introdujo el alzaprima en aquella grieta, y pronto cedieron trozos enteros de yeso, levantándose como losas redondas. Entonces, el conde de la Fère cogió las piedras y las separó con sacudidas de que no se hubiera creído capaz a hombre de manos tan delicadas.

—Ven aquí, amigo.

—Milord —dijo Athos—, ya veis la mampostería de que he hablado a Vuestro Honor.

—Sí, pero todavía no veo los barriles —dijo Monk.

—Si yo tuviese un puñal —dijo Athos mirando en derredor suyo muy pronto los veríais, milord. Desgraciadamente, he olvidado el mío en la tienda de Vuestro Honor.

—De buena gana os ofrecería el mío —dijo Monk—, mas su hoja me parece demasiado frágil para el objeto a que la destináis.

Athos buscó en derredor suyo un objeto cualquiera que pudiera reemplazar el arma que deseaba.

Monk no perdió ni uno de los movimientos de sus manos ni una de las expresiones de sus ojos.

—¿Por qué no pedís un cuchillo al pescador? —preguntó Monk—. Él tenía un machete.

—¡Ah! Es verdad —contestó Athos—; de él se sirvió para cortar el árbol.

Y se aproximó a la escalera.

—Amigo —dijo al pescador—, hacedme el favor de vuestro machete, lo necesito.

El arma al caer resonó en la escalera.

—Tomad —dijo Monk—; es un instrumento sólido, por lo que veo, y una mano firme puede sacar de él buen partido.

Athos pareció no dar a las palabras de Monk sino el sentido natural y sencillo con que debían ser oídas y entendidas. Tampoco observó, o al menos pareció no notar, que cuando volvió hacia Monk, éste se echó atrás, llevando, su mano izquierda a la pistola; en la derecha empuñaba ya su dirk. Púsose, pues, a su obra, dando la espalda a Monk y entregándole su vida sin defensa posible. Golpeó por algunos segundos con tal destreza y precisión sobre el yeso intermediario, que rompió la capa en dos pedazos, y entonces pudo ver el general los dos barriles, uno junto a otro, y cuyo peso los mantenía inmóviles en su envoltura gredosa.

—Milord —observó Athos—, ya veis que no me habían engañado mis presentimientos:

—Sí, caballero —dijo Monk—, y debo creer que ya estáis satisfecho, ¿no es verdad?

—Indudablemente; la pérdida de este dinero me hubiera sido en extremo sensible; pero yo estaba cierto de que Dios, que protege las buenas causas, no habría permitido que se perdiese este oro que debe hacerle triunfar.

—Por mi fe —dijo Monk—, que sois tan misterioso en vuestras palabras como en vuestras acciones, caballero. Ahora poco no os comprendí cuando me

dijisteis que no querías descargar sobre mí la responsabilidad de la obra que realizábamos.

—Tenía razón en decir eso, milord.

—Y ahora, me habláis de la buena causa. ¿Qué entendéis por la buena causa? Cinco o seis causas defendemos en este momento en Inglaterra, y ello no impide que cada uno considere la suya, no sólo como la buena, sino como la mejor: ¿Cuál es la vuestra, caballero? Hablad francamente, y veamos si sobre ese punto, al cual parece que dais gran importancia, somos del mismo parecer.

Athos fijó en Monk una de esas miradas profundas que parecen desafiar al que van dirigidas, a que oculte uno sólo de sus pensamientos; y levantando enseguida su sombrero empezó con voz solemne, mientras su interlocutor, con una mano en el rostro, abarcaba barba y bigote, al propio tiempo que su mirada vaga y melancólica erraba por las profundidades del subterráneo.

Capítulo XXVI

Corazón y cabeza

—Milord —dijo el conde de la Fère—, sois un noble inglés y un hombre leal, y habláis a un noble francés, a un hombre de corazón. El oro contenido en estos dos barriles os he dicho que me pertenecía, mas he dicho mal; ésta es la primera mentira que en mi vida he dicho, pero mentira momentánea; ese oro es propiedad del rey Carlos II, desterrado de su patria, echado de su palacio, huérfano a la vez de padre y del trono, y privado de todo, aun de la triste ventura de besar de rodillas la piedra donde la mano de sus asesinos escribió este sencillo epitafio, que eternamente clamará venganza contra ellos: «Aquí yace el rey Carlos I».

Monk palideció, y un imperceptible escalofrío arrugó su cutis y erizó su bigote gris.

—Yo —continuó Athos—, yo, el conde de la Fère; el único, el último leal que queda al pobre príncipe abandonado, le he ofrecido venir en busca del hombre de quien depende hoy la suerte de la realeza en Inglaterra; y he llegado y me he presentado a las miradas de este hombre, y entregándome desnudo y desarmado en sus manos y diciéndole Milord, éste es el único recurso de un príncipe a quien Dios hizo vuestro amo y su nacimiento vuestro rey; de vos, de vos sólo dependen su vida y su porvenir. ¿Queráis emplear este dinero en consolar a Inglaterra de los males que ha debido experimentar durante la anarquía, esto es, queréis ayudar, o, si no ayudar, dejar obrar, al

menos al rey Carlos II? Vos sois el amo, vos sois el rey, amo y rey todopoderoso, porque la casualidad deshace algunas veces la obra de los tiempos y de Dios. Estoy sólo con vos, milord; si mi complicidad os pesa, armado estáis, y he aquí un sepulcro abierto ya; si, por el contrario, el entusiasmo de vuestra causa os embriaga, si sois lo que parecéis, si vuestra mano obedece en cuanto emprende a vuestra inteligencia, y vuestra inteligencia a vuestro corazón, ved el medio de perder para siempre la causa de vuestro adversario Carlos Estuardo. Matad al hombre que tenéis a la vista, porque este hombre no volverá hacia aquél que le ha enviado, sin llevarle el depósito que le confió Carlos I, su padre, y guardad el oro, que puede aprovecharos para mantener la guerra civil. ¡Ah! Milord, tal es la condición fatal de este príncipe desventurado. Necesita corromper o matar, porque todo le resiste, todo le rechaza, toda le es hostil, y no obstante, está marcado con el sello divino, y es preciso, para no desmentir su sangre, que suba al trono o que muera sobre el sagrado suelo de la patria. Milord, ya me habéis entendido. A cualquiera otro que no fuese el hombre ilustre que me escucha, le hubiera dicho: Sois pobre, el rey os ofrece ese millón como aras de una venta inmensa; tomadlo, y servid a Carlos II como yo he servido a Carlos I, y estoy seguro de que Dios, que nos oye, que nos ve y que lee en vuestro corazón cerrado a todas las miradas humanas, os dará una vida eterna y venturosa, después de una muerte dichosa. Pero al general Monk, al hombre ilustre cuya altura creo haber medido, le digo: Milord, hay para vos en la historia de los pueblos y de los reyes un puesto brillante, una gloria inmortal, que nunca, perece, si sólo, sin otro interés que el bien de vuestro país y el amor a la justicia, os hacéis el sostén de vuestro rey. Muchos otros han sido conquistadores y usurpadores gloriosos; vos, milord, os habréis contentado con ser el más virtuoso y el más íntegro de los hombres. Habréis tenido una corona en vuestras manos, y, en vez de ceñirla a vuestra frente, la habréis puesto sobre la cabeza de aquél para quien fue hecha. ¡Oh! Milord, obrad así, y legaréis a la posteridad el mas envidiado nombre que una criatura humana pueda enorgullecerse de llevar.

Athos calló. En todo el tiempo que estuvo hablando el noble caballero, Monk no había dado signo alguno de aprobación o desaprobación apenas, durante aquella alocución vehemente, se habían animado sus ojos con el fuego que indica la inteligencia. El conde de la Fère le miró tristemente, y, viendo aquel rostro taciturno, sintió penetrar el desfallecimiento en su corazón. Por último, Monk pareció animarse, y rompiendo el silencio:

—Señor —dijo con voz dulce y grave—, voy, para contestares, a servirme de vuestras propias palabras. A cualquiera otro que no fueses vos, respondería con la expulsión, la prisión, o con algo peor. Porque me tentáis y me violentáis a la vez. Pero sois uno de esos hombres, caballero, a quien no pueden negarse las consideraciones que merece: sois un valiente gentilhomme, señor, yo os lo digo, y sé lo que digo. Me hablabais hace poco de un depósito; que os

transmitió el difunto rey para su hijo: ¿sois acaso uno de aquellos franceses que, como he oído decir, quisieron salvar a Carlos en White Hall?

—Sí, milord, yo era quien estaba debajo del patíbulo durante la ejecución, yo, que no habiendo podido librarle, recibí en mi frente la sangre del rey mártir, y al mismo tiempo la última palabra de Carlos I; a mí fue a quien dijo Remember!, y al decirme ¡Acuérdate!, aludía al dinero que tenéis a los pies, milord.

—Mucho he oído hablar de vos, caballero —dijo Monk—; pero soy feliz en haberos apreciado por mi propia inspiración y no por mis recuerdos. Os daré, por tanto, explicaciones que no he dado a nadie, y apreciaréis así la distinción que hago entre vos y las personas que hasta hoy me han enviado.

Athos inclinóse, disponiéndose a recoger ávidamente las palabras que caían una a una de la boca de Monk, palabras raras y preciosas como el rocío en el desierto.

—Me habláis —dijo Monk— del monarca Carlos II; pero, decidme, caballero, ¿qué me importa ese fantasma de rey? Yo he envejecido en la guerra y en la política, tan estrechamente unidas en el día que todo hombre de armas debe combatir en virtud de su derecho o de su ambición, con un interés personal, y no ciegamente detrás de un oficial, como en las guerras ordinarias. Yo, tal vez no deseo nada; pero temo mucho. De la guerra depende hoy la libertad de Inglaterra, y tal vez la de todo inglés. ¿Por qué queréis que libre en la posición que me he creado, vaya a dar la mano a los hierros de un extranjero? Carlos no es más que esto para mí. Aquí ha dado combates y los ha perdido, lo cual prueba que es mal Capitán, nada ha logrado en ninguna negociación, luego es un mal diplomático. Ha llevado su miseria a todas las cortes de Europa, luego es un corazón débil y pusilánime. Nada de noble, nada de grande, nada de fuerte ha salido aún de ese genio que aspira a gobernar uno de los más grandes imperios de la tierra. No conozco, pues, a Carlos sino bajo malos aspectos, ¿y queréis que yo, hombre de buen sentido, fuera a hacerle desinteresadamente el esclavo de una criatura que es inferior a mí en capacidad militar, en política; y en dignidad? No, caballero; cuando una acción grande y noble me haya enseñado a apreciar a Carlos, reconoceré tal vez sus derechos a un trono del cual arrojamos al padre, porque no tenía las virtudes que también faltan a su hijo; pero hasta hoy, en punto a derechos, no reconozco más que a los míos. La Revolución me ha hecho general; mi espada me hará Protector, si quiero. Que Carlos se presente y tome parte en el concurso abierto al genio, y sobre todo, que se acuerde que pertenece a una raza a la cual se exigirá más que a cualquiera otra. Así, señor, no hablemos más; no rehúso ni acepto, me reservo, y espero.

Athos sabía que Monk estaba demasiado bien informado de todo lo

relacionado con Carlos II para llevar más lejos la discusión. No era aquélla la ocasión ni el lugar.

—Milord —dijo—, sólo me resta daros las gracias.

—¿Y de qué, caballero? ¿De que me habéis juzgado bien, y de que he obrado según vuestro juicio? ¡Oh! ¿Vale eso la pena? Ese oro que vais a llevar al monarca Carlos, va a servirme de prueba con respecto a él, viendo lo que hace. Sin duda formaré una opinión que hoy no tengo.

—Sin embargo, ¿no teme Vuestro Honor, comprometerse, permitiendo salir de aquí una cantidad destinada a servir a las armas de su enemigo?

—¿Mi enemigo decís? ¡Qué! Caballero, yo no tengo enemigos. Yo estoy al servicio del Parlamento, que me ordena combatir al general Lambert y al rey Carlos, que son sus enemigos y no los míos. Si el Parlamento me ordenase empavesar el puerto de Londres, reunir a los soldados en la ribera, y recibir al monarca Carlos II.

—¿Obedeceríais? —exclamó Athos con gozo.

—Perdonadme —dijo Monk sonriendo—. ¿Qué iba a hacer yo, una cabeza llena de canas? ¿En qué estaba pensando? Iba a decir una locura de joven.

—Entonces, ¿no obedeceríais? —dijo Athos.

—Tampoco, digo eso, caballero; antes que todo, el bien de mi patria. El cielo, que ha tenido a bien darme la fuerza, ha querido sin duda que la tuviese para el bien de todos, y al mismo tiempo me ha dado el discernimiento. Si el Parlamento me mandase una cosa semejante, reflexionaría.

La frente de Athos se obscureció.

—Vamos —dijo—, conozco claramente que Vuestro Honor no está dispuesto a favorecer al rey Carlos II.

—Siempre sois vos quien pregunta, señor conde, y yo lo haré a mi vez, si no lo lleváis a mal.

—Hacedlo, señor, y Dios os inspire la idea de responderme tan francamente como yo os contestaré.

—Cuando hayáis llevado ese millón a vuestro príncipe, ¿qué consejo le daréis?

Athos fijó en Monk una mirada orgullosa.

—Milord —dijo—, con ese millón que otros emplearían quizá en negociar, yo quiero aconsejar al rey que levante dos regimientos, que entre por Escocia, pacificada por vos, y que dé al pueblo las franquicias que la Revolución le había prometido y que no ha alcanzado. Le aconsejaré mandar en persona este

pequeño ejército que irá engrosando, creedme, y que se deje matar con el estandarte en la mano y la espada en la vaina, exclamando: «¡Ingleses! Yo soy el tercer rey de mi raza a quien matáis; temed a la justicia de Dios».

Monk bajó la cabeza y reflexionó un momento.

—Y si lo consiguiese —dijo—, lo cual es inverosímil, aunque no imposible, porque todo es posible en este mundo, ¿qué le aconsejaríais?

—Que pensara que por la voluntad de Dios había perdido la Corona; pero que la había recobrado por la buena voluntad de los hombres.

Una sonrisa irónica pasó por los labios de Monk.

—Desgraciadamente, caballero —dijo—, los reyes no saben seguir un buen consejo.

—¡Ah! Milord, Carlos II no es un rey —repuso Athos sonriendo, pero con otra expresión que la de Monk.

—Vamos, abreviemos, señor conde... Es ése vuestro deseo, ¿no es cierto?

Athos se inclinó.

—Voy a dar orden para que transporten esos dos barriles donde gustéis. ¿Dónde vivís, caballero?

—En un pueblecillo que hay en la embocadura del río.

—¡Ah! Lo conozco; compónese de cinco o seis casas. Ciertamente. Yo habito la primera, que también la ocupan dos constructores de redes, en cuya barca he venido a tierra.

—¿Y vuestro buque, caballero?

—Mi buque está anclado a un cuarto de milla, y me espera.

—¿No pensáis partir al instante?

—Milord, procuraré otra vez convencer a Vuestro Honor.

—No lo alcanzaréis —replicó Monk—; pero importa que salgáis de Newcastle sin dejar de vuestro paso la menor sospecha que pueda perjudicaros o perjudicarme. Mis oficiales suponen que Lambert me atacará mañana. Yo garantizo; por el contrario, que no se moverá, porque en mi concepto es imposible. Lambert manda un ejército sin principios homogéneos, y no hay ejército posible de dirigir con elementos semejantes. Yo he enseñado a mis soldados a subordinar mi autoridad a algo superior, lo cual hace que a mi lado, en derredor mío, sobre mí y por bajo de mí, siempre vean alguna otra cosa. Resulta de aquí, que, si yo muriera, lo cual puede suceder, mi ejército no se desmoralizaría inmediatamente; resulta también, que si quisiera ausentarme;

pongo por caso, como sucede a veces; no habría en mi campamento el menor asomo de inquietud o desorden. Soy el imán, la fuerza natural de los ingleses. Lambert manda en este momento dieciocho mil desertores; pero nada he hablado de esto a mis oficiales, como podréis conocer. Nada es más provechoso a un ejército que el sentimiento de una batalla próxima, pues todo el mundo vigila y se guarda. Digo esto para que viváis con toda seguridad. No os apresuréis, por tanto, a pasar el mar, pues de aquí a ocho días habrá algo de nuevo; bien la batalla, bien el acomodamiento. Entonces, como me habéis creído hombre de bien y confiado vuestro secreto, por lo cual tengo que daros las gracias, iré a visitaros donde mandéis. No os marchéis, pues, antes de avisarnos; os reitero esta invitación.

—Os lo prometo, general —dijo Athos con alegría tan grande que a pesar de toda su circunspección, no pudo menos de dejar brillar una chispa en sus ojos.

Monk la sorprendió y apagóla en el mismo instante con una de sus mudas sonrisas que cortaban siempre en sus interlocutores el camino que creían haber abierto en su ánimo.

—De suerte, milord —dijo Athos—, ¿qué son ocho días los que me fijáis?

—Ocho días, caballero.

—¿Y qué haré en esos ocho días?

—Si hay batalla, ruego os quedéis lejos. Sé que los franceses son muy dados a estas clases de diversiones; querríais ver cómo nos batimos, y podría tocaros alguna bala perdida; nuestros escoceses tiran muy final, y yo no quiero que un excelente caballero como vos vuelva herido a tierra de Francia. No quiero, en fin, verme obligado a enviar yo mismo a vuestro príncipe su millón, porque entonces, diríase, y con alguna razón, que yo pagaba al pretendiente para que guerrease contra el Parlamento. Con que, señor, a lo convenido.

—¡Ah, milord! —exclamó Athos—. ¡Qué ventura sería para mí haber penetrado el primero en el noble corazón que late bajo esa capa!

—Luego creéis, indudablemente, que yo tengo secretos —dijo Monk sin cambiar la expresión medio jocosa de su rostro—. ¡Ah, caballero! ¿Qué secreto queréis que haya en la hueca cabeza de un soldado? —Mas acercándose a la escalera—. ¡Eh!, es ya tarde y se apaga el farol; llamemos a nuestro acompañante. ¡Hola! —gritó Monk en francés, pescador!

Adormecido el pescador por la frescura de la noche, respondió con voz ronca preguntando qué querían.

—Ve al cuerpo de guardia —dijo Monk—, y di al sargento de parte del general Monk, que venga al momento.

Era ésta una comisión fácil de desempeñar, porque el sargento, puesto en cuidado por la presencia del general en la abadía desierta, se había aproximado poco a poco, y sólo distaba unos, pasos del pescador.

La orden del general la recibió directamente y corrió.

—Toma un caballo y dos hombres —le dijo Monk.

—¿Un caballo y dos hombres? —repitió el sargento.

—Sí —repuso Monk—. ¿Tienes algún medio de hacerte con un caballo con albarda y banastas?

—Sin duda, a cien pasos de aquí, en el campo de los escoceses.

—Está bien.

—¿Qué haré del caballo, general?

—Escucha.

El sargento bajó tres o cuatro escalones que le separaban de Monk, y se presentó bajo la bóveda.

—¿Ves —le dijo Monk—, allá, donde está ese caballero?

—Sí, mi general.

—¿Distingues esos dos barriles?

—Perfectamente.

—Son dos barriles que contienen uno pólvora y el otro balas; quisiera hacerlos transportar al pueblo que está en la ribera, y que mañana pienso hacer ocupar por doscientos mosquetes. Comprenderás que la comisión es secreta, pues es un movimiento que puede decidir el éxito de la batalla.

—¡Oh! Mi general —murmuró el sargento.

—¡Bien! Haz que aten los dos barriles sobre el caballo, y dales escolta tú y dos hombres hasta la casa de este caballero, que es amigo mío. Pero, comprende, que no lo sepa nadie.

—Si conociera un camino pasaría por el pantano —dijo el sargento.

—Yo conozco uno —dijo Athos—; no es ancho, pero sí sólido, porque está construido sobre pilotes, y con precaución llegaremos.

—Haz lo que este caballero te mande —dijo Monk.

—¡Oh! ¡Caracoles, cómo pesan los barriles! —dijo el sargento pretendiendo levantar uno.

—Pesan cuatrocientas libras cada uno, si contienen lo que deben contener,

¿no es así, caballero?

—Poco más o menos —contestó Athos.

El sargento fue a buscar el caballo y los hombres. Monk, que quedó solo con Athos, afectó no hablar ya sino de cosas indiferentes, observando al mismo tiempo el subterráneo. Pero, oyendo enseguida los pasos del caballo.

—Os dejo con vuestras gentes, caballero —dijo—, y regreso al campamento. Estáis en seguridad.

—¿Os volveré a ver, milord? —preguntó Athos.

—Ciertamente, señor, y con mucho gusto.

—¡Ah, milord, si quisieseis! —murmuró Athos.

—¡Silencio caballero! Hemos convenido que no hablaremos más de eso. Saludando al conde; subió, cruzándose en medio de la escalera con los que bajaban. Aun no había andado veinte pasos fuera de la abadía, cuando se oyó un silbido lejano y prolongado.

Monk aplicó el oído, pero, no viendo ni oyendo nada prosiguió su camino. Entonces se acordó del pescador y le buscó con la vista, pero había desaparecido. Si, no obstante, hubiera mirado con más atención, habría visto aquel hombre doblado en dos, deslizándose como una serpiente a lo largo de las piedras y perdiéndose en medio de la bruma que rasaba la superficie del pantano. Igualmente habría visto, tratando de penetrar en esa bruma, un espectáculo, que hubiera llamado su atención, la arboladura de la barca del pescador que había mudado de sitio, y que se encontraba ahora mucho más cerca de la orilla del río.

Pero Monk no vio nada, y creyendo que nada había que temer, entró en la calzada desierta que conducía a su campamento. Entonces fue cuando la desaparición del pescador le pareció extraña, y cuando una sospecha, real empezó a fatigar su inteligencia. Acababa de poner a las órdenes de Athos la única guardia que podía protegerle, y había de atravesar una milla de calzada para llegar a su tienda.

La niebla subía con tal intensidad que apenas podían divisarse los objetos a diez pasos de distancia. Monk creyó oír entonces como el ruido de un remo que batía sordamente a su derecha en el pantano.

—¿Quién vive? —gritó. Pero nadie respondió.

Entonces montó la pistola, empuñó la espada, y aceleró el paso sin querer llamar a nadie. Este llamamiento, cuya urgencia no era absoluta, le parecía indigno de un hombre como él.

Capítulo XXVII

El día siguiente por la mañana

Eran las siete de la mañana: los primeros albores del día iluminaban los pantanos, en los que se reflejaba el sol como una bala encendida, cuando Athos, despertando y abriendo la ventana de su aposento que daba a la orilla del río, distinguió a quince pasos de distancia, aproximadamente, al sargento y a los hombres que le habían acompañado la víspera, y que, después de haber depositado los barriles en su casa, habíanse vuelto al campamento por la calzada de la derecha.

¿Por qué regresaban estos hombres después de haberse marchado al campamento? Tal era la pregunta que acudió a la imaginación de Athos.

El sargento, con la cabeza alzada, parecía acechar el instante en que apareciese el caballero para interpelarle: Asombrado Athos de encontrar allí a quien había visto marchar la víspera, no pudo menos de demostrar su asombro.

—No tiene nada de extraño, caballero —dijo el sargento—, porque ayer me mandó el general que velara por vuestra seguridad, y debí obedecer la orden.

—¿Está el general en el campamento? —preguntó Athos.

—¿Por qué no? ¿No le dejasteis ayer cuando se marchaba?

—Pues bien, esperadme; voy allá para darle cuenta de la fidelidad con que habéis desempeñado vuestro encargo, y a fin de tomar mi espada, que dejé ayer sobre una mesa.

—Me alegro mucho —dijo el sargento—, porque iba a suplicaros lo mismo.

Athos creyó observar cierto aire de bondad equívoca en el rostro del sargento; pero la aventura del subterráneo podía haber excitado su curiosidad de este hombre, y no era raro, en tal caso, que dejase ver en su semblante algo de los sentimientos que agitaban su ánimo.

Athos cerró cuidadosamente las puertas, y confió las llaves a Grimaud, que había escogido su domicilio bajo el mismo colgadizo que conducía a la bodega donde estaban encerrados los barriles. El sargento escoltó al conde de la Fère hasta el campamento. Allí, otra guardia esperaba y relevó a los cuatro hombres que habían conducido a Athos.

Esta nueva guardia era mandada por el ayudante de campo Digby, el cual, durante el trayecto, clavó sobre Athos unas miradas tan poco tranquilizadoras,

que el francés se preguntó de dónde provenía aquella vigilancia y severidad cuando la víspera lo habían dejado completamente libre.

Prosiguió, pues, su camino hacia el cuartel general, encerrando en sí mismo las observaciones que le obligaban a hacer los hombres y las cosas. En la tienda del general, donde fue introducido la víspera, halló a tres oficiales superiores, que eran el lugarteniente de Monk y dos coroneles. Athos reconoció su espada, que aún estaba sobre la mesa del general, en el mismo puesto en que la había dejado.

Ninguno de los oficiales había visto a Athos, y ninguno, por tanto, le conocía.

Entonces le preguntó el lugarteniente de Monk si era el mismo caballero con quien el general había salido de la tienda.

—Sí, señor —contestó el sargento—, el mismo es.

—Pero yo no lo niego, me parece —dijo Athos con altivez—; y ahora, señores, permitidme os diga a qué vienen todas esas preguntas, y principalmente algunas explicaciones sobre el tono con que las hacéis.

—Caballero —dijo el lugarteniente—, si hacemos estas preguntas es porque tenemos derecho, y si las hacemos con ese tono es porque ese tono conviene a la situación, creedme.

—Señores —dijo Athos—, vosotros no sabéis quién soy yo pero lo que debo manifestaros es que aquí no reconozco a nadie por mi igual más que al general Monk. ¿Dónde está? Que me lleven a su presencia, y si él tiene alguna pregunta que dirigirme, yo le responderé, y creo que quedará satisfecho. Lo repito, señores, ¿dónde está el general?

—¡Pardiez! ¡Vos lo sabéis mejor que nosotros! —dijo el lugarteniente.

—¿Yo?

—Sí, Vos.

—Señor —dijo Athos—, no os comprendo.

—Vaina comprendedme; mas primero hablad más bajo. ¿Qué os dijo ayer el general?

Athos sonrió desdeñosamente.

—No hay que sonreírse —exclamó uno de los coroneles con fogosidad—, se trata de responder.

—Y yo, señores, os aseguro que no os responderé sino en presencia del general.

—Pero vos sabéis muy bien —dijo el mismo coronel que ya había hablado—, que pedís un imposible.

—Van ya dos veces que se me da esa rara respuesta al deseo, que manifiesto —repuso Athos—. ¿Está ausente el general?

Esta pregunta fue hecha con tan buena fe, y con aire de tan cándida sorpresa, que los tres oficiales se echaran una mirada entre sí, y el lugarteniente tomó la palabra por una especie de convenio tácito de los otros dos oficiales.

—Caballero —dijo—, ¿no os dejó ayer el general en los límites del monasterio?

—Sí, señor.

—Y fuisteis...

—No soy yo quien debe contestaros, sino los que me acompañaron. Fueron vuestros soldados, preguntadles.

—Pero ¿y si nos parece bien interrogaros?

—Entonces me parecerá bien contestaros que aquí no conozco a nadie más que al general y que sólo a él contestaré.

—Bueno, caballero; pero como nosotros somos los amos, nos constituiremos en Consejo de guerra, y cuando estéis ante los jueces será preciso que respondáis.

El semblante de Athos sólo expresó la sorpresa y el desdén, en vez del terror que pensaban leer en él los oficiales después de esta amenaza.

—¡Jueces escoceses o ingleses, a mí, súbdito del rey francés, colocado bajo la salvaguardia del honor británico! ¡Estáis locos, señores! —dijo Athos encogiéndose de hombros.

Los oficiales se miraron de nuevo.

—Según eso, caballero, ¿no sabéis dónde está el general?

—Ya os he respondido a eso, caballero.

—Sí, pero habéis contestado algo increíble.

—Y, sin embargo, es cierto, señores; las gentes de mi condición no mienten por regla general. Soy gentilhombre, y cuando llevo al costado la espada que, por un exceso de delicadeza, dejé ayer sobre esa mesa donde está todavía, nadie, creedme, me dice cosas que no quiero oír. Hoy me hallo desarmado; si pretendéis ser mis jueces, juzgadme; si sólo sois mis verdugos, matadme.

—Pero, caballero... —dijo con voz más atenta el lugarteniente, sorprendido de la grandeza y sangre fría de Athos.

—Caballero —interrumpió éste—, yo vine a hablar confidencialmente a vuestro general sobre asuntos de importancia. No ha sido una acogida cualquiera la que me ha hecho. Informaos por vuestros soldados y os convenceréis. Luego si el general me ha acogido así, el sabría cuáles eran mis títulos a su estimación. Ahora no supondréis, presumo, que yo os revelaré mis secretos, y mucho menos los suyos.

—En fin, ¿qué contenían esos barriles?

—¿No habéis hecho esa pregunta a los soldados? ¿Qué han respondido?

—Que contenían pólvora y plomo.

—¿Y quién les dio estas noticias? Sin duda, os lo habrán dicho.

—El general, pero nosotros no somos tontos.

—Id con cuidado, caballero; no es a mí a quien dais un mentís, sino a vuestro jefe.

Los oficiales se miraron otra vez y Athos continuó:

—Y en presencia de vuestros soldados me ha dicho el general que le esperase ocho días, y que dentro de este término me daría la respuesta que tenía que darme. ¿Me he fugado yo? No, le espero.

—¿Os ha dicho que le aguardéis ocho días? —exclamó el lugarteniente.

—Tan me lo ha dicho, caballero, que tengo un solo pie al ancla en la embocadura del río, en el cual pude embarcarme ayer perfectamente por conformarme a los deseos del general, que me recomendó no me marchase sin una última entrevista que él mismo fijó para dentro de ocho días. Os lo repito, le espero.

El lugarteniente volvióse hacia los otros dos oficiales, y les dijo en voz baja:

—Si este caballero dice la verdad, aun hay esperanza. Quizá haya tenido el general que ocuparse de algunos asuntos tan secretos que haya creído prudente no prevenir ni aun a nosotros. En tal caso se limitará a ocho días el tiempo de su ausencia.

Y dirigiéndose a Athos: Caballero —le dijo—, vuestra declaración es trascendental. ¿Queréis repetirla bajo juramento?

—Señor —respondió Athos—, siempre he vivido en un mundo donde mi palabra ha sido considerada como el más sagrado de los juramentos.

—Sin embargo, caballero, esta vez son las circunstancias más graves que ninguna de aquéllas en que os habéis hallado. Se trata de la salvación de todo un ejército. Pensadlo bien, el general ha desaparecido y nosotros lo buscamos. ¿Es natural esta desaparición?

¿Se ha consumado algún crimen? ¿Debemos llevar nuestras investigaciones hasta el extremo? ¿Debemos esperar con calma? En este momento, señor, todo depende de la palabra que vais a pronunciar.

—Interrogado así, no vacilo, caballero; sí, había venido a hablar confidencialmente con el general Monk y a pedirle una respuesta sobre ciertos intereses; el general, no pudiendo seguramente contestarme a balandra. Antes de la batalla que se espera, me suplicó que permaneciese ocho días en la casa que habito, Prometiéndome, que le volvería a ver en este término. Sí, todo esto es cierto; y lo juro por Dios, que es dueño absoluto de mi vida y de la vuestra.

Athos pronunció estas palabras con tanta solemnidad, que los tres oficiales casi quedaron convencidos. Sin embargo, uno de los coroneles hizo la última tentativa.

—Caballero —dijo—, aunque estamos convencidos de la verdad de cuanto decís, hay no obstante en todo esto un misterio extraño. El general es hombre demasiado prudente para haber abandonado de esta manera su ejército la víspera de una batalla, sin haber hecho al menos alguna observación a cualquiera de nosotros. En cuanto a mí, no puedo creer, lo confieso, que un acontecimiento extraño sea la causa de su desaparición. Ayer llegaron unos pescadores extranjeros a vender aquí su pesca, y se les alojó en el cuartel de los escoceses, esto es, en el mismo camino que el general siguió con vos para ir a la abadía y volver, y uno de esos pescadores fue quien acompañó al general con un farol. Pues bien, barca y pescadores desaparecieron esta mañana, arrastrado por la marea de la noche.

—Lo que es yo —dijo el lugarteniente—, nada veo en esto que no sea natural, porque al fin, esas gentes no eran prisioneros.

—No, pero repito que uno de ellos fue quien alumbró al general y al caballero en el subterráneo de la abadía, y Digby nos ha confesado que el general tenía malas sospechas de esa gente. ¿Quién nos dice que esos pescadores no estuviesen en inteligencia con el caballero y que, dado el golpe, éste, que sin duda, es valiente, no se quedara aquí para asegurarlo por medio de su presencia, y para impedir que nuestras investigaciones se dirigiesen hacia punto seguro?

Este discurso impresionó a los otros dos oficiales.

—Caballero —dijo Athos—, permitidme que os diga que vuestro razonamiento, muy especioso en apariencia, carece, no obstante, de solidez en

la parte que me concierne. Decís que me he quedado para trastornar las sospechas; pues al contrario, señores, concibo las sospechas lo mismo que vosotros, y afirmo que es imposible que el general se haya ausentado la víspera de una batalla sin decir nada a nadie. Sí, en todo esto hay un suceso extraño, y en vez de permanecer ociosos y esperar, es menester desplegar toda la vigilancia y actividad posibles. Yo soy vuestro prisionero, señores, bajo mi palabra o de cualquier otro modo, pues mi honor está interesado en que se sepa qué ha sido del general Monk de tal modo, que si me dijeseis: «marchaos», os respondería: «no, me quedo»; y si me preguntaseis mi parecer, añadiría: «sí, el general es víctima de alguna conspiración, porque de haber dejado el campamento lo hubiese dicho a alguien». Buscad, pues, registrad en la tierra y en el mar; el general no ha salido de aquí, y, si lo ha hecho, no ha sido al menos por su propia voluntad.

El lugarteniente hizo un ademán a los otros oficiales.

—No, caballero —dijo—, ya vais demasiado lejos. El general no tiene que temer de los acontecimientos, pues al contrario él es quien los dirige. Lo que hace ahora el general Monk lo ha hecho muchas veces, y hacemos nosotros mal en alarmarnos; su ausencia será de corta duración, seguramente; con que guardémonos bien, por una pusilanimidad, que él consideraría un crimen, de publicar su ausencia; que podría desmoralizar el ejército. El general nos da una prueba evidente de la confianza que tiene en nosotros; mostrémonos dignos de ella. Señores, que el más profundo secreto cubra todo esto con un velo impenetrable, y guardemos también al caballero, no por desconfianza con relación al crimen, sino para asegurar más eficazmente el secreto de la ausencia del general, concentrándolo entre nosotros; de modo que hasta nueva orden, el caballero habitará el cuartel general.

—Señores —dijo Athos—, no tenéis presente que el general me ha confiado esta noche un depósito sobre el cual debo vigilar. Ponedme la guardia que gustéis, condenadme si os parece, pero dejadme por cárcel la casa que habito. Os aseguro que el general os haría un cargo por haberle disgustado en esto.

Los oficiales consultáronse un momento, y, después de esta consulta dijo el lugarteniente:

—Bien, señor, regresaréis a vuestra casa.

Luego, dieron a Athos una guardia de cincuenta hombres que lo encerró en su casa, sin perderlo de vista un solo instante.

El secreto quedó guardado; mas las horas y los días pasaron sin que el general volviese y sin que nadie tuviese noticias suyas.

Capítulo XXVIII

El contrabando

Dos días después de los acontecimientos que hemos relatado, y mientras esperaban a cada instante en su campamento al general Monk, que no regresaba, una pequeña falúa holandesa, tripulada por diez hombres, echó el ancla en la costa de Scheveningen, a un tiro de cañón poco más o menos de tierra. Era noche cerrada, mucha la obscuridad, y la hora excelente para desembarcar viajeros o mercancías. La rada de Scheveningen forma una especie de media luna, es poco profunda, y, sobre todo, poco segura; de modo, que no se ven estacionar en ella sino grandes buques flamencos, o esas barcas holandesas que los pescadores sacan a la arena sobre ruedas, como hacían los antiguos; según asegura Virgilio. Cuando se hinchan las olas y empuja la corriente hacia tierra, no es muy prudente dejar que las embarcaciones lleguen demasiado cerca de la costa; porque si hace viento fresco, como la arena de la costa es movediza y esponjosa, los buques encallan y no es fácil sacarlos de nuevo a flote. Por esta razón, sin duda, la chalupa desprendióse del buque en el instante que éste echó ancla, que llegó a tierra con ocho de sus marineros, en medio de los cuales se divisaba un objeto de forma oblonga que parecía un gran fardo o canasto.

La ribera estaba desierta, y los pocos pescadores que habitaban la playa se habían acostado. El único centinela que custodiaba la costa (mal guardada, por ser imposible el desembarco de un buque de gran porte), sin poder seguir el ejemplo de los pescadores que fueron a descansar, les había imitado en cuanto a dormir en el fondo de su garita, tan profundamente como aquéllos lo hicieran en sus amas. El único ruido que se oía era el silbido de la brisa nocturna; corriendo por entre los arbustos de la playa. Pero, sin duda, eran desconfiadas aquellas gentes que se acercaban, pues no las tranquilizaban ese silencio real ni esta soledad aparente. Así es que su chalupa, visible apenas como un punto sombrío en el Océano, se deslizó sin ruido, evitando remar, y fue a tocar tierra en un sitio más cercano.

Apenas tocó fondo, un solo hombre saltó fuera de la barca, después de dar una breve orden con voz que denotaba la costumbre del mando. A consecuencia de esta orden relucieron inmediatamente muchos mosquetes a las débiles claridades del mar, y el fardo oblongo de que ya hemos hablado, que sin duda guardaba algún objeto de contrabando, fue transportado a tierra con muchas precauciones. Al mismo tiempo, el hombre que había desembarcado primero, corrió diagonalmente hacia la aldea de Scheveningen, dirigiéndose al extremo mas avanzado del bosque. Allí buscó la casa que ya

hemos entrevisto en una ocasión a través de los árboles, y que designamos entonces como la morada provisional y modesta de aquel a quien por cortesía llamaban rey de Inglaterra.

Dormían todos allí como en la playa; sólo un perro enorme de la casta de aquellos que los pescadores de Scheveningen atan a sus carretones para transportar su pesca a La Haya, empezó a dar formidables ladridos en el momento en que oyó delante de las ventanas los pasos del extranjero. Pero esta vigilancia, en vez de asustar al desconocido, pareció por el contrario producirle grande alegría, porque su voz hubiera sido insuficiente quizá para despertar a las gentes de la casa, además de que con un auxilio de tal importancia era casi inútil. Esperó, por tanto, el extranjero a que los ladridos sonoros y reiterados hubiesen producido su efecto, y entonces se aventuró a llamar. A su voz se puso a ladrar el perro con tanta violencia, que al momento sonó en el interior otra voz que apaciguaba al perro. Después de haber conseguido esto.

—¿Qué deseáis? preguntó aquella voz, a un mismo tiempo débil y cascada.

—Pregunto por Su Majestad el rey Carlos II —dijo el extranjero.

—¿Para qué?

—Quiero hablarle.

—¿Quién sois?

—¡Ah! ¡Diantre! Preguntáis demasiado, amigo, y no me gusta dialogar a las puertas de las casas.

—Decidme solamente vuestro nombre:

—Tampoco me gusta decir mi nombre al aire libre; además, estad tranquilo, que no me comeré a vuestro perro; ruego a Dios que él use la misma cortesía con respecto a mí.

—Tal vez traigáis noticias, ¿no es verdad, caballero? —repuso la voz, paciente y preguntona como la de un viejo.

—Os respondo que traigo noticias y ¡noticias que no se esperan! Abrid; pues, si gastáis.

—Caballero —prosiguió el anciano—, ¿creéis por vuestra alma y conciencia que tales noticias valen la pena de despertar al rey?

—Por el amor de Dios, querido amigo, descorred los cerrojos, que os juro no os arrepentiréis del trabajo que os habéis tomado por ello; palabra de honor.

—Sin embargo, caballero; no puedo abriros sin que me digáis vuestro nombre.

—¿Conque es necesario?

—Esa es la orden de mi amo, señor.

—¡Pues bien, oíd mi nombre...! Pero, os juro que mi nombre no os enseñará nada absolutamente.

—No importa, decidlo.

—Soy el caballero de D'Artagnan. La voz exhaló un grito.

—¡Ah! ¡Dios mío! —dijo el viejo del otro lado de la puerta—. ¡El señor de D'Artagnan! ¡Qué fortuna! Bien decía yo que esa voz no me era desconocida.

—¡Calle! —dijo D'Artagnan—. ¿Conocen aquí mi voz? ¡Es gracioso!

—¡Oh! Sí, la conocen —murmuró el anciano descorriendo los cerrojos—, y he aquí la prueba.

Y diciendo estas palabras introdujo a D'Artagnan, quien a la luz de la linterna que llevaba a la mano, reconoció a su obstinado interlocutor.

—¡Diantre! —exclamó—. ¡Es Parry! No debí dudar.

—Parry, sí, señor de D'Artagnan, soy yo. ¡Qué alegría volveros a ver!

—Habéis dicho bien: «¡qué alegría!» —exclamó D'Artagnan estrechando las manos del viejo.

—Vais a avisar al rey, ¿no es verdad?

—Pero el rey está durmiendo, caballero.

—¡Cáscaras! Despertadle, que no os reñirá por haberle incomodado, yo os lo, digo.

—Venís de parte del conde, ¿no es así?

—¿De cuál?

—Del conde de la Fère.

—¿De parte de Athos? No, no; vengo de parte mía... ¡Vamos, pronto, Parry, úrgeme ver al rey!

Parry no creyó deber resistir por más tiempo, pues conocía a fondo a D'Artagnan, y sabía que, aunque gascón, sus palabras no prometían nunca lo que no podían cumplir. Atravesó un patio y un reducido jardín, y aquietó al perro, que quería seriamente morder al mosquetero, y fue a llamar al ventanillo de una habitación que formaba el piso de un pabellón muy reducido.

Al mismo tiempo un perrillo que habitaba aquella sala respondió al perro grande que habitaba el patio.

—¡Pobre rey! —murmuró D'Artagnan para sí—. Éstos son sus guardias de Corps; aunque no por eso está peor guardado.

—¿Qué sucede? —preguntó el rey desde el fondo de la habitación.

—Señor; es el caballero de D'Artagnan que trae noticias.

Oyó entonces ruido en la habitación, se abrió una puerta, y una gran claridad inundó el jardín y los corredores.

El monarca trabajaba a la luz de una lámpara. Sobre su pupitre veíanse una multitud de papeles, y había comenzado el borrador de una carta, que denunciaba, por sus muchas tachaduras, el trabajo que le costaba escribirla.

—Pasad, caballero —dijo volviéndole.

Y viendo después al pescador:

—¿Qué me decíais, Parry? ¿Dónde se halla el señor de D'Artagnan? —preguntó Carlos.

—En vuestra presencia —dijo D'Artagnan.

—¿Con ese traje?

—Sí, miradme, Majestad. ¿No me reconocéis por haberme visto en Blois, en las antecámaras del rey Luis XIV?

—Sí, tal, caballero, y todavía recuerdo que tuve mucho que elogiar en vos.

—D'Artagnan se inclinó.

—Para mí era un deber sagrado conducirme como lo hice, desde que supe que trataba con Vuestra Majestad.

—¿Decís que me traéis nuevas?

—Sí, Majestad.

—¿De parte del rey de Francia?

—No a fe mía. Vuestra Majestad ha podido conocer ya que el rey de Francia no se ocupa más que de sí mismo.

Carlos alzó los ojos al cielo.

—No —continuó D'Artagnan—, no, Majestad. Traigo nuevas, todas compuestas de hechos personales, y me atrevo a esperar que escucharéis favorablemente hechos, y noticias.

—Hablad, caballero.

—Si no me equivoco, Vuestra Majestad habló mucho en Blois del mal estado de sus negocios en Inglaterra.

Carlos se ruborizó.

—Caballero —dijo—, sólo al rey de Francia referí...

—¡Oh! Vuestra Majestad se equivoca —dijo fríamente el mosquetero—; yo sé hablar a los reyes en la desgracia, y no me hablan lo mismo a mí cuando están en la fortuna; una vez venturosos, ya no me miran. Yo tengo para Vuestra Majestad, no sólo un profundo respeto, sino la más absoluta adhesión, y esto, en mí, creedme, significa algo. Cuando oí a Vuestra Majestad quejarse de su destino, vi que erais noble, generoso, y que sabíais sobrellevar la desgracia.

—En verdad —dijo Carlos sorprendido—, ignoro lo que debo preferir, si vuestras libertades o vuestros respetos.

—Ahora mismo escogeréis, señor —dijo D'Artagnan—. Decía que Vuestra Majestad se quejaba a su hermano Luis XIV de la dificultad que encontraba para penetrar en Inglaterra y subir a su trono sin hombres ni dinero.

Carlos hizo un movimiento de impaciencia.

—Y el principal obstáculo que encontraba, en su camino —continuó D'Artagnan—, era cierto general en jefe de los ejércitos del Parlamento, que allá en Inglaterra desempeñaba el papel de otro Cromwell. ¿No dijo esto Vuestra Majestad?

—Sí, pero repito, caballero, que esas palabras eran únicamente para los oídos del rey.

—Pues veréis, Majestad, cuánta suerte ha sido que cayeran en los de su teniente de mosqueteros. Ese hombre que tanto estorbaba a Vuestra Majestad era el general Monk, según creo. ¿Oí bien su nombre, Majestad?

El rey no podía volver de su asombro y miraba ora al risueño semblante, del mosquetero, ora a la ventana que había abierto D'Artagnan: Pero antes de que hubiera fijado sus ideas, ocho de los hombres del mosquetero, porque los otros dos quedaron guardando el barco, trajeron aquel objeto, de figura oblonga que encerraba de momento los destinos de Inglaterra.

—Sí, caballero; mas ¿a qué vienen todas esas preguntas?

—¡Oh! Lo sé muy bien, señor; la etiqueta no quiere que se interrogue a los reyes; mas, espero que Vuestra Majestad me dispensará que falte a ella. Vuestra Majestad añadía que si le fuese posible verlo, conferenciar con él y tenerlo a su presencia, triunfaría, bien fuese por la fuerza o par la persuasión, de ese obstáculo, que era el único insuperable que se le presentaba en su camino.

—Todo eso es cierto, caballero; mi destino; mi porvenir, mi obscuridad o

mi gloria dependen de ese hombre; pero ¿qué deducís de ahí?

—Una sola cosa: que si el general Monk es un estorbo hasta el punto que decís, sería conveniente desembarazar de él a Vuestra Majestad o convertirlo en aliado.

—Caballero, un rey que no tiene ejército ni dinero, puesto que habéis escuchado la conversación con mi hermano, nada puede intentar contra un hombre como Monk.

—En efecto, esa era vuestra opinión, lo sé muy bien; pero, felizmente para vos, no era también la mía.

—¿Qué queréis decir?

—Que sin soldados y sin millón he hecho yo lo que Vuestra Majestad no creía poder hacer sino con ambas cosas.

—¡Cómo! ¿Qué decís? ¿Qué habéis hecho?

—¿Qué he hecho, preguntáis? ¡Pues bien, fui allá a prender a ese hombre que estorbaba a Vuestra Majestad!

—¿A Inglaterra?

—Precisamente, Majestad...

—¿Fuisteis a prender a Monk a Inglaterra?

—¿Habré hecho mal por ventura?

—¡En verdad... estáis loco, caballero!

—Nada de eso, Majestad. ¿Habéis apresado a Monk?

—Sí, Majestad.

¿Dónde?

—En pleno campamento.

El rey estremeciéndose de impaciencia y se encogió de hombros.

—Y habiéndole apresado en la calzada de Newcastle —continuó D'Artagnan—, se lo traigo a Vuestra Majestad.

—¡Me lo traéis! —exclamó el rey, casi indignado de lo que consideraba como una mixtificación.

—Sí, Majestad —siguió D'Artagnan en el mismo tono—, os lo traigo; allá abajo está en una gran caja con agujeros, para que pueda respirar.

—¡Dios santo!

—¡Oh! Tranquilizaos, señor, se ha tenido con él el mayor cuidado; así es

que llega en buen estado, y perfectamente acondicionado. ¿Desea Vuestra Majestad verle y charlar con él, o hacerle tirar al agua?

—¡Oh! ¡Dios mío! —repitió Carlos—. ¿Decís verdad, caballero? ¿No me insultáis con alguna indigna burla? ¿Habréis llevado a término ese rasgo inaudito de audacia y de genio? ¡Imposible!

—¿Me permite Vuestra Majestad que abra esta ventana? —dijo D'Artagnan abriéndola.

El rey no tuvo tiempo siquiera para contestar. D'Artagnan dio un silbido agudo y prolongado que repitió tres veces en el silencio de la noche.

—Aquí —dijo— van a traérselo a Vuestra Majestad.

Capítulo XXIX

D'Artagnan teme haber puesto su dinero y el de Planchet en un negocio ruinoso

El rey no podía volver de su asombro, y miraba ora al risueño semblante del mosquetero, ora a la ventana que había abierto D'Artagnan. Pero antes de que hubiera fijado sus ideas, ocho, de los hombres del mosquetero, porque los otros dos quedaron guardando el barco, trajeron aquel objeto de figura oblonga que encerraba de momento los destinos de Inglaterra.

Antes que saliera de Calais, D'Artagnan había hecho confeccionar en esta ciudad una especie de féretro bastante ancho y profundo para que un hombre pudiera moverse cómodamente en él. El fondo y las paredes estaban acolchados, y formaban un lecho bastante dulce para que los vaivenes no pudieran convertir aquella caja en una especie de trampa.

La rejilla de que D'Artagnan había hablado al rey, era semejante a la visera de un casco, y estaba colocada a la altura de la cabeza del hombre, y fabricada de tal modo, que la menor presión podía ahogar un grito, y, en caso necesario la persona que gritase.

D'Artagnan conocía tan bien a su tripulación y a su prisionero, que había temido dos cosas durante el camino, o que el general prefiriese la muerte a tan extraña esclavitud y se hiciese ahogar a fuerza de querer gritar, o que su gente se dejara seducir por las ofertas del prisionero, y lo pusiesen a él en la caja en lugar de Monk.

Así es que D'Artagnan había pasado los dos días y, las dos noches cerca del cofre, solo con el general ofreciéndole vino y alimentos que había

rehusado, y siempre pretendiendo tranquilizarle sobre el destino que le aguardaba después de tan extraño cautiverio. Dos pistolas sobre la mesa y su espada desnuda aseguraban a D'Artagnan con respecto a las indiscreciones de afuera.

Pero al llegar a Scheveningen quedó absolutamente tranquilo. Sus hombres temían mucho todo conflicto con los señores de la tierra, y además había interesado en su causa a aquél que moralmente le servía de teniente, y a quien hemos oído responder al nombre de Menneville. Éste no era un hombre vulgar, pues tenía que arriesgar más que los otros, a causa de que tenía mas conciencia. Creía en un porvenir al servicio de D'Artagnan, y por tanto, primero se hubiese hecho despedazar que violar la consigna dada por el jefe. De suerte que, al punto que desembarcaron, D'Artagnan le confió la caja y la respiración del general, mandándole al mismo tiempo que hiciera transportar la caja, por los siete hombres, tan pronto como escuchase el triple silbido. Ya hemos visto que obedeció el teniente.

Estando ya el cofre en la casa del rey, D'Artagnan despidió a los suyos con una graciosa sonrisa, y les dijo:

—Señores, habéis hecho un gran servicio a Su Majestad el rey Carlos II, que antes de seis semanas será rey de Inglaterra. Vuestra gratificación será doble; marchaos, y aguardadme en la barca.

Dicho lo cual todos partieron llenos de alegría, de tal manera que espantaron al mismo perro.

D'Artagnan había ordenado llevar el cofre a la antecámara del rey, cuyas puertas cerró con mucho cuidado, diciendo enseguida al general, después de haber abierto la caja.

—Mi general, tengo muchas excusas que daros; mis maneras no han sido dignas de un hombre como vos; lo sé muy bien; pero yo tenía necesidad de que me tomaseis por un patrón de barco. Además, Inglaterra es un país muy incómodo para los transportes, y espero que todo esto lo tomaréis en consideración. Pero una vez aquí, mi general, sois libre de levantaros y andar.

Dicho esto, cortó las ligaduras que sujetaban los brazos y las manos del general, el cual se levantó y sentóse con la tranquilidad de quien espera la muerte. Entonces abrió D'Artagnan la puerta del gabinete de Carlos.

—Majestad —dijo—, aquí está vuestro enemigo, el señor Monk; me había prometido hacer esto en vuestro servicio. Ya está hecho; mandadme ahora. Caballero Monk añadió, volviéndose —hacia el prisionero—, estáis ante Su Majestad el rey Carlos II, soberano señor de la Gran Bretaña.

Monk alzó sobre el joven príncipe su mirada fríamente estoica, y contestó:

—Yo no conozco a ningún rey de la Gran Bretaña; yo no conozco aquí a nadie que sea digno de llevar el nombre de caballero, porque en nombre del rey Carlos II un emisario a quién tenía por hombre honrado, llegó a tenderme un infame lazo. He caído en ese lazo, tanto peor para mí. Ahora vos, el tentador —dijo al rey—, vos, el ejecutor —dijo a D'Artagnan—, recordad lo que voy a deciros: tenéis mi cuerpo y podéis matarle, a lo cual os incito, porque nunca tendréis mi alma, ni mi voluntad. Y ahora no me preguntéis ni una palabra, porque desde este momento ni aun abriré la boca para gritar. He dicho.

Y pronunció estas palabras con la resolución feroz del más exagerado puritano. D'Artagnan miró a su prisionero como hombre que sabe el valor de cada palabra, y que fija este valor según el tono con que han sido pronunciadas.

—El hecho es —dijo con voz muy baja al rey—, que el general es un hombre decidido; hace dos días que no ha querido tomar un bocado de pan, ni beber una gota de vino. Más, como a partir de este momento, es Vuestra Majestad quien decide de su suerte, yo me lavo las manos, como dijo Pilatos.

Monk estaba de pie, pálido y resignado, con la mirada fija y los brazos cruzados.

D'Artagnan volvióse hacia él.

—Comprenderéis perfectamente —le dijo—, que vuestra frase, muy bella por lo demás, no puede convenir a nadie, ni aun a vos mismo. Su Majestad deseaba hablaros, y vos os negabais a una entrevista, pero yo he hecho esta entrevista inevitable. ¿Por qué, ahora que estáis frente a frente, y que lo estáis vos por una fuerza independiente de vuestra voluntad, por qué habéis de obligarnos a rigores que yo juzgo inútiles y absurdos? Hablad, aunque no sea más que para decir no.

Monk no despegó los labios ni volvió siquiera los ojos: se acariciaba el bigote con aire que demostraba que las cosas iban a empeorar.

Durante este tiempo había caído Carlos en profunda reflexión. Se encontraba por primera vez frente a Monk, esto es, de aquel hombre a quien tanto había deseado ver, y con ese golpe de vista particular que Dios ha dado al águila y a los reyes, había sondeado el abismo de su corazón.

Veía, pues, a Monk resuelto a morir antes que hablar, lo cuál no era extraordinario por parte de un hombre tan importante, y cuya herida debía ser en aquel momento tan cruel.

En el mismo instante tomó Carlos II una de esas determinaciones en las que un hombre vulgar juega su vida, un general su fortuna y un rey su corona.

—Caballero —dijo a Monk—, tenéis mucha razón en ciertos puntos. Yo no os ruego qué me respondáis, sino que me escuchéis.

Aquí hubo un momento de silencio, durante el cual el monarca miró a Monk, que permaneció impasible.

—Ahora poco me habéis hecho un cargo doloroso; caballero —continuó el rey—. Habéis dicho que uno de mis delegados había ido a Newcastle a preparaos una emboscada, y esto, dicho de paso, no debe haberlo comprendido el señor de D'Artagnan, a quien estáis viendo, y al cual antes de todo debo dar las más expresivas gracias por su generoso y heroico sacrificio.

D'Artagnan saludó con respeto. Monk no pestañeó.

—Porque el señor de D'Artagnan; y observad bien, caballero Monk, que no os digo esto por disculparme, ha ido a Inglaterra por su propio impulso; sin interés alguno, sin orden y sin esperanza, como un verdadero caballero que es; por hacer servicio a un rey desdichado y para añadir a las ilustres acciones de su existencia un hermoso rasgo más.

D'Artagnan se ruborizó un poco y tosió, tomando cierta actitud. Monk no se movió.

—¿No creéis en lo que os manifiesto, caballero Monk? prepuso el rey.

—Comprendo eso; semejantes pruebas de desprendimiento son tan raras que se podía dudar de su realidad.

—Muy mal hará el señor, no creyéndoos —exclamó D'Artagnan—, porque lo que Vuestra Majestad acaba de decir es la pura verdad, y tanto, que según me parece, al ir en busca del general, he hecho una cosa que todo lo contraría. Si esto es así, voy a desesperarme.

—Señor de D'Artagnan —murmuró el rey tomando la mano del mosquetero—, me tenéis más obligado, creedme, que si hubieseis llevado a cabo el triunfo de mi causa, porque me habéis revelado un amigo incógnito, al cual siempre viviré reconocido y siempre amaré.

Y le apretó cordialmente la mano.

—Y un enemigo —continuó saludando a Monk—, a quien apreciaré ahora en su valor.

Los ojos del puritano lanzaron un relámpago, pero uno sólo; y su semblante, iluminado un instante por él, volvió a su impasibilidad sombría.

—Ahora, caballero D'Artagnan —continuó Carlos—, oíd lo que ha sucedido: el señor conde de la Fère, a quien conocéis, según creo, salió para Newcastle.

—¡Athos! —exclamó D'Artagnan.

—Sí, me parece que ése es su nombre de guerra. El conde de la Fère salió para Newcastle, y tal vez iba a reducir al general a tener una conferencia conmigo o con los de mi partido, cuando, según parece, vos habéis intervenido violentamente en la negociación.

—¡Cáscaras! —exclamó D'Artagnan—. Sin duda era él quien entraba en el campamento la misma noche que yo penetré con mis pescadores.

Un imperceptible fruncimiento de cejas de Monk dio a entender a D'Artagnan que Había adivinado.

—Sí, sí, creí reconocer su estatura, oír su voz. ¡Maldito sea yo! ¡Oh! Señor, perdonadme; creía, no obstante, haber conducido bien mi barca.

—Nada hay de malo en esto, caballero —dijo el rey—, sino que el general me acusa de haberle hecho tender un lazo, lo cual no es verdad. No, general; no son ésas las armas que contaba usar con vos; muy pronto lo veréis. Y entretanto, cuando yo os doy mi palabra de hidalgo, creedme, señor, creedme. Ahora, caballero de D'Artagnan, escuchad.

—Escucho de rodillas, Majestad.

—¿Sois mío, no es verdad?

—Vuestra Majestad lo ha visto.

—Bien. Basta la palabra de un hombre como vos, mucho más cuando va acompañada de acciones. General, seguidme. Venid con nosotros, caballero D'Artagnan.

D'Artagnan, bastante sorprendido, se apresuró a obedecer. Salió Carlos II, Monk le siguió y D'Artagnan a Monk. Carlos II tomó el camino que el mosquetero había traído, y el aire fresco del mar vino a herir muy pronto el rostro de los tres paseantes nocturnos; a cincuenta pasos más allá de una portecilla que Carlos abrió, se encontraron en la playa y enfrente del Océano que, habiendo dejado de crecer, reposaba en la ribera como un monstruo fatigado.

Pensativo Carlos II, marchaba con la cabeza inclinada y las manos debajo de su capa. Monk seguía con los brazos libres y la mirada inquieta, y D'Artagnan detrás con la mano sobre el pomo de su espada.

—¿Dónde está el buque que os ha traído, señores? —preguntó Carlos al mosquetero.

—Allá abajo, Majestad; tengo siete hombres y un oficial que me esperan en esa barquilla alumbrada por un farol.

—¡Ah, sí! La han sacado a la arena, ya la veo; pero, en verdad, no habréis venido de Newcastle en esa barca.

—No, Majestad; yo había fletado por mi cuenta una falúa que ha echado anclas a un tiro de la playa. En esa falúa hemos hecho el viaje.

—Caballero —dijo el rey a Monk—, sois libre.

Por firme de voluntad que fuera Monk no pudo contener, una exclamación. El rey hizo un signo afirmativo con la cabeza, y continuó:

—Vamos a despertar a un pescador de esta aldea que botará su barco esta misma noche y os llevará donde le mandéis. El señor de D'Artagnan a quien pongo bajo la salvaguardia de vuestra lealtad, escoltará a Vuestro, Honor.

Monk dejó escapar un murmullo de asombro, y D'Artagnan un profundo suspiro. El rey, sin que nada notase al parecer, llamó al enrejado de pino que cerraba la cabaña del primer pescador habitante de la playa.

—¡Hola! Keyser —gritó—, ¡despierta!

—¿Quién me llama? —gritó el pescador.

—Yo, el rey Carlos.

—¡Ah! Milord —exclamó Keyser levantándose envuelto en la vela, en la que se acostaba como en una hamaca—, ¿qué he de hacer en vuestro servicio?

—Patrón Keyser —dijo Carlos—, apareja sobre la marcha; aquí tienes un pasajero que fleta tu barco y que te pagará espléndidamente: sírvele.

Y el rey dio unos pasos atrás para que Monk hablase libremente con el pescador.

—Quiero pasar a Inglaterra —dijo Monk, que hablaba holandés lo preciso para que le entendieran.

—Al instante —dijo el patrón—, al instante mismo, si queréis.

—¿Pego será muy largo? —dijo Monk.

—Menos de media hora, señor; mi hijo el mayor está aparejando en este momento, porque a las tres de la mañana debíamos salir a la pesca.

—Y bien, ¿está ya? —preguntó Carlos acercándose.

—Menos el precio —dijo el pescador—, sí, Majestad.

—Eso, es cosa mía —repuso Carlos—; el señor es amigo mío. Monk se estremeció y miró a Carlos.

—Bien, milord —replicó Keyser. En aquel momento se oyó al hijo mayor de Keyser que tocaba, desde la playa, un cuerno de buey.

—Podéis partir, señores —dijo el rey.

—Señor —dijo D'Artagnan—, ¿quiere vuestra Majestad concederme algunos minutos?

Tenía enganchados unos hombres, y como me voy sin ellos, será menester que les avise.

—Silbadles —dijo Carlos sonriendo.

D'Artagnan silbó, en efecto, mientras el patrón Keyser respondía a su hijo, y acudieron cuatro hombres conducidos por Menneville.

—Ya estáis pagados —murmuró D'Artagnan, dándoles una bolsa que contenía dos mil quinientas libras en oro—. Id a esperarme a Calais, donde sabéis.

Y D'Artagnan, dando un prolongado suspiro, puso la bolsa en manos de Meinneville.

—¡Cómo! ¿Nos dejáis? —exclamaron los hombres.

—Por poco tiempo —contestó D'Artagnan—, o por mucho. ¡Quién sabe! Con esas dos mil quinientas libras; y las otras dos mil que ya tenéis recibidas, estáis pagados, según nuestro convenio. Separémonos, pues, hijos míos.

—Pero ¿y el barco?

—No os sobresaltéis por eso. Nuestros efectos están en la falúa.

—Iréis a buscarlos, y al momento os pondréis en marcha.

—Bien, mi comandante. D'Artagnan se volvió hacia Monk, y le dijo:

—Caballero, espero vuestras órdenes, porque vamos a marchar juntos, a menos que mi compañía ha os sea desagradable.

—Al contrario, caballero —dijo Monk.

—¡Vamos, señores, a bordo! —gritó el hijo de Keyser.

Carlos saludó dignamente al general, y le dijo:

—Me perdonaréis el contratiempo y la violencia que habéis sufrido, cuando estéis persuadido de que no los he causado yo.

Monk se inclinó profundamente sin responder. Carlos, por su parte, afectó no decir una palabra, en particular a D'Artagnan; pero en voz alta:

—Gracias os doy otra vez, caballero —le dijo—; gracias por vuestros servicios. Ya os serán pagados por Dios, que espero reserve para mí solo el sufrimiento y las pruebas.

Monk siguió a Keyser y a su hijo, y se embarcó con ellos.

D'Artagnan los siguió, murmurando:

—¡Ah! ¡Mi pobre Planchet! Mucho temo que hayamos hecho una mala especulación.

Capítulo XXX

Las acciones de la sociedad «Planchet y Compañía» pónense a la par

Durante la travesía, Monk no dirigió la palabra a D'Artagnan sino en los casos de necesidad urgente. De modo que cuando el francés tardaba en presentarse a la hora de la comida (pobre comida, compuesta de pescado salado, galleta y ginebra), Monk le invitaba:

—¡A la mesa, señor!

Esto era todo cuanto le decía. Justamente, porque D'Artagnan era en las grandes ocasiones en extremo conciso, no sacó de esta concisión ningún favorable augurio para el éxito de su misión. Además, como tenía mucho tiempo de sobra, se quebraba la cabeza investigando cómo había visto Athos a Carlos II; cómo había tramado con él aquel viaje, y cómo, por fin, había entrado en el campamento de Monk; y el pobre teniente de mosqueteros se arrancaba un pelo de su bigote cada vez que pensaba en Athos era sin duda el caballero que acompañaba Monk la famosa noche del rapto.

En fin, después de dos noches y dos días de navegación, el patrón Keyser tocó tierra en el lugar donde Monk, que había dado las órdenes durante la travesía, mandó que lo desembarcasen. Era, precisamente, la embocadura de aquel río, cerca del cual había elegido Athos su habitación.

El día declinaba, y un sol hermoso, semejante a un escudo de hierro candente, sumergía la extremidad inferior de su disco en la línea azul del mar. La falúa seguía sirgando y remontando el río, muy ancho en aquel sitio; pero Monk, en medio de su impaciencia, mandó saltar en tierra, y la canoa de Keyser condújolo en compañía de D'Artagnan a la fangosa orilla del río, entre juncos y cañas.

D'Artagnan, resignado a la obediencia; siguió a Monk del mismo modo que el oso encadenado sigue a su dueño; pero su posición le humillaba en demasía, y murmuraba en voz baja que el servicio de los reyes era muy penoso, y que el mejor de todos no valía nada.

Monk andaba a pasos apresurados. Hubiérase dicho que aún no estaba muy seguro de haber reconquistado la tierra de Inglaterra, aun cuando ya se divisaban claramente las pacas casas de los marineros y pescadores; esparcidas

en el reducido muelle de aquel humilde puerto. De pronto exclamó D'Artagnan.

—¡Ah! ¡Dios me perdone, aquella casa está ardiendo!

Monk alzó los ojos y vio efectivamente que el fuego comenzaba a devorar una casa. El fuego había prendido en un cobertizo pequeño inmediato a ella, cuyo tejado comenzaba a arder, y el viento fresco de la noche venía en ayuda del incendio.

Los dos viajeros apresuraron el paso, oyeron tremendos gritos, y vieron al acercarse soldados que movían sus armas y que extendían el puño cerrado hacia la casa incendiada.

Sin duda esta ocupación amenazadora había hecho que no advirtiesen la llegada de la falúa.

Monk se detuvo un momento, y por vez primera formuló su pensamiento con palabras.

—¡Eh! —dijo—. Esos no serán mis soldados, sino los de Lambert. Estas palabras contenían a la vez un dolor, una aprensión y una reconvención, que D'Artagnan comprendió a las mil maravillas.

—En efecto, durante la ausencia del general, Lambert podía haber dado la batalla, derrotando, dispersando a los parlamentarios, y tomando con su ejército las posiciones de Monk, privado de su más firme apoyo. A esta duda, que pasó del espíritu de Monk al suyo, hizo D'Artagnan este razonamiento:

«Una de dos: o Monk ha dicho la verdad, y no hay más que lambertistas en el país, es decir, enemigos que me recibirán bien, pues a mí deberán la victoria, o no ha cambiado: nada, y Monk, entusiasmado de alegría, encontrando su campamento en el mismo sitio, no será demasiado duro en sus represalias».

Pensando así, avanzaban los dos viajeros, y comenzaban a encontrarse en medio de un grupo de marineros que veían con dolor arder la casa, pero que nada osaban decir, asustados por las amenazas de los soldados. Monk dirigiase a uno de los marineros.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó.

—Caballero —contestó el hombre sin reconocer a Monk como oficial, envuelto como iba en su capa—; lo que hay es que esa casa estaba habitada por un extranjero, y que ese extranjero se ha hecho sospechoso a los soldados. Entonces, han intentado penetrar en su casa a pretexto de conducirlo al campamento; pero él, sin asustarse por su número, ha amenazado de muerte al primero que pretendiera franquear el umbral de la puerta; y, como se encontrase uno que se arriesgara, el francés le ha tendido en tierra de un

pistoletazo.

—¡Ah! ¿Es un francés? —exclamó D'Artagnan, frotándose las manos—. ¡Bueno!

—¿Cómo bueno? —dijo el pescador.

—No, quería decir... además... Se me ha trabado la lengua.

—Luego, señor, han venido los otros, furiosos como leones, y han tirado más de cien mosquetazos sobre la casa; pero el francés estaba a cubierto detrás del muro, y, cada vez que se quería penetrar por la puerta, disparaba un tiro su lacayo, que lo hace perfectamente. Cada vez que amenazaban la ventana, aparecía la pistola del amo. Contad, ya están siete hombres en tierra.

—¡Ah! ¡Valiente compatriota! —exclamó D'Artagnan—. Espera, voy a unirme contigo y daremos cuenta de toda esta canallada.

—Un instante, señor —dijo Monk—, esperad.

—¿Mucho tiempo?

—No, el preciso para hacer una pregunta.

Volviendo luego hacia el marinero:

—Amigo mío —preguntó con emoción que no pudo disimular a pesar de su fuerza sobre sí mismo—, ¿de quién son estos soldados?

—¿De quién han de ser, sino de ese endiablado de Monk?

—¿Con que no se ha dado la batalla?

—¿Y para qué? El ejército de Lambert se derrite como la nieve en abril. Todos se van con Monk, oficiales y soldados, y dentro de ocho días no tendrá Lambert más de cincuenta hombres.

El pescador fue interrumpido por una nueva salva de tiros lanzados sobre la casa, y por un nuevo pistoletazo que contestó a esta salva, echando por tierra al más atrevido de los agresores. La cólera de los soldados llegó al colmo.

El fuego iba en aumento, y un penacho de llamas y de humo aparecía como un turbión sobre la casa. D'Artagnan no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Diantre! —dijo a Monk, mirándole de reojo—. ¿Sois el general y dejáis que vuestros soldados quemen casas y asesinen a la gente? ¿Y miráis esto tranquilamente calentándoos las manos al fuego del incendio? ¡Cáscaras! ¡No sois hombre!

—Paciencia, caballero, paciencia —dijo Monk, sonriendo.

—¡Paciencia, paciencia! Hasta que esté asado ese caballero tan valiente, ¿no es cierto?

Y D'Artagnan echó a correr.

—Quedaos, señor —dijo Monk, imperiosamente.

Y se adelantó hacia la casa. Precisamente, acababa de acercarse un oficial, que decía:

—¡La casa arde y vas a ser encadenado antes de una hora! Aún es tiempo; manifiesta lo que sepas del general Monk, y te concederemos la vida. Responde, o por san Patricio...

El sitiado no respondió; sin duda volvía a cargar su pistola.

—Y han ido a buscar refuerzo —prosiguió el oficial; dentro de una hora habrá cien hombres alrededor de esta casa.

—Para responder —dijo el francés—, quiero que todo el mundo se aparte; deseo salir libre y marchar solo al campamento, o si no me haré matar aquí.

—¡Mil rayos! —exclamó D'Artagnan. ¡Es la voz de Athos! ¡Ah, miserables!

Y la espada de D'Artagnan lució fuera de la vaina.

Monk lo contuvo y dijo con voz sonora, adelantándose:

—¡Pardiez! ¿Qué se hace aquí? Digby, ¿por qué este fuego? ¿Por qué estos gritos?

—¡El general! —gritó Digby dejando caer la espada.

—¡El general! —repitieron los soldados.

—Y bien, ¿qué hay en esto de extraño? —dijo Monk con voz tranquila.

Y, ya restablecido el orden, añadió:

—¿Quién ha encendido este fuego?

Los soldados bajaron la cabeza.

—¡Qué! ¿Pregunto y no se me contesta? —dijo Monk—. ¡Qué! ¿Reprendo y no se repara el daño? ¡Me parece que aún está ardiendo esa casa!

Al instante lanzáronse los veinte hombres buscando cubos, jarros y toneles, apagando el incendio con tanto ardor como habían empleado un momento antes en propagarlo. Más ya, ante todos y el primero D'Artagnan había aplicado una escala a la casa, gritando:

—¡Athos! ¡Soy yo, D'Artagnan! ¡no me mates, amigo mío! Minutos después estrechaba al conde en sus brazos.

Durante este tiempo, Grimaud, que permanecía tranquilo, desmantelada la fortificación del piso bajo, y después de haber abierto la puerta, se cruzaba tranquilamente de brazos en el umbral. Sólo a la voz de D'Artagnan había lanzado una exclamación de asombro.

Apagado el fuego, los soldados se presentaron confusos, y Digby a la cabeza de ellos.

—General —dijo éste—, perdonadnos. Lo que hemos hecho, ha sido por afecto a Vuestro Honor, al que creíamos perdido.

—Estáis locos, señores. ¡Perdido! ¿Se pierde acaso un hombre como yo? ¿Por ventura, no me será permitido ausentarme cuando me plazca sin avisar? ¿Acaso un caballero que es mi amigo, mi huésped, debe ser sitiado, batido y amenazado de muerte, porque se sospeche de él? ¿Qué significa esa palabra sospechar? ¡Dios me castigue si no hago fusilar a todos los que aquí ha dejado con vida ese valiente gentilhombre!

—General —dijo Digby lastimeramente— éramos veintiocho, y ocho están en tierra.

—Yo autorizo al señor conde de la Fère para que envíe a los otros veinte a unirse con los ocho —dijo Monk.

Y tendió la mano a Athos.

—Id al campamento —dijo Monk. Señor Digby, quedáis arrestado un mes. Eso os enseñará, caballero, a no obrar otra vez sino conforme a mis órdenes.

—Tenía las del lugarteniente, mi general.

—El lugarteniente no tiene que daros órdenes semejantes, y él guardará el arresto en vuestro lugar, si efectivamente os ha mandado quemar la casa de este gentilhombre.

—No es eso lo que ha ordenado, general, sino que le llevásemos al campamento, pero el señor conde no ha querido seguirnos.

—No quise que entraran a saquear mi casa —dijo Athos a Monk con mirada expresiva.

—Y habéis hecho bien. ¡Al campamento, os digo!

Los soldados se alejaron con la cabeza baja.

—Ahora que permanecemos solos —dijo Monk a Athos—, decidme, caballero, ¿por qué os obstinabais en permanecer aquí, puesto que teníais vuestra falúa?

—Os aguardaba, general —dijo Athos—. ¿No me había dado Vuestro Honor una cita para dentro de ocho días?

Una mirada elocuente de D'Artagnan demostró a Monk que estos dos hombres tan intrépidos y tan leales no estaban en inteligencia para su rapto. Ya lo sabía él.

—Caballero —dijo a D'Artagnan—, teníais mucha razón. Dejadme, si gustáis, hablar un momento con el señor conde de la Fère.

D'Artagnan aprovechase del permiso para ir a dar los buenos días a Grimaud.

Monk suplicó a Athos que le llevase a la casa que habitaba. La sala principal todavía estaba llena de escombros y de humo. Más de cincuenta balas habían pasado por la ventana, y mutilado las paredes.

Allí encontraron una mesa, un tintero y todo lo preciso para escribir. Monk cogió una pluma, escribió una sola línea, firmó, dobló el papel, cerró la carta con el sello de su anillo, y la entregó a Athos, diciéndole:

—Caballero, llevad, si queréis, esta carta al rey Carlos II, y marchad en este mismo instante si nada os detiene aquí.

—¿Y los barriles? —dijo Athos.

—Los pescadores que me han traído os ayudarán a transportarlos a bordo. Marchad, si es posible, dentro de una hora.

—Sí, general —dijo Athos.

—¡Señor de D'Artagnan! —gritó Monk por la ventana.

D'Artagnan subió corriendo.

—Abrazad a vuestro amigo y despedíos de él; caballero, porque vuelve a Holanda.

—¡A Holanda! —dijo D'Artagnan—. ¿Y yo?

—Sois libre en seguirle, señor; pero ruego os quedéis —dijo Monk—. ¿Me lo negáis?

—¡Oh! No, general, a vuestras órdenes.

D'Artagnan abrazó a Athos, y tan sólo tuvo tiempo de decirle adiós. Monk, que los vigilaba entretanto, cuidó por sí mismo los preparativos de la marcha, de la conducción de los barriles a bordo y de que Athos se embarcara. Y tomando enseguida del brazo a D'Artagnan, pasmado y conmovido, lo condujo hacia Newcastle. Al mismo tiempo que andaban, el mosquetero iba diciendo en voz baja:

—¡Vamos, vamos, me parece que suben las acciones de la casa «Planchet y Compañía»!

Capítulo XXXI

El golpe de Monk

Así como se prometiera un desenlace más feliz tampoco había llegado D'Artagnan a comprender bien la situación. Era para él un grave asunto de meditación aquel viaje de Athos a Inglaterra, su alianza con el rey, y el singular enlace de su pensamiento con el del conde de la Fère. Lo mejor era dejarse ir con la corriente. Había cometido una imprudencia, y habiéndolo alcanzado todo, encontrábase, no obstante, sin ninguna de las ventajas del triunfo. Y puesto que todo estaba perdido, nada se arriesgaba ya.

D'Artagnan siguió a Monk a su campamento, donde la vuelta del general había causado un efecto maravilloso, porque todos le creían perdido. Pero Monk, con su rostro austero y su aspecto glacial, parecía que preguntaba a sus oficiales y soldados la causa de su alegría. De modo que dijo al lugarteniente, que había salido a su encuentro, atestiguándole la inquietud que experimentó por su ausencia:

—¿Por qué eso? ¿Estoy acaso obligado a daros cuenta de mis acciones?

—Señor, las ovejas sin pastor pueden temblar.

—¡Temblar! —contestó Monk con su voz tranquila y poderosa—. ¡Ah, caballero! ¡Qué palabra...! Si mis ovejas no tienen dientes ni uñas, renuncio a ser su pastor. ¡Oh! ¡Vos tembláis, caballero!

—General, por vos...

—Mezclaos en lo que os concierna, y si yo no poseo el espíritu que Dios enviaba a Oliver Cromwell, tengo el que me ha enviado, con el cual me contento, por escaso que sea.

El oficial no contestó, y habiendo impuesto Monk silencio a su gente de este modo, todos quedaron persuadidos de que había llevado a cabo un asunto importante, o que había hecho una prueba con respecto a ellos. Esto era conocer muy poco aquel genio paciente y escrupuloso. Si Monk tenía la buena fe de los puritanos, sus aliados, debió dar las gracias fervorosamente al santo patrono que le había sacado de la caja del señor de D'Artagnan.

Mientras sucedían estas cosas, no cesaba de repetir nuestro mosquetero:

—Dios mío, haz que el señor Monk no tenga tanto amor propio como yo; porque declaro que si alguno me hubiera metido en un cofre con aquella rejilla sobre la boca, y conducido encajonado de este modo como un buey, por el

mar, conservaría un mal recuerdo del aspecto lastimoso que tendría en aquel cofre y un rencor muy ruin al que me hubiese encerrado; temería tanto ver lucir en el rostro de ese malicioso una sonrisa irónica, o en su actitud una imitación grotesca de mi posición en la caja, que por quien soy le escondería un buen puñal en la garganta en compensación de la rejilla, y lo clavaría en una verdadera sepultura, en recuerdo del simulado féretro en que me hubiera enmohecido por espacio de dos días.

Y D'Artagnan decía todo esto de muy buena fe, porque era muy sensible la epidermis de nuestro gascón. Afortunadamente, Monk tenía otras ideas, y no dijo una palabra de lo pasado a su tímido vencedor, pero le admitió muy de cerca a sus trabajos y le llevó a cierto reconocimiento para obtener lo que sin duda deseaba vivamente; una rehabilitación en el espíritu de D'Artagnan. Éste se condujo como un veedor lisonjero; admiró toda la táctica de Monk y la ordenanza de su campamento, y burlóse muy agradablemente de las circunvalaciones de Lambert, quien, decía él, se había tomado muy inútilmente el trabajo de cerrar un campo para veinte mil hombres, cuando le hubiese bastado media aranzada de terreno para el cabo y los cincuenta guardias que tal vez le permanecían fieles.

Al momento que llegó Monk aceptó la proposición de una entrevista hecha la víspera; por Lambert, y que los lugartenientes de aquél habían rehusado so pretexto de que el general se hallaba enfermo. Esta entrevista no fue larga ni interesante. Lambert pidió una profesión de fe a su rival. Éste declaró que no tenía otra opinión que la de la mayoría. Lambert preguntó si no sería más expedito terminar la cuestión por una alianza que por una batalla. Monk solicitó ocho días para reflexionar, a lo cual no podía negarse Lambert, a pesar de que había venido diciendo que devoraría el ejército de Monk. Así es que, cuando nada se decidió después de esta entrevista, que impacientemente esperaban los de Lambert, ni tratado ni batalla, el ejército rebelde comenzó, lo mismo que D'Artagnan había previsto, a preferir la buena causa a la mala, y al Parlamento, por más rabadilla que fuera, a la nada pomposa de los designios del general Lambert.

Recordábanse, además, las buenas comidas de Londres, la profusión de cerveza y de Sherry que el vecino de la City pagaba a sus amigos, los soldados, y se miraba con espanto el pan negro de la guerra, el agua turbia del Tweed, demasiado salada para el vaso y muy mala para la marmita, y se decía: «¿no estaremos mejor del otro lado? ¿No se asan en Londres las chuletas para Monk?».

Desde entonces ya no se habló más que de desertión en el ejército de Lambert; los soldados se dejaban alucinar por la fuerza de los principios, que son, como la disciplina, el lazo obligado de todo cuerpo, constituida con un fin cualquiera. Monk defendía al Parlamento, Lambert lo atacaba. Monk no tenía

más ganas que Lambert de sostener al Parlamento; pero lo había escrito en sus banderas, de modo que todos los del partido contrario estaban reducidos a escribir en las suyas: «Rebelión», lo cual sonaba mal en los oídos puritanos. Vióseles, por tanto, ir de Lambert a Monk, como los pecadores van de Baal a Dios.

Monk formó su composición de lugar a mil deserciones diarias Lambert tenía gente para veinte días; mas hay en las cosas que se hunden tal acrecentamiento de peso y de celeridad que se combinan, que se marcharon el primero ciento; quinientos el segundo y mil el tercero. Monk pensó que había llegado a su medio. Pero de mil pasó pronto la deserción a dos mil, luego a cuatro mil, y ocho días después, conociendo Lambert que ya no había posibilidad de aceptar la batalla si se la presentaban, tomó el prudente partido de levantar el campo durante la noche para regresar a Londres, y prevenir a Monk reconstruyendo un poder con los restos del partido militar.

Pero Monk, libre y sin inquietudes, marchó sobre Londres como vencedor, aumentando su ejército con todas las partidas errantes que encontraba al paso. Fue a acampar en Bamet, es decir, a cuatro leguas de distancia, querido del Parlamento, que le consideraba como protector, y esperado por el pueblo, que quería verle manifestarse para juzgarlo. D'Artagnan, mismo no había podido juzgar nada de su táctica, observada y admirada. Monk no podía entrar en Londres con un partido tomado sin hallar allí la guerra civil. Así es que contemporizó algún tiempo.

Repentinamente, sin que nadie lo esperase, Monk hizo arrojar de Londres al partido militar y se instaló en la City, en medio de los burgueses por mandato del Parlamento; y después, en el instante en que los burgueses gritaban contra Monk, y cuando los mismos soldados acusaban a su jefe, viéndose Monk muy seguro de la mayoría, declaró al Parlamento que era necesario abdicar, levantar el sitio y ceder el puesto a un gobierno que no fuese una burla. Monk pronunció esta declaración apoyado por cincuenta mil espadas, a las cuales uniéronse aquella misma noche, con hurras de júbilo delirante, quinientos mil habitantes de la buena ciudad de Londres.

Por último, en el instante en que el pueblo, después de su triunfo y de sus orgías en medio de la calle, buscaba con los ojos el deseo que podría darse a sí propio, se supo que cierto buque acababa de salir de La Haya, conduciendo a Carlos II y su fortuna.

—Señores —dijo Monk a sus leales—, salgo al encuentro del legítimo rey. ¡Quien me ame que me siga!

Una aclamación estrepitosa acogió estas palabras, que D'Artagnan no oyó sin un estremecimiento de placer.

—¡Diantre! —dijo a Monk—. Esto es atrevido, caballero.

—Vos me acompañáis, ¿no es verdad? —replicó Monk.

—¡Cáscaras, general! Pero, decidme, si gustáis, lo que escribisteis con Athos, es decir, con el señor conde de la Fère... ya sabéis... el día de nuestra llegada.

—Yo no guardo secretos para vos —contestó Monk—; escribí estas palabras: «Señor, dentro de seis semanas espero a Vuestra Majestad en Douvres».

—¡Ah! —murmuró D'Artagnan—. No diré, ya que eso es atrevido; diré que está muy bien jugado el lance. ¡Magnífico golpe!

—Os reconocéis en él —dijo Monk.

Esta fue la única alusión que el general hizo sobre su viaje a Holanda.

Capítulo XXXII

Athos y D'Artagnan vuélvense a encontrar en la hostería «El cuerno de ciervo»

El rey de Inglaterra hizo su entrada con gran pompa en Douvres, y después en Londres. Había ordenado que le acompañasen sus hermanos, su madre y su hermana. Hacía tanto tiempo que Inglaterra estaba entregada a sí propia, esto es, a la tiranía y a la injusticia, que esta vuelta del rey Carlos II, a quien, sin embargo, no conocían los ingleses, más que como el hijo de un hombre a quien ellos habían cortado la cabeza, fue una fiesta para los tres reinos. Así es que todas aquellas aclamaciones que acompañaban su vuelta llamaron tanto la atención del rey, que se inclinó al oído de Jack de York, su hermano más joven, para decirle:

—Verdaderamente, Jack, me parece ha sido falta nuestra si hemos estado tanto tiempo ausentes de un país donde tanto nos aman.

El acompañamiento fue soberbio, y un tiempo admirable favorecía la solemnidad. Carlos había vuelto a su juventud, a su buen humor; parecía transfigurado; los corazones reían como el sol.

Entre aquella muchedumbre ardiente de cortesanos y de adoradores, que parecían no acordarse de que ellos habían llevado al cadalso de White Hall al padre del nuevo rey; un hombre, en uniforme de teniente de mosqueteros, miraba, con la sonrisa en sus delgados labios, unas veces al pueblo, que vociferaba sus bendiciones, otras al príncipe, lleno de emoción, que a todos

saludaba, y especialmente a las mujeres, cuyos ramilletes venían a caer a los pies de su caballo.

—¡Qué hermoso oficio el de rey! —exclamaba aquel hombre impulsado por su contemplación, y tan absorto, que se paró en medio del camino, dejando desfilar el séquito—. He aquí en verdad un príncipe lleno de oro y de diamantes como un Salomón, y esmaltado de flores como un prado en primavera; allá va a sacar a manos llenas del inmenso cofre en que sus súbditos; muy leales hoy, muy infieles ayer, le han reunido una o dos carretas de barras de oro. Ahora le echan flores hasta cubrirlo, y hace dos meses, si se hubiese presentado, le habrían enviado tantas balas de cañón y de mosquete como hoy le envían flores. Decididamente, nacer de cierta manera es cosa que no desagrada a los villanos que pretenden les importa poco nacer villanos.

El séquito continuaba desfilando, y con el rey las aclamaciones comenzaban a alejarse en dirección del palacio; lo cual no impedía que nuestro oficial fuese bien atropellado.

—¡Vive Dios! —decía el razonador—. Ved toda esa gente que anda sobre mis pies, y que me mira como muy poco, o más bien como nada, en atención a que ellos son ingleses y yo francés. Si se preguntara a toda esta gente: «¿Quién es el señor de D'Artagnan?», responderían: «Nescio vos». Pero que les digan: «Mirad al rey que pasa, mirad al general Monk que pasa», y gritarán: «¡Viva el rey! ¡Viva el general Monk!», hasta que se nieguen a ello sus pulmones. —Sin embargo seguía mirando de aquel modo penetrante que le distinguía, pasar la multitud—, sin embargo, reflexionad, un poco, buena gente, en lo que ha hecho vuestro rey Carlos, en lo que ha hecho el señor Monk, y luego, pensad en lo que ha hecho ese pobre desconocido que se llama el señor de D'Artagnan. Ver. No os conozco. Verdad es que no lo sabéis, porque es desconocido, lo cual os impide reflexionar tal vez. ¡Pero, bah! ¡Qué importa! Esto no impide que Carlos II sea un gran monarca, aunque haya estado en el destierro doce años, y que el señor Monk sea un gran capitán, aunque haya hecho el viaje a Francia encerrado en un cajón. Y puesto que se reconoce que el uno es un gran rey y el otro un excelente capitán: ¡Hurra for the king Charles II! Hurra for the captain Monk!

Y su voz mezclóse con la de millares de espectadores, a quienes dominó por un momento. Y para representar mejor al hombre decidido, agitó en el aire su sombrero, y no faltó quien le detuviera del brazo en lo mejor de su expansivo lealismo. (Así se llamaba en 1660 lo que hoy se llama realismo.)

—¡Athos! —gritó D'Artagnan—. ¿Vos aquí?

Y ambos amigos se abrazaron.

—¡Vos aquí! Y estando aquí —continuó el mosquetero—, ¿no estáis en

medio de todos los cortesanos, mi querido conde? ¡Cómo! Vos, el héroe de la fiesta, ¿no dais caballadas a la izquierda del rey como, caballea milord Monk a la derecha? En verdad que no comprendo nada de vuestro carácter, ni del príncipe que tanto os debe.

—Siempre zumbón, amigo D'Artagnan —dijo Athos—. ¿No os corregiréis nunca de ese maldito defecto?

—En fin, ¿no formáis parte de la comitiva?

—No, porque no he querido.

—¿Y por qué no habéis querido?

—Porque no soy ni enviado ni embajador, ni delegado siquiera del rey de Francia, y porque no me conviene presentarme así junto a otro rey que Dios no me ha dado por señor.

—¡Diantre! Bien cerca os presentasteis del rey su padre.

—Eso es otra cosa, amigo; aquél iba a morir.

—Y, sin embargo, lo que habéis hecho por éste...

—Ha sido porque debía hacerlo. Ya sabéis que deploro toda clase de ostentación. Déjeme, pues, ahora el rey Carlos II, que no tienen necesidad de mí, en mi reposo y en mi obscuridad, que es todo lo que de él exijo.

D'Artagnan suspiró:

—¿Qué tenéis? —le dijo Athos—. Diríase que esta vuelta feliz del rey a Londres os entristece, amigo mío, a pesar de que habéis hecho al menos tanto como yo por Su Majestad.

—¿No es cierto —respondió D'Artagnan riendo con su risa gascona—, que yo también he hecho mucho por Su Majestad sin que quepa la menor duda?

—¡Oh! Sí —exclamó Athos—, y bien lo sabe el rey, amigo mío.

—¡Lo sabe! —dijo el mosquetero—. A fe mía que no dudaba de ello, y aun trataba de olvidarlo en este momento.

—Pero él no lo olvidará, os lo aseguro.

—Eso me lo decís por consolarme un poco.

—¿De qué?

—¡Cáscaras! De todos los gastos que he hecho. Me he arruinado, amigo mío, arruinado por la restauración de este joven príncipe que acaba de pasar haciendo cabriolas sobre su caballo isabelino.

—El rey no sabe que estáis arruinado; pero sí que os debe mucho.

—¿Salgo ganando algo con eso; Athos? ¡Decid! Porque, al fin, yo os hago justicia; habéis trabajado noblemente. Pero yo que, en apariencia, por poco hago fracasar vuestra combinación, soy quien en realidad la ha hecho triunfar. Seguid bien mi cálculo: vos no hubierais convencido tal vez, por la persuasión y la dulzura, al general Monk, mientras que yo he tratado tan rudamente a ese apreciado general, que le proporciono a vuestro príncipe la ocasión de mostrarse generoso; esa generosidad que le fue inspirada por mi yerro venturoso, Carlos se la ve ahora pagada con la restauración que le hace Monk.

—Todo eso, amigo, es de una verdad indiscutible —respondió Athos.

—Pues bien, por indiscutible que sea esa verdad, no por ello dejaré de volverme, muy querido de milord Monk, que me llama my dear captain, aunque yo no sea su querido ni capitán, y muy apreciado del rey, que ya ha olvidado mi nombre no por eso; digo, dejaré de volverme a mi hermosa patria, maldito por los soldados a quienes enganché con la esperanza de un crecido sueldo, y maldito por el buen Planchet, a quien tomé prestada una parte de su fortuna.

—¿Cómo es eso? ¿Qué diablos viene a hacer Planchet en todo esto?

—Sí, amigo; ese rey tan rozagante, tan risueño y adorado, se figura el señor Monk que ha sido llamado por él, vos os figuráis haberle sostenido, yo me figuro haberlo traído, el pueblo se figura haberlo reconquistado, él mismo cree haber negociado de una manera a propósito para ser proclamado; y nada de esto es cierto, sin embargo, Carlos II, rey de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, ha sido restaurado en su trono por un abacero de Francia que vive en la calle de los Lombardos y se llama Planchet. ¡Lo que es la grandeza! «¡Vanidad, dice la Escritura, vanidad!».

Athos no pudo menos de reírse de la salida de su amigo.

—Querido D'Artagnan —dijo estrechándole afectuosamente la mano—. ¿Habéis dejado de ser filósofo? ¿No es para vos una satisfacción haberme salvado la vida, como lo habéis hecho al llegar tan felizmente con Monk, cuando esos malditos parlamentarios querían quemarme vivo?

—Vamos, vamos —dijo D'Artagnan—; un poco merecáis esa quemadura, amado conde.

—¡Cómo! ¿Por haber salvado el millón del rey Carlos?

—¿Qué millón?

—¡Ah! Es cierto, jamás habéis sabido esto, amigo mío; pero no hay que hacerme cargo alguno, porque no me pertenecía el secreto. Aquella palabra Remember que el rey Carlos pronunció en el cadalso...

—Y que significa acuérdate...

—Perfectamente. Esa palabra significaba: «Acuérdate que hay un millón enterrado en los subterráneos de Newcastle, y de que ese millón pertenece a mi hijo».

—¡Perfectamente! Comprendo. Pero también comprendo, y esto es horrible, que Su Majestad Carlos II dirá cada vez que piense en mí: «He ahí un hombre que por poco me hace perder la corona; felizmente, yo he sido generoso, lleno de presencia de espíritu».

Eso es lo que dirá de mí y de él ese joven caballero del jubón negro muy raído, que llegó al castillo de Blois, sombrero en mano, a pedirme si tenía a bien darle entrada en el aposento del rey de Francia.

—¡D'Artagnan! ¡D'Artagnan! —dijo Athos poniendo su mano sobre el hombro del mosquetero—. No sois justo.

—Tengo derecho a ello.

—No, pues ignoráis el porvenir. D'Artagnan miró a su amigo y se echó a reír.

—En verdad, mi querido Athos —dijo—, tenéis soberbias palabras que no he conocido más que en vos y en el señor cardenal Mazarino.

Athos hizo un movimiento.

—Perdón —prosiguió D'Artagnan riéndose—; perdón si os ofendo. ¡El porvenir! ¡Oh! ¡Bonitas palabras las que prometen, y qué bien llenan la boca a falta de otra cosa! ¡Diantre! Después de haber encontrado tantos que prometían, ¿cuándo hallaré uno que dé...? Pero, dejemos esto —añadió D'Artagnan—. ¿Qué hacéis aquí, querido Athos? ¿Sois tesorero del rey?

—¿Cómo tesorero del rey?

—Sí, puesto que el rey posee un millón, necesita un tesorero. El rey de Francia, que no tiene un cuarto, tiene un superintendente de Hacienda, el señor Fouquet. Verdad es que, en cambio, el señor Fouquet tiene muchos millones.

—¡Oh! Nuestro millón se gastó hace mucho tiempo —dijo Athos riendo.

—Comprendo, se ha gastado en raso, en pedrería, en terciopelos y en plumas de todas especies y colores. Todos esos príncipes y princesas tenían necesidad de sastres y modistas. ¿Os acordáis, Athos, de lo que gastamos para equiparnos nosotros cuando la campaña de La Rochela, y para hacer también nuestra entrada a caballo? Dos o tres mil libras; pero un jubón del rey es más grande, y precisa un millón para comprar la tela. Al menos, Athos, si no sois tesorero, estáis bien en la Corte.

—A fe de gentilhomme, no sé nada —respondió Athos.

—¿Cómo que eso? ¡No sabéis nada!

—No he vuelto a ver al rey desde que estuvo en Douvres.

—Entonces es que también os ha olvidado. ¡Diantre! ¡Magnífico!

—¡Su Majestad ha tenido tanto quehacer!

—¡Oh! —murmuró D'Artagnan con uno de aquellos gestos extraños que sólo él sabía hacer—. Por mi honor que voy a enamorarme de monseñor Mazarino. ¿Cómo, amigo Athos, no os ha vuelto a ver el rey?

—No.

—¿Y no estáis furioso?

—¿Yo por qué? ¿Os figuráis acaso, amigo D'Artagnan, que ha sido por el rey por quien he obrado de esta manera? Yo no conocía a este joven. Defendí al padre, que representaba un principio para mí sagrado; y me he dejado llevar hacia el hijo, siempre por simpatía al mismo principio. Por lo demás, el padre era un digno caballero, una noble criatura. ¿Os acordáis de él?

—Verdad; un hombre excelente, que tuvo una triste vida y una muerte muy hermosa.

—Pues bien/ querido D'Artagnan, oíd esto: a ese rey, a ese hombre de corazón, a ese amigo de mi pensamiento, si así puedo decirlo, prometí en la hora suprema conservar, fielmente el secreto de un depósito que debía poner en manos de su hijo para ayudarle cuando la ocasión se presentase; ese joven fue a buscarme, me contó su miseria, pues ignoraba que yo fuera para él otra cosa que un recuerdo vivo de su padre; cumplí con respecto a Carlos II lo que había prometido a Carlos I, y no tengo más que decir. ¿Qué me importa, pues, que sea o no reconocido? A mí es a quien he prestado este servicio, librándome de esta responsabilidad, y no a él.

—Siempre he dicho —respondió D'Artagnan con un suspiro— que el desinterés era la cosa más bella del mundo.

—¡Y bien, amigo mío! —respondió Athos—. ¿No estáis vos en la misma situación que yo? Si he comprendido bien vuestras palabras; os habéis dejado conmover por la desgracia de ese joven; esa acción es más hermosa por vuestra parte que por la mía, pues yo tenía un deber que cumplir, mientras que vos no debíais absolutamente nada al hijo del mártir. Vos no teníais que pagarle el precio de aquella gota de sangre preciosa que dejó derramar sobre mi frente desde el tablado de su Cadalso. Lo que os ha hecho obrar ha sido el corazón solamente, corazón noble y bueno que tenéis bajo ese aparente escepticismo, bajo esa ironía sarcástica; habéis comprometido la fortuna de un

servidor, quizá la vuestra, según sospecho, benéfico avaro, y se desconoce vuestro sacrificio. ¡Qué importa! ¿Queréis volver a Planchet su dinero? Comprendo eso, amigo mío, porque no conviene que un caballero tome prestado a su inferior sin devolverle capital e intereses. ¡Pues bien, venderé hasta la hacienda de la Fère, si es preciso, y si no lo es, cualquier otra quinta pequeña! Pagaréis a Planchet, y aún quedará bastante grano para nosotros dos y para Raúl en mis graneros. De este modo, amigo mío, sólo quedaréis obligado a vos mismo, y, si os conozco bien, no será para vos satisfacción pequeña decir: «He hecho un rey». ¿Tengo razón?

—¡Athos! ¡Athos! —contestó D'Artagnan pensativo—. Os lo dije una vez: el día que prediquéis, iré al sermón; el día que digáis que hay infierno, tendré miedo, a las parrillas y a los garfios. Sois mejor que yo, es decir, mejor que todo el mundo, y sólo reconozco en mí un mérito: no ser envidioso. Fuera de este defecto, Dios me condene, como dicen los ingleses, tengo todos los demás.

—No conozco a nadie que valga lo que D'Artagnan —repuso Athos— pero hemos llegado sin sentirlo a la casa en que vivo. ¿Queréis entrar en mi cuarto, amigo?

—¿Eh? ¡Pero si es la taberna El Cuerno de Ciervo! —exclamó D'Artagnan:

—Os confieso, querido amigo, que la he escogido por eso mismo. Me gustan los conocimientos antiguos y sentarme en aquella silla donde me dejé caer, abatido de cansancio y abismado de desesperación cuando regresasteis la noche del 31 de enero.

—¿Después de haber descubierto la vivienda del verdugo enmascarado? ¡Sí, aquel fue un día terrible!

—Ea, venid —dijo Athos interrumpiéndole.

Y entraron en la que en otros tiempos era sala común. La taberna en general, y esta sala común particularmente, habían sufrido grandes transformaciones; el antiguo huésped de los mosqueteros, demasiado rico para posadero, había cerrado la tienda y convertido la sala de que hablamos en un depósito de géneros coloniales. El resto de la casa lo alquilaba amueblado a los extranjeros.

D'Artagnan reconoció con emoción todos los muebles de esta sala del primer piso, la ensambladura, los tapices y hasta aquella carta geográfica que Porthos estudiaba tan gustosamente en sus ratos de ocio.

—¡Hace once años! —murmuró D'Artagnan—. ¡Pardiez! Parece que hace un siglo.

—Y a mí un día —dijo Athos—. Ved la alegría que siento, amigo mío, al considerar que os tengo aquí, que estrecho vuestra mano, que puedo tirar lejos la espada y el puñal, y tocar sin desconfianza esta botella de Jerez. ¡Oh! En verdad, no podría manifestaros esta alegría, si nuestros dos amigos estuviesen aquí, a los lados de esta mesa, y mi muy amado Raúl, en el umbral, mirándonos con sus grandes ojos, hermosos y dulces.

—Sí; sí —dijo D'Artagnan muy emocionado—, es verdad. Apruebo, sobre todo, la primera parte de vuestro pensamiento; es muy grato sonreír donde hemos temblado tan legítimamente, pensando que de un momento a otro podía aparecer el señor Mordaunt en el descansillo de la escalera.

En aquel momento abrióse la puerta, y D'Artagnan, por más valiente que fuera, no pudo contener un ligero movimiento de espanto.

Athos lo comprendió, y sonriendo:

—Es nuestro huésped —dijo—, que me traerá alguna carta.

—Sí, milord —dijo el buen hombre—, traigo una carta para Vuestro Honor.

—Gracias —dijo Athos, tomando la carta sin mirarla—. Decidme, querido huésped, ¿no reconocéis a este caballero?

El viejo levantó la cabeza y miró atentamente a D'Artagnan.

—No —dijo.

—Es —añadió Athos— uno de mis amigos de quienes os he hablado, y que se alojó aquí conmigo hace once años.

—¡Oh! —exclamó el viejo—. Se han alojado aquí tantos extranjeros...

—Pero nosotros nos alojamos aquí el 30 de enero de 1641 —añadió Athos, creyendo estimular por esta aclaración la tardía memoria del huésped.

—Es posible —contestó éste, —pero hace ya tanto tiempo...— Saludó y salió.

—¡Gracias! —dijo D'Artagnan. Acomete empresas, lleva a término revoluciones, pretende grabar tu nombre en la piedra o en el bronce con fuertes espadas. Hay algo más rebelde, más duro y más olvidadizo que la piedra y el bronce: el viejo cráneo del primer posadero enriquecido con su comercio. ¡No me conoce! ¡Pues yo le hubiera reconocido al instante!

Athos abrió la carta sonriendo.

—¡Ah! —dijo—. Una carta de Parry.

—¡Oh, oh! —murmuró D'Artagnan—. Leed, amigo mío, leed; sin duda

contiene algo nuevo.

Athos meneó la cabeza y leyó:

Señor conde:

El rey ha sentido sobremanera no veros hoy a su lado cuando entraba en la ciudad; Su Majestad me encarga os lo diga y os dé un recuerdo de su parte. Su Majestad esperará a Vuestro Honor esta misma noche en el palacio de Saint James, entre nueve y once.

Soy, con el debido respeto, señor conde, vuestro mas humilde y obediente servidor.

PARRY.

—Ya lo veis, mi querido D'Artagnan —dijo Athos—, no hay que desesperar de la bondad de los reyes.

—Tenéis razón —repuso D'Artagnan.

—¡Oh! Querido, querido amigo —dijo Athos, a quien no se le había escapado la imperceptible amargura de D'Artagnan—, perdón; ¿Habré lastimado inadvertidamente a mi mejor camarada?

—¿Estáis loco, Athos?, y la prueba es que voy a, acompañaros hasta Palacio: hasta la puerta, se entiende; con eso me pasearé.

—Entraréis conmigo, amigo; quiero decir a Su Majestad...

—¡Cómo! —replicó D'Artagnan con orgullo verdadero y puro de toda mezcla—: Si hay algo peor que mendigar por uno mismo, es mendigar por medio de otros. Vaya, marchemos, querido, el paseo será muy grato; de paso os enseñaré la casa del señor Monk, que me ha hecho ir a vivir a ella. ¡Hermosa casa, por cierto!, ¡Ser, general en Inglaterra es mucho más que mariscal en Francia!

Athos dejóse conducir, muy pesaroso de la alegría que D'Artagnan afectaba.

Toda la ciudad estaba jubilosa; los dos amigos tropezaban a cada paso con los entusiastas, que en medio de su embriaguez les pedían que gritaran: «¡Viva el buen rey Carlos!». D'Artagnan respondía con un gruñido, y Athos con una sonrisa. Así, llegaron a la casa de Monk, por, la cual debía pasarse, como hemos dicho, para ir al palacio de Saint James.

Athos y D'Artagnan no conversaron durante el camino, por lo mismo de que sin duda tenían muchas cosas que decirse, si hubieran hablado. Athos pensaba que hablando demostraría su alegría, y que esta alegría podría lastimar a D'Artagnan. Éste temía por su parte, que si hablaba dejaría

descubrir en sus palabras una amargura que molestaría a Athos. Aquello era una emulación singular de silencio; entre el gozo del uno y el mal humor del otro. D'Artagnan cedió el primero a la comezón que experimentaba por costumbre en la extremidad de la lengua.

—¿Os acordáis —preguntó a Athos—, de aquel pasaje de las memorias de Aubigné, en el cual este fiel servidor, gascón como yo, pobre como yo, y casi por decir valiente como yo, cuenta las mezquindades de Enrique IV? Recuerdo que mi padre me decía siempre que el señor de Aubigné era embustero. Sin embargo, ¡ved cómo todos los príncipes descendientes del gran Enrique salen a él!

—¡Vaya, vaya, D'Artagnan! —dijo Athos—. ¿Los reyes de Francia avaros? ¿Estáis loco?

—Jamás confesáis los defectos de otros, vos que sois perfecto; pero, en verdad, Enrique IV era avaro, Luis XIII, su hijo, también lo era, sobre lo cual sabemos algo, ¿no es cierto? Gastón llevaba este vicio al extremo, y bajo tal aspecto se hizo detestar de todos los que le rodeaban. Enriqueta, ¡pobre mujer!, ha hecho muy bien en ser avara, porque ni comía todos los días, ni se calentaba todos los años: esto era un ejemplo que daba a su hijo Carlos II, nieto del gran Enrique IV, avaro como su madre y como su abuelo. Qué, ¿he sacado bien la genealogía de los avaros?

—D'Artagnan —replicó Athos—, sois demasiado duro para esa raza de águilas que se llama los Borbones.

—¡Pues olvido al mejor...! El otro nieto del Bearnés, Luis XIV mi ex amo. ¡Yo creo que será avaro quien no ha querido prestar un millón a su hermano Carlos! Bueno, veo que os enfadáis; pero, por fortuna, ya estamos cerca de mi casa, o más bien, de la de mi amigo el señor Monk.

—Querido D'Artagnan, no me enfado pero me entristecéis; es cruel en efecto, ver un hombre de vuestro mérito al lado de la posición que sus servicios debieron haberle adquirido me parece que vuestro nombre, amigo, es tan radiante como los más hermosos en la guerra y en la diplomacia; decidme si los Luises, si los Bellegarde y los Bassompierre han merecido como nosotros la fortuna y los honores: tenéis razón, sí, cien veces razón, amigo mío.

D'Artagnan suspiró, precediendo a su amigo bajo el pórtico de la casa que Monk habitaba en la City.

—Permitidme —dijo—, que deje la bolsa en casa; porque si, entre la multitud, estos rateros de Londres, que tanto nos han ponderado, hasta en París, me roban el resto de mis pobres escudos, no podría regresar a Francia; y vuelvo lleno de alegría, pues todas mis prevenciones de otro tiempo contra

Inglaterra se han realizado, acompañadas de otras muchas.

Nada respondió Athos.

—Así, pues, amigo —dijo D'Artagnan—, esperadme un instante y os sigo. Bien sé que es preciso ir a Palacio a recibir vuestras recompensas; pero creedme, a mí también me precisa disfrutar de vuestra alegría... aunque sea de lejos... Esperadme.

D'Artagnan atravesaba ya el vestíbulo cuando un hombre, mitad criado, mitad soldado, que hacía en casa de Monk las funciones de portero y de guardia, detuvo a nuestro mosquetero diciéndole en inglés:

—¡Perdón, milord de D'Artagnan!

—¿Qué hay? —dijo éste—. ¿Es quizá que el general me despide también...? ¡Sólo me falta ser expulsado por él!

Estas palabras, pronunciadas en francés, no fueron entendidas por aquel a quien iban dirigidas, que sólo hablaba un inglés mezclado del escocés más rudo. Pero Athos estaba conmovido, porque D'Artagnan comenzaba al parecer a tener razón.

El inglés mostró una carta a D'Artagnan.

—From the general —dijo.

—Bien, eso es mi despedida —replicó el gascón—. ¿Será preciso leerla, Athos?

—Debéis engañaros, o no conozco más hombres honrados que a vos y a mí.

D'Artagnan se encogió de hombros y rompió el sello de la carta, mientras el inglés, impasible, le aproximaba una gran linterna cuya luz debía ayudarle a leer.

—¡Qué es eso! ¿Qué tenéis? —dijo Athos viendo cambiar la fisonomía del lector.

—Tomad y leed —dijo el mosquetero.

Athos cogió el papel y leyó:

Caballero D'Artagnan:

El rey ha sentido mucho que no hayáis venido a San Pablo con su acompañamiento, y dice Su majestad que le habéis faltado como me habéis faltado a mí, querido capitán. No existe más que un medio para recuperar todo eso. Su Majestad me espera a las nueve en el palacio de Saint James. ¿Queréis encontraros allí a las diez? Su Majestad os fija esta hora para la audiencia que

os concede.

La carta estaba escrita por Monk. De parte del general.

Capítulo XXXIII

Audiencia

—¿Qué decís ahora? —exclamó Athos con acento de dulce reconvención, después que D'Artagnan hubo leído la carta de Monk.

—¡Qué digo! —respondió D'Artagnan rajo de placer y también un poco de vergüenza por haberse apresurado a acusar al rey y a Monk—. Es una delicadeza... que a nada compromete, es verdad... Pero, al fin, delicadeza.

—Mucho me costaba creer que el joven príncipe fuera ingrato —dijo Athos.

—El hecho es que su presente está todavía muy cerca de su pasado —replicó D'Artagnan—; hasta ahora, todo me daba la razón.

—Convengo en ello, amigo mío, convengo en ello. ¡Ah! Ya no miráis tan fieramente, y no sabéis cuán dichoso soy por ello.

—De modo —dijo D'Artagnan— que Carlos II recibe a Monk a las nueve, y a mí me recibirá a las diez; esta es una gran audiencia, de esas que llamábamos en el Louvre distribución de agua bendita de Corte. Vamos a ponernos bajo la gotera, mi querido amigo, vamos.

Athos no le contestó, y ambos se dirigieron, apretando el paso, al palacio de Saint James, que aún invadía la multitud, para ver por los vidrios las sombras de los cortesanos y los reflejos de la persona real. Las ocho de la noche tocaban cuando los dos amigos entraban a ocupar un lugar en la galería; llena de cortesanos y de pretendientes, todos los cuales echaron una mirada sobre aquellos sencillos trajes de forma extranjera y sobre aquellas dos cabezas tan nobles y tan llenas de expresión. Athos y D'Artagnan, por su parte, después de haber medido en dos ojeadas toda aquella concurrencia, se pusieron a charlar juntos.

De pronto se oyó un gran ruido en las extremidades de la galería: era el general Monk que entraba acompañado de más de veinte oficiales que acechaban una de sus sonrisas, porque la víspera aún era dueño de Inglaterra, y se suponía un amanecer magnífico al restaurador de la familia de los Estuardos.

—Caballeros —dijo Monk volviéndose a ellos—, os suplico tengáis

presente que yo no soy nada. Hace poco mandaba el principal ejército de la república, pero ya pertenece al monarca, en cuyas manos voy a poner, cumpliendo sus órdenes, mi poder de ayer.

En todos los rostros se pintó una gran sorpresa; y el cerco de aduladores que estrechaba a Monk un momento antes, se ensanchó poco a poca y acabó por perderse en las grandes ondulaciones de la multitud; Monk iba a hacer antesala como todo el mundo, lo cual no pudo menos de hacer notar D'Artagnan al conde de la Fère, que frunció el ceño, de pronto se abrió la puerta del gabinete de Carlos, y el joven rey apareció, precedido de dos oficiales.

—Buenas noches, caballeros —dijo—. ¿Está el general Monk?

—Aquí estoy, Majestad —contestó el viejo general.

Carlos corrió a él y estrechóle las manos con amistad ferviente.

—General —dijo en voz alta el rey—, acabo de firmar vuestro diploma; sois duque de Albemarle, y es mi voluntad que nadie os iguale en poder ni en fortuna en este reino, donde a excepción del noble Montrose, ninguno os ha igualado en la lealtad, en valor y en talento. Caballeros, el duque es comandante general de nuestros ejércitos de mar y tierra; hacédle los honores correspondientes, si gustáis.

Mientras todos corrían al lado del general, que recibía los homenajes sin perder un momento su impassibilidad ordinaria, D'Artagnan dijo a Athos:

—¡Cuando uno piensa que ese ducado, ese mando general de los ejércitos y todas esas grandezas, en una palabra, han estado en una caja de seis pies de largo y tres de ancho...!

—Amigo —objetó Athos—; grandezas mucho más importantes están en cajas más pequeñas aún, esas cajas encierran para siempre...

De pronto vio Monk a los dos caballeros, que estaban algo apartados, aguardando que se retirasen las oleadas de gente. Hízose paso y fue hacia ellos, de modo que los sorprendió en medio de sus filosóficas reflexiones.

—¿Hablabais de mí? —preguntó sonriendo.

—Milord —respondió Athos—; también hablábamos de Dios. Monk, reflexionó un momento y contestó, alegremente:

—Señores, hablemos también un poco del rey, si os agrada; porque, según creo, os da audiencia Su Majestad.

—A las nueve —dijo Athos.

—A las diez —dijo D'Artagnan.

—Entremos ahora mismo en el gabinete —respondió Monk haciendo seña a los dos compañeros para que fuesen delante, lo cual no quisieron consentir ni uno ni otro.

El rey, durante este debate tan francés, había vuelto al centro de la galería.

—¡Oh, mis franceses! —dijo con tono de descuidada alegría, que a pesar de tantas penas y trabajos no había podido perder—. ¡Los franceses! ¡Mi consuelo!

Athos y D'Artagnan inclináronse.

—Duque, conducid a estos caballeros a mi sala de estudio. Soy con vosotros, señores —añadió en francés.

Y luego, despidió a su corte para volver a sus franceses, como él los llamaba.

—Señor de D'Artagnan —dijo entrando en su gabinete—, tengo mucho gusto en volveros a ver.

—Majestad, mi gozo llega a su colmo al saludaros en vuestro palacio de Saint James.

—Caballero, habéis querido prestarme un gran servicio y os debo agradecimiento. Si yo no temiese usurpar los derechos de nuestro comandante general, os ofrecería algún puesto digno de vos cerca de mi persona.

—Majestad —replicó D'Artagnan—, he dejado el servicio del rey de Francia prometiendo a mi príncipe no servir a ningún rey.

—Vamos —dijo Carlos—, eso me hace muy desgraciado; hubiese querido hacer mucho por vos...

—Majestad...

—Vamos —dijo Carlos sonriendo—, ¿no podré haceros faltar a vuestra palabra? Ayudadme, duque. Si yo os ofreciera el mando general de mis mosqueteros...

D'Artagnan inclinóse mucho más que la primera vez.

—Tendría el disgusto de rehusar lo que Vuestra Majestad me ofreciera —respondió—; un caballero no tiene más que su palabra, y esta palabra, he tenido el honor de decirlo a Vuestra Majestad, está empeñada al rey de Francia.

—Pues no hablemos más de eso —dijo el rey volviéndose a Athos. Y dejó a D'Artagnan atormentado por los más vivos dolores de disgusto.

—¡Ah! Bien decía yo —murmuró el mosquetero—. ¡Palabras! ¡Agua

bendita de Corte! Siempre han tenido los reyes un talento prodigioso para ofrecernos lo que saben que no aceptaremos, y para mostrarse generosos sin peligro. ¡Tonto...! ¡Tonto, muy tonto he sido en haber tenido esperanzas por un instante!

Durante este tiempo tomaba Carlos la mano de Athos.

—Conde —le dijo—, habéis sido para mí un segundo padre, y el servicio que me habéis hecho no se puede pagar; sin embargo, he pensado en recompensaros. Fuisteis creado por mi padre caballero de la Jarretiera. Orden que no pueden llevar todos los monarcas de Europa, la reina regente os hizo caballero del Espíritu Santo, Orden no menos ilustre; uno a ellas este Toisón de Oro que me ha enviado el rey de Francia, a quien había dado dos el rey de España con motivo de su matrimonio; mas en cambio tengo un favor que pedir.

—Señor —dijo Athos confuso—, ¡a mí el Toisón de Oro, cuando el rey de Francia es el único en mi país que goza tal distinción!

—Quiero que seáis en vuestro país y en todas partes igual a aquellos a quienes los reyes hayan honrado con su favor —dijo Carlos quitándose la cadena del cuello—, y estoy seguro, conde, de que mi padre sonríe desde el fondo de su tumba.

—Es raro —decía para sí D'Artagnan, mientras su amigo recibía de rodillas la eminente Orden que el rey le confería—. ¡Es increíble que siempre haya visto caer la lluvia de las prosperidades sobre todos los que me rodean, y que ni una gota siquiera me haya tocado nunca! ¡Sería cosa de arrancarse los cabellos, si fuese uno envidioso, palabra de honor!

Athos se levantó, y Carlos le abrazó afectuosamente.

—General —dijo a Monk. Luego, deteniéndose con una sonrisa:

—Perdón —agregó—, quise decir Duque. Pensad que, si me equivoco, es porque la palabra duque es demasiado corta para mí... y siempre estoy buscando un título que la alargue... Desearía veros tan cerca de mi trono, que pudiese deciros, como a Luis XIV: «hermano mío».

—¡Oh! Lo soy, y vos seréis casi mi hermano, porque os hago virrey de Irlanda y de Escocia, mi amado duque... De esta manera no me volveré a equivocar.

El duque asió la mano del rey, pero sin entusiasmo, sin alegría, y como si hiciese otra cosa. Sin embargo, su corazón hablase conmovido por este último favor. Usando Carlos hábilmente de su generosidad, había dejado al duque tiempo para desear aunque no hubiera podido hacerlo tanto como él le daba.

—¡Diantre! —murmuró D'Artagnan—. Ya comienza otra vez el aguacero.

¡Ah! ¡Es cosa de perder la cabeza!

Y se volvió, con aire tan contrito y chistosamente lastimero, que el monarca no pudo contener una sonrisa. Monk se preparaba a salir del gabinete con permiso de Carlos.

—¡Cómo! ¡Qué es eso! —exclamó el rey al duque—. ¿Os marcháis?

—Sí, si así agrada a Vuestra Majestad, porque verdaderamente estoy muy cansado... La emoción del día me ha extenuado y tengo necesidad de descanso.

—Pero —dijo el rey— ¡no partiréis sin el señor de D'Artagnan!

—¿Por qué, señor? —dijo el viejo guerrero.

—Demasiado sabéis por qué —contestó el rey.

Monk miró a Carlos con sorpresa.

—Perdone Vuestra Majestad —dijo—, pero no sé... lo que quiere decir.

—¡Oh! Es posible; mas si vos lo olvidáis, no sucede así al señor de D'Artagnan.

—Tengo el honor de ofrecerle alojamiento.

—¿Y esa idea ha salido de vos sólo?

—Sólo de mí, sí, Majestad.

—Bien, pero debía ser de otro modo. Siempre el prisionero está en casa del vencedor.

Monk se ruborizó.

—¡Ah! Es cierto —dijo—. Soy el prisionero del señor de D'Artagnan.

—Sin duda, Monk, pues todavía no os habéis rescatado, mas no os turbéis; yo soy quien os arrancó del señor de D'Artagnan, y yo también pagaré vuestro rescate.

Los ojos del mosquetero volvieron a su alegría brillante: el gascón empezaba a comprender. Carlos se le acercó.

—El general —dijo— no es rico y no podría pagaros lo que vale. Yo soy más rico, sí; pero al presente, como no es duque, sino rey o al menor casi rey, vale una cantidad que tal vez tampoco podría yo pagaros. Veamos, señor de D'Artagnan, decidme: ¿cuánto os debo?

Encantado D'Artagnan con el aspecto que tomaba la cuestión, pero dominándose perfectamente, contestó:

—Señor, hace mal Vuestra Majestad en alarmarse. Cuando tuve el honor

de prender a Su Gracia no era más que general; así, pues, no se me debe más que un rescate de general. Mas que el general tenga a bien darme su espada y pie doy por pagado, porque no hay en él mundo más que la espada del general que valga tanto como él.

—¡Odds fish!, como decía mi padre —murmuró Carlos II—. He ahí una proposición y un hombre galante, ¿no es verdad, duque?

—Por mi honor que sí —respondió el duque.

Y desenvainó su espada.

—Caballero —dijo a D'Artagnan— aquí tenéis lo que solicitáis. Muchos han tenido hojas mejores que ésta; pero por modesta que sea la mía, jamás la he vendido a nadie. D'Artagnan tomó con orgullo aquella espada que acababa de hacer un soberano.

—¡Oh, oh! —exclamó Carlos II—. ¡Cómo es eso! Una espada que me ha devuelto mi trono, ¿saldrá de este reino y no figurará algún día entre las joyas de mi corona? ¡No, por mi alma! ¡No será así! Capitán D'Artagnan, doy doscientas mil libras por esa espada; si es poco, decídmelo.

—Es muy poco, Majestad —repuso D'Artagnan con inimitable sonrisa—. Primeramente, no puedo venderla; pero Vuestra Majestad lo desea, y esto es una orden. Obedezco: mas el respeto que debo al guerrero ilustre que me escucha, me manda estime en una tercera parte más la prenda de mi victoria. Quiero, pues, trescientas mil libras por la espada o la doy de balde a Vuestra Majestad.

Y tomándola por la punta la presentó al monarca.

Carlos II soltó una carcajada.

—¡Vaya un hombre galante y un compañero alegre! ¡Odds fish! ¿No es verdad, duque? ¿No es verdad, conde? Me gusta y lo quiero. Tomad, señor de D'Artagnan —añadió— tomad esto.

Y tomando una pluma escribió un vale de trescientas mil libras contra su tesorero.

D'Artagnan lo tomó, y volviéndose gravemente hacia Monk le dijo:

—No ignoro que he pedido demasiado poca, pero, creedme, señor duque, hubiera querido mejor morir que dejarme guiar por la avaricia. El rey se echó a reír como el cockney más dichoso de su reino.

—Volveréis a verme antes de marchar, caballero —dijo—, pues tendré necesidad de una provisión de alegría, ahora que voy a quedarme sin mis franceses.

—¡Ah! Señor, no pasará con la alegría lo que con la espada del duque, y la daré gratis a Vuestra Majestad —replicó el mosquetero, que bailaba de gozo.

—Y vos, conde —añadió Carlos dirigiéndose a Athos—, volved también, tengo que confiaros un mensaje importantísimo. Vuestra mano, duque.

Monk estrechó la mano del rey.

—Adiós, señores —dijo Carlos tendiendo sus manos a los dos franceses, que pusieron en ella sus labios.

—¿Qué decís ahora? —preguntó Athos cuando estuvieron fuera ¿Estáis contento?

—¡Chito! —dijo D'Artagnan conmovido de placer—. Todavía no he vuelto de casa del tesorero... La gotera puede caerme sobre la cabeza.

Capítulo XXXIV

¿Qué hacen con tanto capital?

D'Artagnan no se durmió, y tan pronto como la cosa fue conveniente y oportuna, hizo su visita al señor tesorero del rey.

Entonces tuvo la satisfacción de cambiar un pedazo de papel de escritura muy fea, por una suma prodigiosa de escudos fabricados muy recientemente con el busto, de Su Muy Graciosa Majestad Carlos II.

D'Artagnan se hacía fácilmente dueño de sí mismo, mas en esta ocasión, sin embargo, no pudo menos de manifestar una alegría que el lector comprenderá quizá, si se digna tener alguna indulgencia por un hombre que, desde su nacimiento, jamás había visto tantas monedas y montones de ellas yuxtapuestas en orden verdaderamente agradable a la vista.

El tesorero metió todos estos montones en unos sacos, cerrándolos con la estampilla de las armas de Inglaterra, gracia que los tesoreros no suelen conceder a todo el mundo.

Y luego, impasible y tan urbano como debía serlo con respecto a un hombre honrado con la amistad de Su Majestad, dijo:

—Llevaos —vuestro dinero, señor. ¡Vuestro dinero! Esta palabra hizo vibrar mil cuerdas que el mosquetero jamás había sentido en su corazón.

Hizo cargar los sacos en un carrito, y volvió a casa meditando profundamente. Un hombre que posee trescientas mil libras, no puede tener la frente tersa, y una arruga por cada centenar de mil libras no es mucho.

D'Artagnan se encerró, no comió, negó la entrada a todo el mundo en su casa, y, con la lámpara encendida y una pistola armada sobre la mesa, veló toda la noche calculando un medio de evitar que aquellos hermosos escudos, que del cofre real habían pasado a los suyos propios, no pasasen de éstos a los bolsillos de un ladrón cualquiera. El mejor medio que encontró el gascón fue encerrar momentáneamente su capital bajo cerraduras bastante sólidas para que ninguna mano pudiese romperlas, y bastante complicadas para que ninguna llave sencilla pudiese abrirlas.

D'Artagnan se acordó de que los ingleses son maestros consumados en mecánica y en industria conservadora, y decidió ir a la mañana siguiente en busca de un mecánico que le vendiese una caja de caudales.

No tuvo que andar mucho. El señor Will Jobson, residente en Piccadilly, escuchó sus proposiciones, comprendió sus deseos, y le prometió confeccionar una cerradura de seguridad que le sacaría de todo temor para lo venidero.

—Os daré —le dijo— un mecanismo nuevo. A la primera tentativa algo sería hecha sobre la cerradura, se abrirá una plancha invisible, y un cañoncito, invisible también, vomitará una linda bala de cobre del peso de un marco; que echará abajo al mal intencionado no sin un ruido notable. ¿Qué tal?

—Afirmo que es verdaderamente ingenioso —exclamó D'Artagnan—; la balita de cobre me agrada sobremanera. Veamos ahora, señor mecánico, las condiciones.

—Quince días para la ejecución, y quince mil libras pagaderas al entregar la obra —contestó el artista.

D'Artagnan frunció el ceño. Quince días era un plazo suficiente para que todos los ladrones de Londres hubiesen hecho desaparecer la necesidad que tenía del arca de hierro. Respecto a las quince mil libras, era pagar muy caro lo que algo de vigilancia le daría por nada.

—Lo pensaré —le dijo—; gracias, amigo.

Y volvió a su casa torciendo; nadie se había acercado todavía al tesoro.

El mismo día fue Athos a visitar a su amigo y lo encontró preocupado hasta el punto de manifestarle por ello su sorpresa.

—¡Cómo! ¡Estáis rico y no satisfecho —le dijo—, tanto como deseabais las riquezas!

—Amigo mío, los placeres a los cuales no se está acostumbrado, estorban más que las penas que nos son habituales. Un consejo, si me lo permitís. Esto puedo preguntároslo, porque siempre habéis tenido dinero; cuando se tiene dinero, ¿qué se hace?

—Eso depende...

—¿Qué habéis hecho del vuestro, para que él no hiciera de vos ni un avaro ni un pródigo? Porque la avaricia deseca el corazón y la prodigalidad le ahoga... ¿no es verdad?

—No diría más Fabricio. Pero, en verdad, mi dinero no me ha estorbado jamás.

—¿Lo convertís en rentas?

—No; ya sabéis que tengo una casa bastante hermosa, y que esta casa es el mejor de mis bienes.

—Ya lo sé.

—De suerte que seréis tan rico como yo, y aun más rico si queréis, por el mismo medio.

—Pero ¿las rentas las conserváis?

—No.

—¿Qué pensáis de un escondite en una pared maestra?

—Nunca he usado de eso. Entonces tendréis algún confidente, algún hombre de negocios seguro que os pague un interés equitativo.

—Nada de eso.

—¡Dios mío! ¿Qué hacéis entonces?

—Gasto todo lo que tengo; y no tengo más que lo que gasto, mi querido D'Artagnan.

—¡Ah, ya! Pero vos sois algo príncipe, y quince o dieciséis mil libras de renta se os escapan por entre los dedos; además, tenéis ciertas cargas, la representación...

—Pero no veo yo que seáis mucho menos gran señor que yo, amigo mío, y vuestro dinero os vendrá bien justo.

—¡Trescientas mil libras! Hay aquí dos terceras partes superfluas.

—Dispensad, pero me parecía que me habéis dicho... creí haberlo oído... en fin... me figuraba que teníais un socio.

—¡Ah! ¡Pardiez! ¡Es cierto! —exclamó D'Artagnan ruborizándose—. ¡Sí, Planchet!; olvidaba a Planchet, por vida mía...! ¡Pues bien! He ahí deshechos mis cien mil escudos... Es lástima; la cuenta era redonda y sonaba bien... Verdad, Athos, no soy ya rico. ¡Qué memoria tenéis!

—¡Bastante buena, gracias a Dios!

—Ese buen Planchet —dijo D'Artagnan—, no ha hecho aquí mal negocio.

—¡Qué especulación, diantre! En fin, lo dicho, dicho.

—¿Cuánto le dais?

—¡Oh! —dijo D'Artagnan—. Es un buen muchacho y siempre me arreglaré bien con él; ya veis, he tenido trabajos, gastos... y todo esto debe entrar en cuenta.

—Amigo, estoy muy seguro de vos —dijo tranquilamente Athos—, y nada temo por ese buen Planchet; sus intereses está mejor en vuestras manos que en las suyas; pero, ya que nada tenéis que hacer aquí, nos marcharemos, si os parece. Iréis a dar las gracias al rey y a pedirle sus órdenes, y dentro de seis días podremos distinguir las torres de Nuestra Señora.

—Amigo mío, ardo en deseos de marcharme; y enseguida voy a despedirme del rey.

—Yo —dijo Athos—, voy a saludar a algunas personas en la ciudad, y soy vuestro.

—¿Me prestáis a Grimaud?

—Con mucho gusto... ¿Qué pensáis hacer de él?

—Una cosa muy sencilla y que no le fatigará: le suplicaré que me guarde mis pistolas que están sobre la mesa y al lado del cofre.

—Muy bien —replicó Athos imperturbable.

—Y no se apartará de aquí, ¿verdad?

—Ni más ni menos que las mismas pistolas.

—Así, me voy a ver al rey. Hasta luego.

D'Artagnan llegó, en efecto, al palacio de Saint-James, donde Carlos II, que escribía su correspondencia, hízole guardar antesala una hora cumplida.

Al mismo tiempo que se paseaba en la galería, desde las puertas a las ventanas, y desde las ventanas a las puertas, creyó ver una capa igual, a la de Athos atravesar los vestíbulos; pero en el momento en que iba a cerciorarse del hecho, el ujier lo llamó a la cámara de Su Majestad.

Carlos II se frotaba las manos recibiendo los cumplidos de nuestro amigo.

—Caballero —le dijo—, hacéis mal en estarme, reconocido; yo no he pagado la cuarta parte de lo que vale la historia de la caja en que metisteis al valiente general... es decir, al buen duque de Albemarle. Y el rey soltó una carcajada.

D'Artagnan creyó no deber interrumpir a Su Majestad y se inclinó con modestia.

—A propósito —prosiguió Carlos—, ¿os ha perdonado de veras nuestro querido Monk?

—¡Perdonado! Espero que sí, Majestad.

—¡Es que el lance fue terrible...! ¡Odds fish! ¡Embanastar como un arenque al primer personaje de la revolución inglesa! No me fiaría yo en vuestro lugar, caballero.

—Pero, Majestad.

—Sé muy bien que Monk os llama su amigo... Mas tiene un ojo muy profundo para ser falto de memoria y el entrecejo muy alto para no, ser orgulloso; ya sabéis, grande supercilium.

«De seguro, aprenderé latín», se dijo D'Artagnan.

—Vamos —exclamó el rey encantado—, es preciso que yo arregle vuestra reconciliación; sabré conducirme de tal modo...

D'Artagnan se mordió el bigote.

—¿Me permite Vuestra Majestad que le manifieste la verdad?

—Hablad, caballero, hablad.

—Pues bien, señor, me causáis un miedo horrible... Si Vuestra Majestad arregla mi asunto, como parece tener ganas, soy hombre perdido; el duque me hará asesinar. El rey soltó otra carcajada que trocó en espanto el temor de D'Artagnan.

—Señor, por piedad, permitidme tratar este asunto por mí mismo; y luego, si ya no tenéis necesidad de mis servicios.

—No, caballero. ¿Queréis marcharos? —respondió Carlos con una hilaridad que causaba en nuestro gascón cada vez más inquietud.

—Si Vuestra Majestad no tiene ya nada que mandarme.

Carlos púsose casi serio.

—Una sola cosa. Ved a mi hermana lady Enriqueta. ¿Os conoce?

—No, señor, pero... un soldado viejo como yo, no es un espectáculo agradable para una princesa joven y jovial.

—Quiero que mi hermana os conozca; quiero que pueda contar con vos en caso necesario.

—Señor, todo lo que es querido a Vuestra Majestad será sagrado para mí.

—Corriente... Parry, ven acá; buen Parry.

Abrióse la puerta lateral, y penetró Parry, radiante el rostro desde que vio al caballero.

—¿Qué hace Rochester? —preguntó el rey.

—Está en el canal con las señoras —contestó Parry.

—¿Y Buckingham?

—También.

—Tanto mejor. Acompañarás al caballero al lado de Villiers... es el duque de Buckingham, caballero... y le suplicarás presente al señor de D'Artagnan a lady Enriqueta.

Parry se inclinó y sonrió a D'Artagnan.

—Caballero —prosiguió el rey—, ésta es vuestra audiencia de despedida; luego podéis marcharos cuando os agrade.

—¡Majestad, gracias!

—Pero haced las paces con Monk.

—¡Oh! Majestad...

—¿Sabéis que uno de mis buques está a disposición vuestra? —dijo el rey mirando fijamente a D'Artagnan.

—Pero, señor, me colmáis de gracias, y no sufriré jamás que los oficiales de Vuestra Majestad se incomoden por mí —dijo el gascón con humildad.

Su Majestad dio un golpecito en el hombro de D'Artagnan.

—Nadie se incomoda por vos, caballero, sino por un embajador a quien envió a Francia, y a quien, según creo, serviréis con gusto de compañero, porque le conocéis perfectamente.

D'Artagnan miró sorprendido.

—Es cierto conde de la Fère... al que vos llamáis Athos —repuso el rey, terminando la conversación como la había comenzado con una festiva carcajada—. ¡Adiós, caballero, adiós! Queredme como yo os quiero.

Y después de esto, haciendo una seña a Parry para preguntarle si alguien le aguardaba en un gabinete inmediato, el rey desapareció en este gabinete, dejando al caballero aturdido de tan singular audiencia.

El viejo le asió amistosamente del brazo y lo condujo a los jardines.

Capítulo XXXV

En el canal

Sobre las aguas de un verde opaco del canal, cuyas márgenes de mármol había ya sembrado el transcurso del, tiempo de manchas negras, de hierbas y de musgo, deslizábase majestuosamente una barca achatada, empavesada con las armas de Inglaterra, y cubierta de un toldo de ancho lienzo adamascado, cuyas franjas arrastraban sobre el agua. Ocho remeros la hacían mover sobre el canal, con la graciosa lentitud de los cisnes, que, turbados en su antigua posesión por el surco de la barca, miraban desde lejos pasar este esplendor y este ruido. Y decimos este ruido por cuanto la embarcación contenía cuatro tocadores de guitarra y de laúd, dos cantadores y muchos cortesanos cubiertos de oro y pedrerías, los cuales mostraban a porfía sus blancos dientes para agradar a lady Estuardo, nieta de Enrique IV, hija de Carlos I y hermana de Carlos II, que ocupaba el sitio de honor bajo el toldo de la barca.

Ya conocemos a esta joven princesa; porque la hemos visto en el Louvre con su madre careciendo de leña y de pan, y alimentada por el coadjutor y los Parlamentos. Como sus hermanos, había pasado una juventud dura, y acababa de despertar de pronto de ese sueño largo y terrible, sentada en las gradas de un trono y rodeada de cortesanos y aduladores. Como María Estuardo cuando salió de la prisión, aspiraba la vida y la libertad, y además el poder y las riquezas.

Lady Enriqueta habíase convertido, al crecer, en una belleza notable a quien la restauración que acababa de ocurrir hacía célebre. La desgracia que le quitaba el brillo del orgullo; se lo había devuelto la prosperidad y resplandecía en fortuna y bienestar semejante a las flores del invernadero, que, olvidadas durante una noche en las primeras heladas del otoño, han inclinado la cabeza; pero que al día siguiente, calentadas en la atmósfera en que nacieron, se vuelven a erguir más lozanas que nunca.

Lord Villiers de Buckingham, hijo de aquel que juega un papel tan importante en los primeros capítulos de esta historia, lord Villiers de Buckingham, lúcido caballero, melancólico con las mujeres, risueño con los hombres, y Vilmont de Rochester, risueño con ambos sexos, estaban de Pie en este momento delante de lady Enriqueta, y se disputaban el privilegio de hacerla sonreír.

Respecto a la joven y bella princesa, recostada en un cojín de terciopelo bordado en oro, las manos inertes y colgando, escuchaba perezosamente a los músicos sin oírlos, y oía a los dos cortesanos sin aparentar escucharlos.

Y era que lady Enriqueta, criatura llena de encantos, mujer que unía las

gracias de Francia a las de Inglaterra, no habiendo amado todavía, era cruel en su coquetería. Así es que la sonrisa, ese cándido favor de las jóvenes, no iluminaba absolutamente su rostro, y si alguna vez alzaba los ojos era para asestarlos con tanta fijeza en uno u otro caballero, que su galantería, por descarada que fuese de costumbre, se alarmaba y convertíase en tímida.

En tanto caminaba el barquichuelo, los músicos cantaban y tocaban, y los cortesanos comenzaban a fatigarse como tilos. Además, el paseo parecía sin duda monótono a la princesa, porque moviendo de repente la cabeza con ademán de impaciencia.

—Ea —dijo—, basta, señores, volvámonos.

—¡Ah! Señora —dijo Buckingham—. Somos muy desgraciados; no hemos conseguido hacer el paseo agradable a Vuestra Alteza.

—Me aguarda mi madre —respondió lady Enriqueta—; y además, señores, os confesaré francamente que me fastidio.

Y diciendo esta palabra cruel la princesa, pretendía consolar con una mirada a cada uno de los dos jóvenes, que parecían consternados de tal franqueza. La mirada produjo su efecto, y los dos semblantes se ensombrecieron; mas de pronto, como si la regia coqueta hubiera pensado que ya había hecho demasiado por simples mortales, hizo un movimiento, volvió la espalda a sus dos adoradores, y pareció sumergirse en una contemplación, en la cual era evidente que no tenían la menor parte.

Buckingham mordióse los labios con cólera, porque estaba verdaderamente enamorado de lady Enriqueta, y en calidad de tal todo lo tomaba en serio. Rochester también se los mordió; mas, como su cabeza, siempre dominaba al corazón, aquello fue simplemente para contener una maliciosa carcajada.

La princesa, que dirigía sus ojos por los céspedes finos y floridos de la ribera, y que volvía la espalda a los dos jóvenes, divisó a lo lejos a Parry y D'Artagnan.

—¿Quién viene allí? —preguntó. Ambos jóvenes dieron media vuelta con la rapidez del relámpago.

—Parry —contestó Buckingham—, nada más que Parry.

—Perdonad —dijo Rochester—, pero me parece que trae un compañero.

—Cierto —repuso la princesa con languidez—. Pero ¿qué significan esas palabras. «Nada más que Parry», decid, milord?

—Señora —respondió Buckingham picado—, es que el fiel Parry, el errante Parry, el eterno Parry, no es de gran importancia.

—Os engañáis, señor duque: Parry, el errante Parry, como vos decís, ha

andado errante siempre en servicio de mi familia, y ver a ese anciano es siempre para mí un grato espectáculo.

Lady Enriqueta seguía la progresión acostumbrada de las mujeres lindas, y sobre todo de las mujeres coquetas, pasaba del capricho a la contrariedad; el galán había sufrido el capricho; el cortesano debía plegarse al humor contrariado. Buckingham se inclinó pero no respondió nada.

—Es cierto, señora —dijo Rochester inclinándose a su vez—; es modelo de servidores; pero, señora, ya no es joven y no nos divertimos sino viendo cosas alegres. ¿Es cosa grata un viejo?

—Basta, milord —dijo gravemente lady Enriqueta—, me lastima ese tema de conversación.

Y luego continuó, como hablando consigo.

—Verdaderamente, es cosa inaudita las pocas consideraciones que los amigos de mi hermano tienen con respecto a sus servidores.

—¡Ah! Señora —murmuró Buckingham—, Vuestra Gracia me clava en el corazón un puñal forjado por sus propias manos.

—¿Qué quiere decir esa frase embozada a manera de madrigal francés, señor duque?

No la entiendo.

—Significa, señora, que vos misma, tan buena, tan encantadora y tan sensible, os habéis reído algunas veces, quise decir sonreído, de las chochees fútiles de ese excelente Parry, por el cual tiene hoy Vuestra Alteza una susceptibilidad tan maravillosa.

—Y bien, milord —dijo lady Enriqueta—, si me he olvidado de mí misma hasta ese punto, hacéis mal en recordármelo.

E hizo un movimiento de impaciencia.

—Creo que quiere hablarme ese buen Parry, señor de Rochester; haced que abordemos.

Rochester apresuróse a repetir la orden de la princesa, y un minuto después tocaba la barca en la orilla.

—Desembarquemos, señores —dijo lady Enriqueta, yendo a buscar el brazo que le ofrecía Rochester, a pesar de que Buckingham, que estaba más cerca, le presentaba el suyo.

Entonces, Rochester, con mal disimulado orgullo que penetró en el corazón del infeliz Buckingham, hizo atravesar a la princesa el puentecillo que la tripulación había echado desde la barca real a la orilla.

—¿Adónde se dirige Vuestra Gracia? —preguntó Rochester.

—Ya lo sabéis, milord, hacia ese buen Parry que anda errante, como decía milord Buckingham, y que me busca con sus ojos debilitados por las lágrimas que han derramado por nuestro infortunio.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Rochester—. ¡Qué triste está hoy Vuestra Alteza! ¡Verdad es que tenemos aspecto de parecerla locos grotescos!

—Hablad por vos, milord —interrumpió Buckingham con despecho—; yo desagrado de tal modo a Su Alteza, que no le parezco absolutamente nada.

Ni Rochester ni la princesa contestaron; sólo se vio a ésta arrastrar a su caballero con paso más rápido; Buckingham quedó atrás y se aprovechó de este aislamiento para entregarse, cubriéndose el rostro con el pañuelo, a morderlo de tal suerte que hizo pedazos la batista a la tercera dentellada.

—Parry, buen Parry —dijo la princesa con voz dulce—; ven por aquí; veo que me buscas y te espero.

—¡Ah! Señora —exclamó Rochester, yendo caritativamente en auxilio de su compañero, que se había quedado atrás, como hemos dicho—: si Parry no ve a Vuestra Alteza, el hombre que le sigue es un guía suficiente, aun para un ciego; porque, verdaderamente, sus ojos son llamas; es un fanal de dos luces ese hombre.

—Iluminando una cara muy hermosa y marcial —dijo la princesa, decidida a chocar de frente con toda intención.

Rochester se inclinó.

—Una de esas fuertes cabezas de soldado, como sólo se ven en Francia —añadió la princesa con la perseverancia de la mujer segura de la impunidad.

Rochester y Buckingham miráronse como para decirse: «¿Qué es lo que tiene?».

—Ved lo que quiere Parry, señor de Buckingham —dijo lady Enriqueta.

El joven, que consideraba esta orden como un favor, tomó ánimo y corrió hacia Parry, que seguido de D'Artagnan avanzaba con lentitud hacia la noble comitiva, a causa de su edad. D'Artagnan andaba lenta y noblemente, como debía caminar D'Artagnan forrado con un tercio de millón, es decir, sin desfachatez, pero sin timidez también. Cuando Buckingham, que había tenido gran presteza en cumplir la orden de la princesa, la cual se había sentado en un banco de mármol, como cansada de los pocos pasos que acababa de dar, cuando Buckingham, decimos, estuvo a corta distancia de Parry, éste lo conoció.

—¡Ah, milord! —dijo sofocado—. ¿Quiere Vuestra Gracia obedecer a Su

Majestad?

—¿En qué, señor Parry? —preguntó el joven con cierta frialdad, templada por el deseo de agradar a la princesa.

—El rey ruega a Vuestra Gracia presente el señor a lady Enriqueta Estuardo.

—¿Señor de qué? —preguntó el duque con altivez.

No se ignora que D'Artagnan era propicio a enfurecerse, y el tono de milord Buckingham le había disgustado. Miró al cortesano a la altura de sus ojos, y dos relámpagos resplandecieron en su fruncido entrecejo. Después haciendo un esfuerzo sobré sí mismo:

—El señor caballero de D'Artagnan, milord —contestó tranquilamente.

—Perdón, señor, ese nombre me da a conocer vuestro nombre, y nada más.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que no os conozco.

—Soy más feliz que vos, caballero —respondió D'Artagnan—, porque yo he tenido el honor de conocer mucho a vuestra familia, y particularmente a milord, duque de Buckingham, vuestro ilustre padre.

—¿Mi padre? —dijo Buckingham—. En efecto, señor, ahora creo que recuerdo... ¿El señor caballero de D'Artagnan, decís?

D'Artagnan se inclinó.

—¿No sois uno de esos franceses que tuvieron con mi padre relaciones secretas?

—Precisamente, señor duque, soy uno de esos franceses.

—Entonces, caballero, permitidme os diga que extraño que mi padre, mientras viviera, jamás oyese hablar de vos.

—Oh, señor; pero sí oyó hablar en el momento de su muerte; yo fui quien le hizo pasar por medio del ayuda de cámara de la reina Ana de Austria el aviso del peligro que corría; por desgracia el aviso llegó demasiado tarde.

—No importa, caballero —dijo Buckingham—, ahora comprendo que, habiendo tenido la intención de prestar un servicio al padre, vengáis a reclamar la protección del hijo.

—En primer lugar, milord —contestó flemáticamente D'Artagnan—, yo no reclamo la protección de nadie. Su Majestad el rey Carlos II, a quien he tenido el honor de prestar algunos servicios (necesito decirlos, caballero, que he pasado mi vida en esta ocupación), quiere honrarme con alguna

benevolencia, y ha deseado que yo fuera presentado a lady Enriqueta, su hermana, a la cual tal vez tenga el honor de ser útil en lo venidero. Su Majestad sabía que estabais en este momento al lado de Su Alteza Real, y me ha dirigido a vos por medio de Parry. No hay aquí otro misterio. Yo no os pido absolutamente nada, y si no deseáis presentarme a Su Alteza, tendré el dolor de pasarme sin vos y la osadía de presentarme yo mismo.

—Al menos, caballero, repuso Buckingham, que intentaba obtener la última palabra, no retrocederéis ante una explicación provocada por vos.

—Yo no retrocedo nunca, señor —replicó D'Artagnan.

—Puesto que habéis tenido relaciones secretas con mi padre, ¿sabéis algún detalle particular?

—Esas relaciones están ya muy lejos de nosotros, caballero, pues aún no habíais nacido vos, y por unos desgraciados herretes de diamantes que recibí de sus manos y llevé a Francia, no vale la pena despertar tantos recuerdos.

—¡Ah! Caballero —murmuró vivamente Buckingham acercándose a D'Artagnan y tendiéndole la mano—, ¡conque sois vos! ¡Vos, a quién mi padre ha buscado tanto y quien tanto podía esperar de nosotros!

—¡Esperar, señor! Ciertamente, ése es mi fuerte, y toda mi vida he esperado.

Durante este tiempo, cansada la princesa de no ver llegar al extranjero, se había levantado y aproximado.

—Al menos, señor —dijo Buckingham—, no esperaréis esa presentación que de mí reclamáis.

Entonces, volviéndose e inclinándose ante lady Enriqueta:

—Señora —le dijo—, Su Majestad vuestro hermano desea que yo tenga el honor de presentar a Vuestra Alteza al señor caballero de D'Artagnan.

—Para que Vuestra Alteza tenga en él en caso necesario un auxilio sólido y un amigo seguro —añadió Parry.

D'Artagnan se inclinó.

—¿Tenéis algo más que decir, Parry? —preguntó lady Enriqueta sonriendo a D'Artagnan, al mismo tiempo que dirigía la palabra al antiguo servidor.

—Sí, señora; Su Majestad desea que Vuestra Alteza guarde religiosamente en su memoria el nombre y que se acuerde del mérito del señor de D'Artagnan, a quien Su Majestad debe, según dice, haber recobrado su reino.

Buckingham; la princesa y Rochester se miraron asombrados.

—Este es otro secreto —dijo D'Artagnan—, del cual según toda probabilidad, no hablaré al hijo del rey Carlos II como he hecho a vos sobre el asunto de los herretes de diamantes.

—Señora —dijo Buckingham—, el señor acaba, por segunda vez, de avivar en mi memoria un acontecimiento que excita de tal manera mi curiosidad, que me atrevo a pedir os permiso para separarle un instante de vos y hablarle sobre el particular.

—Está bien, milord, pero devolved pronto a la hermana este amigo tan leal al hermano.

Y volvió a tomar el brazo de Rochester, mientras Buckingham tomaba el de D'Artagnan.

—¡Oh! Caballero —dijo Buckingham—, contadme todo ese suceso de los diamantes que nadie sabe en Inglaterra, ni aun el hijo de quien fue el héroe.

—Milord, sólo una persona tenía el derecho de relatar todo ese suceso, como vos decís, y era vuestro padre; él juzgó a propósito callar, y yo os pido el permiso de imitarle.

Y D'Artagnan inclinóse cómo hombre en quien evidentemente no había de hacer mella ninguna clase de instancias.

—Puesto que es así, caballero —dijo el duque—, perdonadme la indiscreción, y si algún día yo también fuera a Francia...

Y volvió la cara para mirar a la princesa, que no se inquietaba nada por él, ocupada como estaba o parecía estarlo, con la conversación de Rochester.

Buckingham exhaló un suspiro.

—¿Y qué? —preguntó D'Artagnan.

—Decía que si alguna vez yo también fuese a Francia...

—Iréis, milord —dijo sonriendo D'Artagnan—, respondo de ello.

—¿Y por qué?

—¡Oh! Tengo extrañas maneras de predicción; y cuando predigo, rara vez me equivoco. Conque si vais a Francia...

—Pues bien, caballero; vos, a quien los monarcas piden esa preciosa amistad que les da coronas, me atreveré a pedir os un poco de ese gran interés que profesasteis a mi padre.

—Milord —contestó D'Artagnan—, creed que me tendré por muy honrado si, allá, en Francia, os dignáis acordaros de que me habéis visto aquí. Y ahora, permitid...

Volviéndose entonces hacia lady Enriqueta:

—Señora —dijo—, Vuestra Alteza es hija de Francia, y, por consiguiente, espero volver a verla en París. Uno de mis felices días será aquel en que me deis una orden que me recuerde que no habéis olvidado las recomendaciones de vuestro augusto hermano.

Y se inclinó ante la princesa, que le dio a besar su mano con actitud graciosa y regia.

—¡Ah! Señora —dijo en voz baja Buckingham—, ¿qué deberé hacer para alcanzar de Vuestra Alteza semejante favor?

—No sé, milord —respondió lady Enriqueta—; preguntádselo al señor de D'Artagnan; él os lo dirá.

Capítulo XXXVI

D'Artagnan saca, como hubiera hecho un hada, una casa de recreo de un cajón de pino, como por encanto

Las palabras del rey, con respecto al amor propio de Monk, sólo había inspirado a D'Artagnan mediana aprensión. El teniente había tenido toda su vida el difícil arte de escoger a sus amigos, y cuando los había tomado implacables e invencibles, era que no había podido, bajo ningún pretexto, hacer otra cosa. Mas los puntos de vista cambian mucho en la vida, que es una linterna mágica cuyos aspectos altera todos los años el ojo del hombre. De ahí resulta que, del último día de un año que se veía blanco, al primer día de otro que se verá negro, sólo hay un espacio de una noche.

De modo que D'Artagnan, cuando salió de Calais con sus diez satélites, se cuidaba tan poco de apoderarse de Goliat, Nabucodonosor u Holofernes, como de cruzar la espada con su recluta o de discutir con su posadera. Entonces se parecía al gavilán que acomete en ayunas a un cordero. El hambre ciega. Pero D'Artagnan, satisfecho, rico, vencedor y orgulloso de un triunfo tan difícil, tenía demasiado que perder para no contar con la probable mala suerte.

Pensaba, pues, al volver de su presentación, en una sola cosa, es decir, en contemplar a un hombre tan temible como Monk, a un hombre a quien también contemplaba Carlos, por más que fuese rey; porque apenas restablecido en su trono, el protegido podía tener aún precisión de protector, y no le negaría, por consiguiente, si llegaba el caso, la mezquina satisfacción de deportar al señor de D'Artagnan, o de encerrarle en alguna torre del Middlesex, o de hacerle dar un baño en la travesía de Douvres a Boulogne.

Tales satisfacciones se dan de reyes a virreyes sin ulterior consecuencia.

Ni aun siquiera era menester que el rey fuese agente activo en este negocio, en el que Monk tomaría la revancha. El papel del rey se limitaría muy sencillamente a perdonar al virrey de Irlanda todo lo que hubiera hecho contra D'Artagnan. No se necesitaba otra cosa para poner en reposo la conciencia del duque de Albemarle, que un te absolvo dicho riendo, o el garabato del Charles, the King, trazado en el extremo inferior de un pergamino; y con aquellas dos palabras pronunciadas, o con estas tres escritas, el pobre D'Artagnan estaba siempre enterrado bajo las ruinas de su imaginación.

Por otra parte, había una cosa que causaba bastante inquietud a un hombre tan previsor como era nuestro mosquetero: veíase solo, y la amistad de Athos no le bastaba para tranquilizarse. Cierto que si se hubiese tratado de una buena distribución de estocadas, el mosquetero hubiera contado con su amigo; pero, tratándose de delicadezas con un rey, cuando el tal vez de una casualidad desgraciada viniera en ayuda de la justificación de Monk o de Carlos II, D'Artagnan conocía bastante a Athos para estar seguro de que dejaría en buen lugar la lealtad del que sobreviviera, contentándose en verter muchas lágrimas sobre la tumba del muerto, además de, si el muerto era su amigo, componerle enseguida su epitafio con los más pomposos superlativos.

«Decididamente —decía para sí el gascón, y este pensamiento era el resultado de las reflexiones que acababa de hacer en voz baja y que nosotros acabamos de proferir en voz alta—, decididamente, es necesario que me reconcilie con el señor Monk y que yo adquiera la prueba de su completa indiferencia por lo pasado. Si, lo que Dios no permita, él es todavía astuto y reservado en la expresión de su sentimiento, entrego mi dinero a Athos para que se lo lleve, y me quedo en Inglaterra todo el tiempo preciso para descubrirlo, y luego, como tengo el ojo vivo y los pies ligeros, en cuanto vea el primer signo hostil, tomo el portante y me oculto en casa de milord de Buckingham, que me parece un buen diablo en el fondo, y al cual, en recompensa de su hospitalidad, cuento toda la historia de los diamantes, que ya sólo puede comprometer a una reina vieja, la cual puede pasar, siendo la mujer de un cicatero como Mazarino, por haber sido en otro tiempo la querida de un señor arrogante como Buckingham. ¡Diantre! Está dicho, y no me vencerá el señor Monk. ¡Además, una idea...!».

Ya se sabe que, por regla general, no eran ideas lo que faltaba a D'Artagnan. Durante su monólogo, D'Artagnan habíase abotonado hasta la barba, nada excitaba tanto su imaginación como los preparativos a un combate cualquiera, que los romanos llamaban accinction. Llegó, pues, muy sofocado a la posada del duque de Albemarle, y fue introducido en la habitación del virrey con una celeridad que manifestaba bien a fías claras era considerado como de casa. Monk estaba en su despacho.

—Milord —le dijo D'Artagnan con esa expresión de franqueza que tan bien sabía extender por su rostro el astuto gascón—, vengo a pedir un consejo a Vuestra Gracia.

Monk, abotonado moralmente, tanto como su antagonista físicamente, contestó:

—Pedid, querido.

Y su semblante presentaba una expresión no menos franca que la de D'Artagnan.

—Ante todo, milord, prometedme indulgencia y secreto.

—Prometo lo que deseáis. ¿Qué hay? Decid.

—Hay, milord, que no estoy completamente contento de Su Majestad.

—¡De veras! ¿Cómo es eso? Hablad, mi querido teniente.

—Porque el rey se entretiene muchas veces con bromas muy comprometidas para sus servidores, y la broma, milord, es un arma que lastima mucho a la gente de espada como nosotros.

Monk hizo grandes esfuerzos para no manifestar su pensamiento; pero D'Artagnan lo acechaba con atención demasiado sostenida para no distinguir un imperceptible rubor en sus mejillas.

—Lo que es yo —dijo Monk—, no soy enemigo de las bromas, mi querido D'Artagnan; mis soldados podrán decirnos cuántas veces escuché en el campamento con la mayor indiferencia, y hasta con cierto gusto, las canciones satíricas que desde el ejército de Lambert pasaban al mío, y que sin duda habrían despedazado los oídos de un general más susceptible que yo.

—¡Oh milord! —dijo D'Artagnan—. Sé que sois un hombre completo y que estáis colocado hace mucho tiempo por encima de las miserias humanas, mas hay bromas y bromas, y ciertas de ellas tienen el privilegio de irritarme de una manera prodigiosa.

—¿Y puede saberse cuáles son, my dear?

—Las que se dirigen contra mis amigos o contra las personas que respeto, general.

Monk hizo un movimiento imperceptible, que advirtió D'Artagnan.

—¿Y cómo —preguntó Monk a espina que araña a otro puede hacer cosquillas en vuestra piel? ¡Contadme eso!

—Veamos, Milord, voy a explicároslo en una sola palabra: se trata de vos.

Monk dio un paso hacia D'Artagnan.

—¿De mí? —dijo.

—Sí, y he ahí lo que no puedo explicarme; tal vez sea por falta de conocer su carácter. ¿Cómo tiene Su Majestad corazón para hacer burla a un hombre que le ha prestado tantos y tan grandes servicios? ¿Cómo comprender que se divierta en indisponer un león como vos con un mosquito como yo?

—Nada de eso veo yo —contestó Monk.

—¡Sí tal! En fin, el rey, que me debía una recompensa, y podría recompensarme como a un soldado, sin imaginar siquiera esa historia del rescate que os concierne, milord...

—No —dijo Monk riendo—, no me concierne de ningún modo, os lo aseguro.

—Ya me conocéis, milord; yo soy tan discreto, que un sepulcro parecería hablador a mi lado, pero... ¿Comprendéis, milord?

—No —dijo Monk.

—Si otro supiera el secreto que yo sé...

—¿Qué secreto?

—¡Eh! Milord, ese desgraciado secreto de Newcastle.

—¡Ah! ¿El millón del conde de la Fère?

—No, milord, no; la empresa contra Vuestra Gracia.

—Estuvo muy bien jugada, caballero; nada hay que decir; sois hombre de guerra, valiente y astuto a la vez, lo cual prueba que reunís las cualidades de Fabio y Aníbal. De modo, que habéis usado de vuestros medios, de la fuerza y de la astucia; nada hay que decir a esto, y es cosa mía el garantirme de ello.

—No lo ignoro, milord, y no esperaba menos de vuestra imparcialidad; si no hubiese más que el rapto en sí mismo, ¡pardiez!, eso no sería nada; pero hay...

—¿Qué?

—Las circunstancias de ese rapto.

—¿Cuáles?

—Bien sabéis lo que quiero decir, milord.

—¡No, Dios me condene!

—Hay... la verdad, es muy difícil de decir.

—¿Hay?

—Pues bien, hay ese diablo de caja.

Monk sonrojóse visiblemente.

—¡Esa indignidad de caja —continuó D'Artagnan—; la caja de pino, ya sabéis!

—¡Bueno! Lo había olvidado.

—De pino —siguió el mosquetero—, con agujeros para la nariz y la boca. En verdad, milord, lo demás podía pasar, ¡pero la caja, la caja! Decididamente, fue una broma pesada.

Monk se revolvía en todos sentidos.

—Y, sin embargo —añadió D'Artagnan—, que yo, un capitán de aventuras, haya hecho eso, es muy sencillo, porque al lado de la acción, un poco ligera, que he cometido, pero que puede excusarme la gravedad de la situación, he sido circunspecto y reservado.

—¡Oh! —murmuró Monk—. Os conozco muy bien, señor de D'Artagnan, y os aprecio.

D'Artagnan no perdía de vista a Monk, estudiando todo lo que pasaba en su interior mientras hablaba.

—Pero no se trata de mí —repuso D'Artagnan.

—¿Pues entonces de quién se trata? —preguntó Monk que empezaba a impacientarse.

—Se trata del rey, que jamás contendrá su lengua.

—¡Y bien! ¿Qué le hemos de hacer, si habla? —dijo Monk, balbuciente.

—Milord —repuso D'Artagnan—, os suplico que no disimuléis con un hombre que habla tan francamente como lo hago yo. Tenéis derecho de erizar vuestra susceptibilidad, por benigna que sea. ¡Qué diantre! El lugar de un hombre como vos, de un hombre que juega con cetros y coronas como un gitano con sus bolas, no era una caja así, como si se tratara de un objeto curioso de Historia Natural; porque, finalmente, ya comprendéis que sería cosa para hacer reventar de risa a todos vuestros enemigos; y sois tan grande, tan noble y generoso, que por fuerza debéis tener muchos. Tal secreto puede hacer morir de risa a la mitad del género humano, si se os representase en esa caja, y no es decente que se rían así del segundo personaje de este reino.

Monk perdió completamente su continencia a la idea de verse representado en la caja.

El ridículo, como juiciosamente había previsto D'Artagnan, causaba en él lo que ni las aventuras de la guerra, ni los deseos de la, ambición, ni el temor

de la muerte habían podido causar.

—¡Bien! —pensó el gascón—. Tiene miedo: estoy salvado.

—¡Oh! ¡En cuanto al rey —dijo Monk—, querido D'Artagnan, el rey no se chanceará con Monk, os lo aseguro!

El brillo de sus ojos fue interceptado al paso por D'Artagnan. Monk se dulcificó al instante.

—El rey —prosiguió—, es de un natural demasiado noble y tiene un corazón demasiado elevado para querer mal a quien le ha hecho tanto bien.

—¡Oh! Ciertamente —exclamó D'Artagnan—. Soy enteramente de vuestra opinión respecto al corazón del rey, pero no en cuanto a su cabeza: es bueno, pero ligero.

—Su Majestad no será ligero con Monk, estad tranquilo.

—¿De modo que vos lo estáis, milord?

—Por esa parte al menos, sí, perfectamente.

—¡Ah! Os comprendo, estáis tranquilo por parte del rey.

—Ya os lo he dicho.

—Pero ¿no lo estáis también por la mía?

—Me parece haberos asegurado que contaba con vuestra lealtad y discreción.

—Sin duda, sin duda; pero reflexionad una cosa...

—¿Cuál?

—Que yo no soy solo, que tengo compañeros, y que éstos...

—¡Oh! Sí, los conozco.

—Por desgracia, milord, ellos también os conocen.

—¿Y qué?

—Están allá, en Boulogne, esperándome.

—¿Y teméis...?

—Sí, que en mi ausencia... ¡Cáscaras! Si estuviese a su lado respondería de su silencio.

—Razón tenía yo en deciros que el peligro, si había peligro, no vendría del rey, por más dispuesto que sea para la broma, sino de vuestros compañeros, como acabáis de decir...

Ser burlado por un rey, es cosa tolerable todavía; pero por unos galopines... ¡Goddam!

—Sí, entiendo, es insoportable; y por eso venía a deciros: milord, ¿no creéis que sería bueno que yo marchase a Francia lo más pronto posible?

—Cierto, si creéis que vuestra presencia...

—¿Imponga a todos aquellos tunos? ¡Oh! De eso estoy cierto, milord.

—Pero vuestra presencia no impedirá que se extienda el rumor en caso de que haya transpirado ya.

—¡Oh! No ha transpirado, milord, os lo juro. Y en todo caso, creed que estoy determinado a una cosa.

—¿A qué?

—A romper la cabeza al primero que haya propagado el rumor y al primero que lo haya extendido. Después de lo cual, regresaré a Inglaterra a buscar un asilo y tal vez un empleo al lado de Vuestra Gracias.

—¡Oh! ¡Volved, volved!

—Por desgracia, milord, a nadie conozco aquí sino a vos, y no os encontraré o me habréis olvidado en vuestras grandezas.

—Escuchad, señor de D'Artagnan —respondió Monk—, sois un caballero apreciado, lleno de inteligencia y valor, y merecéis todas las fortunas de este mundo; venid conmigo a Escocia, y juro, haceros en mi virreinato una posición que todos envidiarán.

—¡Oh! Milord, eso es imposible, por ahora. Tengo un deber sagrado por cumplir: he de velar por vuestra gloria, impedir que un mal intencionado empañe a los ojos de los contemporáneos y... ¡quién sabe...! tal vez a los de la posteridad, el brillo de vuestro nombre.

—¿De la posteridad, señor de D'Artagnan?

—¡Sí! Sin duda, es necesario que todos los pormenores de esta historia sean un misterio para la posteridad; porque, en fin, admitid por un instante que se esparciera la desgraciada historia de la caja de pino, y se diría, no que habéis restablecido lealmente al rey, en virtud de vuestro libre albedrío, sino que fue a consecuencia de un compromiso celebrado entre vosotros dos en Scheveningen. Yo pudiera decir perfectamente cómo sucedió la cosa, yo que lo sé, sin embargo, no me creerían, y se diría que habían recibido mi parte de torta y que me la comía.

Monk frunció el entrecejo.

—Gloria, honor; honradez —dijo—. ¡No sois más que palabras vanas!

—Niebla —replicó D'Artagnan—, niebla por entre la cual jamás se ve muy claro.

—¡Pues bien! Entonces marchad a Francia, querido mío —dijo Monk—, id, y para haceros a Inglaterra más accesible y agradable, aceptad un recuerdo mío.

«¡Veamos, pues!», pensó D'Artagnan.

—Tengo a orillas de la Clyde —prosiguió Monk—, una casita rodeada de árboles, un cottage, como aquí se llama, y un centenar de argentas de tierra. Aceptadla.

—¡Oh milord...!

—¡Pardiez! Allí estaréis en vuestra casa, y ése será el refugio de que me hablabais ahora poco.

—¡Cómo! ¿Os quedaré obligado hasta ese punto? En verdad... Me avergüenzo de ello.

—No, señor —replicó Monk con delicada sonrisa—; yo sí que os quedaré reconocido.

Y, estrechando la mano del mosquetero:

—Voy a hacer extender el acta de donación —dijo.

Y salió.

D'Artagnan le vio alejarse y quedó pensativo y hasta emocionado.

—En fin —dijo—, he aquí un barbián. Lo sensible es que lo haga por temor y no por afecto a mi persona. ¡Pues bien, quiero que también me tenga afecto!

Y después de un instante de reflexión más profunda, murmuró:

—¡Bah! ¿Y para qué? ¡Es un inglés!

Y salió, a su vez, algo aturdido de aquel combate.

—Conque —dijo— heme aquí propietario. Pero ¿cómo diantre he de partir esa quinta con Planchet? A menos que le dé las tierras y yo me quede con la casa, o bien que él tome la casa y yo... ¡Vaya! ¡El señor Monk no sufriría que yo dividiera una casa que él ha habitado, con un abacero! ¡Es muy orgulloso! Además, ¿para qué hablar de esto? Con el dinero de la sociedad no he adquirido el inmueble, sino con mi inteligencia; luego es muy mío. Vamos en busca de Athos.

Y se dirigió hacia la morada de éste.

Capítulo XXXVII

D'Artagnan arregla el pasivo de la sociedad antes que su activo

—Decididamente —decía entre dientes D'Artagnan—, estoy de vena. Esa estrella que luce una vez en la vida de todos los hombres, que lució para Job y para Iris, el más desgraciado de los judíos y el más pobre de los griegos, luce por fin para mí. No haré locuras, y me aprovecharé de ella, pues ya es tiempo de ser razonable.

Aquella noche cenó de muy buen humor con su compañero Athos, a quien no habló de la donación esperada; pero no pudo menos de preguntarle, al mismo tiempo que comía, sobre las siembras y plantaciones; a lo cual contestó Athos complaciente como siempre.

Su creencia era que D'Artagnan quería hacerse propietario, y lo único que sentía era perder el humor vivo y las divertidas ocurrencias de su amigo. D'Artagnan, en efecto, aprovechaba el residuo de grasa cuajada en el plato para trazar cifras y hacer sumas asombrosas.

La orden, o más bien la licencia para embarcarse, llegó aquella misma noche. Mientras la entregaban al señor conde, otro mensajero daba a D'Artagnan un rollo de pergamino con todos los sellos con que se reviste la propiedad territorial en Inglaterra. Athos le sorprendió entretenido en hojear estos diversos documentos que establecían la transmisión de la propiedad. El prudente Monk, otros dirían el generoso Monk, había conmutado la donación en una venta, y reconocía haber recibido quince mil libras como precio de la cesión.

Ya el mensajero se había eclipsado. D'Artagnan seguía leyendo, Athos le miraba sonriente. El mosquetero, sorprendiendo una de aquellas sonrisas por encima de su hombro, guardó el rollo en su estuche.

—Perdonad —dijo Athos.

—¡Oh! No sois indiscreto, amigo —replicó el teniente—; quisiera...

—No me digáis nada, os lo ruego, las órdenes son cosas tan sagradas, que el encargado de ellas no debe decir una palabra ni a su hermano ni a su padre. De modo que yo mismo, que os amo más tiernamente que un hermano, que un padre y que todo lo del mundo...

—¿A excepción de Raúl?

—Más aún amaré a Raúl cuando le haya visto manifestarse en todas las fases de su carácter y de sus actos... como os he visto a vos, amigo mío.

—¿Conque decíais que también vos tenéis una orden y que no me la participaréis?

—Sí, querido.

El gascón suspiró.

—Hubo un tiempo —dijo— en que esa orden la hubierais puesto ahí, sobre esa mesa, diciendo: «D'Artagnan, leednos ese logogrifo a Porthos, a Aramis y a mí».

—¡Es verdad...! ¡Oh! ¡Era la juventud, la confianza, la edad generosa en la cual manda la sangre cuando se calienta por las pasiones!

—Pues bien, Athos, ¿deseáis que os diga una cosa?

—Hablad, amigo mío.

—Ese tiempo adorable, esa edad generosa, esa dominación de la sangre caliente, todas esas cosas muy bellas, sin duda, no las siento lo más mínimo. Me sucede con eso lo que con el tiempo en que estudiaba... Siempre he encontrado en alguna parte un tonto para ponderarme esa época de castigos, de disciplinas y de cortezas de pan seco... ¡Es singular! Nunca me han gustado esas cosas; y por activo y sobrio que fuese (y bien sabéis que lo soy), y por sencillo que pareciese en mi traje, no por eso, he dejado de preferir los bordados de Porthos a mi casaquilla porosa, que dejaba penetrar el cierzo en invierno y el sol en estío. Ya veis, querido, siempre desconfiaré de quien pretenda preferir el mal al bien. Todo fue mal para mí en los tiempos pasados, cuando cada mes veía un agujero más en mi piel y en mi casaca, y un escudo de oro menos en mi pobre bolsa. Nada echo de menos de aquel tiempo execrable sino nuestra amistad, porque tengo aquí un corazón; y, cosa milagrosa, este corazón no fue desecado por el viento de la miseria que pasaba a través de los agujeros de mi capa, ni ensartado por las espadas de toda construcción que pasaban a través de los agujeros de mi pobre carne.

—No temáis por nuestra amistad —dijo Athos— porque no morirá sino con nosotros.

La amistad se compone de recuerdos y de costumbres, y si habéis hecho ahora poco una sátira de la mía, porque he vacilado en manifestar la misión que llevo a Francia...

—¿Yo...? ¡Cielos! ¡Si supieseis cuán indiferentes van a serme ahora todas las misiones del mundo!

Athos se levantó de la mesa y llamó al posadero para pagarle el gasto.

—Desde que soy amigo vuestro —dijo D'Artagnan—, nunca he pagado un escote. Porthos lo hacía a menudo, Aramis alguna que otra vez, y vos casi

siempre gastabais hasta la última blanca. Ahora que soy rico, voy a ver si es heroico pagar.

—Hacedlo —repuso Athos guardándose su bolsa.

Enseguida se encaminaron los dos amigos al puerto, no sin que D'Artagnan hubiese mirado atrás para vigilar el transporte de sus amados escudos. La noche acababa de tender su velo sobre las amarillas aguas del Támesis; se oía ese ruido de cuerdas y poleas, precursor de la franquía que tantas veces había hecho latir el corazón de los mosqueteros, cuando el peligro del mar era el menor de todos los que iban a desafiar. Esta vez debían embarcarse en un gran buque que los aguardaba en Gravesend, y Carlos II, siempre delicado en las cosas pequeñas, había enviado uno de sus yacht, con doce hombres de su guardia escocesa, a fin de hacer honor al embajador que enviaba a Francia. A media noche ya había pasado el yacht a sus pasajeros a bordo del navío, y a las ocho de la mañana desembarcaba éste al embajador y a su amigo en el muelle de Boulogne.

En tanto que el conde se ocupaba con Grimaud de los caballos para ir derecho a París, D'Artagnan corría a la posada, donde según sus órdenes debía aguardarle su reducido ejército. Aquellos señores desayunaban ostras, pescado y aguardiente aromatizado, cuando se presentó D'Artagnan. Todos estaban muy alegres, pero ninguno había traspasado los límites de la razón. Un hurra de júbilo acogió al general. Aquí estoy —dijo D'Artagnan—; está terminada la campaña, y vengo a traer el suplemento de soldado prometido.

Todos los ojos brillaron.

—Apuesto a que ya no hay cien libras en la escarcela del más rico de vosotros.

—¡Es verdad! —exclamaron a coro.

—Señores —dijo entonces D'Artagnan, ésta es la última consigna. El tratado de comercio se ha concluido, gracias al golpe de mano, que nos hizo dueños del hacendista más hábil de Inglaterra; pues ahora, he de confesarlo, el hombre a quien se trataba de robar era el tesorero del general Monk.

Esta palabra de tesorero produjo cierto efecto en su ejército; mas D'Artagnan notó que únicamente los ojos de Menneville no manifestaban una fe completa.

—A ese tesorero —prosiguió D'Artagnan—, le he conducido a terreno neutral, a Holanda; le he hecho firmar el contrato, y yo mismo le he vuelto a llevar a Newcastle, y como debió quedar satisfecho de nuestra conducta con él, porque el cofre de pino siempre era llevado sin sacudidas y estaba acolchado; he pedido una gratificación para vosotros. Aquí está.

Y echó un saco respetable sobre el mantel. Todos tendieron involuntariamente la mano.

—¡Un instante, corderos míos! —dijo D'Artagnan—. Si hay beneficios, también hay cargas.

—¡Oh, oh! —exclamó la reunión.

—Amigos míos, nosotros vamos a encontrarnos en una posición que no sería sostenible entre gente sin juicio; yo hablo claro: estamos entre la horca y la Bastilla.

—¡Oh, oh! —repuso el coro.

—Esto es fácil de comprender. Ha sido necesario explicar al general Monk la desaparición de su tesorero, y para esto he aguardado el momento inesperado de la restauración del rey Carlos, que es uno de mis amigos.

El ejército cambió una mirada de satisfacción con la mirada bastante orgullosa de D'Artagnan.

—Restaurado el rey, he devuelto al señor Monk su hombre de negocios, un poco desplumado, es cierto, pero al fin se lo he devuelto. El general Monk, perdonándome, porque me ha perdonado, no ha podido menos de decirme estas palabras, que, encargo a cada uno de vosotros grabe aquí entre los ojos y bajo la bóveda del cráneo: «Caballero, la broma puede pasar, pero, naturalmente, no me gustan las bromas; si una palabra siquiera de lo que habéis hecho (comprendéis, señor de Menneville) sale de vuestros labios, o de los labios de vuestros compañeros, tengo en mi gobierno de Escocia y de Irlanda setecientas cuarenta y una horcas de madera de encina, claveteadas y untadas de sebo todas las semanas. Regalaré, pues, una de estas horcas a cada uno de vosotros; y notad bien esto, querido señor de D'Artagnan —añadió— (notadlo también vos, apreciable señor de Menneville), todavía me quedarán setecientas treinta para mis placeres secundarios. Además...».

—¡Ah, ah! —gritaron los auxiliares de D'Artagnan—. ¿Hay más todavía?

—Una miseria más: «Señor de D'Artagnan, he remitido al rey de Francia el tratado en cuestión, con una sola súplica para que haga en cerrar provisionalmente en la Bastilla, y después enviarme aquí a todos los que tomaron parte en la expedición, y ésta es una súplica a la que accederá el rey».

Un grito de terror partió de todos los ángulos de la mesa.

—¡Pero, bah! —exclamó D'Artagnan—. Ese valiente Monk se ha olvidado de una cosa, y es que no sabe el nombre de ninguno de vosotros; sólo yo os conozco, y ya calcularéis que no seré yo quien os venda. ¿Para qué? Yo supongo que nunca seréis bastante necios para denunciaros vosotros mismos, porque entonces, el rey, para ahorrarse los gastos de alimento y habitación, os

enviaría a Escocia, donde se hallan las setecientas cuarenta y una horcas. Esto es lo que pasa, señores. Y ahora, ya no tengo una palabra que añadir a lo que acabo de tener el honor de deciros. Estoy seguro de que se me ha comprendido perfectamente; ¿no es cierto, señor de Menneville?

—Perfectamente —replicó éste.

—Ahora, los escudos —exclamó D'Artagnan—. Cerrad las puertas. Y abrió el saco sobre la mesa, donde cayeron muchos escudos de oro. Cada cual hizo un movimiento hacia ellos.

—¡Poco a poco! —dijo D'Artagnan—. Que nadie se mueva, y haré la cuenta.

En efecto, dio cincuenta de aquellos escudos a cada uno, y recibió tantas bendiciones como monedas había entregado.

—Ahora —dijo—, si os fuese posible arreglaros un poco, si pudierais haceros buenos y honrados...

—Dificilillo es —dijo uno de los asistentes.

—¿Por qué decís eso, capitán? —dijo otro.

—Lo digo porque si os hallara por ahí... ¿quién sabe...? regresadlos de cuando en cuando con alguna propina...

E hizo una seña a Menneville, que lo escuchaba con aire reservado.

—Menneville —dijo—, venid conmigo. Adiós, valientes; os recomiendo seáis discretos.

Menneville le siguió, en tanto que los saludos de los otros se confundían con el dulce ruido del oro que sonaba en sus bolsillos.

—Menneville —dijo D'Artagnan cuando estuvieron en la calle—, no sois tonto, y tened cuidado de no convertirlos en tal; no me producís el efecto de que tengáis miedo a las horcas del señor Monk, ni a la Bastilla de Su Majestad Luis XIV, pero me haréis la gracia de tenerlo de mí. Pues bien, oíd: a la menor palabra que se os escape, os mataré como a un pollo. Tengo la absolución del Papa.

—Os aseguro que no sé absolutamente nada, señor de D'Artagnan, y que todas vuestras palabras son artículos de fe para mí.

—Bien seguro estaba yo de que sois un muchacho de talento —dijo el mosquetero—; hace veinticinco años que os he juzgado. Estos cincuenta escudos de oro que os doy como plus, os probarán al afecto que os tengo. Tomad.

—Gracias, señor de D'Artagnan —dijo Menneville.

—Con esto ya podéis ser realmente un hombre de bien —repuso D'Artagnan con tono más serio—. Sería vergonzoso que un talento como el vuestro, y un nombre que no os atrevéis a llevar, se encontrasen borrados para siempre bajo el orín de una vida mala. Hacedos un hombre honrado, Menneville, y vivid un año con, esos cien escudos de oro, es una bonita cantidad: dos veces el sueldo de un oficial de graduación. Id a verme dentro de un año y ¡diantre! haré de vos alguna cosa.

Menneville juró, como habían hecho sus camaradas, ser mudo como un sepulcro. Y, sin embargo, preciso es que alguien haya hablado; y como sin duda no han sido los nueve compañeros, ni Menneville tampoco, necesario es que fuera D'Artagnan, quien, como gascón, tenía la lengua muy cerca de los labios. Porque, si no él, ¿quién había de ser? ¿Y cómo había de explicarse el secreto de la caja de pino agujereada que de manera tan completa ha llegado a nosotros, como ha podido verse, y cuya historia hemos referido con tan minuciosos pormenores? Pormenores que por lo demás iluminan con claridad tan nueva como inesperada toda esa parte de la historia de Inglaterra, abandonada hasta hoy en la obscuridad por los, historiadores.

Capítulo XXXVIII

Donde se ve cómo el abacero francés se había ya rehabilitado en el siglo XVII

Hechas ya sus cuentas y sus recomendaciones, sólo pensó D'Artagnan en volver a París lo antes posible. Athos, por su parte, también deseaba regresar a casa y descansar un poco.

Por más enteros que hayan quedado el carácter y el hombre después de las fatigas de un viaje, el viajero ve con placer, al fin del día, y mucho más si el día ha sido espléndido, que la noche va a proporcionarle un poco de sueño. Así es que desde Boulogne a París, cabalgando los dos amigos uno junto a otro, un tanto absortos en sus pensamientos individuales, no hablaron cosas bastante interesantes para qué enteremos de ellas al lector; entregados ambos a sus reflexiones personales, y construyéndose el porvenir a su manera, se ocuparon principalmente en acortar la distancia por medio de la celeridad. Athos y D'Artagnan llegaron en la noche del cuarto día después de su salida de Boulogne, a las barreras de París.

—¿Dónde vais, amigo? —preguntó Athos.

—Yo voy derecho a mi casa.

—Y yo derecho a la de mi consocio.

—¿A casa de Planchet?

—Sí, buen amigo, al «Pilón de Oro».

—Por supuesto, nos volveremos a ver.

—Si estáis en París, sí; porque yo me quedo.

—No; después de haber abrazado a Raúl, a quien he citado en mi casa, salgo inmediatamente para la Fère.

—Entonces, adiós, buen amigo.

—Hasta más ver, diréis mejor, pues no sé por qué me parece que os vendréis a vivir conmigo a Blois. Ya que sois libre, ya que sois rico, os compraré, si gustáis, una buena hacienda en las cercanías de Cheverny o en las de Bracieux. Por una parte, tendréis los bosques más hermosos del mundo, que van a unirse con los de Chambord, y por otra, huertas admirables. Vos, a quien tanto place la caza, y que de grado o por fuerza sois poeta, encontraréis allí faisanes, codornices y cercetas, sin contar puestas de sol y paseas en barca, que causarían envidia a Nemrod y al mismo Apolo. Esperando la adquisición habitaréis en la Fère, e iremos a levantar la marica en las viñas, como hacía el rey Luis XIII. Es un moderado placer para viejos como nosotros.

D'Artagnan tomó las manos de Athos.

—Amigo mío —le dijo—, no os digo que sí, ni que no. Dejadme pasar en París el tiempo indispensable para arreglar todos mis asuntos, y para acostumbrarme poco a poco a la pesada y brillante idea que agita mi cerebro. Soy rico, ya lo sabéis, y de aquí a que me haya acostumbrado a la riqueza, me conozco, seré un animal insoportable. Ahora bien, tampoco soy tan bestia como para carecer de espíritu ante un amigo como vos, Athos. El vestido es hermoso y ricamente dorado, pero nuevo, y me molesta en las sisas.

Athos sonrió.

—Sea lo que queráis —dijo—; pero a propósito de ese vestido, ¿queréis que os dé un consejo, amigo D'Artagnan?

—¡Oh! Con mucho gusto.

—¿Y no os enfadaréis?

—¡Vamos!

—Cuando la riqueza llega tarde y de pronto, hay que hacerse avaro para no cambiar, es decir, es preciso no gastar mucho más dinero del que uno tenía antes, o hacerse pródigo y tener tantas deudas que vuelva a ser pobre.

—¡Ah! Eso que me decís se parece mucho a un sofismo, mi querido filósofo.

—No lo creo. ¿Tratasteis de aceros avaro?

—¡No tal! Yo lo era antes de tener nada. Cambiemos. Entonces, sed pródigo.

—Todavía menos, ¡diantre! Las deudas me espantan. Los acreedores me representan con anticipación los diablos que revuelven a los condonados en las parrillas; y como la paciencia no es mi virtud dominante, siempre tengo tentaciones de zurrar a los diablos.

—Sois el hombre más sabio que conozco, y no tenéis que recibir consejos de nadie. Locos serían los que creyesen que podrían engañaros alguna vez. Pero ¿no estamos en la calle de San Honorato?

—Sí, querido amigo.

—¿Distinguís allá abajo, a la izquierda, una casita blanca? Pues allí tengo mi alojamiento. Notaréis que sólo consta de dos pisos; yo ocupo el primero, y el otro está alquilado a un oficial cuyo servicio le tiene fuera de París ocho o nueve meses al año; de modo que estoy en esa casa como en la mía, a excepción del gasto.

—¡Oh! ¡Qué bien os arregláis, Athos! ¡Qué orden! Eso es lo que yo desearía reunir, pero qué queréis, eso es de nacimiento y no se adquiere.

—¡Adulador! Vamos, adiós, amigo. A propósito, dad un recuerdo de mi parte a Planchet. Seguirá siendo un mozo de talento, ¿verdad?

—Y de corazón, Athos. ¡Adiós!

Separáronse. Durante esta conversación D'Artagnan no había perdido de vista un segundo cierto caballo de carga, en cuyos canastos, y debajo de una poca de paja, se extendían los saquillos en que estaba el dinero. Las nueve de la noche daban en Saint-Merri, y los mozos de Planchet cerraban la tienda. D'Artagnan paró al postillón que guiaba el caballo de carga en la esquina de la calle de los Lombardos, debajo de un cobertizo, y llamando a uno de los criados de Planchet, le encargó que guardase, no sólo los dos caballos, sino también al postillón; después de lo cual entró en casa del abacero, que acababa de comer y que, en su entresuelo consultaba con ansiedad el calendario, en el cual borraba todas las noches el día que acababa de pasar.

En el instante en que, según su costumbre cotidiana, borraba Planchet con la pluma el día transcurrido, D'Artagnan puso el pie en el umbral de la puerta y el choque hizo sonar sus espuelas.

—¡Ah! ¡Dios santo! —exclamó Planchet.

El digno abacero no pudo decir más, pues acababa de ver a su consocio. D'Artagnan entró con la cabeza inclinada y los ojos tristes. El gascón tenía

una idea respecto a Planchet.

—¡Buen Dios! —dijo el abacero mirando al caminante—. ¡Está triste!

El mosquetero se sentó.

—Querido caballero de D'Artagnan —dijo Planchet con horribles latidos de corazón, ya estáis aquí, ¿cómo va de salud?

—Bastante bien, Planchet —dijo D'Artagnan dando un suspiro.

—Espero no habréis sido herido...

—¡Psch!

—¡Ah! —prosiguió Planchet cada vez más alarmado—. ¿La expedición ha sido dura?

—Sí —contestó D'Artagnan.

Un estremecimiento corrió por todo el cuerpo de Planchet.

—Bebería de buena gana —observó el mosquetero alzando lastimeramente la cabeza.

Planchet corrió por sí mismo al armario y sirvió al mosquetero vino en un gran vaso. D'Artagnan miró la botella.

—¿Qué vino es ese? —dijo.

—El que preferís, señor —dijo Planchet—; ese buen vino añejo de Anjou que un día por poco nos cuesta caro a todos.

—¡Ah! —replicó D'Artagnan con triste sonrisa—. Pobre Planchet, ¿debo todavía beber buen vino?

—Vamos, señor —dijo el abacero, haciendo un gran esfuerzo, mientras sus músculos contraídos, la palidez y el temblor manifestaban la más viva angustia—. Vamos, he sido soldado, y por tanto tengo valor; no me hagáis padecer, señor de D'Artagnan; se ha perdido nuestro dinero, ¿no es así?

Antes de responder, D'Artagnan se tomó tiempo, un siglo para el infeliz abacero. Sin embargo, no había hecho más que revolverse en su silla.

—Y si fuese así —dijo moviendo la cabeza de arriba abajo—, ¿qué diríais, pobre amigo mío?

Planchet, de pálido que estaba púsose amarillo. Hubiérase dicho que iba a tragarse la lengua, pues tanto se hinchaba su garganta y tanto se enrojecían sus ojos.

—¡Veinte mil libras! —exclamó—. ¡Veinte mil libras!

D'Artagnan, con el cuello y las piernas estirados y los brazos caídos,

parecía la estatua del decaimiento. Planchet arrancó un doloroso suspiro de las cavidades más profundas de su pecho.

—Vamos —dijo—, ya sé lo que hay. Seamos hombres. Esto se acabó, ¿verdad? Lo principal es, señor, que hayáis salvado la vida.

—Sin duda, la vida es algo; pero entre tanto me he arruinado.

—¡Pardiez! Señor —dijo Planchet—, si es así, no hay que desesperarse; os metéis a abacero conmigo, os asocio a mi comercio, dividimos las ganancias, y cuando no haya ganancias, entonces partiremos las almendras, los higos y las ciruelas pasas, y roeremos juntos el último pedazo de queso de Holanda.

D'Artagnan no pudo resistir más.

—¡Pardiez! —exclamó conmovido—. ¡Eres un bravo mozo, Planchet, por mi honor! Veamos, ¿no has representado una comedia? ¿No has visto en la calle, bajo el cobertizo, el caballo de los sacos?

—¿Qué caballo? ¿Qué sacos? —dijo Planchet, cuyo corazón se conmovió a la idea de que D'Artagnan se volviese loco.

—¡Toma! ¡Los sacos ingleses, pardiez! —dijo D'Artagnan radiante y transfigurado.

—¡Ah! ¡Dios santo! —articuló Planchet, retrocediendo ante el fuego deslumbrador de sus miradas.

—¡Imbécil! —exclamó D'Artagnan—. Me crees loco. ¡Diantre! Jamás, por el contrario, he tenido la cabeza más sana, y más alegre el corazón. ¡A los sacos, Planchet; a los sacos!

—¡Pero, qué sacos, Dios santo! D'Artagnan empujó a Planchet hacia la ventana.

—Debajo del cobertizo, allí —le dijo—, ¿no distingues un caballo?

—Sí.

—¿No ves que está cargado?

—Sí, sí.

—¿Ves a uno de tus mozos que conversa con el postillón?

—Sí, sí, sí.

—¡Pues bien! Tú sabes el nombre de ese mozo, puesto que es tuyo; llámalo.

—¡Abdón! ¡Abdón! —llamó Planchet por la ventana.

—Trae el caballo —le apuntó D'Artagnan.

—¡Trae el caballo! —gritó Planchet.

—Ahora, diez libras al postillón —exclamó D'Artagnan con el tono que hubiera usado para mandar una revolución, dos mozos para subir los dos primeros sacos, otros dos para subir los segundos, y vivo, ¡voto va!

—¡Actividad!

Planchet se precipitó por la escalera, como si el diablo le hubiera mordido en las pantorrillas. Un momento después la subían los mozos, doblados bajo el peso que conducían. D'Artagnan los mandó a su zaquizamí, cerró cuidadosamente la puerta, y dirigiéndose a Planchet, que a su vez se volvía loco:

—Ahora nosotros dos —le dijo. Y extendió en el suelo una gran cobertera, vaciando encima el primer saco. Otro tanto hizo Planchet con el segundo, y después rompió el tercero D'Artagnan, valiéndose de un cuchillo. Cuando Planchet oyó el seductor ruido de la plata y el oro, cuando vio relucir fuera del saco los brillantes escudos que saltaban como peces fuera de la red, cuando sintió llegar hasta sus pantorrillas aquella marea de monedas amarillas y plateadas, le acometió una especie de desmayo, dio una vuelta sobre sí mismo, como herido por el rayo, y se dejó caer pesadamente sobre el enorme montón de monedas, que, bajo su peso, resonó en la estancia con indescriptible ruido.

Planchet había perdido el conocimiento, sofocado por la alegría. D'Artagnan le echó un vaso de vino blanco a la cara, lo cual le volvió al momento a la vida.

En aquel tiempo, lo mismo que hoy, los abaceros llevaban bigote de caballero y barba de lansquenete; solamente los baños de dinero, ya muy raros entonces, se han hecho casi desconocidos en el día.

—¡Cáscaras! —dijo D'Artagnan—. Aquí hay cien mil libras para vos, mi señor consocio.

—¡Oh! ¡Qué hermosa cantidad! Señor de D'Artagnan, ¡qué hermosa cantidad!

—Hace media hora hubiera sentido un poco darte esa cantidad; pero al presente ya no lo siento, porque eres un abacero barbián, Planchet. Vaya, hagamos buenas cuentas, porque, como dicen, las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

—¡Oh! Contadme primero toda la historia —dijo Planchet—; eso debe ser aún más bonito que el dinero.

—No digo que no, a fe mía —replicó D'Artagnan acariciándose el bigote—, y si alguna vez piensa en mí un historiador para referirla, bien podrá decir que no bebió en mala fuente. Escúchame, pues, Planchet, voy a contártela.

—Y yo a hacer montones de monedas —dijo Planchet—. Comenzad, querido patrón.

—¡Ea! —dijo D'Artagnan tomando aliento.

—Vamos —dijo Planchet, cogiendo el primer puñado de escudos.

Capítulo XXXIX

El juego de Mazarino

En un salón del palacio real, tapizado de terciopelo oscuro, que hacía resaltar las molduras doradas de un gran número de hermosos cuadros, se veía la noche misma de la llegada de nuestros dos viajeros a toda la Corte reunida ante la alcoba del cardenal Mazarino, que convidó a jugar al rey y a la reina.

Un biombo separaba tres mesas puestas en el salón, en una de las cuales estaban sentados el monarca y las dos reinas. Luis XIV, sentado enfrente de su joven esposa, sonreía con expresión de soberana felicidad. Ana de Austria jugaba contra el cardenal, y su nuera le ayudaba cuando no sonreía con su marido. El juego del cardenal lo llevaba la condesa de Soissons, y acostado aquél en su lecho, con el semblante demacrado y lánguido, fijaba en las cartas una mirada incesante, llena de interés y de codicia.

El cardenal se había hecho acicalar por Bemouin; pero el colorete, que sólo brillaba en sus pómulos, hacía resaltar mucho más la enfermiza palidez del resto de su rostro y el luciente amarillo de su frente. Tan sólo sus ojos de enfermo tenían un brillo más vivo que de costumbre, y sobre ellos se fijaban de vez en cuando las miradas inquietas de Su Majestad, de la reina y de los cortesanos.

El hecho es que los ojos del signor Mazarino eran las estrellas más o menos resplandecientes sobre las cuales leía su destino la Francia del siglo XVII cada noche y cada mañana.

Su Eminencia no ganaba ni perdía, y por lo mismo, ni estaba alegre ni triste. Esta era una quietud en la cual no hubiese querido dejarle Ana de Austria, que tenía mucha compasión por él; mas para llamar la atención del enfermo con cualquier golpe brillante, hubiera sido preciso ganar o perder. Ganar era peligroso, porque Mazarino hubiera cambiado su indiferencia por algún gesto desagradable; perder era también peligroso, porque hubiera sido necesario hacer trampas y la infanta que vigilaba el juego de su suegra, se habría admirado de sus buenas disposiciones hacia Mazarino.

Los cortesanos conversaban aprovechándose de esta calma. El señor

Mazarino, cuando no estaba de mal humor, era un príncipe benigno, y él, que a nadie impedía cantar con tal que le pagaran, no era bastante tirano para evitar que se hablase, con tal de que se decidiesen a perder.

Charlábase, pues. En la primera mesa el joven hermano del rey, Felipe, duque de Anjou, miraba su linda figura en el espejo de una caja. Su favorito, el caballero de Lorena; apoyado en el sillón del príncipe, escuchaba con secreta envidia al conde de Guiche, otro favorito de Felipe, que relataba en términos escogidos las diversas vicisitudes de fortuna del rey aventurero Carlos II. Refería, como sucesos fabulosos, toda la historia de sus peregrinaciones en Escocia, sus terrores cuando las partidas enemigas seguíanle la pista, las noches pasadas en los árboles y los días de hambre y de combates. Poco a poco la historia de este desgraciado rey había interesado tanto a los oyentes, que el juego se hacía lánguido, aun en la mesa real, y el joven monarca, pensativo y sin prestar atención al parecer, seguía los menores detalles de esta odisea, pintorescamente contada por el conde de Guiche.

La condesa de Soissons interrumpió al narrador, diciéndole:

—Confesad, conde que estáis glosando.

—Señora, solamente cito como un loro las historias que me han contado diferentes ingleses, y aun diré que soy textual como una carpeta.

Carlos II habría muerto si hubiera sufrido todo eso.

Luis XIV alzó su inteligente y orgullosa cabeza.

—Señora —dijo con voz reposada, que aún revelaba al niño tímido—, el señor cardenal os dirá que durante mi minoridad han estado a la ventura los asuntos de Francia... y que si yo hubiese sido mayor habría tenido que echar mano a la espada hasta por mi cena.

—Gracias a Dios —repuso el cardenal, que hablaba por vez primera—, Vuestra Majestad exagera, pues su comida siempre ha estado cocida a punto con la de sus servidores.

El rey se sonrojó.

—¡Oh! —murmuró desde su asiento Felipe aturdidamente y sin dejar de mirarse—. Yo me acuerdo que una vez, en Melun, no se había puesto comida para nadie, y que el rey se comió las dos terceras partes de un pedazo de pan, entregándome la otra.

Viendo sonreír al cardenal, toda la asamblea se echó a reír. A los reyes se les adula con el recuerdo de una angustia pasada como con la esperanza de una fortuna futura.

—De aquí deduciremos que la corona de Francia ha estado sin cesar bien

sostenida en la cabeza de sus reyes —se apresuró a añadir Ana de Austria—, y que esa corona ha caído de la del soberano de Inglaterra; y cuando por ventura oscilaba un poco esa misma corona, porque algunas veces hay temblores de trono, como hay temblores de tierra, cada vez, digo, que la rebelión amenazaba, una buena victoria devolvía la calma.

—Con algunos llorones más para la corona —dijo Mazarino.

El conde de Guiche se calló, el rey compuso su rostro, y Mazarino cruzó una mirada con Ana de Austria, como para darle las gracias por su intervención.

—No importa —dijo Felipe alisándose los cabellos—; mi primo Carlos no es hermoso, pero es valiente, porque se ha batido como un león, y si continúa batiéndose de este modo, nadie duda que concluya por ganar, una batalla... como Rocroy...

—No tiene soldados —replicó el caballero de Lorena.

—El rey de Holanda, su aliado, se los dará. Lo que es yo bien se los habría dado si fuese rey de Francia.

Luis XIV sonrojóse excesivamente.

Mazarino afectó mirar su juego con más atención que nunca.

—A estas horas —repuso el conde de Guiche—, está consumada la fortuna de este infeliz príncipe. Si ha sido engañada por Monk es perdido, y la prisión o la muerte tal vez acabarán lo que el destierro, las batallas y las privaciones, habían empezado.

Mazarino frunció el entrecejo.

—¿Es cosa cierta —dijo Luis XIV—, que el rey Carlos II haya salido de La Haya?

—Muy cierto, Majestad —replicó el joven—. Mi padre ha recibido una carta que le da los pormenores del hecho; hasta se sabe que Su Majestad ha desembarcado en Dover, pues unos pescadores le han visto entrar en el puerto; lo demás todavía es misterio.

—Quisiera saber lo demás —dijo vivamente Felipe—. ¿Vos sabéis, hermano mío?

Luis XIV se sonrojó otra vez. Era la tercera en el espacio de una hora.

—Preguntad al señor cardenal —replicó con acento que hizo alzar los ojos a Mazarino; a Ana de Austria y a todo el mundo.

—Lo cual quiere decir, hijo mío —interrumpió riendo Ana de Austria—, que el rey no permite que se hable de las cosas de Estado fuera del Consejo.

Felipe aceptó de buen grado la fraterna, e hizo sonriendo un ceremonioso saludo, primero a su hermano, y luego a su madre.

Pero Mazarino observó que un grupo iba a formarse en un ángulo del salón, y que el duque de Orléans, con el conde Guiche y el caballero de Lorena, privados de explicarse en voz alta, podían perfectamente decir en voz baja más de lo que fuera necesario. Comenzó, pues, a lanzarles ojeadas llenas de desconfianza y de inquietud, invitando a Ana de Austria a que arrojara alguna perturbación en el conciliábulo, cuando de pronto entrando Bernouin por la puertecilla del hueco de la cama, dijo al oído de su amo:

—Monseñor, un enviado de Su Majestad el rey de Inglaterra. Mazarino no pudo ocultar una ligera emoción que el rey sorprendió al paso. Para evitar ser indiscreto, menos todavía que para no parecer inútil, Luis XIV se levantó de repente, y acercándose a Su Eminencia le dio las buenas noches.

Toda la asamblea se había levantado con gran ruido de sillas y mesas empujadas.

—Dejad salir poco a poco a todo el mundo —dijo Mazarino en voz baja a Luis XIV—, y concededme unos minutos. Esta misma noche despacho un negocio, del que deseo hablar a Vuestra Majestad.

—¿Y las reinas? —preguntó Luis XIV.

—Y el señor duque de Anjou —repuso Su Eminencia.

Al mismo tiempo saltó al hueco de la cama, cuyas cortinas al caer ocultáronla completamente. El cardenal, entretanto, no había perdido de vista a los conspiradores.

—Señor conde de Guiche —dijo con temblorosa voz al mismo tiempo que se ponía detrás de las cortinas la bata que le presentaba Bernouin.

—Aquí estoy, monseñor —dijo el joven acercándose.

—Tomad mis cartas, pues tenéis suerte esta noche... Y ganadme un poco el dinero de esos señores.

—Sí; monseñor.

El joven se sentó a la, mesa de donde se apartó el rey para charlar con las reinas.

Una partida bastante seria comenzó entre el conde y varios ricos cortesanos.

Felipe hablaba de modas mientras tanto con el caballero de Lorena, y ya se había dejado de oír detrás de las cortinas de la cama el roce de la bata del cardenal.

Su Eminencia había seguido a Bernouin al gabinete inmediato a la alcoba.

Capítulo XL

Asunto de Estado

Habiendo pasado Su Eminencia a su gabinete, encontró al conde de la Fère, que esperaba muy ocupado en admirar un Rafael hermosísimo puesto sobre un aparador recamado de plata.

El cardenal llegó, ligero y silencioso como una sombra, y sorprendió la fisonomía del conde, como tenía costumbre de hacer, pretendiendo adivinar, por la simple inspección del rostro de su interlocutor, cuál sería el resultado, de la conversación.

Pero esta vez se engañó la esperanza, de Mazarino, y nada absolutamente leyó en el rostro de Athos, ni siquiera el respeto que habitualmente leía en todas las fisonomías.

Athos vestía de negro con sencillo bordado de plata. Llevaba el Espíritu Santo, la Jarretiera y el Toisón de oro, tres Órdenes de tal importancia, que, sólo un rey o un comediante podían reunir.

Mazarino, rebuscó largo tiempo en su memoria un poco turbada para recordar el nombre que debía dar a aquel semblante glacial, y no lo consiguió.

—He sabido —dijo al fin— que me llegaba un mensaje de Inglaterra.

Sentóse, despidiendo a Bernouin y a Brienne, que como secretario se preparaba a llevar la pluma.

—De parte de Su Majestad el rey de Inglaterra, sí, Eminencia.

—Muy correctamente habláis el francés, caballero, para ser inglés —dijo graciosamente Mazarino, mirando siempre al través de sus dedos el Espíritu Santo, la Jarretiera, el Toisón, y sobre todo el semblante del mensajero.

—No soy inglés, sino francés, señor cardenal —respondió Athos.

—¡Cosa extraña! El rey de Inglaterra escoge franceses para sus embajadas; esto es de excelente agüero. Decidme vuestro nombre, si gustáis, señor.

—Conde de la Fère —dijo Athos saludando más ligeramente de lo que exigía el ceremonial y el orgullo del ministro omnipotente.

Mazarino encogióse de hombros para decir: «no conozco ese nombre».

Athos no pestañeó.

—Y venís, caballero —prosiguió Mazarino—, para decirme...

—Venía de parte de Su Majestad, el rey de la Gran Bretaña, a anunciar al rey de Francia... Mazarino frunció el ceño.

—A anunciar al rey de Francia —continuó Athos imperturbable—, la feliz restauración de Su Majestad Carlos II en el trono de sus padres.

—Sin duda tendréis poderes —observó Su Eminencia con tono breve e inquisidor.

—Sí, monseñor.

La palabra monseñor salía penosamente de labios de Athos, como si lo desollase.

—En ese caso, enseñadlos. Athos sacó un despacho de una bolsa de terciopelo que llevaba debajo de su jubón.

El cardenal alargó la mano.

—Perdón, monseñor —dijo Athos—; mi despacho es para el rey.

—Puesto que sois francés, caballero, debéis saber lo que vale un primer ministro de la Corte de Francia.

—Hubo un tiempo —contestó Athos—, en que yo me ocupaba, en efecto, de lo que valen los primeros ministros; pero he formado, ya hace muchos años, la resolución de no tratar sino con el rey.

—Entonces, caballero —dijo Mazarino, que ya comenzaba a irritarse—, no veréis ni al ministro ni al rey.

Y Su Eminencia se levantó. Athos volvió a meter su despacho en la bolsa, saludó gravemente y dio algunos pasos hacia la puerta. Esta sangre fría exasperó a Mazarino.

—¡Qué raros procedimientos diplomáticos! —exclamó—. ¿Estamos aún en los tiempos en que el señor Cromwell nos enviaba aquellos fanfarrones a guisa de encargados de negocios? Sólo os falta, señor, el morrión en la cabeza y la Biblia en la cintura.

—Señor —replicó Athos—, jamás he tenido yo, como vos, la ventaja de tratar con el señor Cromwell, y no he visto a sus encargados de negocios sino con la espada en la mano; ignoro, pues, cómo trataba con los primeros ministros. Respecto al rey de Inglaterra, Carlos II, sé que cuando escribe a Su Majestad el rey Luis XIV no lo hace a Su Eminencia el cardenal Mazarino; en esta distinción no veo ninguna diplomacia.

—¡Ah! —exclamó Mazarino golpeándose en la frente con la mano—. ¡Ahora me acuerdo!

Athos le miró sorprendido.

—¡Sí, eso es! —murmuró el cardenal, sin dejar de mirar a su interlocutor—. Sí, eso es, sin duda... Os conozco, caballero. ¡Ah, diávolo! Ya no me sorprende.

—Efectivamente, yo me sorprendía que con la excelente memoria de Vuestra Eminencia —respondió Athos sonriendo—, no me hubiese conocido aún.

—Siempre pertinaz y regañón, caballero, caballero. ¿Cómo os llamaban?

—Aguardar... un nombre de río... Potamos... No... un nombre de isla... Nexos... no, ¡per Jove! ¡Un nombre de montaña...! ¡Athos! ¡Eso es! Estoy encantado de veros otra vez y de no estar ya en Rueil, donde me hicisteis pagar rescate con vuestros condenados cómplices... ¡Fronda! ¡Siempre Fronda! ¡Fronda condenada! ¡Oh! Caballero, ¿por qué, han sobrevivido vuestras antipatías a las mías? Si alguien tuviera de qué quejarse, creo que no seríais vos, que salisteis de allí, no sólo con el bolsillo repleto, sino también con el cordón del Espíritu Santo al cuello.

—Señor cardenal —contestó Athos—, permitidme no entrar en consideraciones de ese orden. Tengo una misión que desempeñar... ¿Me facilitaréis los medios de llevarla a cabo?

—Me asombra —dijo Mazarino muy alegre por haber hecho memoria y no sin punta de malicia—; me sorprende, señor... Athos, que un frondista como vos haya aceptado una misión cerca de Mazarino, como se decía en mejores tiempos...

Y Mazarino se echó a reír, a pesar de una tos dolorosa que cortaba cada una de sus frases convirtiéndolas en sollozos.

—Yo no he aceptado misión sino cerca del rey de Francia, señor cardenal —contestó el conde, con menos acritud, por tener bastantes ventajas para mostrarse moderado.

—Siempre será necesario, señor frondista —dijo alegremente Mazarino—, que del rey... el asunto de que os habéis encargado.

—De que me han encargado, monseñor; yo no corro tras de los asuntos.

—Bueno; será preciso, digo, que esa negociación pase un poco por mis manos... No perdamos un tiempo precioso... Decidme las condiciones.

—He tenido la honra de asegurar a Vuestra Eminencia que sólo la carta de Su Majestad Carlos II contiene la revelación de su deseo.

—¡Vaya! Estáis ridículo con vuestra rigidez, señor Athos... Bien se conoce que habéis, frecuentado al trato de los puritanos de por allá... Vuestro secreto

lo sé mejor que vos, y tal vez habéis hecho mal en no tener algunas consideraciones hacia un hombre muy viejo y achacoso, que ha trabajado mucho en su vida y sostenido valerosamente la campaña por sus ideas como vos por las vuestras... ¿no queréis decir nada? Bien. ¿No queréis comunicarme vuestra carta...? Magnífico. Venid conmigo a mi cámara; vais a hablar al rey... y delante del rey... Ahora, oíd una palabra: ¿quién os ha dado el Toisón? Me acuerdo que pasabais por tener la Jarretiera, pero en cuanto al Toisón, no sabía...

—Recientemente, monseñor, con motivo del matrimonio de Su Majestad Luis XIV, España ha enviado al rey Carlos II un despacho del Toisón en blanco; Carlos II me lo ha transmitido llenando el blanco con mi nombre.

Mazarino se levantó, y, apoyándose en el brazo de Bernouin, entró en su alcoba en el momento en que anunciaban en el salón al señor príncipe. El príncipe de Conde, el primer príncipe de la sangre, el vencedor de Rocroy, de Lens y de Nordlingen, entraba efectivamente en el cuarto del señor Mazarino, seguido de sus gentileshombres, y ya saludaba al rey, cuando el primer ministro levantó la cortina, Athos tuvo tiempo para ver a Raúl, que estrechaba la mano del conde de Guiche, y para cambiar una sonrisa por su respetuoso saludo.

También tuvo tiempo para ver el semblante radiante del cardenal, cuando advirtió ante él, sobre la mesa, una enorme masa de oro que el conde de Guiche había ganado, por rara suerte, desde que Su Eminencia le confió las cartas. De modo que, olvidando embajador, embajada y príncipe, su primer pensamiento fue para el oro.

—¡Cómo! —exclamó el vicio ¿Todo, esto... todo eso... le ganancia?

—Cosa como de cincuenta mil escudos; sí, monseñor —replicó el conde de Guiche levantándose—. ¿Dejo el puesto a Vuestra Eminencia o continúo?

—¡Dejadlo, dejadlo! ¡Sois un loco, y perderíais todo lo que habéis ganado; diablo!

—Monseñor —dijo el príncipe de Condé saludando.

—Buenas noches, señor príncipe —dijo el ministro con tono ligero—; sois muy amable en hacer una visita a un amigo enfermo.

—¡Un amigo! —murmuró el conde de la Fère viendo con estupor esa alianza monstruosa de palabras—. ¡Amigo, tratándose de Mazarino y de Condé!

El cardenal adivinó el pensamiento del frondista, porque sonrió con aspecto de triunfo y dijo enseguida al rey:

—Majestad, tengo el honor de presentaros al señor conde de la Fère,

embajador de Su Majestad Británica... ¡Asunto de Estado, señores! —añadió, despidiendo con la mano a todos los que llenaban el salón, y los cuales, con el príncipe de Condé a la cabeza, eclipsáronse al gesto sólo de Mazarino.

Raúl, después de mirar por última vez al conde de la Fère, siguió al príncipe de Condé.

Felipe de Anjou y la reina parecían consultarse como para salir también.

—Asunto de familia —dijo Mazarino, deteniéndolos en sus asientos—. Este caballero que veis trae al rey una carta, en la cual Carlos II, completamente restaurado en su trono, intenta un enlace entre Monsieur, hermano del rey, y lady Enriqueta, nieta de Enrique IV... ¿Queréis entregar al rey vuestras credenciales, señor conde?

Athos permaneció un momento estupefacto. ¿Cómo podía saber el ministro el contenido de una carta que no había abandonado un instante? Sin embargo, dueño siempre de sí mismo, entregó su despacho al rey Luis XIV, que lo tomó ruborizándose. Un silencio solemne reinó en el salón del cardenal, interrumpido tan sólo por el ruido del oro que Mazarino, con su mano seca, apilaba en un cofre, en tanto que el monarca leía.

Capítulo XLI

El relato

La malicia de Su Eminencia no dejaba muchas cosas que decir al embajador. No obstante, la palabra restauración impresionó al rey, que, dirigiéndose al conde, sobre el cual tenía fijos dos ojos desde su entrada:

—Señor —dijo—, ¿queréis darnos algunos detalles acerca de los asuntos en Inglaterra? Venís del país, sois francés, y las Órdenes que veo brillar en vuestra persona anuncian un hombre de mérito al mismo tiempo que de calidad.

—El caballero —dijo el cardenal volviéndose hacia la reina madre—, es un antiguo servidor de Vuestra Majestad: el señor conde de la Fère.

Ana de Austria era olvidadiza como una reina que pasó la vida entre los huracanes y los días serenos. Miró a Mazarino, cuya mala sonrisa le prometía alguna perversidad, y después solicitó una explicación de Athos por medio de otra mirada.

—El señor —prosiguió el cardenal—, era un mosquetero de Treville al servicio del difunto rey... Conoce perfectamente a Inglaterra, adonde ha hecho

muchos viajes en distintas épocas; es persona del más alto mérito.

Estas palabras aludían a todos los hechos que Ana de Austria temía siempre recordar. Inglaterra era su odio a Richelieu y su afecto a Buckingham; un mosquetero de Tréville era la odisea de triunfos que hicieron, latir el corazón de la mujer joven y de los peligros que habían desarraigado a medias el trono de la joven reina.

Mucho poder tenían aquellas palabras, pues hicieron mudas y atentas a todas las personas reales, quienes, con muy diversos sentimientos, se pusieron a repasar al mismo tiempo los misteriosos años que los jóvenes no habían visto, y que los viejos habían creído para siempre olvidados.

—Hablad, caballero —ordenó Luis XIV, que fue el primero en salir de la turbación, de las sospechas y de los recuerdos.

—Sí, hablad —repitió Mazarino, a quien devolvía sus fuerzas y alegría la pequeña maldad que acababa de hacer a Ana de Austria.

—Majestad —dijo el conde—, una especie de milagro ha cambiado los destinos del rey Carlos II. Lo que los hombres no habían podido hacer hasta ahora, Dios se resolvió a llevarlo a cabo. Mazarino tosió.

—El rey Carlos II —prosiguió Athos— salió de La Haya, no como fugitivo ni como conquistador, sino como rey absoluto que, después de un viaje lejos de su reino, vuelve entre las bendiciones universales.

—Gran milagro, efectivamente —dijo Mazarino—, porque si las noticias han sido exactas, el rey Carlos II, que acababa de entrar entre bendiciones, salió entre mosquetazos.

El rey permaneció impasible. Felipe, más joven y mas frívolo, no pudo dominar una sonrisa que aduló a Mazarino como un aplauso de su chanza.

—En efecto —dijo el rey—, ha sido un milagro; mas Dios, que tanto hace por los reyes, señor conde, emplea también la mano de los hombres para hacer triunfar sus designios.

¿A qué hombre, principalmente, debe Carlos II su restablecimiento?

—¡Cómo! —murmuró el cardenal sin cuidarse para nada del amor propio del rey—. ¿No sabe Vuestra majestad que ha sido el señor Monk?

—Debo saberlo —replicó resueltamente Luis XIV—; y sin embargo, pregunto al señor embajador las causas del cambio del señor Monk.

—Y Vuestra Majestad toca precisamente la cuestión —contestó Athos—, porque sin el milagro de que he tenido el honor de hablar, el señor Monk seguiría, probablemente siendo un enemigo invencible del rey Carlos II. Dios ha querido que una idea singular, atrevida e ingeniosa cayese en el espíritu de

cierto hombre, mientras que otra idea, apasionada y animosa, caía en la inteligencia de otro. La combinación de estas dos ideas causó tal cambio en la posición del señor Monk, que, de enemigo encarnizado, se convirtió en amigo del destronado rey.

—Esa es precisamente la noticia que yo pedía —dijo el rey—. ¿Quiénes son esos dos hombres de que habláis?

—Dos franceses, Majestad.

—Es cierto que eso me agrada mucho.

—¿Y las dos ideas? —exclamó Mazarino—. Yo soy más apasionado de las ideas que de los hombres.

—Sí —dijo— el rey.

—La segunda idea, apasionada y valerosa... la menos importante, Majestad, era ir a desenterrar un millón en oro sepultado por el rey Carlos I en Newcastle, y comprar con ese oro el concurso de Monk.

—¡Oh, oh! —exclamó Mazarino reanimado con esta palabra millón—. Newcastle estaba precisamente ocupado por ese mismo Monk.

—Sí, señor cardenal, y he ahí la razón por que me he atrevido a llamar animosa la idea al mismo tiempo que apasionarla. Tratábase, pues, si el señor Monk despreciaba las ofertas del negociador, de reintegrar al rey Carlos II la propiedad de ese millón, que debía arrancarse a la lealtad y no al legalismo del general Monk. Esto se hizo, a pesar de algunas dificultades; el general fue leal y dejó que se llevasen el oro.

—Creo —dijo el rey pensativo y tímido— que Carlos II no tenía conocimiento de ese millón durante su permanencia en París.

—Me parece —repuso el cardenal maliciosamente— que Su Majestad el rey de la Gran Bretaña sabía perfectamente la existencia del millón, pero que prefería dos millones.

—Majestad —contestó Athos con firmeza—, Su Majestad el rey Carlos II se ha visto en Francia de tal manera pobre, que ni tenía dinero para tomar posta; de tal manera desnudo de esperanzas, que a veces pensó en morir. Tanto ignoraba la existencia del millón de Newcastle, que sin un caballero, súbdito de Vuestra Majestad, depositario moral del millón, y que reveló el secreto a Carlos II, aún vegetaría ese príncipe en el más cruel olvido.

—Pasemos a la idea ingeniosa, singular y atrevida —interrumpió Mazarino, cuya sagacidad se presentaba en derrota—. ¿Cuál era?

—Hela aquí... Siendo el señor Monk el único obstáculo al restablecimiento de Su Majestad el rey destronado, un francés pensó en

suprimir ese obstáculo.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Ese francés es un malvado! —dijo el cardenal—. Y la idea no es de tal modo ingeniosa que no haga colgar o enredar a su autor en la plaza de la Grève, por sentencia del Parlamento.

—Se equivoca Vuestra Eminencia —dijo secamente Athos—; yo no he dicho que el francés en cuestión estuviese resuelto a asesinar al señor Monk, sino a suprimirlo. Las palabras de la lengua francesa tienen un valor que conocen absolutamente los caballeros de Francia. Por otra parte, éste es un negocio de guerra, y cuando se sirve a los reyes contra sus enemigas, no se tiene por juez al Parlamento... sino a Dios. Así es que ese caballero francés imaginó apoderarse de la persona del señor Monk, y ejecutó su plan.

El rey animábase con la relación de las acciones hermosas.

El joven hermano de Su Majestad dio un puñetazo sobre la mesa exclamando:

—¡Ah! ¡Eso es hermoso! ¿Robó a Monk? —dijo el rey—. Pero él estaba en su campamento...

—Y el caballero estaba solo, Majestad:

—¡Soberbio! —dijo Felipe.

—¡En efecto, maravilloso! —exclamó el rey.

—¡Bueno! Ahí están dos leoncillos desencadenados —murmuró el cardenal.

Y con aire de despecho, dijo:

—Ignoro esos pormenores; ¿garantizáis su autenticidad, caballero?

—Con tanto más gusto, señor cardenal, cuanto que he presenciado los acontecimientos.

—¿Vos?

—Sí, monseñor.

El rey se había acercado involuntariamente al conde; el duque de Anjou también había dado una vuelta, aproximándose a Athos por el otro lado.

—¿Y luego, señor, y luego? —exclamaron los dos al mismo tiempo.

—Majestad, siendo cogido el señor Monk por el francés, fue llevado al rey Carlos II en La Haya. El rey devolvió la libertad al señor Monk, y el general, reconocido, dio en cambio a Carlos II el trono de la Gran Bretaña, por el cual habían combatido tantos hombres de mérito sin resultado alguno.

Felipe palmoteó, entusiasmado. Más reflexivo Luis XIV, se volvió hacia el conde la Fère:

—¿Es verdad —dijo— en todos sus detalles?

—Absolutamente, Majestad.

—¿Conque uno de mis gentileshombres conocía el secreto del millón y lo había guardado?

—Sí, Majestad.

—¿El nombre de ese caballero?

—Vuestro servidor —dijo Athos.

Un murmullo de admiración llegó a henchir el corazón de Athos. El mismo Mazarino había alzado los brazos al cielo.

—Señor —dijo el rey—, buscaré y trataré de encontrar un medio para recompensaros.

Athos hizo un movimiento.

—No de vuestra probidad —prosiguió el rey—, porque os humillaría ser pagado por esto; pero os debo una recompensa por haber contribuido a la restauración de mi hermano Carlos II.

—Verdaderamente —dijo Mazarino.

—Triunfo de una buena causa, que colma de alegría a toda la casa de Francia —dijo Ana de Austria.

—Continúo —dijo Luis XIV—. ¿Es verdad también que un solo hombre haya penetrado hasta Monk, en su campamento, y que lo haya robado?

—Ese hombre tenía diez auxiliares que había encontrado en un rango inferior.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y se llama?

—Señor de D'Artagnan, en otro tiempo teniente de mosqueteros de Vuestra Majestad.

Ana de Austria ruborizóse, Mazarino se puso amarillo, Luis XIV se asombró y cayó una gota de sudor de su pálida frente.

—¡Qué hombres! —murmuró. Y lanzó inadvertidamente al ministro una ojeada que lo hubiera espantado, si Mazarino no hubiese tenido en aquel momento oculta la cabeza bajo la almohada.

—Señor —exclamó el joven duque de Anjou, poniendo su mano, blanca y delicada como la de una mujer, sobre el brazo de Athos—, decid de mi parte a ese hombre valiente, que Monsieur, hermano del rey, beberá mañana a su salud en presencia de los cien mejores hidalgos de Francia.

Y conociendo el joven, al concluir estas palabras, que el entusiasmo le había descompuesto uno de sus puños de encaje, se ocupó en componerlo con el mayor cuidado.

—Tratemos de negocios, Majestad —interrumpió Mazarino, que ni se entusiasmaba ni tenía puños de encaje.

—Sí, señor —replicó Luis XIV—. Decid vuestra comunicación, señor conde repuso volviéndose a Athos.

Athos comenzó, en efecto, y propuso solemnemente la mano de lady Enriqueta Estuardo al joven príncipe, hermano del rey.

La conferencia duró una hora, después de la cual abriéronse las puertas de la cámara a los cortesanos, que volvieron a sus puestos, como si nada se hubiera suprimido para ellos de las ocupaciones, de aquella noche.

Athos se encontró entonces cerca de Raúl, y el padre y el hijo pudieron estrecharse la mano.

Capítulo XLII

Mazarino de hace pródigo

Mientras Mazarino procuraba reponerse de la fuerte alarma que acababa de tener, Athos y Raúl conversaban en un rincón de la sala.

—¿Con que estáis en París, Raúl? —dijo el conde.

—Sí, señor, desde que vino el príncipe.

—No puedo conversar con vos en este sitio, donde nos observan; pero ahora mismo me marcho a casa, donde os aguardo tan pronto como os lo permita el servicio.

Raúl se inclinó. El príncipe iba derecho a ellos. Éste tenía aquella mirada clara y profunda que distingue a las aves de rapiña de especie noble, y su misma fisonomía presentaba algunos rasgos distintivos de esta semejanza. Se sabe qué el príncipe de Condé tenía la nariz aguileña; aguda e incisiva, y una frente levemente rápida, más bien baja que elevada, lo cual, según decían los maldicientes de la Corte, gente inexorable hasta para con el genio, constituía

más bien un pico de águila que una nariz humana, en el heredero de los famosos príncipes de la casa de Condé.

Esta mirada penetrante, esta expresión imperiosa de toda su fisonomía, turbaba generalmente a aquellas a quienes el príncipe dirija la palabra, más que lo hubiera hecho la majestad o la regular belleza del vencedor de Rocroy. Además, destellaban tan rápidamente sus ojos salientes, que toda la animación del príncipe parecíase a la de la cólera. A causa, pues, de esta cualidad, todo el mundo en la corte reverenciaba al señor príncipe, y no viendo muchos en él mas que al hombre, llevaban el respeto hasta el terror.

Luis de Condé se adelantó hacia el conde de la Fère y Raúl con intención de ser saludado por el uno y dirigir la palabra al otro.

Nadie saludaba con más gracia que el conde de la Fère, pues desdeñaba poner en una reverencia todos los caracteres que un cortesano toma ordinariamente del deseo de agradar. Athos conocía su valor personal y saludaba a un príncipe como a un hombre, corrigiendo con alguna cosa simpática e indefinible lo que podía molestar el orgullo del rango supremo en la inflexibilidad de su actitud.

El príncipe iba a hablar a Raúl; Athos se adelantó, y dijo:

—Si el señor vizconde de Bragelonne no fuera uno de los muy humildes servidores de Vuestra Alteza, le suplicaría que pronunciase mi nombre delante de vos... señor príncipe.

—Tengo el honor de hablar al señor conde de la Fère —dijo enseguida Condé.

—Mi protector —repuso Raúl ruborizándose.

—Uno de los hombres más virtuosos del reino —continuó el príncipe—; uno de los primeros caballeros de Francia, y del cual he oído decir tanto bueno, que a veces he deseado contarle en el número de mis amigos.

—Honor de que no sería digno, monseñor —replicó Athos—, sino por mi respeto y por mi admiración hacia Vuestra Alteza.

—El señor de Bragelonne —dijo el príncipe—, es un excelente oficial que, como se ve, ha tenido buena escuela. Allí Señor conde, en vuestro tiempo los generales tenían soldados...

—Es cierto, monseñor; pero hoy los soldados tienen generales.

Este cumplimiento hizo estremecer de alegría a un hombre que ya toda Europa miraba como un héroe, y a quien no podía hacer ningún efecto la alabanza.

—Es muy sensible para mí —replicó el príncipe— que os hayáis retirado

del servicio, señor conde; porque será preciso que el rey se ocupe de una guerra con Holanda o con Inglaterra, y no faltarían ocasiones, para un hombre como vos, que conoce tan bien la Gran Bretaña como a Francia.

—Creo poder deciros, monseñor, que he obrado cuerdamente retirándome del servicio —dijo Athos sonriendo—. Francia y la Gran Bretaña van a vivir ahora como hermanas, si he de creer en mis presentimientos.

—¿Vuestros presentimientos?

—Escuchad, monseñor, lo que dicen allí en la mesa del señor cardenal.

—¿En el juego?

—En el juego... sí, monseñor.

El cardenal acababa, en efecto, de levantarse sobre un codo, y de hacer una señal al joven hermano del rey, que se acercó a él.

—Monseñor —dijo el cardenal—, os suplico que reunáis todos esos escudos de oro.

Y designaba el enorme montón de piezas amarillas y brillantes que el conde de Guiche había ganado paulatinamente en su presencia, gracias a una suerte de las más decididas.

—¿Para mí? —exclamó el duque de Anjou.

—Si, monseñor, esos cincuenta mil escudos son para vos.

—¿Me los dais?

—He jugado para vos, monseñor —replicó el cardenal debilitándose poco a poco, como si el esfuerzo de dar este dinero le hubiese agotado todas las facultades físicas y morales.

—¡Oh! ¡Dios santo! —murmuró Felipe casi aturdido de alegría—. ¡Qué día tan feliz!

Y haciendo una especie, de rasero con sus dedos, reunió una parte de la suma y se llenó los bolsillos... A pesar de esto, quedó sobre la mesa más de la tercera parte.

—Caballero —dijo Felipe a su favorito el de Lorena—, venid. Acudió el favorito.

—Embolsaos el resto —dijo el príncipe.

Esta escena singular no fue considerada por ninguno de los concurrentes sino como una interesante fiesta de familia. Su Eminencia se daba aires de padre con los hijos de Francia, y los dos jóvenes príncipes habían crecido bajo sus alas. Nadie imputó, pues, a orgullo, ni aun a impertinencia, como haríase

hoy, esta liberalidad del primer ministro.

Los cortesanos se contentaron con tener envidia... El rey volvió la cara a otro lado.

—Nunca he tenido tanto dinero —dijo con alegría el joven príncipe, atravesando la cámara con su favorito para llegar a su carroza—. ¡No! ¡Jamás...! ¡Cómo pesan estos cincuenta mil escudos!

—¿Mas por qué da el señor cardenal todo ese dinero de un golpe? —preguntó en voz baja el príncipe al conde de la Fère—. ¡Debe estar muy enfermo el querido cardenal monseñor, muy enfermo sin duda; además tiene muy mala cara como puede ver Vuestra Alteza!

—Cierto... Pero se morirá de eso... ¡Ciento cincuenta mil libras! ¡Oh! Es cosa increíble: ¿Veamos por qué, conde? Buscad una razón.

—Monseñor, suplico tengáis paciencia; por aquí viene el señor duque de Anjou charlando con el caballero de Lorena; no me sorprendería que me ahorrasen ellos el trabajo de ser indiscreto. Escuchadles.

Efectivamente, el caballero decía a media, voz al príncipe:

—Monseñor, no es natural que Mazarino de tanto dinero. Tened cuidado; vais a dejar caer las monedas, monseñor: ¿Qué quiere el cardenal de vos para ser tan generoso?

—Cuando yo os lo decía —dijo Athos al oído del príncipe—; quizá den ellos la respuesta a vuestra pregunta.

—Decidme, monseñor —añadió con impaciencia el caballero, que calculaba sopesando en el bolsillo la parte de dinero que le había tocado de, rechazo.

—Querido caballero, regalo de boda.

—¡Cómo, regalo de boda!

—Sí. ¡Me caso! —murmuró el duque de Anjou, sin advertir que en aquel mismo momento pasaba por delante del príncipe y de Athos, que le saludaron profundamente.

El caballero dirigió al joven duque una mirada tan extraña y rencorosa, que el conde de la Fère se estremeció.

—¡Vos! ¿Vos, casares? —exclamó—. ¡Oh! Imposible... ¿Haríais tal locura?

—¡Ba! No soy yo quien la hago; me la hacen hacer —replicó el duque de Anjou—. Ven pronto; vamos a gastar el dinero.

Y luego desapareció con su compañero, riendo y charlando, mientras todas las frentes se inclinaban a su paso.

Entonces dijo el príncipe con voz muy baja a Athos:

—¿Es este el secreto?

—No soy yo quien lo ha dicho, monseñor.

—¿Se casa con la hermana de Carlos II?

—Me parece que sí.

El príncipe reflexionó un momento y sus ojos lanzaron un vivo relámpago.

—Ea —dijo con lentitud, como si hablase consigo mismo—, otra vez la espada en la vaina... ¡y por mucho tiempo!

Y suspiró.

Todo lo que contenía este suspiro de ambiciones sordamente sofocadas, de ilusiones extinguidas y de esperanzas burladas, sólo Athos lo adivinó, porque sólo él oyó el suspiro.

Luego se despidió del príncipe y se marchó el rey.

Athos, con una seña que hizo a Bragelonne, le renovó la invitación hecha al principio de esta escena. Poco a poco quedó desierta la cámara, y el cardenal, presa de padecimientos que ya no pensaba disimular, gritó con voz apagada:

—¡Bernouin! ¡Bernouin!

—¿Qué quiere Vuestra Eminencia?

—Guénaud... ¡Que llamen a Guénaud! —dijo su Eminencia—; creo que voy a morir.

Bernouin, azorado, corrió al gabinete a dar la orden, y el picador que salió a buscar al médico cruzóse con la carroza del rey en la calle de San Honorato.

Capítulo XLIII

Guénaud

La orden de Su Eminencia era urgente; Guénaud no se hizo esperar.

Halló a su enfermo tendido en el lecho, con las piernas hinchadas, lívido, y él estómago comprimido. Mazarino acababa de sufrir un rudo ataque de gota. Padecía atrocemente y con la impaciencia del hombre no acostumbrado a

resistencias. A la llegada de Guénaud:

—¡Ah! —dijo—. ¡Me ha salvado!

Guénaud era un hombre muy sabio y prudente, que no necesitaba de las críticas de Boileau para tener reputación. Cuando estaba enfrente de la enfermedad, aunque estuviese personificada en un soberano, trataba al enfermo sin miramientos. Nada, pues, replicó, como el ministro esperaba. Por el contrario, examinando al enfermo con aire muy grave.

—¡Oh, oh! —exclamó.

—¿Qué es eso, Guénaud? Me asustáis.

—Vuestro mal, monseñor, es muy peligroso.

—La gota... ¡Oh! Sí, la gota.

—Con complicaciones, monseñor.

Mazarino se incorporó sobre un codo, interrogando con la mirada y con el gesto.

—¿Cómo? ¿Estoy más malo de lo que yo mismo creo?

—Monseñor —dijo Guénaud sentándose junto a la cama—, Vuestra Eminencia ha trabajado en su vida; Vuestra Eminencia ha sufrido mucho.

—Mas no soy tan viejo, me parece... El difunto señor de Richelieu tenía diecisiete meses menos que yo cuando murió, y murió de enfermedad mortal. Yo soy joven, Guénaud; apenas tengo cincuenta y dos años.

—Monseñor, mucho más de eso tenéis... ¿Cuánto tiempo duró la Fronda?

—¿Y con qué propósito me hacéis esa pregunta?

—Para un cálculo médico, monseñor.

—Unos diez años... poco más o menos.

—Perfectamente, tened la bondad de contar cada año de Fronda por tres... son treinta; veinte y cincuenta y dos son ochenta y dos años, monseñor, y ya es edad avanzada.

Diciendo esto tomaba el pulso al enfermo. Este pulso estaba lleno de tan tristes pronósticos, que el médico prosiguió al instante a pesar de las interrupciones del doliente:

Pongamos los años de Fronda a cuatro cada uno; son noventa y dos años los que habéis vivido. Mazarino púsose muy pálido y dijo con voz apagada:

—¿Habláis seriamente, Guénaud?

—¡Ah! Sí, monseñor.

—¿Luego, tomáis un rodeo para anunciarme que estoy muy malo?

—A fe que sí, monseñor; y con un hombre del talento y del valor de Vuestra Eminencia no se debería andar con rodeos.

El cardenal respiró tan difícilmente que causó lástima al mismo inexorable doctor.

—Hay enfermedades y enfermedades —repuso Mazarino—. De algunas se escapa.

—Es verdad, monseñor:

—¿No es eso? —exclamó Maza—. Sino casi alegre.

—Porque en fin, ¿de qué serviría el poder, la fuerza de voluntad...? ¿De qué aprovecharía el genio, vuestro genio, Guénaud? ¿De qué, en fin, sirven la ciencia y el arte, si el enfermo que dispone de todo no puede salvarse del peligro?

Guénaud iba a abrir la boca, pero prosiguió Mazarino:

—Pensad en que soy el más confiado de vuestros clientes; pensad que os obedezco ciegamente, y que por tanto.

—Sé todo eso —dijo Guénaud.

—¿Conque me curaré?

—Monseñor, no hay fuerza ni voluntad, ni poder, ni genio, ni ciencia que resistan al mal que Dios envía sin duda, o que arrojó sobre la tierra en la creación, con pleno poder de destruir y matar a los hombres. Orando el mal es mortal, mata y nadie puede impedirlo.

—¿Mi mal... es... mortal? —pregunto Mazarino.

—Sí, monseñor.

Su Eminencia abatióse un momento, como el infeliz a quien ha magullado una columna al caer. Pero era, un alma bien templada y un espíritu muy sólido el del señor Mazarino.

—Guénaud —dijo incorporándose—, no me concederéis que apele de vuestro juicio.

Quiero reunir a los hombres más sabios de Europa, quiero consultarlos... quiero vivir, en fin, en virtud de cualquier clase de remedio.

—No creáis, monseñor —dijo Guénaud—, que yo tengo a pretensión de haber fallado sólo sobre una existencia preciosa como la vuestra; he reunido a todos los buenos doctores y prácticos de Francia y de Europa... Eran doce.

—¿Y qué han dicho?

—Han dicho que Vuestra Eminencia estaba atacado de enfermedad mortal; tengo la consulta firmada en mi cartera. Si queréis tomar conocimiento de ella, leeréis los nombres de todas las enfermedades incurables que hemos descubierto. Primero...

—¡No! ¡No! —murmuró Mazarino rechazando el papel—. ¡No, Guénaud, me rindo!

Y un profundo silencio, durante el cual reanimábase el cardenal y reparaba sus fuerzas, sucedió a las agitaciones de esta escena.

—Hay otra cosa —murmuró Mazarino—; hay empíricos, los charlatanes. En mi país, aquellos a quienes abandonan los doctores corren a la ventura de un vendedor de brebajes, que diez veces los matan, pero que dos salvan ciento.

—¿No ha notado Vuestra Eminencia que hace un mes he cambiado diez veces de remedios?

—Sí ¿y qué?

—Que he gastado cincuenta mil libras en comprar secretos de todos esos tunantes; la lista se ha agotado y mi bolsa también. No habéis sanado y sin mi arte estaríais muerto.

—Esto se acabó —dijo el cardenal—, se acabó...

—Y derramó en derredor suyo una mirada sombría sobre sus riquezas.

—¡Será necesario abandonar todo esto! —dijo suspirando—. Soy muerto, Guénaud, soy muerto.

—¡Oh! Aún no, monseñor —dijo el médico.

Mazarino le cogió la mano.

—¿Dentro de cuánto tiempo? —preguntó clavando sus ojos extremadamente abiertos en el rostro impassible del médico.

—Monseñor, eso no se dice nunca.

—A los hombres vulgares, no; pero a mí... a mí, para quien cada minuto vale un tesoro, ¡dímelo, Guénaud, dímelo!

—No, monseñor, no.

—Lo quiero, te digo. ¡Oh! Dame un mes, y por cada uno de esos treinta días te pagaré cien mil libras.

—Monseñor —replicó Guénaud, con voz firme—. ¡Dios es quien os da los días de gracia, y no yo! Dios no os da más que quince días.

—¡Gracias, Guénaud, gracias!

El médico iba a marcharse cuando, incorporándose, le dijo con los ojos encendidos:

—¡Silencio, silencio!

—Monseñor, hace dos meses que sé el secreto; ya veis que lo he guardado bien.

—Vete Guénaud, yo tendré cuidado de tu fortuna; vete, y dile a Brienne que me envíe a un dependiente llamado Colbert. Anda.

Capítulo XLIV

Colbert

Colbert no se encontraba lejos. Durante toda la noche había estado en un corredor charlando con Bernouin y con Brienne, y comentando, con la acostumbrada habilidad de los cortesanos, las noticias que se presentaban como burbujas, de aire sobre el agua en la superficie de cada acontecimiento. Ya es hora de trazar en pocas palabras uno de los retratos más interesantes de aquel siglo, y trazarlo con tanta verdad como quizá hubieran podido hacerlo los pintores contemporáneos. Colbert fue un hombre sobre el cual tienen igual derecho moralistas e historiadores.

Tenía trece años más que Luis XIV, su futuro amo. Era de regular estatura, más bien flaco que grueso, de ojos hundidos, cara pequeña y cabellos fuertes, negros y ralos, lo cual, como dicen los biógrafos de su época, le obligó a gastar gorro antes de tiempo. Una mirada preñada de severidad y aun de dureza; una especie de gravedad que, para los inferiores, era orgullo, y, para los superiores, afectación de virtud; ceño para todas las cosas, aun cuando estuviera sólo mirándose en un espejo; he aquí todo lo relativo al exterior del personaje. En lo moral, se exageraba la profundidad de su talento para las cuentas, su ingenio para hacer producir la misma esterilidad.

Colbert pensó obligar a los gobernadores de las plazas fronterizas a que alimentasen a las guarniciones sin soldados, de lo que sacaban de las contribuciones. Una cualidad tan hermosa proporcionó la idea al señor cardenal Mazarino de reemplazar a Joubert, su intendente, que acababa de morir, por el señor Colbert, que sabía escatimar tan peregrinamente.

Poco a poco lanzábase Colbert a la Corte, a pesar de la medianía de su nacimiento; pues era hijo de un vinatero, como su padre, que después fue pañero, y más tarde sedero.

Colbert, destinado primero al comercio, fue dependiente en casa de un mercader de Lyon, a quien abandonó para ir a París al estudio de un procurador del Chatelet, llamado Biterne. Así fue como aprendió el arte de rectificar cuentas y el más interesante de embrollarlas.

Aquel ceño de Colbert le proporcionó mucho bien; tan cierto es que la fortuna, cuando tiene un capricho parece a esas mujeres de la antigüedad, cuya fantasía no deseaba nada en lo físico ni en lo moral de las cosas y de los hombres. Ocupado Colbert en casa de Miguel Letellier, secretario de Estado en 1648, por su primo Colbert, señor de Saint-Penange, que la favorecía, recibió un día del ministro una comisión para el señor Mazarino.

Su Eminencia el cardenal gozaba entonces de una salud perfecta, y los malos años de la Fronda, aún no se habían triplicado ni cuadruplicado para él. Estaba entonces en Sedan madurando una intriga de Corte, en la que Ana de Austria parecía querer abandonar su causa.

Letellier tenía los hilos de esta intriga.

Acababa de recibir una carta de Ana de Austria, carta muy importante para él y demasiado comprometida para Mazarino; pero como ya representaba el doble papel que tan bien le servía, y como siempre manejaba a dos adversarios para sacar partido de uno y de otro, ya embrollándolos más que antes lo estaban, ya reconciliándolos, Miguel Letellier quiso enviar a Mazarino la carta de Ana de Austria, a fin de que tuviese conocimiento de ella, y por tanto a fin de que le supiese agradecer un servicio tan galantemente prestado.

Enviar la carta era cosa fácil; recobrarla después de la comunicación era lo difícil. Letellier esparció la vista en derredor suyo, y viendo al dependiente negro y pobre que garabateaba en su bufete con la frente ceñuda, le prefirió al mejor gendarme para la ejecución de su designio.

Colbert debía partir para Sedan con orden de dar la carta a Mazarino y volvérsela a traer a Letellier.

Escuchó su consigna con escrupulosa atención, se la hizo repetir dos veces, e insistió en la pregunta de saber si volver a traer era tan preciso como entregar, a lo cual dijo Letellier:

—Más necesario.

Entonces partió, viajó como un correo sin cuidarse de su cuerpo, y entregó al cardenal, primero una esquila de Letellier que le anunciaba la remisión de la carta, y después la carta misma.

Mazarino sonrojóse mucho leyendo la carta de Ana de Austria, dejó ver su graciosa sonrisa y despidió a Colbert:

—¿Cuándo vuelvo por la respuesta, monseñor? —dijo con humildad el

mensajero.

—Mañana.

—¿Por la mañana?

El dependiente dio media vuelta y se fue.

A las siete de la mañana siguiente ya estaba esperando en su puesto. Mazarino le hizo aguardar hasta las diez. Colbert no pestañeó en la antecámara; cuando le llegó el turno, entró.

Entonces le entregó Mazarino un paquete cerrado, en cuya cubierta iban escritas estas palabras: «Al señor Miguel Letellier, etc...».

Colbert miró el paquete con mucha atención; Mazarino le hizo un gesto encantador y lo llevó hacia la puerta.

—¿Y la carta de la reina madre, monseñor? —preguntó Colbert.

—Ahí va con todo lo demás, en el paquete —respondió Mazarino.

—¡Ah! Muy bien —replicó Colbert.

Y, colocándose el sombrero entre las rodillas, se puso a abrir el paquete. Mazarino dio un grito.

—¿Qué hacéis? —preguntó brutalmente.

—Abrir el paquete, monseñor.

—¿Desconfiáis de mí, señor mío? ¡Habrás visto semejante impertinencia!

—¡Oh! Monseñor, no os enfadéis contra mí. No es ciertamente la palabra de Vuestra Eminencia lo que pongo en duda, ¡no lo permita Dios!

—¿Pues qué, entonces?

—La exactitud de vuestra cancillería, monseñor. ¿Qué es una carta? Un miserable papelillo. ¿Y no puede olvidarse un papelillo? Y mirad, monseñor, ¡mirad si me equivocaba! ¡Vuestros dependientes han olvidado el papelillo; la carta no se encuentra en el paquete!

—Sois un miserable y nada habéis visto —exclamó Mazarino—. Retiraos y esperad mis órdenes.

Diciendo estas palabras con cierta sonrisa enteramente italiana, arrancó el paquete de manos de Colbert y entró en sus habitaciones.

Pero su ira no podía durar tanto que no fuese reemplazada algún día por el razonamiento.

Al abrir Mazarino todas las mañanas la puerta de su gabinete, hallaba de centinela la figura de Colbert, y esta figura desagradable le pedía

humildemente, pero con tenacidad la carta de la reina madre.

El cardenal no pudo resistir más y la entregó acompañando la restitución con una reprimenda de las más duras, durante la cual Colbert se contentó con examinar, investigando y aun ajando el papel, los caracteres y la firma, ni más ni menos que si hubiese estado tratando con el mayor falsario del reino. Mazarino lo trató más duramente todavía, y Colbert, impasible, habiendo adquirido la certidumbre de que la carta era la verdadera, marchóse como si se hubiera vuelto sordo.

Esta conducta le valió después el puesto de Joubert, porque Mazarino, en vez de guardarle rencor, admiró y deseó atraerse fidelidad tan notable.

Por esta sola anécdota puede verse lo que era el espíritu de Colbert. Los acontecimientos desarrollándose poco a poco, dejaron funcionar libremente todos los resortes de ese espíritu.

Colbert no tardó mucho en insinuarse en los favores del cardenal; le llegó a ser hasta indispensable. Todas sus cuentas las llevaba el empleado, sin que el cardenal le hubiese hablado jamás de ellas. Tal secreto entre ellos dos, era un poderoso lazo, y por esta razón, próximo a verse ante el afino del otro mundo, quiso Mazarino tomar un partido y un buen consejo para disponer de lo que se veía obligado a dejar en éste.

Después de la visita de Guénaud llamó, pues, a Colbert, y le hizo sentar, diciéndole:

—Charlemos seriamente, porque estoy enfermo y podría suceder que muriera.

—El hombre es mortal —replicó Colbert.

—Siempre lo he tenido presente, señor Colbert, y siempre he trabajado con semejante previsión... Ya sabéis que he reunido algunos bienes.

—Lo sé, monseñor.

—¿En cuánto estimáis, esos bienes, poco más o menos, señor Colbert?

—En cuarenta millones quinientas sesenta mil doscientas libras, nueve sueldos y ocho denarios —contestó Colbert.

El cardenal dio un gran suspiro y miró a Colbert con admiración; pero dejó escapar una sonrisa.

—Dinero contante —repuso Colbert respondiendo a esta sonrisa.

El cardenal se estremeció en su lecho.

—¿Qué entendéis por eso? —preguntó.

—Entiendo —dijo Colbert—, que además de esos cuarenta millones quinientas sesenta mil doscientas libras, nueve sueldos y ocho denarios, existen otros trece millones que no se conocen.

—¡Uf! —suspiró Mazarino—. ¡Qué hombre!

En este instante apareció en el umbral la cabeza de Bernouin.

—¿Qué hay? —preguntó Mazarino—: ¿Por qué me interrumpen?

—El padre teatino, director de Su Eminencia, ha sido llamado para esta noche, y no podrá volver hasta pasado mañana, monseñor.

Mazarino miró a Colbert, que al instante tomó el sombrero diciendo:

—Volveré, monseñor.

Mazarino vaciló un momento.

—No, no —dijo—; tanto tengo que hacer con vos como con él. Además, sois mi segundo confesor, y lo que digo al uno puede oírlo el otro. Permaneced, Colbert.

—Monseñor ¿consentiría el director, aunque no haya secreto de penitencia?

—No os turbéis por eso; entrad en el hueco de la cama.

—Puedo aguardar fuera, monseñor.

—No, no, vale más que oigáis la confesión de un hombre honrado.

Colbert se inclinó y pasó adonde le habían ordenado.

—Que entre el padre teatino —dijo el cardenal corriendo las cortinas.

Capítulo XLV

Confesión de un hombre honrado

El padre teatino entró resueltamente y sin sorprenderse mucho del ruido y movimiento que la inquietud sobre la salud de Su Eminencia habían producido en su casa.

—Venid, reverendo —dijo Mazarino después de mirar por última vez el espacio entre la cama y la pared—, venid a consolarme.

—Ese es mi deber, monseñor —replicó el teatino.

—Comenzad por sentaros cómodamente, porque voy a principiar por una

confesión general; enseguida me daréis una buena absolución y me quedaré más tranquilo.

—Monseñor —dijo el reverendo—, no estáis tan malo como para que sea urgente una confesión general... Eso os molestará mucho; tened cuidado.

—¿Suponéis que será larga, reverendo?

—¿Cómo ha de ser de otro modo, cuando se ha vivido tan completamente como Vuestra Eminencia?

—¡Ah! Es cierto... Sí, el relato puede ser largo.

—La misericordia de Dios es grande —gangueó el teatino.

—Mirad —dijo Mazarino—; yo mismo empiezo ya a espantarme de haber dejado pasar tantas cosas que el Señor podía reprobar.

—¡Verdad es! —dijo cándidamente el padre teatino apartando de la luz su semblante fino y puntiagudo como el de un topo—. Así son los pecadores: primero olvidadizos, y luego escrupulosos, cuando es ya demasiado tarde.

—¿Los pecadores? —replicó el cardenal—. ¿Me decís eso con ironía y para echarme en cara todas las genealogías que me he atribuido... yo, hijo de pescador, en efecto?

—¡Hum! —murmuró el padre teatino.

—Ya es éste un pecado, padre; porque en, fin, he sufrido que me hicieran descender de los antiguos cónsules de Roma, T. Geganio Macerino I, Macerino II, y Pióculo Macerino III, de quienes se ocupa la crónica de Haolder, de Macerino a Mazarino era tentadora la proximidad. Macerino, diminutivo, quiere decir delgadito. ¡Oh! Padre mío; Mazarino bien puede significar hoy en aumentativo, ¡flaco como un Lázaro! ¡Mirad!

Y le mostró sus brazos descarnados y sus piernas devoradas por la fiebre.

—Nada veo de malo para vos —repuso el teatino—, en que hayáis nacido de una familia de pescadores... pues al fin, San Pedro era pescador, y si vos sois príncipe de la Iglesia, monseñor, él fue su jefe supremo. Adelante, si os parece.

—Tanto más cuanto que amenace con la Bastilla a un tal Bounet, sacerdote de Aviñón, que quería publicar una genealogía de la Casa Mazarini en extremo maravillosa...

—¿Para ser verosímil? —replicó el teatino.

—¡Oh! Entonces; si hubiese obrado con aquella idea, habría vicio de orgullo... otro pecado. Sería más bien exceso de talento, y nunca se puede echar en cara a nadie ese género de abusos: pasemos a otro, pasemos.

—Estaba en el orgullo... Ya veis, reverendo, que trato de dividir esto en pecados capitales.

—Me placen las divisiones bien hechas.

—Me alegro. Es menester que sepáis que en 1630, ¡hace treinta y un años...!

—Entonces teníais veintinueve, monseñor.

—Edad ardiente. Yo me convertí en soldado arrojándome en medio de los arcabuzazos para demostrar que montaba a caballo tan bien como un oficial. Cierto es que llevaba la paz a los españoles y a los franceses, lo cual disminuye un poco mi pecado.

—Yo no veo el menor pecado en demostrar que se sabe montar a caballo —repuso el teatino—; eso es de buen gusto y honra a nuestro traje. En mi cualidad de cristiano apruebo que hayáis impedido la efusión de sangre; como religioso me llena de satisfacción el valor que un colega mío ha demostrado.

Mazarino hizo con la cabeza un humilde saludo.

—Sí —dijo—; ¡más las consecuencias!

—¿Qué consecuencias?

—Ese maldito pecado de orgullo tiene raíces sin fin... Después que me arrojé, como he dicho, entre dos ejércitos, que husmeé la pólvora y recorrí las líneas de soldados miré a los generales con algo de lástima.

—¡Ah!

—He aquí el mal... De suerte que, desde aquel tiempo, no he encontrado ni uno solo soportable.

—El hecho es —añadió el teatino—, que no valían mucho los generales que hemos tenido.

—¡Oh! —exclamó Mazarino—. ¡Ahí está el príncipe...! ¡Mucho lo he atormentado!

—No tiene por qué quejarse; bastante gloria y bienes ha adquirido.

—Pase con respecto al príncipe. ¡Pero el señor de Beaufort, por ejemplo, a quien tanto he hecho sufrir en el torreón de Vincennes...!

—¡Ah! Pero era un rebelde, y la seguridad del Estado exigía que hicieseis tal sacrificio.

Adelante.

—Creo que he agotado el orgullo. Otro pecado hay que tengo temor de

calificar.

—Pues yo lo calificaré... decid.

—Un pecado muy grande, padre reverendo.

—Veremos, monseñor.

—No habréis dejado de oír hablar de ciertas relaciones que yo tuve con Su Majestad la reina madre... Los malévolos...

—Los malévolos, monseñor, son tontos. ¿No era preciso, por el bien del Estado y en interés del joven rey, que vivieseis en buena inteligencia con la reina? Pasemos, pasemos.

—Os aseguro —dijo el cardenal—, que me quitáis del pecho un peso terrible.

—¡Fruslerías...! Buscad las cosas graves.

—También he tenido ambición, padre mío...

—Esa es la señal de las grandes causas, monseñor.

—Hasta la veleidad de la tiara...

—Ser pontífice, es ser el primero de los cristianos. ¿Por qué no habíais de desearlo?

—Han publicado en letras de molde que para conseguirlo había vendido Cambray a los españoles.

—Quizá hayáis hecho vos mismo libelos sin perseguir demasiado a los libelistas.

—Entonces, padre reverendo, tengo la conciencia muy tranquila: sólo siento algunos pecadillos ligeros...

—Decid...

—El juego.

—Es algo mundano; pero en fin, estabais obligado a tener casa por deber de grandeza.

—Quería ganar.

—No hay jugador que juegue para perder.

—Hacía algunas trampas...

—Tomabais la ventaja: Adelante.

—Pues bien, padre mío, nada absolutamente siento ya en mi conciencia. Dadme la absolución y mi alma podrá, cuando Dios la llame, subir sin

obstáculos hasta el trono...

El padre teatino no movió ni los brazos ni los labios.

—¿Qué aguardáis? —preguntó Mazarino.

—Aguardo el fin. ¿El fin de qué?

—De la confesión, monseñor.

—Pero si he concluido.

—¡Oh! ¡No! Vuestra Eminencia se engaña.

—No, que yo sepa.

—Buscad bien.

—He buscado tan bien como es posible.

—Entonces, voy a ayudar vuestra memoria.

—¿Cómo?

El padre teatino tosió varias veces.

—No me habéis hablado de la avaricia, otro pecado capital, ni de los millones —dijo.

—¿Qué millones, reverendo?

—Los que poseéis, monseñor.

—Padre, ese dinero es mío; ¿por qué os he de hablar de él?

—Es que, ya veis, son contrarias nuestras opiniones. Vos decís que ese dinero es vuestro, y yo creo que algo es de otro.

Mazarino llevó una mano fría a su frente llena de sudor.

—¿Cómo es eso? —balbuceó.

—Helo aquí. Vuestra Eminencia ha ganado muchos bienes... al servicio de Su Majestad...

—¡Hum! Muchos... no son demasiados.

—Los que fueren, ¿de dónde venían?

—Del Estado.

—El Estado es del rey.

—Pero ¿qué sacáis de ahí, padre mío? —dijo Mazarino, que comenzaba a temblar.

—No puedo sacar nada sino una lista de los bienes que poseéis. Contemos

una poca, si os place. Tenéis el obispado de Metz.

—Sí.

—Y las abadías de San Clemente, de San Arnaldo y de San Vicente, también en Metz.

—Sí.

—Tenéis la abadía de San Dionisio en Francia, soberbia propiedad.

—Sí, padre reverendo.

—Tenéis la abadía de Cluny, que es rica.

—La tengo.

—La de San Medardo, en Soissons, que vale cien mil libras de renta.

—No lo niego.

—La de San Víctor en Marsella, una de las mejores del Mediodía.

—Sí, padre reverendo.

—Un buen millón al año. Que con los emolumentos del cardenalato y del ministerio, es poco decir dos millones anuales.

—¡Eh!

—En diez años veinte millones... y veinte millones puestos al cincuenta por ciento dan por progresión otros veinte millones en diez años.

—¡Bien sabéis contar para ser teatino!

—Desde que Vuestra Eminencia colocó nuestra Orden en el convento que ocupamos, cerca de Saint Germain des Près, en 1644, yo soy quien hace las cuentas de la sociedad.

—Y las mías; según veo, padre mío.

—Es preciso saber un poco de todo, monseñor.

—¡Y bien! ¿Sacáis algo ahora?

—Saco que el bagaje es demasiado voluminoso para que paséis por la puerta del paraíso.

—¿Me condenaré?

—Si no restituir; ciertamente. Mazarino dio un grito lastimero.

—¡Restituir! Pero ¿, a quién, buen Dios?

—¡Al dueño de ese dinero, al rey!

—¡Pero si es el rey quien me lo ha dado!

—¡Un momento! ¡El rey no firma los decretos...!

Mazarino pasó de los suspiros a los gemidos.

—La absolución —dijo.

—Imposible, monseñor... Restituid, restituid —replicó el teatino.

—Pero si me absolvéis de todos los pecados, ¿por qué no de éste?

—Porque absolveros por este motivo —contestó el reverendo—, es un pecado del cual no me absolvería a mí jamás el rey, monseñor. Después de esto el confesor dejó a su penitente con cara llena de compunción, y salió lo mismo que había entrado.

—¡Oh Dios mío! —gemía el cardenal—. Venid, Colbert; estoy muy malo, amigo mío.

Capítulo XLVI

La donación

Colbert apareció en las cortinas.

—¿Habéis oído? —dijo el cardenal.

—¡Ay! Sí, monseñor.

—¿Y tiene razón? Todo ese dinero, ¿son bienes mal adquiridos?

—Un teatino, monseñor, no es juez competente en materias de Hacienda —respondió fríamente Colbert—. No obstante, podría suceder que, según sus ideas teológicas, Vuestra Eminencia hubiera cometido ciertos errores. Siempre se han cometido cuándo uno muere.

—Y el primero de todos, morir, Colbert.

—Cierto, monseñor. Pero ¿con respecto a quién habrá encontrado en vos esos errores el padre teatino? ¿Con respecto al rey?

Su Eminencia se encogió de hombros.

—¡Como si yo no hubiese salvado su Estado y su Hacienda!

—Eso no admite duda, monseñor.

—¿No es cierto? Luego habré ganado muy legítimamente mi salario, a pesar de mi confesor.

—Indudablemente.

—Y podría guardar para mi familia, tan necesitada, una buena parte... y aun el todo de lo que he ganado.

—No veo inconveniente, monseñor.

—Bien seguro estaba, Colbert, de que consultándoos, me daríais un consejo sabio —replicó Mazarino muy alegre.

Colbert hizo su mueca de pedante.

—Monseñor —dijo—, bueno sería ver si lo que ha dicho el teatino es acaso un lazo.

—¡No! Un lazo... ¿Por qué? El padre teatino es un hombre honrado.

—Ha creído que Vuestra Eminencia estaba en las puertas del sepulcro, toda vez que le había llamado para consultarle... Yo no le he oído decir: «distinguid lo que el rey os ha dado de lo que os habéis dado a vos mismo». Pensad bien, monseñor, si no ha dicho algo de esto; es muy de teatino la frase.

—Sería posible.

—Por tanto, monseñor, os consideraré como puesto en el caso.

—¿De restituir? murmuró Mazarino muy sofocado.

—¡Eh! No digo que no.

—¿De restituirlo todo? No penséis en ello... Decís lo mismo que el confesor.

—Restituir una parte es igual que sacar la parte de Su Majestad; y esto, monseñor, puede tener sus peligros. Vuestra Eminencia es político bastante hábil para ignorar que a estas horas no posee el rey ciento cincuenta mil libras en sus arcas.

—Eso no es cosa mía —observó Mazarino triunfante—, sino del señor superintendente Fouquet cuyas cuentas os he dado a revisar estos últimos meses.

Colbert pellizcóse los labios al oír el nombre de Fouquet.

—Su Majestad —dijo entre dientes—, no tiene más dinero que el que le proporciona el señor Fouquet; vuestro dinero, monseñor, será para él un pasto muy goloso.

—En fin, no soy el superintendente de las haciendas del rey; tengo mi bolsa propia... Ciertamente que haré, por la dicha de Su Majestad, algunos legados. Pero no puedo defraudar a mi familia...

—Un legado parcial os deshonra y ofende al rey. Legar una parte al rey es confesar que esa parte os ha inspirado dudas, como no adquirida legítimamente.

—¡Señor Colbert!

—He creído que Vuestra Eminencia me hacía el honor de pedirme un consejo.

—Sí, pero ignoráis los principales pormenores de la cuestión.

—No ignoro nada, monseñor: ya hace diez años que paso revista a todas las columnas de guarismo que se hacen en Francia, y, si las he enclavado con gran trabajo en mi cabeza, han quedado tan fijas en ella, hasta hoy, que recitaría cifra por cifra desde los gastos del señor Letellier, que es sobrio, hasta las larguezas ocultas del señor Fouquet, que es pródigo; todo el dinero que se gasta desde Marsella a Cherbourg.

—¡Entonces querríais que yo tirase todo mi dinero a las, arcas de Su Majestad! —exclamó irónicamente Mazarino, a quien la gota arrancaba al mismo tiempo muchos suspiros dolorosos.

—Ciertamente el rey no me reprocharía nada; pero se burlaría de mí comiéndose mis millones, y tendría muchísima razón.

—Vuestra Eminencia no ha comprendido. Yo no he pretendido absolutamente que el rey debiese gastar vuestro dinero.

—Pues bien claro lo decís, me parece, aconsejándome que se lo dé.

—¡Ah! —repuso Colbert—. Su Eminencia, absorto como está con su mal, pierde completamente de vista el carácter de Luis XIV.

—¿Cómo es eso?

—Su carácter se parece al que monseñor confesaba ahora poco al teatino.

—Pues atreveos; ¿qué es?

—El orgullo. Perdón, monseñor, la dignidad quise decir. Los reyes no tienen orgullo; ésta es una pasión humana.

—El orgullo, sí, tenéis razón. ¿Qué más...?

—Pues bien, monseñor, si he acertado con la palabra, Vuestra Eminencia no tiene más que dar todo su dinero al rey, y pronto.

—Pero ¿por qué? —dijo Mazarino muy turbado.

—Porque el rey no aceptará el todo.

—¡Oh! Un joven que no posee dinero y que está roído por la ambición.

—Bien.

—Un joven que desea mi muerte.

—Monseñor.

—Para heredarme, Colbert; sí, desea mi muerte para heredarme. ¡Soy tonto, muy tonto! ¡Yo evitaré eso! Precisamente. Si la donación se hace en cierta forma, rehusará. ¡Vamos!

—Es positivo. Un joven que nada ha hecho, que arde por hacerse ilustre, que rabia por reinar solo, no tomará nada que ya esté constituido, pues todo querrá construirlo por sí mismo. Tal príncipe, monseñor, no se contentará con el Palacio Real; que lo legará el señor de Richelieu, ni con el palacio Mazarino, que tan admirablemente habéis hecho construir, ni con el Louvre, que habitaron sus progenitores, ni con Saint Germain, donde ha nacido. Todo lo que no proceda de él lo desdeñará: lo predigo.

—Y garantizáis que si doy mis cuarenta millones a Su Majestad.

—Diciéndole ciertas cosas, garantizo que rehusará.

—¿Qué cosas son ésas?

—Yo las escribiré, si Vuestra Eminencia quiere dictármelas.

—Pero, en fin, ¿qué ventajas tiene para mí...?

—Una ventaja grandiosa. Nadie podrá acusar a Vuestra Eminencia de esa avaricia injusta que los libelistas han echado en cara al talento más brillante de este siglo.

—Tienes razón, Colbert; ve a buscar al rey de mi parte, y llévale mi testamento.

—Una donación, monseñor. ¡Pero y si aceptase! ¡Si aceptase!

Entonces, quedarían trece millones a vuestra familia, que es un bonito caudal.

—Pero serías tú un traidor o un tonto.

—No soy ni lo uno ni lo otro, monseñor. Me parece que teméis mucho que el rey acepte... ¡Oh! Temed más bien que no acepte.

—Verás: si no acepta quiero garantizarle mis trece millones de reserva... sí, lo haré... sí... Mas ya me vuelven los dolores y la debilidad... Es que estoy muy malo, Colbert, estoy cerca de mi fin. Colbert se estremeció.

El cardenal estaba muy mal, en efecto; sudaba gruesas gotas en el lecho de dolor, y aquella palidez horrible de un rostro manando agua era un espectáculo que el médico más endurecido no hubiera soportado impasible. Colbert se

conmovió mucho, sin duda, pues salió de la cámara llamando a Bernouin al lado del moribundo y entró en el corredor.

Allí, paseándose de arriba abajo con expresión meditabunda que daba nobleza a su fisonomía vulgar, con los hombros arqueados, el cuello tenso y los labios entreabiertos que dejaban escapar trozos incoherentes de pensamientos extraños, se animaba para acometer lo que meditaba, en tanto que a diez pasos de él, solamente separado por un muro, su amo se consumía en angustias que le arrancaban gritos y lamentos, no pensando ya ni en los tesoros de la tierra ni en la felicidad del paraíso, sino en todos los horrores del infierno.

Mientras los paños calientes, los tópicos, los revulsivos y Guénaud, a quien habían llamado al lado de Su Eminencia, funcionaban con actividad siempre creciente, Colbert, apretando con las dos manos su enorme cabeza, para comprimir en ella, la fiebre de los planes engendraos por el cerebro, meditaba los términos de la donación que iba a hacer escribir a Mazarino en la primera hora de reposo que le concediese el mal. Parecía que todos los gritos de su Eminencia y todas las acometidas de la muerte sobre este representante del pasado, eran estimulantes para el genio de aquel pensador de pobladas cejas, que ya se volvía hacia el Oriente del nuevo sol de una sociedad regenerada.

Colbert volvió al lado del cardenal cuando se restableció un tanto la razón del enfermo, y le persuadió a que dictase una donación concebida en estos términos:

Próximo a aparecer ante Dios, Señor de los hombres, ruego al rey, que fue mi señor en la tierra, tome los bienes que su bondad me había dado, pues mi familia será muy feliz en verlos pasar a tan ilustres manos. El inventario de mis bienes se encontrará, redactado, al primer requerimiento de Su Majestad, o en el último suspiro de su más adicto servidor.

JULIO, CARDENAL, MAZARINO.

Su Eminencia firmó, suspirando. Colbert cerró el paquete y lo llevó al punto al Louvre, donde acababa de entrar el rey.

Y después volvió a su cuarto, frotándose las manos con la confianza del obrero que ha empleado bien la jornada.

Capítulo XLVII

De cómo Ana de Austria dio un consejo a Luis XIV, y el señor Fouquet le dio otro

La noticia de la situación en que se encontraba el cardenal se había ya propagado por todas partes, y traía al Louvre tanta gente al menos; como la noticia del matrimonio de Monsieur, hermano del rey, la cual ya se había anunciado oficialmente.

Apenas había entrado en su cámara Luis XIV, muy preocupado todavía con las cosas vistas y oídas aquella noche, cuando el ujier anunció que la misma muchedumbre de cortesanos que había acudido por la mañana a la hora de levantarse el rey, se presentaba también a la hora de acostarse, favor insigne que, durante el reinado del cardenal, la Corte, muy poco discreta en sus preferencias, había concedido al ministro sin cuidarse de no disgustar al rey:

Pero el ministro había tenido, según ya hemos dicho, un gran ataque de gota, y la marea de la adulación subía hacia el trono.

Los cortesanos tienen el maravilloso instinto de vislumbrar los acontecimientos, la ciencia suprema; son diplomáticos para adivinar los grandes desenlaces de las circunstancias críticas, capitanes para encontrar las salidas de las batallas, y médicos para curar las enfermedades.

Luis XIV, a quien su madre había enseñado este axioma, entre otros muchos, conoció que Su Eminencia el cardenal Mazarino estaba muy enfermo.

Apenas hubo Ana de Austria conducido a sus habitaciones a la reina y aliviado su frente del peso del tocado de ceremonia, volvió en busca de su hijo al gabinete; donde solo, melancólico y con el corazón lacerado, hacía pesar sobre sí mismo, como para ejecutar su voluntad, una de esas cóleras sordas y terribles, cóleras de rey, que cuando estallan son acontecimientos, y que en Luis XIV, gracias al poder asombroso que sobre sí tenía, eran tormentas tan benignas, que su más ardiente, su única cólera, la que señala Saint Simon, sorprendiéndose, fue aquella celebre que estalló cincuenta años más tarde, a causa de una esquila del señor duque del Maine, y que tuvo por resultado una granizada de bastonazos descargada sobre las costillas de un infeliz lacayo que había robado un bizcocho.

El joven rey que, como hemos visto, era presa de una sobreexcitación dolorosa, se decía a sí propio contemplándose a un espejo:

«¡Oh rey! ¡Rey de nombre y no de hecho! ¡Fantasma! ¡Vano fantasma! Estatua inerte que no tienes otro poder que el de provocar un saludo de los cortesanos, ¿cuándo podrás levantar tu brazo de terciopelo y apretar tu mano de seda? ¿Cuándo podrás abrir, no para suspirar o sonreírte, tus labios, condenados a la inmovilidad estúpida de los mármoles de tu galería?».

Pasando entonces la mano por su frente y buscando aire, acercóse a una ventana y vio abajo algunos caballeros que charlaban y grupos tímidamente curiosos. Estos caballeros eran una fracción de la ronda; los grupos eran los

curiosos del pueblo para quienes un rey es siempre cosa digna de ver, como un rinoceronte, un cocodrilo o una serpiente. Y con la palma de la mano se dio un golpe en la frente, prorrumpiendo:

—¡Rey de Francia! ¡Qué título! ¡Pueblo de Francia! ¡Qué masa de criaturas! Entro yo en mi Louvre, mis caballos humean todavía, y apenas he producido interés para que me miren pasar veinte personas... ¡Qué digo veinte! No, no hay veinte curiosos para el rey de Francia; no hay ni diez arqueros para guardar su casa: arqueros, pueblo, guardias; todo está en el palacio real. ¡Dios santo! Yo, el rey, ¿no tengo el derecho de pedirlos esto?

—Porque —dijo una voz respondiendo a la suya y que resonó del otro lado de la puerta del gabinete—, porque en el palacio real está todo el oro, esto es, todo el poder de aquel que quiere reinar.

Luis se volvió precipitadamente. La voz que acababa de pronunciar tales palabras era la de Ana de Austria. El rey se estremeció y adelantóse hacia su madre.

—Espero —dijo— que Vuestra Majestad no ha prestado atención a las vanas declamaciones que la soledad y el disgusto, familiares en los reyes, causan en los caracteres más felices.

—Yo sólo he prestado atención a una cosa, hijo mío, y es que os quejabais.

—¡Yo! Nada de eso —repuso Luis XIV—; de veras que no; os equivocáis, señora.

—¿Pues qué hacíais?

—Me parecía estar bajo la férula de mi profesor y desarrollaba un tema de amplificación.

—Hijo mío —replicó Ana de Austria moviendo la cabeza—, hacéis mal en no fiaros de mi palabra; hacéis mal en no concederme vuestra confianza. Día llegará, y quizá está próximo, en que tendréis necesidad de recordar este axioma: «El oro es todopoderoso, y sólo son verdaderamente reyes los que son todopoderosos».

—¿No era, pues, vuestra voluntad —dijo el rey—, vituperar a los ricos de este siglo?

—No —dijo con viveza Ana de Austria—; los que son ricos en este siglo, bajo vuestro reinado, son ricos porque vos lo habéis tenido a bien, y no alimento contra ellos ni odios ni envidias: sin duda, ellos han servido bien a Vuestra Majestad, para que Vuestra Majestad les haya permitido recompensarse. Esto es lo que quiero decir con las palabras que parece me echáis en cara.

—No, quiera Dios, señora, que jamás eche nada en cara a mi madre.

—Sin embargo —continuó Ana de Austria—, el Señor no da jamás, sino por un tiempo limitado, los bienes de la tierra. Dios ha puesto como corrosivo a los honores y riquezas, los padecimientos, las enfermedades y la muerte; y nadie —repuso Ana de Austria con dolorosa sonrisa que hacía a sí misma la aplicación del fúnebre precepto—, nadie se lleva sus bienes, y su grandeza a la tumba. De aquí resulta, que los jóvenes recogen los frutos de la mies preparada por los viejos.

Luis escuchaba con atención creciente estas palabras, acentuadas por Ana de Austria con un objeto evidentemente consolador.

—Señora —dijo Luis XIV mirando fijamente a su madre—; diríase que teníais algo más que anunciarme.

—Nada absolutamente, hijo mío; pero habréis notado que el cardenal se halla muy malo esta noche.

Luis miró a su madre buscando la emoción en su voz y el dolor en su fisonomía. El semblante de Ana de Austria parecía levemente alterado; pero su sufrimiento tenía un carácter meramente personal. Tal vez era causada esta alteración por, el cáncer que comenzaba a morderle en el seno.

—Sí, señora —dijo el rey—, sí, está muy enfermo el señor cardenal.

—Y será una gran pérdida para el reino si llama Dios a Su Eminencia. ¿No pensáis de la misma manera, hijo mío? —preguntó Ana de Austria.

—Sí, señora; sería una gran, perdida para el reino —dijo Luis ruborizándose—; pero me parece que no es tan grande el peligro, y además el cardenal es joven todavía.

Apenas acababa de hablar el rey, cuando el ujier levantó la tapicería y permaneció de pie con un papel en la mano, aguardando a que el rey le preguntase.

—¿Qué sucede? —preguntó el rey.

—Un mensaje del señor Mazarino —respondió el ujier.

—Dadme —dijo le rey.

Tomó el papel; pero en el instante en que iba a abrirlo sonó un gran ruido en la galería; en las antecámaras y en el patio.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó Luis XIV, que sin duda reconoció este triple ruido—. ¡Decía yo que no había más que un rey en Francia! Me engañaba, hay dos.

En este momento abrióse la puerta y apareció el superintendente de Hacienda, Fouquet. Él era quien hacía aquel ruido en la galería, sus lacayos en

las antecámaras, y sus caballos en el patio. Además se oía un sordo murmullo a su paso que no se extinguía hasta mucho tiempo después de haber pasado. Tal era el murmullo que Luis XIV sentía tanto no oír cuando él pasaba y morir tras de sí.

—Éste no es precisamente un rey como vos creéis —dijo Ana de Austria a su hijo—, sino un hombre muy opulento y nada más.

Al decir estas palabras, un sentimiento amargo daba a las palabras de la reina su más rencorosa expresión, mientras la frente de Luis, en cambio, tranquilo y dueño de sí mismo, estaba limpia de la más ligera arruga.

Saludó; pifies, libremente a Fouquet con la cabeza, en tanto que continuaba desplegando el papel que el ujier le entregó.

Fouquet observó este movimiento, y con una urbanidad a la vez confiada y respetuosa, se acercó a Ana de Austria para dejar en completa libertad al rey.

Luis abrió el papel, pero sin leer. Escuchaba a Fouquet hacer cumplimientos a su madre, adorablemente dedicados a su mano y su brazo.

El semblante de Ana de Austria se desarrugó y pasó casi a la sonrisa.

Fouquet conoció que el rey, en vez de leer, le miraba y escuchaba; dio una leve vuelta, siguiendo dedicado, a Ana de Austria, y se encontró cara a cara con el rey.

—¿Sabéis, señor Fouquet —dijo el rey—, que el cardenal está muy enfermo?

—Sí, Majestad, lo sé —dijo Fouquet—; está muy enfermo, en efecto. Me hallaba en mi posesión de Vaux cuando supe la noticia, tan apremiante que todo lo abandoné.

—¿Habéis salido de Vaux esta tarde?

—Hace hora y media, Majestad —dijo Fouquet consultando un reloj adornado de diamantes.

—¡Hora y media! —repitió el rey bastante fuerte para sofocar su cólera, pero no para ocultar su sorpresa:

—Comprendo que Vuestra Majestad dude de mi palabra, y tiene razón; mas el haber venido así no ha sido maravilla. Me habían enviado de Inglaterra tres troncos de caballos muy vivos, según me aseguraban; los hice apostar de cuatro en cuatro leguas, y los he probado esta tarde. Han venido, efectivamente, desde Vaux al Louvre en hora y media, y ya veis que no me habían engañado.

La reina madre sonrió con secreta envidia.

Fouquet se adelantó al mal pensamiento.

—De suerte, señora —se apresuró a añadir—, que semejantes caballos están hechos no para súbditos, sino para reyes, porque los reyes jamás deben ceder a nadie en nada.

El rey alzó la cabeza.

—Sin embargo —objetó Ana de Austria—, vos no sois rey, que yo sepa, señor Fouquet.

—Por eso, señora, los caballos sólo esperan una indicación de Su Majestad para penetrar en las caballerizas del Louvre, y si yo me he permitido probarlos, ha sido por temor de ofrecer al rey algo que no fuese una maravilla.

El rey se puso muy encarnado.

—Bien sabéis, señor Fouquet —dijo la reina—, que en la corte de Francia no hay costumbre que un súbdito ofrezca nada a su rey.

Luis hizo un movimiento.

—Yo creía, señora —dijo Fouquet muy agitado—, que mi amor a Su Majestad y mi deseo constante de agradarle servían de contrapeso a esa razón de etiqueta. Además, no era un regalo lo que me atrevía a ofrecer, sino un tributo que pagaba.

—Gracias, señor Fouquet —dijo atentamente el rey—, os agradezco la intención, porque, en efecto, me gustan mucho los buenos caballos; pero bien sabéis que no soy muy rico, lo sabéis mejor que nadie, pues sois mi superintendente de Hacienda; no puedo, por tanto, aunque quisiera, comprar un tiro tan caro.

Fouquet lanzó una mirada llena de orgullo a la reina madre, que parecía triunfar de la falsa posición del ministro, y contestó:

—El lujo es virtud de reyes, Majestad; el lujo es quien los hace parecidos a Dios; por el lujo son más que los otros hombres. Un monarca alimenta y honra a sus súbditos con el lujo. Al dulce calor de este lujo de los reyes nace el lujo de los particulares, fuente de riquezas para el pueblo. Aceptando Vuestra Majestad esos seis caballos inmejorables, pecaría de amor propio a los criadores de nuestro país, del Limosín; de la Normandía, y esa emulación sería provechosa a todos... Pero el rey calla, y por tanto, estoy condenado.

Durante este tiempo Luis XIV plegaba y desplegabá el papel de Mazarino, sobre el cual aún no había fijado los ojos. Al fin detuvo en él su vista, y exhaló un leve grito al leer la primera línea.

—¿Qué hay, hijo mío? —preguntó Ana de Austria acercándose con viveza al rey.

—De parte del cardenal —contestó el rey continuando su lectura—. Sí, sí, no hay duda que es de su parte.

—¿Está acaso peor?

—Leed —dijo el rey entregando el papel a su madre, como si creyese precisa la lectura para convencerla de algo tan sorprendente como lo que contenía aquel escrito.

Ana de Austria leyó a su vez. Sus ojos brillaban con vivo gozo que pretendía en vano disimular y que atrajo las miradas de Fouquet.

—¡Oh! Una donación en regla —dijo.

—¿Una donación? —repitió Fouquet.

—Sí —dijo el rey contestando particularmente al superintendente de Hacienda—; próximo a morir, el señor cardenal me hace donación de todos sus bienes.

—¡Cuarenta millones! —murmuró la reina.

—¡Ah! Es un rasgo muy hermoso y va a contradecir muchos rumores malévolos; cuarenta millones reunidos lentamente, y que entran de un solo golpe y en masa en el real tesoro; quien hace esto es un súbdito leal y un verdadero cristiano.

Y fijando otra vez los ojos en el documento, lo devolvió a Luis XIV; a quien había hecho palpar el anuncio de aquella cantidad enorme. Fouquet había dado algunos pasos atrás y callaba.

El rey lo miró, y le entregó el rollo. El superintendente no hizo más que fijar en él por un momento su mirada altiva. E inclinándose después, dijo:

—Sí, Majestad, una donación, ya lo veo.

—Es menester, hijo mío —dijo Ana de Austria—, contestarle al instante.

¿Y cómo, señora?

—Haciendo una visita al cardenal.

—¡Pero si apenas hace una hora que salí del cuarto de Su Eminencia! —repuso el rey.

—Entonces; escribidle:

—Escribir —dijo el rey con repugnancia.

—Creo —añadió Ana de Austria—, que un hombre que acaba de hacer semejante regalo, bien tiene derecho a esperar que se le den las gracias con alguna presteza.

Y, dirigiéndose al superintendente:

—¿No opináis así, señor Fouquet? —dijo.

—Sí, señora, el regalo bien vale la pena —observó el superintendente—, con nobleza que no escapó al rey.

—Aceptad, pues, y dad las gracias —insistió Ana de Austria.

—¿Qué es lo que dice el señor Fouquet? —preguntó Luis XIV.

—¿Vuestra Majestad desea saber mi pensamiento?

—Dad las gracias, Majestad.

—¡Ah! —exclamó Ana de Austria.

—Pero no aceptéis —prosiguió Fouquet.

—¿Por qué? —preguntó Ana de Austria.

—Vos misma lo habéis dicho, señora —replicó Fouquet, porque los reyes no deben ni pueden recibir presentes de sus súbditos.

El rey permanecía silencioso entre estas dos opiniones contradictorias.

—¡Pero cuarenta millones! —dijo Ana de Austria en el mismo tono con que la pobre María Antonieta dijo más tarde: «¡Tanto me diréis!».

Ya lo sé —dijo Fouquet—, cuarenta millones son una bonita cantidad que podría tentar aun a las conciencias regias.

—Pero, caballero —dijo Ana de Austria—, en vez de inclinar al rey a que no reciba este presente, haced notar a Su Majestad, pues obligación vuestra es, que esos cuarenta millones constituyen una fortuna.

—Precisamente, señora, porque esos cuarenta millones constituyen una riqueza, diré al rey: «Majestad, si no es decente que un rey acepte de un súbdito seis caballos de veinte mil libras, es deshonoroso que deba su fortuna a otro súbdito más o menos escrupuloso en la elección de materiales que contribuyeron a la edificación de esa riqueza».

—No os sienta bien, caballero —dijo la reina Ana—, dar una lección al rey; buscadle más bien cuarenta millones para reemplazar a los que le hacéis perder.

—El rey los tendrá cuando quiera —dijo el superintendente de Hacienda inclinándose.

—Sí, exprimiendo al pueblo —dijo Ana de Austria.

—¡Eh! ¿No lo ha sido, señora —contestó Fouquet—, cuando se le hacía sudar los cuarenta millones donados por esta escritura? Por otra parte, Su

Majestad ha pedido mi opinión, y la doy; si pide mi concurso, será lo mismo.

—Vamos, vamos, aceptad, hijo mío —dijo Ana de Austria—; estáis por encima de rumores y de interpretaciones.

—Rehusad, Majestad —dijo Fouquet; en tanto un rey vive, no tiene más juez que su conciencia y su deseo; mas cuando muere, tiene la Posteridad que aplaude o acusa.

—Gracias, madre mía —dijo Luis saludando respetuosamente a la reina—. Gracias, señor Fouquet —dijo despidiendo cortésmente al superintendente.

—¿Aceptáis? —preguntó otra vez la reina.

—Reflexionaré —replicó el rey mirando a Fouquet.

Capítulo XLVIII

Agonía

El mismo día en que se enviara el donativo al rey, el cardenal se había hecho trasladar a Vincennes, adonde le siguieron el rey y la Corte. Los últimos resplandores de esta antorcha todavía despedían bastante brillo para absorber con sus rayos todos los otros fanales.

El joven Luis XIV, satélite fiel de su ministro, según hemos visto ya, marchaba hasta el último momento en el sentido de su gravitación. El mal había empeorado, y ya no era aquello un ataque de gota, sino un ataque de muerte. Había, por otra parte, algo que hacía a este agonizante más agonizante aún, y era la ansiedad que provocaba en su ánimo aquella donación enviada al rey, y que al decir de Colbert debía ser devuelta y no aceptada. Su Eminencia tenía gran fe, como ya lo hemos visto, en las predicciones de su secretario; pero la suma era considerable, y cualquiera que fuese el genio de Colbert, el cardenal no podía menos de pensar alguna que otra vez que, además de él, también había podido engañarse el padre teatino, y que había por lo menos tantas probabilidades para que él se condenase como para que Luis XIV le devolviera sus millones.

Además, mientras más tardaba en volver la donación, tanto más creía Mazarino que cuarenta millones bien vale la pena de exponer algo, y, sobre todo, una cosa tan hipotética como el alma.

Mazarino, como cardenal y primer ministro, era casi ateo y completamente materialista.

Cada vez que se abría la puerta volvíase con viveza hacia ella, creyendo

ver entrar allí su desventurada donación; mas engañada su esperanza, volvíase a acostar con un suspiro y le atacaba el dolor con más fuerza que antes.

También Ana de Austria había seguido al cardenal; aunque la edad hubiera hecho egoísta su corazón, no podía negarse a demostrar a este moribundo una tristeza que le debía en calidad de mujer, como dicen unos, en calidad de soberana, como dicen otros.

Por anticipado, habíase compuesto una fisonomía de duelo, y toda la Corte le imitaba. Luis, para no manifestar en el rostro lo que pasaba en su corazón, se obstinaba en permanecer confinado en su cámara, donde solamente le hacía compañía su nodriza; unas veces veía acercarse el término en que cesaría para él toda contradicción, otras se convertía en humilde y paciente, replegándose en sí mismo, como todos los hombres fuertes que tienen algún designio, para tener más medios en el instante decisivo.

La extremaunción había sido administrada en secreto al cardenal, que, fiel a sus hábitos de disimulo, luchaba contra las apariencias y aun contra la realidad, recibiendo visitas en su lecho coma si sólo estuviera atacado de un mal pasajero. Guénaud, por su parte, guardaba el más absoluto secreto; interrogado y, fatigado de investigaciones y de preguntas, sólo contestaba: «Su Eminencia está todavía lleno de juventud y de fuerza; pero Dios quiere lo que quiere, y cuando ha decidido que debe abatir al hombre, es necesario que el hombre sea abatido».

Estas, palabras, que sembraba con una especie de discreción, de reserva y de preferencia, las comentaban dos personas con marcado interés: el monarca y el cardenal.

A pesar de la profecía de Guénaud, siempre se engañaba Mazarino, o mejor dicho, representaba tan bien su papel, que los más diestros, al decir que se engañaba, demostraban que ellos eran los engañados.

Hacía dos días que Luis no veía al cardenal, pues tenía los ojos fijos en aquella donación que tanto preocupaba a Su Eminencia, y ni sabía a punto fijo dónde estaba Mazarino.

El hijo de Luis XIII, siguiendo las tradiciones paternas, había sido tan poco rey hasta allí, que aun cuando deseaba ardientemente reinar, lo quería con el horror que acompaña siempre a lo desconocido. Pero habiendo tomado su resolución, que por otra parte no comunicó a nadie, se decidió a pedir una entrevista a Mazarino. Ana de Austria, siempre asidua al lado del cardenal, fue la primera que oyó la proposición del rey y quien la transmitió al moribundo haciéndole temblar.

¿Con qué objeto pedía Luis XIV está entrevista? ¿Era para devolver, como había dicho Colbert? ¿Era para guardar, después de dar las gracias, según

pensaba Mazarino? Mas como quiera que el moribundo sentía aumentarse su mal con la incertidumbre, no vaciló un instante.

—Su Majestad será bienvenido —exclamó haciendo a Colbert, sentado al pie de la cama, un signo que comprendió éste muy bien.

—Señora —continuó Mazarino—, ¿será tan bondadosa Vuestra Majestad que asegure por sí misma al rey la verdad de lo que digo?

Ana de Austria se levantó; también ella quería fijarse con respecto a los cuarenta millones, que era el sordo pensamiento de todo el mundo. Salió, y Mazarino hizo un gran esfuerzo, incorporándose hacia Colbert.

—Mira, Colbert —dijo—, han transcurrido dos días desgraciados, dos días mortales, y ya ves, nada ha venido de por allá.

—Paciencia, monseñor —dijo Colbert.

—¡Estás loco, necio! ¡Tú me aconsejas paciencia! ¡Oh! ¡Te burlas de mí, Colbert; ves que me muero y, me dices que espere!

—Monseñor —dijo Colbert con su habitual sangre fría—, es imposible que las cosas no sucedan según he dicho. Su Majestad viene a veros, y él mismo os traerá la donación.

—¿Tú lo crees? Pues bien, yo, por el contrario, estoy cierto de que Su Majestad viene a darme las gracias:

En aquel momento entró Ana de Austria. Al ir en busca de su hijo habíase encontrado en las antecámaras con un nuevo empírico.

Tratábase de unos polvos que debían salvar al cardenal, y Ana de Austria llevaba una muestra de estos polvos.

Pero no era esto lo que aguardaba Mazarino; así es que ni siquiera quiso mirarlos, asegurando que la vida no valía todos los trabajos que se tomaban por conservarla. Mas al mismo tiempo que profería este axioma filosófico, se le escapaba su secreto, largo tiempo contenido.

—Señora —dijo—, no está en eso lo interesante de la situación. Hace dos días que hice al rey una pequeña donación; hasta aquí, por delicadeza sin duda, Su Majestad no ha querido hablar; mas llega el momento de las explicaciones, y yo os suplico me le digáis qué piensa el rey sobre el particular.

Ana de Austria hizo un movimiento para responder, y Mazarino la detuvo.

—¡La verdad, señora —dijo—, en nombre del cielo! ¡No animéis a un moribundo con una esperanza que sería vana!

Detúvose aquí, pues una mirada de Colbert le decía que iba por mal

camino.

—Ya sé —dijo Ana de Austria tomando una mano del cardenal—, ya sé que habéis hecho generosamente, no una pequeña, donación, como decís con tanta modestia, sino un don magnífico. Sé cuán penoso os será que el rey...

Mazarino escuchaba, moribundo y todo, como no lo hubieran hecho diez vivos.

—Que el rey... que el rey —continuó Ana de Austria— no aceptará de buen grado lo que tan noblemente le ofrecéis.

El cardenal se dejó caer sobre la almohada con toda la desesperación de un hombre que se abandona al naufragio; pero conservó todavía bastante, fuerza y presencia de espíritu para clavar en Colbert una de esas miradas que bien valen diez sonetos, es decir, diez poemas.

—¿No es cierto —añadió la reina—, que hubierais considerado la negativa como una especie de injuria?

Mazarino hizo rodar su cabeza sobre la almohada sin proferir ni una sílaba.

La reina, se engañó, o simuló engañarse a esta demostración.

—Así es —repuso—, que he me guiado con buenos consejos; y como ciertas personas, envidiosas indudablemente de la gloria que ibais a conquistar por esa generosidad, se esforzaban en probar al rey que debía rehusar la donación, he luchado en favor vuestro, y he luchado tan bien, que creo no tendréis que sufrir este disgusto.

—¡Ah! —murmuró Mazarino con ojos lánguidos—. ¡Ah! ¡Ese es un servicio que no olvidaré ni un minuto durante las pocas horas que me restan de vida!

—Por lo demás, debo decirlo —continuó Ana de Austria—, no me ha costado poco conseguírselo a Vuestra Eminencia.

—¡Ah! ¡Maldición! ¡Lo creo! ¡Oh!

—¿Qué tenéis?, Dios mío.

—Me abraso.

—¿Padecéis mucho?

—Como un maldito.

Colbert hubiera querido desaparecer bajo los entarimados.

—De suerte —prosiguió Mazarino—, que vuestra Majestad supone que el rey... —y aquí se detuvo unos segundos— que el rey vendrá para hacerme algunos cumplidos...

—Lo creo —dijo la reina.

El cardenal lanzó a Colbert, como si fuese un rayo su última mirada.

En este momento anunciaron los ujieres al rey en las antecámaras llenas de gente. Este anuncio produjo un momento de confusión, del cual aprovechó Colbert para desaparecer por la cortecilla del hueco de la cama. Ana de Austria se levantó y esperó de pie a su hijo. Luis XIV apareció en el umbral, con los ojos clavados en el moribundo, que ya no se tomaba el trabajo de menearse por una Majestad, de la cual pensaba que nada tenía ya que esperar.

Un ujier rodó un sillón hasta ponerlo cerca del lecho. Luis saludó, a su madre, luego al cardenal, y se sentó enseguida. La reina se sentó también.

Y como el rey mirase detrás de sí, el ujier entendió esta mirada, hizo una seña y se apartaron los cortesanos que habían permanecido a la puerta.

El silencio cayó en la cámara con las cortinas de terciopelo.

El rey, aún muy joven y tímido ante aquél que había sido su maestro desde que naciera, le respetaba más en aquella suprema majestad de la muerte, no se atrevía, pues, a entablar conversación, viendo que cada palabra debía tener un pensamiento, no, sólo sobre las cosas de este mundo, sino también sobre las del otro.

En cuanto al cardenal, sólo tenía un pensamiento en aquel momento: su donación. No era el dolor el que le daba aquel aspecto abatido y aquella mirada triste, sino esperar aquel cumplimiento que iba a salir de boca del rey y a cortar toda esperanza de restitución.

El cardenal fue el primero que rompió el silencio.

—¿Ha venido Vuestra Majestad a establecerse en Vincennes?

Luis movió la cabeza.

—Es un favor precioso —continuó Mazarino— que concede a un moribundo y que hará más dulce la muerte.

—Espero —contestó el rey— que vengo a visitar, no a un moribundo, sino a un enfermo susceptible de curación.

Mazarino hizo otro movimiento de cabeza, que significaba: «Muy bondadosa es Vuestra Majestad; pero sé más que vos de esto».

—La última visita, Majestad, la íntima.

—Si así fuese, señor cardenal —dijo Luis XIV—, aún vendría nuevamente a pedir conejos a un guía a quien todo lo debo.

Ana de Austria era mujer y no pudo contener las lágrimas. El mismo Luis

se manifestó muy conmovido, y Mazarino más aún que sus dos huéspedes; pero por otros motivos. Otra vez volvió el silencio; la reina enjugó sus mejillas y Luis recobró su firmeza.

—Decía —continuó el rey— que debo mucho a Vuestra Eminencia. Los ojos del cardenal devoraron al rey, porque sentía llegar el momento supremo.

—Y el principal objeto de mi visita —prosiguió— era daros gracias muy sinceras por el último testimonio de amistad que habéis tenido a bien enviarme.

Las mejillas del cardenal se pusieron cóncavas, sus labios entreabriéronse y el más lamentable suspiro que jamás se haya dado se preparó a salir de su pecho.

—Majestad —dijo—, habré despojado a mi desgraciada familia, habré arruinado a todos los míos, de lo cual pueden hacerme un cargo, pero al menos no se dirá que he rehusado sacrificarlo todo a mi rey.

Ana de Austria renovó su llanto.

—Querido señor Mazarino —dijo el rey con el tono grave que no debía esperarse de su juventud—, me habéis comprendido mal a lo que veo.

El cardenal se incorporó sobre un codo.

—Aquí no se trata de arruinar a vuestra querida familia, ni de despojar a vuestros servidores. ¡Oh, no! Nada de eso.

«Entonces, va a devolverme algo —pensó Su Eminencia—. Saquemos el mendrugo lo más grande posible».

«El rey, se va a enternecer y a darla de generoso —pensó la reina—; no le dejemos que se empobrezca, pues no se presentará nunca semejante ocasión de fortuna».

—Majestad —dijo en voz alta el cardenal—, mi familia es muy numerosa, y mis sobrinas van a verse privadas de todo no viviendo yo.

—¡Oh! —se apresuró a interrumpir la reina—. No sintáis ninguna inquietud con respecto a vuestra familia; nosotros no tendremos amigos más preciosos que vuestros amigos; vuestras sobrinas serán mis hijas, hermanas de Su Majestad, y si se distribuye una gracia en Francia, será para quienes amáis.

—¡Eso es humo! —pensó Mazarino, que comprendía mejor que nadie lo que puede sacarse de las promesas de los reyes.

Luis leyó el pensamiento del moribundo en su rostro. Tranquilizaos, querido Mazarino —le dijo con melancólica sonrisa oculta en su ironía—; las señoritas Mancini perderán su mayor bien con vuestra muerte, pero no por eso

dejarán de ser las herederas más ricas de Francia, y puesto que habéis querido donarme sus dotes.

El cardenal estaba jadeante.

—Yo se los devuelvo —prosiguió el rey Luis XIV sacando de su pecho y alargando hacia el cardenal el pergamino que contenía la donación que por espacio de dos días había producido tantas tempestades en el ánimo Mazarino.

—¿Qué os había dicho, señor? —murmuró en el hueco de la cama una voz que pasó como un soplo.

—¡Vuestra Majestad me devuelve mi donación! —exclamó Mazarino, tan turbado por el regocijo, que olvidó su papel de bienhechor.

—¡Vuestra Majestad devuelve los cuarenta millones! —exclamó Ana de Austria, tan estupefacta que olvidó su papel de afligida.

—Sí, señor cardenal; sí, señora —contestó Luis XIV, rompiendo el pergamino que aún no se había atrevido a coger Mazarino—. Sí, inutilizando este documento que expoliaba a toda la familia. Los bienes adquiridos por Su Eminencia a mi servicio son suyos y no míos.

—Pero —repuso Ana de Austria—, ¡piense Vuestra Majestad que no tiene diez mil escudos en sus arcas!

—Señora, acabo de hacer mi primera acción regia y creo que inaugurará dignamente mi reinado.

—¡Ah! ¡Majestad, tenéis razón! —exclamó Mazarino—. Es ciertamente grande y generoso lo que acabáis de hacer.

Y miraba uno después de otro los pedazos de pergamino esparcidos sobre el lecho, para cerciorarse bien que había roto el original y no una copia.

Al fin, sus ojos se encontraron con aquel en que estaba la firma, y después que la reconoció, dejóse caer debilitado en la almohada.

Ana de Austria, sin fuerza para ocultar su disgusto, alzaba las manos y los ojos al cielo.

—¡Ah, Majestad! —murmuró Mazarino—. ¡Ah, Majestad! ¡Seréis bendecido, Dios mío! ¡Seréis amado por toda mi familia! ¡Per Bacco! Si algún disgusto os viniese de parte de los míos, fruncid las cejas, Majestad, y salgo de mi sepulcro.

Esta fanfarronada no causó todo el efecto con que Mazarino contaba. Luis había ya pasado a consideraciones de un orden superior, y en cuanto a la reina Ana, no pudiendo soportar, sin abandonarse a la ira que sentía rugir dentro de sí, aquella magnanimidad de su hijo y aquella hipocresía del cardenal, se

levantó y salió de la cámara, poco cuidadosa de manifestar así su despecho.

Todo lo adivinó Mazarino, y temiendo que Luis XIV se arrepintiese de su primera decisión, empezó a gritar para dar otra dirección a los ánimos, como más tarde debía hacerlo Scapin en aquella farsa sublime que el regañón y melancólico Boileau se atrevió a reprender a Moliere.

Sin embargo, poco a poco calmáronse los gritos, y cuando Ana de Austria salió de la cámara se extinguieron del todo.

—Señor cardenal —dijo el rey—, ¿tenéis ahora alguna recomendación que hacerme?

—Majestad —contestó Mazarino—, ya sois la misma sabiduría, la prudencia en persona, y en cuanto a generosidad, no digo, lo que acabáis de hacer excede a cuanto han hecho jamás los hombres más bondadosos de la antigüedad y de los tiempos modernos.

El rey permaneció impasible a este elogio.

—¿De modo —dijo—, que os limitáis a darme las gracias, y vuestra experiencia, más conocida todavía que mi sabiduría, mi prudencia y mi generosidad, no os sugiere un consejo amistoso que me sirva para el porvenir?

Mazarino reflexionó un instante, y dijo:

—Mucho acabáis de hacer por mí, es decir, por los míos.

—No me habléis de eso —dijo el rey:

—Pues bien —prosiguió Mazarino—, quiero daros algo en cambio de ésos cuarenta millones que me abandonáis tan regiamente.

Luis XIV hizo un movimiento que demostraba que todas aquellas adulaciones le hacían padecer.

—Quiero —siguió diciendo Mazarino— daros un consejo; y un consejo más valioso que los cuarenta millones.

—¡Señor cardenal! —interrumpió Luis XIV.

—Escuchad el consejo, Majestad.

—Escucho.

Aproximaos, que me debilito... Más cerca, Majestad, más cerca. El rey se inclinó sobre el lecho del moribundo.

—Majestad —dijo el cardenal en voz tan baja que, el soplo de su palabra llegó sólo como una recomendación del sepulcro a los oídos atentos del joven rey—, no tengáis jamás primer ministro.

Luis se incorporó asombrado. El consejo era una confesión. Era un tesoro, en efecto, aquella confesión sincera de Mazarino. El legado del cardenal al joven rey se componía solamente de seis palabras; pero éstas como había dicho Su Eminencia valían cuarenta millones.

Luis permaneció un momento aturdido. En cuanto a Mazarino, parecía haber dicho algo muy natural.

—Ahora, aparte de vuestra familia —dijo el rey—, ¿tenéis alguno a quien recomendarme, señor Mazarino?

Un ligero frotamiento se escuchó en las cortinas de la cama. Mazarino comprendió.

—Sí, sí, Majestad —exclamó vivamente—; os recomiendo un hombre sabio, un hombre honrado, un hombre hábil.

—Manifestadme su nombre, señor cardenal.

—Su nombre os es casi desconocido hasta ahora, Majestad; el señor Colbert, mi intendente. ¡Oh! Valeos de él —añadió Mazarino—; todo lo que ha predicho ha sucedido; tiene buen golpe de vista y jamás se engaña ni sobre las cosas ni sobre los hombres, lo cual es más sorprendente aún. Majestad, mucho os debo, pero creo desquitarme dándoos al señor Colbert.

—Bien —dijo Luis XIV, porque como decía Mazarino, ese nombre de Colbert le era desconocido, y tomaba este entusiasmo del cardenal por delirio de agonizante.

El cardenal volvió a caer en la almohada.

—Por última vez, adiós, Majestad, adiós —murmuró Mazarino—. Estoy cansado y tengo que andar todavía un camino áspero antes de presentarme delante de mi nuevo amo... ¡Adiós, Majestad!

El rey sintió lágrimas en sus ojos. Se inclinó sobre el moribundo, ya medio cadáver, y enseguida se apartó precipitadamente.

Capítulo XLIX

Primera aparición de Colbert

La noche transcurrió entre las angustias del rey y las del moribundo; éste esperaba librarse de sus males; aquél aguardaba su libertad.

Luis no se acostó. Una hora después de su salida de la cámara de Mazarino supo que, recobrando el moribundo algunas fuerzas, se había hecho vestir,

afeitar, y peinar, y que había querido recibir a los embajadores. Semejante a Augusto, consideraba sin duda al mundo como un gran teatro y quería representar dignamente el último acto de su comedia.

Ana de Austria no volvió a presentarse en el aposento del cardenal, pues ya nada tenía que hacer en él. Las conveniencias fueron un pretexto. Por lo demás, el cardenal no preguntó por ella; el consejo que la reina diera a su hijo se le había clavado en el corazón.

A eso de media noche y muy acicalado, Mazarino entró en la agonía. Había revisado su testamento, y como éste era expresión exacta de su voluntad, y temía que una influencia interesada se aprovechase de su debilidad a fin de cambiar algunas de sus disposiciones, había dado a Colbert la consigna, y éste, paseábase en el corredor que conducía a la alcoba del cardenal como el más vigilante centinela.

Encerrado el rey en su habitación, enviaba de hora en hora a su nodriza al departamento de Mazarino, con orden de traerle el parte exacto de la salud del cardenal.

Después de haber sabido que éste se había hecho vestir, afeitar, peinar, y que había recibido a los embajadores, supo también que ya comenzaban por su alma las oraciones de los agonizantes.

A la una de la mañana había ensayado Guénaud el último remedio llamado heroico. Mazarino respiró cerca de diez minutos después de haberlo tomado, y dio orden para que se extendiese por todas partes y al momento el rumor de una crisis feliz. A esta noticia sintió el rey pasar como un sudor frío por su frente; había entrevisto el día de su libertad, y la esclavitud le parecía más triste y menos aceptable que nunca. Pero el parte que siguió cambió enteramente la faz de las cosas. Mazarino ya no respiraba del todo, y apenas repetía las oraciones que a su lado recitaba el párroco de San Nicolás de los Campos. El rey comenzó a andar con agitación en su cámara, y a consultar, al mismo tiempo que andaba, muchos papeles que había sacado de una cajita, cuya llave sólo él guardaba. Volvió por tercera vez la nodriza. Mazarino acababa de hacer un juego de palabras y de ordenar que se volviese a barnizar su Flora de Ticiano.

Finalmente, a eso de las dos de la mañana, ya no pudo el rey resistir su desfallecimiento, pues no había dormido en veinticuatro horas.

El sueño, tan tenaz en su edad, apoderóse de él y le venció por espacio de cerca una hora; pero no se acostó, sino que durmió en su sillón. A las cuatro entró en la cámara la nodriza y lo despertó.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Mi querida Majestad —dijo la nodriza juntando las manos con aire de conmiseración—, ¡ha muerto!

El rey se levantó de un salto, como si hubiese tenido en las piernas un resorte de acero.

—¡Muerto! —exclamó.

—¡Ay! Sí.

—Pero ¿eso es cierto?

—¿Oficial?

—Sí.

—¿Se ha dado ya la noticia?

—Aún no.

—Pero ¿quién te ha dicho que el cardenal haya muerto?

—El señor Colbert.

—¿Y estaba él cierto de lo que decía?

—Salía de la cámara y había tenido durante unos minutos un espejo junto a los labios del cardenal.

—¡Ah! —exclamó el rey—. ¿Y qué ha sido de Colbert?

—Acaba de salir del cuarto de Su Eminencia.

—¿Para ir adónde?

—Para seguirme.

—De modo que está...

—Aquí, mi querida Majestad, esperando en la puerta que tengáis el gusto de recibirlo.

Luis corrió a la puerta, la abrió él mismo, y vio a Colbert en el pasillo, en pie y esperando. El rey estremeciéndose al aspecto de aquella estatua vestida de negro.

Colbert, saludando con profundo respeto, dio dos pasos hacia el rey. Luis entró en la cámara haciendo señas a Colbert para que le siguiera.

Colbert entró y Luis despidió a la nodriza, que cerró la puerta al salir. Colbert se paró modestamente al lado de esa puerta.

—¿Qué venís a decirme, caballero? —dijo Luis muy turbado de ser sorprendido en su pensamiento íntimo, que no podía ocultar completamente.

—Que el señor cardenal acaba de morir, Majestad, y que os traigo su último adiós.

El rey permaneció pensativo un instante, durante el cual miró atentamente a Colbert; era evidente que recordaba el último pensamiento del cardenal.

—¿Sois vos el señor Colbert? —preguntó.

—Sí, Majestad.

—¿Fiel servidor de Su Eminencia, como él mismo me ha dicho?

—Sí, Majestad.

—¿Depositario de una parte de sus secretos?

—De todos.

—Los amigos y domésticos de Su Eminencia me serán queridos, caballero, y tendré cuidado de que seáis colocado en mis oficinas:

Colbert se inclinó.

—¿Sois financiero?

—Sí, Majestad.

—¿Y el señor cardenal os empleaba en sus negocios?

—He tenido tal honor, Majestad.

—Pero creo que nunca hicisteis nada personalmente por mi casa.

—Dispensad, Majestad; yo soy quien tuvo el honor de dar al señor cardenal la idea de una economía que produce trescientos mil francos al año a las cajas de Su Majestad.

—¿Qué economía, caballero?

—¿Vuestra Majestad sabe que los cien suizos tienen encajes de plata en los dos lados de las cintas?

—Indudablemente.

—Pues bien, Majestad, yo soy quien propuso que esos encajes fuesen de plata falsa; esto parece que no es nada; mas son cien mil escudos, son la manutención de un regimiento por un semestre, o el precio de diez mil buenos mosquetes, o el importe de un buque de diez cañones dispuesto a darse a la vela.

—Es cierto —dijo Luis XIV considerando con más atención al personaje—; y es una economía muy bien hecha, pues era ridículo que los soldados llevasen el mismo encaje que los señores.

—Soy dichoso en ser aprobado por Vuestra Majestad —dijo Colbert.

—¿Y es ése el único empleo que teníais con el cardenal? —preguntó el rey.

—También me había encargado el cardenal examinar las cuentas de la superintendencia.

—¡Ah! —dijo Luis XIV, que ya se disponía a despedir a Colbert, pero que se detuvo al oír estas palabras—. ¡Ah! ¿Sois vos a quien el cardenal había encargado de intervenir al señor Fouquet? ¿Qué ha resultado?

—Que hay déficit; pero si Vuestra Majestad me permite...

—Hablad; señor Colbert.

—¿Debo dar algunas explicaciones a Vuestra Majestad?

—No, caballero, vos sois quien habéis intervenido esas cuentas; dadme la suma.

—Eso será fácil, Majestad. Vacío por todas partes, dinero en ninguna.

—Cuidado, caballero; atacáis cruelmente a la administración del señor Fouquet; el cual, según he oído decir, es hombre hábil.

Colbert ruborizóse, y después se puso pálido, porque conoció que desde aquel momento entraba en lucha con un hombre cuyo poder casi igualaba al del que acababa de morir.

—Sí, Majestad, un hombre muy hábil —repitió Colbert inclinándose.

—Pero si el señor Fouquet es un hombre hábil, y si a pesar de su habilidad falta el dinero, ¿quién tiene la culpa?

—Yo no acuso, Majestad, sino pruebo.

—Está bien; haced vuestras cuentas y presentádmelas. ¿Decís que hay déficit? Un déficit puede ser pasajero; el crédito vuelve y los fondos crecen:

—No, Majestad.

—Por este año, quizá, lo comprendo; pero ¿y en el próximo?

—El próximo, Majestad, está tan comido como el actual.

—¿Y el otro año?

—Como el próximo.

—¿Qué me decís, señor Colbert?

—Afirmo que hay cuatro años comprometidos de antemano.

—Entonces se hará un empréstito:

—Ya se han hecho tres, Majestad.

—Crearé oficios a fin de hacerlos renunciar, y se guardará el dinero de las cargas.

—Imposible, Majestad, porque ya ha habido creaciones sobre donaciones de oficios, cuyas provisiones se han entregado en blanco, de modo que los adquirentes gozan de ellos sin desempeñarlos. Por otra parte, el señor superintendente ha dado un tercio de remisión en cada tratado, de suerte que los pueblos son exprimidos sin que se aproveche de ello vuestra Majestad.

El rey, hizo un movimiento.

—Explicadme eso, señor Colbert.

—Que Vuestra Majestad formule su pensamiento y me diga lo que desea que yo le explique.

—Tenéis razón; claridad ¿no es eso?

—Sí, Majestad; claridad. Dios es Dios, sobre todo por haber creado la luz.

—Pues bien —prosiguió Luis XIV—, si hoy que ha muerto el señor cardenal y quedo hecho rey, quisiera, por ejemplo, tener dinero...

—Vuestra Majestad no lo tendría.

—¡Oh! He aquí algo raro, señor. ¿Cómo no iba a encontrarme dinero mi superintendente?

Colbert sacudió su cabezota.

—Entonces —dijo el rey—, ¿tan empeñada están las rentas del Estado que ya no sean rentas?

—Sí, Majestad, hasta ese punto. El rey frunció el ceño.

—Pues entonces reuniré los libramientos para conseguir de los tenedores un descargo, una liquidación a buen precio.

—Imposible, porque los libramientos han sido convertidos en billetes, los cuales, para facilidad de transacción, están cortados en tantas partes originales que es imposible reconocer el original.

Luis, muy agitado, se paseaba de arriba abajo con el ceño siempre arrugado.

—Pues si es así como decís, señor Colbert —dijo al fin deteniéndose de pronto—, ¿estaré arruinado aun antes de reinar?

—Lo estáis, en efecto, Majestad repuso el impasible alineador de guarismos.

—Pero, sin embargo, señor, el dinero está en alguna parte.

—En efecto, y, para empezar, traigo a Vuestra Majestad una nota, pero que me los había confiado a...

—¿A vos?

—Con prescripción de ponerlos en manos de Vuestra Majestad.

—¿Cómo! ¿Además de los cuarenta millones del testamento?

—Sí, Majestad.

—¿Aun tenía más fondos el señor cardenal?

Colbert se inclinó.

—¿Pero ese hombre era un abismo! —murmuró el rey—. El señor Mazarino por una parte, por otra, el señor Fouquet; más de cien millones quizá entre los dos; así no me espanta que mis arcas estén vacías.

Colbert esperaba sin moverse.

—¿Y esa suma que me traéis vale la pena? —preguntó el rey.

—La cantidad es bastante redonda, Majestad.

—¿Asciende?

—A trece millones de libras.

—¿Trece millones! —exclamó Luis XIV estremeciéndose de alegría—. ¿Decís trece millones, señor Colbert?

—Sí, Majestad, he dicho trece millones.

—¿Que todo el mundo ignora?

—Que todo el mundo ignora.

—¿Que están en vuestras manos?

—En mis manos, sí, Majestad.

—¿Y que puedo tener?

—Dentro de dos horas.

—¿Pues dónde se hallan?

—En la cueva de una casa que el señor cardenal poseía y que ha tenido a bien legarme por cláusula particular de su testamento.

—¿Luego conocéis el testamento del señor Mazarino?

—Tengo una copia firmada de su mano.

—¿Una copia?

—Sí, Majestad, hela aquí. Colbert, sacó sencillamente la escritura, de su bolsillo y la enseñó al rey, quien leyó el artículo relativo a la donación de la casa.

—Aquí sólo se trata de la casa —dijo— y en ninguna parte se menciona el dinero.

Perdón, Majestad, está en mi conciencia.

—¿Y el señor Mazarino ha confiado en vos?

—¿Por qué no, Majestad?

—¿El, el hombre desconfiado por excelencia?

—No lo era conmigo, como puede ver Vuestra Majestad.

Luis fijó asombrado su mirada en aquella cabeza vulgar, pero expresiva.

—Sois un hombre honrado, señor Colbert —dijo el rey.

—Eso no es virtud, Majestad, sino deber —contestó, Colbert fríamente.

—Pero ese dinero —añadió Luis XIV—, ¿no es de la familia?

—Si fuera de la familia estaría en el testamento del cardenal, como lo demás de su fortuna. Si fuera de la familia, yo, que he redactado el acta de donación hecha en favor de Vuestra Majestad, hubiese añadido la cantidad de trece millones a la de los cuarenta que ya se os ofrecían.

—¡Cómo! —exclamó Luis XIV—. ¿Sois vos quien redactó la donación, señor Colbert?

—Sí, Majestad.

—¿Y el cardenal os quería? —repuso cándidamente el rey.

—Yo había asegurado a Su Eminencia que Vuestra Majestad no aceptaría —dijo Colbert con el mismo tono de tranquilidad que ya hemos observado, y que, aun en los negocios habituales de la vida, tenía algo de solemne.

Luis pasó una mano por su frente.

—¡Oh! Soy joven —exclamó en voz muy baja— para mandar hombres.

Colbert aguardaba el fin de este monólogo interior, y vio a Luis que alzaba la cabeza.

—¿A qué hora enviaré el dinero a Vuestra Majestad? —preguntó.

—Esta noche a las once. Deseo que nadie sepa lo que tengo. Colbert no respondió, como si la cosa no fuese con él.

—¿Esa suma está en barras o en oro acuñado?

—En oro acuñado, Majestad.

—Bien.

—¿Dónde lo enviaré?

—Al Louvre; gracias, señor Colbert.

Colbert inclinóse y salió.

¡Trece millones! —exclamó Luis XIV cuando se vio solo—. ¡Es un sueño!

Enseguida dejó caer la frente entre las manos, como si en efecto durmiese.

Pero al cabo de un instante alzó la cabeza, sacudió su hermosa cabellera, se levantó, y abriendo con violencia la ventana, bañó sus ardientes sienes en el aire de la mañana que le llevaba el olor acre de los árboles, el dulce perfume de las flores.

Una aurora resplandeciente apareció en el horizonte, y los primeros rayos del sol inundaron de llamas la frente del joven rey.

—Esta aurora es la de mi reinado —murmuró Luis XIV—. ¿Es este un presagio qué me enviáis, Dios Omnipotente?

Capítulo L

Primer día del reinado de Luis XIV

La muerte del cardenal súpose por la mañana en el palacio y en la ciudad.

Los ministros Fouquet, Lyonne, y Letellier entraron en la sala de sesiones para celebrar Consejo.

El rey los mandó llamar al momento.

—Señores —dijo—, mientras vivió el señor cardenal, yo le dejé que gobernara mis asuntos; mas, al presente quiero gobernarlos yo mismo; vosotros me daréis vuestros consejos cuando yo os los pida. ¡Marchaos!

Los ministros miráronse con sorpresa, y si disimularon una sonrisa, fue con gran esfuerzo, porque sabían que el príncipe, educado en una ignorancia absoluta de los negocios, encargábase, por amor propio, de un trabajo demasiado pesado para sus fuerzas.

Fouquet se despidió de sus colegas en la escalera, diciendo:

—Señores, menos tarea para nosotros.

Y subió muy contento en su carroza.

Los otros, algo inquietos del giro que tomaban los acontecimientos, volvieron juntos a París.

El rey pasó a eso de las diez al cuarto de su madre, con la cual sostuvo una conversación muy reservada; y luego, después de cenar, subió en un coche cerrado y se fue derecho al Louvre. Allí recibió a mucha gente, y tuvo cierto placer en ir observando la vacilación de todos y la curiosidad de cada uno.

Luego mandó que se cerrasen todas las puertas del Louvre, excepto una que daba al muelle. En este lugar puso de centinela doscientos suizos que no hablaban ni una palabra en francés, con la consigna de dejar entrar todo lo que fuese fardo o cajón, pero ninguna otra cosa, y de no permitir salir nada.

A las once en punto oyó el rodar de un carro pesado, después el de otro, y enseguida el tercero; tras de lo cual giró silenciosamente sobre sus goznes la verja para cerrarse.

Enseguida arañó alguien con la uña en la puerta del gabinete. El rey fue a abrir por sí mismo, y vio a Colbert, cuyas primeras palabras fueron éstas:

—El dinero está en la cueva de Vuestra Majestad.

Luis bajó entonces a visitar él mismo las barricas de monedas de oro y plata, que, gracias a las precauciones de Colbert, cuatro hombres habían hecho rodar en una cueva, cuya llave había hecho entregar el rey a Colbert aquella misma mañana. Concluida esta revista, Luis entró en su cuarto acompañado de Colbert, que no había animado su inmóvil frialdad con el más insignificante rayo de personal satisfacción.

—Caballero —le dijo el rey—, ¿qué deseáis que os dé en recompensa de vuestra adhesión y probidad?

—Nada absolutamente, Majestad.

—¡Cómo nada! ¿Ni aun la ocasión de servirme?

—Aunque Vuestra Majestad no me proporcione esa ocasión, no por eso le serviré menos. Me es imposible no ser el mejor servidor del rey.

—Seréis intendente de Hacienda, señor Colbert.

—Mas hay un superintendente, Majestad.

—Cierto.

—Majestad, el superintendente es el hombre más poderoso del reino.

—¡Ah! —murmuró el rey Luis ruborizándose—: ¿Creéis...?

—Me aplastará en ocho días, Majestad; por que al fin, Vuestra Majestad

me da una intervención para la cuales menester fuerza. Intendente bajo un superintendente es la inferioridad.

—Queréis apoyo...

—Ya he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad que el señor Fouquet, en vida del señor Mazarino, era el segundo personaje del reino; pero muerto ya Mazarino, el señor Fouquet se ha hecho el primero.

—Caballero, hoy consiento aún en que me digáis esas cosas; pero mañana, pensad bien en ello, ya no las sufriré.

—Entonces, ¿seré inútil a Vuestra Majestad?

—Ya lo sois, puesto que teméis comprometeros en mi servicio.

—Sólo temo no poder serviros.

—¿Qué queréis entonces?

—Deseo que Vuestra Majestad me de ayudantes en el trabajo de la intendencia.

—La plaza desmerece:

—Pero gana en seguridad.

—Elegid, vuestros colegas.

—Los señores Breteuil, Marin y Hervart.

—Mañana aparecerá el decreto.

—¡Gracias, Majestad!

—¿Mas eso todo lo que deseáis?

—No, Majestad; una cosa más.

—¿Cuál?

—Dejadme componer un tribunal de justicia.

—¿Para qué?

—Para juzgar a los arrendadores de rentas y asentistas que han malversado de diez años a esta parte.

—Pero... ¿qué se les hará?

—Se ejecutará a tres, lo cual hará vomitar a los otros.

—No puedo, sin embargo, comenzar mi reinado con ejecuciones, señor Colbert.

—Al contrario, Majestad, a fin de no concluirlo con tormentos. El rey no

respondió.

—¿Consiente Vuestra Majestad? —dijo Colbert.

—Reflexionaré, caballero.

—Será ya tarde cuando esté hecha la reflexión.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que habérmolas con gente más poderosa que nosotros, si están advertidos.

—Compond ese tribunal de justicia.

—Lo compondré.

—¿Es eso todo?

—No, Majestad; todavía hay una cosa importante... ¿Qué derechos da Vuestra Majestad a esa intendencia?

—Mas... No sé... Hay usos...

—Majestad, necesito que sea devuelto a esa intendencia el derecho de leer la correspondencia de Inglaterra.

—Imposible, caballero, porque de esa correspondencia se despoja al consejo; el mismo Mazarino lo hacía.

—Creo que Vuestra Majestad declaró esta mañana que ya no habría Consejo.

—Sí, lo declaré.

—Entonces, lea Vuestra Majestad por sí mismo sus cartas, y sobre todo, las de Inglaterra; insisto particularmente en este punto.

—Caballero, tendréis esa correspondencia, y me daréis cuenta de ella — exclamó el rey con resolución.

—Y entonces, ¿qué tendré que hacer en la Hacienda?

—Todo lo que no haga el señor Fouquet.

—Eso es lo que yo pedía a Vuestra Majestad. Gracias, me voy tranquilo.

Marchó efectivamente al decir estas palabras, mientras Luis lo miraba. Aún no estaba Colbert a cien pasos de distancia del Louvre, cuando recibió el rey un correo de Inglaterra. Después de haber mirado y sondeado la cubierta del pliego rompióla precipitadamente, y encontró una carta del rey Carlos II.

He aquí lo que el príncipe inglés escribía a su hermano:

Vuestra Majestad debe estar muy inquieto con la enfermedad del señor

cardenal Mazarino; pero el exceso del peligro puede servir: el señor cardenal está condenado por su médico. Os agradezco la respuesta que habéis dado a mi comunicación con respecto a lady Enriqueta Estuardo, mi hermana, y dentro de ocho días partirá la princesa para París acompañada de su corte.

Es muy dulce para mí reconocer la fraternal amistad que me habéis demostrado, y de llamaros más justamente aún hermano mío. Me es muy grato sobre todo el probar a Vuestra Majestad, cuánto me ocupo de lo que puede agradarle. Hacéis fortificar ocultamente a Belle-Île-en-Mer. Mal, hecho. Nunca tendremos guerra. Esa medida no me inquieta, pero me entristece... En eso gastáis millones inútiles; decidlo así a vuestros ministros, y creed que mi policía está bien informada; hacedme, hermano mío, los mismos servicios en llegando el caso.

El rey llamó violentamente, y su ayuda de cámara apareció.

—El señor Colbert acaba de salir de aquí, y no puede estar lejos... ¡Que le llamen...! —exclamó.

El ayuda de cámara iba a cumplir la orden, pero le detuvo el rey.

—No —dijo—, no... Veo toda la trama de ese hombre. Belle-Île es del señor Fouquet; Belle-Île fortificada es una conspiración del señor Fouquet. El descubrimiento de esa conspiración es la ruina del superintendente, y ese descubrimiento resulta de la correspondencia de Inglaterra; he aquí por qué quería Colbert tener esa correspondencia ¡Oh!

No me es posible, sin embargo poner toda mi fuerza en ese hombre; él no es más que la cabeza, y me falta el brazo.

Luis dio de repente un alegre grito.

—Yo tenía —observó al ayuda de cámara— un teniente de mosqueteros.

—Sí, Majestad; el señor de D'Artagnan.

—Que ha dejado mi servicio temporalmente.

—Sí, Majestad.

—Que lo busquen, y que venga aquí mañana a la hora de levantarme.

El ayuda de cámara se inclinó y salió.

—Trece millones en mi cueva —dijo entonces el rey—; Colbert teniendo mi bolsa y D'Artagnan llevando mi espada.

—¡Ya soy rey!

Capítulo LI

Una pasión

Al regresar Athos del palacio real el mismo día de su llegada, entró, según ya hemos visto, en su casa de la calle de San Honorato, en la cual encontró al vizconde de Bragelonne, que le charlando con en su cuarto charlando con Grimaud.

No era cosa muy divertida hablar con el antiguo servidor; sólo dos hombres poseían este secreto: Athos y D'Artagnan. El primero lo conseguía porque Grimaud trataba de hacerle hablar también; D'Artagnan, en cambio, porque sabía hacer hablar a Grimaud.

Raúl se hallaba ocupado en hacerse contar el viaje a Inglaterra, y Grimaud lo había referido con todos sus pormenores, con cierto número de gestos y ocho palabras; ni más ni menos.

—Primeramente, había indicado con un movimiento de mano que su señor y él habían atravesado el mar.

—¿Para alguna expedición? —preguntó Raúl.

Grimaud, bajando la cabeza, había contestado que sí.

—¿Donde el señor conde corrió peligros?

Grimaud se encogió de hombros, como para decir: «Ni mucho ni poco».

—Pero ¿ni algún peligro? —insistió Raúl.

Grimaud señaló a la espada, al fuego, y a un mosquete que estaba colgado en la pared.

—Por tanto, el señor conde ¿tenía allí un enemigo? —exclamó Raúl.

—Monk —contestó Grimaud.

—Es raro —continuó Raúl— que el señor conde insista en considerarme como un novicio, y en no hacerme participar del honor o del peligro de esos encuentros. Grimaud sonrió.

En este momento volvió Athos. El huésped le alumbraba la escalera, y Grimaud, reconociendo el paso de su amo, corrió a su encuentro, lo cual cortó en seco la conversación:

Pero Raúl habíase lanzado en vías de interrogación; así es que no se detuvo, y tomando las dos manos del conde con viva ternura, pero respetuosa, dijo:

—¿Cómo es, señor, que os marcháis para un viaje lleno de peligros sin

decirme adiós, sin pedirme el auxilio de mi espada, a mí, que debo ser para vos un sostén, ya que tengo fuerzas; a mí, a quien habéis educado como a un hombre? ¡Ah! ¿Conque queréis exponerme a la terrible prueba de no volver a veros nunca?

—¿Quién os ha dicho, Raúl, que fuese peligroso mi viaje? —dijo el conde poniendo su capa y su sombrero en manos de Grimaud, que acababa de quitarle la espada.

—Yo —dijo Grimaud.

—¿Y por qué? —dijo seriamente Athos.

—Grimaud estaba muy embarazado, y Raúl fue en su auxilio respondiendo por él.

—Es muy natural, señor, que este buen Grimaud me manifieste la verdad en lo que os concierne. ¿Por quién seréis amado y sostenido sino por mí?

Athos no respondió. Hizo un gesto amigable que apartó a Grimaud, sentándose luego en un sillón, mientras Raúl permanecía delante y en pie.

—Siempre tendremos —continuó Raúl— que vuestro viaje era una expedición... y que el hierro y el fuego os han amenazado.

—No hablemos más de eso —dijo Athos dulcemente—; salí de repente, es verdad; pero el servicio del rey Carlos II exigía tan pronta marcha. Os doy las gracias por vuestra inquietud; sé que puedo contar con vos... ¿No os ha hecho falta nada durante mi ausencia, vizconde?

—No, señor; gracias.

—Ordené a Blaisois que os entregará cien doblones en cuanto los necesitaseis.

—Señor, yo no he visto a Blaisois.

—Entonces, ¿os habéis pasado sin dinero?

—Me restaban treinta doblones de la venta de los caballos que tomé para mi última campaña, y además, el señor príncipe tuvo la bondad de hacerme ganar doscientos en el juego hace tres meses.

—¿Jugáis...? No me gusta eso, Raúl.

—Jamás juego, señor; el príncipe me ordenó que llevase sus cartas en Chantilly... una noche que recibió un correo del rey; yo obedecí, y me mandó el príncipe que me quedara con la ganancia de la partida.

—¿Es esa una costumbre de la casa, Raúl? —dijo Athos frunciendo el ceño.

—Sí, señor. Todas las semanas hace el señor príncipe tal obsequio a uno de sus caballeros. Hay cincuenta en casa de Su Alteza, y aquella vez me tocó el turno.

—Bien, ¿con que fuisteis a España?

—Sí, señor, hice un viaje muy placentero e interesante.

—¿Y hace un mes que habéis vuelto?

—Sí, señor.

—Y en ese mes, ¿qué habéis hecho?

—Mi servicio, señor.

—¿No habéis estado en mi casa de la Fère?

Raúl se ruborizó. Athos le miró con ojos fijos:

—Haréis mal en no creerme —dijo Raúl—; conozco que me ruborizo, pero es a pesar mío. La pregunta que me hacéis el honor de dirigirme es de tal naturaleza, que causa en mí muchas emociones. Me ruborizo porque estoy conmovido, mas, no porque mienta.

—Ya sé, Raúl; que no mentís nunca.

—No, señor.

—Pero, además, hacéis mal en eso; lo que yo quería decir...

—La sé muy bien, señor; queríais preguntarme si yo no había estado en Blois.

—Precisamente.

—No he ido, ni todavía he visto a la persona de quien queréis hablarme.

La voz de Raúl temblaba al decir estas palabras. Athos, soberano juez en toda delicadeza, añadió al momento:

—Raúl, me respondéis con sentimiento penoso; veo que sufrís.

—Mucho, señor; me habéis prohibido ir a Blois y volver a ver a la señorita de La Vallière.

Aquí detúvose el joven; este dulce nombre, tan, encantador de pronunciar, desgarraba su corazón, acariciando sus labios.

—Y he hecho bien, Raúl —se apresuró a decir Athos—. No soy un padre bárbaro ni injusto; respeto el verdadero amor; mas pienso para vos en un porvenir... en un inmenso porvenir: Un nuevo reinado va a lucir como una aurora, y la guerra llama al joven rey, lleno de espíritu caballeresco... Lo que necesita ese ardor heroico, es un batallón de oficiales jóvenes y libres que

corran a los hechos con entusiasmo y caigan gritando: ¡Viva el rey! en vez de exclamar: ¡adiós, esposa mía...! Ya comprendéis esto, Raúl. Por más cruel que parezca mi razonamiento, os conjuro a que me creáis y a que no volváis vuestras miradas hacia aquellos primeros días de juventud en que adquiristeis la costumbre de amar, días de muelle abandono que conmueven el corazón y le hacen incapaz de contener esos licores fuertes y amargos que se llaman gloria y adversidad. Repito, Raúl, que veáis en mi consejo el solo deseo de seros útil, la sola ambición de veros prosperar. Os considero capaz de llegar a ser un hombre notable; caminad solo, y caminaréis mejor y con mas prontitud.

—Habéis mandado, señor —replicó Raúl—, y yo obedezco.

—¡Mandado! —murmuró Athos. ¿Es así como me respondéis? ¿Yo os he mandado?

¡Oh! Trastornáis mis palabras. ¡Cómo desconocéis mis intenciones! Yo no he mandado, he suplicado.

—No, señor, habéis mandado —replicó Raúl con terquedad—. Pero aunque no hubierais hecho sino una súplica, esa súplica habría sido más eficaz que una orden. Yo no he vuelto a ver a la señorita de La Vallière.

—¡Pero sufrís! ¡Sufrís! —exclamó Athos.

Raúl no respondió.

—Os encuentro pálido, y os veo triste... ¿Tan fuerte es ese sentimiento?

—Es una pasión —repuso Raúl—, no una costumbre señor, ya sabéis que he viajado mucho y que he pasado dos años lejos de ella. Me parece que toda costumbre puede romperse en dos años. Pues bien, a mi vuelta la amaba, no más, porque eso es imposible, pero sí lo mismo. La señorita de La Vallière es para mí la compañera por excelencia; mas vos sois para mi dios en la tierra... y todo lo sacrificaré a vos.

—Haríais mal —dijo Athos—; yo no tengo ya ningún derecho sobre vos. La edad os ha emancipado y no tenéis necesidad de mi consentimiento. Además, yo no negaré ese consentimiento después de todo lo que acabáis de decirme. Casaos, pues, con la señorita de La Vallière, si gustáis.

Raúl hizo un movimiento, y dijo:

—Sois bondadoso, señor, y vuestra concesión me llena de reconocimiento; mas no aceptaré.

—¡Con que ahora rehusáis!

—¡Sí, señor!

—Nada os echaré en cara, Raúl. Pero tenéis en lo profundo del corazón un

sentimiento contra ese matrimonio; no sois vos quien me lo ha escogido.

—Es verdad.

—Eso basta para que no insista; esperaré.

—Cuidado, Raúl; lo que decís es muy grave.

—Lo sé muy bien, señor; esperaré, os digo.

—¿A que yo muera? —dijo Athos muy conmovido.

—¡Oh, señor! —murmuró Raúl con lágrimas en los ojos—. ¡Es posible que de este modo me desgarréis el corazón, a mí, que no os he dado ningún motivo de queja!

—Es cierto, hijo querido —murmuró Athos, apretando violentamente los labios para reprimir la emoción de que ya no era dueño—. No, no quiero afligiros... sino que no he comprendido lo que esperaréis... ¿Será, quizá, a que no améis ya?

—¡Ah! No, señor, esperaré, a que mudéis de, opinión.

—Quiero hacer una prueba, Raúl; ver si la señorita de La Vallière espera como vos.

—Así lo creo, señor.

—Cuidado, Raúl. ¿Y si no aguardase ella? ¡Ah! Sois tan joven, tan confiado, tan fiel...

Las mujeres son variables.

—Nunca me habéis hablado mal de las mujeres, señor; jamás habéis tenido de qué quejaros de ellas; ¿por qué quejarse ahora con respecto a la señorita de La Vallière?

—Es cierto —dijo Athos bajando los ojos—; jamás os he hablado mal de las mujeres; jamás he tenido por qué quejarme de ellas; jamás me ha motivado una sospecha la señorita de La Vallière; pero, cuando se prevé, es necesario ir hasta las excepciones, hasta las improbabilidades. Por eso os he hablado de si la señorita de La Vallière os esperaría.

—¿Cómo puede ser eso, señor?

—Volviendo los ojos a otra parte.

—¿Sus miradas a otro hombre, queréis decir? —dijo Raúl pálido de angustia.

—Eso es.

—Bien: entonces mataría a ese hombre —dijo seriamente Raúl—, y a

todos los hombres a quienes escogiese la señorita de La Vallière, hasta que uno de ellos me matase a mí o hasta que la señorita de La Vallière me hubiera entregado su corazón.

Athos palideció.

—Creía —contestó con voz sorda—, que no ha mucho me llamabais vuestro dios, vuestra ley en el mundo.

—¡Oh! —exclamó Raúl temblando—. ¿Me prohibiríais el duelo?

—¿Y si lo prohibiese, Raúl?

—Me prohibiríais esperar, señor, y por consecuencia no me prohibiríais morir.

Athos alzó los ojos sobre el vizconde, porque había pronunciado estas palabras con inflexión sombría y acompañadas de una mirada sombría también.

—Basta —dijo Athos después de un largo silencio—, basta ya de este enojoso asunto, en el cual exageramos ambos. Dejad correr días y días, Raúl; haced el servicio; amad a la señorita de La Vallière; en fin, obrad como un hombre, pues tenéis edad de tal, pero no olvidéis que os amo tiernamente y que vos pretendéis amarme.

—¡Ah, señor conde! —murmuró Raúl apretando fuertemente la mano de Athos contra su corazón.

—Bien, amigo mío, dejadme, tengo necesidad de reposo. A propósito, el señor de D'Artagnan ha vuelto de Inglaterra conmigo, y le debéis una visita.

—Iré a verlo, y con mucho gusto, pues quiero mucho al señor de D'Artagnan.

—Tenéis razón; es un hombre honrado y un valiente caballero:

—¡Que os ama! —dijo Raúl.

—Estoy cierto de ello... ¿Sabéis dónde vive?

—Eh el Louvre, en el Palacio Real, donde quiera que esté el rey, ¿No manda los mosqueteros?

—Por el momento, no, porque está con licencia descansando... No lo busquéis, pues, en los puestos de su antiguo servicio; tendréis noticias suyas en casa de un tal señor Planchet.

—¿Su antiguo lacayo? —convertido ahora en abacero.

—¿Calle de los Lombardos, número 9?

—Una cosa así... o calle de Arcis.

—Buscaré, buscaré.

—Le diréis mil cosas en mi nombre, y lo traeréis a comer conmigo antes que me marche a la Fère.

—Bien, señor.

—Adiós, Raúl.

—Señor, veo en vos una Orden que no os conocía, recibid mis parabienes.

—¡El Toisón...! Es cierto. Un juguete, hijo mío, que ya no entretiene a un viejo niño como yo... Buenas noches, Raúl.

Capítulo LII

La lección de D'Artagnan

Raúl no encontró al día siguiente, como esperaba, al señor de D'Artagnan; sólo halló a Planchet, cuya satisfacción fue muy viva al ver de nuevo a aquel joven, saludado con dos o tres cumplidos guerreros no muy propios de un abacero. Pero cuando Raúl regresaba de Vincennes aquella mañana, conduciendo cincuenta dragones que le había confiado el príncipe, vio, en la plaza Baudoyer, a un hombre que, fijamente, miraba una casa como, se mira un caballo que se desea comprar.

Aquel hombre, vestido con traje de paisano, abotonado como un jubón militar, calado un sombrero muy chico, y llevando al costado una larga espada, volvió la cabeza tan pronto como oyó el paso de los caballos y dejó de contemplar la casa para mirar a los dragones.

Aquel hombre era el señor de D'Artagnan; D'Artagnan a pie, D'Artagnan con las manos a la espalda, que pasaba revista a los dragones después de haberla pasado a los edificios. Ni un hombre, ni una correa, ni un casco de caballo se escapó a su inspección.

Raúl iba al lado de la tropa, y D'Artagnan lo distinguió el último.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Vive Dios! —dijo.

—¿No me equivoco? —dijo Raúl deteniendo su caballo.

—No, no te engañas. ¡Buenos días! —contestó el antiguo mosquetero.

Y Raúl estrechó emocionado las manos de su viejo amigo.

—Ten cuidado, Raúl —dijo D'Artagnan—; el segundo caballo de la quinta

fila queda desherrado antes de llegar al puente María; solamente tiene dos clavos en la mano derecha.

—Esperadme —dijo Raúl—, vuelvo.

—¿Dejas tu destacamento?

—Ahí se halla el abanderado para reemplazarme.

—¿Vienes a comer conmigo?

—Con mucho gusto, señor de D'Artagnan.

—Entonces, anda pronto; deja el caballo o procura que me den uno.

—Mejor quiero ir a pie con vos. Raúl corrió a avisar al abanderado, que ocupó su lugar; luego, echó pie a tierra, dio su caballo a uno de los dragones, y, muy contentó, cogió el brazo de D'Artagnan, que lo contemplaba después de todas estas evoluciones con la satisfacción de un conocedor.

—¿De modo que vienes de Vincennes? —le dijo.

—Sí, señor caballero...

—¿Y el cardenal...?

—Está muy enfermo, y hasta afirman que ha muerto.

—¿Estáis a bien con el señor Fouquet? —preguntó D'Artagnan, demostrando con un desdeñoso movimiento de hombros que la muerte del cardenal no le afectaba demasiado.

—¿Con el señor Fouquet? —dijo Raúl—. No le conozco.

—Tanto peor, porque un nuevo rey busca siempre hacerse de criaturas suyas.

—¡Oh! El rey no me quiere mal. Yo no te hablo de la corona —replicó D'Artagnan—, sino del rey... El rey es el señor Fouquet, ahora que ha muerto el cardenal... Se trata de estar a buenas con el señor Fouquet, si no quieres enmohecerte toda la vida, como a mí me ha sucedido... Cierto es que tienes otros protectores, felizmente. El príncipe el primero.

—Ese está gastado, gastado, amigo mío.

—¿Y el conde de la Fère?

—¡Athos! ¡Oh! Eso es distinto; sí, Athos... Y si quieres hacer un buen viaje a Inglaterra a nadie puedes dirigirte mejor. Y aun te diré, sin mucha vanidad, que yo mismo tengo algún crédito en la Corte de Carlos II. ¡Ese sí que es un monarca!

—¡Ah! —dijo Raúl con la cándida curiosidad de los jóvenes bien pacidos

que oyen hablar a la experiencia y al valor.

—Sí, un rey que se divierte, es cierto; pero que también ha sabido poner mano a la espada y apreciar a los hombres útiles. Athos goza de influencia con Carlos II. Tómame dé servicio, para eso, y abandona a los tunantes traficantes que lo mismo roban con manos francesas como con dedos italianos; deja también a esté rey llorón que va a darnos un reinado, de Francisco II. ¿Sabes historia, Raúl?

—Sí, caballero.

—Entonces, sabrás que Francisco II tenía siempre mal de oídos...

—No, no lo sabía.

—Que Carlos IX tenía siempre dolor de cabeza...

—Y Enrique III siempre mal de vientre.

Raúl echóse a reír.

—Pues bien, mi querido amigo, Luis XIV siempre tiene enfermo el corazón; es deplorable ver que un rey suspire por la mañana y por la noche, y que no diga una vez al día: «¡voto a tal!» o «¡diantre!». En fin, algo que anime.

—¿Y es por eso, señor caballero, por lo, que habéis dejado el servicio? —preguntó Raúl.

—Ciertamente.

—Pero, vos mismo, señor de D'Artagnan, echáis la soga tras el caldero; no haréis fortuna, no.

—¡Oh! Lo que es yo —contestó D'Artagnan con tono ligero—, ya estoy asegurado. Poseía algunos bienes de familia.

Raúl lo miró porque era proverbial la pobreza de D'Artagnan. Gascón como era, encarecía por la mala suerte todas las gasconadas de Francia y de Navarra; Raúl había oído nombrar cien veces a Job y D'Artagnan, como se nombra a los gemelos Rómulo y Remo.

D'Artagnan sorprendió esta mirada de sorpresa.

—Además, tu padre te habrá dicho que he estado en Inglaterra.

—Sí, señor.

—Y que tuve allí un encuentro afortunado.

—No, señor; ignoraba eso.

—Sí, uno de mis buenos amigos, un gran señor, el virrey de Escocia y de

Irlanda, me ha hecho hallar una herencia.

—¿Una herencia?

—Y bastante regular.

—¿De suerte que sois rico?

—¡Psch...!

—Os doy la más cordial enhorabuena.

—Gracias... Ahí tienes: mira mi casa.

—¿En la plaza de la Greve?

—Sí. ¿No te gusta ese barrio?

—Al contrario: el agua es muy hermosa de ver...

—¡Oh! ¡Una casa antigua muy linda!

—La Imagen de Nuestra Señora es una taberna antigua que he transformado en casa hace dos días.

—Pero ¿la taberna sigue abierta?

—¡Pardiez!

—¿Y vos, dónde habitáis?

—Yo, en casa de Planches.

—Como me dijisteis ahora poco: «mira mi casa...».

—Lo dije porque es mía; efectivamente... La he comprado.

—¡Ah! —dijo Raúl.

—¡Oh! ¡Mi querido Raúl, un negocio soberbio! He comprado la casa en treinta mil libras, tiene un hermoso jardín que da a la calle de la Mortellerie; la taberna se arrienda en mil libras con el piso principal; el granero o segundo piso, quinientas libras.

—¡Cómo!

—Sin duda.

—¿Un granero quinientas libras? ¡Pero un granero no es habitable!

—Por eso no lo habita nadie; pero ya ves que ese granero tiene dos ventanas que dan a la plaza.

—Sí, señor.

—Pues bien, siempre que enruedan, que ahorcan, que descuartizan o que

quemar a alguien, ¡se alquilan las dos ventanas hasta por veinte doblones!

—¡Oh! —dijo Raúl estremecido.

—¿Es desagradable, verdad? —dijo D'Artagnan.

—¡Oh! —repitió Raúl.

—Esto es desagradable, mas es un hecho... Estos lobos parisienses son en ocasiones verdaderos antropófagos. No concibo que hombres cristianos puedan hacer tales especulaciones.

—Es cierto.

—Por lo que a mí respecta —continuó D'Artagnan—, si yo habitase esta casa, cerraría en los días de ejecución hasta los agujeros de las cerraduras; pero no la habito.

—¿Y arrendáis en quinientas libras ese granero?

—Al feroz tabernero, que lo subarrienda a su vez... Decía, pues, mil quinientas libras.

—El interés natural del dinero.

—Cierto. Y me queda, además, el cuerpo de casa del fondo: almacenes, viviendas y cuevas inundadas cada invierno, doscientas libras; y el jardín, que es muy hermoso, muy bien plantado, muy escondido bajo los muros y la sombra de la fachada de San Gervasio y San Protario, mil trescientas libras.

—¡Mil trescientas libras! Eso es soberbio.

—He aquí la historia: yo supongo a un canónigo cualquiera de la parroquia (estos canónigos son unos Cresos); supongo, pues, un canónigo que alquila el jardín para solazarse en él. El inquilino ha dicho que se llama señor Godard. Este es un nombre verdadero p falso; si verdadero, es un canónigo; si falso, cualquier desconocido. ¿Por qué he de conocerlo? Siempre paga adelantado. Ahora poco cuando te encontré, tenía la idea de comprar una casa en la plaza. Baudoyer que se juntara por detrás con mi jardín y formase una propiedad magnífica. Tus dragones me distrajeron de mi idea. Ea, tomemos la calle de la Cestería; y vamos derechos a casa de maese Planchet.

D'Artagnan aceleró el paso y condujo, en efecto, a Raúl a casa de Planchet, a una sala que el abacero destinaba a su antiguo señor. Planchet había salido, pero estaba servida la mesa. En casa del abacero subsistía un resto de la regularidad y puntualidad militar.

D'Artagnan llevó a Raúl a tratar del capítulo de su porvenir.

—Tu padre te trata severamente —dijo.

—Con justicia, señor caballero.

—¡Oh! Ya sé que Athos es justo; pero tacaño, quizá.

—Tiene una mano regia, señor de D'Artagnan.

—No te apures, muchacho; si tienes necesidad de algunos doblones, aquí está el viejo mosquetero:

—¡Oh! ¡Señor de D'Artagnan!

—Juegas algo, ¿eh?

—Nunca.

—Entonces, ¿serás afortunado con las mujeres...? Te ruborizas...

—¡Oh, pequeño Aramis! Querido, eso cuesta aún más caro que el juego. Cierto que uno se bate al perder, lo cual es una compensación. ¡Bah! Ese llorón de rey hace pagar la multa a las gentes que valen algo. ¡Qué reinado, mi pobre Raúl, qué reinado! ¡Cuando se considera que en mi tiempo se sitiaba a los mosqueteros en las casas, como Héctor y Príamo en la ciudad de Troya! Y entonces lloraban las mujeres, y quinientos descamisados palmoteaban y prorrumpían: «¡Mata, mata!», cuando no se trataba de un mosquetero. ¡Pardiez! No veréis esto vosotros.

—Tenéis ojeriza al rey, señor de D'Artagnan, y apenas le conocéis.

—¿Yo? Oye, Raúl. Día por día y hora por hora, toma buena nota de mis palabras, te predigo lo que hará. Muerto el cardenal llorará mucho, lo cual será lo menos malo, principalmente si no piensa en las lágrimas...

—¿Y luego?

—Luego, hará que el señor Fouquet le de una pensión, y se irá a componer versos a Fontainebleau para la Mancini, a quien la reina sacará los ojos. Ella es española y tiene por suegra a Ana de Austria. ¡Conozco bien a las españolas de la casa de Austria!

—¿Y luego?

—Luego, después de haber hecho arrancar los galones de plata de los suizos, porque el bordado cuesta demasiado caro, pondrá a pie a los mosqueteros, porque la avena y el heno de un caballo cuestan cinco sueldos diarios.

—¡Oh! No digáis tal cosa.

—¡Qué me importa! Ya no soy mosquetero, ¿verdad? Que se vaya a caballo o a pie, que se lleve un asador o unas parrillas, o una espada, o nada, ¿qué me importa?

—Querido señor de D'Artagnan, os suplico que no sigáis hablando mal del rey. Yo estoy casi a su ser vicio, y mi padre me reprendería de haber escuchado, aun de vuestra boca, esas palabras injuriosas para Su Majestad.

—Tu padre... ¡eh! Es el caballero de toda causa quebradiza. ¡Diantre! Tu padre, un valiente, un César, es verdad; pero un hombre sin golpe de vista.

—¡Vamos bien! —dijo Raúl riendo—. Ya vais a hablar mal de mí.

—Padre de aquel a quien llamáis el gran Athos; hoy estáis de mal humor y la riqueza os hace duro, como a otros la pobreza.

—Tienes razón, ¡pardiez!; soy un belitre, un desgraciado viejo, una cuerda deshilachada, una coraza rota, una espuela sin ruedecilla; pero préstame un favor, Raúl; dime una sola cosa.

—¿Qué cosa, señor de D'Artagnan?

—Dime esto... Mazarino no era un pillastre.

—Quizá haya muerto.

—Razón de más, y por eso digo: que era; si no creyese que había muerto, te suplicaría que, dijese: «Mazarino es un pillastre». Ea, dilo, por amor a mí.

—Vaya, lo diré.

—¡Di!

—Mazarino era un pillastre —dijo el vizconde sonriendo al mosquetero, que alegrábase como en sus más bellos días.

—Un momento —dijo éste—. Ya has dicho la primera proposición; he aquí la conclusión. Repite, Raúl, repite: «Pero echaré de menos a Mazarino».

—¡Caballero!

—Si no quieres decirlo, yo lo diré dos veces por ti. ¡Mas, tú echarás de menos a Mazarino!

Aún reían y discutían sobre esta profesión de principios, cuando entró uno de los mozos del abacero, y dijo:

—Una carta para el señor de D'Artagnan.

—Gracias... ¡Toma! —dijo el mosquetero.

—Es la letra del señor conde —dijo Raúl.

—Sí, sí.

Y D'Artagnan rompió el sobre. «Querido amigo, acaban de rogarme de parte del rey que os busque...».

—¿A mí? —dijo D'Artagnan dejando caer el papel sobre la mesa. Raúl lo cogió y siguió leyendo en voz alta:

«Apresuraos. Su Majestad tiene mucha necesidad de hablaros, y os espera en el Louvre».

—¿A mí? —repitió el mosquetero.

—¡Eh! ¡Eh! —dijo Raúl.

—¡Oh! ¡Oh! —respondió D'Artagnan—. ¿Qué quiere decir esto?

Capítulo LIII

El rey

Pasado el primer movimiento de sorpresa, D'Artagnan leyó de nuevo el billete de Athos.

—Es raro —dijo—, que me haga llamar el rey.

—¿Por qué? —dijo Raúl—. ¿No suponéis que el rey deberá echar de menos un servidor como vos?

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró el oficial riendo, con los labios fruncidos—. Linda cosa estáis diciendo, querido Raúl. Si el rey me echara de menos, no me hubiese dejado marchar. No, no; yo veo en esto algo mejor, o peor, si queréis.

—¡Peor! ¿Y qué?, señor caballero, tú eres joven, confiado... ¡Ojalá estuviera yo donde tú! Tener veinticuatro años, la frente tersa y cerebro vacío de todo, a no ser de mujeres, de amor o de buenas intenciones... ¡Oh! Raúl, mientras no hayas recibido las sonrisas de los reyes y las confidencias de las reinas; mientras no hayas tenido dos cardenales, muertos en tu época, tigre el uno, zorro el otro; mientras no hayas... Pero ¿a qué vienen esas niñerías? Es menester separarnos.

—¡Cómo me decís eso! ¡Qué aire tan serio!

—La cosa bien vale la pena... Escuchadme, tengo qué haceros una recomendación.

—Ya escucho, caballero D'Artagnan.

—Avisaré a tu padre mi marcha.

—¿Os marcháis?

—¡Diantre! Le dirás que he pasado a Inglaterra y qué voy a vivir a mi casita de recreo.

—¡A Inglaterra! ¡Vos...! ¿Y las órdenes del rey?

—Cada vez te hallo más cándido. ¿Te figuras tú que así, sin más ni más, voy a presentarme en el Louvre y ponerme a disposición de ese lobezno coronado?

—¡Lobezno el rey! Pero ¿estáis loco?

—Al contrario, nunca he sido más cuerdo. Tú no sabes lo que quiere hacer de mí, ese digno hijo de Luis el Justo... ¡Vive Dios! Esa es la política... Lo que quiere es embastillarme, pura y simplemente.

—¿Con qué propósito? —pregunto Raúl, asombrado de lo que oía.

—A propósito de lo que le dije un día en Blois... Estuve algo vivo y él se acordará.

—¿Qué le dijisteis?

—Que era un roñoso, un canalla, un miserable.

—¡Ah, Dios mío! —dijo Raúl—. ¿Es posible que hayan salido de vuestra boca semejantes palabras?

—Quizá no te haya dado precisamente la letra de mi discurso; pero al menos te he dado el sentido.

—¡Pero el rey os hubiera hecho arrestar al momento!

—¿Par quién? Yo era quien mandaba los mosqueteros, y le hubiera sido necesario mandarme a mí mismo que me condujese a la prisión; yo no hubiera consentido nunca, y me habría resistido a mí mismo. Hoy ha muerto o casi muerto el cardenal, saben que estoy en París, y me atrapan.

—Por tanto, el cardenal era protector vuestro.

—El cardenal me conocía y sabía de mí ciertas particularidades; también sabía yo de él algunas cosas y nos apreciábamos mutuamente... El cardenal, al entregar su alma al diablo, habrá aconsejado a Ana de Austria que me haga habitar en sitio seguro. Ve, pues, en busca de tu padre, relátale el hecho, y adiós.

—Querido señor de D'Artagnan —dijo Raúl, muy conmovido, después de haber mirado por la ventana—, ni siquiera podéis, huir.

—¿Y, por qué?

—Porque permanece abajo un oficial de suizos que os espera.

—¿Y qué?

—Que os arrestará.

D'Artagnan no pudo menos de soltar una carcajada de risa homérica.

—¡Oh! Sé muy bien que resistiréis, que combatiréis, y hasta que saldréis vencedor, pero eso es la rebelión, y vos, que sois también oficial, no ignoráis lo que es la disciplina.

—¡Diablo de niño! ¡Qué bien criado está y qué lógico es! —murmuró D'Artagnan.

—Aprobáis esto, ¿no es verdad?

—Sí. En lugar de pasar por la calle, donde me espera ese bienaventurado, voy a largarme bonitamente por el muro de atrás. Tengo un caballo en la cuadra que es excelente; lo reventaré, mis medios me lo permiten, y de caballo reventado en caballo reventado llegaré a Boulogne en once horas. Sé el camino... No digas más que una cosa a tu padre.

—¿Qué?

—Que... lo que él sabe está muy bien colocado en casa de Planchet, a excepción de un quinto, y que.

—Pero, señor de D'Artagnan, nota que si salís huyendo van a decir dos cosas.

—¿Cuáles, querido?

—Primero, que habéis sentido miedo.

—¡Oh! ¿Y quién dirá eso?

—El primero de todos el rey.

—Pues... dirá la verdad: siento miedo.

—Segundo, que os reconocéis culpable.

—¿Culpable dé qué?

—¡Toma! De crímenes que querrán imputaros.

—También eso es cierto... Así, pues, ¿me aconsejas que vaya a hacerme embastillar?

—El conde de la Fère os lo aconsejaría como yo.

—Lo sé muy bien —dijo D'Artagnan pensativo— tienes razón, no me salvaré. Pero ¿y si me meten en la Bastilla?

—Nosotros os sacaremos —dijo Raúl tranquilamente.

—¡Pardiez! —exclamó D'Artagnan tomándole una mano—. Has dicho eso de una manera— valiente, Raúl; la de Athos pura. Pues bien, parto. No olvides mi último encargo.

—A excepción de un quinto —dijo Raúl.

—Sí. Eres un guapo mozo, y deseo que añadas una cosa, a esa última.

—Hablad.

—Esta: si no me sacáis de la Bastilla, y me muero en ella, lo cual se ha visto ya... seré un detestable prisionero, yo, que soy un hombre pasable... En ese caso, te doy los tres quintos, y el cuarto a tu padre.

—¡Caballero!

—¡Diantre! Si queréis, hacerme decir misas, sois libre en ello. Dicho esto descolgó su tahalí, ciñó la espada, caló el sombrero, en ya pluma era nueva, y tendió la mano a Raúl.

Una vez en la tienda, dirigió una ojeada a los mozos, que contemplaban la escena con orgullo y cierta inquietud, y, metiendo la mano en una caja de pasas de Corinto, se fue hacia el oficial, que aguardaba filosóficamente delante de la puerta de la tienda.

—¡Esas facciones...! ¿Sois vos, señor de Friedisch? —exclamó alegremente el mosquetero—. ¡Hola! ¡Así se arresta a los amigos!

—¡Arrestar! —murmuraron entre ellos los mozos.

—Yo soy —dijo torpemente el suizo—; buenos días, señor de D'Artagnan.

—¿He de daros la espada? Os prevengo que es muy larga y pesada: dejádmela hasta el Louvre. No puedo andar sin espada por la calle, y vos también andaríais mal llevando dos.

—El rey no ha dicho nada —replicó el suizo—; guardad, por tanto, vuestra espada.

—Eso es magnífico de parte del rey Marchemos al momento.

El señor de Friedisch no era hablador, y D'Artagnan tenía muchas cosas en que pensar para serio. Desde la tienda de Planchet al Louvre no mediaba mucha distancia, y llegaron en diez minutos, cuando ya era de noche.

El señor de Friedisch quiso entrar por el postigo.

—No —observó D'Artagnan—; par ahí perderíamos tiempo; tomad la escalerilla.

El suizo hizo lo que le recomendaba D'Artagnan, y lo condujo al vestíbulo del gabinete de Luis XIV.

Llegado allí saludó a su prisionero, y, sin decir más se volvió a su puesto.

D'Artagnan no tuvo siquiera tiempo de preguntarse por qué no le quitaron

la espada, cuando se abrió la puerta del gabinete, y un ayuda de cámara llamó:

—¡Señor de D'Artagnan!

El mosquetero tomó su actitud de parada y entró con dos ojos extremadamente abiertos, la frente serena y el bigote alisado.

El rey estaba sentado a su mesa y escribía.

Pero no se movió cuando los pasos del mosquetero resonaron en el pavimento, y ni siquiera volvió la cabeza. D'Artagnan se adelantó hasta la mitad de la sala, y viendo que el rey no paraba la menor atención en él, comprendiendo además muy bien que aquello era afectación, como un preámbulo enfadoso para la explicación que se preparaba, volvió la espalda al príncipe y se puso a contemplar con todos sus ojos los frescos de la cornisa y las grietas del techo.

Esta maniobra fue acompañada de este monólogo tácito:

«¡Ah! Deseas humillarme, tú a quien he visto muy chiquito, tú a quien he salvado como hijo mío, a quien he servido como a mi Dios, es decir, por nada. ¡Espera, espera, vas a ver lo que puede hacer un hombre que ha silboteado la tonada del baile de los hugonotes en las barbas del señor cardenal, del verdadero cardenal!».

En aquel momento volvióse Luis XIV y dijo:

—¿Estáis ahí, señor de D'Artagnan? D'Artagnan vio el movimiento y lo imitó.

—Sí, Majestad —dijo.

—Bien, tened la amabilidad de esperarme.

D'Artagnan no respondió nada, pero se inclinó.

«Esto es muy delicado —pensó—, y nada tengo que decir».

Luis hizo un rasgo de pluma violento y la arrojó con cólera.

«Ea, enfádate para ponerte en punto —pensó el mosquetero—; también me pondrás a mis anchas y no estará de más lo que te dije el otro día en Blois».

Luis se levantó, pasó una mano por la frente, y; parándose luego delante de D'Artagnan, lo miró con aire imperioso y benévolo a la vez.

«¿Qué desea de mí? Veamos, que acabe», pensó el mosquetero.

—Caballero —dijo el rey—, sin duda, sabréis que el señor cardenal ha muerto.

—Tenía mis dudas, Majestad.

—Sabréis, por tanto, que soy el amo en mi casa.

—Esa no es cosa que date de la muerte del cardenal, Majestad; siempre es uno amo de su casa cuando quiere.

—Sí; mas os acordaréis de todo lo que me dijisteis en Blois.

Ya llegamos —pensó D'Artagnan—; no me he engañado. Vamos, tanto mejor; esto prueba que todavía tengo el olfato bastante fino.

—¿No me contestáis? —dijo Luis.

—Majestad, creo que me acuerdo.

—¿Solamente creéis?

—Hace tanto tiempo...

—Si no os acordáis, yo sí me acuerdo; mirad lo que dijisteis; escuchad atentamente.

—¡Oh! Escucho con todos mis oídos, Majestad, porque probablemente la conversación tomará un giro favorable para mí.

Luis miró de nuevo al mosquetero; éste acarició la pluma de su sombrero, luego el bigote y aguardó intrépidamente.

Luis XIV prosiguió:

—Señor, ¿habéis abandonado mi servicio después, de haberme dicho toda la verdad?

—Si, Majestad.

—Después de haberme declarado lo que creíais cierto, respecto a mi modo de pensar y obrar. Eso siempre es un mérito. Empezasteis por decir que llevabais treinta y cuatro años al servicio de mi familia y que estabais cansado.

—Lo dije, sí, Majestad.

—Y confesasteis luego que ese cansancio era un pretexto, y que el descontento era la causa real.

—En efecto, estaba descontento; pero ese descontento no se ha manifestado en ninguna parte, y si como hombre de corazón he hablado alto delante de su Majestad, ni aun siquiera he pensado en presencia de otra persona.

—No os excuséis, D'Artagnan, y seguid oyéndome. Cuando me hicisteis el cargo de vuestro descontento, recibisteis por respuesta una promesa; os dije que esperaseis, ¿no es eso?

—Majestad.

—Y me contestasteis: «¿Más tarde? ¡No, ahora, ahora mismo...!». No os excuséis, os digo... Eso es natural; pero no teníais caridad para vuestro príncipe, señor D'Artagnan.

—¡Majestad...!

—¿Piedad... para un rey, de parte de un soldado?

—Bien me comprendéis; bien sabéis que yo tenía necesidad de ella; bien sabéis que yo no era el amo; bien sabéis que mi porvenir no era más que una esperanza, y sin embargo, me respondisteis cuando yo hablaba de ese porvenir: «¡Mi licencia... ahora mismo!». ».

D'Artagnan mordióse el bigote.

—Es verdad —murmuró.

—No me habéis lisonjeado cuando yo estaba lleno de angustia añadió Luis XIV.

—Pero —replicó D'Artagnan alzando con dignidad la cabeza—, si no he lisonjeado a Vuestra Majestad pobre, tampoco le he hecho traición; e derramado mi sangre por nada, he velado como un perro a la puerta, sabiendo muy bien que no me echarían ni pan ni huesos. Pobre también, yo sólo he solicitado la licencia de que habla Vuestra Majestad.

—Sé muy bien que sois un hombre valiente; pero yo era un joven y me debíais excusar... ¿Qué teníais que reprobar al rey? ¿Que dejaba a Carlos II...? Más aún... ¿Que no se casaba con la señorita Mancini?

—¡Ah, ah! —pensó este último—. Hace más que acordarse... Adivina... ¡Diablo!

Al pronunciar esta palabra, el rey fijó en el mosquetero una mirada profunda.

—Vuestro juicio —prosiguió Luis XIV— caía sobre el rey y sobre el hombre..., pero, señor de D'Artagnan... esa debilidad, porque vos la consideráis como una debilidad.

D'Artagnan no respondió.

—Me la echáis también en cara con respecto al cardenal difunto; porque el señor cardenal me ha educado, sostenido... sosteniéndose él mismo a su vez, lo sé bien; pero al fin, el beneficio queda adquirido. Si hubiera sido ingrato y egoísta, ¿me habríais amado más y servido mejor?

—Majestad...

—No hablemos más de eso, señor; sería causaros mucho disgusto y a mí mucha pena.

D'Artagnan no estaba convencido. Tomando el rey para con él un tono de altivez, no adelantaba su negocio.

—¿Habéis reflexionado después? —repuso Luis XIV.

—¿En qué, Majestad? —preguntó cortésmente D'Artagnan.

—En todo lo que os he dicho, señor.

—Sí, Majestad... sin duda.

—¿Y no habéis aguardado más que una ocasión para recoger vuestras palabras?

—Majestad...

—Vaciláis, según parece...

—No entiendo bien lo que Vuestra Majestad hace el honor de decirme.

Luis arrugó el entrecejo.

—Perdonadme, Majestad; tengo la, inteligencia particularmente espesa... y las cosas no penetran en ella sino con dificultad; cierto es que una vez dentro, allí permanecen.

—Sí, me parece que tenéis buena memoria.

—Casi tanta como Vuestra Majestad.

—Entonces; dadme pronto una solución. El tiempo es precioso. ¿Qué hicisteis después de la licencia?

—Mi fortuna, Majestad.

—Dura es la palabra, señor de D'Artagnan.

—Vuestra Majestad la toma en mal sentido, sin duda. Yo no tengo para el rey sino profundo respeto, y tal vez habré sido impolítico, lo cual puede perdonárseme por mi larga costumbre de andar por campamentos y cuarteles. Vuestra Majestad está muy por encima de mí para enojarse de una palabra escapada; involuntariamente a un soldado.

—En efecto, señor; sé que habéis hecho en Inglaterra una acción hermosa. Lo único que siento es que habéis faltado a vuestra promesa.

—¿Yo? —exclamó D'Artagnan.

—Ciertamente... Me empeñasteis palabra de no servir a ningún príncipe al dejar mi servicio... Sin embargo, por el rey Carlos II habéis trabajado en el maravilloso rapto del señor Monk.

—Dispensadme, Majestad; trabajé por mí.

—¿Y os ha salido bien?

—Como a los capitanes del siglo XV los golpes de mano y las aventuras.

—¿A qué llamáis salir bien una cosa? ¿Una fortuna?

—A cien mil escudos que poseo, Majestad; es decir, a haber ganado en una semana el triple de todo el dinero que había reunido en cincuenta años.

—La suma es bonita... Sois ambicioso, según veo.

—La cuarta parte me parecería un tesoro, y os juro que no pienso en aumentarlo.

—¡Ah! ¿Contáis con permanecer ocioso...?

—Sí, Majestad.

—¿Pensáis dejar la espada?

—Ya está dejada.

—Imposible, señor —dijo Luis con resolución.

—Pero, Majestad... ¿Qué?

—¿Por qué es eso?

—Porque yo no quiero —dijo el príncipe con voz de tal modo imperiosa, que D'Artagnan hizo un movimiento de sorpresa y de inquietud.

—¿Me permitirá Vuestra Majestad que le diga una palabra?

—Decid.

—Esa resolución ya la había tornado estando pobre y desnudo.

—Bien; ¿y qué más?

—Por tanto, hoy que por mi industria he adquirido un bienestar asegurado, Vuestra Majestad me despojaría de mi libertad y me condenaría a lo menos cuando tan bien he ganado lo más.

—¿Quién os ha permitido sondear mil designios y contar conmigo? —repuso Luis XIV con voz casi colérica—. ¿Quién os ha dicho lo que yo haré, lo que haréis vos mismo?

—Majestad —dijo reposadamente el mosquetero—, según veo, no está la conversación a la altura de la franqueza, como el día en que nos explicamos en Blois.

—No, señor, todo ha cambiado.

—Hago a Vuestra Majestad mis más cordiales cumplimientos; pero...

—Pero no lo creéis.

—No soy un gran hombre de Estado; sin embargo, tengo mi golpe de vista para los acontecimientos, y no veo las cosas como Vuestra Majestad, señor. El reinado de Mazarino ha concluido; pero comienza el de los financieros, que son los que tienen el oro, y Vuestra Majestad; no debe tener mucho. Estar bajo las uñas de esos lobos hambrientos es cosa dura para un hombre que contaba con su independencia.

En aquel momento llamó alguien con cautela a la puerta del gabinete, y Luis levantó la cabeza con orgullo.

—Perdonad, señor de D'Artagnan —dijo—; es el señor Colbert que viene a darme cuenta de un asunto. Pasad, señor Colbert.

D'Artagnan se apartó; Colbert entró con los papeles en la mano y se acercó al rey.

Debemos decir que el gascón no perdió la ocasión de aplicar su golpe de vista penetrante al nuevo rostro que aparecía.

—¿Está ya hecha la instrucción? —preguntó el rey a Colbert.

—Sí, Majestad.

—¿Y el parecer de los instructores?

—Es que los acusados han merecido la confiscación y la muerte. ¡Ah, ah! —murmuró el rey sin pestañear, pero echando al mosquetero una mirada oblicua—. ¿Y vuestro parecer, señor Colbert?

Colbert miró a D'Artagnan a su vez, que le estorbaba y detenía las palabras en los labios. Luis XIV comprendió.

—No os impacientéis —dijo—; es el señor de D'Artagnan. ¿No le conocéis?

Entonces se miraron estos dos hombres: D'Artagnan con los ojos abiertos y brillantes; Colbert con los ojos medio cerrados. La franca intrepidez del uno desagradó al otro, la cautelosa circunspección del financiero disgustó al soldado.

—¡Ah, ah! Este señor es quien ha dado ese hermoso golpe en Inglaterra —dijo Colbert.

Y saludó ligeramente a D'Artagnan.

—¡Ah, ah! —dijo el gascón—. Este señor es quien ha escatimado la plata de los galones de los suizos... ¡Loable economía!

Y saludó ceremoniosamente.

El financiero había creído cortar al soldado; pero el soldado cortaba al financiero.

—Señor de D'Artagnan —repuso el rey, que no había observado todos los matices que Mazarino no hubiera dejado escapar—, se trata de arrendadores de rentas que me han robado; a quienes hago ahorcar, y cuya sentencia de muerte voy a firmar.

D'Artagnan palideció.

—¡Oh, oh! —exclamó.

—¿Qué decís?

—Nada, Majestad; esos no son asuntos míos.

El rey ya tenía la pluma en la mano y la acercaba al papel. Majestad —dijo en voz baja Colbert—, os prevengo que si bien es necesario un ejemplo, este ejemplo puede tener algunas dificultades en la ejecución.

—¿Cómo es eso? preguntó Luis XIV.

—No se os oculta —continuó Colbert tranquilamente— que tocar a los arrendadores es tocar a la superintendencia. Los desgraciados, los dos culpables de que se trata, son amigos particulares de un personaje poderoso, y el día del suplicio, que por otra parte puede, sofocarse en el Chatelet, se alzarían a no dudarlos tumultos.

Luis se sonrojó y volvióse hacia D'Artagnan, que se roía dulcemente el bigote, no sin una sonrisa de lástima para el financiero, como también para el rey, que tanto tiempo hacía lo escuchaba.

Entonces Luis XIV cogió la pluma, y, con un movimiento tan rápido que le tembló la mano sentó sus dos firmas en los procesos, presentados por Colbert, a quien miraba de frente:

—Señor Colbert —dijo—, cuando me habléis de negocios, borrad a menudo la palabra dificultad de vuestros razonamientos y opiniones; en cuanto a la palabra imposibilidad, no la pronunciéis jamás.

Colbert se inclinó, muy humillado de haber sufrido esta lección delante del mosquetero; ya iba a salir, mas deseoso de reparar su falta.

—Olvidaba decir a Vuestra Majestad —dijo— que las confiscaciones ascienden a cinco millones de libras.

«Soberbio», pensó D'Artagnan.

—Lo cual hace en mis arcas... —dijo el rey.

—Dieciocho millones de libras, Majestad —respondió Colbert

inclinándose.

—¡Pardiez! —murmuró D'Artagnan—: ¡Eso es hermoso!

—Señor Colbert —añadió el rey—, os ruego que atraveséis la galería donde espera el señor de Lyonne, y le digáis que traiga lo que ha redactado... de orden mía.

—Al instante, Majestad; ¿no me necesita ya esta noche Vuestra Majestad?

—No, señor; adiós. Colbert salió.

Volvamos a nuestro asunto, señor de D'Artagnan —dijo Luis XIV, como si nada hubiera pasado—. Ya veis que en cuanto al dinero hay un cambio notable.

—Como de cero a dieciocho —dijo alegremente el mosquetero—. ¡Ah! Eso era lo que necesitaba Vuestra Majestad el día en que llegó a Blois el rey Carlos II; los dos Estados no estarían hoy en contienda; porque necesario es que lo diga, aquí también veo yo una piedra de escándalo.

—En primer lugar, sois injusto, señor, porque si la Providencia me hubiese consentido dar aquel día el millón a mi hermano Carlos, no habríais abandonado mi servicio, y, por tanto, no hubierais hecho vuestra fortuna... como decíais ahora poco... Pero, además de esta felicidad, tengo otra, y no debe sorprenderos mi contienda con la Gran Bretaña.

Un ayuda de cámara interrumpió al rey y anunció al señor de Lyonne.

—Entrad, señor —dijo el rey—; sois muy exacto, lo cual es de buen servidor. Veamos vuestra carta a mi hermano Carlos II.

D'Artagnan escuchó.

—Un momento; señor —dijo negligentemente Luis al gascón—; necesito despachar a Londres mi consentimiento al matrimonio de mi hermano, el señor duque de Orléans, con lady Enriqueta Estuardo.

—Me vence a lo que veo —murmuró D'Artagnan, mientras el rey firmaba la carta y despedía al señor de Lyonne—; pero, a fe mía, lo confieso, mientras más sea batido, más contento estaré.

El rey siguió con la vista al señor de Lyonne hasta que la puerta se cerró, y aún dio tres pasos como si hubiera querido seguir a su ministro. Pero se detuvo después de dar estos tres pasos, hizo una pausa, y, volviéndose hacia el mosquetero, dijo:

—Ahora, démonos prisa en concluir. El otro día me dijisteis en Blois que no erais rico.

—Pero ya lo soy, Majestad.

—Sí, pero eso no me concierne; no tenéis mi dinero, sino el vuestro; esto no es cuenta mía.

—No entiendo muy bien lo que dice Vuestra Majestad. Entonces, en lugar de hacerme que os saque las palabras, hablad espontáneamente. ¿Tendréis bastante con veinte mil libras al año? Dinero fijo.

—Pero, Majestad... —replicó D'Artagnan abriendo enormemente los ojos.

—¿Tendréis bastante con cuatro caballos cuidados y alimentados, y con un suplemento de fondos, tal como lo solicitabais, según las ocasiones y las necesidades, o bien preferís una renta fija, que sería, por ejemplo, de cuarenta mil libras? Responded:

—Señor, Vuestra Majestad.

—Estáis sorprendido, es muy natural, y ya me lo esperaba; responded pronto, o creeré que no tenéis aquella rapidez de juicio que siempre he apreciado en vos.

—Verdad es, Majestad, que veinte mil libras al año son una bonita suma; pero...

—Nada de pero. Sí o no. ¿Es indemnización honrosa?

—¡Oh! Verdaderamente.

—¿Os contentáis entonces?

—Está muy bien.

—Además, señor, se abonarán aparte los gastos, para lo cual os entenderéis con Colbert. Ahora, pasemos a otra cosa más interesante.

—Prefiero, había dicho a Vuestra Majestad...

—Que queráis descansar, lo sé muy bien; solamente que yo os respondí que no quería... ¿Soy o no el amo?

—Lo sois.

—Enhorabuena: ¿Estáis en vena de ser otra vez capitán de los mosqueteros?

—Sí, Majestad.

—Pues bien, aquí tengo vuestro despacho ya firmado; lo pongo en esta papelería; el día que volváis de cierta expedición que tengo que confiaros, vos mismo lo sacaréis de ella.

D'Artagnan vacilaba todavía y tenía la cabeza inclinada.

—Vamos, señor —dijo el rey—, se creería al veros que no sabéis que en la

corte del rey cristianísimo, el capitán general de los mosqueteros va delante de los mariscales de Francia.

—No lo ignoro, Majestad.

—Pues se diría que no fiáis de mi palabra.

—¡Oh! Jamás... No creáis tales cosas.

—He querido demostraros que vos, tan buen servidor, habíais perdido un buen amo.

—¿Soy yo el que os hace falta?

—Comienzo a pensar que sí, Majestad.

—Pues bien, señor, vais a entrar en vuestras funciones. Vuestra compañía está desorganizada desde que os marchasteis, y los hombres van a escondidas a la taberna, donde se baten, a pesar de mis edictos y los de mi padre. Reorganizaréis el servicio lo más pronto posible.

—Sí, Majestad.

—Ya no abandonaréis mi persona corriente. Y marcharéis conmigo al ejército, donde acamparéis alrededor de mi tienda.

—Entonces, Majestad —dijo D'Artagnan—, si es para imponerme un servicio como éste, Vuestra Majestad, no tiene necesidad de darme veinte mil libras, que no ganaría.

—Quiero que tengáis un estado, casa y mesa; quiero que mi capitán de mosqueteros sea un personaje.

—Y yo —dijo bruscamente D'Artagnan— no quiero el dinero encontrado, sino el ganado. Vuestra Majestad me da un oficio de perezoso que cualquiera desempeñaría por cuatro mil libras.

Luis XIV se echó a reír.

—Sois un gascón muy fino, señor de D'Artagnan; me sacaréis mi secreto del corazón.

—¡Bah! ¿Vuestra Majestad tiene un secreto?

—Sí, señor.

—Entonces, acepto las veinte mil libras; porque guardaré ese secreto, y, la discreción no tiene precio en los tiempos que corren. ¿Desea Vuestra Majestad hablar ahora?

—Vais a calzaros las botas, señor de D'Artagnan, y a montar a caballo.

—¿Ahora mismo?

—Dentro de dos días.

—Está bien, Majestad; porque tengo que arreglar mis asuntos antes de marchar, sobre todo si hay golpes que recibir.

—Pudiera ser.

—Se recibirán. Pero, Majestad, habéis hablado a la avaricia, a la ambición; habéis hablado al corazón del señor de D'Artagnan; mas habéis olvidado una cosa.

—¿Cuál?

—No habéis hablado a la vanidad; ¿cuándo seré caballero de las órdenes del rey?

—¿Y eso os tiene preocupado?

—Sí, tengo a mi amigo Athos, que está todo él galardonado, y eso me ofusca.

—Seréis caballero de mis órdenes un mes después de haber tomado el despacho de capitán.

—¿Cómo! —exclamó el oficial pensativo—. ¿Después de la expedición?

—Precisamente.

—Entonces, hable Vuestra Majestad.

—¿Conocéis la Bretaña?

—No, Majestad.

—¿Tenéis amigos?

—¿En Bretaña? No, a fe.

—Tanto mejor. ¿Entendéis de fortificaciones?

D'Artagnan sonrió.

—Me parece que sí, Majestad.

—Es decir, que podéis distinguir bien una fortaleza de una simple fortificación, cómo se permite a los castellanos, nuestros vasallos.

—Yo distingo un fuerte de un parapeto, como se distingue una coraza de una costra de pastel. ¿Es suficiente?

—Sí, señor. Partiréis, pues.

—¿Para la Bretaña?

—Sí.

—¿Solo?

—Absolutamente solo.

—Esto es, que no podréis llevar ni un lacayo.

—¿Y puedo preguntar a Vuestra Majestad por qué razón?

—Porque muchas veces haréis perfectamente en disfrazaros vos mismo de criado de una buena casa. Vuestra fisonomía es muy conocida en Francia, señor de D'Artagnan.

—¿Y luego, Majestad?

Luego, os pasaréis por la Bretaña y examinaréis con cuidado las fortificaciones del país.

—¿Las costas?

—Y las islas también.

—¡Ah!

Empezaréis por Belle-Île-en-Mer.

—Que es del señor Fouquet —dijo D'Artagnan en tono grave y alzando sobre Luis XIV su inteligente mirada.

—Me parece que tenéis razón, señor; y que Belle-Île es, en efecto, del señor Fouquet.

—Entonces, lo que quiere Vuestra Majestad es que sepa si Belle-Île es buena plaza.

—Sí.

—Si sus fortificaciones son nuevas o viejas...

—Justamente.

—Y si, por casualidad, los vasallos del señor superintendente son bastante numerosos para formar una guarnición.

—Eso es lo que os pido, señor; habéis puesto el dedo en la llaga.

—¿Y si no se fortifica, Majestad?

—Iréis por la Bretaña, escuchando y juzgando.

D'Artagnan se atusó el bigote.

—¿Soy espía del rey? —dijo muy claro.

—No, señor.

—Perdonadme; mas espío por cuenta de Vuestra Majestad.

—Vais a la descubierta, señor. Es lo mismo que si marcharais a la cabeza de mis mosqueteros, con la espada en la mano, para descubrir un lugar cualquiera o una posición del enemigo...

A esta palabra se estremeció visiblemente D'Artagnan.

—Acaso —continuó el rey— ¿os creeríais un espía?

—¡No, no! —murmuró D'Artagnan pensativo—. La cosa muda de aspecto cuando se descubre el enemigo; no, en este caso no es uno más que un soldado... ¿Y si fortifican a Belle-Île? —añadió de pronto.

—Tomaréis un plano exacto de la fortificación.

—Eso no me concierne; es cosa vuestra.

—¿No habéis oído que os daba un suplemento de veinte mil libras al año si queríais?

—Sí, tal, Majestad, mas, ¿y si no la fortifican?

—Os volveréis tranquilamente, sin fatigar vuestro caballo.

—Estoy dispuesto, Majestad. Mañana empezaráis por ir a casa del señor superintendente a tomar la cuarta parte de la pensión que os doy. ¿Conocéis al señor Fouquet?

—Muy poco, señor; pero haré notar a Vuestra Majestad que no es muy preciso que lo conozca.

—Dispensad, señor; porque os negará el dinero que yo quiero que cobréis, y esa negativa es la que yo aguardo.

—¡Ah! —exclamó D'Artagnan—. ¿Y luego?

—Negado el dinero, iréis a buscarlo en casa del señor Colbert. A propósito, ¿tenéis un buen caballo?

—Sí, Majestad.

—¿Cuánto pagasteis por él?

—Ciento cincuenta doblones.

—Os, lo compro. Tomad un bono de doscientos doblones.

—Pero, Majestad, necesito mi caballo para viajar.

—¿Y qué?

—Que os quedáis con el mío. Nada de eso, al contrario, os lo doy. Sólo que como es mío y no vuestro, estoy seguro de que no lo contemplareis mucho.

—¿Tiene prisa Vuestra Majestad?

—Ciertamente.

—Entonces, ¿qué me obliga a esperar dos días?

—Razones que yo conozco.

—Eso es distinto. El caballo podrá adelantar esos dos días en los ocho que tiene que andar; además, tenemos la posta.

—No, no, la posta compromete mucho, señor de D'Artagnan; partid y no olvidéis que sois mío.

—¡Majestad, no soy yo quien ha olvidado eso nunca! ¿A qué hora me despediré de Vuestra Majestad pasado mañana?

—¿Dónde vivís?

—Desde ahora he de vivir en el Louvre, Majestad.

—No quiero eso; conservaréis vuestra habitación en la ciudad; yo la pagaré. Partiréis de noche; en atención a que debéis salir sin ser visto, o si sois visto sin que sepan que me pertenecéis. Punto en boca, señor.

—Todo cuanto ha dicho Vuestra Majestad se comprende en esa palabra.

—Os preguntaba dónde vivís, porque no puedo enviar siempre a buscaros en casa del señor conde de la Fère.

—Yo habito en casa del señor Planchet, abacero de la calle de los Lombardos, tienda «El Pílon de Oro».

—Salid poco, mostraos menos aún y esperad mis órdenes sin embargo; es necesario que vaya por el dinero.

—Es verdad, pero para ir a la superintendencia, donde va tanta gente, os confundiréis con la multitud.

—Fáltanme los bonos para cobrar, Majestad.

—Aquí están. El rey firmó.

D'Artagnan miró para cerciorarse de la regularidad.

—Esto es dinero —dijo—; y el dinero se lee o se cuenta.

—Adiós, señor de D'Artagnan; me parece que me habréis comprendido bien.

—He comprendido que Vuestra Majestad me envía a Belle-Île-en-Mer, y eso es todo.

—Para saber...

—Para saber cómo siguen los trabajos del señor Fouquet; eso es todo.

—Bien, admito que os prendan.

—Yo no lo admito —replicó atrevidamente el gascón.

—Consiento que os maten —continuó el rey.

—No es probable, Majestad.

—En el primer caso, no habléis; en el segundo, que no os encuentren ningún papel.

D'Artagnan se encogió de hombros sin ceremonia, y despidióse del rey diciéndose:

«¡La lluvia de Inglaterra continúa! Sigamos bajo la gotera».

Capítulo LIV

Las casas de Fouquet

Mientras D'Artagnan volvía a casa de Planchet, con la cabeza atormentada y aturdida por todo lo que acababa de acontecerle, tenía lugar otra escena de un género completamente distinto, pero que, sin embargo, no era extraña a la conversación que el mosquetero acababa de tener con el rey; sólo que esta escena pasaba propiedad de París, en una casa propiedad del superintendente Fouquet, en la aldea de Saint-Mandé.

El ministro acababa de llegar a esta casa de campo, seguido de su primer dependiente, que llevaba una enorme cartera llena de papeles para examinar y de otros que esperaban la firma.

Como ya, eran las cinco de la tarde, habían comido los amos y se preparaba la mesa para veinte convidados subalternos.

El superintendente no se detuvo ni un segundo; al bajar del coche franqueó del mismo salto el umbral de la puerta, atravesó las habitaciones y entró en su gabinete, donde declaró que se encerraba para trabajar, prohibiendo se le molestara por nada del mundo, excepto por orden del rey.

En efecto, dada esta orden, Fouquet se encerró, y dos criados se situaron de centinela a la puerta. Entonces corrió Fouquet el cerrojo de un tablero que muraba la entrada de la puerta y que impedía fuera visto u oído lo que pasaba en el gabinete. Pero, contra toda probabilidad, sólo por encerrarse se encerró así Fouquet, porque se fue derecho a su bufete, sentóse, abrió la cartera y se puso a buscar en la masa enorme de papeles que contenía.

Aun no habían transcurrido diez minutos desde que entrara y que había

tomado todas las precauciones que hemos dicho, cuando el ruido repetido de muchos golpecitos iguales pareció llamarle toda su atención. Fouquet alzó la cabeza y escuchó muy atentamente.

Los golpes continuaron, y entonces se levantó con un ligero movimiento de intranquilidad, dirigiéndose a un espejo, detrás del cual, eran dados los golpes por una mano o por un mecanismo invisible.

Este espejo era enorme y estaba embutido en el tablero; otros tres completamente iguales completaban la simetría de la habitación, y nada los distinguía del primero.

Indudablemente, aquellos golpecitos reiterados eran una señal, porque en el momento en que Fouquet se acercaba al espejo, escuchando, se renovó el mismo ruido y con el mismo compás.

—¡Oh, oh! —exclamó el superintendente con sorpresa—. ¿Quién está ahí? Yo no espero hoy a nadie. Y, para responder sin duda a la señal, el superintendente tiró de un clavo dorado que había en el mismo espejo y lo agitó tres veces.

Después volvió a sentarse en su sitio y dijo:

—Que aguarden.

Y sumergiéndose en el océano de papeles extendidos a su vista, pareció únicamente ocupado del trabajo. En efecto, con una rapidez inexplicable y una lucidez maravillosa, Fouquet descifraba los más complicados escritos, corrigiéndolos y anotándolos con una pluma que parecía agitada por la fiebre; y, creciendo el trabajo entre sus dedos, multiplicábanse las firmas, los oficios y los guarismos, como si diez dependientes, es decir, cien dedos y cien cerebros hubiesen funcionado, en lugar de sólo cinco dedos y la inteligencia de aquel hombre. Sólo de cuando en cuando, abismado como estaba en su trabajo, levantaba la cabeza para echar una mirada furtiva sobre un reloj puesto enfrente de él.

Y era que Fouquet fijaba su tarea; y una vez fijada ésta, en una hora de trabajo hacía lo que otro no hubiese podido concluir en todo el día, siempre cierto, por consecuencia, con tal de que no fuese interrumpido, de llegar a su objeto en el plazo que había fijado su actividad. Pero, en medio de este trabajo ardiente, los golpes secos del timbre colocado detrás del espejo resonaron otra vez más apresurados.

—Vamos, parece que se intranquiliza la dama —dijo Fouquet—. ¡Calma, calma! Debe ser la condesa; pero, no, la condesa está en Rambouillet por tres días. Será la presidenta. ¡Oh! La presidenta no traería tantos humos, llamaría muy humildemente, y además esperaría mis órdenes. Lo más claro de todo es

que no puedo saber quién sea, pero sí que no es ella. Y puesto que no sois vos, marquesa, ya que no podéis ser vos, nada me importa cualquiera otra.

Y prosiguió su trabajo, a pesar de los miramientos reiterados del timbre. No obstante, después de un cuarto de hora también acometió a Fouquet la impaciencia. Devoró, más bien que acabó, el resto de su trabajo, metió sus papeles en la cartera, y echando una mirada a su espejo, mientras los golpes continuaban más apresurados que nunca, dijo:

—¿Ha pasado? ¿De quién es esa fogosidad? ¿Adriana que me espera con tanta impaciencia? Veamos.

Entonces apoyó la punta de un dedo sobre un clavo paralelo a aquel de que ya había tirado. Al instante giró el espejo como la batiente de una puerta, y descubrió una cavidad bastante profunda, por la cual desapareció el superintendente como en una vasta caja. Allí tocó otro nuevo resorte, que abrió, no una plancha, sino una brecha en la pared, por la cual salió, dejando que la puerta se cerrase por sí misma.

Fouquet bajó entonces unos escalones que profundizaban y daban la vuelta debajo de tierra, y encontró un largo subterráneo iluminado por imperceptibles troneras. Las paredes de este subterráneo estaban cubiertas de esteras y el suelo de alfombra.

Este subterráneo pasaba por debajo de la misma calle que separaba, la casa de Fouquet del parque de Vincennes, y al extremo de él daba vueltas una escalera paralela a la que había descendido Fouquet. Subió esta otra escalera, entró por medio de un resorte colocado en un marco semejante al de su gabinete, y por este marco pasó a una sala absolutamente vacía, aunque amueblada con suma elegancia.

Cuando penetró en ella, examinó cuidadosamente si el espejo se cerraba sin dejar señal alguna, y, contento sin duda de su observación, fue a abrir con una llavecita de plata sobre dorada una puerta colocada frente a él.

Esta vez descubrió la puerta un hermoso gabinete amueblado suntuosamente, en el cual estaba sentada sobre cojines una mujer de extraordinaria belleza, quien al oír los cerrojos precipitóse hacia Fouquet:

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó este retrocediendo de sorpresa—. La señora marquesa de Vallière. ¡Vos, vos aquí!

—Sí —respondió ella—, sí, yo, señor.

—Marquesa, querida marquesa —añadió Fouquet dispuesto a prosternarse—. ¡Pero, Dios mío! ¿Cómo habéis venido? ¡Y yo que os he hecho aguardar!

—Y mucho tiempo, señor. ¡Oh! Sí, muchísimo tiempo.

—Me tengo por muy feliz en que os haya durado la paciencia, mi apreciable marquesa.

—Una eternidad, señor. ¡Oh! He llamado más de veinte veces. ¿No oíais?

—Marquesa, estáis pálida, estáis temblorosa.

—¿No oíais que os llamaban?

—¡Oh! Si tal, señora, oía muy bien; pero no podía venir. ¿Cómo creer que fueseis vos, después de vuestros rigores, después de vuestras negativas? Si hubiera podido sospechar la felicidad que me esperaba, creedme, marquesa, todo lo habría dejado para venir a caer a vuestras plantas, como lo hago en este instante.

La marquesa miró en derredor suyo.

—¿Estamos solos, señor? —preguntó.

—Sí, sí, señora; os respondo de ello.

—Efectivamente —contestó la marquesa.

—¿Suspiráis?

—¡Qué de misterios, qué de precauciones! —dijo la marquesa con ligera amargura—. ¡Cómo se conoce que teméis dejar sospechar vuestros amores!

—¿Deseabais más bien que los publicase?

—¡Oh, no! Y eso es de hombre delicado —dijo la marquesa sonriendo.

—Vamos, vamos, marquesa, nada de reproches; os lo suplico.

—¡Reproches! ¿Tengo por ventura el derecho, de hacerlos?

—No, desgraciadamente, no; pero, decidme, vos, a quien amo hace un año sin correspondencia ni esperanza...

—Os equivocáis; sin esperanza, es cierto, pero, sin correspondencia, no.

—¡Oh! Para mí no hay más que una prueba en amor, y ésa la espero todavía.

—Vengo a traérosla, señor Fouquet intentó abrazar a la marquesa, pero ella se desasíó con un gesto.

—¿Con que siempre os engañareis, señor, y no aceptaréis de mí la única cosa que quiero daros, la amistad?

—¡Ah! Entonces no me queréis: la amistad no es más que una virtud, el amor es una pasión.

—Os ruego que me escuchéis, señor; ya comprenderéis que yo no habré

venido aquí sin un motivo grave.

—Poco me imparta el motivo toda vez que os hablo y os veo.

—Sí; es verdad; lo principal es que yo esté aquí sin que nadie me haya visto, y que pueda hablaros. Fouquet se dejó caer de rodillas.

—Hablad, señora —dijo—, os escucho.

La marquesa miraba a Fouquet a sus pies; y había en la mirada de esta mujer una extraña expresión de amor y melancolía.

—¡Oh! —exclamó al fin—. ¡Ojalá fuera yo quien tiene el derecho de veros y de hablaros a cada momento! ¡Ojalá fuese la que vela por vos, la que no tiene precisión de misteriosos resortes para llamar, para hacer aparecer al hombre que ama, para mirarle una hora y verle luego desaparecer en las tinieblas de un misterio, aún más extraño en la salida que en la entrada! ¡Oh! Esa es una mujer muy dichosa.

—Por ventura, marquesa —dijo Fouquet sonriendo—, ¿hablaríais de mi mujer?

—Sí, de ella hablo.

—Pues bien, no envidiéis su suerte, marquesa; de todas las mujeres con quienes sostengo amistad, la señora Fouquet es la que me ve menos, la que me habla menos, y la que tiene menos franqueza conmigo.

—Al menos, señor, no está reducida a apoyar, como yo lo hago, la mano sobre un aparato de cristal a fin de haceros venir; al menos, no le respondéis por el ruido misterioso y horrible de un timbre, cuyo resorte viene de no sé dónde; al menos, nunca le habéis prohibido que pretenda penetrar el secreto de estas comunicaciones, so pena de romper para siempre vuestra alianza con ella, como la prohibís a las que han venido aquí antes que yo y que llegarán después de mí.

—¡Ah! Querida marquesa. ¡Qué injusta sois y cuán poco sabéis lo que hacéis recriminando este misterio! Sólo con el misterio puede amarse sin peligro, y sólo el amor sin peligro es el que puede hacer dichosos. Pero, volvamos a nosotros, a esa amistad de que me habláis, o más bien, engañadme, marquesa, y hacedme creer que esa amistad es amor.

—Hace poco —replicó la marquesa pasando por sus ojos una mano modelada con los más suaves contornos de la antigüedad— hace poco estaba dispuesta a hablar, y mis ideas eran claras y precisas; ahora estoy cortada, impaciente, y temo venir a traeros una mala noticia.

—Si es a esa mala noticia a la gire debo vuestra presencia, marquesa, que sea bien venida la noticia mala; o más bien, ya que estáis aquí, puesto que me

confesáis que no os soy del todo indiferente, demos de lado esa mala noticia, y no hablemos más que de vos.

—No, no, al contrario, preguntádmela; exigid que os la diga al momento; que no me deje conmovido por ningún sentimiento. Fouquet, amigo mío, es de un inmenso interés.

—Marquesa, me sorprendéis, y aun diré más: me causáis miedo; vos, tan grave, tan reflexiva, que tan bien conocéis el mundo en que vivimos. ¿Es, pues, cosa grave?

—¡Oh! Muy grave, oída.

—Decidme, primero: ¿cómo habéis venido aquí?

—Ahora lo sabréis: pero, vamos primero a lo que más urge.

—¡Decid marquesa, decid! Os ruego tengáis lástima de mi impaciencia.

—¿Sabéis que el señor Colbert ha sido nombrado intendente de Hacienda?

—¡Bah! ¡Colbert, Colbert!

—Sí, Colbert, Colbert.

—¿El factótum de Mazarino?

—Justamente.

—¡Y bien! ¿Qué veis en eso de malo, querida marquesa? Convengo en que sorprende que ese Colbert sea intendente; pero esto no es nada terrible.

—¿Creéis que el rey haya dado sin motivos urgentes semejante plaza a ese que soléis llamar galopín?

—Pero ¿es verdad, que el rey se la haya dado?

—Así dicen.

—¿Quién?

—Todo el mundo.

—Todo el mundo no es nadie; nombrad a alguien que pueda estar bien informado y que lo diga.

—La señora Vanel.

—¡Ah! Comenzáis a asustarme —dijo Fouquet riendo—; el hecho es que si alguien está, o debe estar bien informado de algo, es sin duda la persona que nombráis.

—No habléis mal de la pobre Margarita, señor, tal pues siempre os ama.

—¡Bah! ¿De veras? Eso no es creíble. Yo pensaba que ese Colbert, como

decíais ahora, poco había pasado por encima de ese amor dejando una mancha de tinta o una capa de mugre.

—¡Fouquet, Fouquet! ¿Así sois vos para aquéllas a quienes abandonáis?

—Supongo que iréis a tomar la defensa de la señora Vanel, marquesa.

—Sí, la tomaré, porque repito que os sigue amando, y la prueba es que os salva.

—¿Por mediación vuestra; marquesa? Eso es muy hábil por su parte. Ningún ángel podría serme tan grato para conducirme más seguramente a la salvación. Pero ¿cómo conocéis a Margarita?

—Es mi amiga de convento.

—¿Y decís haberos anunciado que el señor Colbert había sido nombrado intendente?

—Ciertamente.

—Pues bien, iluminadme; marquesa: ya tenemos al señor Colbert intendente, bueno.

¿En qué un intendente, es decir, un subordinado, un dependientemente mío, puede hacerme sombra o perjuicio, aunque sea el señor Colbert?

—Parece, que no reflexionáis, señor —respondió la marquesa.

—¿En qué?

—En que el señor Colbert os aborrece.

—¿A mí? —exclamó Fouquet—. ¡Oh! ¡Dios santo! ¿Marquesa, de dónde salís? A mí todo el mundo me odia; ése, como los demás.

—Más que nadie.

—Más que nadie, concedido.

—Es ambicioso.

—¿Y quién no lo es, marquesa?

—Su ambición no conoce límites.

—Bien lo veo, puesto que ha pretendido sucederme cerca de la señora Vanel.

—Y lo ha logrado, tened cuidado.

—¿Querriais decir que tiene la pretensión de pasar de intendente a superintendente?

—¿No habéis temido ya eso?

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró Fouquet—. Sucederme cerca de la señora Vanel, pase; pero, cerca del rey ya es otra cosa. Francia no se compra tan fácilmente como la mujer de un empleado de contabilidad.

—Señor, todo se compra, si no con oro por la intriga.

—Bien sabéis lo contrario, señora, vos, a quien he ofrecido millones.

—En lugar de esos millones, Fouquet, era preciso ofrecerme un amor verdadero, único, absoluto, y hubiera aceptado. Ya veis que todo se compra; si no de una manera de otra.

—De suerte que, según vuestro parecer, el señor Colbert está en ánimo de comprar mi plaza de superintendente. Vamos, vamos, marquesa, tranquilizaos; todavía no es bastante rico para comprarla.

—¿Y si os la roba?

—¡Ah! ¡Eso es diferente! Desgraciadamente, antes de llegar a mí, es decir, al cuerpo de la plaza, es menester destruir y batir en brecha las obras avanzadas, y yo estoy endiabladamente fortificado, marquesa.

—Eso que llamáis obras avanzadas son vuestros semejantes, ¿no es cierto? Vuestros amigos.

—Justamente.

—¿Y el señor de Eymeris es de los vuestros?

—Sin duda.

—¿El señor de Lyodot es de vuestros amigos?

—Ciertamente.

—¿Y el señor de Vanin?

—¡Ah! ¡El señor de Vanin! Que hagan de él lo que quieran, pero...

—Que...

—No toquen a los demás.

—Pues bien, si no queréis que toquen al señor de Eymeris ni a Lyodot, ya es hora de que estéis en guardia.

—¿Quién les amenaza?

—¿Queréis escucharme ahora?

—Siempre, marquesa.

—¿Sin interrumpirme?

—Sí.

—Pues bien, esta mañana me ha enviado a buscar Margarita.

—¡Ah!

—No lo dudéis.

—¿Y qué quería?

—«No me atrevo a ver al señor Fouquet», me dijo.

—¡Bah! ¿Piensa acaso que le haré cargos? ¡Desgraciada mujer, cuánto se engaña! ¡Dios mío!

—«Vedle vos por mí, y decidle que se guarde del señor Colbert».

—¡Cómo! ¿Me hace avisar que me guarde de su amante?

—Ya os he manifestado que Margarita os sigue amando.

—¿Qué más, marquesa?

—«El señor Colbert —añadió—, ha venido hace dos horas a participarme que era intendente».

—Ya os he dicho, marquesa, que el señor Colbert estará mucho mejor bajo mi mano.

—Sí, pero no es eso todo: Margarita es amiga, como no ignoráis, de la señora de Eymeris y de la señora Lyodot.

—Sí.

—Pues bien, el señor Colbert le ha hecho muchas preguntas sobre las fortunas de esos dos señores y respecto al grado de adhesión que os tenían.

—¡Oh! En cuanto a esos dos, respondo de ellos; habría que matarlos para que dejasen de ser míos.

—Después la señora Vanel viose precisada a dejar por un instante al señor Colbert para recibir una visita, y como el señor Colbert es tan trabajador, apenas quedó solo sacó un lápiz, y, como había papel sobre la mesa, empezó a escribir.

—¿Notas sobre de Eymeris y Lyodot?

—Justamente.

—Sería curioso saber lo que decían tales notas.

—Eso es precisamente lo que vengo a traeros.

—¿Se ha apoderado la señora Vanel de las notas de Colbert y me las remite?

—No; pero es una casualidad que se parece a un milagro; tiene una copia

de ellas.

—¿Cómo es eso?

—Oíd. Ya os he dicho que Colbert había encontrado papel sobre la mesa.

—Sí.

—Y que había sacado un lápiz.

—También.

—Y que había escrito en ese papel.

—Sí.

—Pues bien; ese lápiz era de plomo, y duro por consiguiente. De modo que lo escrito en la primera hoja, quedó marcado en blanco sobre la segunda.

—¿Qué más?

—Colbert rasgó la primera hoja, y no se acordó de la segunda. Fouquet alzó la cabeza y pasó una nube por sus ojos.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Sobre la segunda se podía leer lo que escribió en la primera; la señora Vanel la leyó, y me mandó a buscar.

—¡Ah!

—Y cuando estuvo bien segura de que yo era para vos una verdadera amiga, me dio el papel y me manifestó el secreto de esta casa.

—¿Y ese papel? —dijo Fouquet turbándose un poco.

—Aquí está, señor; leedlo.

Fouquet leyó:

—«Nombres de los arrendadores que se deben hacer condenar por el tribunal de justicia: de Eymeris, amigo del S.F.; Lyodot, amigo del S.F.; de Vanin, indif».

—¡De Eymeris, Lyodot! —murmuró Fouquet volviendo a leer.

«Amigos del S.F».», señaló con el dedo la marquesa.

—Pero ¿qué significan esas palabras, «que se deben hacer condenar por el tribunal de justicia»?

—¡Toma! Está claro —dijo la marquesa—. Por otra parte, no habéis concluido aún; leed.

Fouquet continuó:

—«Los dos primeros a muerte, el tercero a destitución, con el señor d'Hautemont y el señor de la Vallette, cuyos bienes solamente serán confiscados».

—¡Gran Dios! —exclamó Fouquet—. ¡A muerte, a muerte Lyodot y de Eymerys! Pero aunque el tribunal los condenase a muerte, Su Majestad el rey no ratificará su sentencia, y no puede ejecutarse sin la firma del rey.

—El rey ha hecho intendente al señor Colbert.

—¡Ah! —murmuró Fouquet, como si viese a sus pies un abismo inesperado—. ¡Imposible! ¡Imposible! Mas, ¿quién ha pasado un lápiz sobre las huellas del de Colbert?

—Yo; temía que se borrasen las primeras señales.

—¡Oh! Lo sabré todo.

—Nada sabréis, pues despreciáis demasiado a vuestro adversario para eso.

—Perdonad, querida marquesa, excusadme; sí, creo que el señor Colbert es mi enemigo; sí, creo que el señor Colbert es hombre temible; mas tengo tiempo, y toda vez que estáis aquí, toda vez que me habéis dejado entrever vuestro amor, y toda vez que estamos solos...

—He venido para salvaros, señor Fouquet, y no para perderme —repuso la marquesa levantándose—; así, guardaos...

—Marquesa, en verdad que os asustáis por poco, y a no ser que ese asunto no sea un pretexto...

—Ese señor Colbert es un corazón profundo; guardaos... Fouquet se levantó también.

—¿Y yo? —dijo.

—¡Oh! Vos no sois más que un corazón noble. Guardaos, guardaos...

—Así...

—He hecho lo que debía, amigo mío, a riesgo de perder mi reputación. Adiós.

—No digáis adiós; hasta la vista.

—Quizá —dijo la marquesa.

Y dando a besar su mano a Fouquet, se adelantó tan resueltamente hacia la puerta, que el ministro no se atrevió a impedirle el paso.

Fouquet, con la cabeza inclinada, tomó el camino de aquel subterráneo, a lo largo del cual corrían los hilos de metal que comunicaban de una casa a

otra, transmitiendo, por la parte posterior de dos espejos, los deseos y llamamientos de dos personas en correspondencia.

Capítulo LV

El abate Fouquet

Fouquet apresuróse a volver a casa por el subterráneo, haciendo jugar el resorte del espejo. No bien entró en su gabinete oyó llamar a la puerta, y a la vez una voz conocida que gritaba:

—Abrid, señor, os lo ruego, abrid. Con rápido movimiento puso Fouquet un poco de orden en todo lo que podía denunciar su agitación y su ausencia, desparramó los papeles sobre el bufete, tomó una pluma y atravesó la puerta para ganar más tiempo aún.

—¿Quién sois? —preguntó.

—¡Cómo! ¿No me conoce monseñor? —respondió la voz.

«Sí tal —pensó Fouquet—; sí tal, amigo mío, te conozco perfectamente».

Y añadió en voz alta:

—¿No sois Gourville?

—Sí, señor.

Fouquet se levantó, echó la última ojeada sobre uno de los espejos, fue a la puerta, descorrió el cerrojo y entró Gourville.

—¡Ah, señor, señor —dijo—, qué crueldad!

—¿Por qué?

—Hace un cuarto de hora que os ruego me abráis, y ni siquiera me respondéis.

—Una vez por todas, ya sabéis que no quiero ser molestado cuando laboro, y aunque vos seáis una excepción, Gourville, quiero que mi consigna sea respetada por los demás.

—En este instante, señor, hubiera desquiciado, arrancado y echado por tierra consignas, puertas, cerrojos y paredes.

—¡Ah! ¿Luego se trata de un gran suceso? —preguntó Bouquet.

—¡Oh! Sin duda alguna, señor —dijo Gourville.

—¿Y cuál es ese suceso? —repuso Fouquet un poco asustado de la

turbación de su más íntimo confidente.

—Señor, hay sesión secreta del tribunal de justicia.

—Ya lo sé; mas ¿se ha reunido ya, acaso, Gourville?

—No sólo se ha reunido, sino que ha dictado sentencia, señor.

—¡Sentencia! —dijo el superintendente con un estremecimiento y palidez que no pudo disimular—. ¡Sentencia! ¿Contra quién?

—Contra dos amigos, vuestros.

—Lyodot y de Eymerys, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Pero ¿sentencia de qué?

—Sentencia de muerte.

—¡Dictado! ¡Oh! Os engañáis, Gourville, es imposible.

—Aquí está la copia de la sentencia, que el rey debe firmar hoy, si es que ya no la ha firmado.

Fouquet cogió ávidamente el papel, lo leyó y lo devolvió a Gourville.

—El rey no firmará —dijo Gourville, meneó la cabeza.

—Señor, el señor Colbert es un consejero audaz, no os fieis de él.

—¡Otra vez el señor Colbert! —murmuró Fouquet. ¿Por qué viene a atormentar ese nombre mis oídos hace dos o tres días y en todas ocasiones? Esa es demasiada importancia, Gourville, para un sujeto tan insignificante. Que se presente el señor Colbert y lo miraré; que alce la cabeza y lo confundiré; pero ya comprendéis que sería necesaria una aspereza para que se detuviese mi mirada, y una superficie para sentar mi pie.

—Paciencia, señor, porque no sabéis lo que vale Colbert. Estudiadlo pronto, y veréis cómo ese sombrío financiero se parece a los meteoros, que nunca ven los ojos antes de su invasión desastrosa; cuando se les siente está uno muerto.

—¡Oh! Gourville, eso es mucho —replicó Fouquet sonriéndose—, permitidme, amigo mío, que no me espante tan fácilmente: ¡meteoros el señor Colbert! ¡Pardiez! Oiremos el meteoros... Veamos actos y no palabras. ¿Qué ha hecho?

—Ha encargado dos horcas al ejecutor de París —contestó sencillamente Gourville.

Fouquet alzó la cabeza y pasó una nube por sus ojos.

—¿Estáis seguro de lo que decís? —preguntó.

—Aquí está la prueba, señor.

Y Gourville entregó al superintendente una nota comunicada por uno de los secretarios de la Municipalidad, que era adicto a Fouquet.

—Sí, es cierto —murmuró el ministro—, el cadalso se levanta... pero el rey no ha firmado, Gourville, el rey no firmará.

—También sabré eso —respondió Gourville.

—¿Cómo?

—Si ha firmado Su Majestad, irán las horcas esta noche a la Municipalidad, a fin de que estén dispuestas mañana por la mañana.

—Pero, no, no —replicó Fouquet—, os engañáis todos y me engañáis también: anteayer vino a verme Lyodot, y hace tres recibí una remesa de vino de Siracusa de ese pobre de Eymeris.

—¿Y qué prueba eso —repuso Gourville—, sino que el tribunal se ha reunido en secreto, ha deliberado, en ausencia de los acusados, y que todo el procedimiento estaba hecho cuando los arrestaron?

—¿Conque están arrestados?

—Ciertamente.

—Pero ¿, dónde, cuándo, cómo han sido arrestados?

—Lyodot, ayer al amanecer; de Eymeris, anteayer por la noche, cuando volvía de casa de su amada; su desaparición no había inquietado a nadie; pero, de repente, se ha quitado Colbert la máscara y ha hecho publicar la cosa, de modo que en este momento lo van pregonando al son de trompetas por las calles de París; y en verdad, señor, no hay nadie más que vos que desconozca el suceso.

Fouquet comenzó a andar por la sala con inquietud cada vez más dolorosa.

—¿Qué decidís, señor? —dijo Gourville.

—Si es así, iré a ver al rey —contestó Fouquet—; pero, para ir al Louvre quiero pasar antes por el Consistorio. ¡Si está firmada la sentencia, veremos!

Gourville encogióse de hombros. ¡Incredulidad! —dijo—. ¡Tú eres la pérdida de los grandes talentos!

—¡Gourville!

—Sí —prosiguió—, tú lo pierdes, como el contagio mata a la salud más robusta; es decir, en un instante.

—Marchemos —exclamó Fouquet, haced que abran, Gourville.

—Cuidado —observó éste—, que está ahí el señor abate Fouquet.

—¡Ah! Mi hermano —replicó Fouquet con tono apesadumbrado—; ¿luego sabe alguna mala nueva que viene a traerme muy contento, como de costumbre? ¡Diablo! Si mi hermano anda por ahí, mal andan mis asuntos. Gourville, si me lo hubierais dicho antes, me habría dejado convencer más fácilmente.

—Señor, le calumnia —dijo Gourville riendo—; si viene, no es con mala intención.

—Vamos, veo que lo defendéis —dijo Fouquet—, un mozo sin talento, sin ideas de trascendencia, un derrochador de todo.

—Bebe que sois rico.

—Y quiere mi ruina.

—No; más quiere vuestra bolsa. Eso es todo.

—¡Basta, basta! ¡Cien mil, escudos al mes durante dos años! ¡Pardiez! Yo soy quien pagó, Gourville, y sé lo que tengo.

—No os enfadéis, señor.

—Vamos, que despidan al abate Fouquet; no tengo un cuarto. Gourville dio un paso hacia la puerta.

—Si ha estado un mes sin verme —prosiguió Fouquet—, ¿por qué no ha de estar dos?

—Es que se arrepiente de vivir en mala compañía —dijo Gourville—, y os prefiere a todos esos bandidos.

—Gracias por la preferencia; hacéis hoy un abogado singular, Gourville... ¡Abogado del abate Fouquet!

—Pero, señor, todo, cosas y hombres, tienen su lado bueno, su lado útil.

—Los bandidos que Fouquet tiene a sueldo y emborracha, ¿tienen también su lado útil? Probádmelo.

—Puede haber circunstancias, señor, en que os alegréis de tener esos bandidos a mano.

—Entonces, ¿aconsejáis que me reconcilie con el señor abate? —dijo irónicamente Bouquet.

Os aconsejo señor que no os malquistéis con cien o ciento veinte bergantes, que, poniendo sus espadones punta con punta, formarían un cordón

de acero capaz de encerrar tres mil hombres.

Fouquet lanzó una mirada penetrante a Gourville, y pasando delante de él dijo a los criados:

—Que introduzcan al señor abate Bouquet. Tenéis razón, Gourville. Diez minutos más tarde apareció el abate en el umbral, haciendo grandes reverencias.

Tendría unos cuarenta o cuarenta y cinco años; mitad hombre de iglesia, mitad hombre de guerra, era un espadachín injerto en abate; y aunque veíase que no llevaba espada ceñida, se adivinaba que gastaba pistola.

Fouquet le saludó como hermano mayor, más bien que como ministro.

—¿Qué puedo hacer en servicio vuestro, señor abate?

—¡Oh, oh! ¡Cómo decís eso, hermano querido!

—Os lo digo como hombre que está de prisa, señor mío.

El abate miró maliciosamente a Gourville, con ansia a Fouquet, y dijo:

—Tengo que pagar esta noche trescientos doblones al señor de Bregi... Deuda de juego, deuda sagrada.

—¿Qué más? —preguntó Fouquet con valor, porque comprendía que no le hubiera incomodado el abate por semejante miseria.

—Mil a mi carbonero, que ya no me fía.

—¿Qué más?

—Mil doscientos al sastre... —continuó el abate—; el tuno me ha remendado siete vestidos de mis gentes, lo cual hace que mis libreas estén expuestas, y que mi querida hable de reemplazarme por un arrendador, lo cual sería humillante para la Iglesia.

—¿Y qué más? —dijo Fouquet.

—Observaréis, señor —dijo humildemente el abate—, que nada he pedido para, mí.

—Eso es muy delicado —repuso Fouquet—, y por eso veis que estoy esperando.

—Y que no solicito nada, ¡oh!, no... Y, sin embargo, no es que rice haga falta... Os doy mi palabra.

El ministro reflexionó un instante.

—Mil doscientos doblones al sastre —dijo—, son bastantes vestidos, me parece.

—Mantengo cien hombres —dijo con orgullo el abate—, y creo que ésta es una carga.

—¿Para qué son esos cien hombres? —preguntó Fouquet—. ¿Sois acaso un Richelieu o un Mazarino, para tener cien hombres de guardia? ¡Hablad, decid!

—¿Vos me lo preguntáis? —exclamó el abate—. ¡Ah! ¿Cómo podéis hacer tal pregunta? ¡Ah!

—Sí, os hago esa pregunta: ¿qué tenéis que hacer con esos cien hombres? Responded.

—¡Ingrato! —prosiguió el abate afectándose cada vez más.

—Explicaos.

—Señor superintendente, yo no tengo necesidad más que de un ayuda de cámara, si fuese solo me serviría yo mismo; pero, vos, vos, que tenéis tantos adversarios... Cien hombres no bastan para defenderos. ¡Cien hombres...! Serían necesarios diez mil. Mantengo, pues, todo eso para que en los lugares públicos y en las reuniones nadie alce la voz contra vos; y sin esto, señor, estaríais cargado de imprecaciones, seríais mordido, y no duraríais ocho días; no, ni ocho días, ¿entendéis?

—¡Ah! No sabía yo que tuviera semejante campeón, señor abate.

—¡Lo dudáis! —exclamó éste—. Oíd lo que ha sucedido. Ayer, sin ir más lejos, se encontraba un hombre en la calle de la Huchette vendiendo un pollo.

—¿Y en qué perjudicaba eso, abate?

—El pollo no era gordo; el comprador negóse a dar por él dieciocho sueldos, diciendo que no podía pagar ese dinero por la piel de un, pollo, del cual se había llevado toda la substancia el señor Fouquet.

—¿Y qué más?

—La cosa hizo reír —prosiguió el abate—, reír a vuestra costa, ¡con todos los diablos!, y se reunió la canalla. El que se reía añadió éstas: «Dadme en buena hora un pollo alimentado por el señor Colbert y os pagaré cuanto deseéis». Y todos comenzaron a palmotear. Escándalo horrible, ¿comprendéis? Escándalo que obliga a un hermano a taparse la cara.

Fouquet se sonrojó.

—¿Y os la tapasteis? —preguntó Fouquet.

—No, porque justamente estaba en el grupo uno de mis hombres, un nuevo recluta que viene de provincia, un señor Menneville a quien quiero mucho, el cual penetró en el grupo diciendo al que reía.

—¡Pardiez! ¡Señor burlón de mal género, envido una estocada a lo Colbert!

—¡Quiero a lo Fouquet! —murmuró el otro.

Dicho esto, desenvainaron delante de la tienda del pollero, con una fila de mirones alrededor y quinientos curiosos en las ventanas.

—¿Y qué? —preguntó Fouquet.

—Mi Menneville ensartó al de la risa, con gran aturdimiento de la concurrencia, y dijo al pollero: «Tomad ese pavo, amigo, que está más gordo que vuestro pollo».

—Esto es, señor —concluyó triunfalmente el abate—, en lo que yo gasto mis rentas; sostengo el honor de la familia, señor mío.

Fouquet se humilló.

—Y tengo ciento como ese —prosiguió el abate.

—Bien —dijo Fouquet—, dad vuestra cuenta a Gourville y permaneced aquí esta noche.

—¿Se cena?

—Se cena.

—Pero ¿la caja se halla cerrada?

—Gourville os la abrirá. Marchaos, señor abate; marchaos.

El abate ejecutó una reverencia.

—¿Conque somos amigos? —preguntó.

—Sí, amigos. Venid, Gourville.

—¿Os vais? ¿No cenáis aquí?

—Volveré dentro de una hora, no tengáis cuidado, abate.

Y añadió en voz baja a Gourville.

—Ordénese que preparen mis caballos ingleses y que hagan alto en la Casa Consistorial de París.

Capítulo LVI

La galería de Saint Mandé

Marchaban ya las carrozas de los convidados de Fouquet a Saint Mandé, y hacíanse en la casa los preparativos necesarios, cuando el superintendente lanzó sus ligeros caballos camino de París, y tomando por los muelles para encontrar menos gente en la travesía, llegó a la Casa Consistorial. Serían las ocho menos cuarto. Fouquet se apeó en la esquina de la calle de Long Pont y se dirigió a pie con Gourville hacia la plaza de la Greve.

En esta plaza vieron un hombre con traje negro y morado, de buena catadura, que se disponía a subir en un carretón y decía al cochero que tocase en Vincennes. Delante de sí tenía un enorme canasto lleno de botellas que acababa de comprar en la taberna de «La Imagen de Nuestra Señora».

—¡Cómo! ¿Es Vatel, mi maestresala? —dijo Fouquet a Gourville.

—Sí, monseñor —replicó éste. ¿Qué viene a hacer en «La Imagen de Nuestra Señora»?

—A comprar vino, sin duda.

—¡Cómo! ¿Se compra vino para mí en una taberna? —exclamó Fouquet—. ¿Tan pobre está mi bodega?

Y se adelantó hacia el maestresala, que hacía colocar el vino en la carroza con extraordinario enfado.

—¡Hola, Vatel! —dijo— con voz imperiosa.

—Cuidado, monseñor —dijo Gourville—: os van a reconocer.

—¡Bueno...! ¿Qué me importa? ¡Vatel!

El hombre vestido de negro y morado volvió la cara.

Era su rostro dulce y sin expresión, una fisonomía de matemático, a excepción del orgullo. Brillaba en los ojos de este personaje cierto fuego, y fruncía, sus labios una leve sonrisa; peso pronto hubiese notado el observador, que aquel fuego y aquella sonrisa no se aplicaba a nada ni nada iluminaba.

Vatel reía como un distraído o se ocupaba como un niño.

Y se volvió al sonido de la voz que le interpelaba.

—¡Oh! —dijo—. ¡Monseñor!

—Sí, yo. ¿Qué diablos hacéis aquí, Vatel? ¿Compráis el vino en una taberna de la plaza de la Greve?

—Monseñor —dijo tranquilamente Vatel después de haber lanzado a Gourville una mirada hostil—. ¿Por qué os mezcláis en esto? ¿Está tal vez mal provista mi bodega?

—Cierto que no, Vatel, pero...

—Pero ¿qué? —replicó Vatel. Gourville dio con el codo al superintendente.

—No os incomodéis; Vatel; creía que mi bodega, vuestra bodega, estaba bastante bien provista para dispensarme recurrir a «La Imagen de Nuestra Señora».

—¡Bah! Señor —dijo Vatel, pasando del monseñor al señor con cierto desdén—. Vuestra bodega está tan bien provista que cuando ciertos convidados van a comer a vuestra casa, no beben.

Asombrado, Fouquet, miró a Gourville y después a Vatel.

—¿Qué decís?

—Digo, señor, que vuestro dispensero no tiene vinos para todos los gustos, y que el señor de la Fontaine, el señor Pelisson que el señor Conrart jamás beben cuando van a casa. A estos caballeros no les gusta, el buen vino: ¿qué le hemos de hacer?

—Entonces.

—Entonces... Aquí tengo un vino de Joigny que les gusta. Yo sé que vienen a beberlo una vez a la semana a «La Imagen de Nuestra Señora». Por eso hago aquí mi provisión.

Fouquet nada tenía que oponer a esta. Estaba casi conmovido, Vatel, por su parte, aun tenía mucho que decir, sin duda, porque se le vio poderse encendido. Monseñor, eso es lo mismo que si me hicierais cargos para ir yo mismo a la calle de Planche Milbray en busca de la sidra que bebe el señor Loret cuando va a comer a casa.

—¿Loret bebe sidra en mi casa? —murmuró riendo Bouquet.

—Sí, señor, sí; y por eso come con gusto en vuestra casa.

—Vatel —dijo Fouquet, estrechando la mano de su maestra sala—, ¡sois todo un hombre! Os doy las gracias por haber comprendido que el señor de La Fontaine, el señor Conrart y el señor Loret son en mi casa tanto como duques y pares, tanto como príncipes, más que yo mismo. Sois un excelente servidor, Vatel, y os doblo los honorarios.

Vatel no dio siquiera las gracias; sólo se encogió de hombros, murmurando estas soberbias palabras:

—Recibir las gracias por haber cumplido con su deber es humillante.

—Tiene razón —dijo Gourville llamando la atención de Fouquet hacia otra parte por medio de un gueto.

Mostrábase, en efecto, un corretón de forma baja, tirado por dos caballos,

sobre el cual se agitaban dos herradas horcas, atadas una junto a otra con cadenas. Un arquero, sentado en lo más grueso de la lanza, soportaba, unas veces mal y otras bien, los comentarios de un centenar de vagos que iban husmeando el destino de aquellas horcas, escoltándolas hasta la Casa Consistorial.

Fouquet estremecióse.

—Ya lo veis, es cosa decidida —dijo Gourville.

—Pero, aun no está hecho —respondió Fouquet.

—¡Oh! No os engañéis; si las cosas han llegado a este punto, nada conseguiréis.

—¡Mas yo no he refrendado el decreto...!

—El señor de Lyonne la habrá hecho por vos.

—Voy al Louvre.

—No iréis.

—¿Me aconsejaríais esa cobardía? —preguntó Fouquet—. ¿Me aconsejaríais abandonar a mis amigos pudiendo combatir, arrojar al suelo las armas que tengo en la mano?

—Yo no os aconsejo nada de eso, monseñor. ¿Podéis dejar la superintendencia en este momento?

—No.

—¿Y si el rey desea reemplazaros?

—Lo mismo me reemplazará de lejos que de cerca.

—Sí, pero de ese modo jamás la habréis disgustado.

—Sí, mas habré sido cobarde; yo no quiero que mueran mis amigos, y no morirán.

—Para eso no es preciso que vayáis al Louvre.

—¡Gourville!

—Tened cuidado. Una vez en el Louvre, o estaréis obligado a defender en voz alta a vuestros amigos, es decir, a hacer profesión de fe, u os veréis forzado a abandonarlos sin arrepentimiento posible.

—¡Jamás!

—Perdonadme... El señor propondrá necesariamente la alternativa, o bien se la propondréis vos mismo.

—Eso es verdad.

—Pues para eso no es menester un conflicto.

—Volvamos a Saint Mandé, monseñor.

—Gourville, no me moveré de esta plaza, donde debe consumarse el crimen, donde debe consumarse mi afrenta; no me moveré, digo, hasta que haya hallado un medio de combatir a mis enemigos.

—Monseñor —replicó Gourville—, lástima me causaríais si no supiese que sois uno de los más aventajados talentos del mundo. Poseéis, señor, ciento cincuenta millones; sois tanto como el rey por la posición, y ciento cincuenta veces más por el esmero. El señor Colbert no ha tenido siquiera el talento de hacerle aceptar el testamento de Mazarino; por consiguiente, cuando uno es el más rico de un reino y quiere tomarse el trabajo de gastar el dinero, si no se hace lo que una quiere, es porque uno es un pobre hombre. Volvamos, os digo, a Saint Mandé.

—¿Para consultar a Pelisson?

—Sí.

—No, monseñor para contar vuestro dinero.

—¡Vamos! —dijo Fouquet con ojos inflamados—. ¡Sí, sí! Vamos a Saint Mandé.

Él y Gourville subieron a la carroza. En la esquina del barrio de Saint-Antoine hallaron el carruaje de Vatel, que conducía tranquilamente su vino de Joigny.

Lanzados a toda brida, los caballos negros espantaron al paso a la tímida caballería del maestresala, quien, sacando la cabeza por la portezuela, gritó asustado:

—¡Cuidado con mis botellas! Cincuenta personas esperaban al superintendente, el cual, sin entregarse ni por un momento a su ayuda de cámara, pasó al primer salón. Allí permanecían reunidos y charlando sus amigos. El intendente se disponía a hacer servir la comida; pero, sobre todos, el abate Fouquet acechaba la vuelta de su hermano, y procuraba hacer los honores de la casa en ausencia de aquél.

A la llegada del superintendente hubo un murmullo de alegría y cariño; Fouquet, lleno de afabilidad, de buen humor y de magnificencia, era amado por sus poetas, sus artistas y sus agentes de negocios. Su frente, en la cual leía su pequeña corte; como en la de un dios, todas las actividades del alma, para hacer de ellas reglas de conducta; su frente, que jamás arrugaron los godos, aparecía aquella noche más pálida que de costumbre, y más de una mirada

amiga observó esa palidez. Fouquet se colocó en el centro de la mesa, presidió alegremente la comida, y cantó a La Fontaine la expedición de Vatel.

Contó la historia de Menneville y del pollo flaco a Pelisson, de tal manera que la oyó toda la concurrencia.

Entonces hubo una tempestad de risas y de bromas, que sólo se contuvo con un gesto serio y triste de Pelisson.

No sabiendo el abate Fouquet con qué propósito había sacado su hermano la conversación sobre este punto, escuchaba con todos sus oídos y buscaba en el rostro de Gourville, o en el del superintendente, una explicación que en ninguna parte hallaba.

Pelisson tomó la palabra.

—¿Con que se habla del señor Colbert? —preguntó.

—¿Por qué no —dijo Fouquet—, si es verdad, como dicen, que el rey lo ha hecho su intendente?

—Ni bien hubo dejado Fouquet escapar esta palabra, pronunciada, con marcada intención, cuando estalló una explosión entre los convidados:

—¡Un avaro! —dijo uno.

—¡Un canalla! —dijo otro.

—¡Un hipócrita! —dijo un tercero.

Pelisson cambió una mirada profunda con Fouquet.

—Señores —dijo—, verdaderamente, estamos maltratando a un hambre que nadie conoce; esto no es caritativo ni razonable, y estoy seguro que el señor superintendente es de la misma opinión.

—Enteramente —contestó Fouquet—. Dejemos los pollos gordos del señor Colbert, y no se trate hoy más qué de los faisanes trufados del señor Vatel.

Estas palabras desviaron la nube que precipitaba su marcha sobre la cabeza de los convidados.

Gourville animó también a los poetas con el vino de Joigny; el abate, inteligente, como hombre que necesita dinero de otro, animó tan bien a los financieros y a los militares, que en la baraúnda de aquella alegría y en los tumores de aquella conversación, desapareció completamente el objeto de las inquietudes.

El testamento de Mazarino fue el tema de la conversación en el último servicio; después mandó Fouquet que devanen los tarros de confituras y las fuentes de licores al salón próximo a la galería, al cual condujo de la mano a

una mujer, reina aquella noche por su preferencia.

Luego, suspiraron los violines, y comenzaron los paseos por la galería y por el jardín, bajo un cielo de primavera dulce y perfumado.

Pelison se llegó entonces al lado del superintendente y le dijo:

—¿Monseñor tiene algún disgusto?

—Uno muy grande —respondió el ministro—; haced que os cuente eso Gourville.

Al volverse, Pelisson, encontró a La Fontaine que le pisaba los talones, y tuvo que escuchar una composición en metro latino del poeta sobre Vatel.

Hacía una hora que La Fontaine medía esta composición por todos los rincones, buscándole colocación ventajosa.

Creyó agarrar a Pelisson; mas se le escapó.

Entonces se volvió hacia Loret, que también acababa de componer una quarteta en honor de la comida y del anfitrión.

La Fontaine intentó en vano colocar sus versos. Loret también quería colocar su quarteta.

Vióse, pues, obligado a retroceder, y se colocó junto al señor conde de Charost, a quien Fouquet acababa de coger del brazo.

El abate Fouquet comprendió que, distraído el poeta, como siempre, iba a decirlos e intervino.

Entonces se pavoneó La Fontaine y recitó su composición.

El abate, que no sabía latín, movía la cabeza cada osamenta, a cada movimiento que La Fontaine imprimía a su cuerpo, según las ondulaciones de los dáctilos o de los espondeos.

Entre tanto, Fouquet contaba el suceso al señor de Charost, su yerno:

—Es menester mandar a todos los inútiles a los fuegos artificiales —dijo Pelisson a Gourville—, en tanto que, nosotros charlamos aquí.

—Está bien —contestó Gourville—, que dijo cuatro palabras a Vatel. Advertíase entonces que este último conducía hacia los jardines la mayor parte de los pisaverdes, damas y parlanchines, mientras los hombres paseaban por la galería, alumbrada con trescientas bujías de cera, en presencia de todos los aficionados a los fuegos artificiales, ocupados en correr por el jardín.

Gourville se acercó a Fouquet y le dijo:

—Monseñor, aquí estamos todos.

—¿Todos? —contestó Fouquet.

—Sí, contad.

El superintendente se volvió y contó; había ocho personas. Pelisson y Gourville paseaban cogidos del brazo, como si charlaran de temas vagos y ligeros. Loret y dos oficiales los imitaban en sentido inverso.

El abate Fouquet paseábase solo. Fouquet, con el señor de Charost, caminaba como absorto en la conversación de su yerno.

—Señores —dijo—, que nadie de vosotros levante la cabeza al andar, ni parezca, que pone atención en nada; seguid paseando. Estamos solos; escuchadme.

Hubo un gran silencio, turbado únicamente por los gritos lejanos de los alegres convidados, que íbanse colocando en los bosquecillos para ver mejor los cohetes. Espectáculo extraño era el de estos hombres, que paseaban en grupos, como ocupado cada cual en una cosa, y, no obstante, atentos a la palabra de uno solo de ellos, que, por su parte, fingía hablar sólo con su vecino.

—Señores —dijo Fouquet—, sin duda habréis observado que dos de nuestros amigos faltan esta noche a la reunión del miércoles... ¡Por Dios, abate, no os paréis, que no es necesaria para oír...! Id andando, por favor, con vuestros movimientos de cabeza más naturales, y ya que tenéis excelente vista, poneos a esa ventana, y si alguien vuelve hacia la galería, avisadnos tosiendo.

El abate obedeció:

—¡No he echado de menos a los ausentes! —dijo Pelisson, que en este instante volvía completamente la espalda a Fouquet, andando en sentido inverso.

—Yo —dijo Loret, no veo al señor Lyodot, que me paga la pensión.

—Y yo —añadió él abate desde la ventana—, tampoco veo a mi querido Eymeris, que me debe mil cien libras de nuestro último juego de brelan.

—Loret —prosiguió Fouquet marchando inclinado y con aspecto sombrío—, ya no volveréis a cobrar la pensión de Lyodot, y vos, abate, jamás veréis las mil cien libras de Eymeris, porque uno y otro van a morir.

—¡Morir! —murmuró la reunión, detenida a pesar suyo en su papel de comedia por la terrible palabra.

—Continuad, señores —dijo Fouquet—, porque tal vez nos estén espiando. He dicho «¡morir!».

—¡Morir! —repitió Pelisson—. ¡Esos hombres a quienes he visto no hace

seis días llenos de salud, de vida y de porvenir! ¿Qué es, pues, el hombre; santo Dios? ¿Por qué una enfermedad lo destruye en un instante?

—No es enfermedad —dijo Fouquet.

—Entonces, hay remedio —repuso Loret.

—Ninguno. Los señores de Lyodot y de Eymerys están en la víspera de su última jornada.

—Entonces, ¿de qué mueren esos señores? preguntó un oficial.

—Preguntádselo a quien los mata —contestó Bouquet.

—¿Quién los mata!

—¿Los matan? —exclamó el coro espantado.

—Hacen más aún. ¡Los ahorcan! —murmuró Fouquet, con voz siniestra que resonó como fúnebre doblar de campanas en aquella rica galería, brillante de cuadros, de flores, de terciopelo, de oro.

Todos paráronse involuntariamente, y el abate abandonó la venta; los primeros cohetes de los fuegos artificiales comenzaban a subir por encima de los árboles.

Un grito prolongado, que partió de los jardines, llamó al superintendente a gozar del golpe de vista. Acercóse a la ventana, y detrás de él se colocaron todos sus amigos, atentos a sus menores palabras.

—Señores —dijo—, el señor Colbert, ha hecho prender, juzgar y hará ejecutar a nuestros amigos. ¿Qué debo hacer yo? Responded.

—¡Diantre! —dijo el abate el primero—. Es preciso despanzurrar al señor Colbert.

—Monseñor —dijo Pelisson—, hay que hablar a Su Majestad.

—Querido Pelisson, el rey ha firmado la orden de ejecución.

—Pues bien —dijo el conde de Charost—, es necesario que no se verifique la ejecución; esto es lo que hay que evitar ante todo.

—Imposible —dijo Gourville—, a menos que no se corrompa a los carceleros.

—O al alcaide —continuó Fouquet.

—Esta noche puede hacerse escapar a los presos.

—¿Quién de vosotros se encarga de ello?

—Yo —contestó el abate— llevaré el dinero.

—Yo —añadió Pelisson— llevaré la palabra.

—La palabra y el dinero —dijo Fouquet — quinientas mil libras al alcaide de la Conserjería me parece bastante, no obstante, se pondrá hasta un millón, si se cree necesario.

—¡Un millón! —exclamó el abate—. Por la mitad de esa cantidad pondría yo a saco medio París.

—Nada de desorden —dijo Pelisson—; estando ganado el alcaide, se escapan los presos; entonces irán a los enemigos de Colbert y demuestran al rey que su justicia no es infalible; como todas las exageraciones.

—Id; pues a París, Pelisson —dijo Fouquet—, y traednos las dos víctimas. ¡Mañana ya veremos! Gourville; entregad las quinientas mil libras a Pelisson.

—Cuidad que no se os lleve el viento —observó el abate—. ¡Qué responsabilidad, diablo! Dejadme ayudaros un poco, y estaré más tranquilo.

—¡Silencio! —ordenó Fouquet—. Alguien se aproxima. ¡Oh! Los fuegos artificiales son de un efecto magnífico.

En aquel momento cayó una lluvia de chispas en los ramajes del bosque inmediato.

Pelisson y Gourville salieron juntos por la puerta de la galería, y Fouquet bajó al jardín con los otros cinco conjurados.

Capítulo LVII

Los epicúreos

Como Fouquet prestaba, o simulaba prestar toda su atención a las brillantes iluminaciones, a la música lánguida de los violines y de los oboes, y a los chispeantes cohetes de los fuegos que, iluminando el cielo con intensos reflejos, recortaban la silueta sombría del torreón de Vincennes; y, como también sonríe a las damas y a los poetas, su fiesta no fue menos alegre que de costumbre. Vatel, cuya mirada, inquieta y hasta celosa, interrogaba con insistencia la de Fouquet, no se mostró descontento de la acogida hecha al orden del sarao.

Terminados los fuegos, todos se dispersaron por los jardines y bajo los pórticos de mármol, con aquella dulce libertad que denuncia en el amo de la casa olvido de la grandeza; hospitalidad exquisita y tanta suntuosidad descuidada.

Los poetas comenzaron a vagar, cogidos del brazo, por los bosquecitos, y aun algunos se tendieron sobre lechos de musgo, con gran detrimento de los vestidos de terciopelo y de los bordados, en los que se introducían las hojas secas más pequeñas Y los tallos de verdura.

Las damas, en corto número, escucharon los cánticos de los artistas y los versos de las poetas; otras escucharon la prosa que decían, con mucha arte, hombres que no eran cómicos ni poetas, mas a quienes la juventud y la soledad daban una elocuencia extraordinaria, que les parecía preferible a todas.

—¿Por qué —preguntó La Fontaine— no ha bajado al jardín nuestro maestro Epicuro? Nunca Epicuro abandona a sus discípulas.

—Señor —díjole Conrart—, hacéis mal persistiendo en decorar con el nombre de epicúreo; en verdad que nada recuerda aquí la doctrina de ese filósofo.

—¡Bah! —repuso La Fontaine—. ¿No está escrito que Epicuro compró un jardín y que vivió tranquilamente en él con sus amigos?

—Cierto.

—Pues bien, ¿no ha comprado el señor Fouquet un hermoso jardín en Saint Mandé, y no vivimos aquí muy tranquilamente con él y nuestros amigos?

—Sin duda, pero ni el jardín ni los amigos pueden servir de comparación. Por otra parte, ¿dónde está la semejanza de la doctrina del señor Fouquet con la de Epicuro?

—En esta: «el placer proporciona la felicidad».

—¡Y bien!

—¿Y qué?

—No creo que nos encontremos desgraciados; yo, por lo menos, no. Buena comida, vino de Joigny, que tiene la atención de ir a buscarme a mi taberna favorita, y ningún disgusto en una hora de mesa, a pesar de haber diez millonarios y veinte poetas.

—Alto ahí. ¿Habéis hablado de vino de Joigny y de buena comida? ¿Insistís en ello?

—Insisto, al hecho, como se dice en Port Royal.

—Entonces, tened presente que el gran Epicuro vivía y hacía vivir a sus discípulos con pan, legumbres y agua clara.

—Eso no es verdad —dijo La Fontaine—, y podría ser muy bien que confundieseis a Epicuro con Pitágoras, amigo Cantan.

—Acordaos también de que el antiguo filósofo era muy mal amigo de los dioses y de los magistrados.

—¡Oh! Esa es lo que no puedo tolerar —replicó La Fontaine.

—No lo comparéis con el señor superintendente —dijo Conrart con voz conmovida—, pues acreditaréis los rumores que ya corren sobre él y respecto a nosotros.

—¿Qué rumores?

—Que somos malos franceses, libios al monarca y sordos a la ley.

—Entonces, vuelvo a mi texto —dijo La Fontaine—. Oíd, Conrart, escuchad la moral de Epicuro a quien por otra parte de asidero, si es preciso que lo diga, como un mito. Todo lo que hay de notable en la antigüedad es mito. Júpiter, si se considera bien, es la vida; Alcides es la fuerza. Aquí están las palabras para darme razón; Zeus es ser, vivir; Alcides es alce, vigor. Pues bien, Epicuro es la grata vigilancia, la protección. ¿Y quién vigila mejor el Estado, y quién protege mejor a los individuos que el señor Fouquet?

—Estáis hablando etimología; pero no moral; digo, que nosotros, los epicúreos modernos, somos malos ciudadanos.

—¡Oh! —exclamó La Fontaine—. Si nos hacemos perversos ciudadanos, no será por seguir las máximas del maestro. Oíd uno de sus principales aforismos.

—Ya oigo.

—«Desead buenos jefes».

—¿Y qué?

—¡Y qué! ¿Qué nos dice el señor Fouquet todos los días? «¿Cuándo estaremos gobernados?». ¿Lo dice o no? Vamos, Conrart, sed franco.

—Lo dice, es cierto.

—Pues bien: doctrina de Epicuro.

—Sí, pero eso es un poco sedicioso.

—¡Cómo! ¿Es sedicioso querer ser gobernado por buenos jefes?

—Sin duda, cuando los que gobiernan son malos.

—¡Paciencia! Tengo respuestas para todo.

—¿Aun para lo que acaba de decir?

—Escuchad: «Someteos a los que gobiernan mal...» ¡Oh! Está escrito: Cacos politeousi... ¿Es exacto el texto?

—¡Pardiez! Ya lo creo. ¿Sabéis que habláis el griego como Esopo, mi querido La Fontaine?

—¿Lo decís en chanza, mi querido Conrart?

—¡Dios me libre!

—Entonces, volvamos al señor Fouquet. ¿Qué nos repetía siempre? «¡Qué tunante ese Mazarino! ¡Qué asno! ¡Qué sanguijuela! ¡Y, sin embargo, es preciso obedecer a ese pícaro!». ¿No es esto, Conrart? ¿Lo decía o no lo decía?

—Confieso que lo decía, y quizá algo más.

—Como Epicuro, amigo mío, siempre como Epicuro; lo repito, somos epicúreos, y esto es muy divertido.

—Sí, pero temo que se levante a nuestro lado una secta como la de Epícteto; ya sabéis, el filósofo de Hierápolis; aquel que denominaba al pan lujo, a las legumbres prodigalidad, y al agua clara embriaguez; aquel que, azotado un día por su amo, le decía gruñendo un poco, pero sin incomodarse lo más mínimo: «¿Apostamos a que me habéis roto uña pierna?». Y ganó la apuesta. Ese Epícteto era un idiota.

—Corriente; pero podría muy bien ponerse a la moda cambiando únicamente su nombre por el de Colbert.

—¡Bah! —replicó La Fontaine.

—Eso es imposible; jamás encontraréis a Colbert en Epícteto.

—Es verdad, yo buscaré, Coluber todo lo más.

—¡Ah! Estáis abatido, Conrart, pues os refugiáis en los juegos de palabras. El señor Arnaud pretende que yo no tengo lógica... Tengo más que el señor Nicole...

—Sí —contestó Conrart—, tenéis lógica, pero sois jansenista. Estas palabras fueron acogidas con una estrepitosa carcajada. Poco a poco habían sido atraídos los paseantes por los gritos de los ergotistas en derredor del bosquecillo don Culebra.

Le peroraban: Toda la discusión había sido escuchada religiosamente, y el mismo Fouquet, conteniéndose apenas, había dado ejemplo de moderación.

Pero el desenlace de la escena le puso fuera de quicio, y estalló. Todo el mundo estalló como él, y los dos filósofos fueron saludados con felicitaciones unánimes.

No obstante, La Fontaine fue declarado vencedor a causa de su erudición profunda y de su lógica incontestable.

Conrart obtuvo las indemnizaciones debidas a un combate desgraciado; lo elogiaron por la lealtad de sus intenciones y la pureza de su conciencia. En el momento en que se manifestaba esta alegría con las más vivas demostraciones, y cuando las damas hacían cargos a los dos enemigos, por no haber hecho entrar a las mujeres en el sistema de felicidad epicúrea, se vio venir a Gourville del otro extremo del jardín. Se acercaba a Fouquet, que lo acechaba con la vista, y éste se destacó del grupo.

El superintendente conservó en su semblante la risa y todos los caracteres de la tranquilidad; mas apenas lo perdieron de vista dejó la máscara.

—¿Dónde está Pelisson? —dijo con viveza—. ¿Qué hace Pelisson?

—Pelisson regresa de París.

—¿Ha traído los presas?

—Ni siquiera ha podido ver al alcaide de la Conserjería.

—¡Qué! ¿No ha dicho que iba en nombre mío?

—Lo ha dicho; pero el alcaide ha mandado responder: «Si vienen de parte del señor Fouquet, deben traer una carta suya».

—¡Oh! —murmuró éste—. Si sólo se trata de darla una carta...

—Jamás —replicó Pelisson, que apareció en el extremo del bosquecillo—, jamás, monseñor... Id vos mismo y habladle en vuestro nombre.

—Sí, tenéis razón, voy a entrar en mi cuarto como para trabajar; dejad enganchados los caballos, Pelisson; entretened a mis amigos, Gourville.

—Escuchad un consejo; monseñor —respondió éste.

—Hablad, Gourville.

—No vayáis a ver al alcalde sino en el último momento; es osado, pero no hábil.

—Dispensadme, señor Pelisson, si tengo otro parecer que el vuestro.

—Pero creedme, monseñor; haced que hablen otra vez al alcaide, que es un hombre galante; pero no vayáis vos mismo.

—Yo avisaré —repuso Fouquet—; además, tenemos la noche entera.

—No contéis mucho con el tiempo, pues aunque fuese doble del que tenemos —replicó Pelisson—, nunca es una falta llegar demasiado pronto.

—Adiós —dijo el superintendente—, venid conmigo, Pelisson. Gourville, os recomiendo mis convidados. Y partió.

Los epicúreos no advirtieron que el jefe de la escuela había desaparecido;

los violines tocaron durante toda la noche.

Capítulo LVIII

Quince minutos de retraso

La segunda vez que en aquel día, salía Fouquet de casa, sentíase menos torpe y turbado de lo que pudiera creerse.

Dirigiéndose a Pelisson, que en un rincón de la carroza meditaba gravemente alguna buena argumentación contra los entusiasmos de Colbert, le dijo:

—Mi querido Pelisson, es lástima que no seáis mujer.

—Lo creo, al contrario, una fortuna —replicó Pelisson—, porque, al fin, monseñor, soy excesivamente feo.

—¡Pelisson! ¡Pelisson! —dijo el superintendente riendo—. Repetís demasiado que sois feo para no dejar de creer que esto os causa mucha pena.

Mucha, efectivamente, monseñor; no hay ningún hombre más desgraciado que yo; yo era guapo, pero las viruelas me volvieron horrible. Estoy privado de un gran medio de seducción; pero, si siendo vuestro primer dependiente, o poco menos, y manejando vuestros negocios e intereses, me convirtiese en una mujer hermosa, os prestaría un servicio, importante.

—¿Cuál?

—Iría a ver al alcaide del palacio, lo seduciría, porque es un cortejador y un enamorado ridículo, y me traería los dos presos.

—Eso espero yo hacer, aunque no sea una mujer bonita —replicó Bouquet.

—Conforme, monseñor; pero os comprometéis mucho.

—¡Oh! —exclamó de pronto Fouquet, con uno de esos secretos transportes de quien tiene en sus venas la sangre generosa de la juventud o el recuerdo de una emoción dulce.

—¡Oh! Conozco una mujer que será, con el teniente de alcaide de la Conserjería el personaje que necesitamos.

—Yo conozco cincuenta, monseñor; pero son cincuenta trompetas que enterarán al universo entero de vuestra generosidad, de vuestro sacrificio por los amigos; y que, por tanto os perderán tarde o temprano perdiéndose ellas.

—Yo no me refiero a esas mujeres, Pelisson; hablo de una criatura noble y

bonita que une al talento de su sexo el valor la sangre fría del nuestro; hablo de una mujer bastante bella para que los muros de la cárcel se inclinen para saludarla; de una mujer bastante prudente para que nadie sospeche por quién va enviada.

—Un tesoro —exclamó Pelisson—; haríais un gran regalo al señor alcaide de la Conserjería. ¡Diablo! Monseñor, podría suceder que le cortasen la cabeza; pero antes de morir habría tenido una fortuna, tal como nadie la ha encontrado antes que él.

—Y añadido —dijo Fouquet—, que no cortarán la cabeza al alcaide, pues se salvará con mis caballos, que yo le daré, y con quinientas mil libras para vivir holgadamente en Inglaterra; añadido también que esa mujer, amiga mía, no le dará otra cosa que los caballos y el dinero. Vamos a buscar a esa mujer, Pelisson.

El superintendente tendió la mano hacia el cordón de seda y oro colocado en el interior de la carroza, mas lo detuvo Pelisson.

—Monseñor —dijo—, vais a perder en busca de esa mujer tanto tiempo como Colón tardó en encontrar el Nuevo Mundo. No disponemos más que de dos horas, y si el alcaide se acuesta, ¿cómo hemos de penetrar en su casa sin gran ruido? Si llega a ser de día, ¿cómo ocultaremos nuestros pasos? Id, señor; id vos mismo y no busquéis ni ángel ni mujer por esta noche.

—Pero, amigo Pelisson, ¿si estamos en la puerta!

—¿Delante de la puerta del ángel?

—Sí.

—¡Esta es la casa de la señora de Belliere!

—¡Chitón!

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó Pelisson.

—¿Qué tenéis que decir contra ella? —preguntó Fouquet.

—¡Nada, nada! Esto es lo que me desespera. Nada, absolutamente nada... ¡Si pudiera deciros de ella mucho malo para que no subieseis a su casa!

Pero ya había dado Fouquet orden de parar y la carroza permanecía, inmóvil.

—Que no subiera! —dijo Fouquet—. Ningún poder humano me impediría decir un cumplido a la señora de Plessis-Belliere; además, ¿quién sabe si no tendremos necesidad de ella? ¿Subís conmigo?

—No, monseñor, no.

—Es que no quiero me esperéis, Pelisson —replicó Fouquet con sincera cortesía.

—Razón de más, monseñor; sabiendo que me hacéis esperar estaréis arriba menos tiempo... ¡Pero, cuidado! ¿Veis una carroza en el patio? ¡Alguien hay en su casa!

Fouquet inclinóse a la portezuela, como para salir.

—¡Una palabra! —murmuró Pelisson—. ¡No vayáis a ver a esa mujer sino después de haber estado en la Conserjería, por favor!

—¡Ah! Cinco minutos, Pelisson —replicó Fouquet bajando al umbral mismo de la casa.

Pelisson quedóse en la carroza con el ceño fruncido.

Fouquet subió a casa de la marquesa y se dio a conocer al criado, el cual comenzó a hacer demostraciones que atestiguaban el hábito de respetar aquel nombre.

—¡Señor superintendente! —dijo la marquesa adelantándose muy pálida hacia Fouquet—. ¡Qué honor tan inesperado!

Y luego añadió en voz baja:

—¡Tened cuidado! ¡Margarita Vanel está en mi cuarto!

—Señora —respondió Fouquet turbado—, venía a hablaros de asuntos. Una sola palabra... Entraron en el salón.

La señora Vanel se había levantado, más pálida y lívida que la misma envidia. Fouquet dirigióle en vano uno de los saludos más encantadores y pacíficos; ella sólo respondió con una ojeada terrible, lanzada sobre la marquesa y Bouquet. Margarita Vanel hizo una reverencia a su amiga, otra más profunda a Fouquet, y se despidió pretextando un sinnúmero de visitas que había de hacer, sin que la marquesa ni éste pensasen en retenerla; tal era su inquietud.

Apenas salió, cuando Fouquet, solo ya con la marquesa echó a sus pies, sin pronunciar palabra.

—Os esperaba —dijo la marquesa con dulce sonrisa.

—¡Oh! No —murmuró Fouquet—; entonces habríais despedido a esa mujer.

—Apenas hace un cuarto de hora que ha llegado, y yo no podía suponer que viniese esta noche.

—¿De modo que me amáis un poco, marquesa?

—No se trata de eso, señor, sino de vuestros peligros. ¿Cómo están vuestros asuntos?

—Esta misma noche voy a sacar a mis amigos de las cárceles del palacio.

—¡Cómo!

—Comprando, sobornando al alcaide.

—Es de más amigos. ¿Puedo ayudaros sin haceros daño?

—¡Oh, marquesa! Ese sería un gran servicio. Pero ¿cómo hacerlo sin comprometeros? Nunca serán rescatadas ni mi vida, ni mi poder, ni aun mi libertad, si es necesario que caiga una lágrima de vuestros ojos, si es preciso que un dolor oscurezca vuestra frente.

—Monseñor, no me digáis más esas palabras, que me embriagan, soy culpable de haber querido servirlos, sin calcular las consecuencias de mis pasos. Yo os amo, en efecto, como una tierna amiga, y como amiga os agradezco vuestra delicadeza, pero ¡ah!, nunca encontraréis en mí una querida.

—¡Marquesa! —exclamó Fouquet con voz desesperada—. ¿Por qué?

—Porque sois demasiado amado —dijo en voz muy baja la joven—; porque lo sois par demasiadas gentes. Porque el brillo de la gloria y de la fortuna hiere mis ojos, mientras que el dolor sombrío los atrae; porque, finalmente, yo, que os he rechazado en vuestra fastuosa magnificencia, yo que apenas os he mirado cuando resplandecíais, he ido, como mujer extraviada, a arrojarme, por decirlo así, en vuestros brazos, cuando vi una desgracia que amenazaba vuestra cabeza... ¿Me comprendéis ahora, monseñor...?

—Volved a ser feliz, para que yo vuelva a ser casta de corazón y de pensamientos, me perdería vuestro infortunio.

—¡Oh, señora! —exclamó Fouquet con emoción no sentida hasta entonces—. Si cayese en el último grado de la miseria humana ¿oiría de vuestra boca esa palabra que me negáis? Ese día, señora, creeríais consolar al más desdichado de los hombres, y diríais: «¡te amo!», al más ilustre, al más risueño, al más triunfante de los felices de este mundo!

Todavía estaba a sus pies besándole las manos, cuando Pelisson entró precipitadamente exclamando:

—¡Monseñor!

—¡Señora! Por favor, perdonadme.

—Monseñor, hace media hora que estáis aquí...

—¡Oh! No me miréis los dos con ese aire de reconvención...

—Señora, por piedad, ¿quién es esa dama que ha salido de vuestra casa cuando entraba monseñor?

—Madame Vanel —dijo Fouquet.

—¡Ella aquí! —exclamó Pelisson—. Estaba seguro de ello.

—¿Y qué...?

—Ha subido muy pálida a la carroza.

—¿Y qué me importa? —dijo Fouquet.

—Sí, pero lo que os importa es lo que ha dicho a su cochero.

—¿Pues qué le ha dicho, Dios Santo? —exclamó la marquesa.

—A casa del señor Colbert —dijo Pelisson con voz ronca.

—¡Gran Dios! ¡Marchad, monseñor! —respondió la marquesa, conduciendo a Fouquet fuera del salón mientras Pelisson lo arrastraba por la mano.

—Pero, señor —dijo el superintendente—, ¿soy acaso un niño a quien se le causa miedo con una sombra...?

—Sois un gigante —dijo la marquesa—, a quien una víbora trata de picar en el talón.

Pelisson siguió arrastrando a Fouquet hacia la carroza.

—¡Al palacio! ¡A escape! —gritó al cochero.

Los caballos salieron como el rayo; ningún obstáculo debilitó su marcha un solo instante. Pero en la arcada de San Juan, cuando iban a desembocar en la plaza de la Grève, una fila larga de jinetes, obstruyendo el paso, detuvo la carroza del superintendente. No hubo medio de forzar esta barrera, y fue menester que pasasen los arqueros de la ronda a caballo, pues eran ellos, con el pesado carretón que escoltaban y que subía rápidamente hacia la plaza Baudoyer.

Fouquet y Pelisson no prestaron atención a este acontecimiento, sino para deplorar el minuto de retraso que sufrían, entrando cinco minutos después en casa del alcaide.

Éste paseábase aún por el primer patio.

Al nombre de Fouquet, pronunciado a su oído por Pelisson, el alcaide se acercó a la carroza con presteza, y, sombrero en mano, aumentó sus reverencias.

—¡Qué honor para mí, monseñor! —dijo.

—Una palabra, señor alcaide. ¿Queréis entrar en mi carroza?

El oficial entró en la pesada máquina y se sentó frente a Fouquet.

—Señor —dijo Fouquet—, he de pedir os un favor.

—Hablad, monseñor.

—Favor comprometido para vos, señor, pero que os promete para siempre mi protección y mi amistad.

—Aunque fuera necesario que me arrojase al fuego por vos, lo haría, monseñor.

—Bien —dijo Fouquet—, lo que os pido es más sencillo.

—Está hecho, monseñor. ¿De qué se trata?

—De conducirme a las habitaciones de los señores Lyodot y Eymeris.

—¿Quiere explicarme monseñor para qué?

—Os lo diré en su presencia, señor, al mismo tiempo que os daré todos los medios de paliar esta evasión.

—¡Evasión! ¿Conque monseñor no sabe...?

—¿Qué?

—Que el señor Lyodot y el señor Eymeris ya no están aquí.

—¿Desde cuándo? —preguntó temblando Fouquet.

—Desde hace un cuarto de hora.

—Pues ¿dónde se hallan?

—En el torreón de Vincennes.

—¿Quién los ha sacado de aquí?

—Una orden del rey.

—¡Desgracia! —murmuró Fouquet golpeándose la frente—. ¡Desgracia!

Y sin decir una palabra más al alcaide, quedó, en su carroza con la desesperación en el alma y la muerte en el semblante.

—¿Qué hay? —dijo Pelisson con ansiedad.

—¡Nuestros amigos están perdidos! ¡Colbert los ha llevado al torreón! Ellos eran con quienes nos cruzamos en la arcada de San Juan. Herido Pelisson como por un rayo; no contestó palabra. Con un solo reproche hubiera matado a su amo.

—¿Dónde va, monseñor? —preguntó el lacayo.

—A mi casa de París; vos, Pelisson, volved a Saint Mandé y enviadme al abate Fouquet para dentro de una hora. ¡Marchad!

Capítulo LIX

Plan de batalla

Estaba muy avanzada la noche cuando el abate Fouquet entró en el cuarto de su hermano. Gourville le seguía. Estos tres hombres estaban pálidos, presintiendo acontecimientos futuros, y parecían menos tres poderosos del día que tres conspiradores unidos por igual pensamiento de violencia. Fouquet se paseaba hacía mucho tiempo con los ojos bajos, y las manos cruzadas.

Tomando por fin valor y dando un gran suspiro:

—Abate —dijo—, hoy mismo me habéis hablado de ciertas gentes a quienes mantenéis.

—Sí, monseñor —respondió el abate.

—La verdad, ¿quiénes son esas gentes?

El abate vaciló.

—¡Vamos! Nada de miedo, que no amenazo; nada de bromas, que no chanco.

—Ya que me preguntáis la verdad, monseñor, os diré que tengo ciento veinte amigos o compañeros de placeres, tan unidos a mí como los ladrones a la horca.

—¿Y podéis contar con ellos?

—Absolutamente.

—¿Y no os comprometeréis?

—Ni me lo figuro siquiera.

—¿Y son gente decidida?

—Quemarán a París si les prometo que ellos no serán quemados.

—Lo que yo os pido, abate —dijo Fouquet—, es lanzar, vuestros ciento veinte hombres sobre la gente que yo designe en un momento dado... ¿Es posible?

—No será la vez primera que les suceda tal cosa, monseñor.

—Bien; pero ¿esos bandidos atacarán... a la fuerza armada?

—Es su costumbre.

—Entonces, reunid vuestros ciento veinte hombres, abate.

—Corriente. Y ¿dónde?

—En el camino de Vincennes, mañana, a las dos en punto.

—¿Para arrebatarse a Lyodot y a Eymerys...?

—Habrá golpes que recibir.

—Muchísimos. ¿Tenéis miedo?

—Por mí, no, sino por vos.

—¿Sabrán vuestros hombres lo que hacen?

—Son lo suficiente inteligentes para no adivinarlo... Pero un ministro que provoca una rebelión contra su rey... se expone.

—¿Y qué os importa, si pago...? Además, si caigo, vos; caéis conmigo.

—Entonces, será muy prudente no moverse, monseñor, y dejar al rey que se tome esa insignificante satisfacción.

—Bien podéis pensar, abate, que Lyodot y Eymerys en Vincennes, son un prelude de ruina para mi casa. Lo repito; si yo soy arrestado, vos seréis apresado; si yo apresado, vos desterrado.

—Monseñor, estoy a vuestra disposición. ¿Tenéis que darme órdenes?

—Lo dicho: que mañana, los dos banqueros de quienes se pretende hacer víctimas, cuando hay tantos criminales impunes, sean arrancados al furor de mis adversarios. Tomad vuestras medidas en consecuencia... ¿Es posible?

—Es posible.

—Decidme vuestro plan.

—Mi plan es de una sencillez admirable. La guardia ordinaria para las ejecuciones consta de doce arqueros.

—Mañana irán ciento.

—Cuento con ello, y digo más: habrá doscientos.

—Entonces, no tenéis suficiente con ciento veinte hombres.

—Perdonad. En toda multitud compuesta de cien mil espectadores, hay diez mil bandidos o descuidados, pero que no se atreven a tomar la iniciativa.

—¿Y qué?

—Mañana habrá en la plaza de la Grève, a la cual escojo por teatro, diez

mil auxiliares de mis ciento veinte hombres. La batalla la comienzan éstos y la acaban los otros.

—¡Bien! Pero ¿qué se hace con los presos?

—Se les hará entrar en una casa cualquiera de la plaza, y allí será necesario un sitio para que puedan arrebatarnos... Y, mirad, otra idea más sublime todavía: ciertas casas tienen dos salidas, una a la plaza de la Grève y otra a la calle de Mortelliere, o de la Vannerie, o de la Tixeranderie. Los presos que penetren por una, saldrán por la otra.

—¡Pero decid algo positivo!

—Voy a buscar.

—Pues yo —exclamó Fouquet—, ya he encontrado; escuchad lo que me sucede en este momento.

—Escucho.

Fouquet hizo una seña a Gourville, el cual pareció comprender.

—Cierta amigo mío me presta a veces las llaves de una casa que tiene alquilada en la calle de Baudoyer, y cuyos espaciosos jardines extiéndanse detrás de cierta casa de la plaza de la Grève.

—Ese es el asunto —dijo el abate—. ¿Cuál es la casa?

—Una taberna, cuya muestra representa la imagen de Nuestra Señora.

—La conozco —dijo el abate—. La taberna tiene ventanas que dan a la plaza, y salida a un patio que debe conducir a los jardines de mi amigo por una puerta de comunicación.

—Corriente.

—Entrad por la taberna con los presos y haced que defiendan la puerta, mientras que vos los hacéis huir por el jardín y la plaza Baudoyer.

—Es cierto, señor; haríais un general excelente como el señor príncipe, ¿comprendido?

—Perfectamente.

—¿Cuánto necesitáis a fin de atracar a vuestros bandidos con vino y para satisfacerlos con oro?

—¡Oh, monseñor, qué expresión! ¡Si ellos os escuchasen! Algunos son muy susceptibles.

—Quiero decir, que se debe hacer de modo que no distinguan el cielo de la tierra, porque mañana lucharé con el rey, y cuando yo lucho quiero vencer,

¿comprendéis?

—Hecho, monseñor... Decidme las otras ideas.

—Eso es cosa vuestra.

—Entonces, entregadme vuestra bolsa.

—Gourville, contad cien mil libras al abate.

—Bueno... y no economizamos nada, ¿eh?

—Nada.

—Muy bien.

—Monseñor —objetó Gourville—, si saben esto, perdemos la cabeza. Vamos, Gourville —replicó Fouquet rojo de cólera—, me causáis lástima; hablad por vos, quedo, mas lo que es mi cabeza no vacila de ese modo sobre mis hombros. Vamos, abate, ¿está dicho?

—Dicho está. ¿Mañana a las dos?

—A mediodía, porque es necesario que prepare a mis auxiliares secretamente.

—Es verdad; no economicéis el vino del tabernero.

—No economizaré ni su vino ni su casa —replicó el abate con sonrisa diabólica—. Os digo que tengo mi plan, dejadme ponerlo por obra y ya veréis.

—¿Dónde os encontraré?

—Por hoy en ninguna arte. ¿Y cómo me enteraré?

—Por medio de un correo, cuyo caballo estará en el mismo jardín de vuestro amigo. A propósito; ¿cómo se llama ese amigo?

Fouquet miró de nuevo a Gourville, el cual vino en socorro de su señor, diciendo:

—La casa puede reconocerse perfectamente: la imagen de Nuestra Señora por delante, y un jardín, único en el barrio, por detrás.

—Perfectamente. Voy a avisar a mis soldados.

—Acompañadle, Gourville —dijo Fouquet—, y contadle el dinero. Un momento, abate... un momento, Gourville. ¿Qué aspecto se dará a este acontecimiento?

—Uno muy natural... Un tumulto.

—¿Tumulto a propósito de qué? Porque, al fin; si alguna vez está dispuesto el pueblo de París a hacer fiestas al rey, es cuando hace ejecutar a los

banqueros.

—Yo arreglaré eso —dijo el abate.

—Sí, pero lo arreglaréis mal y lo adivinarán.

—No, no... Tengo una idea.

—Manifestadla.

—Mis hombres gritarán. ¡Colbert! ¡Viva Colbert!, se arrojarán sobre los presos como para hacerlos pedazos y arrancarlos a la horca, que es suplicio más dulce.

—¡Ah! Es, una idea, efectivamente —dijo Gourville—. ¡Diablo, señor abate, qué imaginación!

—Amigo, es digna de la familia —respondió éste con orgullo.

—Tunante —murmuró Fouquet.

Y añadió enseguida:

—¡Es ingenioso! Hacedlo y procurad no verter sangre.

Gourville y el abate salieron juntos.

El superintendente se acostó sobre unos cojines, soñando a medias con los terribles planes del siguiente día, y a medias con el amor.

Capítulo LX

La taberna «La imagen de Nuestra Señora»

Al siguiente día, cincuenta mil curiosos habían tomado posición alrededor de dos horcas levantadas en la plaza de la Grève, entre el muelle del mismo nombre y el de Pelletier, la una junto a la otra adosadas al parapeto del río.

Aquella misma mañana todos los pregoneros jurados de la buena ciudad de París habían recorrido los barrios y arrabales pregonando con sus roncadas voces, da gran justicia que mandaba hacer el rey con dos prevaricadores; ladrones y sanguijuelas del pueblo. Y el pueblo, cuyos intereses se tomaba con tanto ardor, dejaba sus tiendas y talleres, para no faltar al respeto debido a su rey y demostrar algún reconocimiento a Luis XIV, como harían los convidados que temieran ser descorteses no asistiendo a la casa de quien los hubiera invitado.

Según el tenor de la sentencia, que leían alto y mal dos pregoneros, dos arrendadores de contribuciones, acaparadores de dinero, malgastadores de

caudales reales, concusionarios y falsarios, iban a sufrir la pena capital en la plaza de la Grève, con sus nombres fijos en la cabeza.

Mas la sentencia no hacía mención de estos nombres.

Llegaba, pues, al colmo la curiosidad de los parisienses, y, como ya hemos manifestado, una multitud inmensa esperaba con febril impaciencia la hora señalada, para la ejecución. Ya había corrido la noticia de que los presos, trasladados al castillo de Vincennes, serían conducidos desde esta cárcel a la plaza de la Grève; de modo que estaban intransitables el barrio y la calle de Saint Antoine, porque la población de París, en días de gran ejecución, dividiese en dos categorías: los que desean presenciar el paso de los condenados (corazones tímidos y dulces, curiosos de filosofía) y los que desean presenciar la muerte del sentenciado (corazones ávidos de sensaciones).

Aquel mismo día había recibido el señor de D'Artagnan sus últimas instrucciones del rey, y dado el correspondiente adiós a sus amigos, cuyo número quedaba reducido por al momento a Planchet. Enseguida trazóse el plan de aquel día como debe hacerlo todo hombre ocupado, cuyos momentos cuenta porque aprecia su importancia.

—Mi marcha —dijo— está fijada para el amanecer; a las tres de la mañana; de modo que tengo quince horas mías. Quitemos las horas del sueño que me son indispensables, seis; una para la comida; siete; una de visita a Athos, ocho; y dos para casos imprevistos: total, diez: Todavía me quedan cinco horas. Una para hacer que me nieguen el dinero en casa de Fouquet; otra para ir a buscar ese dinero a casa del señor Colbert y recibir sus preguntas y sus gestos; y otra para inspeccionar mis armas, mis vestidos, y hacer que den manteca a mis botas. Aún me restan dos horas. ¡Pardiez! ¡Qué rico soy!

Al decir esto sintió D'Artagnan una alegría extraña, alegría de joven, perfume de aquellos hermosos y felices años de otro tiempo que subían a su frente y lo embriagaban.

—En esas dos horas —dijo el mosquetero— iré a «La Imagen de Nuestra Señora». ¡Trescientas setenta y cinco mil libras! ¡Diantre! ¡Es sorprendente! Si el pobre que sólo tiene una libra en el bolsillo, tuviese una libra y doce sueldos, sería cosa muy justa; pero jamás suceden al pobre semejantes venturas. El rico, por el contrario, créase rentas con su dinero, al cual no toca jamás. He aquí trescientas setenta y cinco mil libras que me caen del cielo, iré; pues, a «La Imagen de Nuestra Señora», y beberé con mi inquilino un vaso de vino español que no dejará de ofrecirme. Pero es preciso orden, señor de D'Artagnan; es necesario orden. Organicemos, pues, nuestro tiempo, y repartamos el empleo de él. Artículo 1.º Athos: Artículo 2.º «La Imagen de Nuestra Señora». Artículo 3.º Señor Fouquet. Artículo 4.º Señor Colbert:

Artículo 5.º Comer: Artículo 6.º Vestidos, botas caballos, maleta. Artículo 7.º y último. Sueño.

Por consiguiente, D'Artagnan se fue derecho a casa del conde de la Fère, a quien relató cándida y modestamente una parte de sus buenas aventuras.

Athos no estaba sin inquietud desde la víspera, con respecto a la visita de D'Artagnan al rey; pero le bastaron cuatro palabras, como cuatro explicaciones. Athos conoció que Luis había encargado a D'Artagnan de alguna comisión importante, y ni aun siquiera pretendió hacerle confesar el secreto. Sólo le ofreció discretamente acompañarlo si la cosa era posible.

—Pero, amigo —dijo D'Artagnan—, ¡si no me marchó!

—¡Cómo! ¡Venís a despediros y no os marcháis!

—¡Oh! Sí tal —replicó D'Artagnan ruborizándose un poco—. Van a hacer una adquisición.

—Eso es otra cosa. En tal caso varío de fórmula, y en lugar de decir: «no os dejéis matar», diré: «no os dejéis robar».

—Amigo querido, os avisaré si fijo mi idea en alguna propiedad, y entonces tendréis la bondad de aconsejarme.

—Sí, sí —dijo Athos, demasiado delicado para permitirse la compensación de una sonrisa.

Raúl imitaba la reserva paterna, y D'Artagnan conoció que era demasiado misterioso abandonar a unos amigos con un pretexto, sin decirles siquiera el camino que llevaba.

—He escogido Le Mans —dijo D'Artagnan—. ¿Es buen país?

—Excelente, amigo —replicó el conde sin hacerle advertir que Le Mans estaba en la misma dirección que Tours, y que esperando dos días a lo más, podían hacer juntos el camino.

Pero D'Artagnan, más embarazado que el conde, socavaba a cada nueva explicación el barranco en que se había metido poco a poco.

—Mañana al amanecer me marchó —dijo al fin—. Hasta entonces, ¿quieres venirte conmigo, Raúl?

—Sí, señor caballero —dijo el joven—, si el señor conde no me necesita.

—No, Raúl, hoy tendré audiencia de Monsieur el hermano del rey. Raúl pidió su espada a Grimaud, que se la llevó al instante.

—Entonces —repuso D'Artagnan abriendo sus brazos a Athos—, adiós, querido amigo.

Athos lo abrazó largo tiempo, y D'Artagnan, que comprendió muy bien su discreción, le deslizó al oído:

—Asunto de Estado.

A lo cual sólo respondió Athos con un apretón de manos más significativo aún. Entonces se separaron; Raúl tomó el brazo de su amigo, que le condujo por la calle de Saint Honoré.

—Te llevo a casa del dios Plutón —dijo D'Artagnan al joven; prepárate; todo el día verás apilar escudos. Pero ¡Dios Santo! ¿Qué es esto?

—¡Oh! Mucha gente hay en la calle —dijo Raúl.

—¿Es día de procesión? —preguntó D'Artagnan a un transeúnte.

—Día de estrangulación, señor contestó éste.

—¡Cómo! ¿Ahorcan —dijo D'Artagnan— en la Grève?

—Si, señor.

—¡Vaya al diablo el bergante que se hace ahorcar el día que tengo precisión de cobrar a mi inquilino! —exclamó D'Artagnan—. Raúl; ¿has visto ahorcar?

—¡Jamás, señor, a Dios gracias!

—¡Lo que es la juventud! Si estuvieras de guardia en la trinchera, como yo he estado, y un espía... Pero, perdona, Raúl, yo desvarío... Tienes razón, es horrible ver ahorcar... ¿Queréis decirme a qué hora ahorcan, amigo?

—Caballero —repuso el hombre con deferencia, encantado de que iba a trabar conversación con gente de espada—, debe ser a las tres.

—¡Oh! No es más que la una y mediad estiremos las piernas y llegaremos a tiempo para cobrar mis trescientas setenta y cinco libras y volver antes de la llegada del paciente.

—De los pacientes, señor —prosiguió el plebeyo—, porque son, dos.

—Amigo, os doy mil gracias —dijo D'Artagnan, que al ir envejeciendo se había vuelto de urbanidad refinada.

Y arrastrando a Raúl, lo dirigió aceleradamente hacia la plaza de la Greve.

Sin la grande costumbre que el mosquetero tenía de estar entre la multitud, y sin su puño irresistible, al cual unía una resistencia poco común de hombros, ninguno de los dos viajeros habría llegado a su destino.

Los dos seguían el muelle en que habían entrado al salir de la calle de Saint-Honoré. D'Artagnan iba delante su codo, su puño y su hombro formaban

tres puntas que sabía clavar, con arte los grupos para hacerlos romper y desunir como astillas de madera.

No pocas veces usaba como refuerzo la empuñadura de la espada, introduciéndola en los sitios más rebeldes, y haciéndola mover a guisa de palanca, separaba al esposo de la esposa, al tío del sobrino y al hermano de la hermana. Todo esto tan naturalmente y con tan graciosas sonrisas, que era necesario tener costillas de bronce para no gritar gracias, cuando la empuñadura hacía su oficio, o corazones de diamante para no encantarse, cuando la sonrisa dilatava los labios del mosquetero.

Siguiendo Raúl a su amigo contemplaba a las mujeres, que admiraban su hermosura, contentaba a los hombres, que sentían la rigidez de sus músculos, y ambos hendían, gracias a esta maniobra, la onda un poco compacta y alborotada del populacho.

Llegaron finalmente a la vista de las dos horcas, y Raúl volvió los ojos con pesar. Pero D'Artagnan ni siquiera las vio; su casa, cuyas ventanas estaban llenas de curiosos, atraía y absorbía toda la atención de que era capaz.

En la plaza y en derredor de las casas divisó buen número de mosqueteros con licencia, que unos con mujeres, otros con amigos, esperaban el instante de la ceremonia.

Lo que más le alegró fue ver que el tabernero, su inquilino, se desvivía por atender a todos sus clientes.

Tres mozos no bastaban para servir a los bebedores, que los había en la tienda, en los cuartos y en el patio mismo.

D'Artagnan hizo observar a Raúl esta afluencia, y añadió:

—No tendrá excusa el tuno para no pagarme. ¿Ves todos esos bebedores, Raúl? Se creería que son gente de buena compañía. ¡Diantre! Pero no hay sitio.

Entretanto, D'Artagnan consiguió atrapar al patrón por el cuello de su camisa y hacerse reconocer.

—¡Ah! Señor —dijo el tabernero medio loco—. ¡Un minuto, por favor! Aquí tengo cien endiablados que agotan mi bodega.

—La bodega, bueno, pero no el cofre.

—¡Oh! Señor, vuestros treinta y siete doblones y medio los tengo muy contados allá arriba en mi habitación; pero en esta otra sala hay treinta compañeros que chupan las tablas de un barrilito de Oporto que abrí esta mañana para ellos... Concededme un minuto, nada más que un minuto.

—Corriente.

—Me voy —dijo Raúl en voz baja a D'Artagnan—; esta alegría es innoble.

—Caballero —replicó D'Artagnan severamente—, vais a hacerme el gusto de quedaros; el soldado debe habituarse a todos los espectáculos. Hay en los ojos, cuando uno es joven, ciertas fibras que es preciso saber endurecer. Además, Raúl, ¿quieres dejarme aquí solo? Eso sería un mal para ti. Oye, allí está el patio, y en el patio un árbol; vente a su sombra y allí respiraremos mejor que en esta atmósfera caliente de vino derramado.

Desde el lugar en que estaban colocados los dos nuevos huéspedes de «La Imagen de Nuestra Señora», oían el murmullo siempre creciente de las oleadas del pueblo, y no perdían ni un grito ni un gesto de los bebedores, sentados a las mesas en la taberna, o diseminados por las salas.

El árbol, bajo el cual habíanse sentado, los cubría con su ya espeso follaje. Era un copudo castaño, de ramas inclinadas, que derramaba su negra sombra sobre una mesa rota de tal modo, que los bebedores debían haber renunciado a servirse de ella.

Decimos que todo lo veía D'Artagnan desde este puesto. Observaba, en efecto, las idas y venidas de los mozos, la llegada de nuevos bebedores, y la acogida que se les hacía, unas veces afectuosa y otras hostil. Y todo lo observaba por pasatiempo, porque los treinta y siete doblones y medio tardaban en llegar.

Raúl se lo hizo observar, diciéndole:

—Señor, no dais prisa a vuestro inquilino; pronto van a llegar los reos, y habrá tal confusión entonces, que no podremos salir.

—Es verdad —dijo el mosquetero—. ¡Hola! ¡Eh! ¡Alguien aquí, pardiez!

Pero por más que gritó y golpeó sobre los restos de la mesa, que cayó hecha polvo a sus puñadas, nadie apareció.

Preparábase D'Artagnan a ir en busca del tabernero, para obligarle a una explicación definitiva, cuando la puerta del patio en que se hallaba con Raúl, puerta que comunicaba con el jardín trasero, se abrió trabajosamente sobre sus goznes ruinosos y un hombre, vestido de caballero, salió de ese jardín, con la espada envainada, pero no ceñida, atravesó el patio, sin cerrar la puerta, y, habiendo dirigido una mirada oblicua sobre D'Artagnan y su compañero, se dirigió a la taberna recorriéndolo todo con los ojos, que parecían penetrar las paredes y las conciencias.

—¡Hola! —se dijo D'Artagnan interiormente—: ¿Quién será éste? ¡Ah! Sin duda es también un curioso de estrangulación.

En este mismo momento cesaron los gritos y el alborozo en las salas de arriba. Tal silencio, en semejantes circunstancias, sorprende tanto como un

aumento de ruido. D'Artagnan quiso averiguar cuál era la causa de aquel silencio repentino.

Entonces vio que aquel hombre en traje de caballero acababa de entrar en la sala principal y arengaba a los bebedores, quienes lo escuchaban con mucha atención. Quizá hubiera oído D'Artagnan su alocución sin el ruido dominante de los clamores populares, que formaban formidable acompañamiento a la arenga del orador. Pero ésta acabó pronto; y toda la gente de la taberna comenzó a salir en pequeños grupos, de tal suerte que sólo quedaron seis en la sala, uno de estos seis, el hombre de la espada, llamó aparte al tabernero, entreteniéndole con razones más o menos serias, mientras los otros encendían un gran fuego en el atrio, cosa bastante extraña con el buen tiempo y el calor que hacía.

—Es cosa extraña —dijo D'Artagnan a Raúl—; pero yo conozco a esas caras.

—¿No advertís —dijo Raúl— que huele a humo?

—Advierto más: que huele a conspiración —repuso D'Artagnan. Al decir esto, cuatro hombres habían bajado al patio, y, sin apariencia de malos designios, se ponían de guardia en las cercanías de la puerta de comunicación, echando por intervalos miradas a D'Artagnan que significaban muchas cosas.

—¡Diantre —dijo en voz muy baja D'Artagnan a Raúl—, aquí hay algo! ¿Eres curioso, Raúl?

—Según, señor caballero.

—Pues yo soy curioso como una mujer. Anda un poco y observemos el golpe de vista que ofrece la plaza. ¡Bien se puede apostar a que será curioso!

—Pero ya sabéis, señor, que yo no quiero ser espectador pasivo, e indiferente de la muerte de dos pobres diablos.

—¡Pues y yo! ¿Supones que soy un salvaje? Ya entraremos cuando haya que entrar.

¡Ven!

Encamináronse, pues, hacia la casa y se colocaron cerca de una ventana que, cosa más singular que todo lo demás, permanecía desocupada.

Los dos últimos bebedores, en vez de mirar por esta ventana, alimentaban el fuego.

Al ver entrar a D'Artagnan y a su amigo, exclamaron:

—¡Ah, ah! Refuerzo.

D'Artagnan dio con el codo a Raúl.

—Si, valientes, refuerzo —dijo—. ¡Diantre! Vaya un fuego famoso...

—¿Qué vais a cocer en él?

Los dos hombres rompieron en una carcajada jovial, y, en lugar de responder, añadieron leña al fuego.

D'Artagnan no se cansaba de contemplarlos.

—Vamos —dijo uno de los hombres—; os envían para decirnos el momento, ¿no es verdad?

—Sin duda —dijo D'Artagnan, que deseaba saber a qué atenerse—. ¿A qué vendría yo aquí, si no fuese a eso?

—Entonces, poneos a la ventana, si queréis y observad.

D'Artagnan sonrió en su interior, hizo una seña a Raúl y se puso complaciente a la ventana.

Capítulo LXI

¡Viva Colbert!

Era un espectáculo espantoso el que presentaba en aquel momento la plaza de la Greve.

Las cabezas, niveladas por la perspectiva, extendíanse espesas y ondulantes, como las espigas devasto trival.

De vez en cuando un ruido singular y un rumor lejano hacían oscilar más las cabezas y brillar centenares de ojos.

A veces sentíase una gran conmoción. Todas aquellas espigas doblegábanse y se convertían en oleadas más movilizas que las del Océano, que rodando de las extremidades al centro iban a chocar, como aguas agitadas, en la fila de arqueros que rodeaba las horcas.

Entonces bajaban las alabardas y amagaban sobre las cabezas o sobre los hombros de los invasores, en cuyo caso abríase un ancho círculo en derredor de la guardia, espacio conquistado a costa de las extremidades, que sufrían a su vez súbita opresión contra los parapetos del Sena.

Desde lo alto de la ventana que dominaba toda la plaza, vio D'Artagnan con interior satisfacción que todos aquellos mosqueteros y guardias que se hallaban entre la multitud, sabían hacerse lugar a fuerza de golpes dados con el pomo de la espada. También notó que habían conseguido, por ese espíritu de

cuerpo que dobla las fuerzas del soldado, reunirse en un grupo de unos cincuenta hombres, y que, a excepción de una docena de extraviados, a quienes veía errar de acá para allá, el grupo estaba a distancia de su voz. Pero no sólo los mosqueteros y guardias eran los que llamaban la atención de D'Artagnan. Alrededor de las horcas, sobre todo en las inmediaciones de la arcada de San Juan, se agitaba un torbellino ardiente; rostros atrevidos y aun resueltos se distinguían por todas partes en medio de fisonomías serenas y rostros indiferentes, cambiaban señales y se daban las manos. D'Artagnan, divisó en los grupos, y en los grupos más animados, la catadura del caballero que había visto entrar por la puerta de comunicación de su jardín, y que había subido al piso principal a fin de arengar a los bebedores. Este hombre organizaba partidos y distribuía órdenes.

—¡Pardiez! —exclamó D'Artagnan—. No me engañaba; yo conozco a ese hombre. ¡Es Menneville! ¿Qué diantres hace aquí?

Un sordo murmullo, que se acentuaba por grados, detuvo su reflexión y atrajo sus miradas hacia otro lado. Aquel murmullo era producido por la llegada de los reos, a quienes precedía un fuerte piquete de arqueros que apareció en el ángulo de la arcada. La multitud entera comenzó a dar gritos, y todos estos gritos formaban un aullido inmenso.

D'Artagnan vio a Raúl que se ponía pálido, y le dio un fuerte golpe en el hombro.

Al oír aquel enorme grito, los hombres que encendían el fuego se volvieron y preguntaron en qué estaban ya.

—Ya llegan —dijo D'Artagnan.

—Bueno —respondieron, avivando la llama de la chimenea. D'Artagnan los miró inquietamente. Era evidente que estos hombres que encendían semejante fuego sin utilidad alguna tenían intenciones extrañas.

Aparecieron los condenados en la plaza; iban a pie, el verdugo delante y cincuenta arqueros en fila a derecha e izquierda. Ambos vestían de negro, y hallábanse pálidos, pero resueltos. A cada instante miraban con inquietud por encima de las cabezas, alzándose sobre las plantas de los pies.

D'Artagnan notó este movimiento.

—¡Pardiez! —dijo—. ¡Mucha prisa tienen por ver la horca! Raúl retrocedía, sin fuerzas para dejar del todo la ventana. También el terror tiene su atracción.

—¡Muera! ¡Muera! —gritaron cincuenta mil voces.

—¡Sí, muera! —prorrumpieron un centenar de furiosos, como si la gran masa de gente les llevase la contraria.

—¡A la cuerda! ¡A la cuerda! —gritó la muchedumbre—. ¡Viva el rey!

—¡No! ¡No!, ¡Nada de horca! —vociferaron coros. ¡Viva Colbert!

—¡Caray! —murmuró D'Artagnan—. Es gracioso: ¡hubiera creído que era el señor Colbert quien los hacía ahorcar!

Hubo en aquel momento un movimiento que detuvo algún tanto la marcha de los condenados.

Las gentes de catadura atrevida y resuelta que había advertido D'Artagnan, a fuerza de moverse mucho, casi habían llegado a la fila de los arqueros.

El cortejo se volvió a poner en marcha.

De pronto, y a los gritos de ¡viva Colbert!, aquellos hombres que D'Artagnan no perdía de vista, se arrojaron sobre la escolta, que en vano pretendió luchar. Detrás de estos hombres estaba la multitud.

Entonces empezó, en medio de horrible alboroto, una espantosa confusión.

Pero esta vez eran gritos de dolor más bien que gritos de impaciencia o de alegría.

Efectivamente, las alabardas herían, las espadas agujereaban y los mosquetes comenzaban a disparar.

Hubo entonces un torbellino extraño, en medio de lo cual no vio nada D'Artagnan.

Los condenados habían sido arrancados de sus guardias y los arrastraban hacia la casa de «La Imagen de Nuestra Señora».

Los que los conducían iban gritando: ¡viva Colbert!

El pueblo vacilaba, ignoraba si debía caer sobre los arqueros o sobre los agresores.

Lo que sostenía al pueblo era que los que gritaban ¡viva Colbert! comenzaban a proclamar al mismo tiempo: «¡Nada de cuerda! ¡Abajo la horca! ¡Al fuego! ¡Al fuego! ¡Quememos a los ladrones, sanguijuelas del pueblo!».

Este grito a coro consiguió un éxito de entusiasmo. El populacho había venido para ver un suplicio, y se le ofrecía la ocasión de hacer uno él mismo.

Esto era más grato para el populacho. De suerte que se afilió al instante en el partido de los agresores contra los arqueros, gritando con la minoría que, gracias a él, habíase convertido en mayoría de las más compactas.

—¡Sí, sí! ¡Al fuego los ladrones! ¡Viva Colbert!

—¡Pardiez! —murmuró D'Artagnan—. Me parece que esto se va poniendo serio.

Uno de los hombres que estaba cerca de la chimenea se acercó a la ventana con su hachón en la mano.

—¡Ah! —dijo—. Esto calienta.

Y volviéndose luego a sus compañeros, les dijo:

—Ésta es la señal.

Y de pronto arrimó el tizón encendido a una leñera: No era una casa del todo nueva la taberna de «La Imagen de Nuestra Señora»; así es que no se hizo rogar para que ardiera al instante. Eh un momento crujen las tablas y suben las llamas hacia el techo. Un aullido de afuera contesta a los gritos que dan los incendiarios. D'Artagnan, que nada había visto, porque estaba mirando a la plaza, siente a un mismo tiempo el humo que le sofoca y la llama que le quema.

—¡Hola! —murmuró, volviéndose—. ¿Hay aquí fuego? ¿Estáis locos o endiablados, señores míos?

Los dos hombres lo miraron sorprendidos.

—¡Pues qué! —dijeron a D'Artagnan—. ¿No es cosa convenida? ¿Cosa convenida que queméis mi casa? —gritó D'Artagnan arrancando el tizón de manos del incendiario y arrimándose a la cara. El otro quiso prestar socorro a su camarada; pero Raúl lo agarró y lo tiró por la ventana, en tanto que D'Artagnan arrojaba a su compañero por la escalera.

Raúl, que se vio libre primero, arrancó los casetones del techo que ardían, y los esparció humeantes por la sala.

De una mirada vio D'Artagnan que nada había que temer ya por el incendio y corrió a la ventana.

El desorden había llegado a su colmo. A un mismo tiempo vociferaban: «¡Al fuego! ¡Al asesino! ¡A la horca! ¡A la hoguera! ¡Viva el rey y viva Colbert!».

El grupo que había arrancado a los reos de manos de los arqueros se acercaba a la casa, que parecía el objeto hacia el cual los llevaban. Menneville iba a la cabeza del grupo gritando más fuerte que nadie:

—¡Al fuego! ¡Al fuego! ¡Viva Colbert!

D'Artagnan empezó a comprender. Querían quemar a los condenados, y era su casa la hoguera que les preparaban.

—¡Alto ahí! —gritó con la espada en la mano y un pie sobre la ventana—.

Menneville, ¿qué queréis?

—¡Señor de D'Artagnan —gritó éste—, paso, paso!

—¡Al fuego! ¡Al fuego los ladrones! ¡Viva Colbert! —chilló la multitud.

Estos gritos exasperaban a D'Artagnan.

—¡Diantre! —dijo—. ¡Quemar a estos pobres diablos que sólo han sido condenados a la horca es una infamia!

Entretanto se hace más compacta la manga de curiosos apiñados contra las paredes, y cierra el paso.

Menneville y los hombres que conducían a los condenados sólo distaban diez pasos de la puerta.

—¡Paso! ¡Paso! —gritó pistola en mano.

—¡Queremos a los ladrones! —aulló la multitud—. «La Imagen de Nuestra Señora» está ardiendo. ¡Queremos a los ladrones, a las sanguijuelas del pueblo en la taberna! Ya no había duda de lo que deseaban: la casa de D'Artagnan.

Pero éste se acordó del antiguo grito que siempre había dado eficazmente.

—¡A mí, mosqueteros! —gritó con voz de gigante, con una de aquellas voces que dominan al cañón, al mar, a la tempestad—. ¡A mí, mosqueteros!

Y colándose por un brazo a la ventana dejóse caer en medio de la multitud, que comenzó a separarse de aquella casa de donde llovían hombres. Raúl se tiró detrás de él, ambos con la espada en la mano. Todos los mosqueteros que estaban en la plaza oyeron el grito de llamada, todos se volvieron, y todos reconocieron a D'Artagnan.

—¡Al capitán! ¡Al capitán! —gritaron a un tiempo.

Y la multitud se abrió ante ellos como las aguas ante la proa de un navío.

En aquel instante se encontraron de frente D'Artagnan y Menneville.

—¡Paso! ¡Paso! —gritó éste, viendo que no tenía más que alargar el brazo para ganar la puerta.

—¡No se pasa! —dijo D'Artagnan.

—¡Toma! —dijo Menneville apuntando su pistola casi a boca de jarro.

Mas, antes de que hubiese caído el gatillo; D'Artagnan alzó el brazo de Menneville con el puño de su espada, atravesándole la hoja por la mitad del cuerpo.

—Ya te dije que permanecieras pacífico —dijo D'Artagnan a Menneville,

que rodó a sus pies.

—¡Paso! ¡Paso! —gritaron los compañeros de éste, espantados al principio, pero tranquilizados bien pronto, al ver que, sólo tenían, que habérselas con dos hombres.

Pero los dos hombres son dos gigantes con cien brazos; y la espada voltea en sus manos con la ligereza del rayo, agujereando con la punta, hiriendo de plano y de filo, y arrojando un hombre por tierra a cada golpe.

—¡Por el rey! —grita D'Artagnan a cada hombre que hiere, es decir, a cada hombre que cae.

—¡Por el rey! —grita Raúl. Este grito sirvió de norte a los mosqueteros, quienes, guiados por él, se reunieron a D'Artagnan. Entretanto los arqueros se reponen del susto experimentado, cargan contra los agresores por detrás, y con movimientos regulares abaten y destruyen cuanto encuentran al alcance de su alabarda.

La muchedumbre, que ve relucir las espadas y volar por el aire las gotas de sangre, huye y se comprime ella misma.

En fin, resuenan gritos de misericordia y desesperación, que son el adiós de los vencidos.

Los reos vuelven a caer en manos de los arqueros. D'Artagnan se acerca a ellos y, viéndolos pálidos y moribundos:

—Consolaos, pobre gente —dijo—, no sufriréis el espantoso tormento con que os amenazan esos miserables. El rey os ha condenado a ser ahorcados, y no seréis sino ahorcados. Vaya, que los ejecuten y hemos concluido.

Ya no había nada en «La Imagen de Nuestra Señora». El fuego se había apagado con dos toneles de vino a falta de agua, y los conjurados habían huido por el jardín.

Los arqueros arrastraron a los condenados a las horcas.

El quehacer no fue mucho desde aquel momento. Poco cuidadoso el ejecutor de operar según las formas del arte, se apresuró y despachó a los dos desgraciados en un minuto.

Mientras tanto, se apiña la gente en derredor de D'Artagnan, lo felicitan y lo lisonjean. El enjuga el sudor de su frente y la sangre de su espada, y se encoge de hombros al ver a Menneville revolcarse a sus pies en las últimas convulsiones de la agonía. Y en tanto que Raúl vuelve los ojos compasivamente, él enseña a los mosqueteros las horcas cargadas con su triste peso:

—¡Pobres diablos! —dijo—. Espero que hayan muerto bendiciéndome,

porque los he salvado de buena.

Estas palabras llegan a Menneville en el instante en que va a dar su último suspiro. Una sonrisa irónica y sombría doblega sus labios; quiere responder, pero el esfuerzo que hace acaba su vida y expira.

—¡Oh! Todo esto es espantoso —murmuró Raúl—. Vámonos, señor caballero.

—¿No estáis herido? —preguntó D'Artagnan.

—No, gracias.

—¡Bien! ¡Eres un valiente, diantre! Esta es la cabeza del padre y el brazo de Porthos. ¡Ah! Si hubiera estado aquí Porthos hubiera visto cosa buena.

Y luego, murmuró a modo de recuerdo:

—Pero ¿dónde diablos estará ese valiente Porthos?

—Venid, señor, venid —insistió Raúl.

Aguárdame un minuto, amigo mío, que voy a tomar mis treinta y siete doblones y medio y soy contigo. La casa rinde provecho prosiguió D'Artagnan entrando en la taberna «La Imagen de Nuestra Señora» pero aun cuando fuese menos productiva, mejor la desearía en otro barrio.

Capítulo LXII

De qué modo el diamante del señor de Eymeris fue a parar a manos de D'Artagnan

Mientras ocurría en la Grève esta ruidosa y sangrienta escena, muchos hombres, parapetados detrás de la puerta de comunicación del jardín, envainaban sus aceros, ayudaban a uno de ellos a montar en un caballo ensillado que esperaba en el jardín, y como bandada de pájaros aterrorizados, huían en todas direcciones, unos escalando las tapias, otros precipitándose por las puertas con todo el ardor del pánico.

El que montó a caballo, al que hizo sentir la espuela con tanta brutalidad que poco faltó para que saltase la tapia, atravesó la plaza Baudoyer, pasó como un relámpago por entre la multitud de las calles, arrojando personas a tierra, y diez minutos después llegó a la puerta de la superintendencia más jadeante aún que su caballo.

Al ruido ensordecedor del hierro sobre las piedras apareció el abate Fouquet en una ventana del patio, y aun antes que el jinete hubiera echado pie

a tierra le preguntó inclinando el cuerpo fuera de la ventana.

—¿Qué sucede, Danicamp?

—¡Todo ha concluido! —respondió el jinete.

—¡Concluido! —murmuró el abate—. ¿Luego han sido salvados?

—No, señor —replicó el jinete— han sido ahorcados.

—¡Ahorcados! —repitió el abate poniéndose pálido.

De pronto se abrió una puerta lateral y apareció Fouquet en la sala, pálido, asustado, con los labios entreabiertos por un grito de dolor y de ira.

Detúvose en el umbral escuchando lo que hablaban desde él patio a la ventana.

—¡Canalla! —dijo el abate—. ¿Conque no os habéis batido?

—Como leones.

—Decid como cobardes.

—¡Señor!

—Cien hombres aguerridos, espada en mano, valen por diez mil arqueros en una sorpresa. ¿Dónde se encuentra Menneville, ese fanfarrón que no debía volver sino muerto o vencedor?

—Ha cumplido su palabra, señor, porque ha muerto.

—¡Muerto! ¿Quién lo ha matado?

—Un diablo en figura de hombre; un gigante armado con diez espadas; un endiablado que de un solo golpe ha extinguido el fuego, el tumulto y hecho salir cien mosqueteros del empedrado de la plaza de la Grève.

Fouquet alzó la frente empapada en sudor.

—¡Oh! ¡Lyodot y Eymeris! —exclamó—. ¡Muertos, muertos, y yo deshonorado!

Volvióse el abate, y, apercibiendo a su hermano, anonadado y lívido:

—¡Vamos! —dijo—. Es un golpe de la suerte, y no hay por qué lamentarse así. Cuando no se ha conseguido es que Dios...

—¡Callaos, abate! ¡Callaos! —dijo Fouquet—. Vuestras disculpas son blasfemias. Haced que suba ese hombre aquí y que cuente los detalles del espantoso suceso.

—Pero, hermano mío...

—¡Obedeced, señor!

El abate hizo una seña, y medio minuto después oyéronse en la escalera los pasos del hombre.

Al mismo tiempo apareció Gourville detrás de Fouquet, como el ángel de la guarda del superintendente, poniendo un dedo sobre los labios para indicarle que se dominara aun en medio de sus arrebatos de dolor.

El ministro asumió toda la serenidad que puede dejar la fuerza humana en un corazón dolorido. Apareció Danicamp.

—Haced vuestro relato —dijo Gourville.

—Señor —contestó el mensajero—; nosotros habíamos recibido orden de arrebatarse a los presos y de gritar al mismo tiempo: ¡viva Colbert!

—Para quemarlos vivos, ¿no es verdad, abate? —interrumpió Gourville.

—¡Sí, sí! La orden se había dado a Menneville; Menneville sabía lo que tenía que hacer, y Menneville ha muerto.

Esta noticia pareció calmar a Gourville en vez de entristecerlo:

—Para quemarlos vivos —repitió el mensajero, como si dudara que esta orden, la única que por otra parte se había dado, fuese real.

—Para quemarlos vivos, ciertamente —repuso bruscamente el abate.

—Conforme, señor, conforme —repuso el hombre buscando en la fisonomía de los dos interlocutores lo que hubiera de triste o ventajoso en contarles la verdad.

—Contad, pues —dijo Gourville.

—Los presos —prosiguió Danicamp— debían ser conducidos a la Greve, y el pueblo enfurecido quería que fuesen quemados en lugar de ahorcados.

—El pueblo tiene sus motivos —dijo el abate—; continuad.

—Pero —repuso el hombre—, en el momento en que los arqueros acababan de ser derrotados; en el instante en que el fuego prendía en una de las casas de la plaza, destinada a ser hoguera de los culpables, un furioso, ese demonio, ese gigante de que os hablaba, que dijo era el dueño de la casa en cuestión, ayudado de un joven que lo acompañaba, tiró por la ventana a los que activaban el fuego, llamó en su auxilio, a los mosqueteros que se hallaban entre la muchedumbre, saltó desde el primer piso a la plaza; y manejó tan desesperadamente la espada; que fue devuelta la victoria a los arqueros, cogidos los presos y Menneville muerto. Una vez, presos los condenados, fueron ahorcados en tres minutos.

A pesar del poder que sobre sí mismo tenía Fouquet; no pudo menos de dejar escapar un sordo gemido.

—¿Y cómo se llama ese hombre? —inquirió el abate—. El dueño de la casa.

—Lo ignoro, pues ni siquiera lo vi; me habían señalado mi puesto en el jardín, y allí permanecí hasta que llegaron a cortarme la cosa. Tenía orden, cuando estuviese concluida, de venir corriendo a anunciároslo, de cualquier modo que hubiera terminado. Según esa orden, salí al galope; y aquí estoy.

—Perfectamente no tenemos nada más que preguntarnos —dijo el abate, cada vez más aterrado a medida que se acercaba el momento de abordar a solas a su hermano.

—¿Os han pagado? —preguntó Gourville.

—No, señor —contestó Danicamp.

—Aquí tenéis veinte doblones; idos, y no olvidéis defender siempre como hoy los verdaderos intereses del rey.

—Sí, señor —dijo el hambre inclinándose y poniéndose el dinero en el bolsillo.

Enseguida se marchó.

Apenas estuvo fuera, Fouquet, que había permanecido inmóvil, se adelantó con paso rápido y se encontró entre el abate y Gourville.

Los dos abrieron al mismo tiempo la boca para hablar.

—¡Nada de excusas! —dijo—. Nada de recriminaciones contra nadie. Si yo no hubiese sido un amigo falso, no hubiera confiado a nadie el cuidado de salvar a Lyodot y Eymeris. Yo sólo soy responsable, y yo sólo debo sufrir los remordimientos. Dejadme, abate.

—Sin embargo —respondió éste—, no impediréis que yo haga buscar al canalla que se ha entrometido por servir al señor Colbert en esta partida tan bien preparada; porque si es de buena política querer bien a sus amigos, no creo que sea mala la que consiste en perseguir a sus adversarios de manera encarnizada.

—Tregua de política, abate; salid, y que no vuelva a oír hablar más de vos hasta nueva orden; es necesario mucho silencio y circunspección. Tenemos a la vista un horrible ejemplo. Señores, nada de represalias, os lo prohíbo.

—No hay órdenes —murmuró el abate— que me impidan vengar sobre un culpable la afrenta inferida a mi familia.

—Y yo —exclamó Fouquet con aquella voz imperativa a que nada se tiene que contestar—; si tenéis un pensamiento, uno sólo, que no sea expresión absoluta de mi voluntad, os haré sepultar en la Bastilla dos horas después que

se haya manifestado ese pensamiento. Hacedos a ello, abate.

El abate se inclinó sonrojado. Fouquet hizo seña a Gourville, de que lo siguiera, y ya se dirigía a su gabinete, cuando el ujier anunció en voz alta:

—El señor D'Artagnan.

Negligentemente Fouquet a Gourville.

—Un ex teniente de mosqueteros de Su Majestad —contestó Gourville en igual tono.

Fouquet no se tomó el trabajo de reflexionar más.

—Perdón, monseñor —dijo entonces Gourville—; pero estoy pensando que ese bravo mozo ha dejado el servicio del rey, y probablemente vendrá a cobrar la cuarta parte de una pensión cualquiera.

—¡Vaya al diablo! —dijo Fouquet—. ¿Por qué viene a tan mala hora?

—Entonces, permitid, monseñor, que le dé cualquier negativa, porque es conocido mío y hombre que vale más tener por amigo que por enemigo en las circunstancias presentes.

—Responded lo que gustéis —dijo Fouquet.

—¡Qué, Dios mío! —dijo el abate lleno de rencor, como hombre de hábitos.

—Responded que no hay dinero, sobre todo para los mosqueteros.

Pero no había acabado aún el abate de decir estas imprudentes palabras, cuando la puerta entornada se abrió del todo, y apareció D'Artagnan.

—Señor Fouquet —dijo—, ya sabía que no habría dinero para los mosqueteros. Así es que no venía para que me lo dierais, sino para que me lo negarais. Asunto terminado; gracias. Os doy los buenos días, y me voy a buscarlo en casa del señor Colbert.

Y salió después de un saludo bastante ligero.

—Gourville —dijo Fouquet—, corred en pos de ese hombre y traédmelo.

Gourville obedeció, y alcanzó a D'Artagnan en la escalera.

Al oír pasos detrás de él se volvió D'Artagnan y vio a Gourville.

—¡Diantre! Señor mío —dijo—, tristes maneras las de los señores hacendistas; vengo a casa del señor Fouquet para cobrar una suma decretada por Su Majestad, y se me recibe como a un pobre que llega a pedir limosna, o como a un pillo que intenta robar un objeto de plata.

—Pero ¿habéis pronunciado el nombre de Colbert, apreciado señor de

D'Artagnan? ¿Habéis dicho que ibais a casa del señor Colbert?

—Ciertamente que voy, aun cuando sólo fuese para pedir satisfacción de las gentes que quieren quemar las casas gritando: ¡viva Colbert!

Gourville escuchó.

—¡Oh, oh! —dijo—. ¿Hacéis alusión a lo que acaba de suceder en la Grève?

—Cierto que sí.

—¿Y qué os importa lo que acaba de suceder?

—¡Cómo! ¿Me preguntáis si me importa o no me importa que el señor Colbert haga de mi casa una hoguera?

—Conque vuestra casa... ¿Es vuestra casa la que intentaban quemar?

—¡Pardiez!

—¿Es vuestra la taberna «La imagen de Nuestra Señora»?

—Hace ocho días.

—¡Ah! ¿Sois ese intrépido capitán, esa valiente espada que ha dispersado a los que querían quemar a los condenados?

—Poneos en mi caso, querido señor Gourville; yo soy agente de la fuerza, pública y propietario. Como capitán, mi obligación es hacer cumplir las órdenes del rey; como propietario, mi interés está en que no quemem mi casa. He seguido, pues, a un mismo tiempo las leyes del interés y las del deber, devolviendo al señor Lyodot y al señor Eymerys a poder de los arqueros.

—¿De modo que sois vos quien ha tirado a un hombre por la ventana?

—Yo mismo —respondió modestamente D'Artagnan.

—¿Vos sois quien ha muerto a Menneville?

—He tenido esa desgracia —murmuró D'Artagnan, saludando como persona a quien felicitan.

—¿Sois vos, en fin, quien ha sido la causa de que los reos fuesen ahorcados?

—En vez de ser quemados, sí señor, y me glorío de ello. He librado a esos pobres diablos de torturas horribles. ¿Sabéis, mi querido señor Gourville, que querían quemarlos vivos?

—Adiós, señor de D'Artagnan, adiós —dijo Gourville, queriendo ahorrar a Fouquet la vista del hombre que acababa de causarle tan profundo dolor.

—No —dijo Fouquet, que había escuchado desde la puerta de la antesala

—; no, señor de D'Artagnan, entrad, por el contrario.

D'Artagnan limpió en la empuñadura de su espada una mancha de sangre que había escapado a su investigación, y entró.

Entonces se encontró frente a aquellos tres hombres, cuyos semblantes manifestaban tres expresiones bien diversas: el del abate, la cólera; el de Gourville, el estupor, y el de Fouquet; el de abatimiento.

—Perdón, señor ministro —dijo D'Artagnan—; mas tengo pasado el tiempo y es preciso que vaya a la intendencia para explicarme con el señor Colbert y cobrar mi cuarta.

—Pero, señor —dijo Fouquet—, aquí hay dinero.

D'Artagnan miró asombrado al superintendente.

—Se os ha respondido con ligereza, señor; ya lo sé, lo he oído —dijo el ministro—; un hombre de vuestro mérito debía ser conocido por todo el mundo.

D'Artagnan se inclinó.

—¿Tenéis el libramiento? —repuso Fouquet.

—Sí, señor.

—Dádmelo, voy a pagaros yo mismo; venid.

Hizo una seña a Gourville y al abate, que permanecieran en la sala y condujo a D'Artagnan a su gabinete.

—¿Cuánto se os debe, señor? —preguntó.

—Unas cinco mil libras, monseñor.

—¿Por vuestros sueldos atrasados?

—Por una cuarta parte.

—¡Cinco mil libras por una cuarta parte! —dijo Fouquet echando sobre el mosquetero una mirada profunda—. Según eso, ¿son veinte mil libras al año las que os da el rey?

—Sí, monseñor, veinte mil libras. ¿Creéis que sea demasiado?

—¡Yo! —exclamó Fouquet sonriendo amargamente—. Si yo conociese a los hombres, si yo fuese en vez de un espíritu ligero, inconsecuente y vano, un talento prudente y reflexivo; si, en una palabra; hubiera yo sabido como ciertas gentes arreglar mi vida, no recibiríais vos veinte mil libras anuales, sino cien mil, ni perteneceríais al rey, sino a mí.

D'Artagnan se sonrojó levemente. Suele haber en la manera con que se

hace un elogio, en la voz del que elogia y su afectuoso tono un veneno tan dulce, que a veces embriaga al más astuto.

El superintendente terminó sus frases abriendo una gaveta, de la cual sacó cuatro cartuchos que puso delante de D'Artagnan. El gascón rompió uno.

—¡Oro! —murmuró.

—Con eso pesará menos, señor.

—Pero, monseñor, esto compone veinte mil libras.

—Sin duda.

—Pero no se me deben más que cinco mil.

—Quiero ahorraros la molestia de venir cuatro veces a la superintendencia.

—Me hacéis mucho favor.

—Hago lo que debo, señor, y espero que no me guardaréis aversión por la acogida de mi hermano, que es un espíritu acre y caprichoso.

—Monseñor —dijo D'Artagnan—, creed que nada me molestaría tanto como una excusa vuestra.

—No daré más, y me contentaré con solicitar una gracia.

—¡Oh, monseñor!

Fouquet sacó de un dedo un diamante que valía más de mil doblones.

—Señor —dijo—, la piedra que veis me la regaló un amigo de la infancia, un hombre a quien habéis hecho un gran servicio.

La voz de Fouquet alteróse sensiblemente.

—¡Un servicio! ¡Yo! —dijo el mosquetero—. ¿Yo he hecho un servicio a un amigo vuestro?

—No podéis haberlo olvidado señor, porque ha sido hoy mismo.

—¿Y cómo se llama ese amigo?

—El señor de Eymeris.

—¿Uno de los reos?

—Sí, una de las víctimas. Pues bien, señor de D'Artagnan, en gracia al servicio que le habéis hecho, os ruego que aceptéis este diamante. Hacedlo por amor mío.

—Monseñor...

—Aceptad, os digo. Hoy es para mí un día de duelo; quizá sepáis esto más

tarde; hoy, he perdido, un amigo; pues bien, pretendo encontrar otro.

—Pero, señor Bouquet...

—Adiós, señor de D'Artagnan, adiós —murmuró Fouquet con el corazón dilatado—. Hasta la vista.

Y el ministro salió de su gabinete, dejando en manos del mosquetero la joya y las veinte mil libras.

—¡Oh! —repuso D'Artagnan después de un momento de reflexión, sombría—. ¿Si comprenderé esto? ¡Diantre! Sí, lo comprendo. ¡Es un hombre muy obsequioso...! Voy a hacer que me explique esto el señor Colbert.

Y salió.

Capítulo LXIII

De la notable diferencia que encontró D'Artagnan entre el señor intendente y Monseñor el superintendente

El señor Colbert residía en la calle de Neuve des Petits-Champs, en una casa que antes había pertenecido a Beautru.

Las piernas de D'Artagnan hicieron la travesía en menos de un cuarto de hora.

Cuando llegó a la casa el nuevo favorito, estaba el palacio lleno de arqueros y de policías que iban a felicitarle o excusarse, según el modo que tuviera de presentarse. El sentimiento de adulación es instintivo entre gentes de condición abyecta, porque lo sienten coma el animal salvaje el oído o el olfato. Estas gentes, o su jefe, habían comprendido que se proporcionase un gran placer al señor Colbert dándole cuenta del modo con que había sido pronunciado su nombre durante el alboroto.

Justamente se presentaba D'Artagnan en el instante mismo en que el jefe de la ronda hacía su relato, y se quedó junto a la puerta, detrás de los arqueros.

El jefe cogió a Colbert aparte, no obstante, su resistencia y el fruncimiento de sus grandes cejas, y le dijo:

—En el caso, señor, en que realmente hubieseis deseado que el pueblo hiciese justicia de los traidores, habría sido prudente avisarnos; porque, al fin, señor, a pesar de nuestro dolor por desagradaros o contrariar vuestras miras, teníamos nuestra consigna que cumplir.

—¡Tonto! —contestó Colbert furioso sacudiendo sus cabellos espesos y

negros como crines—. ¡Qué me estáis contando! ¿Qué? ¡Que yo hubiera tenido la idea de un tumulto! ¿Estáis loco o borracho?

—Pero, señor, han gritado ¡viva Colbert! —replicó, muy emocionado el jefe de la ronda.

—Un puñado de conspiradores.

—¡No, no, una masa del pueblo!

—¡Oh! ¿Es cierto? —dijo Colbert tranquilizándose—. ¿Una masa del pueblo gritaba viva Colbert? ¿Estáis seguro de lo que decís, caballero?

—No había más que abrir los oídos, o más bien cerrarlos; ¡tan espantosos eran los gritos!

—¿Y era el pueblo, el verdadero pueblo?

—Ciertamente, señor; sólo que ese verdadero pueblo nos ha batido.

—¡Oh! Muy bien —prosiguió Colbert ensimismado—. Entonces, suponéis que sólo el pueblo era quien quería hacer quemar a los condenados.

—¡Oh! Sí, señor.

—Eso es distinto... ¿Y habéis resistido bien?

—Señor, hemos tenido tres hombres sofocados:

—Pero, no habréis muerto a nadie, ¿eh?

—Señor, algunos tunantes han quedado sobre la plaza, y entre ellos uno que no era un hombre ordinario.

—¿Quién?

—Un tal Menneville, a quien hace mucho tiempo vigilaba la policía.

—¡Menneville! —exclamó Colbert—. ¿El que mató en la calle de la Huchette a un buen hombre que pedía un pollo gordo?

—Sí, señor, él mismo.

—¿Y ese Menneville vociferaba también viva Colbert?

—Más fuerte que todos los demás; como un rabioso.

Nublóse la frente de Colbert y se arrugó. La especie de aureola codiciosa que iluminaba su rostro se apagó, como el destello de los gusanos de luz a quienes se aplasta bajo la hierba.

—¿Pues no decíais —preguntó entonces el intendente— que la iniciativa venía del pueblo? Menneville era mi enemigo: le hubiera hecho prender, y él lo sabía muy bien. Menneville era del abate Fouquet. Todo el negocio

proviene de Fouquet. ¿No es sabido que los reos eran sus amigos de infancia?

—Es verdad —pensó D'Artagnan—, y ya están en claro mis dudas. Pero, lo repito, él señor Fouquet podrá ser todo lo que se quiera; pero es un hombre muy obsequioso.

—¿Y estáis seguro —continuó Colbert— de que ese Menneville ha muerto?

D'Artagnan pensó que era llegado el momento de hacer su entrada.

—Perfectamente, señor —dijo adelantándose de pronto.

—¡Oh! ¿Sois vos, caballero? —dijo Colbert.

—En persona —contestó el mosquetero con tono deliberado—; creo que teníais en ese Menneville un lindo enemigo.

—No soy yo, caballero, quien tenía un enemigo —respondió Colbert—, sino el rey.

«¡Bárbaro! —pensó D'Artagnan—. Haces el grave y el hipócrita conmigo».

—Pues bien —respondió—, soy muy feliz por haber prestado al rey tan excelente servicio. ¿Querríais encargarnos de decírselo a Su Majestad?

—¿Qué comisión me dais, y qué me encargáis que le diga, caballero? Sed claro, os lo ruego —contestó Colbert con voz agria y cargada de hostilidad prematura.

—Yo no os doy ninguna comisión —repuso D'Artagnan con esa calma que jamás abandona a los burlones—. Pensaba que os sería fácil anunciar al rey que fui yo quien hallándome allí por casualidad, hizo justicia al señor Menneville y puso las cosas en orden.

Colbert abrió los ojos e interrogó con la vista al jefe de la ronda.

—¡Ah! Es muy cierto —dijo este— que ese caballero ha sido nuestro salvador.

—¡Haber dicho que veníais a referirme eso! Todo se explicaba así mejor para vos que para nadie.

—Os engaños, señor intendente, yo no venía de ningún modo a referiros esa.

—Es una hazaña, sin embargo, caballero.

—¡Oh! —dijo el mosquetero con indiferencia—. La mucha práctica gasta la inteligencia.

—Entonces, ¿a qué debo el honor de vuestra visita?

—A esto simplemente: el rey me ha mandado venir a veros.

—¡Ah! —dijo Colbert recobrando su aplomo, porque veía que D'Artagnan sacaba un papel del bolsillo—. ¿Es para pedirme dinero?

—Precisamente, señor.

—Pues tened la amabilidad de esperarme, caballero.

D'Artagnan giró sobre sus talones con bastante insolencia, y encontrándose enfrente de Colbert en virtud de esa primera vuelta, lo saludó como hubiese podido hacerlo Arlequín; ejecutando después una segunda evolución, se dirigió a buen paso hacia la puerta.

Esta poderosa resistencia, a la que no estaba acostumbrado, llamó la atención de Colbert. Por regla general, cuando la gente de espada iba a su casa, tenía tal necesidad de dinero, que aun cuando sus pies hubiesen echado raíces en el mármol no se habría agotado su paciencia.

¿Iba D'Artagnan derecho a ver al rey? ¿Iba a quejarse de una mala recepción; o a referir su hazaña? Grave asunto era éste de reflexión.

En todo caso el momento estaba mal escogido para despedir a D'Artagnan, bien viniese de parte del rey, bien de la suya, propia. El mosquetero acababa de prestar un gran servicio, y hacía muy poco tiempo para que ya estuviese olvidado.

También pensó Colbert que valía más desechar toda arrogancia y llamar a D'Artagnan.

—¡Eh! Caballero D'Artagnan —gritó Colbert—. ¿Así me dejáis? Volvió la cabeza D'Artagnan, y dijo con naturalidad:

—¿Por qué no? Nada más tenemos que decirnos, ¿no es verdad?

—Por lo menos tenéis dinero que cobrar puesto que traéis una labranza.

—¡Yo! Nada de eso, señor Colbert.

—Pero, en fin, caballero, tenéis un bono, y así como dais una estocada por el rey cuando os requieren a ello, así yo también pago cuando se me da una orden. Presentadla.

—Es inútil, mi querido señor Colbert —dijo D'Artagnan, que gozaba interiormente del desarrollo que había puesto en las ideas de Colbert—; este bono está satisfecho.

—¡Pagado! ¿Y por quién?

—¡Toma! Por el superintendente.

Colbert se puso pálido.

—Explicaos entonces —dijo con voz débil—. Si estáis pagado, ¿para qué me enseñáis ese papel?

—A consecuencia de la consigna de que hablabais tan ingeniosamente, mi querido señor Colbert; Su Majestad me había dicho que cobrase la cuarta parte de la pensión que ha tenido a bien concederme...

—¿En mi casa...? —dijo Colbert.

—No, precisamente. Su Majestad me ha dicho: «Id a casa del señor Fouquet; pero el superintendente quizá no tenga dinero, y entonces, iréis a casa del señor Colbert».

El semblante de éste se iluminó un momento; pero su desgraciada fisonomía era como el cielo en tempestad, unas veces radiante y otras, sombría como la noche, según brille el relámpago o pase la nube.

—Y... ¿había dinero en casa del superintendente? —dijo.

—¡Vaya si había dinero! —replicó D'Artagnan—. Preciso es creerlo, pues que el señor Fouquet, en lugar de pagarme la cuarta parte, que son cinco mil libras...

—¡Cinco mil libras! —exclamó Colbert sorprendido, como lo fue Fouquet, de la magnitud de cantidad destinada a pagar los servicios de un soldado—. Serían entonces veinte mil libras de pensión.

—Justamente, señor Colbert. Pardiez, contáis como el difunto Pitágoras; sí, veinte mil libras.

—Diez veces el sueldo de un intendente de Hacienda, os doy la enhorabuena —dijo Colbert con irónica sonrisa.

—¡Oh! —dijo D'Artagnan—. El rey se ha excusado por darme tan poco y también me ha prometido repararlo más tarde, cuando sea rico; pero, concluyo: estando muy de prisa...

—Sí, y a pesar de lo que Su Majestad esperaba, ¿os ha pagado el superintendente?

—Del mismo modo que vos habéis rehusado pagarme.

—Yo no he rehusado, caballero, os he rogado que me esperéis. ¿Y decís que el señor Fouquet os ha pagado vuestras cinco mil libras?

—Sí, lo que vos hubierais hecho, y aún más... aún más que eso ha hecho, señor Colbert.

—¿Pues qué ha hecho?

—Muy cortésmente, me ha contado la totalidad de la cantidad, diciendo que para el rey siempre estaban llenas las cajas.

—¡La totalidad de la suma! ¿El señor Fouquet os ha dado veinte mil libras en vez de cinco mil?

—Sí, señor.

—¿Y por qué?

—Para ahorrarme tres visitas a la Caja de la superintendencia; de manera que tengo en mi bolsillo las veinte mil libras en oro muy hermoso y nuevo. Ya veis que me iba por no tener necesidad de vos; solamente pasaba por acá por pura fórmula.

Y D'Artagnan golpeó sus bolsillos riendo, lo cual descubrió a Colbert treinta y dos hermosos dientes, tan blancos como si tuviera veinticinco años, y que parecían decir en su lenguaje: servidnos treinta y dos Colbert chiquitos y nos los comeremos con sumo gusto.

La serpiente es tan valerosa como el león, y el gavián tan valiente como el águila; esto no puede contestarse. No hay animales, ni aun de los que se llaman cobardes, que no sean bravos cuando se trata de la defensa. Colbert no tuvo miedo de los treinta y dos dientes de D'Artagnan, y dijo:

—Caballero, el señor superintendente no podía hacer lo que ha hecho.

—¿Cómo decís? —replicó D'Artagnan:

—Digo que vuestro libramiento...

—¿Tenéis la amabilidad de enseñarme el libramiento?

—Con mucho gusto; aquí está. Colbert agarró el papel con una presteza que no sin inquietud advirtió el mosquetero, disgustado de la entrega.

—Pues bien, caballero, el libramiento real dice esto: «Espero que se pague a la vista al señor de D'Artagnan la suma de cinco mil libras, cuarta parte de la pensión que le he asignado».

—Eso está escrito; en efecto —dijo D'Artagnan simulando calma.

—Pues si el rey no os debía más que cinco mil libras, ¿por qué os han dado más?

—Porque había más, y porque querían darme más; eso no interesa a nadie.

—Es natural —dijo Colbert, con tranquilidad orgullosa— que ignoréis los usos de la contabilidad; pero, caballero, cuando tenéis que pagar mil libras, ¿qué hacéis?

—Yo nunca tengo mil libras que pagar —replicó D'Artagnan.

—¡Otra cosa...! —exclamó Colbert irritado—. Si tuvieseis un pago que satisfacer, no pagaríais más que lo que debierais.

—Eso no prueba más que una cosa —dijo D'Artagnan—; y es que vos tenéis vuestras costumbres personales en materia de contabilidad, mientras que el señor Fouquet tiene las suyas.

—Las mías, caballero, son las buenas.

—No digo que no.

—Y habéis cobrado lo que no se os debía.

Los ojos de D'Artagnan arrojaron un relámpago.

—Lo que aún no se me debía, queréis decir, señor Colbert, porque si hubiese recibido lo que de ningún modo se me debe habría cometido un robo.

Colbert no respondió a esta sutileza.

—¿Así pues, son quince mil libras las que debéis a la Caja? —dijo entusiasmado en su envidioso ardor.

—En tal caso me concederéis crédito —replicó D'Artagnan con su fina ironía.

—Nada de eso, caballero.

—¡Bueno...! ¿Cómo es eso? ¿Me haréis devolver mis tres cartuchos?

—Los devolveréis a mi Caja.

—¿Yo? ¡Ah! Señor, no contéis con eso...

—El rey tiene necesidad de su dinero.

—Y yo, señor, tengo necesidad del dinero del rey.

—Perfectamente, pero restituiréis.

—¡Nada menos! Siempre oí decir que, en materia de contabilidad, como vos decíais, un buen cajero ni da ni toma jamás.

—Entonces, caballero, veremos lo que dirá Su Majestad, a quien enseñaré esta libranza, que prueba que el señor Fouquet, no solamente paga, lo que no debe, sino que tampoco guarda recibo de lo que paga.

—¡Ah! —murmuró D'Artagnan—. ¡Ya comprendo por qué me habéis cogido ese papel, señor Colbert!

Este no advirtió todo lo que había de amenazador en su nombre pronunciado de cierta manera.

—Más tarde veréis la utilidad de ello —replicó levantando el libramiento

entre sus dedos.

—¡Uh! —dijo D'Artagnan atrapando el papel con rápido movimiento—. Lo comprendo perfectamente, señor Colbert, y no tengo necesidad de aguantar para ello.

Y se metió en el bolsillo el papel que acababa de coger al vuelo.

—¡Señor, señor...! —exclamó Colbert—. Esta violencia...

—¡Vaya! ¡No hay que prestar atención a las maneras de un soldado! —respondió el mosquetero.

—Os beso las manos, apreciable señor Colbert.

Y salió riéndose en las barbas del futuro ministro.

—Este hombre va a adorarme —dijo pira sí—. ¡Lástima que tenga que fallarle a la primera visita!

Capítulo LXIV

Filosofía del corazón ya de la cabeza

Para un hombre que se había visto en las mas criticas situaciones, la de D'Artagnan con respeto a Colbert, únicamente era cómica.

D'Artagnan no rehuyó; por tanto, la satisfacción de reír a costa del señor intendente desde la calle Neuve des Petits-Champs hasta la de los Lombardos.

Aún reía cuando se le presentó Planchet, riendo también en la puerta de su casa.

Porque Planchet, desde el regreso de su patrón y de la entrada de las guineas inglesas, pasaba la mayor parte de su tiempo en hacer lo que D'Artagnan acababa de ejecutar desde la calle Neuve des Petits-Champs hasta la de los Lombardos.

¿Llegáis, por fin, mi querido amo?

—No, amigo mío —respondió el mosquetero—, me marchó un poco de prisa; es decir, voy a comer, a acostarme, a dormir cinco horas, y a montar a caballo al amanecer... ¿Se, le ha dado ración y media a mi caballo?

—¡Caray! Querido amo —dijo Planchet—, bien sabéis que vuestro caballo es el dije de la casa; mis sirvientes lo besan todo el día y le hacen comer azúcar, nueces y bizcochos. ¿Me preguntáis si se le ha dado su ración de avena? Preguntadme más bien si no ha tenido con qué hartarse diez veces.

—Bien, Planchet, bien. Pasemos a lo que, concierne. ¿Y la comida?

—¡Al momento! ¡Un asado, vino blanco; cangrejos y cerezas frescas. Todo es nuevo, mi querido amo!

—Eres un hombre amable, Planchet; comamos, pues, y que yo me acueste.

Durante la comida observó D'Artagnan que Planchet se rascaba frecuentemente la frente, como para facilitar la salida de una idea acomodada con estrechez en su cerebro. Miró con aire afectuoso a su digno compañero de sus viajes de otro tiempo, y chocando vaso con vaso, le dijo:

—Veamos, amigo Planchet, lo que te cuesta tanto trabajo anunciarme. ¡Pardiez, habla pronto y con franqueza!

—Esto —contestó Planchet—, me parece que tenéis aire de ir a una expedición cualquiera.

—No digo que no.

—Entonces, ¿habréis tenido alguna idea nueva?

—Es posible, Planchet.

—Entonces, ¿habría un nuevo capital que exponer?

—Yo pongo cincuenta mil libras en la idea que vais explotar.

Y diciendo esto, Planchet se restregó las manos una con otra con la rapidez que da una alegría grande.

—Planchet —replicó D'Artagnan—, no hay más que una desgracia.

—¿Y cuál?

—La idea no es mía... Nada puedo poner en ella.

Tales palabras arrancaron un gran suspiro del corazón de Planchet. La avaricia es consejero ardiente que arrebató al hombre, como Satanás hizo con Jesús en la montaña, y después de haber mostrado al desgraciado todos los reinos de la tierra puede descansar seguro de que ha dejado con él a su compañera la envidia para morderle el corazón.

Planchet había, gustado de la riqueza fácil y ya no debía detenerse en sus deseos; mas como era un buen corazón, a pesar de su avaricia, y como que adoraba a D'Artagnan, no pudo menos de hacerle mil recomendaciones, unas más afectuosas que otras.

Tampoco pudo, atrapar una palabra del secreto que tan bien guardaba su amo; astucias, gestos, consejos y truhanerías fueron inútiles. Nada dijo D'Artagnan.

Así se pasó la velada. Después de comer entretúvose D'Artagnan en hacer su maleta, dio una vuelta a la cuadra, acarició a su caballo, inspeccionándole las herraduras y las piernas, y, habiendo vuelto a contar luego su dinero, se metió en la cama, donde durmiendo como a los veinte años, pues no tenía inquietudes ni remordimientos, cerró los párpados cinco minutos después de haber apagado la luz.

Muchos sucesos, no obstante, podían tenerlo desvelado. El pensamiento hervía en su cerebro, las conjeturas abundaban, y D'Artagnan era gran decidor de horóscopos; pero, con esa flema imperturbable que hace más que el genio para la felicidad de las gentes de acción, dejó la reflexión para el día siguiente, temiendo, según decía para sí, no estar fresco en aquel instante.

Amaneció. La calle de los Lombardos tuvo su parte en las caricias de los rosados dedos de la aurora, y D'Artagnan levantóse como ésta.

A nadie despertó; agarró debajo del brazo su maleta, bajó la escalera sin hacer el menor ruido ni perturbar uno solo de los ronquidos alojados desde el granero a la bodega. Y habiendo preparado su caballo y cerrado la cuadra y la tienda, salió a paso para su expedición a la Bretaña.

Razón de sobra había tenido en no pensar la víspera en todos los asuntos políticos y diplomáticos que solicitaban su inteligencia; porque aquella mañana, con la frescura y el dulce crepúsculo, sintió desenvolverse sus ideas fecundas.

Primeramente, pasó por delante de la casa de Fouquet y echó en una caja abierta que había en la puerta el bienaventurado libramiento, que tanto trabajo había costado sustraer la víspera de los retorcidos dedos del intendente.

Puesto bajo sobre para Fouquet, el libramiento no pudo ser visto por Planchet, que en punta de adivinación era un Apolo Piteo.

De este modo enviaba su finiquito a Fouquet, sin comprometerse ni teniendo cargos que dirigirse.

Después de esta cómoda restitución, pensó:

«Ahora traguemos mucho aire matinal, mucha salud; dejemos respirar el caballo Céfiro, que hinche sus ijares como si se tratase de aspirar hemisferio, y seamos muy ingeniosos en muestras combinaciones. Ya es hora de formar un plan de campaña, y según el método del señor de Turena, que tiene una cabeza muy grande llena de toda clase de buenos consejos, antes del plan de campaña es conveniente hacer un retrato de los generales enemigos con quienes tenemos que habérmolas. El primero de todos el señor Fouquet. ¿Quién es el señor Fouquet? El señor Fouquet —se contestó a sí mismo D'Artagnan—, es un hombre hermoso, muy querido de las mujeres; un hombre galante; muy

amado de los poetas; un hombre de talento, muy execrado de los pillos. Yo no soy ni mujer, ni poeta, ni tunante; no amo, pues, ni aborrezco al señor superintendente; luego me encuentro en un todo en la posición en que se halló el señor de Turena cuando se trató de ganar la batalla de los Dunas. El no aborrecía a los españoles, pero les dio lo suyo. No; hay un ejemplo mejor, ¡pardiez! Estoy en la situación en que se encontró el mismo señor de Turena cuando los asuntos del príncipe de Condé en Jargeau, Gien y en el barrio de San Antonio. El no execraba al señor, príncipe, verdad es, pero obedecía al rey. El príncipe es un hombre encantador; pero el rey es el rey; Turena dio un gran suspiro; llamó a Condé “primo mío”, y le vendimió su ejército. ¿Qué desea el rey ahora? Esto no me concierne. ¿Qué quiere el señor Colbert? ¡Oh! Esto es otra cosa. El señor Colbert desea todo lo que no quiere el señor Fouquet. ¿Pues qué quiere el señor Fouquet? ¡Oh, oh! Esto es grave. El señor Fouquet quiere precisamente todo lo que quiere el rey».

Terminado esté monólogo, D’Artagnan sé echó a reír haciendo silbar su varilla: iba por el medio de la calle espantando los pájaros y escuchando los luises que danzaban a cada sacudida en su bolsa de cuero; y, necesario es confesarlo, cada vez que D’Artagnan se encontraba en semejantes condiciones, no era la ternura su vicio principal.

Entonces sí que se parecía al señor de Turena, cuando el señor de Turena no amaba a los españoles.

No obstante, el mosquetero, no pudo menos de tomarse alguna pena por la paz del reino, que debían comprometer otra vez las querellas de los grandes. Acordóse cuán poderoso era el señor Fouquet, y cuán sostenido se encontraba. Sumó por una parte los dieciocho millones de Luis XIV, y por otra los infinitos recursos del superintendente, pero con su inflexible imparcialidad, garantida por un desdén eterno a las medianías del rencor venenoso del señor Colbert, y cuando tuvo bien hecha su cuenta, pensó:

«Vamos, la expedición no es muy peligrosa, y mi viaje será como aquella comedia que mística Monk me llevó a ver a Londres, y que se denomina, según creo, Mucho ruido para nada».

Capítulo LXV

El viaje

Era tal vez la quincuagésima vez, desde el día que abrimos esta historia, que este hombre de corazón de bronce músculos de acero abandonaba su casa, amigos, todo, en fin, por ir en busca de la fortuna y de la suerte. La una, es

decir, la suerte, había retrocedido constantemente ante él como si le hubiera tenido miedo, la otra, esto es, la fortuna, sólo de un mes a aquella parte había hecho alianza, con él.

Aunque no fuese un gran filósofo, según Epicuro o según Sócrates, era una imaginación vigorosa con la práctica de la vida y del pensamiento. Nadie es valiente, aventurero y diestro como era D'Artagnan, sin ser al mismo tiempo algo visionario.

Se acordaba de algunas sentencias de la Rochefoucault, dignas de ser puestas en latín por el señor de Port Royal, y había formado colección, al pasar por la sociedad de Athos y de Aramis, de muchos trozos de Seneca y Cicerón, traducidos por ellos mismos y aplicados al uso de la vida común.

Este menosprecio de las riquezas, que el gascón había observado como artículo de fe durante los treinta y cinco primeros años de su vida, fue considerado largo tiempo por él como primer artículo del código de la bravura.

Artículo primero, decía él: «Uno es valiente porque no tiene nada. Uno no tiene nada porque menosprecia las riquezas».

Con estos principios, que según hemos dicho, habían regido los treinta y cinco primeros años de su vida, D'Artagnan no fue bastante rico para que debiera preguntarse si a pesar de su riqueza era siempre bravo.

A esto, pero cualquiera otro que no fuese D'Artagnan, hubiera podido servir de respuesta el acontecimiento de la plaza de la Grève, y muchas conciencias habríanse contentado con ella; pero D'Artagnan era demasiado valeroso para preguntarse sincera y concienzudamente si lo era.

De modo que a esto:

«Creo que he desenvainado con bastante viveza, y con bastante viveza estoqueado en la plaza de la Grève, para estar tranquilo con respeto a mi valor».

D'Artagnan se había contestado a sí propio:

«Muy bien, capitán; pero esta no es una respuesta. He sido valiente porque quemaban mi casa, y podría apostarse ciento y aun mil contra uno, a que si esos señores del motín no hubiesen tenido tan malaventurada idea, su plan de ataque había salido bien, o al menos no habría sido yo quien se opusiera a él. Mas ahora, ¿qué vais a intentar contra mí?»

»No tengo casa que me quemem en Bretaña; no tengo tesoro que me puedan arrebatar. Pero tengo mi pellejo, este precioso pellejo del señor D'Artagnan, que vale todas las cosas y todos los tesoros del mundo. Este pellejo que tengo encima de todo, pues es la cubierta de un cuerpo que encierra un corazón muy caliente y muy satisfecho de latir, y por consecuencia

de vivir. Por lo tanto, quiero vivir, y a la verdad que vivo mejor, y mucho más completamente desde que soy rico. ¿Quién diablos diría que el dinero mimase la vida?

»Me parece que ahora absorbo doble cantidad de aire y de sol. ¡Diantre! ¿Qué será si todavía doblo esta fortuna, y si en vez de la varilla que llevo en la mano alcanzo alguna vez el bastón de mariscal? No sé si habría bastante aire y bastante sol para mí. Bien mirado, esto no es un sueño. ¿Quién diablos se opondría a que el rey me hiciese mariscal, como su padre Luis XIII hizo duque y condestable a Alberto de Luynes? ¿No soy tan bravo y mucho más inteligente que ese imbécil De Vitry? ¡Ah! He aquí justamente lo que se opondrá a mis adelantos: tengo mucho talento. Felizmente, si hay justicia en este mundo, la fortuna me está obligada a ciertas compensaciones. Me debe recompensa por todo lo que he hecho en beneficio de Ana de Austria, e indemnización por todo lo que ella no ha hecho por mí... Pero a la hora de ahora, heme aquí a buenas con un rey, y con un rey que parece quiere reinar. ¡El cielo le conserve tan ilustre pensamiento! Porque si quiere reinar tiene necesidad de mí... y si tiene necesidad de mí, será preciso que me dé lo que me ha prometido. Calor y luz. Por tanto, hoy marchó comparativamente como marchaba en otro tiempo: de nada a todo. Sólo que el nada de hoy es el todo de entonces; no hay en mi vida más que este insignificante cambio. ¡Veamos ahora! Veamos aparte el corazón, puesto que he hablado de él ahora poco ha. Y realmente sólo he hablado de memoria».

Y el gascón apoyó la mano contra su pecho, como si efectivamente buscase el lugar del corazón.

—¡Ah! Desgraciado —exclamó sonriendo con amargura—. ¡Ah, pobre especie! Habíais esperado por un instante no tener corazón. ¡Y, he aquí que tienes uno, cortesano, incompleto, y no obstante, uno de los mas sediciosos! Tienes un corazón que habla en pro del señor Fouquet. ¿Mas quién es el señor Fouquet, cuando se trata del rey? Un conspirador... un verdadero conspirador, que ni siquiera se ha tomado el trabajo de ocultarte que conspiraba... ¿Y qué arma no tendríais contra él, si su buena gracia y su talento no hubiesen puesto una vaina a esta arma? ¡Ira, rebelión a mano armada...! Porque, al fin, el señor Fouquet ha realizado una rebelión a mano armada, de modo que cuando Su Majestad sospeche vagamente la sorda rebelión de Fouquet, yo ya sé... Puedo demostrar que el señor Fouquet ha hecho derramar la sangre de los súbditos del rey. Veamos ahora; sabiéndolo todo estoy callándolo. ¿Qué más desea este corazón blando para un buen proceder del señor Fouquet, para un anticipo de quince mil libras, para un diamante, de dos mil doblones, para una sonrisa donde había tanta amargura como bondad? Le salvó la vida. Ahora espero —continuó el mosquetero— que este imbécil corazón guarde silencio, desquitado como está con el señor Fouquet.

»También ahora es Su Majestad mi sol, y como quiera que mi corazón está desquitado para con el señor Fouquet, igual de quien se ponga delante de mi sol. ¡Adelante por Luis XIV, adelante!

Estas reflexiones eran las únicas que podían retardar la marcha de D'Artagnan; pero, una vez hechas, apretó el paso de su montura.

Por muy perfecto que fuera el caballo Céfiro, no podía andar siempre, y al día siguiente de su salida de París lo dejó en Chartres en casa de un amigo que D'Artagnan se había hecho, de un posadero de la ciudad.

Y desde aquel momento viajó el mosquetero en caballos de posta. Gracias a este modo de locomoción, atravesó rápidamente el espacio que separa a Chartres de Châteaubriand.

En esta última ciudad, muy apartada aún de la costa para que se adivinase que D'Artagnan iba a embarcar, y bastante separada de París para que nadie supusiera que venía de él, el mensajero de Su Majestad Luis XIV, a quien D'Artagnan había llamado su sol, sin pensar siquiera que el que todavía no era más que una pequeña estrella en el cielo de la monarquía había de hacer su emblema de este astro, el mensajero de Luis XIV, decimos, dejó la posta y compró un rocín de la más triste apariencia, una de esas monturas que jamás se permite escoger un oficial de Caballería por miedo a deshonorarse.

A excepción del pelo, esta nueva adquisición, recordaba a D'Artagnan aquel famoso caballo amarillo, con el cual, o mas bien, sobre el cual, había hecho su entrada en el mundo.

Cierto es que desde que D'Artagnan ocupó esta nueva cabalgadura, ya no era él quien viajaba, sino un hombre vestido con jubón gris, que guardaba un término medio entre el sacerdote y el lego; y lo que sobre todo le acercaba al hombre de Iglesia, era que D'Artagnan había puesto, sobre su cráneo un casquete de terciopelo raído, y encima de él un gran sombrero. Y sin espada. Lo único que llevaba era un bastón colgado de una correílla en el antebrazo, al que prometía unir en la primera ocasión, como auxiliar inesperado, una daga de diez pulgadas, oculta baja la capa.

El rocín comprado en Châteaubriand completaba la diferencia. El rocín se llamaba Furet.

«Si de Céfiro he hecho Furet —se dijo D'Artagnan—, preciso es hacer de mi nombre un diminutivo cualquiera. Así es que, en lugar de D'Artagnan, seré sólo Agnan; esta es una concesión que, naturalmente, debo a mi traje gris, a mi sombrero redondo y a mi casquete raído».

El señor D'Artagnan cabalgó sin sacudidas exageradas sobre Furet, que trotaba al paso de andadura como un verdadero caballo, y que, trotando así,

hacía gallardamente sus doce leguas por día, gracias a cuatro piernas secas como cañas, cuyo aplomo y seguridad había apreciado el arte ejercitado de D'Artagnan por bajo del espeso forro que las cubría.

Andando el viajero tomaba notas, estudiaba el país severo y frío que atravesaba, buscando al mismo tiempo el pretexto más plausible para ir a Belle-Île, y verlo todo sin despertar sospechas.

De este modo pudo convencerse de la importancia que tomaba el suceso a medida que se acercaba a él.

En esta comarca retirada, en este antiguo ducado de Bretaña, que no era francés en aquella época, como tampoco lo es en el día, los pueblos no conocían al rey de Francia.

Y no sólo no le conocían, sino que tampoco deseaban conocerlo. Un solo hecho sobrenadaba visible para ellos en la corriente de la política. Sus antiguos duques no gobernaban ya, pero esto era un vacío y nada más. En lugar del duque, los señores de parroquia reinaban sin límites.

Y por cima de estos señores, Dios, que jamás ha sido olvidado en Bretaña.

Entre estos soberanos de castillo y campanarios, el más poderoso, el más opulento, y sobre toda el más popular, era el señor Fouquet, señor de Bella Isla. Aun en el mismo país y a la vista de la Isla, las tradiciones consagraban sus maravillas.

No todo el mundo penetraba allí; la isla, que tenía una extensión de seis leguas de larga por otras seis de ancho era una propiedad que el pueblo había respetado mucho tiempo, cubierta como estaba con el nombre de Retz, tan fuertemente temido en la región.

Poco después de la creación de este señorío enmarquesado por Carlos IX; Bella Isla había pasado al señor Fouquet.

La celebridad de la isla no databa de ayer; su nombre se remontaba a la más alta antigüedad: los antiguos la llamaban Kalonese, de dos palabras griegas que significaban isla hermosa.

De modo, que a dieciocho siglos de distancia, había llevado en otro idioma el mismo nombre de ahora.

Algo era en sí esta propiedad del superintendente, sin contar con su posición a seis leguas de la costa de Francia; posición que le hacía soberana en su soledad marítima.

D'Artagnan se enteró de todo esto sin que pareciese, que preguntaba nada, y también supo que el mejor medio de tomar lenguas era pasar a La Roche-Bernard, ciudad bastante importante en la embocadura del Vilaine.

Allí quizá podría embarcarse, y, atravesando los salitrosos mares, llegar a Guerande o Croisic, para esperar la ocasión de pasar a Belle-Île. Desde su salida de Châteaubriand había conocido que todo era Posible para Furet bajo el impulso del señor Agnan, y nada al señor Agnan sobre la iniciativa de Furet.

Apresuróse, pues, a comer una cerceta y una tórtola en una posada de La Roche-Bernard, y ordenó subir de la bodega, para rociar estos manjares bretones, una sidra que conoció por más bretona aún con sólo acercarla a los labios.

Capítulo LXVI

D'Artagnan entabla relación con un poeta que se hizo topógrafo para que sus versos fuesen impresos

Antes de ponerse a la mesa; tomó D'Artagnan sus informes, como tenía de costumbre; pero es un axioma de curiosidad que todo hombre que quiere preguntar bien y fructíferamente debe empezar por ofrecerse él mismo a las preguntas. D'Artagnan buscó, pues, con su habilidad ordinaria, un preguntador útil en la hostería de la Roche Bernard.

Y casualmente había en el primer piso de esta casa dos viajeros que también se ocupaban en los preparativos de su comida.

D'Artagnan vio en la cuadra sus monturas y en la sala sus equipajes. El uno viajaba con lacayo, como una especie de personaje; dos yeguas, hermosos animales, le servían de montura.

El otro, compañero bastante exiguo, viajero de mezquina apariencia y polvoriento gabán, había llegado de Nantes en un carretón arrastrado por un caballo de tal modo semejante a Furet en el collar, que D'Artagnan hubiese andado cien leguas antes de encontrar otro mejor para emparejar un tiro.

El carretón contenía distintos paquetes envueltos en lienzos viejos. «Este viajero —dijo para sí D'Artagnan—, es de mi calaña; me conviene y yo debo convenirle. El señor Agnan, con su jubón y su casquete raído, no es digno de comer con el señor de las botas viejas y el vicio caballo».

Luego, llamó D'Artagnan al posadero y le mandó que subiese su cerceta y su sidra a la del señor de los exteriores modestos.

Y subiendo con una silla en la mano una escalera que conducía a la sala, se puso a llamar a la puerta.

—Entrad —dijo el desconocido.

D'Artagnan entró.

—Disimulad, señor —dijo—, soy como vos un viajero, no conozco a nadie en la posada y tengo la mala costumbre de aburrirme cuando como solo, de tal modo que la comida me parece mala y no me aprovecha. Vuestra figura, que apercibí ahora poco cuando bajasteis para que os abriesen unas ostras, me ha gustado mucho. He observado también que tenéis un caballo muy semejante al mío, y que el posadero; a causa de esta semejanza, sin duda, los ha colocado juntos en su cuadra, donde parecen hallar la compañía a las mil maravillas. No veo, pues, por qué han de estar separados los amos, cuando los caballos están reunidos; en consecuencia; vengo a pedir os concedáis el favor de ser admitido a vuestra mesa. Yo me llamo Agnan, para servirlos, caballero; intendente indigno de un rico señor que quiere comprar salinas en el país, y que me envía para visitar sus propiedades futuras. Quisiera, señor, que mi figura os agradase tanto como me ha gustado la vuestra.

El extranjero, a quien D'Artagnan veía por primera vez, tenía los ojos negros y brillantes, tez amarilla, frente un poco arrugada por el peso de cincuenta años, honradez en el conjunto de las facciones, y penetración en la mirada.

«Se diría —dijo para sí D'Artagnan—, que este guapo mozo no ha ejercitado nunca más que la parte superior de su cabeza, los ojos y el cerebro, y debe ser hombre de ciencia; pero la boca, la nariz y la barba no dicen absolutamente nada».

—Señor —contestó éste, cuyas ideas y persona se criticaban—, me hacéis honor, mas, no porque me fastidie; tengo —añadió sonriéndose—, una compañía que siempre me distrae; mas no importa, os recibo con mucho gusto.

Pero, al decir estas palabras, el hombre de las botas viejas derramó una mirada inquieta sobre su mesa, cuyas ostras habían desaparecido, y en la que sólo quedaba un trozo de tocino salado.

—Señor —se apresuró a decir D'Artagnan—, el posadero va a subir una hermosa ave asada y una torta soberbia.

D'Artagnan había visto en la mirada de su compañero, por muy rápida que fuera, el temor al ataque de un parásito.

Y había acertado, porque al escuchar aquellas palabras se desarrugaron las facciones del hombre de apariencia modesta.

Efectivamente, el fondista entró al instante, como si hubiera estado acechando el momento, con los manjares anunciados.

Unidas la torta y la cerceta al trozo de tocino salado, D'Artagnan y su compañero saludáronse, se sentaron frente a frente, y, como dos hermanos,

hicieron la división del tocino y de los otros platos.

—Señor —dijo D'Artagnan—, confesad que la asociación es una cosa admirable.

—¿Por qué? —preguntó el extranjero con la boca llena.

—Voy a decíroslo —contestó D'Artagnan.

El extranjero dio tregua al movimiento de sus mandíbulas para escuchar mejor.

—Primero —prosiguió D'Artagnan—, porque en lugar de tener una luz cada uno, tenemos dos.

—Es verdad —dijo el extranjero sorprendido de la extremada exactitud de la observación.

—Veo, por otra, parte, que coméis mi torta con preferencia, mientras que yo, con preferencia también, como de vuestro tocino salado.

—También es verdad.

—En fin, por encima del placer de estar mejor alumbrado y de comer cosas de gusto de uno, pongo el placer de la compañía.

—Sois muy jovial, señor —dijo agradablemente el desconocido—. ¡Muy jovial! Y como todos los que no tienen nada en la cabeza.

—¡Oh! No os sucede a vos lo mismo —prosiguió D'Artagnan—, y leo en vuestros ojos toda especie de genio.

—¡Oh! Señor...

—Vamos, confesadme una cosa.

—¿Cuál?

—Que sois un sabio Señor...

—¿Eh?

—¡Vamos!

—Soy autor.

—¡Ya! —murmuró D'Artagnan entusiasmado y palmoteando—. No me había engañado.

¡Es milagro!

—Señor...

—Bueno —prosiguió D'Artagnan—, tendré el gusto de pasar esta noche en compañía de un autor. ¿De un autor célebre, quizá?

—¡Oh —dijo el desconocido sonrojándose— célebre, caballero, célebre no es la palabra!

—¡Modesto! —exclamó D'Artagnan—. Pero al menos —continuó el mosquetero con el carácter de una brusca honradez—, decidme el nombre de vuestras obras, porque recordaréis que no me habéis dicho el vuestro y que me he visto obligado a adivinaros.

—Señor, me llamo Jupenet —dijo el autor.

—Bonito nombre, y no sé por qué... perdonad... no sé, se me figuraba haber oído pronunciar ese nombre en alguna parte.

—He compuesto versos —dijo modestamente el poeta.

—¡Eso es! Me los habrán hecho leer.

—Una tragedia.

—La habré visto representar.

El poeta se sonrojó nuevamente. No lo creo, porque no se han impreso mis versos.

—¡Bien! Entonces será la tragedia quien me habrá enseñado vuestro nombre.

—También os engañáis, porque los señores cómicos del Ayuntamiento de Borgoña no la han querido —dijo el poeta con la sonrisa cuyo secreto sólo conocen ciertos orgullosos.

D'Artagnan mordióse los labios.

—Así, pues, señor —continuó el poeta, ya veis que estáis en un error con respecto a mí, y que no siendo yo conocido de vos, no habéis podido oír hablar de mí.

—¡He ahí lo que me confunde...! Ese nombre de Jupenet es, sin embargo, muy hermoso y digno de ser conocido, tanto como los de Corneille o Rotrou o Garniér... Espero que tendréis a bien declamar algún fragmento de vuestra tragedia, más tarde... cuando caminemos. Será magnífico, ¡diantre! ¡Ah! Perdón, caballero, es un juramento que se me escapa, habitual en mi señor y amo...

—A veces me permito usarlo porque me parece de buen gusto; claro es que sólo me lo permito en su ausencia, porque... ya comprendéis, pero en verdad... Señor, esta sidra es abominable. ¿No sois del mismo parecer? Y, además, el jarro es de una forma tan irregular que no se tiene sobre la mesa.

—¿Y si le ponemos fina cuña?

—Sin duda. Pero ¿con qué?

—Con este cuchillo.

—¿Y la cerceta, con qué la cortamos luego? ¿Contáis acaso con no tocar la cerceta?

—No tal.

—Pues bien, entonces... Aguardad.

El poeta rebuscó en su bolsillo y sacó un pequeño trozo de fundición el grueso de una línea. Pero apenas salió a la luz el pedazo de fundición; cuando el poeta creyó haber cometido una imprudencia, e hizo un movimiento para volverlo a meter en el bolsillo. D'Artagnan apercibióse de ello; era hombre que nada se le escapaba, y extendió la mano hacia el trozo de fundición.

—¡Caray! ¡Qué bonito es eso! ¿Puede verse?

—Cierto que sí —contestó el poeta, que pareció haber cedido demasiado pronto a su primer impulso—. Puede verse; pero por mucho que miréis —prosiguió con aire satisfecho—, si yo no digo para qué sirve esto, no lo sabréis.

D'Artagnan, consideró como una confesión las vacilaciones del poeta y su presteza en ocultar el trozo de fundición, que por inadvertencia había sacado del bolsillo.

Así es que, despertada su atención sobre ese punto, se encerró en la circunspección que en todas ocasiones le daba la superioridad. Además, dijera lo que dijese. Jupenet, él había reconocido muy bien lo que era a la simple inspección del objeto.

Era un carácter de imprenta.

—¿Adivináis lo que es esto? —prosiguió el poeta.

—No, a fe mía —dijo D'Artagnan.

—Pues bien —dijo maese Jupenet—; este trocito de fundición es un tipo de imprenta.

—¡Bah!

—Una mayúscula.

—¡Caray, caray! —dijo D'Artagnan abriendo unos ojos muy cándidos.

—Sí, caballero, una J mayúscula, la primera letra de mi nombre.

—¿Y esto es una letra?

—Sí, señor.

—Pues bien, voy a manifestar una cosa.

—¿Cuál?

—No, porque es una tontería lo que voy a decir.

—¡Ca! —dijo maese Jupenet con ademán protector.

—Pues bien, si esto es una letra, no comprendo cómo se puede hacer una palabra.

—¿Una palabra?

—Para imprimirla, si pues es facilísimo.

—Veamos.

—¿Os interesa?

—Mucho.

—Voy a explicaros la cosa. Atended.

—¡Bueno!

—Mirad bien.

—Ya lo hago.

D'Artagnan parecía absorto en su contemplación.

Jupenet sacó de su bolsillo otros siete u ocho pedazos de fundición, pero más pequeños.

—¡Ah! —murmuró D'Artagnan.

—¿Qué?

—¿Tenéis toda la imprenta en el bolsillo? ¡Diablo! Es curioso; en efecto.

—¿Verdad que sí?

—¡Qué cosas se aprenden viajando, Dios mío!

—A vuestra salud —dijo Jupenet, encantado.

—¡A la vuestra, diantre, a la vuestra! Pero no con esta sidra, que es una bebida abominable e indigna de un hombre que bebe en la Hipocrene. ¿No es así como los poetas llamáis a vuestra fuente?

—Sí, señor; así se llama, en efecto, nuestra fuente. Ese nombre viene de dos palabras griegas; hipos, que quiere decir caballo, y...

—Señor —interrumpió D'Artagnan—, os haré beber cierto licor que viene de una sola palabra francesa, y que no por eso es peor. Permitid que me informe si nuestro huésped tiene alguna botella de vino de Céran en su

bodega.

Interpelado el posadero, subió al momento.

—Señor —dijo el poeta—, considerad que no tendremos tiempo para beber el vino, a menos que no nos demos mucha prisa; porque yo debo aprovechar la marea para alcanzar el buque.

—¿Qué buque? —dijo D'Artagnan.

—¡Toma! El que sale para Belle-Île.

—¡Ah! Para Belle-Île —dijo el mosquetero.

—¡Bueno!

—¡Bah! Tendréis tiempo suficiente, caballero —dijo el huésped destapando la botella, el buque no sale hasta la una.

—Pero ¿quién me avisará? —dijo el poeta.

—Vuestro vecino —replicó el posadero.

—¡Mas si apenas lo conozco!

—Cuando lo oigáis salir será hora de que marchéis.

—¿Va también a Belle-Île?

—Sí.

—¿Ese señor que tiene un lacayo? —preguntó D'Artagnan.

—Sí. Todo lo que yo sé es que bebe el mismo vino que bebéis vos. ¡Diablo! Mucho honor es ése para nosotros —dijo D'Artagnan echando de beber a su compañero, en tanto se alejaba el fondista.

—De modo —repuso el poeta, volviendo a sus ideas dominantes—, que jamás habéis visto imprimir.

—Nunca.

—Mirad las letras que componen la palabra se cogen así: A, B... ya veis, una R, una E, una V...

Y unió las letras con tal habilidad, que no se escaparon al ojo del mosquetero.

—Abreviado —dijo terminando.

—Corriente —dijo D'Artagnan—. Yo veo muchas letras juntas; pero ¿cómo se sostienen?

—El señor Jupenet sonrió como a hombre que ha respondido a todo, y después sacó también del bolsillo un listón de metal en el que reunía y

alineaba los caracteres, sosteniéndolos con el pulgar izquierdo.

—¿Y cómo se llama ese listón de hierro? —dijo D'Artagnan—. Porque eso debe tener su nombre.

—Esto se llama componedor —contestó Jupenet—, y con auxilio de esta regla se forman las líneas.

—Vamos, sostengo lo que he dicho; vos traéis una prensa en el bolsillo —dijo D'Artagnan, riendo con aire de simpleza tan marcada, que el poeta quedó engañado completamente.

—No —replicó—, pero estoy torpe, para escribir, y cuando tengo un verso en mi cabeza, lo compongo enseguida para imprimirlo.

«¡Cáscaras! —pensó D'Artagnan para sí—. Es preciso aclarar eso». Y con un pretexto que no turbó al mosquetero, hombre fértil en expedientes, dejó la mesa, bajó la escalera, corrió al cobertizo, bajo el cual permanecía el carretón, rompió con la punta de su puñal la cubierta de uno de los paquetes, y encontró en ellos caracteres de fundición semejantes a los que el poeta impresor llevaba en el bolsillo.

«¡Bien! —se dijo D'Artagnan—. Ignoro todavía si el señor Fouquet quiere fortificar materialmente a Belle-Île; pero en todo caso hay municiones espirituales para el castillo».

Y, enriquecido con este descubrimiento, volvió a la mesa. D'Artagnan sabía lo que quería saber, y estúvose frente a su comensal hasta el momento de oír en la sala inmediata remover el equipaje de un hombre dispuesto a marcharse.

Al instante estuvo listo el impresor, que había dado orden de enganchar el carruaje esperaba a la puerta. El segundo viajero montaba a caballo en el patio con su lacayo.

D'Artagnan acompañó a Jupenet hasta el puerto, el cual embarcó coche y caballo.

El viajero opulento hizo otro tanto con sus dos yeguas y el doméstico; pero, por más talento que empleara D'Artagnan para saber su nombre, no lo pudo lograr.

Solamente inspeccionó bien su rostro, para que siempre quedase impreso en su memoria.

D'Artagnan tenía muchas ganas de embarcar con los dos pasajeros; pero, un interés más, profundo que el de la curiosidad, el del éxito de su expedición, lo rechazó de la orilla y lo condujo a la hostería.

En ella entró suspirando y se metió al punto en la cama, para estar

dispuesto por la mañana temprano con ideas frescas y la consulta de la noche.

Capítulo LXVII

D'Artagnan continúa sus investigaciones

Al punto de la mañana, D'Artagnan ensilló por sí mismo a Furet, que había hecho una comilona aquella noche y devorado él solo los restos de las provisiones de sus dos compañeros.

El mosquetero tomó todos sus informes del hostelero, a quien halló hábil, desconfiado, y adicto en cuerpo y alma al señor Fouquet.

Resultó de ello que, para no dar ninguna sospecha a este hombre, continuó con la fábula de la probable compra de algunas salinas.

Embarcarse en La Roche Bernard para Belle-Île, hubiera sido exponerse a comentarios que tal vez se habrían hecho ya.

Era, singular, además, que aquel viajero y su lacayo hubieran permanecido en secreto para D'Artagnan, a pesar de todas las preguntas que había dirigido el hostelero, quien parecía conocerlo a fondo.

Hízose, pues, dar noticias sobre las salinas y tomó el camino de los pantanos, dejando el mar a su derecha, y penetrando en aquella vasta y desolada llanura, que parecía un piélago de fango; cuyas ondulaciones argentaban algunas crestas esparcidas de sal.

Marchaba Furet maravillosamente con sus pequeños pies nerviosos sobre las estrechas calzadas que dividían las salinas. Tranquilo D'Artagnan sobre las consecuencias de su caída que le obligaba a tomar un baño frío, se dejaba llevar, contentándose con mirar en el horizonte los tres campanarios agudos, que semejantes a hierros de lanzas, salían del centro de aquella llanura desolada.

Piriac, el pueblo de Batz y Le Croisic, semejantes unos a otros, llamaban y suspendían su atención. Si el viajero daba una vuelta, para orientarse mejor, veía al otro extremo un horizonte con otros tres campanarios: Guérande, Le Pouliguen y Saint-Joachim.

Piriac, era el primer puerto, situado a la derecha, y se dirigió a él.

En el instante en que visitaba el puerto de Piriac, se alejaban de él cinco grandes falúas cargadas de piedras.

Pareció singular a D'Artagnan que se exportasen piedras de un país donde

no las había, y tuvo que recurrir a toda la amenidad del señor Agnan para preguntar a la gente del puerto la causa de semejante singularidad.

Un viejo pescador respondió al señor Agnan que las piedras no venían de Piriac ni de los pantanos, por supuesto.

—Pues entonces, ¿de dónde proceden? —preguntó el mosquetero.

—De Nantes y de Paimboeuf.

—Y, ¿a dónde van?

—A Belle-Île, señor.

—¡Ah, ah! —dijo D'Artagnan con el mismo acento que había tomado para decir al impresor que le interesaban sus caracteres.

—Según eso...

—Île, ¿trabajan en Belle?

—¡Toma...! Todos los años hace reparar el señor Fouquet los muros del castillo.

—¿De modo, que se está arruinando?

—Es viejo.

—Muy bien.

«El hecho es —pensó D'Artagnan— que nada es más natural, y que todo propietario tiene derecho de hacer reparar sus propiedades. Es como si viniesen a decirme que yo fortificaba “La Imagen de Nuestra Señora” cuando estuviese simplemente obligado a hacer reparaciones en ella. Creo, en verdad, que han informado mal a Su Majestad y que puede muy bien haberse engañado».

—Pero me concederéis —prosiguió en voz alta y dirigiéndose al pescador, porque su papel de hombre desconfiado le estaba impuesto por el objeto mismo de su misión—; me concederéis, amigo mío, que esas piedras viajan de una manera extraña.

—¿Cómo es eso? —dijo el pescador.

—Vienen de Nantes o de Paimboeuf por el Loira, ¿no es verdad?

—Bajan.

—Eso es cómodo, no lo niego, pero ¿por qué no van en derechura desde Saint Nazaire a Belle-Île?

—¡Toma! Porque las falúas son muy malos barcos y navegan mal por el mar —repuso el pescador.

—Eso no es una razón.

—Perdonad, señor, pero se conoce que jamás habéis navegado —añadió el pescador, no sin una especie de desdén.

—Os ruego me expliquéis eso, buen hombre. A mí me parece que venir de Paimboeuf a Piriac, para ir de Piriac a Belle-Île, es, como sí uno fuese de La Roche-Bernard a Nantes, y de Nantes a Piriac.

—Por agua sería más corto —contestó imperturbable el pescador.

—Pero hay que hacer un recodo. El pescador meneó la cabeza.

—El camino más corto de un punto a otro es la línea recta —continuó D'Artagnan.

—Olvidáis la corriente, señor.

—Bien, conforme.

—¿Y el viento? ¡Ah! ¡Bueno! Indudablemente, la corriente del Loira arrastraba los barcos casi hasta Le Croisic. Si tienen necesidad de calafatearse o de refrescar los víveres van a Piriac costeano, y en Piriac encuentran otra corriente inversa que los lleva a la isla Dumal.

—Perfectamente.

—Desde aquí la corriente del Vilaine los arrastra a otra isla, a la de Hoedic.

—Sin disputa.

—Pues bien, desde esta isla a Belle-Île es recto el camino; el mar pasa como un canal, como un espejo entre las dos islas, y las chalanas se deslizan allí con increíble rapidez; esto es todo.

—¡No importa —dijo el tenaz D'Artagnan—; es mucho camino!

—¡Ah...! ¡El señor Fouquet lo quiere así! —replicó por conclusión el pescador, quitándose su gorro de lana al pronunciar este nombre venerable.

Una mirada de D'Artagnan, mirada viva y penetrante como hoja de espada; sólo encontró cándida confianza en el corazón del viejo, y satisfacción e indiferencia en sus facciones; decía el señor Fouquet lo quiere como si hubiese dicho: ¡Dios lo ha querido!

Hablase adelantado mucho D'Artagnan en este salo, y como quiera que habiendo salido las falúas sólo quedaba en Piriac una barca, la del viejo, que no parecía estar dispuesta a tomar el mar sin muchos preparativos, acarició a Furet, que, dando una nueva prueba de su carácter encantador, se puso en marcha con los pies en las salinas y actitud resuelta.

Y a eso de las cinco llegó a Le Croisic.

Si D'Artagnan hubiera sido poeta, habría encontrado bello el espectáculo de aquellas extensas playas, de más de una legua de extensión, que cubren el mar con la marea, y que con el reflejo aparecen parduscas, desaladas, llenas de pólipos y de algas muertas, con sus conchas esparcidas y blancas, como las osamentas del inmenso cementerio.

Pero el soldado, el político, el ambicioso, no tienen tampoco el dulce consuelo de mirar al cielo para leer en él una esperanza o una advertencia.

El cielo bajo significa para esas gentes viento y tormentas; las nubes blancas; sobre el azul de la bóveda, dicen simplemente que la mar será tranquila y dulce.

D'Artagnan vio el cielo azul, la brisa embalsamada de los perfumes salitrosos; y dijo:

—Me embarcaré con la primera marea, aunque tuviese que ir con una cáscara de nuez.

En Le Croisic; lo mismo que en Piriac, había notado dos montones enormes de piedras alineadas en la playa. Estos muros gigantescos, demolidos en cada marea por los transportes que hacíanse para Belle-Île, fueron a los ojos del mosquetero la consecuencia y la prueba de lo que ya había adivinado en Piriac.

¿Era un muro lo que reconstruía el señor Fouquet? ¿Era una fortificación la que edificaba? Para saberlo había que verlo.

D'Artagnan metió a Furet en la cuadra comió, se acostó, y al día siguiente, al amanecer, se paseaba por el puerto, o mejor dicho sobre las conchas.

Le Croisic tiene una huerta de cincuenta pies y una torre de vigía parecida a una torta enorme en un plato.

Tres o cuatro hombres permanecían en la pedregosa playa buscando cangrejos.

El señor Agnan, animados los ojos de alegría y con la sonrisa en los labios, se acercó a los pescadores.

—¿Se pesca hoy? —preguntó.

—Sí, señor —dijo uno de ellos y aguardamos la marea.

—¿Dónde pescáis, amigos?

—En la costa, caballero.

—¿Y cuáles son las buenas costas?

—¡Ah! Según, alrededor de las islas, por ejemplo.

—Pero ¿las islas están muy lejos?

—No mucho; cuatro leguas.

—¡Cuatro leguas! ¡Eso es un viaje!

El pescador se echó a reír en las barbas del señor Agnan.

—Decidme —prosiguió éste con su necia candidez—, a cuatro leguas se pierde de vista la costa, ¿verdad?

—No siempre...

—En fin... es lejos... bastante lejos, y, si no fuera por eso, os hubiera pedido que me llevaseis a bordo; me enseñaseis lo que jamás he visto.

—Qué.

—Un pez de mar vivo:

—¿Sois de provincia? —preguntó un pescador.

—Sí, soy de París:

El bretón encogióse de hombros y dijo:

—¿Habéis visto al señor Fouquet en París?

—Muchas veces —respondió D'Artagnan.

—¿Muchas veces? —preguntaron los pescadores estrechando el cerco alrededor del parisiense—. ¿Le conocéis?

—Un poco, es íntimo amigo de mi amo.

—¡Ah! —murmuraron los pescadores.

—Ye he visto todos sus castillos de Saint Mandé; Vaux y su palacio de París.

—¿Y es bonito?

—Soberbio.

—No tanto como Belle-Île —replicó un pescador.

—¡Bah! —replicó el señor Agnan dando una carcajada bastante desdeñosa que encolerizó a los concurrentes:

—Bien se adivina que no habéis visto a Belle-Île —replicó el más curioso de los pescadores—. ¿Sabéis que tiene seis leguas y que hay allí árboles como no se ven iguales en Nantes?

—¡Árboles en el mar! —exclamó D'Artagnan—. ¡Quisiera ver eso!

—Pues es muy fácil; nosotros pescamos en la isla Hoedic... Venid con

nosotros; desde este lugar veréis como un paraíso los árboles negros de Belle-Île y la línea blanca del castillo que corta como una cuchilla el horizonte del mar.

—¡Oh! Eso debe ser encantador. Pero ¿sabéis que hay cien campanarios en el castillo del señor Fouquet en Vaux? —dijo D'Artagnan.

El bretón levantó la cabeza admirado; pero no quedó convencido. ¡Cien campanarios! —dijo—. Es igual; Belle-Île es más hermosa: ¿Queréis verla?

—¿Es posible? —preguntó D'Artagnan.

—Sí, con la venia del gobernador.

—Pero yo no conozco a ese gobernador.

—Ya que conocéis al señor Fouquet, diréis vuestro nombre.

—¡Oh! Amigos míos, ¡yo no soy un caballero!

—Todo el mundo entra en Belle-Île —prosiguió el pescador—, con tal que no se quiera mal a Belle-Île ni a su señor.

Un ligero escalofrío recorrió el cuerpo del mosquetero.

«Es cierto», pensó para sí. Y añadió después:

—Si estuviese seguro de no marearme...

—No será aquí —dijo el pescador mostrando con orgullo su hermosa barca de cóncavo fondo.

—¡Vamos! Me convencéis —exclamó D'Artagnan—. Iré a ver Belle-Île; pero desde lejos; porque no me dejarán entrar.

—Nosotros bien entramos.

—¡Vosotros! ¿Para qué?

—¡Toma...! ¡Para vender pescado a los corsarios!

—¡Eh! ¡Corsarios!

—El señor Fouquet ha hecho construir dos corsarios para dar caza a los holandeses y a los ingleses, y nosotros vendemos pescado a los tripulantes de esos pequeños navíos.

«¡Caray... caray...! —pensó D'Artagnan—. Mejor que mejor... ¡Una imprenta, baluartes y corsarios! Vamos, el señor Fouquet no es flojo enemigo, como había supuesto, y vale la pena de que uno se mueva para verla de cerca».

—A las cinco y media nos marchamos —añadió gravemente el pescador.

—Os pertenezco y no os abandono.

En efecto, D'Artagnan vio que los pescadores hablaban de sus barcos y los preparaban; la mar subió y el señor Agnan se dejó izar hasta bordo, no sin simular temor y dar que reír a los grumetes, que lo acechaban con sus grandes e inteligentes ojos.

Tendióse sobre una vela doblada en cuatro dobleces, y dejó que aparejasen y que la barca saliese a plena mar.

Los pescadores; que hacían su oficio al mismo tiempo que caminaban, no advirtieron que su pasajero no se había puesto pálido; ni había gemido ni padecido; ni que, a pesar de los horribles cabeceos y vaivenes brutales de la barca, a la cual nadie daba dirección, el pasajero novicio había conservado toda su presencia de ánimo y su apetito.

La pesca era bastante afortunada; las carpas y los lenguados ya habían mordido en el cebo; congrios y truchas de un peso enorme habían roto dos hilos, y tres anguilas de mar se arrastraban por la cala con estremecimientos de agonía.

D'Artagnan les llevaba la fortuna, y así se lo dijeron. El soldado halló el oficio muy divertido y puso mano a la obra, dando rugidos de alegría y recortando ¡pardiez! capaces de asustar a sus mismos mosqueteros, cada vez que un sacudimiento de la red iba a desgarrar los músculos de su brazo y a solicitar el empleo de sus fuerzas y de su habilidad.

La parte del placer le había hecho olvidar la misión diplomática; y estando en lucha con un terrible congrio que le obligaba a aferrarse con una mano al borde de la barca a fin de atraer con la otra a su antagonista, le dijo el patrón:

—Cuidado no nos vean desde Belle-Île.

Estas palabras hicieron en D'Artagnan igual efecto que la primera bala que silba un día de batalla; soltó el hilo y el congrio, y ambos desaparecieron en el agua.

D'Artagnan acababa de divisar a una media legua de distancia la silueta pardusca y acentuada de las rocas de Belle-Île, dominada por la línea blanca y soberbia del castillo.

Y a lo lejos la tierra, con sus bosques y llanuras verdosas, donde pastaba tranquilamente el ganado.

Esto fue lo primero que llamó la atención de nuestro hombre. El sol lanzaba sus rayos de oro sobre el mar y hacía girar un polvo resplandeciente alrededor de aquella isla encantada. Gracias a esta luz resplandeciente no se veían en ella más que los puntos llanos, y toda sombra cortaba con dureza el paño luminoso de la pradera o de las murallas.

—¡Eh, eh! —dijo D'Artagnan al aspecto de aquellas masas de rocas negras

— He aquí fortificaciones que no tienen precisión de ningún ingeniero para inquietar un desembarco. ¿Por dónde diablos se puede bajar a esa tierra que Dios ha defendido tan completamente?

—Por aquí —repuso el patrón, cambiando la vela e imprimiendo al timón una sacudida que llevó a la falúa en dirección de un lindo puerto, redondo y recientemente almenado.

—¿Qué diantres veo allí? —preguntó D'Artagnan.

—Veis a Locmaria —le contestó el pescador.

—¿Y más abajo?

—A Bangos.

—¿Y más allá?

—Sauzon... Luego, el palacio.

—¡Diablo, esto es un mundo! ¡Ah! Allí hay soldados.

—Hay mil setecientos hombres en Belle-Île, señor —dijo el pescador con orgullo—. ¿Sabéis que la guarnición menos numerosa es de veintidós compañías de infantería?

«¡Pardiez! —se dijo D'Artagnan—. Muy bien podría Su Majestad tener razón».

Atracaron.

Capítulo LXVIII

Donde seguramente se sorprenderá el lector, como se sorprendió D'Artagnan, al encontrarse con un antiguo conocido

En un desembarco siempre hay un tumulto y una confusión que no dejan al espíritu la necesaria libertad para estudiar al primer golpe de vista el nuevo sitio que se le presenta.

El marinero agitado, el buque movable, el ruido del agua sobre la arena y gritos e impaciencia de los que esperan en la orilla; son los distintos detalles de esa sensación que se resume en una sola palabra: vacilar.

Sólo después de haber desembarcado y de estar unos minutos en la orilla, vio D'Artagnan en el puerto, principalmente en el interior de la isla, agitarse un mundo de trabajadores.

D'Artagnan reconoció las cinco chalanas cargadas de piedras que viera

salir del puerto de Piriac. Las piedras eran transportadas, a la orilla por medio de una cadena formada por veinticinco o treinta campesinos.

Estas piedras, de gran peso, eran cargadas en carretas, que las conducían al sitio de los trabajos, cuyo valor y extensión aún no podía apreciar D'Artagnan.

En todas partes reinaba una actividad igual a la que observó el mozo al desembarcar en Salentum.

Muchas ganas tenía D'Artagnan de penetrar, más adelante, pero no podía, so pena de hacerse sospechoso, dar lugar a la desconfianza. Sólo adelantaba paulatinamente sin pasar apenas la línea que los pescadores formaban en la playa, observando todo, no diciendo nada, y marchando delante de todas las suposiciones que se pudiesen hacer con una pregunta estúpida o un saludo cortés.

En tanto que sus compañeros hacían su comercio, ponderando y vendiendo su pescado a los obreros y habitantes de la isla, nuestro hombre ganaba terreno poco a poco, y viendo la poca atención que le prestaban, comenzó a fijar miradas inteligentes y seguras en hombres y cosas que aparecían a sus ojos.

Sus primeras miradas se encontraron con excavaciones de terreno, sobre las que no podía engañarse el ojo de un soldado.

En las dos extremidades del puerto, y para que los fuegos se cruzasen sobre el eje, de la elipse que formaba, se habían levantado dos baterías, destinadas evidentemente a contener cañones, pues D'Artagnan vio a los obreros concluir las plataformas que debían sustentar las piezas para darles todas las direcciones posibles.

Cerca de cada una de estas baterías algunos operarios llenaban cestos de tierra para el revestimiento de otra que tenía troneras; y un director de trabajos dirigía los de otros operarios que formaban haces de ramaje y cortaban rombos y rectángulos de césped, destinados a cubrir los cortes de las troneras.

A juzgar por la actividad desplegada en estos trabajos, podíaseles considerar como ya terminados; y suponiendo que la artillería estuviese en la isla, en menos de dos o tres días podía estar el puerto completamente anillado.

Lo que asombró a D'Artagnan cuando fijó su vista en las fortificaciones de la ciudad, fue ver que Belle-Île estaba defendida por un sistema completamente nuevo, del cual había oído hablar más de una vez al conde de la Fère como de un gran progreso; mas del cual no había visto aún la aplicación.

Estas fortificaciones no pertenecían ni al método holandés de Marollais, ni al método francés del caballero Antonio de Ville, sino al sistema de Manesson

Mallet, hábil ingeniero que seis u ocho años antes, había dejado el servicio de Portugal para entrar al de Francia.

Tenían de notables tales trabajos, que en vez de, elevarse fuera de tierra, como hacían los antiguos muros destinados a defender la ciudad de un escaló, hundíanse, por el contrario, y lo que constituía la altura de las murallas era la profundidad de los fosos.

No necesitó D'Artagnan mucho tiempo para reconocer toda la superioridad de tal sistema, a salvo de los peligros de la artillería.

Y como los fosos estaban más bajos que el nivel del mar, podían ser inundados por medio de esclusas subterráneas.

Por lo demás, los trabajos hallábanse casi terminados, y un grupo de trabajadores, que recibía órdenes de un hombre que parecía ser el director, se ocupaba de colocar las últimas piedras.

Un puente echado sobre el foso, para mayor comodidad de las maniobras, unía el interior al exterior.

D'Artagnan preguntó con curiosidad si le sería permitido atravesar el puente, y le respondieron que ninguna orden se oponía a ello.

Por tanto, D'Artagnan atravesó el puente y se adelantó hacia el grupo. Este grupo estaba mandado por aquel hombre que ya había notado D'Artagnan y que parecía el ingeniero jefe.

Un plano se hallaba extendido sobre una piedra en figura de mesa, y pasos más allá funcionaba una grúa.

El ingeniero llevaba un jubón que por lo suntuoso, no armonizaba su trabajo, pues más requería éste con el traje de un maestro albañil que del de un señor.

Aquel hombre era de elevada estatura y anchos hombros, y llevaba un sombrero todo cubierto de plumas. Gesticulaba de una manera de las más majestuosas, y parecía, porque estaba vuelto de espaldas, reñir a los operarios por su debilidad o por su inercia.

D'Artagnan se iba acercando. En aquel momento cesaba de gesticular el hombre del penacho. Con las manos apoyadas en las rodillas, seguía encorvado los esfuerzos de seis obreros que intentaban levantar una piedra labrada a la altura de una barra de madera destinada a sostenerla, para que pudiesen pasar por debajo la cuerda de la grúa.

Reunidos los seis operarios en un solo lado de la piedra, unían todos sus esfuerzos para levantarla ocho o diez pulgadas, sudando y resoplando, mientras otro acechaba la ocasión de meter el rodillo que debía soportarla.

Mas ya la piedra se les había escapado dos veces de la mano antes de llegar a una altura suficiente para ser introducido el rodillo.

No hay que decir que cada vez que se les escapaba la piedra daban un salto atrás a fin de evitar que en su caída les aplastase los pies.

Hicieron un tercer esfuerzo, sin mejor éxito, con mayor desaliento, a pesar de que los seis obreros encorvados sobre la piedra eran animados por el hombre del penacho, que había articulado con voz poderosa la palabra «¡Ferme!», iniciadora de todas las maniobras.

Entonces se incorporó, y dijo:

—¡Oh, oh! ¿Qué es esto? ¿Estoy tratando con hombres de paja? ¡Diablo! Quitaos de ahí y veréis cómo se hace esto.

—¡Pardiez! —dijo D'Artagnan. ¿Tendrá la pretensión de levantar esa enorme roca? Sería curioso. Los obreros apartáronse con las orejas gachas y moviendo la cabeza, menos el que tenía el madero, que se disponía a realizar su oficio. El hombre el penacho se aproximó a la piedra, se inclinó, deslizó sus manos bajo la cara que tocaba en el suelo, atirantó sus músculos hercúleos, y con un movimiento pausado, como el de una máquina, levantó la troca a un pie del suelo.

El operario que tenía el madero aprovechó la ventaja que se le daba para deslizar el rodillo bajo la piedra.

—¡Ya lo veis! —dijo el gigante, no dejando caer la roca, sino sosteniéndola sobre su soporte.

—¡Pardiez! —murmuró D'Artagnan—. Sólo conozco a un hombre capaz de semejante esfuerzo.

—¿Eh? —dijo el coloso volviéndose.

—¡Porthos! —exclamó D'Artagnan estupefacto—. ¡Porthos en Belle-Île!

El hombre del penacho fijó sus ojos en el supuesto mayordomo, y le reconoció a pesar de su disfraz.

—¡D'Artagnan! —gritó, poniéndose encendido—.

—¡Chitón! —dijo a D'Artagnan.

—¡Chitón! —contestó el mosquetero.

En efecto, si Porthos acababa de ser descubierto por D'Artagnan, éste acababa de ser descubierto por Porthos.

A pesar, del interés de su secreto, el primer movimiento de estos hombres fue echarse en brazos uno de otro.

Lo que deseaban ocultar a los concurrentes no era su amistad, sino sus nombres.

Pero después del abrazo vino la reflexión.

—¿Por qué diantres está Porthos en Belle-Île y levanta peñascos? —dijo D'Artagnan para sí.

Menos diestro en diplomacia que su amigo, Porthos pensó en voz alta:

—¿Por qué diablos estáis en Belle-Île? ¿Qué venís a hacer aquí?

Necesario era responder sin vacilar. Vacilar en responder a Porthos hubiera sido descalabro de que jamás se habría podido consolar el amor propio de D'Artagnan.

—¡Diantre! Amigo mío, estoy en Belle-Île porque estáis vos.

—¡Ah! —dijo Porthos visiblemente aturdido del argumento y pretendiendo comprenderlo con aquella lucidez de deducción que ya conocemos en él.

—Sin duda —prosiguió D'Artagnan, que no quería dar tiempo a su amigo para que cavilase—. Irle ido a ver a Pierrefonds.

—¿De veras?

—Sí.

—Y no me habéis encontrado allí.

—No; pero encontré a Mosquetón.

—¿Y está bien?

—¡Diantre!

—Pero ¿os ha dicho Mosquetón que yo estaba aquí?

—¿Por qué no me lo iba a decir? ¿He desmerecido acaso en la confianza de Mosquetón?

—No; pero él lo ignoraba.

—¡Oh! Esa es una razón que nada tiene de ofensiva, para mi amor propio por lo menos.

—Pero ¿cómo habéis hecho para encontrarme?

—¡Caray, amigo! Un gran señor, como vos, siempre deja huellas de su paso, y me estimaría yo muy poco si no supiese seguir la pista a mis amigos.

Por más lisonjera que fuera esta explicación, no satisfizo completamente a Porthos, que dijo:

—Pero yo no he podido dejar huellas, viniendo disfrazado.

—¡Ah! ¿Habéis venido disfrazado? —preguntó D'Artagnan.

—Sí.

—¿Y cómo?

—De molinero.

—Porthos, un señor como vos, ¿puede afectar maneras ordinarias hasta el punto de engañar a la gente?

—Pues os juro, amigo mío, que todo el mundo se ha engañado: ¡tan bien he desempeñado mi papel!

—Pero no tan bien que yo no os haya descubierto.

—Justamente. ¿Y cómo me habéis descubierto?

—Esperad; voy a relataros la cosa. Imagináis que Mosquetón...

—¡Ah! Es ese tuno de Mosquetón —dijo Porthos plegando los dos arcos de triunfo que le servían de cejas.

—Fiero esperad... Aquí no hay falta ninguna de Mosquetón, puesto que él mismo ignoraba dónde estuviérais.

—Sin duda, y por eso tengo tantas ganas de comprender.

—¡Oh! ¡Cuán impaciente sois, Porthos!

—¡Cuando no comprendo soy terrible!

—Vais a comprender. Aramis os ha escrito a Pierrefons, ¿no es cierto?

—Sí.

—Os ha escrito que llegaseis antes del equinoccio.

—Cierto.

—Pues bien claro está —dijo D'Artagnan, confiando que esta razón bastaría a Porthos.

Porthos parecía entregado a un intenso trabajo de comprensión.

—¡Oh! Sí —dijo—, ya comprendo. Como Aramis me decía que llegase antes del equinoccio; habéis entendido que era para unirme a él. Os habéis enterado dónde estaba Aramis, diciéndoos: «Donde esté Aramis, estará Porthos». Habéis sabido que Aramis está en Bretaña, y os habéis dicho: «Porthos está en Bretaña».

—¡Justamente! En verdad que no sé cómo os habéis hecho adivino, Porthos. Ya comprendéis entonces. Al llegar a la Roche Bernard supe los bellos trabajos de fortificación que se hacían en Belle-Île, y picada mi

curiosidad me metí en un barco pesquero sin saber de cierto que estuvieseis aquí. He venido, he visto un buen mozo que removía una piedra incapaz de moverla el mismo Áyax, y he gritado: «Nadie más que el barón de Bracieiux es capaz de semejante esfuerzo». Me habéis oído, os habéis vuelto, me habéis reconocido, nos hemos abrazado, y si os parece, amigo, nos abrazaremos otra vez.

—He ahí cómo se explica todo, en efecto —dijo Porthos.

Y abrazó a D'Artagnan con amistad tan grande, que el mosquetero perdió la respiración, durante algunos minutos.

—Vamos, vamos, más fuerte que nunca —dijo D'Artagnan—, y felizmente siempre de los brazos. Durante el tiempo en que D'Artagnan perdiera la respiración había reflexionado que tenía que representar un papel muy difícil. Tratábase de preguntar siempre, sin responder nunca.

Cuando le volvió la respiración, ya tenía formado su plan de campana.

Capítulo LXIX

Donde las ideas de D'Artagnan, confusas al principio, empiezan a aclararse algún tanto

El mosquetero tomó al momento la ofensiva.

—Ahora, que ya os lo he dicho todo, querido amigo, o más bien que todo lo habéis adivinado, decidme qué hacéis aquí cubierto de polvo y lodo.

Porthos se limpió la frente, y, mirando alrededor con orgullo, dijo:

—¡Me parece que ya podéis ver lo que hago!

—¡Sin duda...! Veo que levantáis piedras.

—¡Oh! ¡Para enseñar a esos haraganes lo que es un hombre! —murmuró Porthos con desprecio—. Ya comprenderéis.

—¡Sí! Pero no tenéis por oficio levantar piedras, aunque haya muchos que lo tengan y no las levanten como vos. Esto es lo que me hacía preguntaros: «¿qué hacéis aquí, barón?».

—Estudio topografía, señor.

—¿Estudiáis topografía?

—Sí, pero vos mismo, ¿qué hacéis con ese traje de paisano? D'Artagnan comprendió que había cometido una falta dejándose llevar por la sorpresa.

Porthos se había aprovechado de ella para responder con una pregunta.

Feamente, D'Artagnan la aguardaba, y dijo:

—Ya sabéis que soy paisano, por consiguiente, nada tiene de extraño el vestido, porque está de acuerdo con mi condición.

—¡Cómo es eso! ¡Vos, un mosquetero!

—Ya no lo soy, mi buen amigo; presenté la dimisión.

—¿Y habéis abandonado el servicio?

—Lo he abandonado.

—¿Y habéis dejado al rey?

—Justamente.

Porthos levantó los brazos al cielo, como quien escucha una noticia inesperada.

—¡Oh! Eso sí que me confunde —dijo.

—Pues sin, embargo, así es.

—¿Qué os ha motivado a determinar eso?

—El rey me disgustó, Mazarino me disgustaba hacía mucho tiempo, como sabéis, y he ahorcado la casaca.

—Pero Mazarino ha fallecido.

—¡Bien lo sé, pardiez! Pero en la época de su muerte ya hacía dos meses que estaba presentada y aceptada mi dimisión; estando entonces libre corrí a Pierrefonds, para, ver a mi querido Porthos; había oído hablar de la feliz división que tenía hecha del tiempo, y pensaba distribuir el mío con el vuestro una quincena de días.

—Amigo mío, ya sabéis que mi casa está abierta para vos, no por quince días, sino por un año, por diez, o por toda la vida.

—Gracias, Porthos.

—¿Y no tenéis necesidad de dinero? —preguntó Porthos haciendo sonar unos cincuenta lises que encerraba en su bolsa—. ¡En tal caso, ya sabéis...!

—No, no necesito nada; he puesto mis ahorros en casa de Planchet, que me da un interés por ellos.

—¿Vuestros ahorros?

—Sin duda —dijo D'Artagnan. ¿Por qué no queréis que haya ahorrado, como otro cualquiera?

—¡Yo! Yo no deseo eso; al contrario, siempre os he sospechado... Es decir, Aramis os ha supuesto siempre algunos ahorrillos Yo no me mezclo en esa clase de asuntos; pero lo que únicamente presumo es que los ahorros de un mosquetero no serán gran cosa.

—Sin duda... Para vos, que sois millonario... En fin, voy a haceros juez del asunto. Yo tenía por una parte veinticinco mil libras...

—Bonita cantidad —dijo Porthos con aire afable.

—Y —continuó D'Artagnan— el 28 del mes último, he añadido a ellas otras doscientas mil.

Porthos abrió unos ojos que interrogaban elocuentemente al mosquetero: «¿dónde diablos habéis robado semejante suma, querido amigo?».

—¡Doscientas mil libras! —murmuró al fin.

—Sí... Que con veinte mil que traigo encima, me completan un total de doscientas cincuenta mil libras:

—Pero veamos, ¿de dónde os viene esa fortuna?

—¡Ah! Ya os contaré la cosa más tarde; amigo mío; pero como, vos tenéis que decirme muchas cosas, dejemos mi relato para luego.

—¡Bravo! —dijo Porthos—. Ya todos somos ricos. Pero ¿qué tenía yo que contaros?

—Teníais que contarme cómo Aramis ha sido nombrado...

—¡Ah! ¿Obispo de Vannes?

—Sí —dijo D'Artagnan—, obispo de Vannes. ¿Sabéis que progresa en su carrera?

—¡Oh! ¡Sí, sí! Sin contar que no parará ahí.

—¡Cómo! ¿Suponéis que no se contentará con las medias moradas y que aspirará al sombrero rojo?

—¡Chitón! Eso le ha sido prometido.

—¡Bah! ¿Por Su Majestad?

—Por alguien más poderoso que el rey.

—¡Diablos!

—Porthos, ¡me decís cosas increíbles, amigo!

—¿Por qué increíbles? ¿Acaso no ha habido siempre en Francia alguien más poderoso que el rey?

—¡Oh! Ciertamente. En tiempo de Luis XIII era el duque de Richelieu; en tiempo de la regencia era el señor Mazarino; en tiempo de Luis XIV...

—¡Vamos!

—El señor Fouquet.

—Lo habéis nombrado de un tirón.

—¿De modo que el señor Fouquet ha prometido el capelo a Aramis?

Porthos asumió un aire de reserva, y dijo:

—Querido amigo; Dios me libre de ocuparme de los asuntos de otros, y sobre todo de revelar secretos que pueda haber interés en ocultar. Cuando veáis a Aramis, él os dirá lo que crea que deba deciros.

—En verdad, Porthos, no hablemos más de eso, y volvamos a vos.

—Sí —contestó Porthos.

—¿No me habíais dicho que estabais aquí para estudiar topografía?

—Ciertamente.

—¡Pardiez! Amigo mío, ¡qué lindas cosas hacéis!

—¿Cómo es eso?

—¡Caray! ¡Estas fortificaciones son admirables!

—¿Es ese vuestro parecer?

—Sin duda; y poco menos que un sitio en toda regla. Belle-Île es inexpugnable.

Porthos se frotó las manos.

—Esa es mi opinión dijo.

—Pero ¿quién diablos ha fortificado así esta bicoca? Porthos se pavoneó.

—¿No os lo he dicho?

—No.

—¿Y no lo adivináis?

—No; todo lo que puedo decir es que sin duda se trata de un hombre que ha estudiado todos los sistemas, y me parece que se ha fijado en el mejor.

—¡Chitón! —dijo Porthos—. Contemplad mi modestia, amigo D'Artagnan.

—¡De veras! —respondió el mosquetero—. Seréis vos... quien... ¡Oh!

—Por favor, amigo mío.

—Vos habéis imaginado, planeado y combinado estos baluartes, estos reductos, estas cortinas, estas medias lunas; ¿y quién ha preparado este camino cubierto?

—Os ruego...

—¿Vos quien ha edificado esta luneta con sus ángulos entrantes y salientes?

—Por Dios...

—¿Vos quien dio esta inclinación a los cortes de las troneras, con cuyo auxilio se protegerán tan eficazmente los que sirvan las piezas?

—¡Oh! Dios Santo, sí.

—¡Oh! Porthos, Porthos, es preciso inclinarse ante vos; pero siempre nos habéis ocultado ese hermoso genio, y espero, amigo, que me enseñaréis todo en detalle.

—Nada más fácil; aquí está mi plano.

—Enseñádmelo.

Porthos condujo a D'Artagnan hacía la piedra que le servía de mesa, donde permanecía el plano extendido.

Debajo de este plano estaba escrito lo siguiente, con aquella formidable letra de Porthos de que ya hemos tenido ocasión de hablar:

En vez de serviros del cuadrado o del rectángulo, como se ha hecho hasta hoy, supondréis la plaza en un hexágono regular, polígono que tiene la ventaja de presentar más ángulos que el cuadrilátero. Cada lado del hexágono, del que determinaréis la longitud en razón de las dimensiones tomadas sobre la misma plaza, será dividido en dos partes iguales; en el punto medio levantaréis una perpendicular hacia centro del polígono, que tendrá de longitud la sexta parte del lado. Por las extremidades de cada lado del polígono trazaréis dos diagonales que irán a cortar la perpendicular. Las dos rectas formarán las líneas de defensa.

—¡Diablo! —dijo D'Artagnan deteniéndose en este punto de demostración—. ¡Esto es un sistema completo, Porthos!

—Completísimo —repuso Porthos—. ¿Queréis continuar?

—No, ya he leído bastante; y puesto que sois vos, querido Porthos, quien dirige los trabajos, ¿qué necesidad tenéis de establecer el sistema por escrito?

—¡Oh, amigo! ¡La muerte!

—¿Cómo la muerte?

—¡Claro! ¿No somos todos mortales?

—Es verdad —dijo D'Artagnan—; a todo habéis respondido, amigo mío.

Y colocó el plano sobre la piedra.

Mas, por poco tiempo que lo tuviera en las manos, pudo distinguir bajo la enorme letra de Porthos otra mucho más fina que le recordaba ciertas cartas a María Michon, de que tuvo conocimiento en su juventud. Sólo que la goma había pasado y repasado sobre esa letra, que hubiera escapado a un ojo menos penetrante que el de nuestro mosquetero.

—¡Bravo, amigo mío! —dijo D'Artagnan.

—Ahora ya sabéis todo lo que queríais saber, ¿no es verdad? —dijo Porthos contoneándose.

—¡Oh! Sí, sí; sólo os pido el último favor, amigo.

—Hablad, yo soy aquí el amo.

—Hacedme el favor de decir el nombre de aquel señor que se pasea por allá abajo.

—¿Dónde es allá abajo?

—Detrás de los soldados.

—¿Seguido de un lacayo?

—Sí.

—¿En compañía de una especie de bergante vestido de negro?

—Ese misma.

—El señor Gétard.

—¿Y quién es el señor Gétard, querido?

—El arquitecto de la casa.

—¿De qué casa?

—De la casa del señor Fouquet.

—¡Ah, ah! —exclamó D'Artagnan—. ¿Con que sois de la casa del señor Fouquet, Porthos?

—¡Yo! ¿Por qué decís eso? —dijo el topógrafo, ruborizándose hasta la extremidad superior de las orejas.

—¡Vaya! Decís la casa hablando de Belle-Île, como si hablarais del castillo

de Pierrefonds.

Porthos se pellizcó los labios.

—Amigo —dijo—; Belle-Île es del señor Fouquet, ¿no es verdad?

—Sí.

—Como Pierrefonds es mío.

—Sin duda.

—¿Venís de Pierrefonds?

—Ya os he dicho que estuve en él aun no hace dos meses.

—¿Y no habéis visto a un señor que tiene la costumbre de pasearse con una regla en la mano?

—No; mas lo habría visto si en efecto se hubiera estado paseando.

—¡Pues bien! Ese es el señor Boulingrin.

—¿Y quién es el señor Boulingrin?

—Allá voy. Si cuando ese señor se pasea con la regla en la mano me pregunta alguno: «¿quién es el señor Boulingrin?». Yo le contesto: «el arquitecto de la casa». Pues bien, el señor Gétard es el Boulingrin del señor Fouquet; pero no tiene que ver nada con las fortificaciones, que me corresponden a mí solo, ¿entendéis? Nada absolutamente.

—¡Ah, Porthos! —murmuró D'Artagnan dejando caer los brazos como su vencida que con la espada—. ¡Ah! Amigo mío, no sois únicamente un topógrafo hercúleo, sino también un dialéctico de primer orden.

—¿No es cierto —respondió Porthos—, que está todo poderosamente razonado?

Y sopló, como el congrio que aquella mañana había dejado escapar D'Artagnan.

—Decidme —prosiguió el mosquetero—, y ese bergante que acompaña al señor Gétard, ¿es también de la casa del señor Fouquet?

—¡Oh! —dijo Porthos con desprecio—. Ese es un tal Jupenet o Juponet; una especie de poeta.

—¿Que desea establecerse aquí?

—Creo que sí.

—Yo pensaba que el señor Fouquet tenía bastantes poetas allá... Scudéry, Loret, Pelisson, La Fontaine. Si os he de decir la verdad, Porthos, tal poeta os deshonra.

—Lo que nos salva, amigo mío es que no está aquí como poeta.

—¿Pues cómo está?

—Como impresor, y me hacéis pensar en que tengo que decirle una palabra a ese pedante.

—Decidla.

Porthos hizo una seña a Jupenet, que había reconocido a D'Artagnan y no se daba prisa en acercarse.

Esto condujo naturalmente a una segunda seña de Porthos, la cual era de tal modo imperativa, que fue preciso obedecer.

—¡Cómo! —repuso Porthos—. ¿Habéis desembarcado ayer y ya estáis haciendo de las vuestras?

—¡Cómo, señor barón! —preguntó temblando Jupenet.

—Vuestra prensa ha hecho ruido toda la noche, señor mío —dijo Porthos—, y no me habéis dejado dormir. ¡Cuerno!

—Señor... —objetó tímidamente Jupenet.

—Nada tenéis que imprimir aún y; por consiguiente, no debéis hacer andar la prensa. ¿Qué habéis impreso esta noche?

—Señor, una poesía algo ligera escrita por mí.

—¡Ligera! ¡Vamos; señor, la prensa chillaba que era una lástima! Que no vuelva a suceder eso, ¿oís?

—Bien, señor.

—¿Me lo prometéis?

—Lo prometo.

—Pues por esta vez os dispenso. ¡Idos!

El poeta se retiró con la misma humildad de que había dado pruebas al acercarse.

—¡Ea! Ya que hemos echado una peluca a este tunante, almorcemos —dijo Porthos.

—Sí —dijo D'Artagnan—, almorcemos.

—Sólo os haré observar —dijo Porthos— que no tenemos más que dos horas para nuestro desayuno.

—¡Qué se le va hacer!

—Trataremos de aprovecharlas. Pero ¿por qué no tenemos más que dos

horas?

—Porque la marea sube a la una, y con la marea salgo para Vannes. Mas como vuelvo mañana, os quedaréis en mi casa y seréis el amo. Tengo buen cocinero y buena bodega...

—Pero no —repuso D'Artagnan—, hay una cosa mejor.

—¿Qué?

—¿Decís que vais a Vannes?

—Indudablemente.

—¿Para ver a Aramis?

—Sí.

—Pues bien, yo he venido expresamente para ver a Aramis...

—Es cierto.

—Marcharé con vos.

—¡Toma! Eso es.

—Sólo que debía empezar por ver a Aramis y luego a vos. Pero el hombre propone y Dios dispone; comenzaré por vos y acabaré por Ararais.

—Perfectamente.

—¿Y en cuántas horas vais desde aquí a Vannes?

—¡Oh Santo Dios! En seis horas. Tres por mar de aquí a Sarzeau y tres horas de camino desde Sarzeau a Vannes.

—¡Qué cómodo es eso! ¿Y cuántas veces vais a Vannes estando tan cerca del obispado?

—Una vez a la, semana. Pero aguardad que recoja mi plano. Porthos cogió el plano, lo enrolló con cuidado y lo sepultó en su bolsillo.

—Bueno —dijo aparte D'Artagnan, me parece que ya sé ahora quién es el ingeniero que fortifica a Belle-Île.

Dos horas después había subido la marea, y Porthos y D'Artagnan se encaminaban a Sarzeau.

Capítulo LXX

Procesión en Vannes

La travesía de Belle-Île a Sarzeau se hizo con mucha rapidez, merced a uno de los buques corsarios de que habían hablado a D'Artagnan durante su viaje, y que, destinados a dar caza, se abrigan momentáneamente en la rada de Locmaria, desde donde uno de ellos, con la cuarta parte de su tripulación, hacía el servicio entre Belle-Île y el continente.

D'Artagnan tuvo ocasión de persuadirse de que Porthos; aunque ingeniero y topógrafo, no estaba bien enterado de los secretos del Estado.

Su perfecta ignorancia hubiera pasado por un prudente disimulo para cualquier otro. Pero D'Artagnan conocía muy bien todos los pliegues y repliegues de su Porthos, para no descubrir un secreto en él, si lo había, como los antiguos dependientes de un establecimiento saben buscar con los ojos cerrados cualquier género que se les pida.

Y si D'Artagnan nada había encontrado plegando y desplegando a su Porthos, era porque realmente no había nada.

—Ea —dijo D'Artagnan—. Yo sabré más en Vannes en media hora que Porthos ha sabido en Belle-Île en dos meses; mas a fin de que yo sepa alguna cosa, importa que Porthos no use de la única estratagema para que le conozco disposición. Es menester que no prevenga a Aramis de mi llegada.

Todos los cuidados del mosquetero se limitaron, pues, por el momento, a vigilar a Porthos.

Y, apresurémonos a decirlo Porthos no merecía aquella desconfianza excesiva. Porthos no pensaba de ningún modo nada malo. Tal vez, al encontrarse, D'Artagnan le había inspirado alguna desconfianza, mas casi al propio tiempo D'Artagnan había reconquistado en aquel bondadoso y valiente corazón el lugar que siempre había ocupado, y ni la más ligera nube obscurecía la mirada de Porthos, al fijarla de vez en cuando, con cariño sobre su amigo.

Al desembarcar informóse Porthos de si le aguardaban sus caballos; y, en efecto, los divisó en la encrucijada del camino que da la vuelta alrededor de Sarzeau, y que sin atravesar esta ciudad conduce a Vannes.

Los caballos eran dos: una del señor Barón y otro de su escudero. Porque Porthos tenía un escudero desde que Mosquetón usaba del carricoche como único medio de locomoción.

D'Artagnan aguardaba que Porthos se decidiera a enviar delante a su escudero en un caballo para traer otro, proponiéndose combatir tal propósito; pero nada de lo que se presumió D'Artagnan sucedió. Porthos mandó simplemente al servidor que echase pie a tierra y que esperara su vuelta en Sarzeau, mientras D'Artagnan montaba en su caballo. Lo cual fue ejecutado.

—Sois hombre precavido, amigo Porthos —dijo D'Artagnan a su amigo cuando se vio montado en el caballo del escudero.

—Sí, pero este es un obsequio de Aramis, pues yo no tengo aquí mis trenes. Aramis ha puesto sus cuadras a mi disposición.

—Buenos caballos; ¡diantre! Caballos de obispo —dijo D'Artagnan—. Cierto que Aramis es un obispo muy particular.

—Santo hombre —respondió Porthos con tono casi gangoso y alzando los ojos al cielo.

—Entonces está muy cambiado —repuso D'Artagnan—, porque nosotros lo hemos conocido medianamente profano.

—La gracia le ha tocado —dijo Porthos.

—¡Bravo! —contestó D'Artagnan—. Eso redobla mi deseo de ver a mi amigo Aramis.

Y metió espuela al caballo, que lo arrastró con nueva rapidez.

—¡Pardiez! —dijo Porthos—. Si vamos a este paso, en una hora haremos el camino de dos.

—¿Para cuántas leguas?

—Cuatro y media.

—Será ir a buen paso.

—Hubiera podido, amigo mío, haceros embarcar en el canal, querido; pero cuando uno puede poner un buen corcel entre las rodillas, más vale esto que remeros y que cualquier otro medio.

—Es, verdad, Porthos. ¡Y vos, sobre todo, que siempre estáis magnífico a caballo!

—Un poco pesado, amigo mío; últimamente me he pesado.

—¿Y cuánto pesáis?

—¡Trescientas! —contestó Porthos con orgullo.

—¡Bravo!

—De modo que me veo obligado a escoger caballos cuyo lomo sea liso y ancho, pues de otro modo los reviento en dos horas.

—Sí, caballos de gigante, ¿no es cierto, Porthos?

—Sois muy bueno, amigo mío —replicó el ingeniero con afectuosa majestad.

—Efectivamente —repuso D'Artagnan—, me parece que ya suda vuestra montura.

—¡Claro! ¡Cómo que hace calor! ¡Ah! ¿Veis a Vannes ahora?

—¡Sí, muy bien! Es una bonita ciudad, al parecer.

—Según Aramis, encantado; yo, por lo menos, la encuentro negra; parece que lo negro es muy bello para los artistas. Me he llevado chasco.

—¿Por qué, Porthos?

—Porque he hecho blanquear mi castillo de Pierrefonds, que estaba gris de vejez.

—En efecto —dijo D'Artagnan—, el blanco es más alegre.

—Pero menos augusto; como me ha dicho Aramis. Felizmente, hay quien venda pintura negra, y haré dar una mano de ella a Pierrefonds. Si el gris es bello, ya comprenderéis que el negro debe ser soberbio.

—¡Diantre! —dijo D'Artagnan—. Eso me parece lógico.

—¿No habéis venido jamás a Vannes, D'Artagnan?

—Jamás.

—¿Entonces no conoceréis la ciudad?

—No.

—Pues bien, mirad —repuso Porthos alzándose sobre los estribos, lo cual hizo vacilar el delantero de su caballo—; ¿veis allá en el sol una flecha?

—Sí.

—Es la catedral.

—¿Cómo se llama?

—San Pedro. Mirad ahora a la izquierda, en el arrabal. ¿Veis una cruz?

—Sí, la veo.

—Es San Paterno, la parroquia predilecta de Aramis. Duda, pues San Paterno pasa por haber sido el primer obispo de Vannes. Verdad es que Aramis pretende que no, y como él es tan sabio, bien pudiera ser eso una para, una para...

—Paradoja —dijo D'Artagnan.

—Eso es. Se me trababa la lengua.

—Amigo mío —dijo D'Artagnan—, os suplico continuéis vuestra interesante demostración. ¿Qué es ese grande edificio blanco plagado de

ventanas?

—¡Ah! El colegio de los jesuitas. Buena mano tenéis, querido. ¿Veis cerca del colegio una gran casa con campanarios y torrecillas, de hermoso estilo gótico, como dice ese bruto de señor Gétard?

—Sí, la veo; ¿y qué?

—Que es donde habita Aramis.

—¡Cómo! ¿No vive en el obispado?

—No; el obispado está ruinoso; además, está en la ciudad y Aramis prefiere los arrabales. Por eso os decía yo que gusta tanto de San Paterno, pues San Paterno está en el arrabal. Además, en este mismo barrio hay un paseo, un juego de pelota y una casa de dominicos, que es aquella que eleva al cielo su lindo campanario.

—Perfectamente.

—Y ya veis que el barrio es como una ciudad aparte; tiene sus murallas, sus torres y sus fosos. El muelle llega hasta aquí, y por tanto los buques también. Si nuestro corsario no calase ocho pies de agua, hubiéramos llegado a velas desplegadas hasta las ventanas de Aramis.

—Porthos, Porthos —dijo D'Artagnan—, sois un pozo de ciencia, una fuente de reflexiones ingeniosas y profundas. Ya no me sorprendéis, Porthos; me confundís.

—Ya hemos llegado —observó Porthos, mudando de conversación con su modestia ordinaria.

—Y ya era tiempo —pensó D'Artagnan—, porque el caballo se derrite como si fuese de hielo.

Casi en el mismo instante entraron en el arrabal; pero apenas anduvieron cien pasos quedaron asombrados al ver las calles cubiertas de hojas y de flores.

De las viejas murallas de Vannes pendían las más antiguas y extrañas tapicerías de Francia.

De los balcones de hierro caían largos paños blancos salpicados de ramos de flores.

Las calles estaban desiertas; conocíase que toda la población se había reunido en un punto.

Las persianas estaban corridas, y el fresco penetraba en las casas al abrigo de las colgaduras, que causaban densas sombras negras entre sus salientes, y las paredes.

Al volver la calle, unos cánticos hirieron repentinamente los oídos de los recién llegados. Una muchedumbre vestida como de día de fiesta apareció al través de los vapores de incienso que subían al cielo en azulados copos, y las nubes de hojas de rosa revoloteaban hasta los pisos principales.

Por encima de las cabezas se divisaban la cruz y las banderas, signos sagrados de la religión, y debajo de estas cruces y banderas, como protegidas por ellas, todo un mundo de jóvenes con trajes blancos y coronadas de aciano.

Por ambos lados de la calle, encerrando el cortejo, marchaban los soldados de la guarnición, con ramilletes en los cañones de sus fusiles y en la punta de sus lanzas.

Era una procesión.

En tanto que D'Artagnan y Porthos miraban con fervor de buen gusto que ocultaba la extremada impaciencia de seguir adelante, se acertaba un palio magnífico precedido de cien jesuitas y cien dominicos, acompañado por dos arcedianos, un tesorero, un penitenciario y doce canónigos.

Un sochantre de voz aterradora, un sochantre escogido entre todas las voces de Francia, como entre todos los gigantes del imperio se escogía el tambor mayor de la Guardia Imperial, escoltado por otros cuatro sochantres que sólo le servían de acompañamiento, hacía resonar los aires y vibrar los vidrios de todas las casas.

Bajo el palio aparecía un rostro pálido y noble, de ojos negros, cabellos negros mezclados de hilos de plata, boca fina y barba prominente y angulosa. Esta cabeza, llena de graciosa majestad, estaba adornada con la mitra episcopal, que le daba, además del carácter de soberanía, el del ascetismo y meditación evangélica.

—¡Aramis! —murmuró involuntariamente el mosquetero cuando pasó a su lado esta cabeza altiva. El prelado estremeciéndose y pareció haber oído aquella voz como un muerto resucitado oye la palabra del Salvador.

Levantó sus grandes ojos y los dirigió sin vacilar al sitio de donde había salido la exclamación.

De una mirada vio a Porthos y a D'Artagnan a su lado.

D'Artagnan, por su parte, gracias a la penetración de su mirada, lo había visto y comprendido todo. La fisonomía del prelado había entrado en su memoria para no salir de ella jamás.

Una cosa principalmente había llamado la atención de D'Artagnan. Aramis se había sonrojado al verlo, y al mismo tiempo había reconcentrado bajo sus párpados el fuego de la mirada del Señor y el afecto de la mirada del amigo.

Era evidente que Aramis se había hecho esta pregunta:

«¿Por qué D'Artagnan está aquí con Porthos y qué viene a hacer en Vannes?».

Aramis comprendió todo lo que pensaba D'Artagnan, fijando en él su mirada y viendo que no bajaba los ojos.

Conocía la penetración de su amigo y su talento, y temía dejar adivinar el secreto de su rubor y de su sorpresa. Siempre era el mismo Aramis con un secreto que guardar.

Para concluir, por tanto; con aquella mirada de inquisidor que era preciso hacer bajar a todo trance, como a todo trance apaga un general los fuegos de una batería que le estorba, Aramis extiende su linda mano blanca, en la cual brilla la amatista del anillo pastoral, hiende el aire con el signo de la cruz, y lanza su bendición a los dos amigos.

Pero D'Artagnan, tal vez distraído y pensativo, e impío a pesar suyo, no se inclinó ante la bendición santa; mas Porthos, que vio su distracción; apoyó amigablemente la mano en el hombro de su amigo, y lo agachó al suelo.

D'Artagnan vaciló y le faltó poco para caer de bruces.

Entretanto ya había pasado Aramis.

D'Artagnan, lo mismo que Anteo, no hizo más que tocar en tierra; y luego se enderezó hacia Porthos, muy dispuesto a enfadarse.

Pero no había que equivocarse sobre la intención del valiente Hércules; lo que le había animado fue un sentimiento de bien parecer religioso.

—Es admirable —dijo— que nos haya echado una bendición sólo a nosotros dos. Decididamente es un santo.

D'Artagnan, menos convencido que Porthos, no contestó.

—Ya veis, querido amigo —continuó Porthos—, Aramis nos ha visto, y en vez de seguir marchando al paso de procesión, como hacía, va más de prisa. Mirad cómo el cortejo acelera el paso; sin duda ese querido Aramis está ansioso de vernos y abrazarnos.

—Es verdad —dijo D'Artagnan en voz alta.

Pero añadió enseguida para sí: «Siempre tendremos que ese zorro me ha visto, y que dispondrá de tiempo para prepararse a recibirme».

La procesión había pasado, el camino estaba libre, y D'Artagnan y Porthos marcharon; derechos al palacio episcopal, que rodeaba una muchedumbre numerosa, para ver entrar al prelado.

D'Artagnan notó que esta multitud se componía, especialmente de gente del pueblo y de militares, y en la naturaleza de estos partidarios conoció la destreza de su amigo.

Efectivamente, Aramis no era hombre que buscase la popularidad inútil. Poco le importaba ser amado de gentes que para nada le sirvieran.

Diez minutos después que ambos amigos habían pasado el umbral del obispado, entró Aramis como un triunfador: los soldados le presentaban armas como a un superior, y el pueblo le saludaba como a un compañero más bien que como a un jefe religioso.

En el mismo umbral tuvo una conferencia de medio minuto con un jesuita que, para hablarle más discretamente metió la cabeza debajo del palio.

Luego entró en su casa; las puertas se cerraron lentamente, y la multitud se marchó mientras que todavía resonaban los cánticos religiosos.

Era aquel un día espléndido; había perfumes terrestres mezclados a los perfumes atmosféricos y marinos. La ciudad respiraba felicidad y fuerza.

D'Artagnan sintió cómo la presencia de una mano invisible que había creado aquella fuerza, gozo y felicidad, derramando perfumes por todas partes.

«¡Oh! —pensó—. Porthos ha engordado, pero Aramis ha crecido».

Capítulo LXXI

Su Ilustrísima el obispo de Vannes

Los dos amigos habían entrado en el palacio episcopal por una puerta especial, conocida únicamente de los amigos de la casa.

Porthos había servido de guía a D'Artagnan. El digno barón se comportaba como si estuviera en su casa. Sin embargo, fuese por reconocimiento tácito a la santidad de la persona de Aramis y de sin carácter, o por costumbre de respetar aquello que le imponía moralmente, conducta que siempre había hecho de Porthos un soldado modelo y un corazón excelente, la verdad es que Porthos guardó en casa de Su Ilustrísima el obispo de Vannes una especie de reserva que D'Artagnan notó al instante en la actitud que tomó con los sirvientes y comensales.

Esta reserva no llegaba, sin embargo, al extremo de privarse de preguntar.

Entonces supieron que Su Ilustrísima había entrado en sus habitaciones, y que pronto se presentaría, en la intimidad, menos majestuoso que con sus

ornamentos.

En efecto, después de un cuarto de hora escaso, que pasaron D'Artagnan y Porthos en mirarse mutuamente el blanco de los ojos, y en volver éstos del Norte al Mediodía, se abrió una puerta de la sala y apareció Su Ilustrísima en traje ordinario y, completo de prelado.

Aramis llevaba la cabeza erguida, como hombre acostumbrado al mandato.

Aún conservaba el fino bigote y la perilla real en punta del tiempo de Luis XIII.

Al entrar exhaló ese perfume delicado que, entre los hombres elegantes, coma entre las mujeres del gran mundo, no varía nunca, y que parece estar incorporado la persona de la cual se ha hecho emanación natural.

Sólo que esta vez había retenido el perfume algo de la sublimidad religiosa del incienso; no trastocaba, pero penetraba; no inspiraba el deseo, pero sí el respeto...

No vaciló un momento al entrar en la sala, y sin pronunciar una palabra que, como quiera que fuese, habría sido fría en tal ocasión, se fue derecho al mosquetero tan bien disfrazado bajo el traje del señor Agnan, y lo estrechó en sus brazos con una ternura que el más desconfiado no hubiese podido encontrar sospechosa de frialdad o de afectación.

D'Artagnan, por su parte, también lo abrazó con igual ardor. Porthos apretó la mano delicada de Aramis entre las suyas enormes, y D'Artagnan observó que Su Ilustrísima le apretaba la izquierda, probablemente por costumbre, en atención a que Porthos debía haberle martirizado algunas veces los dedos, estrujándolos entre los suyos, adornados de sortijas. Aramis desconfiaba, advertido por el dolor, y sólo presentaba carne que rozar y no dedos que oprimir contra el oro o las facetas de diamantes.

Aramis miró de frente entre dos ventanas, ofreció una silla a D'Artagnan, sentándose en la sombra, y advirtió que la luz daba en el rostro de su interlocutor.

Esta maniobra, familiar a los diplomáticos y a las mujeres, parece mucho a las ventajas que toman los combatientes sobre el terreno del duelo, según su habilidad o su costumbre.

D'Artagnan no fue engañado por aquella maniobra; pero fingió no haberla notado. Sintióse cogido, mas justamente por esto comprendió que estaba en el camino de la descubierta, y poco le importaba dejarse batir aparentemente, con tal que sacara de su pretendida derrota las ventajas de la victoria.

Aramis fue quien comenzó la conversación.

—¡Ah! ¡Querido amigo! ¡Mi excelente D'Artagnan...! ¡Qué feliz casualidad...!

—Es una casualidad, mi reverendo compañero —dijo D'Artagnan—, que yo llamaría amistad. Os busco como siempre os he buscado, en cuanto he tenido alguna empresa que ofreceros o unas horas de libertad que dedicaros.

—¡Ah! ¿De veras? —dijo Aramis sin entusiasmo—. ¿Me buscáis?

—Sí, sí, os busca, amigo Aramis —dijo Porthos—, y la prueba es que me ha alcanzado en Belle-Île. Eso está muy bien, ¿no es verdad?

—¡Ah! —dijo Aramis—. Verdaderamente, en Belle-Île.

—¡Bueno! —dijo D'Artagnan—. He aquí a Porthos que sin pensar en ello ha disparado el primer cañonazo de ataque.

—¡En Belle-Île —murmuró Aramis—, en ese agujero, en ese desierto...!

—Está muy bien, en efecto.

—Y yo soy quien le ha enterado que estabais en Vannes prosiguió Porthos en el mismo tono.

D'Artagnan esbozó en sus labios una sonrisa casi irónica.

—¡Sí tal...! Yo lo sabía, mas he querido ver...

—¿Ver qué?

—Si se mantenía nuestra antigua amistad; si al vernos, por más endurecido que nuestro corazón esté por la edad, dejaba escapar aquel buen grito de satisfacción que saluda la llegada de un amigo.

—Y qué, ¿no estáis satisfecho? —preguntó Aramis.

—Así, así.

—¿Cómo?

—Porthos me ha dicho: «¡Chitón!». Y vos...

—¿Y yo qué?

—Y vos... me habéis dado vuestra bendición.

—¿Qué queréis, querido... mío? —dijo sonriendo Aramis—. Es lo más precioso que tiene un pobre prelado como yo.

—Vamos, mi querido Aramis...

—Indudablemente.

—En Paris se dice, sin embargo, que el obispado de Vannes es uno de los mejores de Francia.

—¡Ah! Queréis hablar de los bienes temporales —exclamó Aramis con aire indiferente.

—Cierto que quiero hablar. Yo los tengo ya.

—En tal caso hablemos de ellos —dijo Aramis.

—Habréis de confesar que sois uno de los prelados más ricos de Francia:

—Amigo mío, puesto que me pedís cuentas, os diré que el obispado de Vannes produce veinte mil libras de renta, ni más ni menos. Es una diócesis que comprende ciento sesenta parroquias.

—Admirable —dijo D'Artagnan.

—Soberbio —dijo Porthos.

—Pero, sin embargo —repuso D'Artagnan, cubriendo a Aramis con su mirada—, ¡no los enterraréis aquí para siempre!

—Querido, no admito la palabra enterrado.

—Pues me parece que a semejante distancia de París, está uno enterrado o poco menos.

—Amigo, me estoy haciendo viejo —dijo Aramis—, y no me gusta el ruido y movimiento de la ciudad. A los cincuenta y siete años debe buscarse la calma y la meditación. Aquí las he encontrado: ¿Qué hay de más admirable y severo al mismo tiempo que esta vieja América? Aquí encuentro, querido D'Artagnan, todo lo contrario de lo que me gustaba en otro tiempo, lo cual es necesario al término de la vida, que es lo contrario del comienzo. Un poco de mis placeres de antaño viene a saludarme de vez en cuando, sin distraerme de mi salvación. Todavía soy de este mundo, y, sin embargo, cada paso que doy me aproximo a Dios.

—Elocuente, sabio, discreto, sois un prelado cumplido, Aramis, y os felicito.

—¡Pero no habréis venido para hacerme cumplidos! —dijo Aramis sonriendo—. Hablad: ¿qué os trae? ¿Seré bastante afortunado para que me necesitéis de un modo cualquiera?

—No, gracias a Dios, amigo —dijo D'Artagnan—; no es nada de eso... Soy rico y libre.

—¿Rico?

—Sí, rico por mí; no por vos ni por Porthos. Tengo una quincena de miles de libras de renta.

Aramis lo miró con aire de duda, pues no podía creer, viendo a su amigo

con aquel aspecto tan humilde, que hubiese hecho fortuna tan crecida.

Viendo D'Artagnan que había llegado la hora de las explicaciones, contó su historia de Inglaterra.

Durante la conversación vio brillar diez veces los ojos y estremecerse otras tantas los afilados dedos del prelado.

En cuanto a Porthos, no era admiración lo que manifestaba hacia D'Artagnan, sino entusiasmo y delirio. Cuando terminó D'Artagnan, dijo Aramis:

—¿Y qué?

—Ya veis —contestó D'Artagnan—, tengo en Inglaterra amigos y propiedades, y un tesoro en Francia. Si el corazón os dice algo, os lo ofrezco todo... Esto es a lo que he venido.

Por segura que fuese su mirada, no pudo sostener en este momento la de Aramis; de modo que inclinó sus ojos sobre Porthos, como hace la espada que cede a una presión poderosa buscando otro camino.

—En todo caso —dijo el obispo—, habéis tomado un vestido extraño de viaje, querido amigo.

—¡Horrible! Ya lo sé; pero comprenderéis que yo no quería viajar ni como caballero ni como señor. Desde que soy rico, soy codicioso.

—¿Y habéis dicho que venís de Belle-Île? —dijo Aramis sin transición.

—Sí —replicó D'Artagnan—, sabía que os había de encontrar allí a Porthos y a vos.

—¿A mí? —murmuró Aramis—. ¡A mí! Un año hace que estoy aquí y ni una sola vez he pasado el mar.

—¡Oh! —dijo D'Artagnan—. No sabía que fueseis tan casero.

—¡Ah! Querido amigo, ¿habrá que deciros que ya no soy el hombre otros tiempos? El caballo me incomoda y el mar me fatiga; soy un pobre sacerdote achacoso, quejándome siempre, gruñendo siempre e inclinado a las austeridades, que me parecen acomodamientos con la ancianidad y conferencias con la muerte. No hago más que residir aquí, mi amigo D'Artagnan.

—Pues bien, tanto mejor, porque probablemente vamos a ser vecinos.

—¡Bah! —dijo Aramis, no sin alguna sorpresa, que tampoco pretendió disimular—. ¡Vos, mi vecino!

—¡Sí, Dios Santo, sí!

—¿Cómo es eso?

—Voy a comprar unas salinas muy productivas que están situadas entre el Piriac y el Croisic. ¡Figuraos, amigo, que es una explotación de doce por ciento de renta limpia! Nunca hay que hacer gastos inútiles, pues el Océano, fiel y regular, trae cada seis horas su contingente a mi caja. Soy el primer parisiense que haya imaginado tal especulación; y no torzáis el gesto, que antes de mucho partiremos. Tendré tres leguas de país por treinta mil libras.

Aramis dirigió una mirada a Porthos, como para preguntarle si todo aquello era verdad, y si no se ocultaba algún lazo bajo aquel exterior de indiferencia: Mas, avergonzado de consultar a tan pobre auxiliar, reunió todas sus fuerzas para un nuevo asalto o para una nueva defensa.

—Me habían asegurado —continuó— que tuvisteis cierto altercado con la Corte; pero que habíais salido, como salís de todo, querido D'Artagnan, con los honores de la guerra.

—¿Yo? —dijo el mosquetero con una carcajada insuficiente para ocultar su embarazo; porque al oír estas palabras de Aramis, podía creerlo instruido en sus últimas relaciones con el rey—. ¿Yo? ¡Ah! Contadme eso, amigo Aramis.

—Sí, me habían contado a mí, pobre obispo perdido en medio de los páramos, que el rey os había tomado por confidente de sus amores.

—¿Con quién?

—Con la señorita Mancini.

D'Artagnan respiró.

—¡Ah! No digo que no —replicó.

—Parece que una mañana os llevó el rey más allá del puente de Blois para charlar con su querida.

—Es cierto —dijo D'Artagnan—. ¡Ah! ¿Sabéis eso? Entonces, también debéis saber que aquel mismo día presenté mi dimisión.

—¿Sincera?

—¡Ah! No pudo ser más.

—Y entonces fuisteis a casa del conde de la Fère.

—Sí.

—Y a mi casa también.

—Y a casa de Porthos.

—Sí.

—¿Y era para una simple visita? —dijo Aramis.

—¡No! Yo no sabía que estuviéseris ocupados, y quería llevaros a Inglaterra.

—Sí, entiendo; y entonces ejecutasteis solo, hombre maravilloso, lo que queríais, proponernos que ejecutásemos los cuatro. Ya presumí que para algo entraríais en esa hermosa restauración, cuando me enteré de que os habían visto en das recepciones del rey Carlos, que os hablaba como a un amigo, o más bien como un obligado.

—Pero ¿cómo diantre habéis sabido todo eso? —preguntó, D'Artagnan, que temía que las investigaciones de Aramis fuesen más lejos de lo que le acomodaba.

—Amigo D'Artagnan —dijo el prelado—, mi amistad se parece un poco a la soledad de ese vigilante nocturno que tenemos en la torrecilla del extremo del muelle. Ese buen, hombre enciende todas las noches una linterna para alumbrar a las barcas que vienen del mar. Está oculto en su garita y los pescadores no lo ven, pero él los sigue con interés, los adivina, los llama y los atrae a la entrada del puerto. Yo me parezco a ese vigilante; de vez en cuando recibo noticias y me despiertan un recuerdo de todo lo que yo amaba; entonces sigo a los amigos de otro tiempo por la mar borrascosa del mundo, yo, pobre vigilante, a quien el cielo ha tenido a bien dar el abrigo de una garita.

—¿Y qué he hecho después de estar en Inglaterra? —preguntó D'Artagnan.

—¡Ah! Nada sé después de eso —dijo Aramis—. Mis ojos se han turbado, he sentido que ya no pensaseis en mí, he llorado vuestro olvido. Hacía mal; os vuelvo a ver, y esto es para mí una gran fiesta, os lo juro.

Hizo una pausa, y luego prosiguió:

—¿Cómo está Athos?

—Muy bien, gracias.

—¿Y el joven pupilo?

—¿Raúl?

—Sí.

—Ha heredado la destreza de su padre Athos y la fuerza de su tutor Porthos.

—¿Cuándo pudisteis juzgar eso?

—La víspera misma de mi salida de París.

—¿Cómo?

—Había ejecución en la Grève, y a consecuencia de esta ejecución hubo tumulto. Nosotros nos hallamos en él, y fue necesario sacar la espada.

—¿Y qué hizo? —dijo Porthos.

—Primero tiró a un hombre por la ventana, como si fuera un saco de algodón.

—¡Oh! ¡Muy bien! —exclamó Porthos.

—Después desenvainó y comenzó a dar estocadas, como hacíamos nosotros en nuestros mejores tiempos.

—¿Y por qué hubo ese tumulto? —preguntó Porthos.

D'Artagnan notó en el rostro de Aramis extremada indiferencia al oír esta pregunta.

—Se dice —contestó mirando a Aramis— que eran dos contratistas a quienes Su Majestad hacía ahorcar; dos amigos del señor Fouquet.

Un ligero fruncimiento de cejas del prelado apenas indicó que hubiese oído.

—¡Oh, oh! —exclamó Porthos—. Y ¿cómo llamaban a esos amigos del señor Fouquet?

—El señor de Eymeris y el señor Lyodot —dijo D'Artagnan—. ¿Conocéis esos nombres, Aramis?

—No —dijo desdeñosamente el obispo—, pero esos nombres parecen de banqueros.

—Justamente.

—¡Oh! ¿El señor Fouquet ha dejado ahorcar a sus amigos? —murmuró Porthos.

—¿Y por qué no? —dijo Aramis. Es que me parece...

—Si han ahorcado a esos desgraciados, sería orden del rey; y creo que porque el señor Fouquet sea superintendente de Hacienda, no por eso tiene derecho de vida y muerte.

—Es igual —dijo Porthos—, en la posición del señor Fouquet... Aramis comprendió que Porthos iba a decir alguna tontería y cortó la conversación:

—Vaya, amigo D'Artagnan —dijo—, ya hemos hablado bastante de los demás; hablemos un poco de vos.

—Ya sabéis de mí todo lo que puedo deciros; hablemos, por el contrario,

de vos.

—Ya os he dicho, querido; ya no soy Aramis.

—¿Ni siquiera el abate de Herblay?

—Ni eso. Aquí veis a un hombre a quien la Providencia ha tomado por la mano, y a quien ha conducido a una posición que ni debía ni se atrevía a esperar.

—¿Dios? —interrogó D'Artagnan.

—Sí.

—¡Pues es singular! Me habían dicho que era el señor Fouquet.

—¿Quién os dijo eso? —dijo Aramis sin que todo el poder de su voluntad pudiese impedir que un ligero rubor colorease sus mejillas.

—¡Toma! Bazin.

—¡Tonto!

—No afirmo yo que sea hombre de genio, es verdad; pero me lo ha dicho y a él me refiero.

—Nunca he visto yo al señor Fouquet —respondió Aramis con una mirada tan tranquila y tan pura como la de una virgen que nunca miente.

—Pero, aun cuando lo hubieseis visto —respondió D'Artagnan—, y aun conocido, no habría mal alguno en ello; es un hombre bien plantado el señor Fouquet.

—¡Ah!

—Un gran político.

Aramis hizo un gesto de indiferencia.

—Un ministro todopoderoso.

—Yo sólo dependo del rey y del Papa.

—¡Diablo! Escuchad —dijo D'Artagnan con el tono más cándido—; os digo esto porque aquí todo el mundo jura por el señor Fouquet. La llanura es del señor Fouquet; las satinas que yo compre serán del señor Fouquet; la isla en que Porthos se ha hecho topógrafo es del señor Fouquet; la guarnición es del señor Fouquet, y las galeras son del señor Fouquet. Declaro que nada me hubiera sorprendido vuestra infeudación, o más bien la de vuestra diócesis en el señor Fouquet. Es un señor diferente del rey, y eso es todo; pero tan poderoso como un rey.

—Gracias a Dios, yo no estoy infeudado en nadie, ni pertenezco a nadie —

respondió Aramis, que durante esta conversación seguía con la vista cada gesto de D'Artagnan y cada mirada de Porthos.

Pero D'Artagnan estaba impasible y Porthos inmóvil; los golpes, tirados hábilmente, eran parados por adversarios hábiles también.

No obstante, todos sentían la fatiga de semejante lucha, y el anuncio de la comida fue recibido bien por todo el mundo.

La comida cambió el curso de la conversación, porque todos comprendieron que, estando prevenidos, ni unos ni otros sacarían ventajas. Porthos no había comprendido absolutamente nada, y habíase quedado inmóvil porque Aramis le había hecho señas de que no se moviese, de modo que la comida no fue para él más que la comida; pero era bastante para Porthos.

D'Artagnan tuvo gran alegría. Aramis se excedió a sí propio en dulce afabilidad.

Porthos comió muchísimo.

Se charló de guerra y finanzas, de artes y de amores.

Aramis fingía sorpresa a cada palabra de política que arriesgaba D'Artagnan. Esta serie de sorpresas aumentó la desconfianza de D'Artagnan, como la eterna indiferencia de D'Artagnan provocaba la desconfianza de Aramis.

Finalmente, D'Artagnan dejó caer de intento el nombre de Colbert, golpe que había reservado para lo último.

—¿Quién es Colbert? —preguntó el prelado.

D'Artagnan dio sobre Colbert todas las noticias que podía desear Aramis. La comida, más bien la conversación, prolongóse hasta la una de la mañana entre D'Artagnan y Aramis.

A las diez ya se había dormido Porthos en su silla y roncaba estrepitosamente.

A las doce lo despertaron y enviaron a la cama.

—¡Hum! —dijo—. Me parece que me he traspuesto, no obstante ser muy interesante lo que estabais diciendo.

A la una condujo Aramis al mosquetero a la habitación que le estaba destinada, y que era la mejor del palacio episcopal.

Dos criados fueron puestos a sus órdenes.

—Mañana, a las ocho —dijo despidiéndose de D'Artagnan—, daremos, si

gustáis, un paseo a caballo con Porthos.

—¿A las ocho? —dijo D'Artagnan—. ¿Tan tarde?

—No ignoráis que me son necesarias siete horas de sueño —dijo Aramis.

—Es justo.

—Buenas noches, amigo mío.

Y abrazó al mosquetero cordialmente.

D'Artagnan le dejó marchar.

—¡Bueno! —dijo cuando la puerta se cerró—, a las cinco me levantaré.

Después de tomar esta resolución se acostó tranquilamente.

Capítulo LXXII

Porthos comienza a enojarse por haber ido con D'Artagnan

Apenas había apagado D'Artagnan su bujía, cuando Aramis, que acechaba a través de las cortinas el último suspiro de la luz del aposento de su amigo, atravesó el corredor de puntillas y pasó a la habitación de Porthos.

El gigante, acostado hacía hora y media o poco menos, se daba importancia sobre el cubrepíes. Estaba en aquella calma feliz del primer sueño que en Porthos, resistía al ruido de las campanas y del cañón; su cabeza fluctuaba en ese dulce balanceo que recuerda el muelle movimiento de un navío. Un minuto después iba a soñar Porthos.

La puerta de su cuarto se abrió dulcemente bajo la delicada presión de la mano de Aramis:

—El obispo se acercó al durmiente. Una alfombra espesa apagaba el ruido de sus pasos; además, Porthos roncaba como para sofocar cualquier otro ruido.

Púsole una mano sobre el hombro.

—¡Vamos —dijo—, mi querido Porthos!

La voz de Aramis era dulce y afectuosa, pero encerraba, más que un ruego, una orden; su mano era ligera, pero indicaba algún peligro.

Porthos oyó la voz y sintió la mano de Aramis en lo profundo de su sueño.

Y estremeciöse.

—¿Quién va? —dijo con voz de gigante:

—¡Silencio!

—Soy yo —dijo Aramis.

—¿Vos, amigo? ¿Y por qué diablos me despertáis?

—Para deciros que es menester marchar.

—¿Marchar?

—Ciertamente.

—¿A dónde?

—A París.

Porthos saltó en la cama, y cayó sentado fijando en Aramis sus asombrados ojos.

—¿A París?

—Sí.

—¿Cien leguas? —preguntó.

—Ciento cuatro —respondió el obispo.

—¡Ah! Dios mío —suspiró Porthos volviendo a acostarse, como uno de esos niños que luchan con su aya para lograr una o dos horas más de sueño.

—Treinta horas de caballo —añadió resueltamente Aramis—. Ya sabéis que hay excelentes puestos de refresco.

Porthos movió una pierna y dejó escapar un gemido.

—¡Vamos! ¡Vamos; querido! insistió el prelado con una especie de impaciencia.

Porthos sacó la otra pierna del lecho.

—¿Y es absolutamente preciso que vaya yo? —dijo.

—De toda precisión.

Porthos se incorporó sobre sus piernas y comenzó a hacer temblar el pavimento y las paredes con su paso ciclópeo.

—¡Silencio! ¡Por Dios, querido Porthos! —dijo Aramis—. Vais a despertar a alguien.

—¡Ah! Es verdad —contestó Porthos con atina voz de trueno—; lo olvidaba, pero tranquilizaos.

Y al decir estas palabras dejó caer un cinturón cargado con la espada, las pistolas y una bolsa, cuyos escudos escaparon con ruido vibrante y

prolongado.

—¡Qué raro es esto! —dijo con la misma voz.

—¡Más bajo, Porthos!

—Es verdad.

Y, en efecto, bajó la voz en semitono.

—Decía, pues —prosiguió Porthos—; que es cosa rara que nunca esté uno más pesado que cuando quiere ser ligero, ni más alborotador que cuando quiere ser silencioso.

—Es verdad; pero hagamos mentir al proverbio, Porthos; démonos prisa y callemos.

—Ya veis que hago cuanto puedo —dijo Porthos poniéndose las botas.

—Perfectamente.

—¡Parece que la cosa urge!

—Es más que urgente, es grave, Porthos.

—¡Oh! ¡Oh!

—D'Artagnan os ha interrogado, ¿no es cierto?

—¿A mí?

—Sí, en Belle-Île.

—Nada absolutamente.

—¿Estáis seguro, Porthos? ¡Diantre!

—Es imposible, acordaos bien.

—Me preguntó qué hacía allí, y le dije que topografía. Hubiera querido decirle otra palabra de que os servisteis cierto día.

—La castrametación.

—Eso es, pero nunca he podido acordarme.

—Mejor. ¿Qué más os ha preguntado?

—Quién era el señor Gétard.

—¿Nada más?

—Quién era el señor Jupenet.

—¿No ha visto, por casualidad, nuestro plano de fortificaciones?

—Sí, tal.

—¡Ah! ¡Demonio!

—Pero, perded cuidado; yo había borrado vuestra letra con goma, y era imposible suponer que hubierais querido darme algún aviso sobre los trabajos.

—Es que nuestro amigo tiene muy buenos ojos.

—¿Pues qué teméis?

—Temo que se haya descubierto todo, Porthos; se trata de prevenir una gran desgracia.

He dado orden a mis gentes de que cierren todas las puertas, y no dejarán salir a D'Artagnan antes del día. Vuestro caballo está preparado, y antes de las cinco de la mañana habréis andado quince leguas. Venid.

Entonces Aramis comenzó a vestir a Porthos pieza por pieza, con tanta celeridad como lo hubiese hecho el más hábil ayuda de cámara.

Porthos, mitad confuso, mitad aturdido; se dejaba vestir y se confundía en excusas.

Cuando estuvo dispuesto; lo sujetó Aramis de la mano y lo guio, haciéndole poner, con precaución el pie sobre cada peldaño de la escalera, impidiéndole que se agarrase a las puertas y llevándolo; como si él fuera el gigante y Porthos el enano.

En efecto, un caballo ensillado aguardaba en el patio; Porthos montó en él.

Entonces tomó Aramis el caballo por la brida y guiole sobre el estiércol; esparcido en el patio con intención de apagar el ruido; al mismo tiempo le pellizcaba en las narices para que no relinchase.

Ya en la sala exterior, Aramis detuvo a Porthos, que iba a partir sin preguntar siquiera para qué, y le dijo:

—Ahora, amigo Porthos, a París sin parar un minuto; comed a caballo, bebed a caballo; pero no perdáis un momento.

—Está dicho, no me detendré.

—Esta carta para el señor Fouquet; cueste lo que cueste es menester que la tenga mañana antes de mediodía.

—La tendrá.

—Y pensad en una cosa, querido.

—¿En cuál?

—En que corréis tras de vuestro diploma de duque y de par.

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró Porthos con los ojos brillantes—. En ese caso iré

en veinticuatro horas.

—Procurad hacerlo.

—¡Pues soltad la brida, y adelante, Goliat!

Aramis, soltó en efecto, no la brida, sino las narices del caballo. Porthos bajó la mano, picó en los ijares y el animal, furioso, salió volando.

Aramis siguió con los ojos a Porthos mientras pudo, y entró en el patio cuando lo hubo perdido de vista.

Aramis cerró la puerta con cuidado, mandó al lacayo que se acostase, y él mismo se metió en la cama.

D'Artagnan nada sospechaba, de modo que creyó haberlo ganado todo cuando despertó a las cuatro y media de la mañana.

Y corrió en camisa a mirar por la ventana que daba al patio.

El sol salía.

El patio estaba desierto, y ni aun las gallinas habían abandonado sus pértigas:

No se veía un solo criado y todas las puertas estaban cerradas.

«¡Bueno! Calma perfecta —pensó D'Artagnan—; soy el primero que despierto en la casa; vamos, a vestirnos».

Pero esta vez estudió la manera de no dar al traje del señor Agnan aquella rigidez civil y casi eclesiástica que antes simulaba; por el contrario, apretándose más y abotonándose de cierta manera, supo dar a su persona un poco de aspecto militar, cuya ausencia tanto había asustado a Aramis.

Hecho esto, y sin usar o aparentar usar de cumplimientos para con su amigo, se entró de improviso en su habitación.

Aramis dormía o fingía dormir. Un libro estaba abierto en su pupitre de noche y aun ardía la bujía en la palmatoria. Esto era más de lo preciso para probar a más la inocencia de la noche del prelado y las buenas intenciones de su despertar.

Nuestro hombre hizo precisamente con el obispo lo que el obispo había hecho con Porthos.

Le dio un golpe en el hombro. Aramis fingía dormir, porque en vez de despertarse de pronto, él, que tan ligero tenía el sueño, se hizo reiterar la advertencia.

—¡Ah! ¡Ah! Sois vos —exclamó estirando los brazos—. ¡Qué grata sorpresa! En verdad que el sueño me había hecho olvidar que tuviese la dicha

de poseeros. ¿Qué hora es?

—No sé —contestó D'Artagnan algo cortado—, temprana, según creo; pero ya sabéis que aún me dura esa maldita costumbre militar de despertarme con el día.

—¿Queréis acaso que salgamos ya? —preguntó Aramis—. Me parece muy de mañana.

—Será como gustéis:

—Creía que estábamos convenidos en montar a caballo a las ocho. Es posible, pero yo tenía tantas ganas de veros, que me he dicho: «cuanto más pronto, mejor».

—¿Y mis siete horas de sueño? —dijo Aramis.

—En otro tiempo erais menos dormilón que ahora; teníais la sangre más viva y jamás se os encontraba en la cama.

—Justamente, a causa de lo que me decís me place ahora hacer esto. ¿De modo que confesáis que no ha sido por dormir por lo que me habéis citado a las ocho?

—Siempre temo que os burléis de mí, si digo la verdad.

—No tengáis cuidado.

—Pues bien, desde las seis a las ocho acostumbro hacer mis devociones.

—¿Vuestras devociones?

—Sí:

—No creí que un obispo tuviese ejercicios tan severos.

—Querido, un obispo tiene que conceder más a las apariencias que un simple clérigo.

—¡Pardiez! ¡Esa palabra me reconcilia con vos! ¡Apariencias! ¡Es una palabra de mosquetero! ¡Vivan las apariencias!

—Perdonadme, en vez de felicitarme, D'Artagnan; es una palabra muy mundana la que he dejado escapar.

—¿Es necesario que os deje?

—Tengo necesidad de recogimiento, querido amigo.

—Bueno, os dejo; mas a causa de este pagano que se llama D'Artagnan, os suplico que abreviéis... Tengo sed de vuestra palabra.

—Bien; os aseguro que dentro de hora y media...

—¿Hora y media de devoción? ¡Ah! Ahorradme todo lo posible. Aramis se echó a reír, y dijo:

—Siempre contento, siempre joven. Creo que habéis venido a mi diócesis a indisponerme con la gracia.

—¡Bah!

—Bien sabéis que nunca he resistido a vuestras tentaciones; me costaréis la salvación, D'Artagnan.

D'Artagnan se mordió los labios.

—Vamos —dijo—, tomo por mi cuenta el pecado; ensartad ahí un Pater noster y la señal de la cruz, y marchemos.

—¡Silencio! —dijo Aramis—. Ya no permanecemos solos, y siento pasos de gente extraña que sube.

—Pues despedidla.

—Imposible, les cité ayer; es el rector del Colegio de jesuitas y el superior de los dominicos.

—Vuestro Estado Mayor:

—¿Qué vais a hacer?

—Voy a despertar a Porthos y esperar con él a que acabéis vuestras conferencias.

Aramis no se movió, ni pestañeó; ni precipitó su gesto ni su palabra.

—Id —dijo.

D'Artagnan adelantóse. Hacia la puerta.

—A propósito. ¿Sabéis el cuarto de Porthos?

—Ya preguntaré.

Seguid el pasillo y abrid la segunda puerta a la izquierda.

—¡Gracias! Hasta luego.

Y se marchó en la dirección indicada por Aramis.

Pero volvió antes de haber pasado diez minutos.

Aramis permanecía sentado entre el superior de los dominicos y el rector de los jesuitas; en la misma situación que lo encontrara tiempos atrás en la posada de Crevecoeur.

Esta compañía no asustó al mosquetero.

—¿Qué sucede? —dijo tranquilamente Aramis—. Me parece que tenéis algo que decirme.

—Es —respondió D'Artagnan mirándolo— que Porthos no se encuentra en su cuarto.

—¡Cómo! —replicó Aramis con calma—.

—¿Estáis seguro?

—¡Pardiez! Vengo de allí.

—Pues, ¿dónde estará?

—Eso os pregunto.

—¿Y no os habéis informado?

—Sí tal.

—¿Y qué os han dicho?

—Que habría salido, seguramente, pues tenía costumbre de hacerlo sin avisar.

—¿Y entonces qué habéis hecho?

—He ido a la cuadra —respondió D'Artagnan.

—¿Para qué?

—Para ver si había salido a caballo.

—¿Y qué? —interrogó el prelado.

—Que falta un caballo, el número 5, Goliat.

Este diálogo no estaba exento de afectación por parte del mosquetero y de cierta complacencia por parte de Aramis.

—¡Oh! Ya sé lo que es —dijo Aramis, después de haber pensado un instante—. Porthos ha salido para darnos una sorpresa.

—¡Una sorpresa!

—Sí; el canal que va de Vannes al mar está lleno de cercetas y besugos, que es la pesca, favorita de Porthos. Nos traerá una docena para el almuerzo.

—¿Eso creéis? —preguntó D'Artagnan.

—Estoy seguro. ¿Dónde queréis que haya ido?

—Es posible —dijo D'Artagnan:

—Haced una cosa, amigo; montad a caballo y buscadlo.

—Tenéis razón —dijo D'Artagnan—, voy a ello.

—¿Deseáis que os acompañen?

—No, gracias; ya me darán señas.

—Toma un arcabuz.

—Gracias.

—Y ordenad que os ensillen el caballo que gustéis.

—El que montaba ayer al venir de Belle-Île.

—Bien, usad de la casa como vuestra.

Aramis llamó y ordenó que ensillaran el caballo que escogiese el señor D'Artagnan.

Éste siguió al doméstico encargado de la ejecución de la orden. El doméstico detúvose en la puerta para dejar pasar a D'Artagnan. En este momento se encontraron sus ojos con los de su amo. Un fruncimiento de cejas hizo conocer al inteligente criado que diese a D'Artagnan lo que quería.

D'Artagnan montó a caballo y Aramis oyó el ruido de las herraduras sobre las piedras.

Un momento después entró el doméstico.

—¿Y qué? —preguntó el obispo.

—Monseñor, sigue el canal en dirección al mar.

—Bien —dijo Aramis.

Libre D'Artagnan de toda duda, corría hacia el Océano, esperando ver a cada instante en la playa la sombra colosal de su amigo Porthos.

D'Artagnan obstinábase en reconocer pasos del caballo en todas partes.

A veces se figuraba oír la detonación de un arma de fuego.

Esta ilusión duró como tres horas. En las dos primeras buscó a Porthos. Y en la otra volvió a casa.

—Nos habremos cruzado —dijo—, y voy a encontrar a los dos esperando mi regreso.

Se engañaba D'Artagnan, pues así, encontró a Porthos en el obispado como a orillas del canal.

Aramis le esperaba en la puerta de la escalera con cara malhumorada.

—¿No os han alcanzado, querido D'Artagnan? —gritó desde lejos en cuanto vio al mosquetero.

—No. ¿Habéis enviado tras de mí?

—Sí, querido amigo, disgustado por haberos hecho correr en vano; pero a eso de las siete vino el limosnero de San Paterno, que encontró a Du Vallon que se marchaba. No queriendo despertar a nadie, le encargó me dijera que temiendo que el señor Gétard le jugase una mala pasada en su ausencia, aprovechaba la marea de la mañana para volver a Belle-Île.

—Mas, decidme: Goliat no habrá atravesado las cuatro leguas del mar.

—Son seis leguas —dijo Aramis.

—Pues con más motivo.

—Así es, querido —dijo el prelado con dulce sonrisa—, que Goliat está en la cuadra, y aseguro que muy satisfecho de no tener a Porthos sobre el lomo.

Efectivamente, el caballo había vuelto desde el primer descanso por los cuidadores del prelado, a quien no se le escapaba ningún detalle.

D'Artagnan pareció muy satisfecho de la explicación:

Empezaba un papel de disimulo que convenía, perfectamente a las sospechas que cada vez se fijaban más en su ánimo.

Luego, almorzó entre el jesuita y Aramis, teniendo al padre dominico enfrente, a quien sonreía con particularidad.

La comida fue larga y succulenta: vino generoso de España, ostras de Morbihan, pescados exquisitos de la embocadura del Loira, enormes cercetas de Paimboeuf y caza delicada del contorno.

D'Artagnan comió con apetito y bebió poco.

Aramis no bebió nada, y si bebió, fue agua.

Cuando concluyeron el almuerzo, dijo D'Artagnan al obispo:

—¿No me habéis ofrecido un arcabuz?

—Sí.

—Prestádmelo.

—¿Deseáis cazar?

—¿Puedo hacer nada mejor esperando a Porthos?

—Coged el que gustéis en la sala de armas.

—¿Venís conmigo?

—¡Ah! Querido amigo, tendría un gran placer; pero la caza está prohibida a los obispos.

—¡Ah! —dijo D'Artagnan—. Lo ignoraba.

—Además —continuó Aramis—, tengo que hacer hasta mediodía.

—¿Conque iré solo? —preguntó D'Artagnan.

—Sí, pero volved a la hora de comer.

—¡Pardiez! Se come demasiado bien en vuestra casa para que no vuelva.

Luego saludó a los convidados y tomó el arcabuz; pero, en vez de cazar, corrió de echo al puerto de Vannes.

Miró atrás por si lo seguían, más no vio a nadie.

Y era verdad que nadie lo seguía; pero un hermano jesuita, colocado en lo alto del campanario de su iglesia y valiéndose de un anteojo, no había perdido desde por la mañana ni uno solo de sus pasos.

—A las once y media ya sabía Aramis que D'Artagnan fletaba a las once un barco pesquero y que bogaba hacia Belle-Île.

El viaje de D'Artagnan fue rápido, pues empujaba su embarcación con buen viento Nordeste.

Mientras se acercaba, sus ojos interrogaban la costa, queriendo ver en la ribera o por encima de las fortificaciones el brillante vestido de Porthos y su enorme estatura destacándose sobre un cielo ligeramente nebuloso.

Pero todo fue inútil; desembarcó sin haber visto nada y supo del primer soldado a quien preguntó, que el señor Du Vallon todavía no había vuelto de Vannes.

Entonces, sin perder un instante, ordenó D'Artagnan a su barca que volviera a Sarzeau.

Sabido es que el viento varía en las diversas horas de la mañana; de modo que, habiendo pasado de Nordeste a Sudeste, era tan bueno para volver a Sarzeau como lo había sido para el viaje de Belle-Île. En tres horas tocó D'Artagnan el continente y otras dos le bastaron para llegar a Vannes.

No obstante la rapidez de la carrera, lo que D'Artagnan devoró de impaciencia y de despecho durante la travesía, sólo el puente del buque, sobre el cual pateó tres horas, pudiera contarle a la historia.

El mosquetero dio un salto desde el muelle en que desembarcó, al palacio episcopal.

Contaba con aterrar a Aramis por la prontitud de su vuelta, y quería echarle en cara su duplicidad con reserva, mas con bastante ingenio para hacerle sentir todas las consecuencias arrancándole una parte de su secreto.

Confiaba, por último, gracias a esa viveza de expresión, que es a los misterios lo que una carga a la bayoneta a los reductos, conducir al misterioso Aramis a una manifestación cualquiera.

Pero en el vestíbulo del palacio halló al ayuda de cámara que le cerraba el paso, sonriéndole con arrebató.

—¿Y Su Ilustrísima? —exclamó D'Artagnan apartándolo con la mano.

—¿Su Ilustrísima? —dijo recobrando su aplomo, perdido por el empuje de D'Artagnan.

—Sin duda, ¿no me conoces acaso, necio?

—Sí tal; sois el caballero de D'Artagnan.

—Entonces, déjame pasar.

—Es inútil.

—¿Por qué?

—Porque no está en casa.

—¿Cómo! ¡No está en casa! Pues, ¿dónde está?

—Ha marchado.

—¿A dónde?

—No lo sé; pero tal vez se lo diga al señor caballero.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿De qué modo?

—En esta epístola que para vos me ha entregado.

Y el ayuda de cámara sacó una carta del bolsillo.

—¡Dámela, belitre! —dijo D'Artagnan arrancándosela de las manos—. ¡Oh! Sí, lo comprendo —continuó a la primera línea.

Y leyó a media voz:

Amigo,

Un negocio urgentísimo me llama a una de las parroquias de mi diócesis. Esperaba veros antes de marchar; mas pierdo la esperanza, pensando que estaréis dos o tres días en Belle-Île con nuestro amigo.

Adiós, querido; creed que siento mucho no haberme aprovechado mejor y más largo tiempo de vuestra compañía.

—¡Voto a bríos! —exclamó D'Artagnan—. He sido burlado. ¡Ah! ¡Pécora, bruto y tres veces tonto! ¡Oh! ¡Engañado como un mono a quien se: da una nuez vacía!

Y sacudiendo una puñada en el hocico siempre risueño del ayuda de cámara, se lanzó fuera del palacio episcopal.

Por muy buen trotador que fuera Furet, no estaba a la altura de las circunstancias.

D'Artagnan llegó a la casa de postas y escogió un caballo, al que hizo ver con unas buenas espuelas y una mano suave, que no son los ciervos los corredores más ágiles de la creación.

Capítulo LXXIII

Donde D'Artagnan corre, Porthos ronca y Aramis aconseja

Treinta o treinta y cinco horas después de los acontecimientos que acabamos de referir, y cuando el señor Fouquet, según su costumbre; se había encerrado a laborar en aquel gabinete de su casa de Saint Mandé que ya conocemos, una carroza, tirada por cuatro caballos bañados en sudor, entraba al galope en el patio.

Aquella carroza era probablemente esperada; porque tres o cuatro lacayos se precipitaron a la portezuela y la abrieron. Mientras el señor Fouquet se levantaba de su bufete y corría a la ventana, un hombre salía penosamente de la carroza, bajando con dificultad los tres escalones del estribo y apoyándose en el hombro de los lacayos.

Apenas dijo su nombre, el lacayo sobre quien se apoyaba se lanzó hacia la escalinata y desapareció en el vestíbulo.

Este hombre iba a avisar a su amo; mas no tuvo necesidad de llamar a la puerta, Fouquet estaba de pie en el umbral.

—Su Ilustrísima el obispo de Vannes —dijo el lacayo.

—¡Bien! —respondió Fouquet.

E inclinándose sobre la barandilla de la escalera, cuyos primeros peldaños empezaba a subir Aramis:

—¿Vos, querido amigo —dijo—, tan pronto?

—Sí, yo mismo; más molido y estropeado, como veis.

—¡Oh! Pobre amigo mío —dijo Fouquet presentándole su brazo, sobre el cual se apoyaba Aramis, en tanto que los servidores se apartaban con respeto.

—¡Bah! —respondió Aramis—. Esto no es nada; lo principal era llegar, y

he llegado.

—Hablad pronto —dijo Fouquet, cerrando la puerta del gabinete. ¿Permanecemos solos?

—Completamente solos.

—¿No puede escucharnos nadie? ¿No puede oírnos alguno?

—Estad tranquilo.

—¿Ha llegado el señor Du Vallon?

—Ha llegado.

—¿Y habéis recibido mi carta?

—Sí; el asunto es grave, a lo que parece, puesto que necesita vuestra presencia en París en un momento tan crítico allá.

—Es verdad; no puede ser más grave.

—Gracias, gracias. ¿De qué se trata?

—Pero, por Dios, respirad antes de todo, querido amigo; estáis pálido.

—Padezco, en efecto; pero, por favor, no os cuidéis de mí. ¿El señor Du Vallon no os ha dicho nada al entregaros la carta?

—No; oí un gran ruido, me asomé a la ventana, y vi una especie de caballero de mármol; bajé, me tendió la carta, y cayó muerto su caballo.

—Pero ¿y él?

—El también cayó con el caballo, y lo levantaron para conducirlo a las habitaciones; leí la carta y he querido subir a fin de tener noticias más extensas; pero estaba dormido de tal manera, que no ha sido posible despertarlo. Tuve lástima de él y mandé que le quitasen las espuelas y le dejasen tranquilo.

—Bien; oíd ahora de lo que se trata, señor: Habéis visto al señor de D'Artagnan en París, ¿no es verdad?

—Ciertamente; y es un hombre de talento y aun de corazón; por más que haya hecho matar a nuestros dos amigos Lyodot y Eymeris.

—¡Ah! Sí, ya lo sé; he encontrado en Tours el correo que llevaba la carta de Gourville y los despachos de Pelisson. ¿Habéis reflexionado bien este acontecimiento, señor?

—Sí.

—¿Y habéis comprendido que era un ataque directo a vos?

—¿Eso creéis?

—¡Oh! Sí, lo creo.

—Pues bien, lo diré: también me había ocurrido esa idea sombría.

—No os ceguéis, señor, en nombre del Cielo; escuchadme; vuelvo al señor D'Artagnan.

—Hablad.

—¿En qué circunstancias le habéis visto?

—Vino a buscar dinero.

—¿Con qué orden?

—Con un libramiento del rey.

—¿Directo?

Firmado por Su Majestad. Pues bien, D'Artagnan ha ido a Belle-Île disfrazado; pasaba por mayordomo encargado de comprar salinas para su amo. Pero D'Artagnan no tiene más amo que el rey; iba enviado por él y vio a Porthos.

—¿Quién es Porthos?

—Perdón, me he equivocado; vio al señor Du Vallon en Belle-Île, y sabe que está fortificada.

—¿Y creéis que el rey le habrá enviado? —dijo Fouquet pensativo.

—Indudablemente.

—Y D'Artagnan en manos del rey; ¿es un instrumento peligroso?

—El más peligroso de todos.

—Así lo juzgué a primera vista. ¿Cómo es eso?

—Quise atraérmelo.

—Si juzgasteis que es el hombre más intrépido de Francia, el más listo y el más sagaz, juzgasteis bien.

—¡Hay que tenerlo a toda costa!

—¿A D'Artagnan?

—¿No es vuestro parecer?

—Es mi parecer; mas no lo tendréis.

—¿Por qué?

—Porque hemos dejado pasar el tiempo; estaba indispuesto con la Corte, y era necesario haberse aprovechado de esta indisposición; después ha pasado a Inglaterra, donde ha contribuido poderosamente a la restauración, ha ganado una fortuna, y, por último, ha entrado al servicio del rey. Pues bien, si ha entrado al servicio del rey, es porque le han pagado bien.

—Le pagaremos mejor, y asunto concluido.

—¡Oh! D'Artagnan tiene palabra, y una vez empeñada permanece donde está.

—¿Y qué deducís de eso? —dijo Fouquet.

—Que por el momento se trata de parar un golpe terrible.

—¿Y cómo lo pararéis?

—D'Artagnan ha de venir a dar cuenta de su misión al rey.

—¡Oh! Tenemos tiempo para pensar.

—¿Cómo es eso?

—Me parece que traeréis buena delantera.

—Diez horas, poco más o menos.

—Bien, en diez horas... —Aramis movió su pálida, cabeza—. ¿Veis esas nubes que corren por el firmamento, y esos golondrinos que hienden el aire? Pues D'Artagnan va más deprisa que la nube y que el pájaro; D'Artagnan es el viento que los arrastra.

—¡Vamos!

—Os aseguro que ese hombre tiene algo de sobrehumano, señor: es de mi edad, y lo conozco hace treinta y cinco años.

—Bien, ¿y qué?

—Oíd mi cálculo, señor; yo os envié al señor Du Vallon a las dos de la mañana y me llevaba ocho horas de delantera. ¿Cuándo llegó el señor Du Vallon?

—A las cuatro aproximadamente. Ya veis que he ganado cuatro horas, a pesar de que Porthos es un jinete duro, que ha matado ocho caballos en el camino y cuyos cadáveres he hallado. Yo he corrido la costa cincuenta leguas, pero tengo gota, mal de piedra, ¡qué sé yo! De suerte que me mata la fatiga. He tenido que pararme en Tours, y, rodando después en una carrozas casi muerto, al galope de cuatro caballos furiosos, he llegado ganando cuatro horas a Porthos; pero ya veis, D'Artagnan no pesa lo que Porthos: Aquél no tiene ni gota ni piedra, como yo, ni es un jinete, sino un centauro; D'Artagnan, que

salía para Belle-Île cuando yo para París, a pesar de las diez horas de delantera que le llevo, llegará dos horas después que yo.

—Pero ¿y los accidentes?

—No hay accidentes para él.

—¿Y si le faltan caballos?

—Correrá más que los caballos.

—¡Qué hombre, Dios santo!

—Sí, es un hombre a quien amo y admiro; lo quiero porque es bueno, grande y leal; lo admiro porque representa para mí el punto culminante del poder humano; mas, al propio tiempo que lo quiero y admiro, le temo. De modo, señor, que dentro de dos horas estará aquí D'Artagnan; tomadle la delantera, corred al Louvre, y ved al rey antes que él vea a D'Artagnan.

—¿Y qué he de decir al rey?

—Nada; cededle Belle-Île.

—¡Oh! ¡Señor de Herblay, señor de Herblay! —murmuró Fouquet—. ¡Cuántos proyectos trastornados de repente!

—Después de un proyecto abortado, siempre queda otro que llevar adelante, no desesperemos, y marchad; señor, marchad.

—Pero esa guarnición tan bien conquistada la relevará el rey al instante.

—Esa guarnición, señor, era del rey antes de entrar en Belle-Île y ahora es vuestra; lo mismo sucederá con todas a los quince días de su ocupación. Dejad obrar, señor... ¿Existe inconveniente en tener un ejército vuestro al cabo de un año en lugar de uno o dos regimientos? ¿No veis que esa guarnición os dará partidarios en La Rochela, en Nantes, en Burdeos, en Tolosa, y en todas partes donde la envíen? Id a ver al rey; señor, que el tiempo urge; mientras nosotros lo perdemos, D'Artagnan viene volando como una flecha.

—Señor de Herblay, no ignoráis que vuestra palabra es un germen que fructifica en mi pensamiento; voy al Louvre.

—Al instante, ¿no es verdad?

—No os ido más tiempo que el preciso para mudar de vestido. Recordad que D'Artagnan no tiene precisión de pasar por Saint Mandé, sino que irá derecho al Louvre.

—D'Artagnan puede tenerlo todo menos mis caballos ingleses; en veinticinco minutos estoy en el Louvre.

Fouquet ordenó la marcha sin perder un momento; Aramis sólo tuvo

tiempo para, decirle:

—Volved al instante, porque os aguardo con impaciencia.

Cinco minutos después, marchaba el superintendente hacia París. Durante este tiempo se hacía indicar Aramis la habitación en que descansaba Porthos.

A la puerta del gabinete de Fouquet le abrazó Pelisson, que acababa de saber su llegada y había dejado el bufete para verlo.

Aramis recibió con aquella dignidad afectuosa, que tan bien sabia tomar, estas caricias tan respetuosas como entusiastas; mas; deteniéndose de pronto, preguntó:

—¿Qué oigo allá arriba?

Oíase, efectivamente, un ronquido sonoro; semejante al de un tigre hambriento o al de un león impaciente.

—¡Oh! No es nada —dijo Pelisson riendo.

—Pero.

—Es el señor Du Vallon que ronca.

—En efecto —dijo Aramis—, nadie más que él es capaz de hacer tal ruido. ¿Permitís, Pelisson, que me entere de si le falta algo?

—¿Y permitís vos que yo os acompañe?

Y ambos entraron en la habitación.

Porthos estaba tendido sobre un lecho, la cara amoratada mas bien que roja, los ojos hinchados, la boca abierta. El rugido que se escapaba de las profundas cavidades de su pecho hacía vibrar los marcos de las ventanas. Las piernas y los pies hercúleos de Porthos habían hecho estallar, hinchándose sus botas de cuero; toda la fuerza de su enorme cuerpo habíase convertido en una rigidez de piedra. Porthos no se movía más que el gigante de granito acostado en la llanura de Agrigento.

Por orden de Pelisson, un ayuda de cámara ocupóse en cortarle las botas, porque ningún poder del mundo hubiera podido arrancárselas.

Cuatro lacayos lo habían intentado en vano, tirando de ellas como de cabrestantes.

Ni siquiera lograron despertar a Porthos:

Quitáronle las botas a tiras, y cayeron sus piernas sobre el lecho; le cortaron el Testa de sus vestidos, lo llevaron a un baño, donde estuvo una hora; envolviéronlo en un lienzo blanco y lo introdujeron en una cama caliente, todo con esfuerzos y trabajos que hubieran incomodado a un muerto,

pero que ni siquiera hicieron abrir un ojo a Porthos; ni interrumpieron un instante el órgano formidable de sus ronquidos.

Aramis, de naturaleza seca y nerviosa, armado de un valor exquisito, quería por su parte desafiar el cansancio y trabajar con Gourville y Pelisson; pero se desmayó en la misma silla donde se obstinaba en permanecer.

De allí lo levantaron para llevarlo a una cámara contigua, donde el reposo del lecho devolvió la calma al cerebro.

Capítulo LXXIV

Donde el señor Fouquet obra

Mientras tanto Fouquet corría hacia el Louvre al galope tendido de su tiro inglés.

El rey trabajaba con Colbert. De pronto quedó el rey pensativo: aquellas dos sentencias de muerte que había firmado al subir al trono, se presentaban de cuando en cuando en su memoria.

—Señor —dijo al intendente—. A veces creo que esos dos hombres que habéis hecho condenar no eran tan grandes culpables.

—Majestad, fueron elegidos entre la multitud de arrendadores que había necesidad de diezmar.

—¿Elegidos por quién?

—Por la necesidad, Majestad —respondió Colbert secamente.

—¡La necesidad! ¡Gran palabra! murmuró el joven rey!

—Grandiosa, Majestad.

—Eran dos amigos muy adictos al superintendente, ¿no es verdad?

—Majestad, dos amigos que hubieran dado su vida por el señor Fouquet.

—Y la han dado, señor —dijo el rey.

—Es verdad, pero inútilmente, por fortuna, lo cual no era su intención.

—¿Cuánto dinero habían derrochado esos hombres?

—Diez millones, poco más o menos, de los cuales se les han confiscado seis.

—¿Y esa suma está en mis cajas? —preguntó el rey con repugnancia.

—Allí está, Majestad; pero, por más que esta confiscación haya amenazado al señor Fouquet, no le ha alcanzado.

—¿Y qué deducís, señor Colbert?

—Que si el señor Fouquet subleva contra Vuestra Majestad una tropa de facciosos para arrancar a sus amigos del tormento, sublevará un ejército cuando se trate de librarse él mismo del castigo.

El rey lanzó sobre su confidente una de esas miradas que se parecen al fuego de un relámpago de tempestad; una de esas miradas, que van a iluminar las tinieblas de las más profundas conciencias.

—Me sorprende —dijo—, que pensando tales cosas del señor Fouquet no me deis ningún consejo.

—¿Qué consejo, Majestad?

—Decidme primero, claramente, exactamente, lo que pensáis, señor Colbert.

—¿Sobre qué?

—Sobre la conducta del señor Fouquet.

—Me parece, Majestad, que no contento el señor Fouquet con atraer a sí todo el dinero, coma hacia el señor Mazarino, y privar por este medio a Vuestra Majestad de una parte de su poder, desea también atraer a sí a todos los amigos de la vida fácil y de los placeres, todo lo que los holgazanes llaman poesía, y los políticos corrupción; pienso que asalariando a los súbditos de Vuestra Majestad usurpa algo de la prerrogativa regia, y si esto continúa así, no puede tardar en relegar a Vuestra Majestad entre los débiles y los oscuros.

—¿Cómo se califican todos esos proyectos, señor Colbert?

—¿Los proyectos del señor Fouquet?

—Se les llama crímenes de lesa majestad.

—¿Y qué debe hacerse con los criminales de lesa majestad?

—Se les arresta, se les juzga, y se les castiga.

—¿Estáis seguro de que el señor Fouquet ha tenido el pensamiento del crimen que le imputáis?

—Diré más, Majestad; ha habido principio de ejecución.

—Pues bien, vuelvo a lo que decía, señor Colbert.

—¿Y qué decíais, Majestad?

—Dadme un consejo.

—Perdón, Majestad, pero antes tengo algo que añadir.

—Decid.

—Una prueba evidente, palpable; material, de traición.

—¿Cuál?

Acabo de saber que el señor Fouquet hace fortificar a Belle-Île-en-Mer.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sí, Majestad.

—¿Estáis seguro?

—Perfectamente. ¿Sabéis, Majestad, cuántos soldados hay en Belle-Île?

—Yo, no; ¿y vos?

—Lo ignoro, Majestad; y deseaba proponer a Vuestra Majestad que enviase a alguien a Belle-Île.

—¿A quién?

—A mí, por ejemplo.

—¿Y qué haríais allá?

—Informarme de si es verdad que, a ejemplo de los antiguos señores feudales, el señor Fouquet hace reparar sus murallas.

—¿Y con qué objeto?

—Con objeto de defenderse un día contra su rey.

—Pues si es así, señor Colbert, hay que hacer al instante lo que decíais; es preciso prender al señor Fouquet:

—¡Imposible!

—Creo haber dicho, ya, señor, que quedaba suprimida esa palabra en mi servicio.

—El servicio de Vuestra Majestad no impide que el señor Fouquet sea superintendente general.

—¿Y qué?

—Y que, por lo tanto, tenga por suyo todo el Parlamento, como tiene todo el ejército por su generosidad, toda la literatura por sus gracias, y toda la nobleza por sus regalos.

—Es decir, pues, que yo ¿nada puedo contra el señor Fouquet?

—Nada, absolutamente, al menos por ahora.

—Sois un consejero estéril, señor Colbert.

—¡Oh! No, Majestad, porque no me limitaré a enseñar el peligro. ¡Veamos! ¿Por dónde se puede minar al coloso? ¡Veamos!

El rey se echó a reír amargamente.

—Ha crecido por el dinero; matadlo por el dinero, Majestad.

—¿Y si le quitara su cargo?

—Mal medio.

—¿Pues cuál es el bueno, entonces?

—Arruinarlo, Majestad, os lo aconsejo.

—¿Cómo?

—No os faltarán ocasiones, aprovechaos de todas ellas.

—Indicádmelas.

—He aquí una en primer lugar. Su Alteza Real Monsieur va a casarse, y sus bodas deben ser magníficas. Esta es una excelente ocasión para que Vuestra Majestad le pida un millón a Fouquet, y él, que paga de una vez veinte mil libras cuando sólo debe cinco mil, encontrará fácilmente ese millón que le pide Vuestra Majestad.

—Corriente; se lo pediré —dijo Luis XIV.

—Si Vuestra Majestad quiere firmar la ordenanza, yo mismo haré cobrar el dinero.

Y Colbert puso un papel delante del rey y le dio una pluma.

En aquel momento entreabrió la puerta el ujier y anunció al señor superintendente.

Luis palideció.

Colbert dejó caer la pluma y se apartó del rey. El superintendente hizo su entrada como hombre de Corte, a quien basta una sola ojeada para apreciar la situación.

Tal situación no era tranquilizadora para Fouquet, cualquiera que fuese la conciencia de su fuerza. El ojillo negro de Colbert, dilatado por la envidia, y el ojo límpido de Luis XIV, inflamado por la ira, señalaban un peligro inminente.

Son los cortesanos para las murmuraciones de Corte, como los soldados viejos, que perciben al través de los rumores del viento y del follaje el resonar lejano de los pasos de una tropa armada; pueden, después de haber escuchado, asegurar cuántos hombres marchan, cuántas armas resuenan, y cuántos

cañones ruedan.

Fouquet no tuvo más que interrogar al silencio, y halló en él amenazadoras revelaciones.

El rey le dio tiempo para adelantarse hasta la mitad de la sala, y Fouquet se aprovechó de tan propicia ocasión.

—Majestad —dijo—, estaba impaciente por ver al rey.

—¿Y por qué? —preguntó Luis.

—Para anunciarle una buena noticia.

A excepción de la grandeza de la persona y de la generosidad de corazón, Colbert se parecía en muchos puntos a Fouquet. La misma penetración, el mismo hábito de los hombres. Además; esa gran fuerza de concentración que da a los hipócritas tiempo de reflexionar y prepararse para una salida. Adivinó que Fouquet se adelantaba al golpe que iba a darle. Sus ojos brillaron.

—¿Qué noticia? —dijo el rey.

Fouquet puso un rallo de papel sobre la mesa.

—Tenga Vuestra Majestad la bondad de examinar este trabajo —dijo.

El rey deslió lentamente el rollo.

—¿Planos? —dijo.

—Si, Majestad.

—¿Y qué planos son éstos?

—Una reciente fortificación, Majestad.

—¡Ah! ¡ah! —dijo el rey—. ¿Os ocupáis de táctica y de estrategia, señor Fouquet?

—Me ocupo de todo lo que puede ser provechoso al servicio de Vuestra Majestad —replicó Bouquet.

—¡Magníficos trazas! —dijo el rey examinando el dibujo.

—Vuestra Majestad comprenderá, sin duda —dijo Fouquet inclinándose sobre el papel—; aquí se encuentra el cinturón de muralla, aquí los fuertes, aquí las obras avanzadas.

—¿Y qué es esto que veo?

—El mar.

—¿El mar todo alrededor?

—Sí, Majestad.

—¿Y qué plaza es ésta cuyos planos me mostráis?

—Belle-Île-en-Mer —replicó Fouquet con sencillez.

A este nombre hizo Colbert un movimiento tan marcado, que el rey cayóse, como para recomendarle reserva.

Fouquet fingió no advertir el movimiento de Colbert ni la seña del rey.

—¿De modo que habéis hecho fortificar a Belle-Île? —continuó Luis.

—Sí; Majestad; y traigo a Vuestra Majestad los diseños y las cuentas; he gastado en esta operación un millón seiscientas mil libras.

—¿Y para qué? —replicó secamente Luis, que había tomado la iniciativa en una mirada rencorosa del intendente.

—Para un objeto y fácil de comprender —contestó Fouquet: Vuestra Majestad está algo frío con la Gran Bretaña.

—Sí; pero, desde la restauración de Carlos II he hecho alianza con ella.

—De eso hace un mes, Majestad, y hace más de seis que empezaron las fortificaciones de Belle-Île.

—Luego ya son inútiles.

—Majestad, las fortificaciones jamás son inútiles. Yo fortifiqué a Belle-Île contra Monk, Lambert y todos esos, plebeya de Londres que jugaban a los soldados, y, ahora estará fortificada contra los holandeses, a quienes Vuestra Majestad o la Gran Bretaña no puede menos de hacer la guerra.

—¿Me parece que Belle-Île es propiedad vuestra, señor Fouquet?

—No, Majestad.

—Entonces, ¿de quién?

—De vuestra Majestad.

Colbert se aterrorizó, como si se hubiese abierto un precipicio a sus pies.

Luis se estremeció de admiración, ya por el genio, ya por la adhesión de Fouquet.

—Explicaos, señor —dijo.

—Nada más fácil, Majestad. Belle-Île es una tierra que me pertenece, y la he fortificado a mis expensas. Mas como nada en el mundo se opone a que el súbdito haga un presente humilde a su rey, yo ofrezco a Vuestra Majestad la propiedad de la tierra, de la que me dejará el usufructo. Belle-Île, plaza da guerra, debe ser ocupada por el rey, Vuestra Majestad podrá tener en ella guarnición segura.

Colbert comenzó a resbalar hacia el suelo, y tuvo necesidad de afianzarse en los muebles para no caer.

—Habéis demostrado aquí una gran habilidad de hombre de guerra —dijo Luis XIV.

—Majestad; la iniciativa no ha salido de mí; me la han inspirado muchos oficiales. Los planos mismos han sido hechos por un ingeniero de los más excelentes.

—¿Su nombre?

—El señor Du Vallon.

—¿El señor Du Vallon? —repitió Luis—. No le conozco. Es enfadoso, señor, Colbert —continuó—, que yo no conozca el nombre de los hombres de talento que honran a mi reino.

Y diciendo estas palabras; volvióse hacia Colbert.

Este sentíase anonadado; el sudor le corría por la frente, no se le ocurría ninguna palabra; sufría un martirio inexplicable.

—Retendréis ese nombre —añadió Luis XIV.

Colbert se inclinó, más pálido que sus puños de encaje de Flandes. Fouquet continuó:

—La albañilería es de almáciga romana, compuesta por los arquitectos según los relatos de la antigüedad.

—¿Y los cañones? —preguntó Luis:

—¡Oh! Eso concierne a Vuestra Majestad; no me corresponde meter cañones en mi casa, sin que Vuestra Majestad diga que es suya.

Luis empezaba a fluctuar, indeciso entre el odio que lo inspiraba aquel hombre tan poderoso y la lástima de aquel otro hombre abatido, que le parecía la contrafigura del primero.

Mas la conciencia de su deber de rey lo fijó en sus sentimientos de hombre:

—Ejecutar estos planos ha debido costaros mucho dinero —dijo, poniendo un dedo encima.

—Creo haber tenido la honra de decir la cifra a Vuestra Majestad.

—Repetidla, la he olvidado.

—Un millón seiscientas mil libras.

—¡Un millón seiscientas mil libras! Sois muy rico, señor Fouquet.

—Vuestra Majestad es el rico —dijo el ministro—, puesto que Belle-Île es vuestra.

—Sí, gracias; pero por rico que sea, señor Fouquet...

El rey se detuvo.

—¿Qué, Majestad? —preguntó el superintendente.

—Preveo el momento en que no gastaré dinero.

—¿Vos, Majestad?

—Sí, yo.

—¿Y en qué momento?

—Mañana, por ejemplo.

—Hágame Vuestra Majestad el honor de explicarse.

—Mi hermano se casa con Madame de Inglaterra.

—¿Y qué, Majestad?

—Y debo hacer a la joven princesa una recepción digna de la nieta de Enrique IV.

—Muy justo, Majestad.

—Luego tengo necesidad de dinero.

—Indudablemente.

—Y necesitaré...

Luis XIV titubeó. La cantidad que iba a pedir era precisamente la que se había visto obligado a negar a Carlos II.

Y se volvió hacia Colbert a fin de que diese el golpe.

—Y necesitaré mañana... —repitió mirando a Colbert.

—Un millón —dijo éste brutalmente, encantado de tomar el desquite.

Fouquet volvió la espalda para escuchar al rey. Sin moverse lo más mínimo, esperó a que el rey repitiese, o mejor, murmurase:

—Un millón.

—¡Oh! Majestad —contestó desdeñosamente Fouquet—. ¡Un millón! ¿Qué hará Vuestra Majestad con un millón?

—Me parece... —dijo Luis XIV—. Eso es lo que se gasta en las bodas de cualquier principillo de Alemania.

—Señor... Vuestra Majestad necesita dos millones lo menos. Sólo los caballos importarán quinientas mil libras. Tendré el honor de enviar a Vuestra Majestad esta noche un millón seiscientas mil libras.

—¡Cómo! —dijo el rey—. ¿Un millón seiscientas mil libras? —dijo.

—Majestad —respondió Fouquet sin volverse hacia Colbert—, sé que faltan cuatrocientas mil. Pero ese señor de la Intendencia... —y por encima del hombro indicó con el pulgar a Colbert, que estaba pálido— tiene en Caja novecientas mil libras. El rey se volvió a Colbert.

—Pero... —dijo éste.

—El señor —continuó Fouquet, hablando siempre indirectamente a Colbert— ha recibido hace ocho días un millón seiscientas mil libras; ha pagado cien mil a los guardias, setenta y cinco mil a los hospitales, veinticinco mil a los suizos, ciento treinta mil de víveres, trescientas sesenta mil de armamento y diez mil de gastos menudos; luego no me equivoco al decir que le quedan novecientas mil.

Volviéndose entonces a medias hacia Colbert, como hace un jefe desdeñoso con un inferior, dijo:

—Cuidad de que esas novecientas mil libras sean remitidas en oro a Su Majestad esta misma noche.

—Entonces —dijo el rey— serán dos millones quinientas mil libras.

—Majestad, las quinientas mil libras que sobran serán para el bolsillo de Su Alteza Real. ¿Oís, señor Colbert? Esta noche antes de las ocho.

Y, saludando al rey con respeto, el superintendente hizo hacia atrás su salida, sin honrar siquiera con una mirada al envidioso, cuya cabeza acababa de cortar a medias.

Colbert desgarró de rabia sus puños de encaje, y se mordió los labios hasta sangrar.

Aún no estaba Fouquet en la puerta del gabinete, cuando pasando el ujier a su lado, dijo:

—Un correo de Bretaña para Su Majestad.

—Tenía razón el señor de Herblay —pensó Fouquet sacando su reloj—, una hora cincuenta y cinco minutos. ¡Ya era tiempo!